GALLARDO RECARGADO

TRES AÑOS INOLVIDABLES Y UNA FINAL SOÑADA

TAL COMO SE LO CONTÓ A

DIEGO BORINSKY

Diego Borinsky

Gallardo recargado

Tres años inolvidables y una final soñada

Aguilar

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A Vero, Cami y Luli, por hacerle un lugar (virtual) a un nuevo comensal en la mesa familiar durante dos años.

A mi vieja, hermanos, familiares y amigos, por interesarse y acompañar.

Y a Marcelo, por brindarme la confianza para ser testigo privilegiado (y luego narrador) de estos años únicos en la historia de River.

AGRADECIMIENTOS

Además de a Marcelo, por bancarse como un duque mis múltiples e interminables pedidos, me gustaría a agradecer a muchas personas que colaboraron para la realización de este libro, aportando sus testimonios, observaciones, miradas y datos. Va la lista, y pido disculpas anticipadas por algún olvido. A Hernán Buján, Matías Biscay, Jorge Bombicino, Pablo Dolce, Juanito Berros, Mariano Barnao, Pichi Quiroga, Gustavo Grossi, Diego Melconian, Matías Ghirlanda, Nahuel Hidalgo, Fernando Guarini, Pablo Nigro, Matías Patanian, Hugo Santilli, el padre Pepe Di Paola, Marcelo Figueroa, Adrián Varela, Rodrigo Daskal, Patricio Nogueira, Eduardo Simonian, Matías Baretta y todos los chicos del departamento de prensa de River. A los jugadores que me contaron sus historias para notas de *El Gráfico* y de las que me he nutrido: Pity Martínez, Gonzalo Montiel, Nacho Fernández, Lucas Martínez Quarta, Jonatan Maidana, Enzo Pérez, Javier Pinola, Marcelo Barovero e Ignacio Scocco. A Franco y Leandro Armani e Ignacio Irigoyen por aquella visita a Casilda. A los queridos colegas Federico Rozenbaum, Elías Perugino, Ezequiel Fernández Moores, Andrés Burgo y Jorge Barraza, por sus aportes. Al foro de historiadores de River, a Roberto Starna y Nicolás Loza, por sus observaciones. A Irene Vazquez y su familia. A Sidoni Garín y Emmanuel Arroyo, de la Subcomisión del hincha. A los fotógrafos Diego Haliasz, Marta Patricia Infante y Federico Peretti, que se pusieron al pie del cañón apenas les acerqué la inquietud. A mi editora Ana Pérez, por la contención. A los lectores de *Gallardo Monumental* que me halagaron con sus elogios aun tres años después de su salida e insistieron por

una segunda parte. Y el agradecimiento final para Eduardo Sacheri, que siempre saca un conejo de la galera, como su admirado Bochini.

Conociendo (más) a Gallardo

—*Diego, tu libro sobre Gallardo fue el único que leí con ganas en mi vida. Muy bueno, ya lo leí 3 veces! ¿Para cuándo el segundo?* —me escribió @fedeearguen_ el 28 de agosto de 2017, uno de los primeros en pedirme la bendita "segunda parte". El reclamo empezó a multiplicarse en 2018, tras la Supercopa que River le ganó a Boca en marzo, y se potenció cuando el equipo del Muñeco fue superando escollos en la Libertadores de ese año. Ni hablar después de Madrid.

Como hago casi siempre, contesté los mensajes. Primero agradeciendo, porque me estaban expresando que *Gallardo Monumental* les había gustado. Después, trataba de explicar que un libro no se hace con un chasquido de dedos, como en aquella publicidad de gaseosas que protagonizaba Verón: era necesario tiempo para juntarse con Marcelo, tiempo para pensarlo, tiempo para escribirlo y, por supuesto, tiempo para que la editorial hiciera su tarea. Poca gente sabe que, sobre todo en editoriales grandes, hay que entregar el material tres meses antes de su salida. No es que River gana la Libertadores y el libro sale a las dos semanas. No. Por último, existe otro tiempo no menor: el del fútbol propiamente dicho. River tiene un calendario superapretado; Gallardo suele estar entre diez y doce horas cada día en Ezeiza, y cuando se va, quiere desconectarse y estar con su familia o amigos. El sentido de la oportunidad tampoco puede pasarse por alto: tratar de concretar una reunión después de una derrota fea, o antes de un partido importante, es un poquito desubicado. La prioridad para el DT, lógicamente, es su equipo.

Intenté expresar estas razones a mis seguidores brevemente, pero nunca conté que el 18 de marzo de 2017 ya le había lanzado un primer anzuelo al Muñeco. Fue unos días después del arranque de la Libertadores de ese año, un 3-1 al DIM en Colombia —el gol del local lo metió un tal Juan Fernando Quintero—. Después de terminar mi entrevista con Lucas Alario para *El Gráfico*, le pedí al encargado de prensa que le dijera a Marcelo que, si estaba disponible, pasaba a saludarlo. Me dio el OK, entré por primera vez en el nuevo salón comedor de Rivercamp y, ya cuando me iba, le dejé la inquietud al pasar: “Tengo ganas de hacer la segunda parte del libro. No me digas nada, solo para que lo vayas sabiendo”.

El 4 de mayo fui por la segunda estocada. Había ido a entrevistar al Pity Martínez, dos semanas antes de su primer gol de volea en la Bombonera. Marcelo me hizo pasar nuevamente al comedor, participé del final de la sobremesa del cuerpo técnico y en un momento, con Biscay y Buján cerquita y escuchando, agregué argumentos al sondeo inicial.

—Marcelo, la gente me insiste con la segunda parte del libro. El anterior llega hasta fines de 2015 y, como vos terminás el contrato en diciembre, si te vas, van a estar los dos años en un segundo libro para completar toda tu obra —largué.

El hombre escuchó y se tomó unos segundos para pensar en silencio, como hace habitualmente.

—Hagamos así: vos andá juntando apuntes en las sobremesas, como ahora, o en el auto, cuando volvemos, y después vemos para qué da. Que sea algo más informal, sin compromiso, y si da para un libro, bien, y si da para una nota en *El Gráfico*, será una nota en *El Gráfico*, y si perdiste el tiempo, perdiste el tiempo.

—Perfecto, Marcelo, en todo caso no será ninguna pérdida de tiempo.

Esa misma tardecita mandé un mensaje por WhatsApp a Biscay y otro a Buján, los amigos de la adolescencia y colaboradores principales de Marcelo

en el cuerpo técnico, a ver qué sensación les había dejado mi propuesta y cuál la respuesta del DT.

“Conociéndolo a Marcelo, que no anda con grises ni vueltas, si no le hubiera parecido bien, te habría dicho que no. Lo planteó con una temática más descontracturada, no quiere generarse un compromiso de estar siempre, por eso lo propuso como charlas de café y después el destino dirá cómo se va desarrollando el año. Sé que vos sos optimista y positivo, ¿quién te dice que a fin de año de golpe te encuentres con una carpeta llena de hojas y con un lindo cierre de año? Me parece interesante que Marcelo te dé ese aval y esa libertad como para que lo vayas armando a tu gusto”, fue la respuesta de Buján, y sentí una profunda alegría, porque siempre es difícil dar el puntapié inicial.

“Lo miro desde tu punto de vista y me parece que está bueno —siguió Biscay, con una nota de voz al día siguiente—. Creo que Marcelo hoy no quiere hacer otra cosa, pero viéndolo a futuro y si esto termina bien, como creemos que puede terminar, sería muy bueno que vayas recopilando material desde ahora, guardando charlas, anécdotas y, como vos le dijiste, que no sea igual al libro anterior. Que vayas transitando el camino con nosotros, como que te metés ahí dentro en la intimidad del cuerpo técnico durante las sobremesas. Sería diferente de la otra vez, que tuviste que armar todo de golpe sobre cosas que ya habían pasado. Y apuntando todo a que a fin de año esto termine como debe terminar, porque Marcelo es un tipo que está tocado, y si se va a fin de año, se va a ir por la puerta grande. Bah, ya está en la puerta grande, pero ganador como es, se va a ir ganando.” Sentí un empujón gigante.

El viernes 11 de agosto, tres días después del 1-1 ante Guaraní que clasificó a River para los cuartos de final de la Libertadores, mantuvimos con Marcelo nuestro primer encuentro informal para la realización de este libro. Fui preparado para una jornada sin grabador, libretas ni biromes, confiando

en que mis neuronas estuvieran frescas. Después de compartir cuatro horas con Marcelo (récord), desde la sobremesa en Ezeiza, pasando por el viaje en auto y la búsqueda de su hijo menor al colegio hasta terminar tomando un café en su casa —como está relatado en el capítulo 5—, me apresuré a volcar aquellos apuntes mentales en mi anotador y luego en mi computadora, apenas me subí al tren en la estación La Lucila rumbo a Tigre. Durante aquel trayecto en su auto enfrenté la primera gran dificultad.

—Diego, no estoy seguro de hacer esta segunda parte, no la veo. El anterior era un libro humano, contaba mi historia, pero hacer un nuevo libro por dos años, no sé, no me cierra —me sorprendió.

—Marcelo, te soy sincero. El libro anterior cuenta tu vida desde chiquito, aparecen tus colaboradores para detallar el método de trabajo y para describirte desde otro ángulo, pero de esta etapa tuya como DT, el libro tiene solo un año y medio, porque llega hasta octubre de 2015, y si vos te vas en diciembre, quedarán dos años sin contar. Quiero que haya un registro de este ciclo histórico plasmado en un libro, pero este ciclo completo, no solo un año y medio.

—Te digo la verdad: el año pasado lo pasé para la mierda, entonces ya tenés un año menos para contar, sería uno solo.

—No, ¿por qué? Está bueno contar por qué lo pasaste mal y cómo hiciste para reconstruir el equipo y rehacerte vos mismo en momentos difíciles.

—Es que hay cosas que no puedo contarte, situaciones que viví con jugadores que no puedo decírtelas, porque estaría rompiendo algo que debe quedar ahí, ¿entendés? Vos sabés, además, que a mí no me gusta mirar para atrás; lo que pasó, ya pasó, y siempre enfoco para adelante.

—Entiendo que haya cosas que no puedas contar, pero muchas otras sí, y es un regalo para el hincha de River, para que siempre tenga a mano en su biblioteca el registro de una época única en la historia —cerré, por el momento, exponiéndole mi verdad y cambiando de frente, para no atosigarlo

ni exigirle una respuesta inmediata (que, por otra parte, en ese momento era “no”).

Después de escuchar de su boca un par de anécdotas divertidas —del pasado y del presente—, volví al ataque, todavía en el auto.

—Marcelo, todas estas cosas que me contás estaría genial volcarlas en un libro, no me las quiero quedar solo para mi consumo personal, son muchos los hinchas que por Twitter me vienen pidiendo hace rato la segunda parte de tu libro.

—Pero son solo dos años, de los cuales uno lo pasé muy mal, y mi carrera de técnico recién empieza, hay mucho por delante.

—Ya lo sé, pero el hincha de River querrá que haya un registro de este ciclo. Me gustaría aprovechar la relación de confianza que tenemos, que a la gente le gustó la primera parte y que pide una segunda…

—¿Y a vos te gustó la primera parte? ¿Qué críticas recibiste? —me preguntó, aunque ya hacía un tiempo habíamos charlado del tema, almorzando en una parrilla cerca del Monumental, en marzo de 2016.

—Claro que me gustó. Estoy muy contento por cómo se dio todo y por cómo quedó el libro. Salió hace casi dos años y sigo recibiendo mensajes de lectores que agradecen la posibilidad de conocerte más a fondo por el libro. ¿A vos no te gustó?

—Sí, sí, me gustó, es un libro muy humano, que rescata el sacrificio y la perseverancia.

—Mirá, Marcelo, te voy a leer algunas de las preguntas que preparé para que veas que hay un montón de cosas por contar —saqué una carpeta y empecé a leerle—. Y esto es apenas una pequeña muestra. Ojo: no quiero parecer uno de los vendedores del tren, tratando de convencerte, solo te doy argumentos para que entiendas que hay mucho material para contar en un libro sobre estos dos años y estoy convencido de que a mucha gente le va a interesar —le planteé y se quedó en silencio, pensativo, cerca de dos minutos

que para mí fueron dos horas.

—Mirá, Diego, la otra vez yo me comprometí con vos y quise cumplir. Tu tiempo es muy valioso, y no podía fallarte. Acá, si nos juntamos, charlamos y, por una razón u otra, el libro no termina saliendo, no quiero que te sientas mal por el tiempo perdido —me respondió, con el mismo argumento de la primera vez que le propuse escribir esta segunda parte, en marzo.

El respeto por el otro, por el tiempo del otro en este caso, es un valor que cultiva. La sinceridad es otro. Los diálogos sirven para conocer a una persona y saber cómo se relaciona con el resto.

—Por mi tiempo, olvidate, no te preocupes —le dejé en claro—. Si no llega a salir el libro, habré disfrutado de estos encuentros, a mí me enriquece, lo disfruto y sigo aprendiendo sobre el trabajo de un entrenador. Después, en cuanto al contenido, lo habrá futbolero, técnico y táctico, pero detrás de todo siempre hay historias lindas para contar, y a mí me siguen interesando, así que ese costado humano que vos rescataste del libro anterior va a estar.

—Lo futbolístico son cinco o seis conceptos en la esencia. Después, para nosotros es muy importante lo humano, saber que el jugador te va a respaldar en momentos duros, que se va a jugar por el grupo, porque acá estamos encima de la persona para generar ese compromiso. Es muy difícil manejar el ego de un plantel, porque el jugador piensa solo en él y tiene todo. Y vos como cabeza de un grupo tenés que pensar en treinta personas. El entrenador tiene que saber manejar todo eso. Pero yendo al libro, lo que no quiero es que vos te sientas mal por el tiempo perdido, si después el libro no sale por algún motivo.

—Olvidate, Marcelo, ese no es un problema —y mientras di por finalizada esta avanzada, percibí que ahora sí habíamos sellado el acuerdo para darle vida a este libro, sin necesidad de estrecharnos la mano, como en 2015.

Al mismo tiempo me asaltó un pensamiento que diseccionaría más profundamente unas horas después: “¿Y por qué no saldría el libro? ¿Acaso

piensa quedarse uno o dos años más en el club después de diciembre?”. Se me cruzó esa idea como un flash por la cabeza y también más tarde en casa, cuando pasé en limpio los apuntes. ¿Por qué no saldría el libro? ¿Porque piensa quedarse uno o dos años más en el club al finalizar su contrato? Analizándolo con cierto egoísmo, no sería ningún problema, ya que me daría más tiempo para trabajarlo. Saliendo de mi interés particular, para River sería un recontra notición. Y no pude evitar entusiasmarme con la hipótesis.

El viernes 13 de octubre de 2017, unos días después del apoteótico 8-0 al Wilstermann, con Marcelo muy feliz, decidí que saliera a la cancha el grabador. Me había quedado picando en la cabeza desde nuestro encuentro anterior (el segundo) un comentario-invitación, ya terminando la charla: “¿Qué más querés saber?”. Interpreté aquella pregunta como una contraseña liberadora, una confirmación definitiva de que las charlas informales para recopilar apuntes ya podían encaminarse hacia una ruta de libro real y concreto. Un descomunal y hermoso embotellamiento a la salida de la barrera de la Riccheri, volviendo de Rivercamp en su auto, no podría ser otra cosa que un guiño del destino.

El viernes 27 de octubre de 2017, un día antes del debut de su hijo Nahuel en la primera de River, ante Talleres en Córdoba, le mandé un WhatsApp a Marcelo para saber qué sentía, y aproveché para copiarle un par de mensajes que me habían dejado en Twitter dos militantes de la segunda parte, que me habían conmovido. Para que Marcelo comprendiera que no era un capricho mío, sino realmente un anhelo de mucha gente. Sentía que el libro ya estaba caminando, pero con esto reforzaba la idea.

Los reproduzco tal como se los mandé a Marcelo.

> Hola, Diego, mi nombre es Soraya, tengo 21 años y soy de Resistencia, Chaco. Te escribo porque hace un momento nada más acabo de terminar tu libro del Muñeco y, qué decirte! Más que gracias por tan exquisito relato. Sin duda uno de los libros que más disfruté leer. Gracias, porque quien lo lea podrá entender y hasta emocionarse con

lo que logró Gallardo, y no solo quedarse con la crítica de un partido. Desde que arranqué a leerlo hasta hoy, cada vez que juega River relaciono algo del partido con el libro, y digo: Ah, esto pasa ahora porque Gallardo lo pensó así. Espero ansiosa que puedas contar todo lo que vino después del viaje a Japón en otro libro, aunque sé que este ya te llevó bastante tiempo y otro seguramente será igual, ja ja. Nuevamente gracias y éxitos en lo que venga (@soraaarp_).

Y este otro, del que no llegué a copiar su nombre.

Hola, Diego, buenas tardes, soy uno de los tantos que compró y leyó tu libro *Gallardo Monumental*. Soy una persona que no lee libros, desde que terminé el colegio hace siete años que no agarro uno, y el tuyo lo terminé en cinco o seis días. Me pasaba que todo el tiempo quería leerlo. Aprovechaba los viajes de mi casa al laburo y cuando tenía un tiempito libre lo agarraba y me ponía a leer en vez de agarrar el celu (casi un vicio mío). Fue un placer conocer más a fondo la historia de un hombre que se convirtió en mi ídolo. Confieso que me emocioné y hasta se me escapó alguna lágrima en algunos pasajes del libro. Hoy terminé de leerlo y es una sensación de vacío, tu libro me hizo dar ganas de seguir leyendo, pero a la vez me da esa sensación de que no sé si me voy a entusiasmar tanto con otro. Ojalá sí. Bueno, era solo eso. Ojalá leas mi mensaje. Que sigas bien y muchas gracias!

—Fuerte los mensajes de tus lectores, Dieguito, me imagino que te debe dar mucha satisfacción —me respondió Marcelo, como si el protagonista central del libro no fuera él mismo.

—Sí, claro, y ese tipo de mensajes me fue cebando para hacer la segunda parte. No quería joderte con algo tan largo, pero justo recibí esos dos esta semana y, como a veces en el auto tenemos mil cosas para hablar y a mí me agarra la ansiedad para aprovechar el tiempo, justo me llegó y dije: “Se lo mando a Marcelo para que termine de entender por qué tengo ganas de hacer el libro”.

Mientras juntaba apuntes e iba escribiendo sin estructura ni rumbo fijos, a fines de 2017 ocurrieron dos hechos que me llevaron a frenar el impulso: el mazazo en cancha de Lanús que sepultaba la chance de ganar una nueva Libertadores y la renovación del contrato de Marcelo hasta 2021, con lo cual definitivamente no había apuro ni necesidad por acotar el contenido a dos años. Esa excelente noticia para el mundo riverplatense a mí me generó una gran incógnita: si ahora se queda cuatro años más, ¿cuándo hacer el corte? ¿Hasta dónde contar? ¿Espero los cuatro años? ¿Qué ir haciendo mientras tanto?

En febrero de 2018 volví a subir a su oficina de Rivercamp, remodelada como todo el predio, algo que no hacía desde 2014. Fue nuestra única charla mano a mano hasta el 31 de diciembre, porque el proyecto había entrado en una especie de nebulosa, porque la carga de partidos decisivos me frenaba en los pedidos de cita y porque nos desencontramos un par de veces. Sin embargo, lo que en un comienzo eran mensajes ocasionales de WhatsApp por algún temita puntual se transformaron en una costumbre. De dos o tres mensajes por mes en 2017 pasamos a dos o tres por semana en 2018. Con Marcelo y con Buján, especialmente. Gran parte de ellos está volcada aquí.

Tampoco dejé en ningún momento de pasar en limpio en mi computadora toda la información diaria de River, incluyendo las declaraciones del DT, dirigentes y jugadores. También de los rivales. Síntesis de los partidos, formaciones y estadísticas. Ese es el esqueleto del libro, sumadas desgrabaciones completas de algunas conferencias brillantes de Marcelo, revisión de resúmenes de partidos en la web y charlas que mantuve con colaboradores del cuerpo técnico y también con jugadores a lo largo de estos más de tres años.

Estuve mareado durante 2018, preguntándome y repreguntándome qué hacer con el libro, a cuándo apuntarle, cómo escribir las entrevistas ya realizadas, en qué marco temporal, si volcarlas como el pensamiento del

Muñeco en ese momento sin saber cuál era el final de la historia o hacerlo desde el presente. Bah, un bolonqui. Algo así como caminar hacia adelante con los ojos vendados. A eso había que sumarle mi insoportable autoexigencia, para de paso estar a tono con el Míster. Quería estar a la altura de *Gallardo Monumental* y sabía que no sería sencillo, porque ese libro me había salido demasiado redondo. El panorama brumoso se fue aclarando cuando River eliminó a Racing y a Independiente de la Libertadores, empezó a dejar ver el futuro con nitidez en Porto Alegre —a pesar de la lluvia—, y la nube definitivamente desapareció tras la final del Bernabéu. A diferencia de 2015, decidí esperar el Mundial de Clubes.

El 31 de diciembre de 2018 visité a Marcelo en su casa de fin de semana, en el partido de Tigre, y le propuse hacer el corte del libro justamente allí, en ese mismísimo día. Le pedí que nos juntáramos un par de veces antes de marzo, me contestó que sí y me habilitó a un par de sus colaboradores para completar el relato de estos tres años fabulosos: le alivianaba la carga a él y al mismo tiempo lo eximía de entrar en detalles que no es adepto a repasar. Como me ocurrió en la realización de la primera parte, volví a comprobar que a Marcelo no le gusta hablar de él y no es partidario de revelar diálogos mantenidos con los jugadores ni de dar a conocer charlas técnicas. Le fastidia volver al pasado y se pone un poco nervioso si uno no lo mira a los ojos cuando te habla. Doy fe. También doy fe de que es el mismo hombre cálido, sensible y singularmente terrenal, al que no lo han modificado los 9 títulos ganados ni el tsunami de elogios y mimos que le regalan todos los hinchas de River a diario.

Gallardo recargado no es una ampliación de *Gallardo Monumental*, sino su continuidad. Son tres años y cinco meses que abarcan desde agosto de 2015 —cuando terminó la obra inicial— hasta el 31 de diciembre de 2018. Está dividido cronológicamente en ocho capítulos grandes, por semestres: lo que quedó de 2015 es el primero, luego siguen los dos de 2016, los dos de

2017, los dos de 2018 y, por supuesto, la gran final, que tiene vida propia y es el más extenso de todos. Siguiendo la estructura de *Gallardo Monumental*, entre ellos hay otros capítulos más pequeños de contenido variado. Los dejo como sorpresa.

Aquí está *Gallardo recargado*. A pesar de vacilaciones e incertidumbres, de derrotas que intentaron tumbarlo, de los apremios clásicos por los tiempos de entrega, siempre estuve convencido de que este momento iba a llegar. Es muy fuerte ver el libro terminado, porque para llegar a este pequeño compendio de páginas —no tan pequeño, en realidad— se invierten muchísimas energías e ilusiones y hasta el último día revolotea un mix de dudas, ansiedades y zozobras.

A disfrutarlo, entonces.

Y no empiecen a pedirme la tercera parte.

Ya la tengo en la cabeza.

¿Hay algo malo en una buena racha?

por EDUARDO SACHERI

Los que amamos el fútbol compartimos, con frecuencia, algunas formas de pensar, algunos valores, algunos miedos, algunas estrategias para procesar nuestros sentimientos.

Cuando nuestro equipo gana, sentimos que tocamos el cielo con las manos, y cuando nuestro equipo pierde, es frecuente que nos sintamos hundidos —muy hundidos— en la más honda de las tristezas.

¿Qué tan verdaderas son esas cimas de la felicidad y esas profundidades de la angustia? Me parece que son muy verdaderas. Absolutamente ciertas. Lo bueno y lo malo es que son efímeras. Duran poco. Duran, apenas, hasta que la pelota vuelve a ponerse en movimiento y nuestro club se lanza a la conquista de alguna nueva meta.

Es bueno porque nuestras derrotas no son eternas. Y es malo porque el fútbol no nos permite quedarnos para siempre en esa situación de placer, de holgura, de felicidad serena y duradera.

Hay ocasiones en que esos logros o esos percances parecen encadenarse. Entonces hablamos de rachas. Ahí ya cambia un poco la cosa. Si es una racha de triunfos, podemos sentirnos erróneamente a salvo para siempre. Y si es una racha de derrotas, podemos pensar que estamos condenados para siempre a la tristeza.

Ahora bien: ¿hay algo malo en una buena racha? Algún desprevenido puede apresurarse a responder que no, que en una buena racha no puede existir nada malo. Y no es verdad. Lo malo de una buena racha es que en

algún momento, en principio, se va a cortar. Y las circunstancias en las que se produzca el final de la racha pueden volverlo una tragedia. Visto desde afuera, desde fuera del fútbol, no parece tan grave; pueden venir y decirnos: “Bueno, por lo menos la racha existió, y la disfrutaste”. Pero visto desde adentro es diferente: los futboleros sabemos que el final de una racha positiva puede ser atroz. Puede ser tan rotundo que borre, de la memoria colectiva, muchas de aquellas alegrías que anteriormente vivimos.

Y si no, pregúntenles a los hinchas de River, del River de Gallardo, cómo se sintieron en las semanas transcurridas entre las semifinales y la final de la Copa Libertadores de América versión 2018. Y no me refiero a los dimes y diretes vinculados con las suspensiones, la violencia, los reclamos administrativos, los cambios de sede, los ríos de tinta y de palabras invertidos al respecto. Hablo de algo mucho más básico, más profundo y más importante. ¿Cuántas veces pasó, por la cabeza del hincha de River, el pensamiento de: “Si Boca nos gana esta final nos arruina todo lo que vinimos construyendo hasta aquí”? No soy hincha de River, pero soy hincha de fútbol. De modo que supongo que la respuesta correcta es “muchas veces”. Todas las veces.

Como un desafío del destino. Un desafío que podía torcerse hacia un capricho. El River de Gallardo supo construir alegrías inmensas, más inmensas aún porque en el camino de esos logros consiguió superar una vez, y otra vez, a su rival eterno.

Sudamericana 2014, y se inicia la racha. Libertadores 2015, y la racha continúa. Después viene la Supercopa Argentina 2018, y la racha se agranda. No son los únicos títulos que cosecha el River de Gallardo. Pero estos tres se consiguen eliminando a Boca en algún momento. Semifinal primero, octavos después, final en el tercero. ¿Qué más puede pedir el hincha de River?

Si conozco algo de psicología futbolera, creo que el hincha de River no pide nada más. No quiere tentar al destino. No quiere excederse en el deseo.

Ya está. “Ya estoy”, dice para sí. Pero la Libertadores 2018 lo pone frente a un desafío desmesurado. El número frío dice que si gana suma un título más, y si pierde la cosa queda como estaba. Pero en las pesadillas del hincha las cosas son mucho más claras y concluyentes: si River pierde esta final, la sensación será la de precipitarse desde una gloria muy alta hasta un dolor muy profundo.

Pues bien, el River de Gallardo volverá a hacerlo. Terminará la racha del único modo en que una racha puede terminar perfecta: convirtiéndola en un círculo blindado de triunfos.

Cada hincha, en cada club, puede elegir determinadas gestas imborrables. Creo que los hinchas de River tendrán al equipo de Gallardo identificado no solo con un modo de jugar, un modo de ser y un modo de ganar. Además lo recordarán para siempre por lo que tuvo de reparador para ellos. Por el modo en que les restituyó la confianza y la alegría. Y creo que lo recordarán para siempre. Y harán bien.

Estratega full time

El 20 de diciembre de 2018, unos días después de la derrota con Al Ain en el Mundial de Clubes, le mandé a Marcelo el que consideraba sería mi último mensaje del año. Le agradecí, entre otras cosas, la posibilidad de estar en Emiratos con Lucila, mi hija menor, como regalo de su cumple de 15 —los padres siempre nos sacrificamos por nuestros hijos—, le deseé un buen regreso y que disfrutara del recibimiento y de las breves vacaciones. Ya en el estribo le solté: “Y nos vemos a la vuelta de la pretemporada”. Quería que tuviera presente que debíamos encontrarnos un par de veces antes de marzo para revivir esos hechos insignificantes acontecidos hacía un par de días.

El 28 de diciembre pesqué en Twitter una noticia al paso: “Francescoli y Gallardo tuvieron su primera reunión en el Golf de Nordelta”. Había foto, así que era verdad. Al corroborar que no estaba en Punta del Este, donde suele vacacionar, y sí cerca de mi casa —vivo en Tigre, a veinte minutos de Nordelta en auto—, me jugué con un mensaje, aun a riesgo de que se fastidiara. Necesitaba la confirmación de que estaba todo OK con el libro y que supiera cuáles eran las fechas probables de cierre y salida.

—Diego, ¿cómo estás? No sé si me voy a ir afuera o no. Dejame ver el momento, cualquier cosa te venís y charlamos un rato. Yo te aviso, loquito, te mando un abrazo —me contestó, y respiré aliviado.

Pasaron un par de días sin noticias y supuse que se había ido, o que se había olvidado, o que estaba en familia reseteando su cabecita. Esta vez no iba a insistir. “Yo te aviso”, me repetía una y otra vez a mí mismo cuando el impulso de mis dedos buscaba su contacto en mi celular.

—Hola, Diego, ¡buen día! Si estás por zona te invito a tomar un café —me escribió el 31 de diciembre a las 10:18 de la mañana, y yo que justo estaba entrando al gimnasio para zamparme la cena de fin de año con menos culpa, metí un giro violento, volví a casa para bañarme y salí con mochila y grabador, por si acaso: “Sí, señor, en media hora estoy por allá”.

Marcelo me recibe en ojotas, remera negra y malla a cuadritos convencional —¿o esperaban sunga?—. La paz es total. Nahuel está de vacaciones, sus dos hijos más chicos duermen y su mujer ha salido. Se acostaron tarde y se nota en el rostro del DT campeón de América. Lo primero que uno ve al ingresar a su casa de fin de semana es una mesa de ping pong. Al costado unos sillones, un metegol, un canasto con pelotas, el jardín, más allá la pileta con unos inflables y un quincho con plasma —además de parrilla—. Una casa sin ostentaciones.

Marcelo se sienta en un silloncito, con su iPad apoyado en la mesita, y desliza su dedo para cambiar la música. Hay un plato con galletitas, mate y un termo ploteado de River sobre el apoyabrazos del sillón.

—¿Qué tomás? —me pregunta.

—Lo que vos tomes, me da lo mismo. Mate va bien.

—¿Café o cortado? —insiste, con tono más elevado, conocedor de mi timidez, y se dirige hacia la cocina a preparar uno de esos ricos cafés de capsulitas.

—Bueno, café y después mate —le contesto, para que no se me ponga nervioso, y porque también me gusta el mate.

Mientras prepara el café, rota el brazo derecho en círculo con cierta dificultad. “Dormí mal, estoy contracturado”, me comenta. Lo felicito por la reciente elección como mejor DT de América en la encuesta del diario *El País*. “Me lo acaban de comentar, ¿quiénes votan?”, me pregunta, curioso para todo.

Le comento que hace unos días me llegó por WhatsApp un audio de

Andrés Calamaro, a través del periodista Daniel Arcucci, porque lo quería saludar. Me pedía su número de teléfono. Le aviso que se lo di y le hago escuchar el audio. Imposible no distinguir esa voz tan peculiar del Salmón —hincha de Independiente, por otra parte—: “Necesito el celular personal del gran barón de River Plei, el archiduque Marcelo Gallardo. En una época vivía en el mismo hotel en que concentraba River con Ramón; esos equipos con Germán Burgos y con Enzo, que seguramente recordás de memoria. Vino a verme tocar a la calle Corrientes, antes del Mundial, le dije que iba a jugar muy bien, que iba a ser titular. Me parece una persona muy normal y esta semana debería mandarle un mensaje y felicitarlo mucho”. Marcelo sonríe al escucharlo y me confirma que ya ha intercambiado saludos con él: “Nos cruzábamos seguido en aquel hotel Plaza Francia donde concentrábamos, es cierto, y me decía que por mi manera de jugar le hacía acordar a Bochini. A mí, Calamaro ya me gustaba desde la época de Los Abuelos de la Nada. Fui a verlo un par de veces y llegamos a salir con él también”.

El Muñeco estira los pies, nos levantamos un rato, pone debajo de la suela una pelota que anda suelta por ahí. Por las dudas cierro las piernas. Su celu, apoyado en la mesita, cada tanto emite un sonido de mensaje recibido. A veces lo mira, otras ni bolilla. Toma bastante mate. El grabador no ha salido de mi mochila ni saldrá. Le comento el asombro que me generó ver que los platinados Maidana, Martínez Quarta y Pinola estaban veraneando juntos en Punta del Este, y el orgullo le brilla en los ojos. Tipos que conviven más que con sus familias durante el año, de golpe tienen diez días de vacaciones y siguen queriendo estar juntos. El famoso grupo. “Eso de que para ganar cosas es imprescindible un gran grupo, es mentira. Hay miles de ejemplos de planteles peleados que igual salieron campeones. Pero ¡no sabés qué lindo es pasar el día a día con gente con la que te llevás bien! ¡Qué lindo es saber que cuando te abrazás en un festejo, hay un vínculo fuerte de verdad! Por algo después me llaman ex jugadores y me dicen: ‘¡Cómo extraño estar ahí!’. Se

labura fuerte, pero se da una comunión muy linda”, destaca.

Al repasar lo vivido en el recibimiento al plantel hace ocho días, me entrega un bocado delicioso.

—Vos sabés que venía en el micro tratando de controlar al conductor, de ayudarlo, porque pasaban cosas fuertes ahí en la Riccheri: personas que se ponían delante del micro, personas que se arrodillaban en el pavimento y agradecían. Justo habíamos cambiado de empresa de micros y también de chofer. Y el hombre estaba muy asustado, tenía miedo de lastimar a alguien, porque la gente se tiraba contra el micro, las motos se cruzaban, estaban todos locos, y hubo que cambiar el recorrido porque, si no, no llegábamos más. En 2015, cuando fuimos a Japón por el Mundial, creí que nos perdíamos el avión por la cantidad de gente que había en la autopista. Y esta vez pensé que no llegábamos nunca más. Bajé de mi asiento para estar al lado del chofer. “Bien, lo estás haciendo bien”, le decía, lo alentaba, porque no era nada fácil.

—¡No pudiste con tu genio: eras el DT del chofer!

—Ja, ja, fue una locura total, algo hermoso, no pensé que iba a haber tanta gente. Y te puedo asegurar que no era nada fácil manejar ese micro, te lo puedo asegurar.

Conversamos sobre lo que vendrá. Lo ve muy bien al equipo. “Va a ser difícil ganarnos”, proyecta, seguramente apuntándole a la Quinta. Su gran desafío para 2019 no es solo ese, sino consolidar el proyecto infanto-juvenil. Será un año clave para terminar de afianzar ese plan, como explicamos en un capítulo de este libro. No es verso.

Le tiro sobre la mesa el tema Selección, y aunque está claro que no le gusta cómo se han manejado hasta aquí los máximos responsables de la AFA —lo declaró públicamente más de una vez—, no es tajante en su respuesta. Ni hoy, ni en otras ocasiones. “En mi próxima etapa solo quiero entrenar a un equipo”, afirma convencido, eso sí. Ya sabemos, y todos podrán terminar de

comprenderlo al llegar al final de estas páginas, que hoy es mucho más que el entrenador de un equipo de fútbol.

Después de más de una hora le detallo mis planes del libro, como está puntualizado en la introducción. Me da el OK, y me invade la satisfacción. Aprieto bien fuerte los puños mientras suelto un “¡vamos carajo!” para mis adentros. Sé que me espera una ardua tarea, pero estoy feliz, está por cerrarse el círculo de este proyecto que lleva casi dos años. En un momento me nota algo inquieto, como si ya estuviera aprontando los petates para irme.

—¿Qué pasa, Dieguito? ¿Estás apurado? Mirá que no cobro la visita, eh, tranquilo. ¿Querés jugar al ping pong? —me invita. En realidad, acepta mi invitación anterior, porque yo ya lo he desafiado a poco de ingresar a su casa.

Vamos hacia la mesa, peloteamos un ratito y arrancamos. Le alcanzan apenas quince o veinte pelotas, treinta como mucho, para lanzar la sentencia con tono definitivo: “Buen revés, flojo drive, hay que jugarte todas al drive”. Me río. No puedo creerlo. O sí. El gran estratega no se toma vacaciones, ese ojo clínico de entrenador jamás deja de funcionar. “Hago más hincapié en las debilidades del rival que en las fortalezas”, me ha dicho en una de las charlas, y la frase se me viene a la mente en ese preciso instante.

No sé si por su dolor de hombro o qué, pero le gano 21-19 el primer chico, pierdo el segundo por el mismo marcador y el tercero va también para el dueño de casa, con mayor amplitud. En la disputa se ha mostrado como un caballero: pide perdón cuando la pelota roza la red y queda muerta del otro lado y felicita ante un buen punto del rival. También me chicanea por mi juego defensivo de devolver casi todas cortadas y sin arriesgar. Paladar negro hasta para el ping pong.

Chocamos las palmas al terminar, me pregunta qué quiero tomar, le contesto que nada, que estoy bien y me sirve un vaso de gaseosa, lo mismo que se sirve él. Listo, me lo tomo.

En ese instante aparece en escena Matías, más Chino que nunca con su

cara de recién levantado, me saluda y se prepara tres tostadas. Le comento que no se puede quejar del año que le tocó como alcanzapelotas. “Me faltó la final”, se lamenta, inconformista, aunque pudo verla en vivo desde la platea del Bernabeú. A él, como a su papá, como a millones de hinchas de River, le robaron una ilusión.

Ahora sí, después de dos horas y media agarro la mochila y Marcelo me acompaña hasta la puerta. Antes de despedirme, empiezo a enumerar las gracias tomándome uno a uno los dedos de mi mano derecha, como en el cuentito del que compró el huevito, le puso sal y se lo comió: gracias por el café, por el mate, por la gaseosa, por la charla, por la confianza y, sobre todo, gracias por la posibilidad que me da de contar estos años increíbles desde un rincón privilegiado. Le deseo un buen año.

—Nos vemos a la vuelta de la pretemporada, nos queda la revancha al ping pong —le recalco, ya fuera de su casa.

—Y eso que te jugué a media máquina —sonríe desde la puerta.

—Este 2018 tenías que terminarlo ganador, Marcelito, no podía permitirme lo contrario —le suelto, ya entrando en el auto y mirando a veinte metros la silueta del pequeño gran hombre. Del hombre del año.

— 1 —
2015
(agosto-diciembre)

El segundo semestre de 2015 a River se le hizo interminable por dos motivos: 1) porque alcanzó el logro tan anhelado de la Copa Libertadores al mes de iniciar esta segunda parte del año, el 5 de agosto; 2) porque tras viajar a Japón el día posterior a esa conquista para levantar un nuevo trofeo internacional que no estaba en las vitrinas —la Suruga Bank, el 11 de agosto—, la mira inevitable apuntó a diciembre, al Mundial de Clubes. En el medio, en esos cuatro meses cargados de cansancio por el estrés competitivo vivido y de ansiedad por el premio inédito que se podía conseguir, y a pesar de la permanente exigencia del entrenador, River deambuló por el campeonato local e intentó defender la corona de la Copa Sudamericana (llegó hasta semifinales).

Repasemos. Al regresar de Japón por la Suruga, y tras exhibir las dos Copas ganadas en una brevísima ceremonia en el Monumental —a Gallardo no le gustan las celebraciones antes de los partidos para evitar que sus dirigidos se desconcentren—, esa misma tarde del 17 de agosto, River cayó 1-0 ante San Martín de San Juan, que jugó 40 minutos con uno menos. Luego perdió 2-1 con Estudiantes en La Plata, donde el local le hizo el pasillo al campeón (golazo de Lucho González). Tras un 1-1 de local con Huracán (gol del Pity; empató Rolfi Montenegro), llegó la primera victoria: 4-1 a Nueva Chicago, en Mataderos, con tres goles de Alario, uno de ellos espectacular,

con sombrerito y volea.

Una semana más tarde, River perdió en casa el segundo superclásico del campeonato (1-0, Lodeiro), tras haber caído por 2-0 en la primera rueda en la Bombonera. Luego empató 1-1 de local ante el Lanús de los Barros Schelotto (Mora) y tres días después arrancó la defensa de la Sudamericana con la mejor actuación de estos cuatro meses: 2-0 a Liga de Quito en el Monumental con tantos de Alario —golazo de zurda tras una combinación en velocidad con paredes de primera— y Mora. Tres días más tarde parecía confirmarse el resurgimiento: 1-0 a Crucero del Norte en Misiones (Pity). Parecía nada más, ya que se sucedieron tres derrotas consecutivas. La primera, un 0-1 ante Liga, en Quito, que dejó como buena noticia el pasaje a cuartos de final, y como mala, una lesión en el hombro de Alario, que tuvo al mundo River al borde de un ataque de nervios. Si se operaba, se perdía el Mundial. Al final, optaron por recuperarlo con un parate y kinesiología, pero igual se mantuvo la incertidumbre hasta el último instante.

Al regreso de Quito, Gallardo puso mayoría de titulares y fue vapuleado por Independiente en Avellaneda: 0-3. A esa caída se le sumó otra, para refrendar una vieja máxima del fútbol —una victoria llama a otra victoria; una derrota, a otra derrota—: 0-1 en Varela ante el bravo Defensa y Justicia de Ariel Holan. El 18 de octubre estuvo a 15’ de perder ante Aldosivi en su estadio, pero igualó Mora. Estaba clarísimo el efecto demoledor del cansancio: desde el regreso de Japón, River había ganado solo 3 partidos de 12.

Frente al por entonces exótico Chapecoense, el equipo del Muñeco echó el resto: ganó 3-1 con un golazo de Pisculichi de tiro libre a lo Cristiano Ronaldo y 2 de Carlos Sánchez, a esta altura el MVP del plantel. Primer gol (y único) de Piscu en todo 2015, después de un semestre de ensueño en 2014. Ponzio ingresó a los 38’ del segundo tiempo por el goleador. No se lo preservaba, ni hay error en el dato: el León era suplente. Por aquellos días se

rumoreó por primera vez que Barovero estaba estresado y pensaba dejar el club tras el Mundial de Clubes.

Con el viaje a Chapecó, River llegó a 124.508 kilómetros recorridos en el año. El 28 de octubre perdió 2-1 en Brasil, pero igual se clasificó para semis. Jugó muy mal y aguantó casi todo el segundo tiempo que no le metieran el tercero. Balanta tuvo una noche de terror: salió a los 18’ del segundo tiempo (no por problemas físicos) y se dio un porrazo en la cabeza con el techito del banco. River zafó por Barovero, quien se fue muy dolorido en un tobillo y encendió nuevas alarmas, sumadas a las de Alario, que aún no jugaba, y a las de Vangioni, que seguía desgarrado. Fue el cruce ida y vuelta número 12 ganado en forma consecutiva por River, que acumulaba 52 partidos en el año, contra 44 de Huracán y 42 de Boca, los escoltas.

El sábado 31 de octubre, Alario retornó a las canchas tras treinta y dos días. Era una prueba de fuego: si se caía y se le volvía a salir el hombro, chau Japón. No ocurrió. River ganó 1-0 con gol del Pipa, quien había ingresado a los 9’ del segundo tiempo por Bertolo, mientras Saviola se perdió un gol increíble, sin arquero. El Conejito no podía salir de zapatero —no había metido ni un gol tras su regreso, ni lo metería— y comenzaba a sentenciar su futuro. Ponzio y Casco sufrieron lesiones musculares, la enfermería no daba abasto.

El domingo 1º de noviembre, Boca venció 1-0 a Tigre y se consagró campeón tras cuatro años. Tres días más tarde, daría otra vuelta olímpica al superar 2-0 a Rosario Central por la Copa Argentina, con un escandaloso arbitraje de Diego Ceballos. Un día después, mientras Boca comenzaba sus vacaciones, el equipo de Gallardo perdía 1-0 ante Huracán en el Monumental en la semi de ida de la Sudamericana.

El domingo 8 de noviembre se bajó el telón al suplicio que vivía River en el ámbito doméstico. Muchísima gente fue al Monumental para una casi segura despedida del año ante Newell’s —salvo que llegara a la final de la

Sudamericana— y para brindar el apoyo de cara a la quimera de Japón. Un River con la cabeza quemada alistó a muchos pibes, reservando titulares para el cruce con Huracán. Formó con Chiarini; Solari, Mammana, Vega, Vangioni (volvió tras setenta días); Lautaro Arellano (debut), Guido Rodríguez, Mayada; Viudez, Mora, Saviola. En el entretiempo ingresaron Exequiel Palacios (debut) por Arellano y Abel Casquete por Saviola; luego entró Luis Olivera (debut) por Vangioni. Newell's ganó 2-0, la figura fue Denis Rodríguez, quien en 2016 pasaría a River, y también sobresalió Lucas Boyé. Los flashes, igual, se los llevó un viejo verdugo, que de chiquito intentaba emular a un flaco que tiraba chilenas y al que tenía pegado en el póster de su habitación. Había ingresado en el complemento y a los 42' la clavó de volea, con un ángulo cerrado, para el 2-0, en el arco de la Sívori. Era su sexto gol a River. Unas semanas después, Gallardo intentaría sumarlo a sus filas, pero no lo conseguiría. Ignacio Martín Scocco debería esperar todavía un año y medio para cumplir el sueño de la infancia, y el de toda su familia, de vestirse con la Banda. Se haría desear.

La cuenta final indicaría que River llegó a 6 partidos sin ganar en el Monumental por el torneo local, es decir: 0 victorias en casa luego de alzar la Libertadores. Al partir el ciclo de Gallardo en dos, tomando como bisagra el 3-0 al Gamba Osaka por la Suruga, se observaba que River había perdido 9 de los 17 partidos tras el regreso de Japón, mientras que antes registraba 7 caídas en 70 partidos. Es decir: pasó de un 10 a un 53% de caídas, tomando la Suruga como punto de inflexión. Elocuente.

"Tenemos veinte días para descansar y cargar un cuartito de tanque de combustible para llegar hasta el final. Vamos a hacer el esfuerzo para que a los rivales no les resulte tan fácil como a Newell's", declaró el Muñeco, de cara al minirreceso por Eliminatorias, duro en su discurso para adentro, pero intentando dar un mensaje optimista hacia afuera, utilizando la metáfora del combustible. "Estamos pagando el impuesto a todo lo que jugamos", agregó.

“Impuesto”, otra de las alegorías que utilizó el DT y con las que suele sorprender cada tanto a editores de diarios y portales.

La vuelta con el Globo estaba pautada para el 26 de noviembre y las hipotéticas finales, para el 2 y 9 de diciembre, mientras River debía disputar la semifinal del Mundial de Clubes el 16 de diciembre. Calendario demasiado apretado, como en casi todo su ciclo.

Por esos días, Pisculichi renovó su contrato hasta mediados de 2017. A pesar de su muy mal año, Gallardo le daba otra chance. Merecida, por lo decisivas que habían resultado sus prestaciones en 2014. Y se ponía final a la novela de Carlos Sánchez: su representante confirmaba que seguiría la carrera en México. “Le hicimos una oferta tremenda y me dio un abrazo con lágrimas en los ojos. Nos dijo que se quedaba. Lo estoy esperando porque quiero que me diga en la cara que el abrazo que me dio es mentira”, bramó D’Onofrio. Se sumaba un conflicto que no ayudaba de cara al Mundial. Luego, ya sobre el viaje a Japón, el presidente recompuso relaciones con Sánchez y le echaría la culpa al representante: “Por mentiroso no va a pisar más el club”. Ya perdida la batalla, Gallardo intentó que el uruguayo, a quien había rescatado del exilio en el Puebla de México tras la salida que le había dado Ramón Díaz en 2013, se enfocara en su última meta. “Tuve muchas charlas personales y entiendo su postura y la de su familia —señaló entonces el DT—. Acá lo importante es que Carlos está muy bien y en un gran nivel. Tengo la mejor relación con él y estoy feliz de que hayamos podido recuperarlo para que sea fundamental en este proceso. Le deseo lo mejor y también deseo que pueda cerrar su ciclo en River de la mejor forma posible.” Bandera blanca y desafío público para que no aflojara.

El 13 de noviembre, Argentina empató 1-1 de local con Brasil por las Eliminatorias, y arreciaban los rumores de una salida de Martino si perdía en Barranquilla; Gallardo sonó por primera vez como candidato a DT de la Selección. El 17 de noviembre comenzó una mini pretemporada en el Hotel

Sofitel de Cardales, alejado del ruido. Ese lugar le traía lindos recuerdos al Muñeco: allí, mientras charlaba con sus amigos Falcao y Yepes, concentrados con Colombia para el Mundial 2014, recibió la llamada de Francescoli para ser DT de River. Allí, también, había concentrado el equipo en junio de 2015, para afrontar semi y final de la Libertadores que terminaría ganando.

El 19 de noviembre, Mora renovó su contrato por tres temporadas y Kranevitter viajó a Madrid —ya lo había hecho en agosto— para terminar los trámites vinculados con su traspaso al Atlético de Simeone. No es difícil imaginar el grado de calentura de Gallardo por no tener a sus hombres ciento por ciento metidos en el objetivo.

El 21 de noviembre, Barcelona venció 4-0 al Real Madrid; tras 56 días parado por una lesión en su rodilla izquierda, Messi entró a los 10’ del segundo tiempo. Tres días después superó 6-1 a la Roma por la Champions, con 2 goles de Messi y 2 de Suárez, mientras el 26 de noviembre, un River con la cabeza en otra, intentaba defender la corona de la Sudamericana. “Si bien es muy difícil abstraerse, quiero que mis jugadores estén enfocados y por lo menos hagan el intento de poder jugar una final nuevamente y que el hincha de River se sienta representado por el equipo. Estoy convencido de que vamos a hacer el intento. Para poder pasar, Huracán va a tener que jugar y correr, porque no le vamos a regalar nada”, expresaba el Muñeco en la previa, arengando a la tropa. Utilizaba una palabra que luego empezarían a repetir muchísimos entrenadores por efecto contagio: “enfocados”.

No mentía el Muñeco. A pesar de todas las dificultades, a River le faltó muy poquito para alcanzar la hazaña: empató 2-2 ante un Huracán que seguía siendo una piedra en el zapato del Muñeco —ya lo había superado en la Supercopa—, lo mismo que su entrenador, Eduardo Domínguez, a quien al cierre del presente libro no ha podido vencer en 6 enfrentamientos oficiales con diferentes clubes. Pisculichi no pudo estar por lesión y redondeó un

semestre de 701’ en cancha y 1 gol —una de las razones de la caída en el juego del equipo—. Aquella noche en el Ducó, Gallardo desconcertó a todos planteando una inédita línea de 3 atrás. Armó un 3-4-1-2 así: Barovero; Mercado, Maidana, Balanta; Casco, Kranevitter, Ponzio, Vangioni; Sánchez (enganche); Mora y Alario. River perdía 2-0 a los 25’ del primer tiempo (más el 0-1 en la ida) y lo empató con goles de Mora a los 23’ y a los 36’ del segundo tiempo. Huracán terminó pidiendo la hora. Con otro tanto, River hubiera pasado a la final: le faltaron 10 minutos de partido. Sánchez fue expulsado por darle un cachetazo a un alcanzapelotas, que no le alcanzaba la pelota, precisamente, y asomaron dudas sobre si podría jugar el Mundial, en caso de recibir una sanción. Nadie imaginaba que esa roja le daría una enorme alegría al Rojo (de Avellaneda) tres años después, por mala inclusión del uruguayo cuando pasó al Santos.

Mientras el Muñeco enfocaba a sus hombres para no dejar pasar la chance de disputar una nueva final internacional y les iba metiendo el chip Japón, también debía ir planificando el 2016 porque en diciembre seguiría perdiendo bastiones del equipo. No cualquier cabeza soporta semejante presión y dispersión de temas. Gallardo, además, es de los entrenadores que agarra el teléfono y llama personalmente al futbolista que desea. No delega esa tarea en el dirigente. Como gran intuitivo que es, necesita escuchar del otro lado si existen ganas y entusiasmo para sumarse al proyecto. Por esos días, el Muñeco digitó el número de Javier Pinola. El defensor, que venía de completar diez temporadas en el Nuremberg de Alemania y sorprendió gratamente a todos por su nivel en Rosario Central, quedó en contestarle en unos días. Fana de River desde pibe, presente con su padre en el Monumental la noche del 26 de junio de 1996 en que Francescoli levantó la segunda Libertadores en la historia del club, quedó atrapado en la disyuntiva de cumplir su sueño juvenil y no fallarle al hombre (Coudet) que hacía apenas seis meses había confiado en él. Pinola no supo qué contestar, se demoró más

de la cuenta, y el Muñeco lo descartó. Al hombre no le gusta que le digan que no. Tiene su orgullo, como cualquiera. Y un poquito más también. Pero al mismo tiempo es bastante terco y obstinado. Por ese motivo, a pesar de la indecisión del defensor, volvería a la carga un año y medio después. Le pasaría también con otros futbolistas, como Scocco.

Del mismo modo que le cuesta asimilar las negativas, al DT no le gusta que se hagan públicos sus pedidos. Cuando se comunica con un posible refuerzo, además del futbolista se entera el presidente, Francescoli, el representante del jugador y casi nadie más. En estos años, Gallardo supo moverse con mucha cautela y en más de una ocasión el nombre de la incorporación se conoció casi con los hechos consumados. Es el terror de los periodistas: muy difícil que le descubran una primicia en ese rubro. El silencio de la dirigencia de River puede controlarlo; del lado del jugador, no tanto. Y a muchos representantes les conviene que el nombre de sus futbolistas aparezca pretendido por un club grande. En esos días previos al viaje a Japón, al Muñeco no le gustó nada que surgieran en los medios los nombres de Silvio Romero y Lucas Orban. “No doy nombres y trato de manejarme con mucha cautela, pero no puedo pedir que todos sean iguales a mí. Cada uno hace su juego para que los pueda favorecer en posibles negociaciones. Cuando veo que hay cosas raras, los jugadores que me interesan, me dejan de interesar”, se plantó el DT.

Mientras tanto, el 28 de noviembre, Barcelona continuó con su raíd criminal: despachó 4-0 a Real Sociedad. El 30 de noviembre, River dio la lista de 23 para el Mundial de Clubes: quedaron afuera Augusto Solari y Guido Rodríguez, quienes igual viajarían con la delegación. Ese mismo día, la Conmebol confirmó que Carlos Sánchez podría jugar en Japón.

El 3 de diciembre fue una fecha histórica para el fútbol argentino. Tristemente histórica: en la cancha de futsal del predio de la AFA, en Ezeiza, 75 dirigentes de clubes votaron para elegir al nuevo presidente, y el resultado

fue 38-38. Esa mañana, Jonatan Maidana renovó su contrato con River hasta junio de 2019.

El viernes 4 de diciembre presentamos *Gallardo Monumental* en el Museo River. Con Marcelo, claro. También estuvo el presidente D'Onofrio, entre otros, como un simple espectador, a pesar de que lo invité al escenario a decir unas palabras. Y como regalo sorpresa apareció Ariel Prat, compositor, murguero, fana de River, a quien Marcelo había conocido en algún recital de la Bersuit de una década atrás. Con Juan Subirá, tecladista de la Bersuit, y un par de músicos más interpretaron tres temas, entre ellos el más reconocido del Negro Prat, popularizado por Gustavo Cordera: "Al olor del hogar". Con Marcelo charlamos cerca de media hora arriba del estrado, con mucha naturalidad.

A propósito del compromiso que se venía, recordó el encuentro que había mantenido con Javier Mascherano en el restaurante 9 Reinas en Barcelona, en 2012, y al que tímidamente se había sumado —después de enterarse de que estaban allí y de pedir permiso por teléfono— un tal Lionel Andrés. "Creo que Messi hablaba menos que yo, con eso les digo todo. Y Mascherano… Mascherano es tristísimo, así que la cena no fue muy dialogada que digamos, hablaban las mujeres y les llamábamos la atención a las hijas de Mascherano", bromeó Gallardo y despertó la carcajada del auditorio. Un tiempo después, el propio Marcelo me contaría que a Masche le había puesto "Piraña" de apodo porque lo tenía encima, con el aliento en la nuca, marcándole y robándole pelotas en los entrenamientos todo el tiempo. Masche, que debutó en la Primera de River a mediados de 2003, al mismo tiempo que el Muñeco regresaba al club desde Mónaco, me contó en la nota de las 100 preguntas de *El Gráfico* que el 10 los invitaba a él y a varios chicos más (la Gata Fernández, Javier Gandolfi) a comer asados a su casa. Y que, en la concentración, vivían en la habitación que compartían los Marcelos (Salas y Gallardo). Que el Muñeco se preocupaba por los chicos del club, los

aconsejaba y, con su ejemplo, irradiaba un sentido de pertenencia que se encargaría de ratificar como entrenador.

Retornando a la presentación del libro, Marcelo jamás puso reparos en ir. Y se movió con naturalidad y sencillez. Al día siguiente, sábado 5, se abrió el Monumental para una práctica con hinchas, mientras el Valencia le sacaba un empate al Barcelona (1-1) y asomaba una tenue esperanza. El domingo 6, unas 20 mil personas en autos, motos y camionetas armaron la caravana a Ezeiza para despedir al equipo mientras Daniel Angelici era reelegido presidente de Boca con el apoyo de Carlos Tevez.

El 8 de diciembre aterrizaron en Japón, ocho días antes del debut. Ese mismo martes, Neymar se lesionó el aductor en una práctica, y se puso en duda su presencia mientras los medios argentinos anunciaban que River iba por Scocco, Rigoni y Silvio Romero. El día siguiente, Huracán perdía por penales la final de la Copa Sudamericana ante Independiente Santa Fe, y Nahuel Gallardo sufría como un condenado: “Tengo que aprobar una de las tres materias que me llevé sino el viejo no tiene muchas ganas de que viaje”. Terminarían viajando él, su mamá, sus dos hermanos menores y también el abuelo Máximo. Tres años más tarde, ese mismo contingente —aunque uno integrando la delegación oficial— lo acompañaría también al otro lado del océano. El Muñeco le da mucha importancia a la familia. Es un bien que cotiza alto en su escala de valores. Este es un claro ejemplo.

El 10 de diciembre, Mauricio Macri asumió como presidente de la Argentina, y Gallardo fue al estadio con sus ayudantes para ver a sus potenciales rivales; el Sanfrecce venció 2-0 al Auckland City. Un día después se cayó la opción de Guillermo Barros Schelotto como DT de Racing —¿estaría esperando otra cosa?—, y la dirigencia fue por Facundo Sava. En la práctica en Japón, Lucho González ocupó el lugar de Pisculichi y Tabaré Viudez jugó de volante por derecha para los suplentes y metió dos goles en el 2-0 ante los titulares. Al finalizar, Gallardo se fue corriendo los 4 kilómetros

que lo separaban del hotel, junto a Biscay y Buján. Una manera sana de descargar. Lo hace con frecuencia.

El 13 de diciembre, Gallardo observó en vivo la victoria por 3-0 del Sanfrecce al TP Mazembe y se confirmó que sería el rival de River. El Sanfrecce Hiroshima, fundado en 1938, llegaba al cruce con River con un invicto de 12 partidos (11 triunfos, 1 empate) y un 5º puesto en su única participación en Mundial de Clubes (2012).

“Gallardo es muy inteligente, creo que River tiene muy buenos jugadores para salir a buscar el partido”, declaró Messi, quien afrontaba su tercer Mundial. Había ganado los dos anteriores y convertido en ambas finales: uno a Estudiantes en 2009 —gritado como desaforado— y dos al Santos en 2011. El historial del Mundialito, como lo llaman en el Viejo Continente (2005-14), favorecía a Europa por 7-3, que además se había quedado con el trofeo en 6 de las últimas 7 ediciones.

El martes 15 hubo un banderazo de más de 10 mil hinchas de River en Osaka, frente al canal del río Dotonbori. El plantel se acercó con el micro, después de la práctica, para llenarse de afecto y emoción, en un ida y vuelta con los hinchas que se fue retroalimentando y creciendo con el tiempo durante este maravilloso ciclo. Influyó muchísimo la línea bajada por el DT en ese sentido. Esa tarde-noche se vio a varios jugadores y al propio Gallardo filmando con sus celulares desde arriba del micro.

“No son cosas que pasan todos los días —explicó el Muñeco—, hay que darle al hincha la oportunidad de sentirse bien representado por un equipo que ya le dio muchas satisfacciones. Es muy emotivo lo que hemos vivido y lo que vamos a vivir. Todo tiene que ver con la ilusión de la gente, que dejó muchas cosas, que se endeudó para venir. Debemos valorar ese esfuerzo, y no solo de los que pudieron venir sino también de los que hubieran querido venir. Pasamos por el banderazo para empaparnos de esa pasión.” Gallardo también buscó que los jugadores se chocaran de frente con la realidad, que

tuvieran al lado a esos locos que gastaron fortunas para acompañarlos, un modo también de potenciarles el compromiso. Pero al mismo tiempo, con sus palabras, el DT no se detuvo solo en esos 20 mil que viajaron y que constituían una porción mínima de los millones de hinchas de River. Por eso, la aclaración de “los que hubieran querido venir”. Una cabeza que está en todos los detalles.

El viernes 16, en el Nagai Stadium de Osaka, River le ganó 1-0 la semifinal al Sanfrecce con gol de Alario a los 26’ del segundo tiempo, cuando la preocupación comenzaba a desbordar el límite de lo tolerable. Formó con Barovero; Mercado, Maidana, Balanta, Vangioni; Sánchez, Kranevitter, Ponzio, Pisculichi; Mora y Alario. Entraron en el segundo tiempo: a los 11’, Lucho González por Ponzio (más juego para abrir el partido); a los 18’, Viudez por Pisculichi (no terminaba de arrancar), y a los 37’, Mayada por Mercado (más aire). La figura del partido fue Barovero con tres tapadas decisivas. “El Chelo nos salvó”, declaró Carlos Sánchez. “El Chelo nos salvó”, repitió unos segundos después Vangioni. El propio Trapito confirmó luego que jugaron el partido con un salvavidas de plomo.

—Nos sacamos una mochila enorme de encima —admitió el arquero—. A veces por la cabeza pasan cosas que te juegan en contra. La necesidad de darle una alegría a la gente que hizo tantos kilómetros y sacrificios puede llevar a que te desesperes dentro de la cancha. Ahora tenemos el premio y hay que medirse. Lo importante será jugarlo y que la cabeza se libere. Hace dos años que venimos escalando una montaña. Trataremos de estar a la altura y buscaremos ganarlo. Al menos, lo vamos a intentar.

—¿Sufriste más de lo que creías? —le preguntaron.

—Yo siempre sufro, creo que hace dos años que vengo sufriendo.

(Y sin anunciarlo explícitamente, ya estaba anticipando los argumentos para su salida del club, que se concretaría seis meses después, aunque la mayoría no lo captó en ese momento porque la mente estaba puesta en el

Barcelona.)

El DT elogió a su arquero, luego resaltó la presión con la que había jugado el equipo y por último envió un mensaje liberador.

- “Las apariciones de Barovero fueron fundamentales. Es un arquero de un temple enorme. Cuando tiene que aparecer, aparece. Fue y es clave.”
- “Teníamos una enorme responsabilidad, la asumimos sin volvernos locos y supimos aguantar esa carga psicológica de ser favoritos. A veces, esa responsabilidad no te permite estar del todo suelto. El día anterior nos llenamos de pasión y teníamos una enorme responsabilidad de no defraudar a la gente.”
- “Ahora seguramente se dará una cuestión liberadora al llegar al partido final del que todos veníamos hablando y que queríamos vivir. La enorme cantidad de gente merecía estar el 20 en la final, y estos jugadores se la pudieron dar. Estamos en una situación de privilegio y es ni más ni menos que para disfrutarla. Cumplimos el objetivo de jugar esta final soñada y, además del orgullo por los jugadores, siento la responsabilidad de que debemos jugar mejor. Va a ser otra cosa. Lo que viene es hermoso.”

Al día siguiente, Barcelona despachó 3-0 al Guangzhou Evergrande de Felipão Scolari, con 3 goles de Luis Suárez, sin Neymar ni Messi, que a la noche fue a un centro médico para ver si había eliminado la piedrita que le generaba los cólicos. O sea: goleó caminando sin 2 de sus cracks. La producción goleadora del tridente catalán en 2015 metía miedo: 46 goles de Messi, 44 de Suárez y 41 de Neymar, más otros 42 del resto del equipo. Suárez sumaba 21 tantos en los últimos 17 partidos. Gallardo lo vio en vivo. Su equipo estaba prácticamente confirmado, al menos 10 de los 11 titulares. La duda era si River sería conservador, esperando con dos líneas de cuatro,

resignado a un papel de mero *partenaire*, al estilo San Lorenzo contra el Real Madrid del año anterior y a contramano de lo visto durante el ciclo, o si intentaría hacer lo de siempre.

“El mensaje no va a variar por más que se juegue contra el mejor equipo del mundo. Después veremos cómo resolvemos situaciones, porque cuando te enfrentás a los mejores, tenés que achicar márgenes de error y jugar muy concentrado, reduciendo cualquier posibilidad de equivocación”, precisó Gallardo en los días previos. No mintió. Respecto de la formación, solo existía la duda para un puesto, que se lo disputaban Pisculichi, Lucho González y Mayada. Sin embargo, comenzaría a repetirse con frecuencia una situación que les pondría los pelos de punta a los periodistas que cubren el día a día del club: una sorpresa de último momento.

El 18 de diciembre, el plantel salió de compras por el centro comercial Yodobashi-Akiba hasta el mediodía. El sábado 19 se divirtieron pegándoles a modo de despedida a Sánchez y Kranevitter, que afrontaban su último partido en el club, y Gallardo dio una conferencia de prensa ante más de 200 periodistas. “Ellos tienen a los mejores, pero nosotros tenemos un corazón enorme”, declaró. Ese mismo día, también Tokio supo qué significaba eso que llamaban “banderazo”. Se produjo en el parque Yoyogi. Impactante.

El domingo 20, Gallardo sorprendió a todos poniendo a Viudez de titular en lugar de Pisculichi. River perdió 3-0 por los goles de Messi a los 35’ del primer tiempo —tras bajarla con la mano, sin intención— y de Luis Suárez a los 4’ y a los 23’ del segundo tiempo. Barcelona alistó a Bravo; Dani Alves, Piqué, Mascherano, Alba; Rakitic, Busquets, Iniesta; Messi, Suárez, Neymar. River, a Barovero; Mercado, Maidana, Balanta, Vangioni; Sánchez, Kranevitter, Ponzio, Viudez; Alario y Mora. En el inicio del complemento ingresaron el Pity Martínez por Mora y Lucho González por Ponzio, y a los 10’, Driussi por Viudez. Fueron cambios ofensivos, el Muñeco intentó buscar el resultado aun a riesgo de comerse una goleada mayor. A los 4’ del segundo

tiempo, tras un pase mal dado por Sánchez, Suárez terminó con cualquier ilusión al poner el 2-0 de contraataque.

Quedará para la historia, entre otras cosas, la foto de Messi levantando su brazo izquierdo, pidiéndole perdón a la gente de River por acomodar la pelota con la mano en su gol. Una imagen inédita en los 650 goles convertidos por el genio rosarino, al cierre de este libro (Messi vive reactualizando sus estadísticas).

Barovero, Balanta y Kranevitter fueron los puntos más altos mientras Sánchez y Mora, los más bajos de un equipo que en los primeros 30 minutos planteó un duelo más o menos parejo, pero que se terminó desbarrancando tras el 0-1. El Pity fue el que más cerca estuvo del gol en el segundo tiempo, pero entre Claudio Bravo y el palo le ahogaron el grito, y Suárez fue la figura del partido. Mientras Gallardo consolaba uno por uno a sus jugadores en el campo de juego a la espera de la premiación, D'Onofrio se daba un abrazo sentido con Messi.

"Fue impresionante. Estuve todo el partido con el presidente del Barcelona y, así como yo estaba maravillado con el equipo de ellos, Bartomeu estaba maravillado con el hincha de River. No lo podía creer. Y cuando River estaba perdiendo, me volvía a decir: no puedo creer la hinchada que tienen", se emocionaba el presidente de River ya terminado el partido. "Me pareció que River compitió bien, fue muy valiente. Gallardo es un gran entrenador, pero al nivel que hemos estado era difícil para cualquiera", señaló Luis Enrique, quien sumaba su 5º título sobre 6 posibles en su primera temporada al frente del Barcelona. "En Japón nos hemos sentido muy arropados, lo hemos notado desde que llegamos, en las calles, en el hotel, en la gente que espera para ver a los jugadores, pero lo de la gente de River es brutal y, seguramente, el equipo sentirá el calor de su afición", había destacado Andrés Iniesta en la previa. "Mis compañeros estaban enloquecidos, sobre todo no podían creer que la gente siguiera alentando después de haber perdido", confesaba

Mascherano.

En la zona mixta, golpeado porque no le gusta perder ni a la bolita, pero con la tranquilidad lógica del que ya sabía lo que iba a ocurrir, Gallardo entregó las sensaciones finales del partido y también las de un año vivido con adrenalina permanente.

- “Tuvimos un plan de juego, una idea que pudimos llevar a cabo durante casi 40 minutos, creo que ahí es donde nosotros estuvimos bien e hicimos sentir incómodo a un gran equipo. Después del primer gol nos desbordamos un poquito y después del segundo nos desorganizamos, y ya se hizo todo el partido para ellos.”
- “Queríamos llegar al final del partido con chances y no lo pudimos lograr, pero más allá de la tristeza y la amargura de haber perdido, quiero agradecerles a los jugadores por el gran esfuerzo en el año y medio que llevamos. Hoy era un partido final, hasta casi de final de ciclo, de jugadores que se están despidiendo, era la frutilla del postre, no llegábamos en el mejor momento futbolístico, esa es la amargura que me da. Quiero agradecerle a la gente por el apoyo incondicional, a la que nos acompañó y a muchísima gente que se despertó temprano.”
- “Cuando jugás contra un equipo fenomenal, hay que reconocer la supremacía. Quedamos tranquilos de conciencia porque los esfuerzos se hicieron, pero enfrente había jugadores excepcionales.”

Bien, aquí abrimos un paréntesis, a propósito de la simpatía y el respeto que generaba entre los neutrales ese River de Gallardo, simbolizado en la ocasión por su capitán, Marcelo Barovero. Vale resaltar la pequeña gran sorpresa que vivió el arquero en aquella final. Lo contó por primera vez en una entrevista que le hice dos meses después, en febrero de 2016, para *El Gráfico*, y que reproduzco aquí en forma parcial.

Van apenas 12 minutos de la final del Mundial de Clubes, y el resultado aún se mantiene 0-0. Lionel Messi la recibe de Iniesta, a un metro del punto del penal, y gatilla el zurdazo. Marcelo Barovero saca su brazo izquierdo en un milisegundo y, mientras vuela hacia su palo izquierdo, consigue desviarla con la punta de sus dedos. Luego, se reincorpora como un felino y se lanza sobre el balón, antes de que el pequeño genio lo empuje casi sobre la línea. Pero resulta que el pequeño genio, en vez de maldecir y enfadarse por el gol que le robó el SuperMar[celo] de verde, va y le tiende el brazo derecho para ayudarlo a levantarse. Y, una vez que está de pie, le acaricia la cabeza.

Agustín Barovero, de 9 años, el mayor de los tres hijos del arquero de River, es… arquero. Cada vez que podía sentarse con su papá a ver los partidos de la Champions por TV, le comentaba, con la inocencia propia de la edad: "¿Y vos cuándo vas a jugar contra el Barcelona?". Más aún: "¿Y vos cuándo le vas a atajar un tiro a Messi?". Que 23 minutos después se rompiera el hechizo, Cenicienta volviendo de raje al palacio, el carruaje hecho calabaza y Messi convirtiendo el 1-0 no viene al caso. "Cuando me dio la mano para levantarme, le conté a Lionel lo que me decía mi hijo. Siempre veíamos como algo inalcanzable enfrentar al Barcelona, no solo mi hijo, sino yo también —admitía Trapito—. No lo conocía a Messi, la primera vez que lo vi fue antes de entrar a la cancha a jugar esa final, en el pasillo. Ahí se acercó a saludar Mascherano, al que conocía de las selecciones juveniles —ambos son categoría 84— y se dieron algunos saludos más, entre ellos con Messi. La verdad que hubo mucho respeto de todo el equipo del Barcelona. Nos deseamos suerte, lo normal. No volví a cruzarme a Lionel en el partido, recién cuando terminó me acerqué a felicitarlos, como mis compañeros. Le pedí a Lionel la camiseta, pero había llegado tarde (risas). Y un rato después, ya en el pasillo que comunicaba los vestuarios, le di mi buzo y le pedí si me lo cambiaba por el de Bravo. A los pocos minutos llegó con el buzo de Bravo y con un par de botines en la mano. 'Estos son para tu hijo', me dijo. Eran los botines de él."

—¿Y vos?

—Nada, me quedé mudo de admiración. Jamás me imaginé que iba a hacer eso.

—Es decir que el tipo se acordó de ese comentario que le hiciste al comienzo del partido y, sin que se lo pidieras, te regaló los botines para tu hijo. ¡Qué lindo gesto!

—Totalmente, así fue. Un gesto del más grande.

Ahí están. Los botines y el gesto. Los dos gestos, en realidad. El de Messi, que lo

humaniza frente a quienes solo se detienen en sus goles, apiladas, títulos y trofeos. El de Barovero, que retrata su modestia: no anduvo contando la proeza a los gritos. Y lo relata ahora porque nos enteramos por otro lado y se lo preguntamos.

Cerramos el paréntesis.

Con las despedidas de Sánchez y Kranevitter, que se sumaban a las partidas recientes de Funes Mori, Cavenaghi, Teo y Rojas, el DT se quedaba sin medio equipo titular de la base con que había iniciado este ciclo un año y medio atrás. “Tenemos que volver a cero y renovarnos en todo sentido”, manifestó el DT en zona mixta, dejando en claro que afrontaba su primer gran recambio.

“Gracias por enseñarme a ser persona desde chico y brindarme todo en estos ocho años. Se va a extrañar, de verdad. Muchas gracias por el apoyo”, se despidió Kranevitter en Instagram. Vaya si extrañó. Nunca volvería a ser el que fue. Ni siquiera a estar cerca. Ni en el Atlético de Madrid ni en el Sevilla ni en el Zenit ni en la Selección. “Este grupo me hizo cumplir mis sueños. Siempre estarán en mi corazón. Muchas gracias”, escribió Carlos Sánchez en Twitter. Cerraba así un ciclo de 137 partidos y 29 goles, 11 de ellos en Copas internacionales. Una pieza vital en la obtención de la Libertadores 2015, ya que jugó los 14 partidos de titular y metió 3 goles de oro: a Boca —el que terminó valiendo la clasificación—, el 1-0 a Cruzeiro en Belo Horizonte para empezar a dar vuelta la serie y el 2-0 en la final a Tigres que aseguraba la Copa.

El 26 de diciembre, *Olé* ponía en tapa a Messi con la camiseta de River al cuello sonriendo junto al utilero Pichi Quiroga. Era una imagen del vestuario después de la final. Cuentan que se llevó 5 camisetas. “No sé de qué club es hincha, solo puedo decir que nos tiene afecto, como probablemente tenga con otros clubes”, manifestó D’Onofrio, evitando entrar en conflictos diplomáticos con Newell’s. Por esos días se recordó un pasaje de la biografía de Messi escrita por Guillem Balagué, la única avalada por la familia del

crack. Allí, Gerardo Grighini, amigo de la infancia de Messi, señalaba: “Leo dice que es de Newell’s, pero de chico era de River. Mirábamos los partidos e hinchábamos por River. Era fanático de Aimar”.

El 28 de diciembre, *L’Équipe* anunció que el Lyon quería a Gallardo, pero el DT desestimó cualquier tanteo. Tenía algunas cosas por hacer en River todavía, algunos pagarés por levantar. A esa buena noticia le siguió una mala el día posterior: se supo que Barovero se iría del club en junio. Mientras tanto, Gimnasia hizo un intento por llevarse a Driussi. “Es un jugador en el que depositamos muchas esperanzas”, afirmó el vicepresidente Matías Patanian, y la mayoría de los hinchas de River seguramente dibujó un gesto de incredulidad: ¿para qué queremos a este pibe si no le mete un gol a nadie?

El 31 de diciembre, Carlos Sánchez fue elegido el mejor futbolista del continente por los periodistas de Sudamérica en la tradicional encuesta del diario uruguayo *El País*, superando a su tocayo Tevez. También integraban el once ideal Barovero, Mercado, Maidana, Funes Mori y Kranevitter, es decir: 6 de los 11 eran de River. Tres ya no arrancarían 2016 a las órdenes del Muñeco (Funes Mori, Sánchez, Kranevitter) y otros dos se irían a mitad de año (Barovero y Mercado).

Fin de un 2015 muy intenso para River, con dos viajes a Japón en cinco meses. Así terminó: fusilado.

— 2 —
2016
Primer semestre

El primer semestre de 2016 fue el peor del ciclo Gallardo. Uno de los dos en los que no ganó títulos —tampoco lo hizo en la primera parte de 2017— y el único en que no cumplió ningún objetivo: fue eliminado de la Libertadores en octavos de final antes del corte de mitad de año y, al terminar 9º entre los 15 equipos de su zona en el campeonato doméstico exprés de cuatro meses, tampoco se clasificó para un torneo internacional en 2017. Ni siquiera pudo meter goles en los dos superclásicos oficiales que disputó. Sufrió numerosas lesiones musculares y vivió situaciones insólitas. Y aunque insinuaba ser un período de recambio, el mercado de pases no se movió demasiado. Llegaron Nicolás Domingo, Joaquín Arzura, Ignacio Fernández, Iván Alonso y, sobre el final, Andrés D'Alessandro, y dejaron el club Javier Saviola y Guido Rodríguez.

El 4 de enero, la Federación Internacional de Historia y Estadística de Fútbol con sede en Alemania ubicó en su *ranking* anual de entrenadores a Gallardo como el mejor argentino, solo por detrás de los españoles Luis Enrique, Guardiola y Emery y del italiano Allegri; Simeone finalizó 7º.

El 5 de enero, River compró a Gimnasia el 70% de Nacho Fernández en 2,1 millones de dólares. Nacho tenía propuestas de México (Jaguares) y de Brasil (Botafogo), pero cuando del otro lado de su teléfono móvil escuchó la voz de Gallardo, el zurdo desgarbado le confesó que, si River era realmente

una alternativa, no tenía ninguna duda sobre qué destino elegir.

—Me pone contento que pienses eso, vamos a hacer lo posible para traerte —le aclaró el Muñeco, tal como me lo contaría Nacho unos meses después en *El Gráfico*.

“Nacho nos da ese control que muchas veces nos falta porque tenemos demasiados jugadores verticales. Nos aporta la pausa y la inteligencia para jugar en el medio. Ninguno me da la salida, la lectura de juego ni la calidad de pase que tiene Nacho para arrancar las jugadas”, analizó conceptualmente a uno de los hombres al que le costaría entrar en el hincha, pero que, más allá de algún altibajo, siempre fue valorado por el DT. De hecho, dio el presente casi siempre en las citas más importantes en los tres años siguientes. Nacho, además, agregó otra cualidad con el paso de los partidos: facilidad para pisar el área rival. No convirtió en proporción a su claridad para aparecer sin marca en zona de gatillo; uno de sus déficits repetidos es elevar los disparos por arriba del travesaño.

La inteligencia de Nacho para entender el juego, sin embargo, es una virtud que pesa más que cualquier otro defecto. Me lo remarcó Matías Biscay en febrero del año siguiente, a propósito de un chiste que se había viralizado en esos días por San Valentín y que le había reenviado a su WhatsApp. Aquel del hombre que le pregunta a su novia/esposa/amante si le gustan Barcelona y París y termina invitándola a ver “PSG-Barcelona en ESPN por la Champions”.

—¡¡¡Muyyy buenooooo!!! —me contestó Matías, “un hombre poco apegado al teléfono”, como lo definió con conocimiento de causa Hernán Buján, y que por tal motivo lo liberamos de esa carga en casi toda la obra, pero que está vez le ganó a la rutina.

—Sí, los mejores chistes son los más simples —la seguí.

—Como el fútbol bien jugado, Diego. Vos sabés que hoy hicimos un ejercicio en el entrenamiento, muy técnico y conceptual. De control y pase,

como base del mismo, pero con una idea de juego para recibir entre líneas y por detrás de los que marcaban. Y había un jugador que lo entendía más que los otros. Casualmente era el que jugaba más simple. A los demás les costaba bastante. Tenés solamente una chance para adivinar quién era el jugador.

—Nacho Fernández —contesté, después de tomarme unos segundos.

—Justo con la chicharra, ja, ja.

Está clarísimo: los integrantes de un cuerpo técnico reparan en detalles que el público general (periodistas incluidos) no ve. Y por eso suelen tener muchos más elementos para tomar decisiones que para el hincha común pueden parecer incomprensibles. Se equivocarán, porque son humanos, pero parten de otra realidad. Saben más, los ven más tiempo, los prueban en diferentes facetas.

Un día después de Nacho, firmó Nicolás Domingo, para iniciar su cuarta etapa en el club al que había llegado con 14 años. Al igual que con Pinola, Gallardo le habló antes de fin de año. Domingo venía de ser figura en Banfield y estaba con un pie en el Tijuana, de México, que ya le había enviado el contrato. “La charla con Marcelo fue muy sincera —resaltó el mediocampista—, me dijo que tenía en la cabeza reforzar el equipo con dos jugadores en el medio, que le había dado tres nombres a la dirigencia y que no me podía dar la certeza de que se hiciera. Yo le contesté que ya me ponía feliz que hubiera pensado en mí.” Sinceridad y frontalidad son dos de las características del Muñeco, como ya hemos destacado muchas veces, y se corrobora con este nuevo ejemplo. Otro entrenador, para asegurarse el refuerzo, le hubiera dicho que era su prioridad absoluta. Y si después no se concretaba, y el jugador se quedaba sin Tijuana y sin River, mala suerte. Pero no. Gallardo no especula, dice la verdad y genera un compromiso con su dirigido desde el vamos. Nico Domingo le puso un freno a su viaje a México y terminó sellando el regreso al club del que es hincha. Fue el futbolista de mejor rendimiento en este primer semestre de 2016, pero el equipo anduvo

muy mal. A veces suceden estas cosas y, quizá porque muchos hinchas lo miraban de reojo al no haber rendido en etapas anteriores en el club, pasó a ser el gran culpable de todos los males de River. Le costó muchísimo remontarla en la segunda parte del año y terminó yéndose por la puerta de atrás. Sin embargo, en 2017 sería una columna del Independiente de Holan campeón de la Sudamericana. Y todavía hoy es aplaudido por la exigente platea del Rojo. A veces, el hincha, si quiere tanto a su club, debería hacer un ejercicio más prudente de la impaciencia.

El 7 de enero, Javier Saviola anunció su salida de River tras haber jugado 16 partidos en el semestre anterior: fue 11 veces titular, solo completó los 90 minutos en 3 (Vélez, Crucero y Temperley) y no pudo convertir ni un gol. Agradeció por medio de un comunicado a hinchas, dirigentes y compañeros, sin dedicarle una sola palabra al cuerpo técnico. No pareció un olvido casual. Fue injusto porque, a pesar de haberse instalado rápidamente entre los suplentes, Gallardo fue el que dio el OK para que el Conejito regresara y de entrada intentó darle pista en partidos importantes. Pero Saviola ya no estaba a la altura de ese desafío, había jugado muy poco en los últimos años y merodeaba el retiro.

Gallardo siente una debilidad especial por los chicos del semillero que le han dado mucho al club y por ese motivo les abrió una puertita a Aimar, Saviola y D'Alessandro, a quienes no hubiera pedido si no fuera por ese pasado glorioso en River. El Muñeco sufrió ese destrato en dos ocasiones, cuando Passarella se lo sacó de encima en 2006 (como DT) y en 2010 (como presidente). Y también tuvo que remarla para convencer a Gorosito de que aceptara su regreso en 2009. Es decir: la puerta, que le cerraron a él, no quería cerrársela a otros. A otros símbolos que le habían dado al club tanto como él.

Casi tres años después, en diciembre de 2018, ya retirado y pensando con cabeza de entrenador, Saviola finalmente se destrabó y pudo dedicarle unas

lindas palabras a Gallardo, en una entrevista con *La Nación*, y hasta lo puso por encima del hombre que lo había hecho debutar en la primera de River con 16 años.

—Me hubiese gustado cerrar la historia de otra manera, retirarme de otra forma, pero solo puedo hablar bien de Marcelo. De su respeto y sinceridad. Cuando vimos que ninguno podía hacer más por el otro, decidimos terminar sin problemas ni rencores. Ninguno quería involucrar a River.

—Definilo como técnico.

—Sencillo: gana la Copa Libertadores y al día siguiente ya está pensando cómo hacer para seguir ganando. Por eso le va tan bien: es muy ambicioso.

—En la imaginaria mesa con Labruna y Ramón Díaz…

—Y sí, él ya es el mejor. Ya está por encima de Labruna y de Ramón.

Volvamos a 2016. El sábado 9 de enero, el plantel se reencontró para viajar a la pretemporada en Punta del Este. Con las experiencias traumáticas vividas con Ariel Rojas, Chichizola y Carlos Sánchez, quienes se fueron con el contrato vencido sin dejarle un solo peso al club, la dirigencia bajó a Vangioni del avión —le quedaban seis meses de vínculo—. Los juveniles Maxi Velazco y Exequiel Palacios completaron la delegación. Es decir, Palacios no apareció por generación espontánea, de un día para el otro, como tampoco explotó de un día para el otro el Gordo Driussi. Recién lo haría dos años después, en 2018. Los futbolistas necesitan un período de maduración. Y no todos tienen el mismo.

El 11 de enero, Messi ganó su 5º Balón de Oro, y el 13 de enero, Gallardo volvió de urgencia a Buenos Aires por la apendicitis sufrida por su hijo Nahuel. El 14 de enero, Vangioni resolvió su conflicto con el club: resignó un año de prima a cambio de irse libre en junio. Viajó a Punta del Este en el mismo avión que Gallardo y D’Onofrio, y ese mismo día se lo vio corriendo

junto al DT. A pesar de la bronca que podía tener el entrenador por los días que el Piri había regalado de pretemporada, lo acompañó en las corridas para que no se sintiera solo. Eso se llama empatía. Ya había actuado de manera similar cuando, a fines de 2014, Cavenaghi volvió a entrenarse aparte del grupo, tras la operación en el dedo gordo del pie, para ponerse a tono con el resto, y Gallardo allí estaba, acompañándolo en la soledad del Monumental.

El 18 de enero, el Míster festejó su cumpleaños 40 en la concentración, como le ocurrió casi siempre desde 1993, en Mar Chiquita. También sopló las velitas Pisculichi (32). Ese mismo día, River tuvo su estreno de 2016 con una caída 3-2 ante Independiente en Mar del Plata. Debía disputar cuatro clásicos en trece días, y con muchas menos vacaciones que los demás (por el Mundial de Clubes). Las consecuencias serían demoledoras.

Frente al Rojo, Gallardo hizo debutar a Augusto Batalla, considerando que Barovero se marcharía en junio. River arrancó con Batalla; Mayada, Maidana, Balanta, Casco; Pity, Domingo, Lucho, Bertolo; Driussi y Alario. Mora no pudo salir de Uruguay por un conflicto judicial, y River tuvo un suplente menos. Comenzaban a sucederle cosas extrañas.

Ante la necesidad de goles, Teo Gutiérrez coqueteó con su regreso. No tuvo demasiado eco. Teo no se fue mal con Gallardo, pero el DT tiene muy claro cuál es el combo del colombiano. El 23 de enero, River le ganó 1-0 a Boca en Mar del Plata, con un gol de Pisculichi de penal a los 18’ del primer tiempo —festejo de cocodrilo ante la cámara para su hijo— tras una mano infantil de Tevez en el área. Boca pegó mucho y terminó con 8, por expulsiones de Silva, Peruzzi y el Cata Díaz; Maidana y Pisculichi —desde el banco— también vieron la roja. Cata Díaz se fue haciendo el gesto de “0 descensos”, lo que generaría una crítica del propio Angelici. Gallardo, quien tras la derrota ante Barcelona había manifestado que podría haber hasta cambio de esquema en 2016, presentó su nuevo 4-2-3-1: Barovero; Mercado, Maidana, Balanta, Vangioni; Ponzio, Lucho González; Mora, Pisculichi,

Nacho Fernández; Alario.

El 26 de enero, Driussi jugó de delantero neto y le metió 2 goles a San Lorenzo en la victoria por 3-2 mientras desde Chile insistían con el interés de la Selección en contratar a Gallardo como sucesor del renunciante Jorge Sampaoli. No sería la primera vez que se escucharía el apellido Gallardo vinculado a Sampaoli en una Selección.

El sábado 30 de enero, en Mendoza, River volvió a quedarse con el superclásico. Otra vez por 1-0, otra vez por un penal infantil, en este caso de Sebastián Palacios al Pity —siempre desequilibrante ante Boca—. Lo facturó Mora, faltando 9 minutos, y lo festejó como si disparara una ametralladora ante la tribuna de Boca. Tevez y Chávez se lo quisieron comer crudo. Ponzio, que jugó de primer marcador central por la suspensión de Maidana —una posición que repetiría durante este semestre—, resultó la figura de la cancha. Fue el tercer superclásico amistoso ganado consecutivamente por River. Todos por 1-0: Córdoba (2015), Mar del Plata y Mendoza (2016).

“Leo es el corazón nuestro, el espíritu del equipo, juegue donde juegue, y si no juega, también. Cuando lo necesitás, está, y cuando le toca salir, va siempre para adelante. Eso es lo bueno, tener un jugador que interpreta lo que significa el espíritu de grupo, el espíritu de equipo”, lo elogió con énfasis Gallardo tras ese súper. Después de ni siquiera concentrar con Ramón Díaz y de estar a un paso de irse del club, de ser con frecuencia suplente de Kranevitter hasta fines del año anterior —también alguna vez formó tándem con él—, Ponzio comenzaba a consolidarse como un indiscutible del equipo. Fue el primer halago público del DT, al menos en este tono, a quien sería su capitán a partir de junio, con la salida de Barovero.

El 1º de febrero, y gracias a la nacionalización de Rodrigo Mora que liberó un cupo, llegó un nuevo refuerzo extranjero: el uruguayo Iván Alonso, a quien Gallardo quiso contratar en su momento para Nacional. Ningún medio lo había nombrado ni siquiera como una chance lejana.

El 3 de febrero, el hincha se sacudió como pocas veces con un mercado de pases al anunciarse que Andrés D'Alessandro volvía al club tras trece años. Sorpresa absoluta, fue otra maniobra que se manejó con absoluta reserva. El deseo de la vuelta nació del propio Cabezón. Se lo había comentado a Francescoli el 5 de enero, cuando coincidieron en Punta del Este en el habitual partido de las estrellas organizado por el hermano de Enzo. El director deportivo habló con el presidente, y el OK final, obviamente, debía dárselo el DT, después de charlar con el jugador. Gallardo no lo había pedido, y podría haberle bajado el pulgar por celos o por un manejo abusivo del poder. Pero no. El Muñeco no ve fantasmas y siente un afecto especial —como remarcamos— por aquellos hombres nacidos en el club y que son queridos por la gente. Ambos 10 no habían llegado a ser compañeros en River porque el zurdo debutó en 2000, un año después de la partida del diestro a Mónaco, y a mediados de 2003, cuando el Muñeco regresó de Francia, el Cabezón partía hacia Alemania. Al DT, la convivencia no le resultó lo armoniosa que imaginaba.

El domingo 7 de febrero, River recibía a Quilmes en el Monumental, pero se suspendió por lluvia. Pisculichi y Lucho González tuvieron fiebre y vómitos y quedaron desafectados, primeras señales de un semestre singular. El Pity ocupó el lugar de Pisculichi el lunes en la goleada por 5-1 sobre Quilmes, usando la número 10 —D'Alessandro llevó la 22—, pero metería la pata. O el dedo, para ser más precisos. Se lo llevó a la boca en el minuto final del primer tiempo, cuando sacudió la red con un zurdazo desde 30 metros, para hacer callar a los hinchas. Enseguida llegó Ponzio, líder atento, para rodearlo con sus brazos y ocultar el gesto. El Pity, al salir del manojo de compañeros, se introdujo el dedo en la boca, como si fuera un chupete, un guiño para su hija Pilar, eje de todas sus futuras celebraciones —luego haría la letra P con sus dedos—. Intentó desactivar la bomba con un pequeño movimiento, pero ya era tarde. River formó ese lunes con Barovero;

Mercado, Maidana, Balanta, Vangioni; Bertolo, Ponzio, Nacho; Pity; Alario y Mora. Bertolo jugó por derecha, tuvo un buen partido y pareció que arrancaba —solo pareció—, y Balanta salió a los 6’ del primer tiempo por un problema muscular. Alonso entró por el Pity y, de este modo, con 36 años, 9 meses y 29 días se transformó en el futbolista más veterano en debutar en la historia de River. Nico Domingo redebutó al ingresar por Balanta.

Al Pity lo terminaron aplaudiendo esa tarde, a pesar del gesto, aunque se lo facturarían más adelante. “Quiero pedirle disculpas al hincha. Son momentos en los que me tengo que controlar, no pensé”, declaró. “A veces yo también me enojo internamente por esa impaciencia del hincha. Se espera más de lo que nos ha dado hasta ahora, y debe seguir creciendo, pero tiene las características de un gran jugador. No es cómodo para ningún futbolista jugar con el murmullo negativo y saber que a la primera situación que te equivocás, te caen encima”, se sumó Gallardo, consciente del potencial del 10, iniciando una defensa a ultranza del jugador que terminaría enloqueciendo —a sí mismo y a todos—. Y enfrentándose a esa actitud reprobatoria de los hinchas. Pero había más: “Del Pity destaco que no se esconde nunca, que la pide siempre y tiene la valentía de seguir intentando. Juega con el peso de que todas las pelotas que toca tienen que ser extraordinarias. Me gustan los jugadores rebeldes, no los que se esconden. El hincha lo tiene que respaldar porque nos va a dar muchas satisfacciones”. Muchas satisfacciones. Más de las que cualquiera hubiera imaginado.

El Muñeco era de esos jugadores rebeldes que no se escondían jamás, aunque lo molieran a patadas, y por eso cultivaba una sintonía especial con el Pity. Los talentosos se conectan en una frecuencia diferente al resto de los mortales. El Muñeco le sacó enseguida la ficha al Pity, por algo ya lo había pedido a mediados de 2014, cuando asumió en River, pero, en aquel momento, Huracán no lo podía largar porque estaba obligado a regresar a la A.

El 10 de febrero, San Lorenzo vapuleó 4-0 a Boca por la Supercopa y comenzó a tambalear Arruabarrena. El sábado 13 de febrero, River arrancó un raíd de ocho viajes en dos meses. El domingo 14, en el Kempes, perdió 3-2 con Belgrano, recibiendo 3 goles en 32 minutos del primer tiempo. Luz roja. D'Alessandro tuvo su estreno: jugó los 90 minutos, tirado a la derecha, y lo hizo correctamente. Gallardo alistó un 4-1-3-2 con Barovero; Mercado, Maidana, Ponzio, Vangioni; Domingo; D'Alessandro, Lucho, Nacho; Mora y Alario. Hacía 52 años que Belgrano no le metía 3 goles a River.

Cuatro días más tarde llegaría otra derrota, esta vez en el Monumental: 2-1 frente a Godoy Cruz, por un zapatazo de Gabriel Carabajal a 8' del final. El Tomba se vestía de verdadera bestia negra para River; con este, eran 4 triunfos por 2-1 en Núñez en los últimos ocho años. Dos perlas negras adicionales de esa noche: a los 31' del primer tiempo, Pisculichi vio la roja por una falta a destiempo, y a los 33' del segundo, D'Alessandro se desgarró el bíceps femoral luego de haber ingresado a los 17' de esa etapa por el Pity. Otra vez Ponzio se paró en la zaga —recibió una plaqueta por sus 200 partidos en el club—; Bertolo como volante por derecha, y debutó Joaquín Arzura.

El domingo 21 de febrero, River empató 3-3 en Rosario ante el Central puntero-sensación del Chacho Coudet. Fue una igualdad con aroma a derrota, ya que se había puesto 3-1 arriba. El Muñeco devolvió a Ponzio a su hábitat natural y le dio una nueva chance a Viudez. Marcelo Larrondo las hizo todas: asistió a Germán Herrera para el 1-0, metió un gol en contra y dos a favor. Empezaba a acercarse al club del que era hincha desde pequeño.

El debut en la Libertadores resultó extraño desde el inicio. Por el rival (Trujillanos) y la logística. Viajó a la ciudad de Valera (Venezuela), al pie de los Andes, con el plantel dividido en tres grupos. Debieron vacunarse contra la fiebre amarilla —Nacho levantó fiebre y no viajó— y hasta llevaron comida y papel higiénico. Todos estaban muy susceptibles por el accidente

sufrido por Huracán el mes anterior. Volvieron un día después de lo previsto por problemas en la habilitación del chárter. En la cancha, se impuso 4-0 con un flojo primer tiempo. Abrió la cuenta Pisculichi de tiro libre a los 9’ del segundo, aumentó Lucho y Alonso cerró con dos gritos.

El domingo 28 de febrero, Racing le ganó 1-0 a Boca con gol de taco de Roger Martínez, y al día siguiente, Arruabarrena dejó de ser el DT. Ese mismo lunes, River sumó una nueva victoria: 1-0 a Independiente, de local, con una gran definición de Alario a los 38’ del segundo tiempo. Pisculichi salió a los 18’ del primero por lesión muscular.

El 1º de marzo, Guillermo Barros Schelotto fue elegido DT de Boca y, dos días después, debutó con un 0-0 ante Racing, sin público, por la Libertadores —sanción por el gas pimienta—. Ese día, Luciano Lollo intentó tapar un remate de Chávez y se rompió el dedo chiquito del pie izquierdo. Salió a los 29’ del primer tiempo. Fue el comienzo de su calvario.

El domingo 6 de marzo, River y Boca empataron 0-0 en el Monumental. Los técnicos se saludaron con buena onda. Gallardo conocía tanto a Guillermo como a Gustavo de haber compartido habitación en concentraciones de la Selección, en la sub 23 y en la mayor. Y con Guillermo, además, habían coincidido en una pretemporada en los Estados Unidos, cuando ambos jugaban en la MLS, aunque en diferentes equipos (Columbus y DC United). Se cruzaban a diario en el comedor y solían mantener charlas. Barovero; Mercado, Maidana, Mammana, Vangioni; Nacho, Domingo, Ponzio, Driussi; Mora y Alario fue el once titular. Alonso entró en el segundo tiempo y le erró a la pelota en una situación clarísima —muchos se rieron socarronamente—, y luego Orión, la figura, se lo sacó a Mora. Maidana sintió un pinchazo en la última jugada. Otra lesión muscular.

El jueves 10 de marzo se sacudió el ambiente del fútbol con la muerte del Mariscal Roberto Perfumo. Esa noche, River empató de local 1-1 ante el San Pablo del Patón Bauza en un partido áspero, con una zaga central muy joven

—Mammana de 20 años y Leandro Vega de 19—, un doble cinco de marca (Ponzio-Domingo) y Driussi de volante por izquierda. San Pablo se puso 1-0 con un gol de Ganso, y River empató por una gansada del arquero Denis, quien al rechazar un centro le hizo rebotar la pelota al defensor Thiago Mendes. “Parece un campo minado”, se quejó Gallardo, recaliente por el estado del Monumental. Suele tener esos arranques el Muñeco. Por esos días comenzaron a verse muchos buzos verdes en las tribunas y a repetirse un cantito: “Trapito no se va”.

El domingo 13 de marzo, Gallardo dirigió su partido oficial número 100 como DT de River. Fue ante Colón, en Santa Fe. Lo agasajaron con un hermoso 1-4 (3 goles de Alan Ruiz). Entre los 8’ y los 15’ del segundo tiempo, River recibió 3 goles. Formó con Barovero; Casco, Mammana, Ponzio, Vega; Domingo, Lucho; Nacho, D’Alessandro, Pity; Alonso. El descontrol fue tal que Barovero y Ponzio resultaron los peores. Trapito, incluso, cometió un *blooper* que derivó en el 1-4: un rechazo que rebotó en Alan Ruiz y se metió en su arco. “Fue lo peor desde que estoy en River. Se nos bloqueó el chip, perdimos la conexión”, graficó nuevamente el DT con una metáfora, fiel a su estilo, evitando repetirse con el discurso, en un semestre en el que debió apelar con asiduidad a sinónimos y alegorías. Con Gallardo, River nunca había recibido 4 goles en un partido oficial. Desde la Suruga, acumulaba 13 derrotas en 29 partidos.

El debate, por entonces, pasó a ser si River debía jugar con uno o dos 5 de marca. Y el rumor de fin de ciclo comenzó a reproducirse en diferentes medios: que Gallardo estaba hastiado y se iba tras la Libertadores; que Diego Cocca sería su reemplazante. Muchos conocidos y amigos de River con los que discutía, personalmente y por redes sociales, me repetían más o menos el mismo discurso: “Alcanzó su techo, agradecimiento eterno, pero ya fue, no da para más”. No da para más. Sí, ese era el panorama, aunque hoy cueste creerlo. “Es una alarma, pero no estamos ni cerca de una crisis”, lo respaldó

Francescoli.

El 16 de marzo, River consiguió un importante 1-1 en La Paz ante The Strongest, que sumaba 10 victorias al hilo como local en la Libertadores. Mora convirtió el 1-0 a los 18’ con una hermosa chilena, y empató Chumacero en el último minuto. Expulsaron a Ponzio al final, Balanta volvió tras su desgarro y sufrió una sobrecarga. Continuaban las pálidas.

El 20 de marzo, con el 1-1 ante Banfield de local, se fue el último tren del campeonato. Santiago Silva, verdugo con camisetas múltiples, abrió la cuenta, y empató Alario a los 45’ del segundo tiempo. Mammana se sumó a la enfermería: por una lesión en el aductor no salió a jugar el complemento. Así se llegaba a las 10 lesiones (7 musculares) en 11 partidos de 2016.

“Rodrigo, concentrate, por favor te lo pido, cada pelota como si fuera la última, si no, te saco”, se escuchó al DT gritarle a Mora. Es uno de sus principios básicos: siempre a fondo, nada de regular. Tras esta nueva decepción, el DT fue durísimo en la conferencia de prensa. Como si hubiera advertido signos de relajación en sus hombres: “No nos podemos conformar con lo que se logró, con seguir viviendo de lo que pasó. Tenemos que exigirnos más, no nos alcanza con esto”. No dormirse en los laureles. Es el primero que aplica la premisa para sí mismo. Y exige lo mismo de los jugadores.

El 27 de marzo, River cruzó el charco (chiquito) para participar de la inauguración del nuevo estadio de Peñarol. A pesar de la identificación de Gallardo con Nacional, donde fue campeón como jugador y como DT, River sumaba otro mojón a una relación histórica de fraternidad entre ambas instituciones: había sido invitado a la inauguración del viejo estadio de Pocitos en 1921 (1-1); el Aurinegro respondió con su presencia para cortar la cinta en Alvear y Tagle en 1923 (2-1 para River) y en 1938 lo mismo, pero en el Monumental (3-1 para el local). Peñarol también había participado en el partido despedida de Francescoli en 1999 y en los festejos por los 100 años

de River (2001). El Muñeco llevó al plantel completo para tratar de enderezar, con la convivencia grupal de un par de días, un semestre que venía demasiado torcido. No pudo. Lo pasó muy mal en todo sentido. El DT alistó a los titulares: Barovero; Mayada, Ponzio, Balanta, Casco; D'Alessandro, Domingo, Arzura, Nacho; Mora y Alario. River no solo perdió 4-1, sino que Barovero salió lesionado por un golpe en las costillas a los 10' del primer tiempo y 9 futbolistas no pudieron entrenarse en los días siguientes por un cuadro de gastroenteritis viral. El agasajo al Carbonero terminó a pura pastilla de carbón. "No veo ningún motivo para que Gallardo se vaya", respondió D'Onofrio por esos días. El tema estaba instalado.

A su regreso de Uruguay, invité a almorzar a Marcelo. Quería cerrar el círculo. Nuestro último encuentro había sido en la presentación del libro, antes del viaje a Japón. Y tenía deseos de saber qué repercusiones había recogido, de tomarle un poco el pulso y de saber cómo se sentía. "Pedime un arrocito, te va a salir barato", me escribió por WhatsApp, ya en camino, todavía bajo los efectos explosivos de su excursión a Uruguay. Siempre fue generoso, pero esta vez quería invitarlo yo. Nos juntamos en una parrilla de la calle Arribeños, a unas diez cuadras del Monumental. Al final, subió un poco la apuesta y pidió pollo con arroz. Me dijo que había recibido comentarios positivos del libro y que a él le había gustado —durante la realización, le mandé un par de capítulos, pero no la obra completa—. Lo noté tranquilo, como siempre, a pesar de la minicrisis que atravesaba y de cierto aroma destituyente. Ahí le comenté, con una sonrisa que buscaba complicidad, que si en algún momento pensaba irse, el biógrafo debía ser el primero en enterarse. Me aseguró que no lo tenía en mente. "El día que me vaya de River, me voy a ir en serio, no por dos o tres años, sino por mucho tiempo, pero no estoy apurado", me admitió.

El 1º de abril, River debía viajar a Paraná para enfrentar a Patronato, pero las condiciones climáticas se lo impidieron y terminó haciéndolo el mismo

día del partido; perdió 2-1. Aprovechando que Barovero aún no estaba 10 puntos, el DT le dio minutos a Augusto Batalla. Fue su debut oficial. Mostró personalidad, respondió correctamente, pero se le escapó de las manos un disparo de Mauricio Carrasco que parecía tener controlado y que derivó en el 1-2 final. Un anticipo de lo que sería la travesía de Batalla por la Primera de River: buenas condiciones técnicas, carácter y fallas groseras en momentos decisivos. “Estamos jugando a una velocidad crucero”, se fastidió Gallardo, tras esa derrota, utilizando una nueva figura. Llegaba a su peor racha como DT de River: 6 partidos sin ganar. “Descarto cualquier salida de Gallardo, porque hablé con él y tiene todo programado para el futuro. La identificación con Marcelo es total, y sería una injusticia que alguno pusiera en duda algo de él”, salió a bancar, otra vez, Francescoli. Y si debió salir fue porque el tema de la continuidad del DT seguía firme en la agenda de los programas deportivos. “Yo me río de los rumores —se sumó Gallardo—. Mi contrato nuevo empezó este año, y si hubiera querido irme, mi cierre hubiese sido perfecto. Tuve algunas ofertas para evaluar, pero no he considerado ninguna. No solamente porque me había comprometido sino porque considero que aún se pueden hacer muchas cosas.” Se quedó corto con “muchas”.

“Estamos en un proceso de reconstrucción, y la gente tiene que entender que no nos tienen que tapar los resultados. Es muy difícil mantenerse en el nivel tan alto que habíamos logrado”, completó, anticipando lo que ocurriría al final del semestre: una gran renovación, con la salida de unos cuantos históricos.

El 5 de abril se presentó en el Museo River una nueva camiseta. De color naranja, a treinta años de los goles de Alonso en la Bombonera con pelota de ese color —el 1-0; el 2-0 lo metió con pelota normal—. Se cumplían al día siguiente, ocasión en la que River enfrentaba a The Strongest, en casa, por la Libertadores. La institución boliviana esperó el cruce con un mensaje provocador en su página de Facebook: “En busca de una hazaña… Mas de

100 años sin descender, solo lo hacen los grandes”. River respondió en la cancha con un 6-0 apabullante. Fue una de esas noches maravillosas en las que sale todo bien. De las mejores actuaciones del ciclo. D’Alessandro gritó su primer gol en esta nueva etapa, una joyita para el 1-0: caño por derecha, devolución de taco de Mayada y puntinazo. Lo celebró al borde del llanto. Fue la figura y pudo sacarse las ganas de meter un gol y de que su equipo ganase con él en cancha; en los 8 partidos anteriores no lo había conseguido. Completaron la goleada Nacho Fernández por duplicado, Mayada, Mammana y Alario. El primer tiempo terminó 5-0. El DT había vuelto a las fuentes con un clásico 4-3-1-2: Barovero; Mercado, Mammana, Balanta, Vangioni; Mayada, Domingo, Nacho; D’Alessandro de enganche; Mora y Alario.

Encaminado en la Copa, alistó a varios suplentes en el Monumental contra Sarmiento. En el estreno de la camiseta naranja, Alonso —¿quién si no?— puso el 1-0, a los 23’ del primer tiempo aumentó Casco y por fin parecía que una victoria sucedería a la anterior. Pero no. El Sarmiento de Caruso Lombardi, que no había convertido en sus 3 presentaciones, gritó dos veces, la segunda tras un penal infantil de Arzura en la última jugada. “Necesito evoluciones en los rendimientos individuales”, volvió a mandar mensajes Gallardo tras el 2-2, esta vez sin metáforas.

El 13 de abril, River perdió 2-1 ante San Pablo en el Morumbí por 2 goles de Jonathan Calleri. Expulsaron a Vangioni y, por el tendal de lesionados, el Muñeco debió improvisar un banco de suplentes sin defensores ni volantes de marca (rarísimo): Bertolo, Lucho, Pisculichi, Pity, Driussi y Alonso.

El 17 de abril le ganó 1-0 a Olimpo en Bahía Blanca con gol de Pisculichi y así evitó quedar último en su zona de 15 integrantes. Vangioni duró solo 21 minutos: se desgarró el recto anterior y de este modo se perdía su último superclásico. Ponzio, sancionado con dos fechas de suspensión por su roja ante Sarmiento, tampoco podría estar. Entre lesiones y virus, River alcanzaba las 20 bajas en menos de tres meses, lo que explicaba en parte el pésimo

semestre. La noche anterior al 1-0 a Olimpo, a pesar de la pesadumbre y la calentura por la situación desconcertante que vivía, Gallardo estuvo presente en la inauguración de la filial de River en Bahía Blanca que lleva su nombre. Nunca desatiende estas cuestiones. Nunca se olvida qué significa para la gente, aun en los momentos de máxima oscuridad futbolística.

El 19 de abril, el Muñeco fue a la pensión del club para dar una charla a los juveniles, y se inauguró la sala de estudios que pasó a llevar su nombre. La iniciativa surgió de Fernando Guarini, 46 años, presidente del Fútbol Amateur de River desde la asunción de D'Onofrio y del Fútbol Infantil entre 2006 y 2009, además de impulsor de la movida de "la bandera más larga". Ya habían participado de ese ciclo Cavenaghi, Pezzella y Ramiro Funes Mori. La sala principal estaba repleta: no solo los 60 juveniles y 15 infantiles que vivían en la pensión en ese momento, sino algunos más que no se la quisieron perder. "Lo invitamos a Marcelo y arreglamos enseguida, sin ningún problema, a pesar de la agenda cargada que suele tener —resalta Guarini—. Fue una charla hermosa, allí no se sentó el entrenador de la Primera sino el Marcelo Gallardo ser humano. Contó lo que le costó llegar, los sacrificios de sus padres, que muchas veces no era tenido en cuenta por su contextura física, destacó en varias ocasiones el valor de la perseverancia y les metió fichas a los chicos con el tema del estudio. Esas cosas nos ayudan mucho, porque no es lo mismo que lo digamos nosotros a que se los diga Gallardo. Los chicos no preguntaron demasiado, son retraídos, aunque Marcelo estuvo superabierto, y se dio una charla distendida. 'Sin pasión, nada se consigue', fue una de las frases que quedó de aquella charla. Los chicos le regalaron un cuadro de un dibujo en el que festeja un gol a Boca haciendo visera, y ya cuando se iba, ante los rumores que circulaban de un interés del Olympique de Marsella por contratarlo tras la salida de Michel, les dijo: 'No hay cosa más importante que dirigir a River'." Un clásico ejemplo de lugar común que deja de serlo cuando se respalda en una renovación de contrato tras otra hasta

superar los cuatro años y medio en el club (y sumando).

Dos días después de la charla, River le ganó 4-3 a Trujillanos de local y terminó 1º en su grupo, a pesar del caótico semestre. El 24 de abril, sin chances de pelear en el campeonato, con la cabeza en el choque de ida de octavos de final que tendrían ambos unos días después, River y Boca protagonizaron un pobre 0-0 en la Bombonera. Se repetía el resultado del primer choque entre el Mellizo y el Muñeco. Por tercer súper consecutivo, River no podía convertir. Gallardo puso a todos los titulares: Barovero; Mercado, Maidana, Balanta, Casco; Mayada, Domingo, Bertolo; D'Alessandro; Mora y Alario. Ingresaron en el segundo tiempo Alonso, Driussi y Mammana; Lucho y Pisculichi no se movieron del banco ¡y el Pity Martínez quedó fuera de todo! —estaba tomando impulso—. Pablo Pérez fue expulsado a los 11' del primer tiempo por una patada a Balanta en el pecho —siempre tranqui Pablito—, y Gago se rompió por segunda vez el tendón de Aquiles —otra vez ante River—. Al equipo del Muñeco le faltó determinación para imponer su hombre de más en 80 minutos, y Boca lo aguantó para no perder. D'Alessandro fue la figura. Guillermo se comportó como buen anfitrión: fue a saludar a Gallardo al comienzo y al final del partido. "No se notó que teníamos uno menos", chicaneó el DT de Boca. "Ellos se conformaron con no perderlo", respondió el de River.

Dos días después, y en la previa del cruce de octavos en la Libertadores, otra vez el Muñeco se sintió en la necesidad de dar explicaciones sobre su continuidad. Hoy parece una locura, insistimos, pero ocurrió: "No estoy analizando irme, tengo ilusiones de seguir creciendo en una institución en la que me siento muy identificado. Hay una gestión que cree en eso más allá de los resultados. Desde afuera, no desde adentro, se me puede llegar a cuestionar si pierdo tres partidos. Está mal, pero en la Argentina no se analiza el trabajo. Sin embargo, cuando tenés una dirigencia con criterio podés discutir estas cosas. Los logros nos reforzaron, pero no varían nuestra

sensatez de hacia dónde vamos. Por lo menos tenemos rumbo, después iremos viendo la manera en que lo vamos construyendo”. Y cerró con una frase que lo retrata muy bien: “Soy el primer crítico conmigo mismo”.

Raro en él, en esos días de entrevistas en diferentes medios, pisó el palito cuando en *90 Minutos* de Fox le preguntaron si le gustaría volver a jugar con Boca en la Copa. “¿Por qué no? Ojalá, sería muy fuerte otra vez. Algunos hinchas con los que me cruzo me dicen que les gustaría que pasara más tiempo, que durara un poco más, porque nosotros esperamos diez años para tener una revancha en la Copa. Yo no, a mí me encantaría jugar de nuevo. Claro que para eso faltan cuatro partidos muy difíciles.” Pisó el palito porque River no llegaría a jugar esos 4 partidos, sería eliminado antes. Su deseo de enfrentar a Boca mano a mano otra vez se cumpliría de todos modos dos años después. Y por duplicado. Pero eso se contará más adelante.

Aquí y ahora, mientras tanto, todo Ecuador se encolumnó detrás de Independiente del Valle, el rival en octavos. Fue una causa nacional, luego del terremoto del 16 de abril que dejó 650 muertos, 12.500 heridos y 25.000 familias sin hogar. La sede del partido se mudó de Sangolquí a Quito y todo lo recaudado sería destinado a los afectados por el terremoto. En el hotel donde se hospedó River hubo un simulacro de evacuación.

Los antecedentes en Quito no le sonreían a River: 5 empates, 3 derrotas y ninguna victoria. El presente, menos: el 28 de abril perdió 2-0 y comenzó a despedirse de la Copa. “River pagó muy caro los cambios de Gallardo”, escribió *Olé*. Fue una de las decisiones más controvertidas del DT de River en su ciclo: haber sentado a Lucas Alario en el banco de suplentes. River jugó con Barovero; Mercado, Maidana, Balanta, Casco; Mayada, Domingo, Ponzio, Driussi; D’Alessandro; Alonso. En el segundo tiempo entraron Mora por D’Alessandro a los 7’, Alario por Alonso a los 19’ —un minuto después del 1-0 anotado por José Angulo, sí, el que te rompe… el arco— y Lucho González por Domingo. Más allá de su floja actuación, River ligó para el

demonio en un semestre endemoniado: le anularon erróneamente el 1-1 a Alario —por un *offside* que no era—, el juez no le dio un penal por una piña al mismo Alario y tanto Mora como Alario se perdieron una oportunidad clara de gol cada uno. En la última jugada del partido, Balanta tuvo un error infantil en la salida de un lateral, Maidana cometió penal, y Junior Somoza metió el 2-0. El gol que, a la postre, sería el de la clasificación.

El sábado 30 de abril, River empató 0-0 de local con Vélez, a pesar de jugar con uno más durante 55 minutos, con un equipo muy alternativo. Batalla tuvo su bautismo en el Monumental el día de su cumpleaños número 20. Completaron Carreras, Mammana, Vega, Olivera; Arzura, Lucho; Bertolo, Pisculichi, Pity; Alario. Entraron en el segundo tiempo Gonzalo Montiel, Tomás Andrade —debut para ambos— y Exequiel Palacios. Andrade encendió a la gente mostrando pisadas con *copyright* D'Alessandro —tiró un par de "bobas"—, estrelló un remate en el palo y lloró en la entrevista dada en el campo de juego. Con los estrenos de Montiel y Andrade, pasaban a ser 13 los juveniles que había hecho debutar Gallardo: Boyé, Mammana, Guido Rodríguez, Vega, Franco López, Carreras, Casquete, Salto, Arellano, Palacios y Olivera.

Como las entradas para la revancha con los ecuatorianos no se vendían al ritmo habitual, y Gallardo lo sabía —suele estar al tanto de todo, o casi—, arengó a la gente en la previa para que reventaran el Monumental: "Tengo buenas sensaciones. En la cara de los jugadores veo las ganas de revancha. Este equipo tiene que sacar esa rebeldía para pasar de fase". También intentó comprometer a los futbolistas con ese desafío.

Para el partido, el Muñeco dejó fuera de los concentrados a Viudez y Pisculichi, dos de sus pollos. Una señal de que les había bajado el martillo. El 4 de mayo, River jugó uno de los mejores partidos del ciclo, creó 19 situaciones netas de gol (6 en el primer tiempo y 13 en el segundo), pegó dos tiros en el travesaño y ganó apenas 1-0. Tuvo 11 córners a favor y situaciones

increíbles como un disparo de Alonso que iba derecho al gol, pero pegó en la espalda de Balanta, o salvadas en la línea. Librado Azcona, arquero paraguayo de 32 años que estuvo a punto de no presentarse por un esguince de tobillo del que se resintió durante el reconocimiento del campo el día anterior, realizó 12 atajadas, cifra récord en las últimas tres ediciones de la Libertadores. Algunas de ellas, dignas del Pato Fillol. Gallardo apostó a un clásico 4-3-1-2 como en el 6-0 ante The Strongest, pero insistió con Alario en el banco. Jugaron Barovero; Mercado, Maidana, Balanta, Casco; Mayada, Ponzio, Nacho; D'Alessandro; Mora y Alonso. Alario entró por Mayada a los 11' del segundo tiempo (único cambio), mientras que Pity, Lucho y Driussi se quedaron sentados en el banco. El gol de Alario llegó demasiado tarde, a los 33'. El 1-0 no alcanzó, pero la gente despidió al equipo de pie con una ovación. Fue un cierre dignísimo para un semestre espantoso.

Tras la eliminación, Gallardo brindó una conferencia más extensa que lo habitual. Dio la cara en vez de esconderse, al revés de cómo hubiera actuado la mayoría. Y la dio por demás. Se lo notó golpeado, pero a la vez orgulloso. Y ensayó una especie de balance de un semestre muy malo, aunque aún quedaran un par de partidos por disputarse.

- "Estoy triste, era para ganarlo por todo lo bueno que hicimos. Vi un equipo que se entregó al máximo, que buscó, que tuvo paciencia, que fue inteligente pese a la desesperación de ir para adelante. No hay nada para reprochar, se jugó el partido que había que jugar."
- "Quiero ver a este River, es el fiel reflejo de lo que fuimos en su momento, este es nuestro sello, lo que nos permitió ser muy competitivos y haber tenido logros importantes. Hay que volver a trabajar para reflejarnos en eso."
- "En estos meses he dormido poco, hay que ser honesto. Estamos doloridos, angustiados y tristes, pero estoy seguro de que hoy puedo

apoyar la cabeza en la almohada y dormir tranquilo.”

- “Quiero agradecerle al hincha que apoyó, que se manifestó de una manera increíble, y el equipo le devolvió eso. No he visto muchas veces que en la derrota un equipo se fuera de esta manera. El hincha se sintió representado, reconoció el esfuerzo, y eso es un orgullo para el entrenador.”

Al día siguiente, Boca vencería 3-1 con comodidad a Cerro Porteño y se clasificaría a cuartos de final. Feliz, además, por la derrota de su archirrival ante un ignoto equipo ecuatoriano.

—¿A Alario lo castigaste contra Independiente del Valle por algún problema de indisciplina? —le pregunté a Marcelo, en septiembre de 2017, unos días después de la salida del goleador al Leverkusen, volviendo como copiloto desde Ezeiza en su auto.

—No, nada que ver, lo que pasó es que venía en muy bajo nivel y sufría mucho la altura. Ya lo había padecido en esa Copa, en el partido en La Paz. Lo pasaba mal, y necesitábamos a alguien que aguantara la pelota, por eso pusimos a Alonso, que se movía con naturalidad en la altura —y me brindaría otros argumentos, que están detallados en el capítulo 5 (2017. Segundo semestre).

Ya sin objetivos en el semestre, River debía concluir su pesadilla en el ámbito doméstico. El sábado 7 de mayo sufrió una fea derrota por 2-1 ante San Lorenzo en el Bajo Flores (2 de Blandi, descuento de Alario sobre la hora). Por momentos fue bailado. D’Alessandro sintió un pinchazo en el aductor izquierdo (baja 25 del semestre), y luego la TV lo pescó mirando su celular en el banco de suplentes. No hay que conocer a fondo a Gallardo para imaginar su calentura al ver la imagen.

El 11 de mayo, de cara a los cuartos de final de la Copa, Daniel Angelici cometió el pecado de subestimar al rival. “Si pasamos a Nacional, estaremos

en la final”, declaró, teniendo muy fresco el peloteo al que había sido sometido IdV en el Monumental y considerando que Pumas, de México, el otro hipotético adversario, tampoco era de temer. El 12 de mayo, Boca sacó un buen empate 1-1 de visitante ante Nacional de Uruguay, pero la noticia fue que Daniel Osvaldo se puso a fumar en el vestuario del Centenario. Nuevo escándalo. El Mellizo le sacó la roja. Chau pucho.

El sábado 14 de mayo, en el cierre como local frente a 50 mil hinchas, se vivió una de las jornadas más emotivas de la era Gallardo. Fue la despedida de Barovero y de Vangioni, ante Gimnasia, en el Monumental. Repasemos. Trapito había llegado al club a mediados de 2012, con el equipo recién ascendido a Primera. Fue el décimo arquero contratado por el club en diez años. O sea, estaba claro que en el arco había un problema. Almeyda tardó 1 partido en darle la titularidad, continuó en el arco con Ramón, y Gallardo le entregó la cinta de capitán. “Marcelo habla tan despacito que tenés que acercarte para escucharlo”, lo describió, entre risas, el propio Gallardo, mientras bajaba su voz y se me acercaba, para completar la mímica, en las charlas para la elaboración del primer libro. Eso le daba más mérito aún al arquero: no necesitaba gritar ni poner cara de malo para ser respetado por sus compañeros. En la pretemporada de julio 2015 les comunicó a los dirigentes y a Gallardo que no renovaría el vínculo y que se iría del club un año después. La información no trascendió a la prensa hasta diciembre. Volvemos a resaltar la capacidad del Muñeco para que no se filtren noticias que pueden afectar la marcha del equipo. Supieron pilotearla durante seis meses, una eternidad.

“Agradezco haber formado parte de esta historia”, declaraba Barovero en enero de 2016, hablando ya en tiempo pasado, para que la gente fuera tomando conciencia. “El club ha tratado de convencerme de distintas maneras, pero no pasa por lo económico. Si fuera por eso, tendría que hacerme una casita detrás del arco y quedarme a vivir en River”, se sinceró.

Trapito buscaba paz, un campeonato más tranquilo. Y eligió en esa dirección: Liga de México. En marzo le preguntaron al Muñeco si tenía la ilusión de que el arquero revirtiera la postura: “Y, sí, la ilusión la vamos a tener hasta el último día, pero como es un tipo al que conozco y sé cómo es su comportamiento, lo veo bastante difícil”. Cero sanata. D’Onofrio y Francescoli se jugaron las últimas fichas en la recta final, le ofrecieron duplicarle el contrato. Pero no hubo caso, de verdad no pasaba por una cuestión económica.

El sábado 14 de mayo, entonces, Barovero se puso por última vez el buzo de River; fueron en total 168 partidos, 145 goles recibidos, 6 títulos (2 con Ramón, 4 con Gallardo), 75 vallas invictas, 15 amarillas, 0 rojas y un penal atajado que lo depositó violentamente en el corazón del hincha. Hoy, en el ingreso al local de atención al socio, sobre la avenida Figueroa Alcorta, a unos metros nomás del acceso principal al club, hay una gigantografía que registra el momento histórico de ese penal. Un instante único para la vida de Barovero y bisagra para el ciclo Gallardo. ¿Qué hubiera pasado si ese penal de Gigliotti entraba y Boca se ponía 1-0 a los 3 minutos de la semifinal de vuelta de la Sudamericana? Nunca lo sabremos.

La noche del adiós —decíamos— se vivió con la emoción a flor de piel. River ganó 1-0 (gol de Alonso), y Bologna fue la figura del Lobo evitando la goleada —y ganándose un inminente pase a River—. Vangioni, quien volvía de una lesión, ingresó a los 20’ del segundo tiempo por Mercado; el Muñeco no iba a hacerle “la gran Cappa”, es decir, privarlo de despedirse en el campo, como le había hecho Ángel a él, ante Tigre, en 2010. Para el final, el DT sorprendió a todos con una jugada que no estaba en los planes de nadie, hizo salir a Barovero los 45’ del segundo tiempo para que ingresara Batalla. Arquero y DT se dieron un abrazo interminable y el uno le regaló los guantes, una de las fotos más emblemáticas del ciclo. Lloraron todos a moco tendido. Luego, Trapito fue lanzado al aire por sus compañeros. “Fue algo

inolvidable, estaba en una nube. Si lo hubiera escrito o soñado, no habría sido tan perfecto. Siento más felicidad que nostalgia. Se cumplió todo. Le agradezco al pueblo riverplatense, al cuerpo técnico, a mis compañeros y a mi familia, no es fácil estar acá. Yo estuve tocado por la varita mágica", sintetizó el hombre de rostro inalterable, el que festejó un penal atajado a Boca levantando apenas un dedito de su mano, pero que al menos por esta vez se permitió exteriorizar sus emociones. Y confirmó que Gallardo no le había dicho nada de sacarlo al final.

"No va a ser fácil reemplazar a Barovero, pero el que va a ocupar su lugar será Batalla. Más allá de que busquemos a un arquero, la prioridad la tendrá Augusto, se viene preparando para eso y tiene las condiciones y la personalidad para asumirlo", manifestó el DT esa noche, abortando cualquier debate. Esa misma tarde, apenas terminada la charla técnica, le había pedido a Batalla que se quedara dos minutos y le comunicó su decisión. En las encuestas de esos días, Batalla cosechaba cerca del 80% de adhesión entre los hinchas para ser el sucesor de Barovero.

El 19 de mayo, Boca se clasificó a semifinales de la Libertadores tras superar a Nacional por penales, luego de que Orión contuviera tres disparos, y salvando un *match point*. De héroe pasaría a villano en un mes y monedas.

El viernes 20 de mayo, River bajó el telón perdiendo 2-1 ante Arsenal en Sarandí. Augusto Batalla no inauguró de la mejor manera su titularidad: Barbieri le anotó el 1-0 ¡a los 23 segundos!, y Vuletich el 2-1 en la última bola del partido (había empatado Alario de penal).

Para River fue un cierre acorde con este semestre imposible, concluyó el campeonato con 4 victorias, 6 empates y 6 caídas; 9º de 15 en su grupo. "Ahora sí podemos decir que se termina un ciclo de dos años", manifestó el DT, apenas finalizado el partido. Y golpeó la mesa, con un mensaje muy directo: "Hay que tomar decisiones, tenemos que buscar jugadores con hambre de jugar con la camiseta de River. Necesitamos recuperar energías

porque en estos dos años nunca pudimos hacerlo. Los anteriores parates fueron puestas a punto, nada más. Hay que rearmarse de cero, volver a empezar porque la base del equipo que nos dio tantas alegrías ya no está más”. Ese tipo de desafíos, el de rearmar equipos, nunca le provocó dolores de cabeza al DT de River. Por su parte, Enzo salió a respaldar el discurso del Muñeco, como para demostrar que seguían en la misma sintonía. “River necesita jugadores que quieran la gloria constante —arrancó Francescoli, buscando sacudir a los que se habían adormecido—. Cuando uno está en un club con la exigencia de River, necesita estar despierto todo el tiempo. Sea joven, sea viejo, haya ganado o no haya ganado nada en su vida. Hay que hacerse cargo, y yo me hago cargo de que hay jugadores que no han funcionado.”

El plantel iba a tener un mes completo de vacaciones después de casi no parar a fin de año. Mientras tanto, el domingo 29 de mayo, el Monumental saludó a un nuevo campeón. No fue River, no podía serlo. Se trató de Lanús, que aplastó a San Lorenzo en la final del torneo doméstico por 4-0. En breve, allí mismo se daría otra vuelta olímpica.

La Muñe, de 15 a 15

“Hola Diego, estoy leyendo tu libro sobre Gallardo, es genial, me encanta cómo hilvanaste su historia con la de cada uno de sus colaboradores y que nos permitas conocer a fondo a nuestro ídolo. Felicitaciones x el trabajo y gracias x compartirlo.”

Recibí estas palabras por mensaje directo de Twitter. Agradecí a quien me escribió y le comenté que tenía en mente hacer una segunda parte del libro. “¡Qué lindo, ojalá salga pronto! Yo soy fanática de Gallardo desde los 14 años —ahora tengo 36—. Me dicen La Muñe. Hice una carpeta con recortes de él desde sus inicios y mi sueño es poder entregársela algún día”, contestó.

Me contó que tenía un video para mostrarme y le pedí que me lo enviara por WhatsApp. Duraba unos 40 segundos. Allí se observaba a una joven sentada delante de una especie de pirámide, que resultó ser el Planetario de la ciudad de Malargüe, en Mendoza. “Mi nombre es Irene Vazquez —dice, mirando a la cámara, con un cuaderno sobre sus piernas—, vivo en Malargüe, sur de la provincia de Mendoza. Desde la cuna soy hincha de River, y fanática de Gallardo desde que tengo 14 años, cuando comencé a realizar esta carpeta con recortes de él. Habla de fútbol, de su vida personal, tiene tarjetas, figuritas, todo lo que pude conseguir. Y bueno, mi deseo, mi gran sueño, es que esta carpeta le llegue a sus manos para demostrarle como hincha de River cuánto lo apreciamos, así que por favor, si alguien me puede cumplir este sueño, este deseo para homenajearlo de mi parte, y de parte de todos los hinchas de River, sería muy feliz.”

El video transmitía una inocencia y una ternura que me cautivaron. En mis veintiséis años como periodista nunca me gustó involucrarme en este pedido de favores a futbolistas y entrenadores. Con la publicación de *Gallardo Monumental* se multiplicaron los encargos. A mis dos motivos anteriores les sumé uno nuevo: no quería desubicarme con Marcelo. En todos los casos en que recibí alguna solicitud, expliqué mi negativa y sugerí que fueran a la puerta de Rivercamp y que intentaran abordarlo ahí, porque Marcelo casi siempre se detiene y se muestra generoso ante los pedidos. Pero lo del apodo me mató.

Le pasé a Marcelo los dos mensajes de Irene y el video. Me respondió un par de horas después, por WhatsApp. “Hola, Dieguito! Emocionante la mendocina, qué genia!”, contestó. Otra vez, ese petiso bravo, que suele transmitir una imagen de líder duro, daba muestras de no haber perdido su sensibilidad y capacidad de asombro, a pesar de las infinitas muestras de amor que le prodigan los hinchas todos y cada uno de los días de su existencia.

Hice una captura de pantalla de la respuesta de Marcelo y se la mandé a Irene. “Gracias, mil gracias, no sabés lo que significa para mí. Como dije, es un sueño. Estoy llorando como tonta por la emoción”, me contestó. Y aunque en ningún momento me pidió que le hiciera de mensajero, y yo tampoco noté en Irene esa intención solapada, me salió naturalmente comentarle: “Voy a hacer que le entregues en mano esa carpeta a Marcelo, vos quedate tranquila”.

En los días siguientes se me prendió la lamparita. Pensé: voy a entrevistar a Irene Vazquez y contaré su vida en el libro. Será la historia de una hincha muy especial, pero al mismo tiempo la de una hincha más que representa lo que sienten millones que adoran a Gallardo. Si en el primer libro hubo capítulos con las historias de vida de los colaboradores que conforman el equipo de trabajo del DT, bien valía que en esta segunda parte existiera un

capítulo dedicado a los hinchas. Como embajadora de todos ellos elegí a Irene. Considero que están bien representados. Allá vamos.

> “Nací el 27 de octubre de 1981 en Ranquil Norte, límite con Neuquén, al sur de Mendoza. Mi nombre completo es Irene del Carmen Vazquez. Soy la más pequeña de cuatro hermanas mujeres y madre de Camila (15) y de Mateo (9).”
>
> “Bernabé Vazquez, mi papá, nació en plena cordillera, al límite con Chile. Su mamá viajó varios días a caballo, embarazada, hasta el lugar donde criaban a los chivos, que acá se llama veranada. Mi padre se dedicó a la crianza de chivos, como su familia, y actualmente trabaja como chofer de camiones en la Municipalidad. Mi mamá se llama Nieves Vazquez, y a pesar de tener el mismo apellido que mi padre y de conocerse desde que eran chiquitos, no son parientes. Es decir: yo soy Irene del Carmen Vazquez Vazquez. Curioso, ¿no? Mi mamá es ama de casa, siempre estuvo presente, amorosa, dedicada, muy buena madre y excelente abuela. Mis padres hicieron ambos la primaria, después era bastante complicado en esa época terminar los estudios.”
>
> “Mi papá tiene 6 hermanos y mi mamá, 10, y son todos de River. En total, de parte de mi mamá somos 114, si no saqué mal la cuenta, y el 90% es de River. Los de Boca son los que se fueron uniendo, algunas cuñadas, los esposos de alguna de mis primas, pero los de mi familia somos todos de River. Por parte de mi papá somos 88 y la mayoría es de River. En 2015 nos juntamos todos para hacer una foto familiar y un almanaque con los cumpleaños de cada uno y allí se ve que predomina el rojo y blanco claramente.”
>
> “Arranqué mis estudios en una escuela albergue de Ranquil Norte, o sea que nosotros estudiábamos, comíamos y dormíamos en la escuela. Cuando mi padre entró a la Municipalidad, me vine a estudiar a Malargüe. Primero en la escuela Gendarme Argentino, y la secundaria la hice en una escuela minera. Al terminar, estudié Comunicación social y periodismo en la Universidad Nacional de San Luis. Me iba bastante bien, me faltaba medio año para recibirme de periodista, pero me quedé embarazada de Camila y fue bastante complicado todo, así que vine a tener a mi hija en Malargüe y no volví a San Luis. A los dos meses de nacer Cami, entré a trabajar en la Municipalidad, como administrativa, y en 2008, cuando inauguraron el Planetario, seguí ahí.”

“Me hice de River porque en mi familia no había muchas opciones, se dio de forma natural. El papá de mi mamá era policía en Ranquil, muy fanático. Me han contado que se juntaban en ronda para escuchar los partidos por la radio. De las cuatro hermanas que somos, solamente Cecilia, la tercera, es de Boca. Nosotros siempre le decimos que se vendió por unos caramelos del padrino, pero la verdad es que no le interesa mucho el fútbol.”

“El recuerdo más lindo que tengo como hincha es la Libertadores del 96. Era en invierno, 26 de junio, ese día había nevado muchísimo acá en Malargüe, pero terminó el partido y salimos igual de caravana, aunque mi mamá nos pedía que no lo hiciéramos. Fuimos con un grupo de amigos al centro, estuvo buenísimo, con toda la nieve. Volvimos empapados, congelados, pero superfelices por lo que habíamos vivido.”

“El momento más triste, como seguramente fue el de todos los hinchas de River, y hasta el día de hoy lo tengo a flor de piel, es el descenso. No podía creerlo, mi papá me consolaba, estuve varios días llorando y sin el celular, porque no quería cargadas.”

“Siempre me han gustado los jugadores habilidosos, los que piensan, y por eso me atrapó el Muñe. Yo tenía 14 años y muchos se asombraban del aguante que le hacía, lo defendía cuando lo criticaban, y en octubre de ese año, cuando cumplía mis 15 y mi hermana mayor estaba estudiando en Mendoza capital, justo River fue a jugar ahí un amistoso. Mi hermana estuvo muchas horas fuera del hotel esperando por un autógrafo de Gallardo como sorpresa para mi cumple de 15. Aún conservo el papelito que dice: ‘Feliz cumple Irene’, y su firma. Y dos fotos que le sacó para mí.”

“En ese tiempo estaba el programa *Sorpresa y media*, de Julián Weich, que le cumplía los sueños a la gente. Después de mucho tiempo me enteré de que mi familia por un lado y mis amigas por el otro, sin saber unos de las otras, habían escrito al programa para que me cumplieran el sueño de conocer a Gallardo. Y bueno, no se pudo dar, pero fue un gesto muy hermoso de su parte. De mis amigas y de mi familia.”

“De las dos fotos que sacó mi hermana, una la puse en mi portarretratos. Y fíjate otra de las coincidencias, y es que mi papá cumple años el 18 de enero, o sea el mismo día que el Muñe, entonces cada año que festejábamos el cumple de mi papá, yo ponía en la mesa del comedor mi portarretrato con la foto del Muñe. Era una manera de festejárselo a él también.”

“A partir de ese momento empecé a recortar fotos de revistas y diarios, separaba cada nota, y mis conocidos hacían lo mismo: recortaban y me lo traían. Mi hermana mayor me regaló una carpeta foliada y ahí empezó mi colección. Agregué figuritas, carátulas, había unas tarjetas de Pepsi, tengo los datos de su biografía y demás. El año pasado, después de muchísimo tiempo, encontré la carpeta, y me dio tanta nostalgia que pensé: ‘Esta carpeta la tiene que tener el Muñe, porque es su vida’. Ahí decidí que se la iba a regalar.”

“Tenía un grupo de amigos con mis hermanas, con los que nos juntábamos a jugar a las cartas y hacíamos campamentos y mateadas. Había varios chicos de River, y uno que se llama Fabián empezó a decirme ‘Muñe’, y entonces mi familia le siguió la corriente y hasta el día de hoy mi hermana y varios de mis primos me siguen llamando así.”

“Cuando comenzó el rumor de que el Muñe podía ser técnico de River, me dio un poco de miedo. No porque no confiara en él, había escuchado lo que había hecho en Nacional y no dudaba de su capacidad, pero tenía que reemplazar a uno de los máximos ídolos del club, y que encima acababa de salir campeón. Además, en la Argentina no se les da mucho tiempo a los técnicos. Cuando se confirmó que asumía, todos me cargaban, en especial los hinchas de Boca. Me decían si ya había afilado las uñas, que ahora se iban a poner fáciles los clásicos, y esas cosas. Respondí con una publicación en Facebook, con fecha 6 de junio de 2014, que te la leo: ‘¡Qué difícil tarea te tocó, la de tomar el mando de River después de una buena campaña de Ramón Díaz! Pero siempre, desde que debutaste en la Primera del Millo, confié en vos y sé que esta vez tampoco nos vas a decepcionar’. Y vaya si pagó con creces cada palabra de mi publicación: a los que creíamos y a todos los otros. Le devolvió la sonrisa al hincha de River, no solo por los logros, sino porque consiguió que nos identificáramos con el equipo, que volviéramos a creer en que todo era posible después del dolor tan grande del descenso.”

“Hay tantas cosas que me gustan del Muñe: su forma de manejarse, tanto dentro como fuera de la cancha, su visión para plantear los partidos… Cuando no le salen las cosas, no se ciega, mueve las piezas y arranca otra vez, y te sorprende. El superclásico en que metió a Pezzella de delantero fue increíble. Y lo mejor es que no se la cree. No se conforma y va por más. Y eso hace que se gane el respeto de los hinchas propios y de los ajenos. Mi abuelo, el papá de mi papá, era una persona de palabra, de esas que no necesitaban una firma para cumplir. Es la mejor herencia que nos dejó: su honestidad y su forma de trabajar duro por lo que cree correcto. Bueno, así yo lo veo al Muñe. Por

eso, cada día lo admiro más.”

“De Gallardo como técnico festejé todos los logros, fuera pequeño o grande. Fui una sola vez a ver a River a la cancha, contra Morón el año pasado, por la Copa Argentina, porque se jugó en Mendoza. Fue algo soñado porque lo viví con mi hermana mayor, mi papá y mi hijo. Estuve detrás del banco de suplentes, le grité al Muñe a ver si podía alcanzarle la carpeta, pero no pude. Llegué a Malargüe a las 7:30 de la mañana del lunes, porque estamos a 450 kilómetros de Mendoza capital, y de ahí fui directo a trabajar, pero no me importaba nada el cansancio, la experiencia estuvo genial.”

“No conozco el Monumental, es una cuenta pendiente que tengo, y que seguramente trataré de cumplir antes de irme de este mundo.

“Hoy, los partidos los vemos por la tele, con mi papá y mi hermana mayor, los tres somos bastante iguales, no hablamos mucho, nunca insultamos jugadores, solo comentamos alguna que otra jugada.”

“Este año, cuando comenzó el rumor de que la Supercopa con Boca se jugaría en Mendoza, pensé que podría tener la posibilidad de entregarle la carpeta en mano, ya que iba a estar más cerca, entonces se me ocurrió la idea de hacer un video con la ayuda de Matías, un compañero del trabajo que se da maña con la edición, y mandarlo a Telefe Noticias, que tenía una sección donde la gente común puede contar su historia. Tenía la ilusión de que el video y la carpeta llegaran a Gallardo. Pero nunca tuve respuesta. Me daba bastante vergüenza que mis conocidos vieran lo que yo decía en el video, así que las únicas personas que sabían de su existencia eran Matías y mi hermana mayor. Nunca lo publiqué en ningún lado para no quedar tan asada si no salía nada. Vos fuiste el tercero en verlo y cuarto el Muñe, y solo después de la respuesta que me mandaste de él, les conté a mis papás y a mis otras hermanas.”

(“¿Asada?”, le pregunto a Irene. “Sí, asada, quemada”, me contesta. Listo.)

“Me pongo a pensar y las cosas se dieron de una manera especial, casi mágica. Porque este año, una de mis primas que vive en Buenos Aires, me trajo de regalo tu libro del Muñe. Quedé tan sorprendida que haya pensado en mí de ese modo, porque siempre digo que los regalos no se miden por el precio sino por cuánto se pensó en la persona a la hora

de comprarlo. Y mi prima había hecho exactamente eso. Me lo devoré en unos pocos días y le iba comentando a mi familia cada cosa que me sorprendía del Muñe, cuántas desconocía de él, y qué increíble cómo luchó toda su vida con las lesiones. Me di cuenta de que su éxito no era magia. Y que para ser entrenador se había preparado tan tan bien, no había dejado nada librado al azar. Algo que me resulta más sorprendente aún fue que se rodeó de gente a la que conoció cuando él no era aún conocido. O sea, que la fama no lo cambió, siempre se manejó de la misma manera."

"Terminé de leer el libro y quedé fascinada, y es aquí cuando creo que surgió la magia, porque estaba en mi habitación y se cayó una caja. Se desparramaron por el piso todas las cosas que había adentro. Rabiando, empecé a juntarlas, y de golpe encontré un celu viejo. Lo revisé y vi que tenía guardada la contraseña de Twitter que hacía muchísimo que no abría, porque no la recordaba. Al otro día, te busqué a vos en Twitter y te escribí, solo para felicitarte, porque me parecía increíble tu libro, había logrado que mi amor por el Muñe se multiplicara, pero jamás pensé que me ibas a responder. Y menos todo lo que pasó después. Cuando me reenviaste lo que te escribió el Muñe se me paralizó el corazón, me corrían las lágrimas y le decía a mi familia: es algo de no creer estar en el celular del Muñe."

"¿Cómo me imagino mi encuentro con él? Creo que lo imaginé un millón de veces, incluso lo he soñado, y siempre me pasaba lo mismo: tenía tanto para contarle, tantas cosas guardadas durante tantos años, que cuando lo tenía enfrente me quedaba muda y solo lloraba y lloraba."

Cuando le pregunté a Irene si su marido no se ponía celoso de su amor por Gallardo, me confesó que tuvo sus hijos con dos padres distintos y que ninguno aportó demasiado. "He criado a mis niños casi sola —admitió—, pero tampoco me gusta victimizarme, es lo que a uno le tocó, y yo estoy feliz con mis hijos. Hay personas que me saludan para el día del padre, y digo que no, yo no soy el padre, soy una madre que me tocó tomar el frente, como a un montón de personas. No me siento ni mejor ni más extraordinaria que nadie. Hoy estoy sola y estoy bien, después de mucho tiempo pude sanarme de todo

lo que me pasó, feliz y tranquila con mis hijos.”

Como para Irene no resultaba sencillo el traslado a Buenos Aires, el encuentro tan deseado se fue dilatando, pero al suspenderse el compromiso de River ante Defensa y Justicia por la Superliga y programarse para el domingo 7 de octubre de 2018 el cruce de cuartos de final de Copa Argentina contra Sarmiento de Resistencia, en Mendoza, pensé que era la gran ocasión. Me daba pena perderme el encuentro, pero con una agenda de River tan apretada no podíamos dejar pasar la chance. Le pregunté a Irene si podía ir, a Marcelo si podía recibirla, y como ambos dieron el “sí”, el tan ansiado *face to face* con la entrega de la carpeta se pautó para el sábado a la noche, previo al partido, después de la cena, en el hotel Intercontinental.

Ese mismo sábado a la tarde, antes de tomarse el vuelo a Mendoza, Marcelo había recibido el abrazo sentido de Delia, una abuela de 82 años que sufre Alzheimer, y cuyo deseo de conocerlo a él y a los jugadores se había viralizado por redes sociales. Irene hizo los 450 kilómetros con Rosana, su hermana mayor, y con su primo Juan Gabriel. No sabemos si la acompañaron para registrar el momento con fotos y videos, como lo hicieron, o para llevarla al sanatorio más cercano si se desmayaba de la emoción.

El plantel llegó a la nochecita a Mendoza capital, bajó a saludar a los numerosos hinchas que se agolpaban en la puerta del hotel, como suele suceder cada vez que River viaja al interior, y luego tocó el turno de la cena. Tras entrar en contacto con el encargado de prensa y luego con el de seguridad, Irene, su hermana y su primo ingresaron al hotel y esperaron a Gallardo en unos sillones del *lobby*, cerca del restaurante.

A las 22:34 de ese sábado recibí un mensaje de voz de Irene. Duraba 16 segundos: “Hola, Diego, estoy tan tan tan feliz, acabo de conocer a la persona más humilde y grandiosa de todo el universo, redulce, nos atendió rebién, nos regaló una camiseta, me dijo que vos le habías hablado mucho de mí, así que muchísimas gracias, esto te lo debo a vos, así que muchísimas muchísimas

muchísimas gracias”. El mensaje arranca con una risa nerviosa y se corta antes de que la protagonista se largue a llorar. Es demasiado fácil advertirlo. Y enseguida entró en mi celu una foto con la leyenda: intercambio de regalitos. Se los ve posando a Marcelo con la famosa carpeta que lleva en la portada la frase: “No hay gloria sin esfuerzo”, y a Irene con una camiseta de River. Llamé a Irene al instante.

“Increíble, Diego, increíble. Lo esperamos en unos sillones al lado de donde estaban cenando, jamás pensé que iba a ver pasar tan cerca a los jugadores. Cuando terminaron de comer fueron saliendo de a uno, pero el Muñe no salía. Y después de un rato, cuando salió, se fue para otro lado. Me asusté, pensé que no le habían dicho, pero iba al baño. Y después nos hizo sentar en los sillones y estuvimos más de quince minutos. Me regaló una camiseta, estuvo increíble, en un rato mi hermana te manda los videos.”

Los videos que me mandó Rosana fueron cuatro. El primero dura veintidós segundos y se ve al Muñeco viniendo de frente y a Irene, de espaldas, que va rumbo a su encuentro. Lo abraza y no lo larga por diez segundos. “No se me ponga así, no se me ponga así, tranquila, ¿todo bien? Bueno, no llores, pará, no llores”, atina a comentarle Marcelo, con Irene aún colgada de su cuello, con la intención de quitarle dramatismo al asunto.

En el segundo video (1’17”) ya están sentados cada uno en un sillón, y Marcelo va pasando los folios de la carpeta, sin disimular su asombro y dejando escapar alguna sonrisa por toparse con reportajes de su juventud que seguramente tenía olvidados —ya sabemos que es un hombre al que no le gusta detenerse demasiado en el pasado—. Irene, más calma, pero cada tanto pasándose por sus ojos el pañuelo que tiene apretado en su mano derecha, le pregunta si él conserva recuerdos. “Mi mamá guardaba mis recortes, lo hacía todo ella”, contesta Marcelo con nostalgia. “No lo puedo creer, no lo puedo creer”, repite Irene. Marcelo sonríe y sigue mirando la carpeta.

El tercer video (2’10”) arranca con Irene acercándole a Marcelo una bolsa

de papel madera con un mate y un termo que lleva la imagen del Planetario de Malargüe. El Muñeco los saca, los mira y agradece. “Yo también tengo un regalo”, anuncia, y enseguida llama a Luis Valla, uno de los encargados de seguridad, para que le acerque el presente. (Entre paréntesis: el encargado de seguridad se llama Luis Valla. Parece una jodita para Tinelli, pero es verdad: Valla.) Irene se muestra expectante y, apenas ve el dorso de la camiseta, le comenta, maravillada, a la cámara —o sea, a su hermana—: “¡Tiene el nombre de él atrás!”. Marcelo extiende la camiseta sobre la mesa para firmarla. “Como ya no juego más, viste, me hicieron unas de ahora con mi nombre”, suelta, con humor, ya todos un poco más relajados. Marcelo destapa el marcador y mira a la cámara —o sea, a la hermana—. “¿Cómo le dicen a ella? No cómo se llama, eh, sino cuál es su apodo”, pregunta, pícaro y cómplice, y ahí mismo, en ese preciso instante, mientras observo el video, me doy cuenta de que ese hombre que suele estar en todos los detalles de un partido, de un plantel y hasta en la organización de un club, había registrado perfectamente la historia que le había contado hacía unos meses. Una prueba más de que se trata de una persona que, pese a todas las adulaciones y éxitos, es capaz de prestarle atención a historias mínimas como esta.

Marcelo termina de formular la pregunta, y los tres visitantes se ríen al mismo tiempo porque entienden el guiño. El Muñeco también tiene ese don, corroborado no solo en esta cita que viví a la distancia, sino en tantísimas otras que percibí estando a su lado, en la interacción con la gente. Es el don de la calidez, el de saber revestir de naturalidad cualquier situación. No necesita impostar ni forzar. Así es con los jugadores, con sus colaboradores, con los dirigentes, con la gente. Le sale todo naturalmente.

“Muñe”, se escucha la voz más fuerte que en el resto de los videos, porque la que responde, ahora, es la que está filmando —o sea, la hermana—. Marcelo se toma su tiempo para pensar y escribir prolijamente la dedicatoria, mientras Irene le recuerda que ya tiene su firma de cuando su hermana se la

pidió hace veintidós años. “Para la Muñe. Mi afecto y cariño por tu incondicionalidad”, se leerá clarito en la camiseta colgada el día siguiente en el Facebook de Irene Vazquez Vazquez bajo la leyenda “Soñar… Soñar… soñar hasta cumplir tus sueños”.

En el tercer video (37 segundos), Irene le cuenta a Marcelo que su primer partido viendo a River en la cancha había sido el año anterior en Mendoza, contra Morón, y que aún no conoce el Monumental. “Cuando vengas a Buenos Aires, por supuesto estás invitada al Monumental, hablás con Diego, que es nuestro nexo”, le surge el comentario al DT.

—Muchas gracias por recibirnos, Marcelo, gracias por todo —se va despidiendo Irene, intentando frenar una nueva oleada de llanto.

—Gracias a ustedes… muchas gracias, hermana —sonríe Marcelo, mientras gira su cabeza para dejar de mirar a Irene y dirigirse a la cámara —o sea, a la hermana—. Se levanta del sillón y le da un beso.

El último mensaje de la noche es el de Rosana, que como buena hermana mayor sostuvo a Irene durante una vida, sufriendo juntas a la par por los obstáculos que debió ir superando en el camino. La que hizo guardia durante toda una tarde para conseguir el autógrafo del Gallardo jugador cuando Irene iba a cumplir 15 años y la que ahora la acompañó y la filmó, justo cuando su sobrina Camila —o sea, la hija de Irene— acaba de cumplir 15 años. El mundo es una rueda que no para nunca de girar y sorprender: “Hola, Diego, muchas gracias por hacer tan feliz a mi hermana. Es difícil describir por WhatsApp lo que se vivió estando ahí al ver a Ire tan emocionada y feliz. Eternamente gracias”.

Unos días después consulté al Míster para tener su impresión del encuentro. “Estaba recontenta Irene, reemocionada, así que me alegro de por lo menos haber aportado para la pequeña felicidad de esa chica. Gracias,

loco”, fue su respuesta por WhatsApp, con una palabra que utilizó más de una vez en nuestros intercambios: “Loco”. Ah, y él me agradecía a mí. Sí. El reino del revés.

El cierre, lógicamente, le pertenece a Irene. Dos semanas después, ya con las pulsaciones en ritmo normal, con unos días para poder mirar en retrospectiva con algo de distancia, recibí sus últimas impresiones.

> “Siempre pensé que el Muñe nos iba a recibir cerca de la puerta de entrada, pero nos hicieron subir por una gran escalera hasta ubicarnos al lado del restaurante. Nunca pensé que iba a ver un hotel así, tan lindo. Estábamos sentados esperando, y yo tiritaba completa, me paraba y me temblaban las piernas, mi hermana y mi primo me decían que no me fuera a desmayar.”

> “Cuando apareció Marcelo Daniel, con su caminata tranquila y su sonrisa perfecta, no sé cómo, pero me salió del alma ese abrazo gigante. Lloraba de felicidad, él me consolaba, era increíble, actuaba de una manera tan sencilla como si nos conociéramos de toda la vida. Luego saludó con la misma sencillez a mi primo y a mi hermana y nos pidió que nos sentáramos en el sillón para poder charlar más tranquilos.”

> “Cuando le entregué la carpeta, la empezó a mirar, incluso iba a ponerse a leer una carta que le había escrito, pero le pedí que lo hiciera cuando estuviera solo. En esa carta expresaba cuándo comencé a hacer la carpeta, el amor que le había puesto y el cariño con que había decidido que debía estar en sus manos. Miró con atención la carpeta, no como si fuera un trámite. Le pregunté si se acordaba de algunas fotos, como cuando casi lo ahorca Chilavert, y me dijo que sí. Nos preguntó si ya teníamos entradas para el partido: está en todos los detalles.”

> “No podía creer lo que pasaba: tenerlo tan cerquita, hablar con él, darme cuenta de que es humano, tan sencillo y cordial, y que a pesar de todo lo que ha logrado, no se la cree. ¡Qué noche mágica! Fue mucho más de lo que hubiera soñado nunca. Me regaló la camiseta de River con una dedicatoria hermosa. ¡Qué más podía pedir! Y encima terminó invitándonos al Monumental.”

> “Lo que más me sorprendió del Muñe fue su calidez, su trato tan humano, sencillo,

incluso dulce. No tenía por qué aceptar esta cita, pero lo hizo y nos trató excelente.”

“El encuentro no fue como lo imaginaba… fue mil veces mejor. El Muñe lo hizo así, y me di cuenta de que valió la pena cada minuto de espera de estos más de veinte años. Y que esa carpeta no podía estar en mejores manos.”

Pasa. Pocas veces, pero puede pasar.
Que el de carne y hueso supere al del póster.
Irene del Carmen Vazquez Vazquez nos da fe.

— 3 —
2016
Segundo semestre

El segundo semestre de 2016 abrió con un título y cerró con otro. La Recopa lograda ante Independiente Santa Fe de Colombia el 25 de agosto le devolvió a Gallardo el gusto de alzar un trofeo después de un año y catorce días, el lapso más extenso que llevaba sin ser campeón en el club. La Copa Argentina, obtenida el 15 de diciembre, no significó una despedida feliz del año porque el DT de River pensó en dejar el club y lo hizo público. Nunca, como en esos seis días de suspenso interminable posteriores a la obtención de la Copa Argentina ante Rosario Central, estuvo tan cerca de terminar su ciclo. Pero, por algo, Papá Noel se viste de rojo y blanco: repartió felicidad antes de las fiestas anunciando su continuidad.

Este cambio de semestre también significó una bisagra en la conformación del plantel. Se marcharon 13 futbolistas, algunos de ellos estandartes, como Barovero, Vangioni, Mercado, Pisculichi, Mammana y Balanta. También Lucho González, Viudez, Bertolo, Chiarini, Gio Simeone, Leandro Vega y Guido Rodríguez, vendido en forma definitiva al Tijuana. Por este éxodo masivo, River se reforzó como nunca hasta aquí con Gallardo: trajo 7 futbolistas por 15 millones de dólares. Por diferentes motivos, 5 de esos 7 refuerzos no rindieron lo esperado: Luciano Lollo, Marcelo Larrondo, Iván Rossi, Denis Rodríguez y Arturo Mina. Solo estuvo a la altura el paraguayo Jorge Moreira, mientras que Enrique Bologna atajó muy poco. Fue el

semestre en que explotó Sebastián Driussi.

El 15 de junio se confirmó que Franco Armani, por quien River había iniciado gestiones, continuaría en Nacional de Medellín. El 19 de junio, Lucho González fue a Ezeiza a despedirse de Gallardo y sus compañeros tras haber disputado, en este segundo ciclo, 31 partidos (13 de titular). El 21 de junio, Lollo no pasó la revisión médica por su lesión en el dedo pequeño de su pie izquierdo, y Francescoli se comunicó con Martín Demichelis para concretar su regreso al club, que se había frustrado en 2013 por un desencuentro con el entonces presidente Passarella. Micho acababa de operarse de hemorroides, tenía para un par de semanas de reposo y al cuerpo técnico no le cerraba esa demora.

El 26 de junio, River viajó a Orlando para hacer la pretemporada sin refuerzos y con muchos pibes: Maxi Velazco, Gonzalo Montiel, Kevin Sibille, Tomás Andrade, Zacarías Morán Correa, Luis Olivera, Exequiel Palacios y Franco López. Mammana no llegó a subirse al avión porque fue vendido al Lyon en 8 millones de euros tras 31 partidos (28 de titular), 1 gol y 4 títulos. El día siguiente, mientras River pisaba los Estados Unidos, la Selección se iba de allí con una nueva final perdida ante Chile por penales. Y con la renuncia de Messi como yapa.

El 1º de julio se reflotó el pase de Lollo. “En un mes voy a estar para hacer fútbol”, declaró el defensor. “Me veo siendo figura en la Boca y atajándole un penal a Tevez”, afirmó, el 3 de julio, el arquero de Independiente del Valle, Librado Azcona. Solo erraría en el apellido del ejecutante. El 5 de julio renunció Martino a la Selección. “Si me lo piden, es decisión suya. Yo le voy a dar un consejo nada más: que hasta que no haya una organización seria en la AFA ni le pase cerca”, señaló D’Onofrio en relación con un posible llamado de la AFA a Gallardo. Seguimos igual.

Dos días después, Boca perdió 2-1 la semifinal de ida en Quito tras haberse puesto 1-0. El 9 de julio, River perdió 3-1 su primer amistoso ante el América

de Cali en Fort Lauderdale. Gallardo planteó un novedoso esquema 4-2-2-2, con dos volantes internos creativos (D'Alessandro por derecha y el Pity por izquierda) para que les pasen los laterales por afuera. Estaba en la búsqueda de alternativas después del pésimo semestre anterior. "Queremos ser el River de cuando empezó este proyecto. Marcelo nos dijo que había que empezar de cero para tomar esa misma idea, profundizar con los laterales, que haya dos en el medio que sean el equilibrio, eso es lo que está buscando", razonaba Ponzio, el nuevo capitán. River formó en aquel estreno con Batalla; Mayada, Ponzio, Balanta, Casco; Arzura, Domingo; D'Alessandro, Pity; Mora y Alario.

El 11 de julio, Larrondo se fugó de Rosario entre amenazas para firmar en Núñez. Era el quinto futbolista del Central de Coudet que River buscaba en el último año (Montoya, Salazar, Pinola, Musto y Larrondo), lo que detonó la bronca del Chacho y un par de cruces dialécticos con el Muñeco, que luego se desintegrarían. Un día más tarde se cerró la venta de Balanta al Basel, de Suiza, por 4 millones de euros, bastante menos que los 20 en que lo había tasado Passarella como presidente.

El 13 de julio, con muchos pibes, River le ganó 3-0 al Motagua de Honduras con goles de Andrade, Mora y el Pity. El jueves 14 de julio se armó un picado entre cuerpo técnico y dirigentes de River, como es habitual en todas las pretemporadas, y ganó 7-2 el equipo de Gallardo y D'Onofrio. El presidente, incluso, metió un gol; cuentan que Hernán Buján no opuso demasiada resistencia para contener ese disparo. Al terminar el picado, se sentaron en el salón comedor y prendieron la tele. Vieron, con incredulidad, la eliminación de Boca tras caer 3-2 con IdV en la Bombonera. Pavón abrió la cuenta a los 3', y con ese resultado, Boca pasaba a la final. Se lo empataron en el primer tiempo y se lo dieron vuelta en el segundo por groseros errores de Cata Díaz y Orión, que terminarían yéndose del club unos días después. Lodeiro desperdició un penal —que no quiso patear Tevez—, y Pavón

descontó al final.

El 16 de julio, River perdió 3-1 ante el Sevilla que estrenaba a Sampaoli como DT (gol de Gio Simeone). También debutó Kranevitter en el equipo español y pasó a saludar Lanzini, de pretemporada con el West Ham —siempre muy apegado a River—. El 17 de julio, plantel y cuerpo técnico completo se sacaron la foto antes de abandonar los Estados Unidos. Retratar ese instante, un símbolo de unión y fortaleza grupal, pasó a ser un rito en cada final de pretemporada. Esa imagen emblemática llegaría a ser, dos años después, el dorso en las entradas del partido más importante en la historia del club.

El 20 de julio, Boca le dio licencia a Tevez, y River cerró a Larrondo y vendió a Simeone al Genoa. Ante el *casting* iniciado por Armando Pérez para contratar al DT de la Selección, y que incluyó charlas con Russo, Bauza, Ramón Díaz y Caruso Lombardi, Gallardo se bajó: “Por una cuestión de compromiso y lealtad, mi cabeza está muy puesta en River”.

El 27 de julio, River le ganó 3-0 a Deportivo Morón con un gol de Driussi, titular en el ataque —desplazando a Mora—, y dos de Alario, anticipo de la fórmula letal que brillaría en el semestre.

El caso del Gordo merece un desarrollo especial. Se sumó a River con 9 años, después de una disputa con Boca por quedárselo. En 2008, la brillante categoría 96 que compartía con Batalla, Mammana y Vega batió todos los récords al coronarse ganando los 23 partidos del torneo, incluido un 3-0 a Boca en la final. En la recta decisiva, Driussi metió 15 goles en igual cantidad de partidos. Era una de las joyas más valiosas del semillero, saltó divisiones y, en 2011, con apenas 15 años, ya pisaba la Reserva. En 2013, Ramón Díaz lo hizo debutar con 17 años, pero luego lo bajó a la Reserva en el semestre siguiente.

En las charlas para *Gallardo Monumental*, el Muñeco me contó que el futbolista que más lo sorprendió en su primera pretemporada, a mediados de

2014, fue Ramiro Funes Mori, pero en Driussi veía un jugador distinto. De entrada hubo flechazo. Gallardo tiene un *feeling* peculiar con el jugador talentoso, atorrante, irreverente, ese que te hace ganar los partidos. El Gordo es uno de ellos. Pisculichi, otro. El Pity y Juanfer, también.

El Muñeco le dio pista a Driussi de entrada, a tal punto que lo puso de titular en su estreno ante Ferro, por Copa Argentina, y frente a Gimnasia, por el campeonato. Como volante externo, porque la dupla de ataque Teo-Mora estaba en un nivel altísimo, y no se lesionaban nunca. En el primer semestre con el Muñeco, el Gordo metió 1 gol en 18 partidos —a Libertad, en Paraguay, la noche de los cortes de luz—. En 2015 siguió confiando en él, incluso fue titular ante Boca la noche del gas pimienta —por la lesión de Mora—, pero no terminaba de explotar, un poco por no jugar en su posición natural y otro poco por una cuestión lógica de maduración, como les pasa a casi todos los juveniles que asoman en la Primera. Cuando a mediados de 2016, tanto Huracán como Vélez se interesaron por sus servicios, jugador y DT hablaron de frente. El Gordo le dijo que pretendía quedarse a pelearla en River, pero como delantero. El Muñeco le aseguró que le daría la chance. Los números no le sonreían a Driussi, que llevaba casi un año sin embocarla. Su último grito databa de septiembre de 2015, en el 4-1 a Nueva Chicago. En el primer semestre de 2016 no la había metido.

“En el último tiempo de la pretemporada vimos una evolución de Sebastián. Ante las chances de ser cedido, le pedimos que se quedara porque va a tener oportunidades. Nos puede dar lo que nos daba Teo cuando salía y jugaba con los volantes”, anunció el Muñeco —y más de un hincha pensó que el DT había enloquecido al compararlo con el colombiano—, en la previa del arranque oficial de la temporada, antesala del debut en la “Champions”, tal como había definido Gallardo la Copa Argentina. River, Boca, Racing e Independiente, 4 de los 5 grandes, no se habían clasificado a la Libertadores 2017 y se sacarían los ojos para conseguirlo por medio de esta Copa.

—¿Es casi una obligación ganar la Copa Argentina? —le preguntaron al DT.

—Es uno de mis grandes desafíos; tratar de que no se corte que River haya vuelto al plano internacional con mucha fuerza. Que tenga continuidad, porque nos ha encantado estar en ese lugar.

—¿Aunque no dé tiempo para trabajar en la semana?

—Sí, no me importa, esa adrenalina dámela, es lindísimo vivirla, eso de estar todo el tiempo al palo genera estrés, pero a mí me encanta. Yo viví una década como futbolista que fue muy linda desde los logros nacionales, pero a nivel internacional me había quedado esa espina más allá de haber participado en la Libertadores 96 y un poco más en la Supercopa 97. Nos faltó algo. No digo que sea un karma, pero sí un deseo que hace que viva de manera diferente cada competencia internacional. Por eso queremos generar una mentalidad fuerte, porque para las Copas se necesita eso, además de jugadores que entiendan y un equipo que juegue bien.

A Gallardo le quedó esa espina. Me lo comentó más de una vez: esos equipos de notables futbolistas de fines de los noventa, auténticas selecciones sudamericanas, tendrían que haber levantado más Copas internacionales. Pudo sacarse la espina, aunque ya en otro rol, agregando 6 conquistas internacionales —al cierre de esta edición— a unas vitrinas que mostraban apenas 5 en toda la historia de la era Conmebol (1960-2014).

“Hay que ser determinantes a la hora de atacar. Para eso necesitamos darles terminación a las jugadas. La idea es tener jugadores que terminen las jugadas, necesitamos los goles. Con goles se ganan los partidos”, advirtió y pareció hablarles a sus delanteros y anticipar lo que ocurriría en el semestre, porque la dupla Alario-Driussi fue letal. No faltaron casi nunca, y River se sostuvo en sus gritos para alcanzar los objetivos.

El domingo 31 de julio, River venció 3-0 a Sportivo Rivadavia de Venado Tuerto por la Copa Argentina, en Formosa, en el estreno oficial de la temporada. Batalla; Moreira, Mercado, Maidana, Casco; Ponzio, Nacho Fernández; D'Alessandro, Pity; Driussi y Alario fue el equipo. Entraron Mora, Andrade y Alonso. Alario y Nacho convirtieron en el primer tiempo y cerró Mercado de penal a los 90', en su emocionante despedida con gol, ya acordada su venta al Sevilla. Al igual que Barovero antes del final del semestre, Mercado se marchó tras cuatro años en el club. Jugó 144 partidos oficiales, metió 11 goles y ganó 5 títulos. Tardó en entrar en el hincha, pero lo terminó logrando de manera rotunda. "River me marcó, viví cosas muy fuertes. Es impagable cómo me trató la gente", se despidió.

Dos días después, el que anunció su salida fue Pisculichi, quien se había quedado sentado en el banco en Formosa. A pesar de tener por delante un año de contrato, decidió irse tras 2 temporadas en el club, 74 partidos y 10 goles —uno ubicado en la galería de los más importantes de la historia—. "Me costó muchísimo tomar esta decisión, por los hinchas y por el grupo de excelentes personas que hay en este plantel. Les vuelvo a agradecer por el cariño que recibí siempre, pero necesito hacer lo que realmente amo, que es jugar al fútbol", sintetizó Piscu en redes sociales.

En agosto de 2017, en mi etapa de recolección de apuntes para la confección de este libro, le pregunté a Marcelo por esa salida. "Me dio mucha pena lo de Piscu —me confesó, mientras manejaba—, no tanto por mí y por el equipo, sino por él, que no pudiera aprovechar todo su potencial. Jugar con ese desparpajo que tenía, después de un primer semestre sensacional, siendo decisivo en partidos clave y habiéndose ganado el corazón de la gente en tan poco tiempo, como se lo ganó. Y mirá que tuvimos charlas y charlas, pero no lo conseguimos. Hace poco nos encontramos, hablamos y pudimos cerrar el círculo."

A Piscu le pegó duro haberse ido de River: tras rescindir estuvo seis meses

parado, y en enero de 2017 fichó por el Vitória de Brasil, donde apenas jugó 6 partidos en un semestre, para luego retornar a Argentinos, el club que lo vio nacer, y donde le costó ganarse un lugar. Con el tiempo, Pisculichi aceptó que había sido un error irse de River. Nadie lo echó, fue el propio Piscu, quien sintiéndose cada vez menos importante, se terminó apartando, aunque Gallardo considerara que podía seguir siendo útil, no ya como primera guitarra, pero con otra actitud. Al DT le dio pena que el autor del que fue quizás el gol más importante de todo su ciclo, al menos el que exorcizó el fantasma Boca y abrió la puerta al primer título que terminó encadenando el resto, no lo viera con claridad y se dejara estar. Pero el club debe ubicarse por encima de cualquier sentimiento o favoritismo a la hora de tomar decisiones y, en este caso, Gallardo dio una muestra más de ese principio. Unos días después de ese diálogo que mantuvimos con el Muñeco, Piscu recibiría enormes muestras de afecto al regresar al Monumental como jugador del Bicho. Muestras de afecto de Gallardo, de sus ex compañeros y de los hinchas, que lo ovacionaron con muchas ganas —terminó 1-1, fue suplente y no entró—. Un año más tarde, en la previa de un nuevo cruce en el Monumental, Piscu despejó cualquier duda sobre cómo había quedado la relación con el DT: “Marcelo fue el mejor entrenador que tuve en mi carrera, la decisión de irme fue mía”. Sin Mercado ni Pisculichi, a un año de la Libertadores ganada, solo quedaban 4 jugadores del equipo titular: Maidana, Ponzio, Mora y Alario.

El domingo 7 de agosto, River ganó su segundo partido de Champions: 2-1 a Estudiantes de San Luis, en Salta. Lo hizo caminando por la cornisa. Tras adelantarse 1-0 en el primer tiempo (Nacho), desperdició varias chances para aumentar, y Mosset lo empató a los 42’ del segundo. Dos minutos después, cuando todo parecía encaminarse a los penales, el Pity la clavó de tiro libre, casi desde el lateral. Esa noche debutó Iván Rossi; Gonzalo Ariel Montiel jugó por primera vez como titular, y D’Alessandro fue baja de último

momento por un dolor estomacal.

Cachete Montiel, nacido el 1º de enero de 1997 en Virrey del Pino, partido de la Matanza, había tenido de chico un paso por las infantiles de Huracán y de Boca, pero no se sentía cómodo, y quedó en River con 10 años. Tenía el destino marcado de nacimiento. Su abuelo Jerónimo, fana del Millo, le había pedido a su hija que le pusiera de nombre Ariel Ortega, en pleno apogeo del Burrito. Ambos nombres. O sea: Ariel Ortega Montiel. Mamá Marisa, ex defensora en Laferrere, le cumplió solo una parte y le agregó Gonzalo. Cachete se instaló en la pensión del club a los 11 años para evitar los interminables viajes y fue capitán en todas las categorías. Lo que no habla fuera de la cancha por timidez lo hace adentro por temperamento. Se transforma. Una tarde, a Gallardo le faltaba un jugador para completar un reducido y mandó a buscar un chico de la pensión. “Tenía dos cañitas de pescar ahí abajo, era flaquito flaquito —recuerda Buján—. Lo pusimos de 3 y aunque no se destacó en lo futbolístico, por algún motivo nos quedó el recuerdo, nos llamó la atención la predisposición, por más que le faltara en lo físico. Y el día que debutó, entrando en un segundo tiempo contra Vélez, para jugar en una línea de 3, metió un cabezazo en el palo y un pase a lo Ronaldinho, mirando para el otro lado. Luego comentamos en el cuerpo técnico: este es un caradura bárbaro.”

Aquel 30 de abril, Montiel disputó sus primeros 45 minutos en un equipo con mayoría de juveniles, sin grandes obligaciones. Contra Estudiantes tuvo que ir como bombero a jugar de defensor central, su puesto natural, ante la venta fresquita de Mercado, la puesta a punto de Lollo y el arribo inminente de Arturo Mina. Bombero, con esa misma palabra lo definiría Gallardo en 2017 tras su noche inolvidable ante Jorge Wilstermann, porque le juega —y le cumple— calladito, en cualquier posición de la defensa que le toque. Cerca del Muñeco, también le adosaron otro apodo. “Es un alemán, un alemán entrenando y jugando, un pibe simple, de pocas palabras, enseguida te das

cuenta de que vive para el fútbol —me lo describía Buján—, ya el Luigi (Villalba) lo había tenido en inferiores y nos había contado que, terminados los partidos, recibía la visita de sus padres en la pensión, los saludaba y los despachaba rápido, porque Cachete se quedaba pensando en el partido, es una cabeza rara para los tiempos que corren. Muy competitivo, no quiere perder a nada, juega como entrena, esa es la ventaja que tiene, o sea: no es un jugador que se tenga que predisponer mentalmente para jugar. Es como Maidana o Ponzio, pasa que este lo hace con 20 años, y eso no es común."

Al igual que Messi —aunque con menor frecuencia—, cada vez que mete un gol —o que ingresa al campo de juego—, mira al cielo apuntando arriba con dos dedos de su mano y piensa en su abuelo Jerónimo, asesinado en una riña barrial cuando él tenía 7 años.

Regresamos. El 10 de agosto, Independiente Santa Fe le ganó 1-0 al Kashima Antlers y obtuvo la Suruga Bank. Llegaba entonado al duelo por la Recopa. Ocho días después, River empataba 0-0 en su visita a Bogotá, en la final de ida, con el debut del subcampeón de la Libertadores, Arturo Mina. El equipo comenzó a salir de memoria: Batalla; Moreira, Maidana, Mina, Casco; Nacho, Ponzio; D'Alessandro, Pity; Driussi y Alario, siempre con el nuevo 4-2-2-2. Batalla tuvo una correcta actuación, pero en un centro se le escapó la pelota de las manos, y Ponzio salvó el gol en la línea.

El 21 de agosto, Santa Fe llegó al país y se instaló en el Hotel Boca Juniors. Gustavo Costas, el DT, había puesto 10 suplentes el fin de semana en el 1-1 ante el DIM. "¡Qué más lindo que dar la vuelta con todos en contra!", se entusiasmó Omar Pérez, jugador formado en Boca. "El tiempo pasó y nos encuentra en una situación diferente, con muchos jugadores que se han ido. Tenemos una nueva chance de ganar un título internacional, y eso nos genera una buena sensación. Veo al grupo con ganas y muy entusiasmado. Hay buena energía", transmitió confianza el Muñeco, dos días antes de la revancha, con una de sus palabras preferidas ("energía").

El jueves 25 de agosto, River ganó 2-1 y levantó la Recopa, quinto título del Muñeco. River mantenía en un ciento por ciento su efectividad en finales definidas en el Monumental, 6 de 6: Libertadores 1986, 1996 y 2015; Interamericana 1987, Supercopa 1997 y Recopa 2016. El DT repitió el once de la ida; ingresaron en el segundo tiempo Alonso, el Pity y Andrade (por D'Alessandro). Driussi, a los 3' del primer tiempo, tras un centro del Pity, y Alario, a los 5' del segundo, de cabeza, establecieron el 2-0. La fórmula. El descuento de Salaberry a los 19' del complemento mantuvo el suspenso hasta el final. Fue noche de estrenos para varios: la primera Copa levantada por Ponzio como capitán, el primer título internacional para Iván Alonso (a los 37 años) y también el primero internacional ganado por D'Alessandro en River.

"Me saqué una espina, que la gente sepa que volví para esto", se alegró el Cabezón. "Es imposible detenerse a pensar. Fueron dos años intensos, pasó todo demasiado rápido, pero había que jugar esta final y, sobre todo, ganarla", se descargó el Muñeco, para quien un año y catorce días sin dar una vuelta olímpica era demasiado tiempo. Y sentía la necesidad imperiosa de conseguirlo con un equipo casi nuevo en relación con su asunción.

El 28 de agosto, River siguió con el envión ganador en el arranque del campeonato: 4-1 a Banfield, de local, con los mismos titulares de la Recopa. Convirtieron Driussi, Alario, D'Alessandro y el Pity —había igualado el verdugo Silva—. Entraron en el complemento Larrondo por Driussi, Alonso por Alario y Andrade por D'Alessandro a los 30' del segundo tiempo, con el partido ya definido, para cuidarle piernas y que la gente lo aplaudiera. "¡Me sacás siempre a mí!", le espetó caliente el Cabezón al DT, cuando se acercó al banco, en un cruce sin precedentes en el ciclo. "Yo decido quién, cuándo y cuántos minutos juega", fue terminante el Muñeco en la conferencia. "Después del gol pensé que era un buen momento para sacarlo y que sintiera el cariño de la gente: no lo saqué porque no estuviera jugando bien, sino todo lo contrario. Me ha pasado como jugador, pero hay momentos para saber

interpretar. Me enojaba si el equipo iba perdiendo, yo estaba haciendo un buen partido y me sacaban. Pero si jugaba bien, el equipo ganaba, y la gente me aplaudía, era algo lindo para cualquier jugador”, razonó el DT. Sinceramente no se entendía la reacción de D’Alessandro, salvo que existiera alguna bronca incubada desde el semestre anterior. “No va a volver a pasar, eso seguro, es un tema terminado”, manifestó unos días después el DT, ante la reiteración de la pregunta. “Ojalá no se repita lo de Andrés”, se sumó el mánager Francescoli, criticando con su estilo, la actitud del Cabezón.

—Hay técnicos que dicen: “A veces hay que hacerse el boludo”. ¿Vos sos de hacerte el boludo, en casos como el de D’Alessandro, que te hizo un gesto al salir?

—No, no, la puedo dejar pasar en el momento, pero después, cuando se enfría la cosa, la encaro, no la dejo pasar. Es difícil manejar el ego de los jugadores, porque el jugador piensa en él nada más, pero no está solo, son 25, entonces el entrenador tiene que saber administrar todo eso.

Esto fue lo único que me respondió Marcelo sobre el caso D’Alessandro. Insistí con otras preguntas, porque era evidente que habían existido cortocircuitos, pero aunque el Cabezón ya se había ido del club, el Muñeco no tenía ganas de ventilar pormenores de aquellos desencuentros. Mi interés no era amarillista, simplemente buscaba entender cómo el conductor resolvía este tipo de conflictos. Cómo lograba que no salieran a la luz, en un ambiente necesitado de enfrentamientos constantes y amplificado por redes sociales. Cómo gestionaba los vínculos con futbolistas de egos tan fuertes.

—Ya está, Diego, vos sabés que no me gusta revolver en el pasado —me dijo, y entendí claramente que debía frenar ahí.

Ya me había pasado con otros temas picantes en *Gallardo Monumental*: “Ya está, las cosas que pasaron, pasaron, cada uno por su lado, miro para adelante”.

Como lo hice la vez anterior, recurrí a un par de colaboradores y allegados

para saber cómo había gestionado esas situaciones. Cuando Andrés tiró la idea de volver, al Muñeco le interesó, y hablaron a solas. Ahí, el DT le midió el deseo y le planteó las pautas de trabajo: si estaba dispuesto al sacrificio por la manera que tenían de jugar y entrenar. El 10 respondió que sí. Pero a D'Alessandro no solo le dicen Cabezón por el tamaño de su azotea. Es un poquito malhumorado y calentón. Siempre fue así y no lo modificó con la edad. Contra Belgrano, en Córdoba, el día de su debut, jugó los 90 minutos y corrió hasta por demás, seguramente por el entusiasmo que le generaba su regreso y el deseo de mostrarle a la gente que estaba intacto. Y tres días después, ya les hacía notar a todos que estaba para jugar otra vez. Gallardo lo mandó al campo en el complemento frente a Godoy Cruz… y se desgarró.

En los primeros meses, el Cabezón disimuló bastante sus broncas, después empezó a manifestarlas con mayor frecuencia. Más de una vez, para no hacerlo tomar un avión en Porto Alegre a las cinco de la mañana, el DT organizó entrenamientos a la tarde, ya que el zurdo tenía que viajar a Brasil por diferentes compromisos. Por eso, la tarde ante Banfield en que el Cabezón le hizo el gesto por haberlo sacado, el Muñeco se reunió con él y aclaró los tantos.

Tras aquel incidente, como el propio Gallardo lo había afirmado convencido en conferencia —"no va a volver a pasar, eso seguro"—, el Cabezón no volvió a expresar su fastidio ante un cambio. Ni siquiera cuando fue suplente ante Rafaela, ni cuando salió en el superclásico que River le ganaba 2-1 a Boca en el Monumental —y que perdió 4-2—, ni cuando salió en la final de la Copa Argentina que perdía 3-2 ante Central —y que ganó 4-3—. Cuando algunas semanas antes de fin de año, D'Alessandro le comentó a un integrante del cuerpo técnico que se volvía a Porto Alegre —estaba a préstamo en River hasta diciembre—, porque le costaba seguir el ritmo del equipo en prácticas y partidos, el DT sintió alivio. El Cabezón había resignado mucho dinero de contrato para cumplir un sueño pendiente —

volver a River, ganar un título internacional—, y lo cumplió. Gallardo no quiso cerrarle la puerta al ídolo nacido en el semillero, aprovechó su talento, pero nadie está por encima del grupo. Por eso al final se dieron un abrazo, y cada uno siguió su camino.

Regresamos al relato cronológico. El lunes posterior al 4-1 a Banfield, mientras el plantel tenía día libre, Gallardo fue a ver a la Reserva contra el Taladro. Esa tarde jugaron Martínez Quarta, Exequiel Palacios, Olivera y Morán Correa, entre otros. Para esos juveniles, la presencia del DT principal siempre es un estímulo. Se sienten observados y considerados.

El 1º de septiembre, Bauza debutó como DT de la Selección con un 1-0 a Uruguay en Mendoza (gol de Messi), también debutó Alario con la Celeste y Blanca y terminó jugando de lateral derecho, mientras Daniel Osvaldo anunciaba su retiro del fútbol. El 9 de septiembre, ante el supuesto interés del Inter, Alario tuvo una mejora en su contrato, extendió su vínculo hasta 2020 y se le subió su cláusula de salida de 15 a 18 millones de euros.

En la previa de la segunda fecha del campeonato, ante Talleres en el Kempes, dos ex compañeros del Muñeco defendiendo a la T, resaltaban un par de características que retratan al DT de River. “Cuando jugaba, quería todos los días un poco más. Y supongo que ahora les pedirá lo mismo a sus jugadores. En las prácticas quería ganar a todo. Y los que lo conocen saben que en la casa es igual”, revelaba Javier Gandolfi, uno de los chicos aconsejados por el Muñeco en su segunda etapa en el club. Eial Strahman, quien tuvo un paso fugaz por la Banda —el que lo recuerda está apto para participar en un concurso de preguntas y respuestas sobre la historia de River—, repasó una pequeña vivencia en apariencia insignificante, pero que tiene un valor profundo: “Yo estaba en la Reserva y el lunes previo a un superclásico fue mi primer entrenamiento con la Primera. Al otro día,

Gallardo invitó a todo el grupo a comer un asado en su casa y me incluyó, cuando me podría haber dicho: ‘Vos recién llegás’. Fui al banco en ese partido (1-1 en la Bombonera, gol de Gallardo de tiro libre), pero aquel fue un detalle que para un chico como yo era muy importante, como que tampoco nunca le tuve que repetir mi nombre.” Y no estamos hablando de Pedro ni José, sino de Eial.

El domingo 11 de septiembre, Gallardo repitió el equipo por cuarto partido consecutivo en el 1-0 con que River le quitó a Talleres un invicto de 40 partidos. El gol lo metió Mina a los 15’ del segundo tiempo; fue el primer tanto de un ecuatoriano en el fútbol argentino. Al día siguiente, el entusiasmo por el central se reflejó en el diario *Olé*, que se preguntaba: “Funes Mina. ¿Arturo tiene cosas de Ramiro?”. Definitivamente, no.

El 15 de septiembre, Lollo se golpeó el pie izquierdo en una práctica y se resintió de su lesión. El 18 de septiembre se frenó la seguidilla triunfal con un 1-1 de local ante San Martín de San Juan dirigido por Pablo Lavallén; Alario metió el 1-0 en el primer tiempo y lo empató Villarruel en el segundo. Maidana recibió una plaqueta por sus 200 partidos, y el Monumental lo pidió para la Selección.

El 20 de septiembre se inauguraron las obras impulsadas por el propio Gallardo en el predio de Ezeiza —a partir de ahora llamado Rivercamp—, que incluyeron 3 canchas nuevas y 2 millones de dólares de inversión. El 22 de septiembre, River venció 1-0 a Arsenal con un gol de Alario a los 7’ del segundo tiempo y avanzó a cuartos de final de la Copa Argentina. Fue la primera victoria de Gallardo en San Juan, donde había sido eliminado por Central en las dos ediciones anteriores de la misma Copa y donde había perdido la Supercopa 2015 ante Huracán. También fue el primer triunfo sobre Arsenal tras 2 empates y 1 derrota. “Cuando salió la plaza de San Juan podría haber hecho algo para cambiarla, pero eso no va conmigo. Se rompió el maleficio de esta cancha, bienvenido sea”, admitió el Muñeco, poco propenso

a las cábalas.

El 25 de septiembre no pudo aprovechar dos ventajas ante el Defensa y Justicia de Holan en Varela y comenzó a mostrar grietas. Arrancó 0-1, se puso 2-1, lo empató Alexander Barboza —cuyo pase pertenecía a River—, Driussi metió el 3-2, y empató otro chico formado en River, Andrés Ríos, cuando faltaban 10’. Fue el primer doblete de Driussi.

El 28 de septiembre, para celebrar el día internacional del hincha de River, el club lanzó un modelo de camiseta negra con una banda blanca, roja y negra, emulando la corbata que usaba Ángel Labruna, por cuyo natalicio se celebra el día del hincha de River.

El sábado 1º de octubre, con esa camiseta, River derrotó 3-0 a Vélez de local con 2 de Driussi, quien llegó a la cima de la tabla de goleadores, y el restante lo metió Alario de penal. Debutó Denis Rodríguez, y Rodrigo Mora volvió tras una inactividad de treinta y cinco días por diferentes molestias. “Volví a ser feliz, nunca estuve tanto tiempo afuera. Amo concentrar, estar con mis compañeros y jugar”, afirmaría el uruguayo, sin imaginar el calvario que le tocaría atravesar.

Cuatro días más tarde, el Muñeco bajó a dirigir la Reserva frente al mismo rival, porque pretendía ver en acción a varios de sus hombres. Fue un partido a puertas cerradas en el Monumental, en el que River perdió 1-0. Tomás Andrade fue titular, a pesar de que había ido de arranque en la Primera el fin de semana reemplazando al expulsado Pity Martínez. No vaya a ser cosa que se la crea.

El 11 de octubre operaron nuevamente a Lollo del quinto metatarsiano. En la práctica, Gallardo se paró de central en un ejercicio de definición, y Driussi le tiró un caño, una muestra más de la afinidad que existe entre ambos.

El domingo 16 de octubre, River dejó el invicto del semestre en Paraná: perdió 2-1 ante Patronato —que tenía 1 punto en 5 fechas— tras ponerse 1-0 por gol de Driussi a los 7’. Patronato, otra bestia negra para River: 3 visitas y

3 derrotas (1 en Santa Fe, por el Nacional B). Lo expulsaron a Denis Rodríguez al final, y Mina tuvo una noche de terror. Driussi, definitivamente, había levantado vuelo, así lo certificaban las estadísticas —la verdad absoluta para los goleadores—: 5 goles en 61 partidos hasta junio de 2016 (0,08 de promedio) y 7 goles en 11 partidos en el semestre (0,63 de promedio). Hubo una polémica por el gol del triunfo de Patronato por supuesta falta de Fair Play. “Entramos juntos con Gallardo a la manga, no me dijo nada de la jugada. Es de los tipos más humildes que conozco en el fútbol”, señalaba el Yagui Forestello, DT del Patrón. Empezaba a repetirse una constante: los elogios al Muñeco por parte de sus colegas.

El sábado 22, con una actuación bastante pobre, River le ganó de local 1-0 a Atlético Rafaela, con un gol de D’Alessandro a los 33’ del segundo tiempo. El Cabezón había ido al banco y entrado por Andrade a los 12’ del segundo. Gallardo no pudo sentarse en el banco: Delfino lo expulsó porque su equipo entró retrasado al campo, ya que una lesión sufrida por Nacho Fernández en el calentamiento obligó a un cambio de planes. Fue el estreno para Biscay en el torneo doméstico tras 3 presentaciones en la Libertadores (2 empates y 1 victoria).

—Para nosotros es una final del mundo —declaró Leo Madelón, DT de Unión, de cara a los cuartos de final de Copa Argentina.

—Siempre hablaste bien de Gallardo, ¿por qué? —le preguntaron.

—Porque es equilibrado. Ganó Copa, Recopa, recontracopa, le desarmaron los planteles y supo seguir. Con buenos presupuestos, es cierto, pero lo supo manejar. Me cae bien, no lo veo tirando bombas, no vigilantea. Me gusta enfrentarlo, sus equipos son nobles, no hacen trampa.

El jueves 27 de octubre, en Mar del Plata, River venció 3-0 al Tatengue con un resultado que no reflejó lo parejo que fue el partido. Iván Rossi tuvo la gran chance de ser titular en un partido importante —en lugar del lesionado Nacho—, pero sufrió un esguince de tobillo al comienzo del partido y fue

reemplazado por Nico Domingo. Driussi abrió el partido a los 5’ de cabeza, y Arzura puso el 2-0 a los 28’ del segundo tiempo, también de cabeza, ambos tras córners del Pity —siempre influyente—; Alario decoró el resultado al final. El partido fue áspero y tuvo su polémica: en el primer tiempo, Batalla se llevó puesto a Lucas Gamba fuera del área, y tranquilamente podría haber sido expulsado, pero Beligoy no cobró la falta. Otra vez zafaba el arquero tras un error grosero. Maidana se sumó a la enfermería con un desgarro en el isquiotibial derecho.

“Supimos sacar el partido adelante, más allá de las dificultades. Perdimos a Nacho y Andrés, que son nuestro motor futbolístico, y por eso planteamos un duelo más físico. Luego vino el inconveniente de Rossi y lo de Maidana. Nos plantamos y lo sacamos adelante. Y este es el mensaje: nuestra esencia es jugar, conectar e intentar, nunca vamos a traicionarnos. Pero si los rivales nos proponen batalla, vamos a batallar”, manifestó el Muñeco, haciendo una síntesis del atributo más destacado de sus diferentes equipos en este ciclo, el de ser competitivo, estar a la altura del compromiso. Pocos podrían refutar que River, en toda la era Gallardo, compitió mejor que lo que jugó. Y eso que jugó bastante bien en diferentes momentos.

El domingo 30 de octubre, River volvió a desperdiciar una ventaja en el resultado, esta vez por 2-0, ante Arsenal en Sarandí. Driussi puso el 1-0, y Pity el 2-0 con una joyita pinchando la pelota a los 3’ del segundo tiempo —el Muñeco se agarró la cabeza—, enseguida expulsaron a Montiel, y terminaron convirtiendo Boghossian y Botinelli. Se lesionaron el Pity y Casco, y así se alcanzaron 6 bajas en seis días. “Estamos remando contra algunos imponderables”, se lamentó Gallardo. Esa noche, River terminó jugando con un 4 de 3 (Moreira), un 5 de 6 (Ponzio), un 8 de 4 (Mayada) y un 7 de 8 (Mora). El Viaducto seguía siendo un escenario inaccesible para el Muñeco.

Por lesiones y suspensiones, el 1º de noviembre, Gallardo subió a entrenar

desde la Reserva a Lucas Martínez Quarta y a Facundo Medina. Al día siguiente, Central eliminó a Boca de la Copa Argentina (2-1) y le quitó la última chance de llegar a la Libertadores 2017.

El sábado 5 de noviembre, River empató 1-1 con el puntero invicto Estudiantes en cancha de Huracán, por tener alquilado el Monumental para el recital de Guns N' Roses. Ganaba 1-0 por un penal de Alario y lo empató Auzqui, tras un error de Moreira en la salida. Fue el 5º partido del semestre en que River no pudo conservar una ventaja. Esa tarde, Ponzio jugó de segundo defensor central y de este modo, salvo de carrilero por izquierda y de arquero, completó el álbum de todos los puestos posibles. Fue 5 (puesto natural); 8 (inferiores de Newell's y selecciones juveniles); 9 y 10 —en Las Rosas, su pueblo; muy morfón, según cuentan las malas lenguas—; 3 —en un superclásico de 2007, Passarella lo puso allí para marcar a Rodrigo Palacio—; 4, ante Patronato en el Nacional B y en Zaragoza, y 2, ante Boca, por la sanción a Maidana. Lo que se dice un futbolista versátil.

El 8 de noviembre, Driussi renovó su contrato hasta junio 2018 con una cláusula de salida de 15 millones de dólares. Por esos días, el Muñeco habló mano a mano con Alario, un *modus operandi* que suele utilizar con frecuencia. Es partidario de las charlas grupales, pero también de las individuales en su oficina. Sin abusar, para no ser pesado, pero si ve algo mal, como ya explicó, no se hace "el boludo" y aborda la situación. En este caso, observaba que su 9 de punta actuaba con egoísmo. "Marcelo ve que no estoy jugando suelto, que no estoy en mi nivel, y me pidió que no me presione tanto a mí mismo —blanqueó Alario—. Me apoya, como lo hacen mis compañeros. Siempre está con nosotros y se lo tengo que agradecer. En este grupo tiran todos para el mismo lado, y por ahí pienso mucho en que tengo que meter un gol sí o sí todas las fechas, y eso te lleva a no hacer un buen partido para el conjunto." El DT no le tiene miedo a la verdad, y por eso lo expresó luego públicamente: "Lucas está jugando poco para el equipo,

pero es un jugador bárbaro y lo vamos a sostener”.

El sábado 12 de noviembre, aprovechando la fecha FIFA, River enfrentó a Olimpia de Paraguay por la Copa Conmemoración en el estadio Ciudad de La Plata. Lo venció 5-1. Debutó Martínez Quarta, lo hizo con un gol de palomita y se lo dedicó a su mujer embarazada, guardando la pelota debajo de la camiseta; Denis Rodríguez metió un golazo al ángulo; Larrondo jugó por primera vez como titular, y también tuvieron su estreno Bologna y Medina. Se destacó Mora por sus asistencias.

De cara a la etapa de definiciones y resaltando la preponderancia que había alcanzado Driussi, Gallardo volvió a bajar un mensaje a la gente, algo así como: confíen en nuestras decisiones, no sean ansiosos. “La paciencia que no tiene el hincha la debe tener el entrenador. Miren lo que hace Driussi ahora. Con una confianza plena hace cosas que nosotros veíamos todos los días en los entrenamientos. En algún momento iba a explotar. El Pity y él son jugadores de los que no hay en el fútbol argentino.” No estaba loco el DT.

El domingo 20 de noviembre, jugando para Rosario Central, Teo Gutiérrez metió el 1-1 ante Boca en la Bombonera y se dibujó la banda en diagonal. Fue expulsado junto a Centurión. A la noche, River cayó 1-0 ante Newell’s en el Parque, con un penal muy polémico sancionado por Trucco a Mayada y facturado por el verdugo infalible: Ignacio Scocco, 7º gol a River. Fue un muy mal partido y el equipo quedó a 10 puntos del líder.

El 27 de noviembre, Argentina obtuvo la Copa Davis por primera vez en la historia, y la gente en el Monumental gritó: “Dale, campeón” en el entretiempo del partido que River le ganó 1-0 a Huracán. Mora fue volante por derecha, y el gol lo metió Driussi a los 19’ del segundo tiempo. A la noche, Gallardo fue distinguido “por su caballerosidad deportiva” por la Asociación Argentina de Árbitros en su cena anual. “Es sumamente respetuoso y valora el aspecto humano por sobre el profesional”, señaló Federico Beligoy, secretario general de la AAA. El Muñeco también recibía

el reconocimiento de parte de un gremio con el que los entrenadores suelen sacarse chispas. “De jugador era calentón y protestaba, por eso me echaron varias veces. Pero ahora estoy más tranquilo y con mucho mejor trato con los árbitros”, se sinceraba el DT, quien luego se sacó una foto abrazado a Rodolfo D’Onofrio y a… Daniel Angelici. Lindo recuerdo.

Al día siguiente, Gustavo Alfaro, DT de Gimnasia, guardó 10 titulares frente a Unión por el campeonato, de cara a la semifinal de Copa Argentina ante River. “Vine por la gloria y estoy a 180 minutos de conseguirla. Gimnasia tiene las mismas chances de ganar que River”, declaró Alfaro, que ya había levantado esa Copa con Arsenal tres años antes.

El jueves 1º de diciembre, River le ganó 2-0 a Gimnasia, en San Juan, con goles de sus ases en el primer tiempo: Driussi (39’) y Alario (43’), otra vez con la camiseta labrunesca. Jugaron Martínez Quarta de segundo defensor central —con Maidana aún lesionado— y Olivera de tres; el resto, los titulares. River venía a los tumbos, pero volvió a dar el presente en una cita brava. Ganó con justicia, Driussi fue la figura. “Volvemos a estar en otra final, no es nada fácil, no es algo que se da todos los días”, valoró el Muñeco. Lo esperaba Rosario Central, que afrontaba su tercera final consecutiva de Copa Argentina, después de perder las anteriores ante Huracán y Boca. Para River, por su parte, significaba volver a verle la cara al verdugo de las últimas dos ediciones, ya que el Canalla lo había eliminado en 2014 y 2015 (ambas con Gallardo como DT).

El 4 de diciembre, con un equipo con muchos pibes y vestido de verde —en homenaje al Chapecoense, cuyo avión se había estrellado el 28 de noviembre—, River cayó por 1-0 en Avellaneda ante Independiente. El Muñeco alistó a Batalla; Mayada, Montiel, MQ, Olivera; Arzura, Rossi; Franco López, Matías Moya (neuquino, 18 años, debut), Mora y Larrondo. Luego entraron Driussi, el Pity y Andrade. Viruta Vera metió el 1-0 de palomita a los 26’ del segundo tiempo.

Se venía una semana tremenda: el domingo 11 enfrentaba a Boca, que peleaba por llegar a la punta, en el Monumental, y el jueves 15, a Rosario Central, en Córdoba, por la final de la Copa Argentina. La gran duda era si Gallardo reservaría titulares con Boca o no. “El partido más importante es con Central, pero quiero el combo completo”, manifestó el DT, apelando a sus habituales metáforas. “Tenemos una semanita bastante linda por delante, son los partidos que uno quiere jugar y vivir de una manera muy intensa”, agregó el Muñeco, quien realmente disfruta de la adrenalina de estas citas calientes. Si le dan a elegir, afrontaría este tipo de partidos todos los fines de semana.

Por esos días, Gallardo regaló un par de definiciones interesantes en entrevistas radiales y hasta dejó traslucir una posibilidad de salida de la que casi nadie se percató. Cuando le preguntaron por su influencia en el equipo, el DT dio en la tecla de lo que quizá sea el mayor mérito de este ciclo: “Los que entran a la cancha son los jugadores. Nosotros les bajamos un mensaje y siempre fuimos competitivos. Y eso es algo que no podemos perder, juegue quien juegue. Esa es la mentalidad que debe tener el jugador de River desde pendejo. Debe ser competitivo, que le guste ganar, que entre a la cancha y sepa que está jugando con la camiseta de River, y la camiseta de River tenés que hacerla valer, hacerla sentir y aprovechar los momentos”. Uno imagina al Muñeco, con los ojos inyectados de sangre, bajándoles ese discurso a los jugadores, ¡y cómo no salir a comerse la cancha!

Tras esa declaración de principios, dio una pista de qué le estaba pasando por la cabeza. La chance de irse, que nadie pescó: “La exigencia se la pone cada uno, y yo trato de ser lo más equilibrado posible porque me conozco. Si no salen las cosas, por ahí tengo alguna impresión de que exijo, exijo y exijo, y eso puede ser contraproducente. Y ahí reflexionás acerca de que no querés

llegar a un momento de incomodidad. Estar mucho tiempo en un lugar no sé qué tan bueno puede llegar a ser, sobre todo si la exigencia es permanente”. Eso le ocurrió al Muñeco en 2016, un año en que lo pasó muy mal, según él mismo me lo admitiría en 2017, cuando le propuse hacer este libro. Y ese “pasarla muy mal”, tal sus palabras textuales, derivó en un principio del deterioro en su relación con el plantel. Acá lo manifestaba claramente, pero como había dos partidos trascendentales por delante, nadie prestó demasiada atención.

El miércoles 7 de diciembre, mientras Iván Alonso continuaba entrenándose de manera diferenciada, como lo venía haciendo hacía dieciséis días, a Marcelo Larrondo se le realizó una nueva artroscopia en su rodilla. Ese mismo día, el Muñeco le regaló el saco gris con el que había ganado la Sudamericana 2014 a Eduardo Simonian, socio del club e integrante de la Comisión Directiva del Museo River, además de amigo del Muñeco. El saco fue directo a las vitrinas del Museo, donde reluce con la medalla colgada y hasta parece que tuviera movimiento, vida propia. En una época en que casi todos los futbolistas —y hasta periodistas— arman un museo en sus hogares para vanagloriarse ante los ocasionales visitantes, el DT de River es partidario de que ese saco tan emblemático, el de su primer título, el km 0 de una ruta plagada de vueltas olímpicas, el que acompañó esos días desangelados por la reciente muerte de su madre, se luzca en el museo, para que lo disfruten todos los hinchas. Gallardo es desprendido, les va regalando las cosas a su padre, a sus hijos, a sus amigos. Me lo confirmaría un tiempo después, a punto de subirnos al ascensor de su departamento.

En la práctica del sábado previa al clásico, Guillermo Sara se sacó el hombro, por lo que el día siguiente debutaría Axel Werner en el arco de Boca. Augusto Batalla también afrontaba su estreno en un súper. Por lo tanto, dos arqueros de 20 años disputarían su primer superclásico. Hasta aquí, los cuatro duelos Gallardo-Barros Schelotto habían terminado empatados: dos 1-

1 versus Lanús y dos 0-0 versus Boca. Esta vez, se rompería la paridad. Y con un tsunami de goles.

El domingo 11 de diciembre, Boca ganó 4-2 en el Monumental. Gallardo, al final, no guardó nada, aunque sí reguló con los cambios, porque además la temperatura era muy elevada: Batalla; Moreira, Maidana —que volvía tras cuarenta y cinco días—, Mina, Olivera; Nacho, Ponzio, Pity; D'Alessandro; Driussi y Alario. Boca se puso 1-0 por Bou a los 13' (error de Mina), y River lo dio vuelta con goles de Driussi (33') y Alario (39'). Al comienzo del segundo tiempo, River desperdició tres chances claras para sentenciar el partido (2 de Alario y 1 del Pity), a los 11' ingresó Iván Rossi por D'Alessandro, luego Mora por el Pity y Andrade por Driussi. Gallardo cuidaba a tres de sus jugadores más valiosos. Tevez empató a los 16' tras un grosero error de Batalla, que salió lejos y trabó flojito con el Apache; luego, el propio Tevez puso el 3-2 a los 35' con un derechazo al ángulo —ambos tantos los gritó mordiéndose el escudo de cara a la platea Belgrano—, y cerró Centurión a los 48' en la última contra. Guillermo celebró trepado a upa del arquero Werner. "River, decime que se siente", cantaron los jugadores en el centro del campo. "Que los chinos esperen seis meses más, hemos armado un equipo alrededor de él. Sabe bien que lo necesitamos", mandó el mensaje Guillermo ante los rumores de salida de Tevez. Mina fue el peor jugador del partido, y las críticas de la prensa apuntaron a Gallardo por haber sacado a D'Alessandro con el resultado a favor.

Esa noche, por la caída de Estudiantes ante San Martín de San Juan, Boca quedó primero en el campeonato, con 9 puntos de ventaja sobre River, mientras el Muñeco seguía sin poder vencer a su clásico rival en el ámbito doméstico: 3 empates y 3 caídas.

"Siempre que suceden cosas malas en lo deportivo, al otro día hay que apretar los dientes y darle para adelante. No nos vamos a esconder", dio la cara Ponzio. Fue la única voz que se escuchó de los futbolistas. La otra fue la

del entrenador. Después de explicar que ya estaba charlado con D'Alessandro que jugaría solo 60 minutos y de resaltar que se iba con bronca porque habían llegado más que el rival y no habían podido liquidarlo, el Muñeco puso el foco en lo que venía. Apuntó a cambiar la energía. Y así también se lo hizo saber a sus jugadores después de liberarlos hasta el día siguiente a las seis de la tarde, para que oxigenaran el bocho antes de meterse de lleno en la final con Central. "Lo importante en estas 48 horas es la recuperación anímica del equipo, y ahí vamos a trabajar, no es la primera vez que nos pasa esto en estos dos años y medio —recordó sobre situaciones similares—, y cuando el golpe es duro y parece que se desmorona todo, hay que sacar pecho, mirar para adelante y creer que lo mejor está por venir. Y lo mejor nos tiene de acá a cuatro días para jugar por un título." Siguió: "Mañana debo tener jugadores que quieran revancha. Este partido quedará en la estadística, pero el jueves tenemos la posibilidad de ganar un título, con el plus de clasificar a la Libertadores".

Los partidos son para las estadísticas, y las Copas, para las vitrinas. Con ese concepto central como eje de su discurso, como lo contaron luego varios futbolistas, logró revertir el estado emocional de su plantel. En la noche de ese domingo, enojado por los dardos que consideraba injustos, a Gallardo le saltó el petiso calentón que lleva adentro y escribió en el estado de su WhatsApp una de esas frases que con los años se reconocerán fácilmente como uno de los mojones de su ciclo: "Que la noticia no tape la historia".

Más allá del estado emocional del plantel, al cuerpo técnico de River también le preocupaban las molestias físicas de cuatro jugadores clave: Ponzio (rodilla), Driussi, Alario y el Pity (gemelos). ¿Llegarían a la final?

El lunes 12 de diciembre, Boca celebró en su estadio el día del hincha. Gago, Sara y Pablo Pérez aparecieron en fotos haciendo el gesto de los 4 dedos (goles). "Cuando me besaba el escudo, les miraba las caritas y disfrutaba, estaban todos callados", sacó pecho Tevez. Y luego, en nota con

su amigo Alejandro Fantino, dio una pista (falsa) sobre su futuro: “No puedo irme a China, ganar 40 palos y volver cuando el equipo esté clasificado para la Libertadores siguiente. Los hinchas de Boca no actuamos así, no somos así”. Fue exactamente lo que terminó haciendo: viajó a China, ganó 40 palos, y volvió en 2018 con el equipo clasificado para una nueva Copa Libertadores, después de no disputarla en 2017.

El martes 13, Teo Gutiérrez declaró que no le gritaría un gol a River en caso de convertir. No fue necesario poner a prueba la veracidad del anuncio. “Hubiera preferido otro rival”, se sinceró Coudet. El miércoles 14, Gallardo tomó una decisión muy difícil, de esas que reflejan su estilo de conducción: resolvió el ingreso de Lucas Martínez Quarta (con apenas 4 partidos en Primera) en reemplazo del ecuatoriano Arturo Mina. ¿Debió hablar mucho el Muñeco con el juvenil de 20 años recién cumplidos? “En la práctica lo mandé con los titulares sin demasiadas palabras —me detalló el DT—, para que no se le llenara la cabeza de preguntas, que fuera algo natural. ‘Jugá y después hablamos’, así venía la mano.” En realidad, no me dijo la palabra cabeza, sino otra que empieza con “c”, tiene cuatro letras y termina con “o”.

El jueves 15, River le ganó 4-3 una final dramática a Rosario Central, después de levantar dos veces el resultado, y no solo conquistó un trofeo inédito, sino que logró el pasaporte a la Libertadores 2017. Fue el sexto título del Muñeco en River.

El once lo integraron Batalla; Moreira, Maidana, MQ, Olivera; Nacho, Ponzio, Pity; D’Alessandro; Driussi y Alario. Es decir, el mismo equipo que venía de perder ante Boca, con el único cambio de MQ por Mina. Es decir, revancha para todos, menos para el futbolista al que veía muy flojo en relación con el resto. Mina había sido ofrecido en última instancia por la fallida recuperación de Lollo y porque River había vendido dos centrales en muy poco tiempo (Balanta y Mammana). Arrancó bien en el equipo por el envión ganador con que venía, pero con el correr de los partidos, el DT le fue

descubriendo las arrugas, notó que no hablaba, que se desconcentraba seguido, que por ahí miraba la pelota y no al rival que tenía detrás, que tardaba en reaccionar y, sobre todo, que estaba demasiado tiempo en el piso a pesar de su 1,90 metros de altura, que le ponían un poco el cuerpo y lo tiraban. No tenía ninguna queja, en cambio, respecto de su profesionalismo.

Alario metió de penal el 1-0 a los 10’ tras una falta que le cometieron a Nacho —especialista en pisar franco el área y dejarse caer ante un mínimo roce—, y empató Damián Musto a los 25’ después de cuerpear a Batalla, que otra vez salió blandito —Musto igual se la llevó con la mano tras la pérdida del arquero—. Cuatro minutos después, Marco Ruben anotó el 2-1 con una definición magistral (mal cierre de Olivera), y a los 39’ empató Alario, otra vez de penal (dudoso). A los 18’ del segundo tiempo, Ruben volvió a adelantar a Central llevándose la pelota por delante tras un rebote dado por Batalla y a los 25’, jugado por jugado, el Muñeco volvió a hacer gala de su cualidad de gran estratega: metió dos cambios a la vez. Afuera D’Alessandro y el Pity, nada menos, los generadores de fútbol; adentro Mora y Alonso, dos delanteros. Los dos uruguayos serían determinantes.

River pasó a jugar con 4 de punta: dos 9 de área para bajar lo que viniera (Alario y Alonso), más Driussi revoloteando, más Mora, que volanteó por la derecha. A los 26’ empató Alario tras asistencia de Alonso, y a los 29’ el propio Alonso convirtió el 4-3 tras un buen centro de Mora y una asistencia de cabeza de Alario. Infartante, lo dio vuelta en cuatro minutos. A los 36’ entró Arzura por Ponzio para aguantar el resultado y, aunque muchos quizá no lo recuerden, en la última jugada del partido, el guerrero Maidana salvó el empate arrojándose en el área para bloquear un disparo canalla, un clásico de Joni. De este modo, para la crítica especializada, en cuatro días, Gallardo pasó de ser un burro a un genio en el arte de hacer cambios en un equipo. ¡Qué rápido se aprende!

Con el pitazo final de Loustau, Alonso se arrodilló en el maltrecho césped

del Kempes tapándose las lágrimas con sus manos. No convertía desde mayo. “Durante toda la semana supe que haría un gol importante en este partido. El deporte y la vida siempre te dan revancha. Y cuando uno piensa que está de rodillas, a la vuelta de la esquina la vida te demuestra que es maravillosa”, se estremeció Alonso, con calidad hasta para expresarse. Hacía referencia a que en 2013, con 33 años, le habían detectado un problema en el corazón, debió parar seis meses e imaginó que ya no volvería a jugar.

“Fue la final más linda del mundo —empezó su descarga un emocionado Gallardo en el campo de juego, de camisa negra, sin saber que casi dos años más tarde lo esperaría otra final del mundo aun más linda—. Supimos jugar el partido con un montón de dificultades y, cuando parecía que no había respuestas, una vez más volvimos a demostrar lo que los hinchas de River vinieron a ver del equipo.” Le mencionaron las críticas de los días anteriores, la noticia tapando la historia. “No me importa nada de lo que hayan dicho, otra vez teníamos la posibilidad de jugar una final, y yo no iba a entrar en la pavada ni en la desorientación. No es fácil llegar a finales y, menos, ganarlas. Le quiero agradecer a toda la gente que confió en nosotros, a los hinchas de River por creer siempre en el equipo, que hoy le volvió a dar una alegría”, balbuceó, ya con un hilo de voz, a punto de quebrarse, seguramente sintiendo lo que solo él y su representante Juanito Berros sabían, por haberlo conversado en los últimos días: que esa era la última vuelta olímpica como DT de su querido River.

Un rato después, ya un poco más sereno, con la medalla de campeón en su mano izquierda, pasando y acariciando la cinta entre sus dedos, y con una birome en su mano derecha, el Muñeco desgranó la bronca que debió procesar en esos días y dio una pista más firme que la anterior en relación con su futuro.

“Se los dije a los jugadores: no podemos claudicar, en una final no podemos claudicar. Logramos sostenernos con muchísima templanza en el

partido, más allá de los errores, y ganamos una final que significaba muchísimo no solo para nosotros, que lo habíamos planteado como uno de los objetivos principales del semestre, sino para muchísimos equipos. Esta Copa era casi una obsesión, porque iba a marcar el destino de River en 2017, y creo que lo entendimos perfectamente, supimos enfocarnos y el trabajo está cumplido. Fue una final de lujo y será recordada por mucho tiempo”, arrancó, utilizando la palabra que más repetiría en la conferencia: “claudicar”. “Las finales se juegan a no bajar los brazos, a ser fuertes mentalmente, hubo altibajos y no claudicamos nunca, por eso también el reconocimiento hacia mis jugadores y haber sentido que no nos íbamos a quebrar.” Y siguió abriendo su corazón: “Reconozco que en estos últimos días he estado masticando mucha bronca y mucho veneno, y hoy ese veneno es placentero, porque el fútbol te da revancha. Te podés equivocar, el tema es poder resistir, poder levantarte, poder volver a tomar decisiones”. Sin saberlo, diseccionaba el concepto de resiliencia, muy trabajado por la psicología deportiva. Y ahí nomás, el DT no frenó: “Acepto la crítica que es para crecer, pero la crítica malintencionada, muchachos, hace que uno revea un montón de situaciones”. Rever un montón de situaciones.

Las camisetas del festejo de ocasión tenían la leyenda “Campeón Copa Argentina. Pasaporte al día”, una referencia clara al objetivo logrado de entrar a la Libertadores 2017 y a la promesa incumplida de Daniel Angelici de ganarla —en este caso, además, ni siquiera de poder disputarla—. Coudet renunció en el vestuario y 6 futbolistas de River festejaron su asistencia perfecta en esta conquista: Batalla y Moreira —con la totalidad de los minutos en cancha—, Ponzio, el Pity, Driussi y Alario (goleador de la Copa con 7 gritos). River no necesitó de ninguna definición por penales para alzar el trofeo.

A la mañana siguiente (viernes 16), crucé unos mensajes por WhatsApp con Buján y Biscay para felicitarlos e invitarlos para salir a la tarde en

Cadena 3 de Córdoba, la radio en la que trabajo, y de la que Buján es fiel oyente, porque el segundo club en su escala de afectos es Instituto y porque suele veranear todos los años en Villa Carlos Paz. “¡Qué alegría, Diego, las mejores vacaciones en Córdoba que pueda haber soñado, ja ja! ¡Y vamos por más! Abrazo grande”, me respondió. Ese “vamos por más” de Buján marcaba a las claras que ni se le cruzó por la cabeza que podía estar terminando el ciclo. Es más, me dio el OK para salir a la tarde en la radio.

“¡Gracias Diego! Lo ganamos a la uruguaya, fuimos al área con los tanques y adentro”, me contestó Biscay. Y también me dio el OK para salir en la radio. Mi idea era cruzar en un diálogo a los dos colaboradores más cercanos del Muñeco. No pude hacerlo.

Pasado el mediodía de ese viernes, con el plantel a punto de regresar a Buenos Aires, Emiliano Raggi, de Fox, llegó a hacerle un par de preguntas al Muñeco, subiéndose al avión. Y así, de la nada, de modo inesperado porque no hubo pregunta vinculada a su futuro, el DT arrojó la bomba: “Tengo un gran compromiso con el club y con el presidente, que me bancó siempre. Esto no significa que vaya a especular, sino que simplemente me quiero tomar unos días para pensar y reflexionar”. Perdón. “Voy a reflexionar a ver qué hago. Quiero detenerme a pensar si estoy para el desgaste de otra Libertadores y tengo que ver qué es lo que tenemos para ir en búsqueda del desafío.” Bombazo. Gallardo se subió al avión, y los periodistas de *90 Minutos*, como un reflejo de todos los hinchas que escuchaban la entrevista telefónica, se quedaron boquiabiertos, pasmados. Allí mismo comenzó una cuenta regresiva de seis días que tuvo a la comunidad riverplatense en estado de angustia, suspenso y súplica permanentes. Nunca Gallardo había estado —ni estaría— tan cerca de finalizar su ciclo en River.

El sábado, mientras el equipo practicaba en Ezeiza para cerrar el año ante Olimpo, Gallardo y D’Onofrio estuvieron dos horas charlando en la oficina que el DT tiene en el primer piso. La conversación duró todo el

entrenamiento, un modo de mostrar, también, que desde allí arriba, a control remoto, el Muñeco podía manejar todo, porque tiene un excelente equipo de trabajo con el que se entiende de memoria. El presidente no tocó el tema de la continuidad, sabía que lo tenía prohibido. A fin de año, con todas las piezas otra vez en su lugar, D'Onofrio admitiría en nota con *Olé*: "Por primera vez, ese sábado me fui del predio de Ezeiza con la sensación de que Marcelo podía estar pensando en irse. Me habló de su cansancio y su agotamiento".

En esos días, los hinchas perseguían señales de todo tipo y color vinculadas al DT. El domingo a la mañana, Máximo Gallardo, el padre de la criatura, posteó en su Facebook una foto de un chico de espalda con una bolsa al hombro y la leyenda: "Me despedí sabiendo que no quería irme". Unas horas después, lo borró.

Faltaba cerrar el año con la última fecha del campeonato antes del receso y se presentaba una particular coincidencia en los dos clubes más populares del país: sus máximos símbolos, Carlos Tevez y Marcelo Gallardo, definían por esas horas su futuro.

El domingo 18 de diciembre, por la tarde, Boca le ganó 4-1 a Colón y terminó el año en la cima de la tabla. Mientras la Bombonera le rogaba a Tevez (autor de un gol) que no se fuera, Guillermo sacaba al Apache antes del final para hacerle sentir la ovación y tratar de influir en su determinación. Tevez no dio notas para la tele en el campo de juego, como lo hacía habitualmente, pero sí habló el Mellizo: "Lo esperamos en enero". Más tarde, River cerró 2016 ganándole 2-1 a Olimpo en Bahía Blanca, con goles de Alario y Driussi, que llegaban a 14 y 13 en el semestre, respectivamente. Entre los dos sumaban 27 de los 37 goles del equipo (73%). Para su partido 136 como DT de River —que podía ser el último—, Gallardo les dio vacaciones a Batalla, D'Alessandro, Ponzio, Mina y Alonso. Debutó oficialmente Bologna. Al terminar el partido, el Muñeco se quedó parado al costado de la manga, con la mano en la pera, observando cómo festejaban sus

jugadores. Se dio un abrazo con el Pity, saludó levantando los brazos a los “neutrales”, que de golpe se enamoraron de él y le suplicaban que no se marchara. Y luego habló con los medios en la zona mixta.

“No dije ni que me iba ni que no me iba, dije que iba a analizarlo. Necesito un poquito de descanso, tener cuatro o cinco días para pensar. Voy a hacer un balance entre todo lo que pasó y todo lo que viene y después se los comunicaré a Rodolfo y a Enzo”, afirmó sin titubear el DT. “Después de dos años y medio de muchísima intensidad es el primer planteo que me voy a hacer”, pasó en limpio. Y cuando lo consultaron por las manifestaciones de los hinchas, debió cortar la respuesta porque no quería quebrarse en público: “Que los hinchas sepan que les agradezco muchísimo, de todo corazón, el cariño y el afecto que me demuestran, y que yo siento lo mismo por ellos”.

Al día siguiente, Gallardo, Francescoli y el cuerpo técnico participaron del partido subastado en la cena de la Fundación. El Muñeco no se escondió. Tenía suficientes razones para hacerlo; todos los reflectores le apuntaban. Ya se había terminado el fútbol, la noticia era si River seguía teniendo DT o no. Pero el Muñeco volvió a demostrar su singularidad: él mismo había subastado el partido unos meses antes —consiguió que pagaran 900 mil pesos—, así que dio el presente. Eso demuestra su compromiso. Jugó con pechera naranja al lado de Enzo, Ortega, Rivarola y el propio presidente. “Marcelo no tomó una decisión, ojalá pudiera estar acá toda la vida, como Ferguson o Wenger. Me encantaría que se quedara porque sé lo que es, pero si se tiene que ir, no le debe nada a nadie, puso al club en una situación de privilegio”, declaró Francescoli, más perdido que Trump en el día del amigo, como abriendo el paraguas.

Lunes, martes y miércoles hasta el mediodía, instante en que el propio Gallardo anunció su continuidad en conferencia de prensa, fueron días frenéticos. Como no quería molestar a Marcelo —y tampoco me lo iba a decir a mí—, fui testeando a los colaboradores para saber cuál creían que

sería el desenlace. A Juanito Berros le mencioné mi cruce de mensajes por WhatsApp con Buján y Biscay del viernes, para remarcarle que ellos no estaban al tanto de nada.

—Es un tema que estábamos charlando hace unos veinte días, pero Marcelo no quería distraer al cuerpo técnico de los objetivos —me reconoció.

Berros era el único que realmente conocía el cuadro de situación antes de que Gallardo lanzara la bomba.

El martes 20 le escribí a Jorge Bombicino, amigo y especie de hermano mayor del Muñeco, con el que compartió varias vacaciones en Punta del Este. Estaba tan perdido como todos.

—Vos que lo conocés bien, ¿se queda? —le pregunté.

—Ni idea, a veces pienso que se queda, otras que no. Yo le dije que decidiera por lo que lo haga feliz.

Seguí con Biscay.

—¿Qué pálpito, Matías? Me da la sensación de que se va a quedar —le escribí.

—Mmmmmmmmmm… Solo él sabe qué quiere hacer —fue su respuesta, con sensación térmica de salida.

Luego fue el turno de Matías Patanian.

—Hola, vice, ¿qué pálpito? A mí me da la sensación de que sigue, ¿a vos? Te pregunto en *off* total.

—Ídem —fue su respuesta, con sensación térmica de continuidad.

A Matías Ghirlanda, encargado de prensa, siempre muy observador pero a la vez extremadamente silencioso, le mandé el mensaje para ver qué señales había percibido en esos días.

—Para mí se queda, acordate —fue mi mensaje el lunes.

—Juro que estoy desconcertado. Hace tres semanas que le analizo hasta los silencios. Aun así, no tengo certezas. Que sea lo mejor para él —me respondió.

En síntesis: había una confusión total. Noté que nadie realmente sabía cuál sería la decisión. De pronto, el miércoles 21 por la mañana, cuando supuestamente Gallardo estaba por irse unos días a Punta del Este a relajarse, pensar y terminar de definir la situación, corrió el rumor de que a las doce habría una conferencia de prensa en River. Y que allí se anunciaría el final del ciclo. Ni siquiera se sabía si estaría el Muñeco o no. En las redes sociales avanzaba el desánimo entre los hinchas de River. A las 9:21 le escribí a uno de los colaboradores, que a esa altura ya debía estar al tanto de todo.

—Marcelo habla a las doce, parece —tiré la caña.

—Va a seguir, creo —me contestó, con ese "creo" para aliviar cierta culpa de revelarme el final de la película antes de que la contara el protagonista, y me di cuenta de que ese colaborador había hablado con el DT.

No tuve dudas, por eso escribí enseguida el siguiente tuit: "La lógica es dar una conferencia para anunciar su salida. Pero Gallardo hace tiempo rompe la lógica. Sigo creyendo que sigue". Tampoco quise dar la certeza, aunque estaba seguro, ahora sí, para no traicionar a mi fuente.

"Hay alguien muriendo de nervios, Gallardo, por favor, que se me muere el Chino", tuiteó Guchi Caniglia, mujer de Martínez Quarta, acompañando una foto del defensor mirando la TV.

De camisa blanca, con una sonrisa y la postura corporal con la que irradia esa seguridad y ese liderazgo que lo caracterizan, Gallardo se sentó y escuchó la primera pregunta de Emiliano Raggi, el mismo periodista con el que había abierto las puertas de la incertidumbre total. Ahora tocaba cerrarlas. La pregunta era si seguía o no.

—Sí, justamente, les agradezco primero que nada por venir, eh, entiendo que había un motivo y yo mismo tenía un motivo para comunicar no solamente… no han sido fáciles para mí estos días, ehhhh, porque hace veinte días más o menos venía evaluando la posibilidad de que después de terminada la final de la Copa Argentina, eh, venía evaluando precisamente de

dar un paso al costado, de poder parar un poco la pelota, reflexionar sobre mi persona… —arrancó el Muñeco, y todo parecía guionado por el mejor Hitchcock, porque no decía nada, no redondeaba, incluso todo olía más a renuncia que a otra cosa— y gracias a que tuve unos días para reflexionar, gracias a que me ayudaron también a reflexionar, hoy puedo decir, eh, lo que le acabé de comunicar al presidente y a Enzo, que voy a seguir un año más.

Puffff. Fue un minuto y medio interminable para el hincha de River, desde que arrancó hasta que dijo las palabras mágicas “seguir un año más”. Luego se abrió de manera no habitual. Siempre son muy interesantes las conferencias de Gallardo, pero en esta oportunidad tuvo un tamiz diferente, muy humano.

—Es lo que me dicta el corazón, lo que siento, lo que realmente quiero, y más allá de haberme sentido en estos últimos meses cansado, agotado, me parece que son cosas normales. Somos humanos y a veces vivimos esto con una adrenalina muy grande, con una carga inmensa. Necesitaba estos días para ver lo que quería, y más allá de la impaciencia, cometí un error, justamente el viernes, haber dicho que iba a tomarme unos días para reflexionar. Eso no lo tendría que haber dicho, uno por ser natural o espontáneo dice algunas cosas y no piensa en la repercusión que podrían llegar a tener. Pero en esa confusión sentí el amor del hincha de River de una manera incondicional, eso también ayudó, no porque no lo sintiera antes, sino porque no podía desprenderme de un vínculo tan fuerte, con el hincha, con esta dirigencia y con esta institución, con la que siento que soy feliz, más allá de los cansancios normales que uno vive en la reconstrucción permanente de las exigencias de un club como River. Y bueno, era eso lo que quería comunicar. Lo único que les pedí al presidente y a Enzo es que quiero tomarme vacaciones en estos diez días, que no me molesten, para volver con la energía suficiente para encarar este año que va a ser muy lindo a todo nivel.

En ese primer monólogo de 4’20”, el Muñeco sintetizó con maestría lo que sintió, lo que pensó y hasta en lo que se equivocó. Y luego continuó, casi como si estuviera en una sesión abierta de terapia: “Miro alrededor y veo que está bastante mal todo, y eso me hace reflexionar. Soy reflexivo y soy sanguíneo, muchas veces tomo decisiones con el corazón, pero soy reflexivo también, por eso estos últimos días… —cambia y acentúa— gracias a Dios que me tomé estos días para reflexionar, sino el viernes posiblemente hubiese cometido un error y dicho que no seguía”. Es decir, el Gallardo sanguíneo estuvo a punto de patear el tablero, pero el Gallardo reflexivo terminó imponiéndose. El de camisa blanca le ganó al de camisa negra. La hinchada ya debería patentar un nuevo cantito: “Muñeeeeco Reflexiiiiivo”. O algo así.

—Es un año más porque termina tu contrato, pero ¿el hincha de River se puede ilusionar? —empezó a preguntar con su tono de voz fuerte y extemporáneo Sebastián Srur, de Radio Continental, quien suele generarle al Muñeco reacciones muy particulares, siempre con buena onda.

—Te impacientás, fijate vos que hace 24 horas, y encima dormí poco anoche, entonces me cuesta —gesticula con las manos—, estaba viendo de seguir o no, y vos me estás llevando a un año más —se rio el Muñeco, y unos cuantos no tuvieron más opción que seguirlo.

En la conferencia, que duró 31 minutos, el DT nombró cinco veces la palabra “histeria” y dejó un puñado de frases salientes (es complicado editar sus conferencias, porque tienen poco material desechable).

- “Mi relación con los futbolistas es muy buena. Es otro campeonato ganado. En dos años y medio hemos mantenido una manera de comportarnos y un perfil que es siempre el mismo, no hemos salido de la línea. En un club como River, que no haya un problema en dos años y medio es otra de las satisfacciones personales que tengo con este grupo de jugadores que me ha tocado dirigir.”

- “Estoy contento y feliz porque tomé la decisión acertada. No me asusta reinventar equipos, me gustan esos desafíos, me hacen sentir vivo y con las energías suficientes para adaptarme a los cambios que te genera.”
- “Me quedo para redoblar apuestas, no tiene sentido estar por estar, y la apuesta seguirá siendo ser competitivo. No sé si siempre vamos a poder ganar, pero por lo menos lo vamos a intentar.”

Tras pronunciar su última frase, se levantó, tomó un sorbo de agua, enfiló para los cortinados del auditorio, como hace siempre, y cuando los periodistas comenzaban a juntar sus petates, el Muñeco volvió sobre sus pasos, agarró el micrófono decidido, y a muchos se les detuvo el corazón. ¿Había sido, acaso, una joda por el día de los inocentes? No era 28 de diciembre.

—Felicidades para todos y buen año, eh, que lo pasen muy bien y que tengan un mejor 2017, chau —se despidió, con una sonrisa pícara, seguramente porque vio la cara de pánico de algunos presentes. Pero no lo hizo para molestar, simplemente es un muchacho respetuoso y se había olvidado de saludar. Apenas eso.

“Papá Noel es colorado y blanco, es de River. De eso no cabe ningún tipo de dudas”, se entusiasmó D’Onofrio con la buena nueva.

—¡Vamosssss! Estaba mejor mi intuición que la tuya —whatsapeé a Biscay unos minutos después de la conferencia.

—Hubo un cambio de planes, creo.

También le escribí algo similar a Buján. “Un año más, diría José Vélez”, contestó el Pollo, siempre chispeante en sus salidas, denotando también un dudoso gusto musical.

Por la noche, para redondear una jornada feliz para los riverplatenses, como un guiño a la decisión del DT, el sorteo de la Copa Libertadores le deparó un grupo sin cucos: Deportivo Independiente Medellín (Colombia),

Emelec (Ecuador) y Melgar (Perú). El día siguiente, jueves 22, se casó Tevez. En realidad, empezó su casamiento, que se prolongó por cuatro días y que tuvo como invitados, entre otros, no solo al presidente de Boca (Angelici), sino también al de la AFA (Tapia) y al del país (Macri). Ese día llegó una oferta de China por Ponzio, y el capitán de River la desechó.

El 27 de diciembre, Fernando Cavenaghi anunció su retiro del fútbol y, un día después, Tevez apareció en un video, filmado unos días antes, con una camiseta del Shanghai Shenhua. Un ídolo se quedaba; el otro se iba. El hincha de River, de este modo, despedía el 2016 de manera inmejorable, con una cuádruple sonrisa: título nuevo, pasaporte a la Libertadores, continuidad del DT y despecho en la vereda de enfrente.

Aquí no termina este capítulo, aunque lo parezca, porque en la búsqueda de entender qué era lo que había llevado a Gallardo a estar a un solo clic de finalizar un ciclo al que aún le quedaban varias proezas por cumplir, indagué entre algunas personas de su entorno y hasta con él mismo.

En una de las charlas que mantuvimos en 2017, el propio Marcelo me admitió que estuvo a casi nada del adiós la noche misma de la celebración del título, en el hotel Sheraton de Córdoba capital. “Lo vi tan feliz al presi, que no le quise arruinar la noche”, me contó. “Fue una sucesión de cosas, no un hecho puntual, estaba muy cansado —lo radiografió uno de los que mejor le saca la ficha—. Había exigido bastante, tenía al grupo a punto de explotar, andaba seguido con cara de culo y los del cuerpo técnico le pedían que aflojara. El equipo empezó a andar mal, Marcelo sentía que no podía exigirles y, si no lo hacía, sentía que no era él. Para Marcelo, los entrenamientos son como los partidos. El que no entiende eso, no puede jugar en River. Y había muchos que no podían ya, en aquel momento, a diferencia de Maidana, que sí deja todo en los entrenamientos.” Esta misma persona que lo conoce a fondo,

termina de describir la autoexigencia gallardista de un modo brutal: “Marcelo es de los que piensan que no sirve festejar. Que festejar te distrae del objetivo de ganar el siguiente partido. Que festejar un título es empezar a perder el siguiente. Su criterio es que se festeje un año después, que se lo recuerde con una sonrisa y punto. Es jodido, si no puede disfrutar un poco, es jodido”. Sin embargo, alguna lección le había dejado este año: el 23 de diciembre de 2018 se lo vería disfrutar a pleno en un Monumental a reventar.

A su modo, el propio Gallardo me argumentó sus pensamientos, en octubre de 2017, en nuestra cuarta charla para este libro.

—¿Qué terminó inclinando la balanza para que siguieras en 2017? —le pregunté.

—Fue por lo mismo que no tenía ganas de seguir —se rio con ganas, después de pensar unos segundos—. ¿Por qué no pude disfrutar del año pasado año, yo?

—Por tu sobreexigencia.

—Exacto. Y entonces, me dije: “Si no pude disfrutar, lo que tengo que hacer es disfrutar, ¿no?”. Estaba a punto de irme por haberme desgastado y no disfrutado. ¿Por qué me quedé? Porque decidí disfrutar. No tenía yo una aspiración inmediata de irme a dirigir a otro país, nunca lo pensé por ese lado, más allá de que había alguna posibilidad, no la evaluaba. Era algo conmigo.

—Este año (2017) estás disfrutando más…

—Sí, porque en el momento en que me dije: “Voy a disfrutar más”, me preparé para eso, eh, y la verdad que lo encaré así. Por eso viajamos con los chicos (Biscay y Buján) a Paraguay y a Chile a ver un poco de fútbol antes de que arrancara el campeonato. También bajar al terreno está bueno. Si tengo ganas de ir a ver tres partidos de fútbol a Uruguay, voy yo, no mando gente, porque tengo ganas de hacerlo, eso es bajar al terreno. Además, la mirada de uno es muy personal, entonces ves cosas que quizá los demás no vean.

—Antes, si tenías ganas, ¿no ibas?

—Y… no, porque uno trata de no exponerse. Vos fijate todo lo que se generó a partir de que estuve en Chile y Paraguay, la cantidad de nombres que se tiraron, contra eso no se puede hacer nada. Pero si tengo ganas de ir a ver tres partidos a Paraguay, voy y los miro. Lo tomo también como parte de nuestro camino. Aparte de salir un poco del entorno, ir a ver en vivo a dos o tres pibes que teníamos en la grilla de seguimiento es parte del trabajo. A este chico Jesús Medina, que sonó hace poco en Boca, lo veníamos siguiendo hace un año.

—¿Cuántos jugadores tienen en esa grilla de seguimiento? —aprovecho y salgo un poco del tema principal para entender aspectos de la metodología de trabajo.

—Podemos tener 30 o 40, pero en realidad los que vemos como proyección no son más de 6 o 7. No todos son posibilidades concretas, vemos opciones de acuerdo con los puestos que necesitamos, los jugadores que están en proyección, los que tienen actualidad, algunos jugadores que están en Europa y que tendrían chances de pegar la vuelta, no es que solo observamos juveniles.

—Volvamos a los días en que tomaste la decisión de seguir en River, ¿te encerraste en una habitación para pensar tranquilo, qué hacías?

—Estuve en mi casa, hacía las cosas rutinarias, como acompañar a los chicos a la casa de un amigo, que esto, que lo otro, y a la noche sí, ahí daba vueltas con lo que me estaba pasando y tuve dos o tres noches en vela, dormí muy poco.

—¿Te ibas de la pieza?

—Sí, sí.

—¿Alejandra opinaba?

—No, porque no quería entrometerse en algo que yo sentía.

—Qué suerte que seguiste…

—Sí, creo que fue una buena decisión, Diego, porque más allá de este quilombo que tuvimos que pasar con el tema del *doping*, que fue inesperado, lo demás fue una buena decisión: el equipo jugó muy bien, lo disfruté, ganamos un partidazo en la Bombonera, estamos en la semifinal de la Libertadores… Fue una buena decisión, sí, una muy buena decisión.

Método, herramientas y conceptos

El que sigue es un capítulo de contenido esencialmente futbolero y metodológico, que intenta explicar los fundamentos que Gallardo y sus colaboradores le imprimen al equipo y qué herramientas utilizan para lograrlo, los caballitos de batalla del DT, los conceptos sobre los que más hace hincapié, su modo de ejercer el liderazgo y llevar al campo de juego lo que pretende. Fue elaborado sobre la base de testimonios de sus ayudantes y también de algunos futbolistas, y complementa lo que el propio Marcelo deja en diferentes pasajes del libro, como en el capítulo 5 (2017. Segundo semestre), cuando se refiere al exigente sistema de entrenamientos que implementaron.

PRESIÓN ALTA. Fue el signo distintivo de su primer equipo, en 2014, lo que más sorprendió a rivales y espectadores: que recuperara tan arriba, con Mora como primer eslabón de esa presión. Hoy es Borré el que ocupa ese rol. Requiere de mucho trabajo y de una gran exigencia para sostenerlo. No es fácil lograrlo con continuidad, porque demanda un importante esfuerzo físico y mental para jugar, sobre todo sin pelota. El jugador de fútbol en general tiende a reservar sus energías para cuando le llega la pelota, quiere estar fresco para mostrarse al recibirla, y si no le llega, la voluntad de hacer los esfuerzos baja mucho. Depende también de las características de cada jugador.

ESQUEMAS TÁCTICOS. No se aferra a ninguno y ha ido cambiando. Un ejemplo de su versatilidad se vio en la Copa Libertadores 2018, en la que utilizó 7 esquemas diferentes de inicio en los 8 partidos mata-mata. Solo repitió una vez. Veamos. Racing en la ida: 4-3-3, con el Pity de falso 9 y con Pratto y Scocco por las bandas para tapar los receptores en la salida y obligar al rival a tirar pelotazos. Racing en la vuelta: 4-3-1-2, con Juanfer de enganche —Pity estaba lesionado—. Independiente ida: 4-2-2-2, con Pity de interior izquierdo y Juanfer de interior por derecha, cerrándose ambos para que pasaran Montiel y Casco por los costados. Independiente vuelta: 4-3-3, con Borré, Scocco y Pratto arriba, 3 delanteros para encarar mano a mano a los centrales del Rojo. Gremio ida: 4-4-2, con Pity bien abierto sobre la izquierda y Juanfer haciendo lo mismo sobre la derecha, con Ponzio y Palacios como doble cinco. Gremio vuelta: 4-3-1-2, con Juanfer de enganche y sin el Pity, igual que la vuelta contra Racing. Boca ida: defensa de 3 para cubrir el ancho de la cancha cuando River atacaba, con Montiel y Casco como laterales volantes llegando mucho al área rival y con Pity y Palacios de interiores. Boca vuelta: 4-2-3-1, con 5 volantes y solo Pratto de punta, porque Borré estaba suspendido. Luego entró Juanfer por Ponzio y fue 4-1-4-1.

MENTALIDAD e INTELIGENCIA. Pueden mutar los sistemas tácticos, las estrategias y los nombres, pero lo que nunca dejará de tener presente Gallardo como requisitos clave, y por lo tanto se los exigirá a sus jugadores, son mentalidad e inteligencia. Para el DT es fundamental que el jugador lea lo que va a pasar en la jugada, que se anticipe, como era él cuando jugaba. Les pide estar un segundo adelantado, lo considera un factor determinante. Eso no cambió con el correr de los años, es un requisito con el que machaca permanentemente. Saber lo que puede hacer el rival y el compañero, los dos, para ganar un tiempo. Es uno de los factores que determina la mentalidad del equipo, una característica que el DT siempre destaca de sus equipos en

público: mentalidad. Le molesta mucho cuando un jugador arranca un segundo tarde. En cualquier función. Por ejemplo, si el rival está por hacer un cambio de frente, el lateral del lado opuesto ya debe estar corriendo para encimar al volante que viene por su lado, no puede esperar a que caiga la pelota para salir. Reaccionar tardíamente, para Gallardo es un error más grave que uno técnico —que le rebote la pelota, que le pegue mordido—. Las deficiencias de este tipo lo hacen enojar mucho. En todo lo relacionado con lo mental es bastante menos permisivo que con otros déficits.

RESOLUCIÓN. Es otra de las acciones con las que insiste permanentemente. Le molesta mucho el jugador que no resuelve. O que no interpreta el juego. Interpretar es un verbo que repite bastante. Por ejemplo, si el lateral derecho enfrenta a un extremo que es derecho, debe darse cuenta de que lo más probable sea que enganche hacia adentro. Si justo hay un cambio en el equipo rival durante el partido y no estaba charlado de antes, el lateral debe darse cuenta en el momento y resolverlo por sí solo. Que un jugador no se dé cuenta de ese tipo de cosas lo pone muy nervioso. Gallardo se caracterizó por ver la jugada y las cosas antes que el resto, fue un jugador muy inteligente, y pone la vara alta. De afuera, encima, ve el doble, y tiene el doble de exigencia.

INTENSIDAD y AGRESIVIDAD. Son dos conceptos similares y vinculados entre sí. Hablamos de la agresividad bien entendida, no de pegar patadas ni codazos. Gabriel Mercado, por citar un ejemplo, técnicamente no era un jugador muy dotado, pero se sostuvo con una gran agresividad. A Gallardo lo enerva que el jugador camine, que no se anticipe, que arranque después, que no presione. Estos requerimientos se aplican también para encarar. Con y sin pelota. No se puede acompañar en el uno contra uno ni ir a presionar al trote ni regresar a media máquina. El Muñeco pretende que sus

jugadores impongan la intensidad para ir a recuperar, que se note que quieren robar la pelota. Y luego, cuando se tiene la pelota, imponer el ritmo sobre el otro equipo.

VERTICALIDAD. Ser expeditivo en ataque. River es el equipo con mayor posesión en la Superliga —junto a Vélez—, pero el DT pretende que se recupere y no se pase la pelota por pasarla, quiere que le apunten a los ojos del rival de entrada. La jugada del 1-0 a Racing por la Copa es una síntesis perfecta de lo que pregona: recuperación alta, con Casco y Montiel agrediendo con los movimientos, atacando ellos al espacio, picando, con triangulaciones y movilidad de sus compañeros. Picar y picar es otra cosa que les pide siempre. Para atacar y defender. Romper líneas todo el tiempo. Picar requiere de agresividad e intensidad, y se llega a eso mediante la mentalidad. Al fin de cuentas, todos los conceptos se relacionan entre sí. El jugador pasivo, el que va a media agua, tendrá pocas chances de sostenerse en el equipo.

ESTRATEGIA. Es uno de sus grandes atributos. Gallardo analiza virtudes y defectos del rival y anticipa cuáles serán las claves del partido. Casi siempre acierta. Sus colaboradores más cercanos siguen sorprendiéndose de esa cualidad, cuando ven que en la cancha ocurre lo que había imaginado el DT en la semana. Por ahí dice: “Vamos a dejarlos salir por este lado porque este tipo tiene tal y cual déficit”; “Vamos a volcar todo el equipo para allá; los vamos a dejar venir un poco; les vamos a mandar a este volante”. Se detiene mucho en analizar por dónde hacer daño, en la debilidad del rival. Le encanta planificar los partidos, diseñar una estrategia para cada ocasión. Y no suele repetirse demasiado. Puede ir viéndolo durante la semana, o también aparecer el primer día y decir: “A estos les vamos a jugar así”. También hace el ejercicio de ponerse en la cabeza del otro entrenador. Ve sus ruedas de

prensa, lee entrelíneas y también sobre esa base prepara la estrategia. Es muy perceptivo y un gran intuitivo.

COMUNICACIÓN. Está siempre informado por sí mismo, pero también puede pedirle al encargado de prensa que le diga si hay algún tema en especial por donde puedan venir las preguntas en determinada conferencia. Está preparado y no dice nada por decir, cada frase tiene un porqué, un motivo. A diferencia de la mayoría de jugadores y entrenadores que lo pasan mal en las conferencias, para Gallardo no son un problema y las resuelve con naturalidad. Se siente cómodo en ese lugar.

CORRECCIONES. Marcelo y sus colaboradores trabajan todo el tiempo sobre los déficits que notan en el partido anterior. Al día siguiente, todos tienen los 90 minutos editados por Nahuel Hidalgo, el videoanalista, diseccionado por jugador y por situaciones. Ejemplos: pueden notar que los mediocampistas o defensores no están quitando balones en duelos individuales y entonces se trabaja sobre eso. O que a algún delantero le está costando definir. Tienen charlas con el jugador y trabajan para cambiarlo. Suelen apoyarse en videos y no siempre hay que recurrir a un Luis Suárez, existen también ejemplos más terrenales, como el Morro García, que hace tirar al arquero al piso y luego la pica. Todo el cuerpo técnico trabaja mucho sobre la corrección con ejemplos puntuales sostenidos en imágenes.

EJERCICIOS. Se trabaja mucho con las ruedas de pase, con diferentes formas geométricas para simular situaciones de juego: rombo, cuadrado, triángulo, desvíos para afuera, o se reproducen salidas desde el fondo. Hay “locos” lúdicos, recreativos, que a los jugadores les encantan. Se arma cuando arranca la mañana: les cuentan hasta 20 toques a los de adentro, y si no interceptan, viene el castigo de patadas en el trasero —hay variantes para

hacerlo de primera o a dos toques, u otras—. Y luego está el “loco” propuesto por el cuerpo técnico, con un sentido posicional, de desmarque y de controles orientados. Los de adentro, los que buscan la pelota, trabajan la presión organizada.

EL PASE. Lo más difícil en el fútbol es tener precisión en velocidad. Para lograrla es muy importante la movilidad, la fuerza del pase y los controles orientados. Cuanto mayor grado de complejidad tiene un ejercicio en la práctica, más fácil es luego la resolución en los partidos.

TRIÁNGULOS. Son fundamentales para darles alternativas de pase a los compañeros. Hay un punta de lanza y dos apoyos. El punta de lanza baja y pasa a ser apoyo, y el apoyo sube y pasa a ser la referencia, depende el momento. En el último tiempo, los triángulos se armaron mucho con Casco, Palacios y el Pity por izquierda y Montiel, Nacho Fernández y Pratto por derecha —o con Juanfer—, con Borré adentro. Otra vez usamos el gol de Pratto a Racing porque allí se nota clarito la funcionalidad de las triangulaciones por ambas bandas.

CANCHA MOJADA. A esta altura lo hacen muchísimos equipos, un pequeño detalle que se importó de Europa. El césped se humedece para darle más velocidad a la pelota, lo cual favorece a los jugadores de mejor técnica y a los que buscan atacar. Si el campo está seco y el pasto más largo, el juego se hace más lento, la pelota se frena más, y eso favorece a los que defienden y solo quieren despejar. Sin embargo, muchas veces se ve resbalar a los jugadores del equipo que moja la cancha. Eso ocurre porque el riego a veces no termina siendo lo parejo que se pensó o porque los jugadores salen sin tapones altos, ya que se sienten más cómodos con los cortos.

LÁMINAS. Se hacen cinco o seis por partido y se pegan en el vestuario para que el jugador las tenga frescas con un golpe de vista antes de entrar en la cancha. Ahí se ve pelota parada en contra y a favor, barrera, marcas y otros detalles que pueden hacer la diferencia. Suele quedar una lámina limpia, por si en el entretiempo Gallardo quiere remarcar algo. Buján tiene una caja de pescar y en cada compartimento, en vez de anzuelos, guarda varios rectangulitos con los nombres de los 28 jugadores del plantel, para pegar en las láminas. Cada seis o siete meses, Gallardo pide que las cambien: de color, de fondo, no le gusta el acostumbramiento a nada, es partidario de la renovación permanente. Con la remodelación del vestuario local realizada este año —otra obra que queda— le agregaron un proyector y una pantalla que se baja del techo, sistema que observaron en el estadio de Orlando City en una de las pretemporadas —siempre atentos a todo—, por lo que el Muñeco, en el entretiempo, si ve algo muy puntual para corregir, hace bajar la pantalla y les muestra a los jugadores lo que necesita, con imágenes tomadas durante el primer tiempo por Nahuel Hidalgo con su cámara y que Buján tiene en su iPad, que conecta al retroproyector y listo. Incluso, el programa que utilizan ya corta las escenas de acuerdo con lo pautado previamente. Por ejemplo: retroceso en un córner a favor. Debe ser algo muy específico y cortito para mostrar en un par de minutos. Ya sabemos en qué puede terminar entrar un minuto tarde al segundo tiempo.

CHARLA TÉCNICA. Gallardo la da antes de bajar de la concentración al vestuario, es decir, cerca de una hora y media previa al inicio del partido. La da en el entrepiso de la concentración, en lo que era un depósito de colchones y fue transformado en un microcine —otra obra que queda—. Es decir, cuando los futbolistas salen de la concentración y caminan 50 metros hasta el vestuario, justo acaban de escuchar la charla técnica. Dura cerca de media hora: 15 minutos de explicación del Muñeco y otros 15 de video,

aproximadamente. Se pasan placas e imágenes y va hablando el DT. En las placas se presenta la formación de ambos equipos —allí los jugadores terminan de enterarse quién juega y quién no, aunque lo perciben por la última práctica—, se analizan virtudes y defectos del adversario, sobre todo por dónde hacer daño, y se repasa el plan general del partido. También características individuales del rival. Cuando se termina con la entrada en calor, antes de que los jugadores salten al campo de juego, el DT hace un retoque final, refrescando la pelota parada, y deja el último mensaje en un tono un poco más alto.

CONTACTO. Gallardo y sus colaboradores suelen mantener el vínculo con los jugadores que pasaron por sus manos, sobre todo los que integraron el primer grupo. Barovero, Mercado, Funes Mori, Driussi, Kranevitter, Pisculichi son algunos de los ex dirigidos con los que más se mensajean vía WhatsApp. En Madrid, antes y después de la final, pasaron a cenar con el plantel Lanzini, Balanta y Chichizola —que no llegaron a tenerlo—, entre otros. Perdura el afecto y el sentido de pertenencia. Una señal más de la fortaleza grupal construida.

ANTICIPACIÓN. César Zinelli —ex arquero de las inferiores de River, categoría 74 como Biscay y Buján— es el encargado de preparar los informes del rival. Lo hace una semana antes, y el primer día de entrenamiento previo a ese partido ya llega con el informe escrito para que Gallardo lo tenga a disposición. Para eso ve varios partidos de ese rival y, si es necesario, viaja para observarlo *in situ*. Por ejemplo: el miércoles previo al choque con Newell’s por la Superliga, Zinelli viajó a Chile para presenciar el 2-1 de Palestino sobre Talleres de Córdoba y sumar, en el lugar de los hechos, elementos sobre el futuro adversario en la Copa (Palestino). Ese martes, primer día de la semana, ya que el lunes el plantel había tenido libre, le dejó

al Míster el informe de Newell’s, rival del sábado. De todos modos, tanto Gallardo como los BB (Biscay y Buján) ya tienen cargados en su iPad los dos últimos partidos completos, también cortados por situaciones de juego, del próximo rival: pelota parada, saque desde el arco —si salen jugando o con pelotazo—, laterales, movimientos en ataque y defensa. Y dentro de esos cortes, en una solapa se abren los nombres de cada jugador, para analizar características individuales. Es decir, llevado al ejemplo de estos días de cierre del libro: termina el partido contra San Martín de Tucumán y, de inmediato, Nahuel Hidalgo les carga a Gallardo, Biscay y Buján los dos partidos recientes de Newell’s. Y eso lo complementa cada uno, *a piacere*, con el Wyscout, el *software* en el que se pueden buscar partidos y jugadores de todas las ligas del mundo, yendo un año hacia atrás.

CARA A CARA. Gallardo mantiene charlas individuales con los futbolistas. Suelen darse en su oficina del primer piso y no duran menos de 15 minutos. Los jugadores llegan más de una hora antes de la pautada para el entrenamiento, desayunan y luego van al gimnasio para hacer su rutina y prepararse para la práctica. Esta parte (gimnasio) no es obligatoria, pero la hacen todos. Gallardo, que desde su oficina tiene vista al gimnasio, suele pedirle a alguno de sus colaboradores: “Traeme a Fulanito”. Cuando por lo general Biscay o Buján bajan de la oficina y le hacen el gesto de “vamos para arriba” a algún jugador que está calentando en la bici, por ejemplo, se suele escuchar un par de voces que murmuran: “Al confesionario”. El jugador citado traga saliva y le va preguntando en el camino al colaborador por dónde viene la mano. Ya arriba, puede darse una reunión con Gallardo solo, o con Biscay y Buján. Los amigos de la adolescencia no tienen ni siquiera que preguntar, ya conocen demasiado a su jefe para saber si quiere una charla a solas o no. Puede haber mate de por medio. Lo que nunca falla es que DT y jugador se digan de frente todo lo que hay que decirse. No se guardan nada.

Se va a fondo, el DT le saca todo al jugador, y el jugador se entrega y valora mucho esos intercambios. Puede ocurrir, incluso, que por ahí ya arrancado el entrenamiento falte un jugador porque está charlando con Gallardo, pero el DT considera más importante la charla con él que su participación en el comienzo de la práctica. No es estructurado en ese sentido. Una de las virtudes del Muñeco es su seguridad y convencimiento para transmitir lo que cree, y eso se evidencia claramente en estas charlas.

— 4 —
2017
Primer semestre

Después de haber estado más cerca que nunca de concluir el ciclo Gallardo, el primer semestre de 2017 será recordado como aquel en que River volvió a brillar en el juego en un nivel cercano al de 2014. Fue el semestre en que realizó en el campeonato una remontada impactante que no le alcanzó, el de una nueva Supercopa perdida (ante Lanús), el de la primera victoria en la Bombonera y el de un andar tranquilísimo por la fase de grupos de la Libertadores. Sería, también, el semestre del sacudón por los *dopings* de Martínez Quarta y Mayada y por los rumores de otros cinco positivos más que llevó al mundo River a un estado de conmoción que no padecía desde el descenso. Pero el club terminó saliendo a flote con el mercado de pases más expeditivo de la gestión D'Onofrio y con un triunfo en la ida de octavos de final ante Guaraní.

Walter Montoya fue eje de la disputa entre River y Boca en el comienzo del año, pero el mediocampista de Central terminó en el Sevilla. Mora se sumó a la pretemporada con una franja roja en el pelo, promesa por ganar la Copa Argentina. "Augusto va a tener el respaldo que se merece un chico de 20 años que recién está dando sus primeros pasos. Después, la competencia acá es permanente", arrancó el Muñeco, frente a las dudas que había generado el

arquero por sus errores con Boca y Central. No faltaría a su palabra: le dio la titularidad un semestre más, y ante un par de nuevas fallas en instancias cruciales, terminó perdiendo el puesto.

El 15 de enero, River debutó en la Florida Cup ganándole 1-0 a Millonarios con gol de Alario. Por tercera vez consecutiva, Gallardo arrancó el semestre con un módulo táctico diferente: 3-4-1-2. Etapa de pruebas. Batalla; Maidana, MQ, Mina; Moreira, Ponzio, Nacho, Olivera; Pity; Driussi y Alario. Tres días después, al soplar las velitas, intentó autoconvencerse de cómo encararía 2017 después de haberlo pasado tan mal en 2016: “Quiero tomar este año como uno de disfrute. Con la misma exigencia, porque no puedo ser de otra manera ni bajar un mensaje con el que no me sienta identificado, pero voy a disfrutarlo desde otro lugar”.

Relajado porque aún no había arrancado a competir, pero también porque las pretemporadas suelen generar un clima de distensión grupal, en una de las entrevistas que dio por esos días, explicó bien cuál era su receta para darle a su equipo una mentalidad tan fuerte, decisiva para imponerse en los mata-mata. “Cuando vos formás un equipo, primero lo pensás con buenos jugadores que te identifiquen desde lo futbolístico, pero también con jugadores de personalidad. Y cuando digo personalidad no es de la boca para afuera; la personalidad se forja desde otro lugar, en el grupo humano, algo que nace desde las entrañas del grupo. A partir de ahí, ya sabés que podés ir a competir a cualquier lugar, que el equipo no va a flaquear. Se forja con los entrenamientos. Nosotros entrenamos como jugamos. Hay momentos en los que tenemos que parar los entrenamientos porque es tanta la agresividad para jugar que terminamos lastimándonos. Hay jugadores que llegan acá y les dicen a sus compañeros: ‘Pero, pará, ¡¿ustedes entrenan siempre así?!’. ‘Sí, entrenamos así.’ ‘Ah, pero ustedes están locos’, dicen.”

El 19 de enero, River igualó 0-0 con San Pablo y perdió 8-7 por penales —erraron el Pity y Moya—. Otra vez el DT utilizó el 3-4-1-2, dándole minutos

al resto del plantel: Bologna; Mina, Montiel, Rossi; Mayada, Domingo, Denis Rodríguez, Medina; Andrade; Mora, Alonso. Denis Rodríguez se fue llorando con una rotura de ligamentos cruzados en la rodilla izquierda. El 21 de enero, River cayó 1-0 ante Vasco da Gama; Alario se fue con un dolor en la tibia izquierda, que terminaría siendo más grave que lo imaginado y lo sacaría un mes de las canchas.

El 24 de enero, el plantel regresó de los Estados Unidos y el 25 perdió 3-1 con Aldosivi en Mar del Plata, con muchos pibes (gol de Montiel). Debutaron Nicolás Franco y Alan Marcel Picazzo; Iván Rossi lo pasó mal como defensor central y terminó expulsado. Gallardo viajó a Mar del Plata, dirigió al equipo, regresó temprano para conducir la práctica con los titulares y al otro día volvió a viajar a Mar del Plata para el súper con Boca. Un león juntando millas.

El 26 de enero, Carlos Auzqui se transformó en el primer refuerzo del año. Llegó con 169 partidos en Estudiantes y 15 goles, 2 de ellos a River. “La revancha es en abril”, contestó Guillermo cuando le consultaron si el súper en Mar del Plata podía compensar el reciente 4-2 de diciembre. Solo erró en el mes: terminó siendo en mayo. El sábado 28 de enero, sin embargo, fue triunfo por 2-0 con goles de Driussi (de penal) y de Mina, ambos en el segundo tiempo. Se trató de un duelo áspero en el que Pitana echó a Insaurralde, Benedetto, Driussi, Gallardo y a los Barros Schelotto. Al Muñeco porque River entró tarde a disputar el segundo tiempo. Batalla; Moreira, Maidana, Mina, Olivera; Mayada, Ponzio, Nacho, Pity; Driussi y Mora fue el equipo. A los 17’ del primer tiempo entró Montiel por Olivera —otra vez lesionado—. Fue el 4º superclásico amistoso consecutivo ganado por River, el primero por más de un gol de diferencia. “Pitana ve córner donde no hay córner y no ve patada donde hay patada”, se quejó Guillermo, haciendo referencia al Ramirazo de 2014 en la Bombonera y a una falta que no cobró en Mar del Plata. No sería la primera vez que el DT de Boca recurriría a los

archivos para hacer sentir su reclamo.

El sábado 4 de febrero, en La Plata, Lanús le ganó 3-0 a River la Supercopa, con goles de Lautaro Acosta, Pasquini y Sand de penal, a los 24’, 35’ y 42’ del segundo tiempo, respectivamente. En una ráfaga del complemento, el Granate lo liquidó. River formó con Batalla; Moreira, Maidana, MQ, Casco; Mayada, Ponzio, Pity; Nacho; Driussi y Mora. El Muñeco solo hizo dos cambios (Auzqui y Andrade), ya que tenía a Alario y Alonso lesionados. Se había quedado corto en variantes ofensivas, una constante de este ciclo. El plantel millonario permaneció en el campo para ver la consagración de Lanús. “Terminó siendo un resultado abultado, por lo que fue el trámite del partido”, analizó el DT. Fue la segunda Supercopa perdida por el Muñeco, tras la caída ante Huracán en 2015. ¿La tercera sería la vencida?

—Este pagaré quedará para más adelante, Dieguito. Abrazo grande —me contestó Marcelo por WhatsApp, al saludo que le había mandado desde el remise, volviendo de La Plata. No imaginó, en ese momento, ante quién lo levantaría.

El 6 de febrero, River hizo una propuesta importante por Emiliano Rigoni y se ilusionó con Enzo Pérez. El 8 de febrero se concretó la vuelta de Ariel Rojas, libre del Cruz Azul, condición *sine qua non* de su regreso. “Me arrepiento de la manera en que me fui”, admitió el Chino. Sería el segundo y último refuerzo de este mercado austero (solo se había marchado D’Alessandro).

Aprovechando el paro de futbolistas, Gallardo viajó con sus amigos BB a Paraguay y Chile para desconectarse y ver fútbol. El 11 de febrero presenció Rubio Ñu-Trinidense y Guaraní-Sol de América —ningún Barcelona-PSG—. Nelson Cuevas los agasajó con un asado en su casa. No faltaron el arpa y la guitarra. En Chile observó 4 partidos.

El 14 de febrero, el representante de Alario anunció que un equipo chino

ponía los 18 millones de dólares por su cláusula mientras en el entrenamiento de Boca, ante las cámaras de TV, Juan Manuel Insaurralde se agarraba a trompadas con Jonathan Silva. Guillermo echó a los dos de la práctica.

El 17 de febrero, River empató 1-1 un amistoso ante San Martín de San Juan, con un lindo gol de Mora sobre la hora y se impuso por penales. Redebutó Rojas; Larrondo volvió a jugar tras setenta y cinco días y metió uno de los penales. Auzqui jugó por primera vez como titular, tuvo un gol debajo del arco y tiró la pelota por arriba. No sería la última vez en hacerlo.

El 22 de febrero, Alario confirmó que rechazaba la propuesta de China. Dos días después, River volvió a empatar 1-1 y a ganar por penales en el amistoso ante Independiente Rivadavia de Mendoza, con gol de Auzqui.

“No estoy peleado con D’Onofrio, pero tengo diferencias”, manifestó Daniel Angelici el 1º de marzo. Con el correr de la entrevista quedó clarísimo que existía un rencor incubado hacía dos años, que seguiría cocinándose a fuego lento hasta buscar un escenario propicio para intentar cobrarlo. “Haber entrado a la cancha, haber llegado a la Conmebol antes que Boca, que haya llevado un certificado oftalmológico de un hospital que no tiene guardia… Hay un montón de cosas que en la buena convivencia no correspondían. El único que tenía que viajar era Boca para hacer el descargo”, se lamentó Angelici.

El sábado 4 de marzo, confirmado el paro de Agremiados, River disputó dos amistosos en su estadio ante Talleres. Los titulares se impusieron por 2-1, y Alario volvió tras cuarenta y dos días. Los suplentes ganaron 2-0. El Muñeco aprovechó para ver a Emanuel Reynoso de cerca, un futbolista que le interesaba mucho. El cordobés Cristian Ferreira (enganche, 17 años) fue la sorpresa: participó en los dos partidos.

Levantado el paro, River retomaría el campeonato con 22 puntos, en el puesto 7º, a 9 de Boca.

El viernes 10 de marzo, el Chino MQ fue papá de Bautista y, doce horas

después, se entrenó en Ezeiza para no perder la chance de reemplazar al suspendido Maidana. Le había costado demasiado ganarse ese lugar para regalar algún flanco que lo llevara a bajarse del barco. Abrimos un breve paréntesis para contarlo.

El Chino, a quien basta con verlo sonreír para entender el porqué del apodo, nació el 10 de mayo de 1996 en Buenos Aires y con 2 años se mudó a Mar del Plata por el trabajo de su padre. Mediocampista central de juego más que de marca en Kimberley, con un pasado hasta de enganche en cancha de 9, sin problemas de perfil, sus primos y amigos lo hicieron fana de River y no solían perderse ningún partido de los torneos de verano en la popular del Minella. Se probó un par de veces en Vélez, hasta que un día el destino golpeó a su puerta. River examinaba futbolistas de la zona… ¡en Kimberley, su club! Lo testearon, gustó, pasó un par de pruebas en Buenos Aires y quedó. Vivió dos años en la pensión del club, y Daniel Messina, aquel ex volante que le metió un golazo a Boca desde 35 metros en 1982, lo puso como defensor central. Ya en Núñez, pudo ver más seguido a River en vivo: con la entrada que le daban como juvenil iba con sus compañeros a la Centenario baja. Allí disfrutó de cerca el penal atajado por Barovero a Gigliotti, los goles de cabeza de Mercado y Pezzella a Armani en la final de esa Sudamericana y la palomita de Alario a Tigres en la final de la Libertadores. El Chino llamó rápido la atención del cuerpo técnico de Gallardo y tuvo sus primeras prácticas con el plantel profesional a fines de 2014, mientras deliraba en la tribuna. Firmó su contrato en enero de 2015, debutó en la Reserva en febrero y se sentó en el banco de suplentes de la Primera en mayo, en un 0-0 contra Racing. Estaba todo dado para que debutara en julio, en Rafaela, el día de los 4 goles de Cavenaghi, en un equipo repleto de juveniles —Carreras y Casquete tuvieron su estreno—,

pero se desgarró el día anterior y se lo perdió. Luego se resintió del desgarro y en octubre, cuando ya estaba en línea otra vez, se fracturó el peroné, solito, yendo abajo a marcar, en una práctica en Ezeiza: 45 días de yeso.

Tras sacarse el yeso, vivió el momento crítico: rehabilitarse, recuperar el ritmo y la confianza. En el primer semestre de 2016 casi no jugó y pensó en irse del club. Le fue a hablar a Luigi Villalba, aquel del gol a Boca en el 3-3 del Clausura 97. Era el DT de la Reserva y había sido su entrenador en la Quinta. “Tranquilo, Chino —lo calmó Luigi, que algo de lesiones y recuperaciones sabía—, agarrá ritmo primero y, cuando puedas mostrar todo tu potencial en Reserva, ahí sí vas a saber si te tienen en cuenta. No te vuelvas loco, mientras tanto laburá, que te evalúen en tu nivel, esperá seis meses más, cualquier cosa después ves.” En junio de 2016 hizo la pretemporada con la Reserva, se enteró de que iba a ser padre de Bautista —hoy, gran proyecto de líder de tribuna, un barra de los sanos—, ya en el segundo semestre comenzó a tener minutos en la Reserva y, tal como lo había anticipado Luigi, fue evaluado con rodaje y convocado a entrenar con la Primera el 1º de noviembre. Se sentó en el banco contra Estudiantes a los cuatro días, debutó el sábado siguiente (12 de noviembre) en un amistoso ante Olimpia con gol de palomita incluido y el 15 de diciembre disputó su primera final como titular, ganándole el puesto al que lo había ocupado todo el semestre. Cerramos paréntesis.

El 10 de marzo, al Muñeco se le fue un poquito la boca en la conferencia de prensa previa al regreso a las canchas: “Cuando hay una crisis tan profunda como la del fútbol argentino, sale toda la mierda. Es lamentable. Lo que ha pasado últimamente, desde mi punto de vista, fue asqueroso”. A los pocos días se quejaría del permiso optativo que daba la AFA a cada club para jugar o no en fecha FIFA: “Es difícil seguir en esta inestabilidad todo el tiempo.

Todos deberíamos fastidiarnos porque llegamos a una situación tan decadente”. Mierda, asqueroso y decadente. Fuerte.

Al volver el fútbol, el Muñeco sorprendió al dejar fuera de los concentrados a Ponzio y, el 12 de marzo, River arrancó con un 0-0 ante Unión en el Monumental. Jugó mal y quedó a 11 puntos de Boca, que había vencido el día anterior a Banfield. Formó con Batalla; Mayada, MQ, Lollo, Casco; Auzqui, Nacho, Arzura, Pity; Driussi, Mora. Entraron: Alario, Alonso y Rojas. Lollo estuvo flojo y cometió un grave error, que gracias a Batalla no terminó en gol.

El 14 de marzo, un día antes del debut copero, en Colombia, en uno de los habituales ejercicios de charla grupal propuestos por Sandra Rossi —médica especialista en neurociencias; para más referencias leer *Gallardo Monumental*—, había que levantar la mano y opinar de los compañeros. El que tenía algo para decir, claro. Allí, varios futbolistas elogiaron el temple y la personalidad del Pity. Alguno, como Leo Ponzio, incluso le pidió disculpas por las puteadas que le “obsequiaban” ante alguna mala decisión. Al Pity lo sorprendió semejante apoyo y salió fortalecido psicológica y emocionalmente de esa reunión.

River debutó en la Copa con un 3-1 al DIM de Luis Zubeldía (puntero en Colombia), en un partido que se paró una hora por un diluvio, después de jugarse 26 minutos en una laguna imposible. Gallardo plantó un 4-4-2 con Batalla; Moreira, Maidana, MQ, Casco; Nacho, Ponzio, Rojas, Pity; Driussi y Alario. El Pipa volvió tras 53 días y a los 3 minutos de reiniciado el partido metió el 1-0 de penal, a los 33’ aumentó Driussi y MQ convirtió su primer gol oficial, de volea, a la salida de un córner a los 6’ del segundo tiempo. El DIM descontó a los 43’, de penal, por intermedio de un zurdo que le vendió un buzón a Batalla y la tocó suave a su derecha. Quintero de apellido. Juan Fernando Quintero. Empezaba a preparar su ingreso al salón dorado de la historia de River.

El 17 de marzo, el vicepresidente Jorge Brito cometió un pecado de juventud, cuando le preguntaron por el futuro a partir de 2018. “De lo que estoy casi convencido es que Enzo se va a inclinar por una persona que venga de los pasillos de River. ¿Burgos? No puedo decir que no, está dentro de los paradigmas”, declaró Brito, dando por descontado que Gallardo no seguiría.

El sábado 18 de marzo fui a Rivercamp para hacerle una nota a Lucas Alario, que sería la tapa de *El Gráfico* de abril. Al terminar la charla le mandé un mensaje por WhatsApp a Marcelo, a ver si estaba disponible para pasar a saludarlo. Me dio el OK, debí esperar hasta que se retirara el último futbolista tras el almuerzo, porque de ningún modo permitiría que alguien vulnerara la intimidad del plantel o que algún futbolista se sintiera incómodo por la presencia de un periodista, y por primera vez entré en el nuevo comedor del predio.

El cuerpo técnico de River se sienta habitualmente a la mesa que se encuentra justo frente al gran plasma del salón comedor que diseñó e impulsó el propio Gallardo con el entonces secretario del club Guillermo Cascio, un dirigente de esos que trabajaban a destajo y silenciosamente, que sería vicepresidente en el segundo mandato de D’Onofrio y fallecería en septiembre de 2018.

Vale la pena abrir un nuevo paréntesis. El Muñeco no sacó plata de su bolsillo para ampliar y modernizar el predio de Ezeiza pero, consciente de su poder, puso sobre la mesa la cuestión de la infraestructura como un elemento trascendente para su primera renovación. Es, quizás, un trofeo más importante que un campeonato ganado porque queda para que lo disfruten en el día a día las futuras generaciones, alto tangible, concreto y real. “De las Copas ganadas que no se ven”, como sintetizó el propio Marcelo. Eso es tener grandeza, saber mirar más allá del próximo partido, del interés

inmediato. Sin una locomotora de ideas tan claras y de influencia tan fuerte, ese tren no arranca nunca. Además debe existir una dirigencia expeditiva y decidida, en sintonía con el DT, y con una mirada superadora también, pero sin locomotora, un proyecto así no arranca. “Haber aportado un granito de arena en dar el paso inicial para que después todo avance me llena de satisfacción y orgullo”, admitió Gallardo, al inaugurarse la obra el 20 de septiembre de 2016. Para resumirlo: tres campos de juego nuevos con las mismas medidas del Monumental, nuevos vestuarios para jugadores y cuerpo técnico, nuevo estacionamiento, nuevo salón comedor para 72 personas, un total de 1.100 metros cuadrados de obra civil con un costo de 2 millones de dólares. Ese legado es único. Cerramos paréntesis.

En el nuevo salón comedor, entonces, desayunan y almuerzan todos los días, tanto los jugadores como el DT y sus colaboradores, con una dieta balanceada confeccionada por el nutricionista Marcelo Pudelka. Es un recinto amplio y luminoso, que quintuplica o más en superficie al que utilizaba el plantel antes de la reforma y que se encontraba apenas ingresando al predio, a la derecha, donde tuve la oportunidad de almorzar una vez. El actual se ubica al fondo, posee una galería techada con mesitas para tomar el café y charlar al aire libre con vista al verde césped de las canchas nuevas. Echar una rápida mirada al lugar en el que el Míster permanece un par de horas todos los días nos da una evidencia que verifica aquella expresión del DT: “Quiero disfrutar más este año”. Allí lo hace. A su manera claro, tampoco se va a empachar con la palabra “disfrutar”, porque no entra en sus principios: las sobremesas con temática variada son un rito cotidiano y placentero del cuerpo técnico. Tuve el privilegio de participar en varias.

Como es lógico imaginar, Marcelo se ubicaba en la cabecera de la mesa amplia, originariamente pensada para diez comensales, que son doce cuando se ocupan los extremos —hay nueve mesas en total—. Y en la cabecera que mira de frente a la TV, sintonizada en uno de los canales de música. Muy

ocasionalmente, cuando ocurre algún hecho extraordinario, se ven los programas deportivos del mediodía. A los costados del DT se encontraban sus ayudantes más estrechos y amigos de la adolescencia: Hernán Buján (a su izquierda) y Matías Biscay (a la derecha). En cualquier situación suelen sentarse de esa forma. Completaban la ronda de esta mesa chica del cuerpo técnico el asistente personal Rodrigo Sbroglia —Rorro o El Gordo, quien se alejaría a mediados de 2018 por desgaste en la relación—, el profe Pablo Dolce, el todoterreno César Zinelli, el videoanalista Nahuel Hidalgo, el gerente de fútbol Mariano Barnao, el dirigente Eduardo Barrionuevo —"¡No me digan más Luis, por favor!"— y, ocasionalmente, el encargado de prensa Matías Ghirlanda. Ese suele ser el plantel estable, aunque hay altas y bajas. Al año siguiente, por ejemplo, se sumarían el profe uruguayo Marcelo Tulvobitz —quien había formado parte del cuerpo técnico del Muñeco en Nacional— y Diego Gamalero, el tercer profe.

Aquel sábado ingresé, saludé a todos y me acomodé en una esquina, entre Gallardo y Biscay. Marcelo estaba en medias, con los botines en el piso, relajado, de entrecasa. A propósito del tema, recordó que una vez, en un partido con Arsenal, en 2004, estaba tan dolorido de un pie que se cortó parte del botín y se pintó la media con marcador negro, para que el juez no se avivara —calle no le falta—. Y que cuando Gastón Esmerado se dio cuenta en un córner, no podía creerlo. "¿Qué hacés así?", contaba el Muñeco, entre risas, que le había preguntado el Gato. Esa tarde, con la cinta de capitán y ¡el 31! en la espalda, el Muñeco metió 3 goles en el Monumental y River ganó 5-0 —los otros 2, del Pepe Sand—. "Si no recuerdo mal, uno de los 3 goles fue de cabeza", arriesgó. Al llegar a casa chequeé en YouTube, y era así nomás: el gol de cabeza fue el 5-0, tras un centro del colombiano Kilian Virviescas.

A partir de un comentario sobre el periodismo, Marcelo recordó que un relator de renombre los castigaba con saña a él y a Ortega en sus comienzos. Que el Burrito se ponía loco y entonces un día encaró de mal modo a este

relator a la salida de un partido. Y que a partir de allí recrudecieron los dardos. El Muñeco, en cambio, eligió otra estrategia. Ya pensaba como DT.

—Me lo crucé en un hotel, él venía medio cabizbajo, como queriendo evitarme, y yo lo frené y lo saludé por el nombre, con buena onda: “Hola, ¿cómo estás? ¿Cómo va todo?”. Le di un poquito de charla y a partir de ahí empezaron los elogios. El egocentrismo del periodismo es terrible —concluyó, haciéndome un gesto de “no podés negarlo”. Y la verdad que no podía.

Después de un salpicadito de temas diversos, le hablé por primera vez de mi idea de hacer la segunda parte del libro. Quedó ahí, porque además estaba el resto de los colaboradores, y seguimos charlando de otras cosas.

—Hay que llamar a Gabriel —se acordó de golpe, cuando todos se levantaban para emprender la retirada, y lo manifestó en voz alta para no olvidarse.

Gabriel era Gabriel Mercado, que había sido padre unos días atrás. Recordemos que Mercado no formaba parte del plantel hacía nueve meses. Llamar era llamar para felicitarlo. El ejemplo denota la fortaleza y calidad humana de los grupos que ha sabido armar y liderar Gallardo. Y el vínculo se mantiene, a pesar de las distancias. Casi todos los que se van, extrañan y vuelven para saludar.

Ya cuando se retiraban todos, nos quedamos charlando con Marcelo en soledad, y le pregunté por su vínculo con el presidente del club, cómo se había construido esa sociedad casi perfecta, tan difícil de conseguir y sostener en este ambiente del fútbol. Y resaltó cuatro instantes de esa relación. El primero, la gran —y grata— sorpresa que se llevó el día en que D’Onofrio por primera vez le propuso que lo acompañara hasta el final de su mandato. Fue jugando al golf, en Mendoza. River venía de ganarle por penales a Colón en San Luis, por la Copa Argentina, en el cuarto partido oficial del ciclo —la noche en que le echó el ojo a Alario—. De allí viajaron directo a Mendoza

porque unos días después enfrentaban a Godoy Cruz, en lo que sería la primera extraordinaria actuación de su equipo: un 4-0 con todos golazos. “En el medio de la paz de un campo de golf, se dio una charla muy linda —repasó Marcelo—, profunda, con temas que excedían la pelota, una charla sobre valores, sobre la vida, sobre proyectos. Y en un momento, ya terminando la recorrida, me lo dijo: ‘Marcelo, me encantaría que siguieras como técnico de River hasta el final de mi mandato’. Me sorprendió, sinceramente.” Hasta ese momento, River sumaba tres empates —Ferro y Colón, por Copa Argentina, ambos resueltos con triunfos por penales, y contra Gimnasia por el campeonato— y solo una victoria: 2-0 a Central.

El segundo momento que puntualizó fue la tarde de los golpes en la mesa, durante el mercado de invierno de 2015, definiendo a quiénes traían para las semifinales de la Libertadores. El Muñeco notaba lentitud en las gestiones y se lo remarcó al presidente, en una reunión en la que también estaban Francescoli y Patanian. Al presidente no le gustó lo que decía el DT, golpeó la mesa y argumentó, en un tono bastante elevado, que estaban haciendo lo posible. Es calentón D’Onofrio, aunque no parezca. “Le dije que entendía su enojo, pero si se trataba de golpear la mesa y gritar, yo también la podía golpear más fuerte y gritar más alto, que no me iba a achicar. Fue la primera vez que vi en Rodolfo al tano calentón que lleva adentro”, recalcó Marcelo.

En tercer lugar, el Muñeco mencionó, también, que en los cinco días posteriores al anuncio de su posible salida, en diciembre de 2016, el presidente jamás le habló del tema. No lo invadió ni buscó forzar una decisión. “Lo valoré muchísimo”, me dijo.

El cuarto y último hecho que destacó fue aquella conversación que mantuvieron en la concentración del Monumental una hora antes de la final de la Libertadores ante Tigres. El DT no podía entrar al vestuario para dar la charla técnica ni al campo de juego, aunque terminaría haciendo las dos cosas. “Ya habían bajado los jugadores, mis colaboradores, creo que quedaba

apenas un par de los chicos que nos sirven la comida —evocó el Míster—. Yo estaba solo, sentado a la mesa, se sentía cómo temblaba el Monumental. Estaba de espaldas a la puerta, así que ni lo vi venir. Me preguntó si se podía sentar. Era un modo de acompañarme en esa espera interminable. Y se dio una charla hermosa, humana, en un momento de soledad increíble. Y justamente hablamos de eso, de la soledad del poder. Me decía que a pesar de haber trabajado siempre en equipo, en sus empresas y en el club, de sentirse acompañado a cada paso, había un instante en que el que tenía que tomar la última decisión era él y solo él. Y que ahí le caía con todo el peso la soledad del poder. Que mi caso, como cabeza de grupo, era igual. Habremos charlado media hora, mientras una multitud hacía vibrar las paredes. Terminó y nos dimos un abrazo sentido, un abrazo que nos emocionó a ambos."

Pasadas las tres y media de la tarde nos levantamos, Marcelo saludó a los mozos y cocineros —los únicos que quedaban— y nos fuimos. Mientras caminábamos, él con los botines en la mano hacia el vestuario para bañarse, le pregunté si estaba cumpliendo con su premisa de tratar de disfrutar. Le dije que lo veía más relajado.

—Sí, algo sí, pero yo soy un boludo, Diego, un boludo, porque si decidí quedarme, no puedo andar quejándome todo el tiempo de la organización de nuestro fútbol. No me gusta, pero es más fuerte que yo —admitió, autocrítico, por sus recientes dardos a la AFA.

En la del estribo le comenté algo de los escasos refuerzos del verano, y enfatizó: "Los dirigentes saben que tenemos que hacer un buen mercado de pases a mitad de año, traer dos tipos que cambien la ecuación. La bronca de Boca es que tuvo a uno que cambiaba la ecuación, como Tevez, y no lo pudo aprovechar". Es decir, estábamos en marzo, y el hombre ya tenía una parte de su cabeza pensando en julio. Efectivamente, su predicción se cumplió, ya que River trajo a Enzo Pérez, Pinola y Scocco, entre otros.

Al llegar a casa me di cuenta de que me faltaba un dato esencial y se lo

pregunté por WhatsApp: quién había ganado al golf aquella vez en Mendoza, él o el presidente.

—Ese día jugamos 9 hoyos y creo que perdimos de vista el resultado, porque encima el campo de golf estaba dentro de un viñedo enorme, lindísimo, y los que nos agasajaron tenían bodega, así que nos tomamos unas copas de vino mientras jugábamos, o sea que no le dimos bola al partido, sinceramente (risas), no me acuerdo cómo terminó… pero estuvo divertido.

Tres días después de aquella primera visita al nuevo comedor de Rivercamp, el martes 21 de marzo, River jugó un partidazo con el Pity como figura. Al factor psicológico de la reunión en Medellín se le agregó un cambio de posición: se movió por la derecha. Fue 3-1 al verdugo Lanús, en un estadio en el que River ganó muy pocas veces desde el ascenso del Granate a comienzos de los años noventa. Arrancó 0-1 y lo dio vuelta en el segundo tiempo, con goles de Rojas, el Pity y Auzqui. Más de 10 mil hinchas deliraron en la tribuna visitante; quedó a 8 puntos de Boca (que había caído por 2-1 ante Talleres).

El domingo 26 de marzo, River superó 2-1 a Belgrano de local, con dos golazos, uno de ellos del Pity, la figura de la cancha otra vez. En la última jugada, Andrade se perdió un gol increíble casi en la línea y se fue llorando. Apenas pitaron el final, Gallardo entró raudo en el campo y fue derecho a consolar al juvenil. Enzo Pérez aprovechó la fecha FIFA, vio el partido en lo que sería su nuevo hábitat a partir de julio y se sacó una foto con el Enzo que le dio el nombre, un tal Francescoli.

“Vamos a intentar el desafío de sumar para estar en el lote de los tres, cuatro, cinco equipos de arriba que pueden pelear. Después se verá si nos alcanza”, buscó atenuar la euforia el Muñeco, quien mantuvo ese discurso hasta que River ganó en Tucumán y se puso a un punto de Boca. Tras el triunfo de Boca sobre Defensa y Justicia el sábado, River debía ganar en Mendoza para seguir a 8 puntos. Lo logró con un primer tiempo brillante, que

remitió a los primeros partidos del ciclo. Alistó su formación ideal: Alario metió el 1-0; empató Correa, y Mora, que había ingresado por Driussi, convirtió el 2-1 con la espalda, a los 38’ del segundo tiempo, justo un año después de su último gol oficial. Siempre tuvo que remarla el uruguayo. El Pity asistió en los dos goles: estaba *on fire*. Un rato después del partido, le escribí a Marcelo que la actuación me hizo recordar aquellas primeras de su ciclo.

—¡Buenas sensaciones, Diego! —fue su respuesta, con una de sus expresiones preferidas.

También le envié un mensaje similar a Buján.

—Agarramos funcionamiento otra vez, Diego, los chicos empezaron a encontrar movimientos de no dar referencias, de entrar, salir, la verdad que da gusto. En la semana habíamos hecho una práctica de fútbol con los dos equipos y nos habían dejado muy contentos. Va más allá del triunfo, encontrar funcionamiento otra vez es irte contento. Estábamos leyendo que desde febrero 2015 que no metíamos tres triunfos seguidos, más el de Copa, que sería el cuarto. Bueno, ahora a descansar —se lo notaba contento al Pollo esa noche, con música de fondo en el micro, siempre atento a las estadísticas.

Además del clic hecho por el Pity, y del rodaje que dan los partidos, otra causa de que las piezas hubieran encajado de semejante modo había sido la llegada del Chino Rojas, que tuvo un primer semestre fabuloso.

El 4 de abril, ante los rumores de una salida de Bauza de la Selección, *olé.com* encuestó a sus lectores por su posible sucesor. Gallardo obtuvo el 52% de los 142 mil votos, seguido por Sampaoli (25%) y Pochettino (22%).

El 9 de abril, River le ganó esforzadamente a Quilmes de local por 2-0 con goles de Alario a los 26’ y 41’ del segundo tiempo, gracias al aporte decisivo de Mora, quien empezaba a ganar terreno como revulsivo desde el banco. Boca goleó a Vélez más tarde, y la tabla quedó igual.

“El deseo de todo River es que Gallardo continúe, y la mejor manera de

hacerlo es no hablar, más adelante nos sentaremos”, declaró D’Onofrio, haciéndole chas chas en la cola a su vice, en la previa del cruce ante Melgar (Perú), que llegó al país puntero en su liga y con 14 partidos sin perder. Con el equipo de memoria, River logró la 6ª victoria consecutiva. Fue una noche de golazos: Nacho Fernández metió uno de taco, y MQ, uno de chilena. El argentino Emanuel Herrera convirtió los dos de Melgar y pidió disculpas en el festejo por ser hincha de River. Operaron a Bologna de una hernia de disco.

—¡Impresionante! Recién llegado del Monumental, noches de las mejores, eh, vos decías que querías disfrutar este año, me parece que vas camino a eso. Felicitaciones! —le escribí vía WhatsApp al DT, en un intercambio que comenzaba a fluir naturalmente, a repetirse tras los partidos.

—Gracias, Diego, me alegro que hayas disfrutado. La verdad que yo también lo disfruto, a mi manera, me gusta lo que veo, te decía que tenía buenas sensaciones y espero seguir teniéndolas, porque realmente vamos en buen camino. Comparto que otra vez se está gestando algo lindo, vamos a ver si seguimos por esta misma senda, eh. Que descanses.

Esa misma noche, Buján también me dejó su impresión con un mensaje de voz.

—Estamos en la concentración, hoy dormimos acá, entrenamos mañana y liberamos. Los chicos entienden todo a la perfección, están cómodos, se los ve contentos, todo lo que les bajamos lo agarran y lo tiran en la cancha, así que para un técnico ¡qué mejor que eso!

Y precisó algunas cuestiones futboleras: “Seba (Driussi) es un punta que se tira de enganche; Nacho es un 8 que termina de 9; el único que fija a los dos centrales es Alario. A ese lo tenemos en el ancho de la medialuna para fijar a los dos centrales y que no les dé chances de salir a tomar a ninguno de los que se tiran atrás. Todos los demás tienen libertad para aparecer por cualquier lado. Me alegro que estés contento, como todos. Abrazo grande!”.

El 16 de abril, Patronato le empató sobre la hora a Boca en la Bombonera, y luego River superó por 2-0 a Tigre en Victoria, con algo de fortuna y un par de errores de Baliño, quien le anuló mal dos goles al local. Solo hubo un cambio: Nico Domingo por Ponzio. En el entretiempo ingresó Rossi por Domingo, que lo estaba pasando mal —y sellaba su suerte—. Driussi metió el 1-0 a los 7’ del segundo tiempo, y aumentó Mora a los 33’, tras una gran acción, con caño incluido, de Exequiel Palacios, quien comenzaba a ingresar siempre muy bien en las segundas partes.

El 22 de abril, el Muñeco mostró los dientes para adentro. Es un líder empático, pero también ecuánime, condición clave para ganarse el respeto del grupo, aunque tenga que caerles a dos de sus preferidos. “El jugador profesional tiene que mirar todos los partidos, incluidos los del clásico rival. Esto es un trabajo”, le tiró un palito a Driussi, quien había declarado unos días antes que no miraba los partidos de Boca. Ese mismo día, Mora llegó tarde a la práctica, y el DT desactivó un atisbo de conflicto que en la vereda de enfrente quizá se hubiera prolongado por una semana —o más—. No intentó esconder nada y, además, dio la cara. “Multa económica como está convenido con el grupo, y eso se respeta”, señaló en conferencia. El uruguayo no participó del campeonato de fútbol-tenis y debió hacer trabajos de gimnasio y físicos con la pelota.

—¿Qué te dejó el Muñeco? —le preguntaron a Julio Chiarini, arquero de Sarmiento, uno de los dos refuerzos en el primer mercado de pases del Muñeco junto a Pisculichi, y que había atajado 19 partidos en River e ido al banco en otros 78. El fin de semana visitaba el Monumental.

—Es un líder absoluto, mis amigos del pueblo siempre me preguntaban por él y les decía que era un tipo muy terrenal, que me consultaba cómo estábamos tanto yo como mi familia, te estaba siempre encima —expresaba el George Clooney argentino nacido en Oliva, Córdoba—. Por eso, los titulares y los suplentes le rinden cada vez que juegan. Trata a todos por

igual, y todos son importantes. Nunca en mi carrera tuve un entrenador así. Llega todos los días con más ganas que el anterior, y vos te preguntás de dónde un tipo consagrado saca tantas energías. Es un ejemplo, y gracias a Dios lo pude disfrutar.

El 23 de abril, River dejó escapar su primera gran chance en la remontada que había iniciado frente a Lanús y que encadenaba 7 triunfos consecutivos —entre campeonato y Copa—. A la tarde, Boca había empatado 0-0 en Rafaela ante el local, y más tarde, River hizo lo propio con Sarmiento en su casa (1-1). Driussi metió el 1-0 a los 4’ del segundo tiempo; luego Chiarini —quien saludó al CT y a los ex compañeros y fue recibido con aplausos— evitó la goleada, y a los 36’ empató Pérez Godoy con un disparo que se coló por el primer palo de Batalla. River no pudo ponerse a 4 puntos de Boca. “Te dije que hoy las iba a agarrar todas”, se llegó a escuchar en la tele que el DT le comentaba a Biscay, a los 32’ del complemento.

Al día siguiente, el Muñeco fue a ver la Reserva, que perdió 2-1 en el Monumental, y el 25 viajó a Ecuador, donde River solo había ganado 2 veces en 14 presentaciones. Emelec iba puntero e invicto en su liga. El 27 de abril, River recibió un gol a los 2’ del primer tiempo, fue cascoteado en los primeros 20’; lo empató Moreira a los 42’, y Alario selló el 2-1 a 10 minutos del cierre. Batalla tuvo su mejor actuación en River, mientras Mora y Mayada fueron claves con sus ingresos. River llegó, así, a 156 triunfos en la Libertadores, récord en la historia de la competición, superando por uno a Peñarol.

En mayo, River afrontaba un cronograma demoledor: 7 partidos en veintitrés días, uno cada 3, entre el 6 (Temperley) y el 28 (Central), con Boca en el medio, y un plantel corto —por lesiones—. Lo terminaría pagando caro. Encima, Palacios, Montiel y Franco Petroli se fueron al Mundial Sub 20 en Corea del Sur —acá nomás—, y de este modo, el Muñeco perdió una carta de recambio que le venía rindiendo.

El jueves 4 de mayo fui a Rivercamp para hacerle una nota al Pity Martínez, que sería la tapa de *El Gráfico* de junio. La tarde anterior le avisé a Marcelo y le escribí que, si tenía unos minutos para verme, le quería comentar una “cosita”. Me dijo que sí, y después de la charla con el Pity pasé unos minutos al comedor para proponerle hacer la segunda parte del libro, ya con mayor énfasis.

Con el Pity charlamos en una de las tribunas de la cancha 1 de Ezeiza. De cerca realmente es notoria su cicatriz en la frente, “puerto USB”, como lo bautizó su amigo Driussi, uno de los mejores apodos de este siglo. Se la hizo de muy pibe, jugando a las escondidas, cuando uno de sus amigos —macanudo— le puso la pierna y entonces terminó de cabeza en una acequia de material. En la nota admitió con cierta timidez, casi sin darse cuenta, que era hincha de River por mandato de Luis, su papá, y que de los 7 hermanos, quedaron 4 de un lado (el suyo) y 3 del otro (Boca). Se emocionó al recordar los primeros —y únicos— botines de marca que tuvo en la infancia, en un tiempo en que no pasó hambre, “porque aunque sea siempre un sándwich de papa había”. Sándwich de papa.

“El tema de los botines me volvía loco —me contó—. Me acuerdo de unos Adidas, que encima habían salido con el escudo de River en la lengüeta, y a mí me encantaban porque, además, de chico yo era de River, por mi viejo. Pobre mi vieja y mi abuela, las hice endeudar bastante por esos botines. No se los pedí, pero ellas sabían que me encantaban, aunque de chico jugaba con lo que podía. Ese fue el único botín Adidas que tuve de chico hasta las inferiores de Huracán. Me acuerdo de que llegué de la escuela y los vi arriba de la mesa. Me volví loco, los cuidé como oro, los usaba un rato y los guardaba.”

No podía faltar la referencia a aquel gesto de febrero de 2016.

—Fue un error mío hacer eso, un momento de desahogo, perdí la cabeza. Me habían gritado algo de mi hija y me saqué.

—¿Vos escuchabas los murmullos?

—Sí, ¿cómo no vas a escuchar a 50.000 personas, si cada vez que agarrás la pelota pareciera que tenés que hacer una jugada de Messi? Me pasaba lo mismo en Huracán. Ese día terminó el primer tiempo y me puse muy mal, todos los compañeros me tranquilizaron, eso marca lo que es el grupo. Me arrepentí, sé que no lo haré otra vez.

—¿Se te cruzó irte de River?

—No, nunca —terminante—. Primero, porque quería dar vuelta la situación, y segundo, porque en ningún otro lugar voy a estar mejor que en River, sabía que tenía que aprovechar todo lo que me brindaban acá para darlo vuelta… Mi error era querer demostrar, cuando no lo tenía que hacer, y al llegar a un sector del campo donde había que bajar los decibeles para tomar una buena decisión, no lo hacía. El cuerpo técnico siempre creyó en mí, me pedía que me tranquilizara, que la confianza estaba, que tenía que agarrar ritmo de juego, y me marcaba las cosas para corregir.

Parece muy simple, hoy, visto a la distancia, pero no todos los entrenadores tienen convicciones tan firmes y personalidad tan férrea para respaldarlas con acciones. Una anécdota inédita que relató el Pity remitía a los días en que iba a pedirles autógrafos a los jugadores de River, cuando el plantel hacía la pretemporada en el camping de Luz y Fuerza, en Mendoza. Se quedaba con un grupo de amigos detrás de un paredón, donde inevitablemente caían pelotas. Y se las llevaban para jugar en el barrio. Las prioridades estaban claras: primero la pelota, después el autógrafo. En diciembre de 2018, Crazy Pity pagaría con intereses aquel “a cuenta de futuros aumentos”, como aparece en muchos recibos de sueldo. Por sus prestaciones y por los 12 millones de dólares que el Atlanta United le dejó limpios al club.

Aquel 4 de mayo se supo que Gallardo había sido invitado al partido homenaje de Cavenaghi. Y fue inevitable recordar que el 15 de mayo de

2010, el Muñeco no pudo despedirse jugando con la camiseta que empezó a usar a los 12 años. Ángel Cappa no lo puso en la debacle frente a Tigre en el Monumental (1-5). El Muñeco se quedó sentadito en el banco al lado de Juan Ojeda, Fabio Giménez y el Pitu Abelairas —si lo tenían a Giménez, a participar en un concurso sobre la historia de River ya mismo—. No podía faltar la pregunta en la conferencia de prensa. “Yo no necesitaba un partido despedida para sentirme querido o respetado. Es más, las vueltas de la vida me han puesto hoy en un lugar en el que la gente me muestra un afecto enorme, casi hasta desproporcionado”, agradeció. Todavía habría espacio para varias dosis más de desproporción.

“Está bien que cada uno atienda su juego porque los clubes desarrollan al futbolista y, si lo necesitás, está dentro de tu voluntad cederlo o no. Pero para eso debe haber una decisión igualitaria. Eso debería haber pasado”, mostró su malestar Gallardo en relación con las citaciones a la Selección Sub 20, a las que luego se les sumarían las de otros tres hombres para la mayor, que terminarían de minar las chances de River en ese campeonato en el que nadó como loco de atrás para ahogarse en la orilla (Valdano *dixit*). La idea de “guardia alta” comenzó a germinar allí. En el final de esa conferencia mostró señales de su espíritu competitivo en el día a día. “El que más me preocupa es Mora… —afirmó, y el auditorio se sorprendió— es Rodrigo porque cuando nos quedamos pateando tiros libres al final de los entrenamientos le gusta competir. Y le gusta competir conmigo.”

El sábado 6 de mayo, River goleó 4-1 a Temperley y le descontó 2 puntos a Boca, que había empatado 0-0 con Estudiantes. Jugó el equipo de memoria con Mora, ya adaptado a su rol de asistidor, por Nacho (lesionado). Convirtieron Alario por 2 (uno de penal), Driussi y Mayada, con un golazo al ángulo desde la izquierda. Por un par de resoluciones fallidas, el Pity recibió algunos silbidos, pero no se achicó: robó una pelota y metió una asistencia de caño para el 3-1 de Driussi. “Los murmullos no ayudan, pero lo bueno es que

el Pity insiste. Si hubiese tenido un bache mental, no habría metido la pelota que le metió a Driussi”, volvió a bancarlo el Muñeco en la conferencia. Serían los últimos murmullos/silbidos que escucharía el Pity en su ciclo de cuatro años en River. Faltaban apenas ocho días para su primer latigazo en la Bombonera.

Pero, antes de Boca, faltaba el cruce de entre semana con Emelec para asegurar la clasificación a octavos de la Copa. El martes 9 de mayo le hice la nota de las 100 preguntas a Jorge Rinaldi, la Chancha, ídolo de San Lorenzo, con pasado en River y Boca y con presente de analista en medios de comunicación. Me dijo que le parecía “magnífico” lo del Muñeco en River, y cuando le pregunté si lo conocía, me respondió lo siguiente.

—De Marcelo tengo un recuerdo inolvidable. Cuando erró aquel penal en Argentina-Australia, en la inauguración del estadio de Quilmes, en 1995, recién arrancaba en la Selección, y la barra de Boca armó la silbatina y pidió por Maradona. Escribí mi columna en *Clarín* diciendo que era una locura, que eran insultos pagos y que Gallardo debía ser el 10 de la Selección. Pasaron unos meses, y me tocó ir por *Clarín* a Córdoba a un partido de Argentina. Hubo conferencia de prensa, me quedé al fondo mientras los chicos del diario iban a hacer las preguntas, y Marcelo me vio y cruzó todo el salón para agradecerme la columna. Me encantó el gesto, no lo olvidé.

Le escribí un rato después a Marcelo, para comentarle las palabras de Rinaldi, y para preguntarle cómo iban los preparativos para el súper.

—¡Qué grande la Chancha! —me contestó— Venimos preparando tres partidos desde la semana pasada, ya nos sacamos uno de encima, mañana vamos por el segundo y la frutilla del postre será el tercero. Abrazo!

Estaba claro, la frutilla era el súper. Y se tenía mucha confianza. De esta breve respuesta me detuve a pensar cómo podían preparar tres partidos a la vez. En el medio pondría un equipo con muchos suplentes ante Emelec.

En la antesala del súper, Guillermo recalcó que Boca llevaba un año sin

que le cobraran penales. No hizo referencias a que acumulaba el mismo tiempo sin que se los pitaran a los rivales. En la previa al clásico anterior, también había condicionado al árbitro Abal recordando que él mismo le había dado un penal-mancha a River contra Estudiantes.

Gallardo preservó piernas ante Emelec en el Monumental el 10 de mayo. Empató 1-1 y se clasificó a octavos con Batalla; Mayada, MQ, Lollo, Olivera; Arzura, Domingo, Rossi; Mora, Larrondo, Auzqui. Entraron Mina por Olivera —otra vez lesionado—, Driussi por Larrondo y Alario por Domingo. Emelec se puso 1-0 a los 15’ del segundo tiempo y empató Mora, de penal, a los 23’, luego de discutir con Larrondo, quien quería patearlo y se enojó al salir. Mina fue aplaudido al entrar de líbero en el segundo tiempo, en su primer partido oficial del año. En la cena posterior al partido, MQ sopló las velitas por su cumpleaños 21. Ese mismo día daría positivo en el control *antidoping*, aunque se enteraría unas semanas después. Un cumple de porquería.

El 11 de mayo, Guillermo Barros Schelotto fue a almorzar con Mauricio Macri en la Casa Rosada. Les mandé un par de mensajes por WhatsApp a los integrantes del cuerpo técnico para medir la sensación térmica de cara al súper.

—¿Cómo la ves? —le pregunté a Bombicino.

—Soy optimista. Estamos bien, y Mr es capaz de todo. Más que Napoleón es Gilgamesh el inmortal (revista *El Tony*, qué viejo soy!).

Luego fue el turno de Buján (ya aclaramos que Biscay es poco apegado al teléfono).

—Dos pagarés para levantar el domingo: primera victoria sobre Boca por campeonato local y festejar un gol en la Bombonera —le acerqué el desafío.

—No sabés las ganas de ganar que tenemos, Dieguito! Muchos motivos, así que estamos un poco ansiosos. En la semana venite a brindar con un cafecito.

En el cuerpo técnico se habían quedado mal por el último 2-4 con Boca, un resultado mentiroso porque en varias ocasiones River lo tuvo servido para cerrarlo 3-1. Además, el equipo estaba en un momento óptimo de funcionamiento y protagonizando una escalada brutal. No eran los únicos con la sangre en el ojo. “Ojalá tenga revancha —se ilusionó Alario, autor de un gol en el 2-4—, me quedé muy enojado en el último clásico porque no tuve una sino dos situaciones muy claras. Y las erré a las dos.”

El domingo 14 de mayo me desperté temprano con una corazonada. Le escribí al Muñeco a las 8:57 de la mañana.

—¡Hola, Marcelito, buen día! Debés tener el dato, seguramente lo recordás, que ya fuiste cuatro veces como DT de River a la cancha de Boca y aún no pudiste gritar un gol. Bueno, hoy me levanté con la sensación de que vas a gritar el primero. El primero, también el segundo y el tercero. Y no te digo el cuarto porque vas a creer que desayuno con ginebra. ¡Abrazo!

(Está registrado en mi celular, hay pruebas. Las pifiadas van a otro libro, con fecha aún incierta de realización.)

—Abrazo, Dieguito. ¡Buena energía! —respondió a las 12:01, cerrando con un emoticón de pulgar para arriba.

Un rato después, el que me sorprendió con su seguridad fue Buján, con un optimismo avasallante.

—Entramos con el caballo de Troya y les hacemos un desastre. Acordate. Abrazo grande!

Aquel domingo 14 de mayo, en la Bombonera, se daban un par de curiosidades: Guillermo llegaba a su partido 50 como DT de Boca, y Gallardo, al 150 en River; 3-1, si simplificamos —¿una señal?—. Y se cumplían dos años exactos del escándalo del gas pimienta por la Libertadores. Boca le llevaba 7 puntos de ventaja a River —que tenía un partido pendiente—, y el Muñeco iba por quinta vez como DT a la Bombonera. Sumaba tres 0-0 —dos de ellos internacionales— y un 0-2. Es

decir, no había ganado nunca y no había podido gritar un gol. Estaba avisado.

El DT sorprendió a Guillermo poniendo al Pity por la izquierda, para aprovechar las espaldas de Peruzzi. Jugaron Batalla; Moreira, Maidana, MQ, Casco; Nacho, Ponzio, Rojas, Pity; Driussi y Alario. Casco salió a los 3’ del primer tiempo por un choque con Gago, y Mayada ocupó su lugar. Lo hizo muy bien. Sin saber que ese sería su último partido por más de ocho meses, Mora entró a los 19’ del segundo tiempo por el Pity y luego Auzqui por Alario. En Boca, Centurión también salió temprano (15’ del primer tiempo) por una lesión muscular.

River fue una aplanadora en el primer tiempo, aunque se fue al vestuario con un estrecho 2-1 por los goles del Pity a los 14’ —hermosa volea de zurda al primer palo tras un centro de Driussi— y de Alario a los 23’, tras asistencia perfecta del Pity. Descontó Gago a los 2’30” de los 3 minutos adicionados, pateando un tiro libre-centro desde muy lejos, que se le coló insólitamente a Batalla por arriba. En el segundo tiempo, Boca merodeó la igualdad un par de veces —MQ fue vital, salvando la caída con un par de cruces cerca de la línea—, y Driussi liquidó el pleito en una contra, sobre la hora, frente al arco de La Doce, el mismo que había silenciado Ramiro Funes Mori en 2014, también sobre la hora. Luego, se dio vuelta, se sacó la camiseta y mostró su león gigante tatuado en la espalda. Fue el tercer gol en tres clásicos consecutivos para el Gordo, contando el amistoso de Mar del Plata.

La figura fue el Pity, que empezaba a dar señales de cierto enloquecimiento, y un escalón debajo, MQ, Maidana, Ponzio y Driussi. Curioso, los 3 goles de River esa tarde fueron de zurda. Gallardo se retiró tirándoles besos a los plateístas que tenía cerca del banco.

“Lo habíamos trabajado en la semana, pero la verdad que ni yo sabía que iba a jugar por la izquierda. Marcelo es un grande, plantea los partidos muy bien, y vio que podíamos sacar ventaja por ese lado”, declaró el Pity. “Esto me va a quedar para toda la vida. Lo soñé de muy chiquito y ahora se me hizo

realidad. Concentro con el Pity, y antes del partido decíamos que sería lindo que convirtiéramos los dos. Y se nos dio”, sonreía Driussi.

“Pude haberme equivocado hoy, pero llevamos tres puntos de ventaja. ¿Los técnicos de los otros 29 equipos qué hacen? Me pude haber equivocado hoy, pero en los otros 23 partidos no”, se defendió Guillermo en conferencia. “Que me traten bien en la cancha de Boca no lo esperaba. No me trataron mal en general, pero hubo un hincha de Boca que me insultó todo el tiempo, que ni miró el partido. Cuando terminó, le tiré un beso porque fue mi manera de agradecerle que no haya alentado a su equipo y que me haya insultado todo el tiempo a mí. En un mensaje hacia la no violencia, le tiré un beso de paz”, explicó Gallardo su gesto del final, feliz y sarcástico.

—¡Felicitaciones, Marcelo! Cuando estés tranquilo, releé el mensaje de WhatsApp que te mandé a la mañana —le escribí un rato después del partido, por si se había olvidado de mi vaticinio y porque, una vez que acertamos, no hay que dejarlo pasar.

—¡Jajajá! Lo tuyo es perfecto —y cerró con el emoticón de los deditos haciendo “OK”.

Más tarde le escribí a Buján, realmente sorprendido por esa figura del Caballo de Troya que había utilizado: el primer tiempo había sido un auténtico desparramo, un predominio absoluto de River que no se plasmó en el resultado por fallas en la definición, un *offside* mal cobrado a Alario y el gol insólito de Gago. Con el 3-1 consumado me quedé pensando en lo seguro que estaba el cuerpo técnico sobre lo que iba a ocurrir.

—Bueno, Dieguito, estamos saliendo con el Caballo de Troya de territorio enemigo —me contestó Buján, pasadas las 20, desde el micro—. Felices es poco, te dije que teníamos muchas ganas de ganar. Y bueno, ¿quién te dice que con ese mensaje no tengas otra página para el nuevo libro? Como te dije la otra vez, te esperamos para brindar con un cafecito. Abrazo grande.

Faltaba Bombicino.

—Tremenda alegría. ¡Y qué alegría le dimos a la gente! El capítulo 2 del libro se vende solo. (No es un capítulo, estimado Jorge, es un libro.)

Al día siguiente, Gallardo dio varias entrevistas. “Mi desafío personal al seguir era tratar de conseguir otra vez un funcionamiento que me identificara”, reconoció. Es decir, después de ganar Recopa y Copa Argentina en 2016, tratar de volver a jugar como en 2014. “La diferencia en el primer tiempo era de 2 o 3 goles, y no quería que los jugadores se sintieran fastidiosos, por eso lo primero que les pedí en el entretiempo fue que esa injusticia del resultado no los hiciera dudar”, afirmó. Y por supuesto habló del Pity: “Nunca agachó la cabeza ni se resignó. Es un premio al esfuerzo; estos partidos con Boca te marcan”. Vaya si lo marcarían. Y cómo.

—Hoy, el Míster contaba asombrado el mensaje que le habías mandado antes del partido, estaba anonadado, te digo, la carita que ponía cuando lo contaba, estaba muy sorprendido, así que bueno, seguimos disfrutando las mieles posclásico, Dieguito —me escribió Buján vía WhatsApp ese lunes, y no negaré que anduve con cara de feliz cumpleaños y autoestima a tope por unos días.

El 16 de mayo se supo que Mora y Rossi quedaban descartados del viaje a Perú por problemas físicos. De la lista de 30 de la Copa, solo quedaban disponibles 21 jugadores.

Camilo Mayada transitaba su mejor momento en el club tras ocupar 5 posiciones diferentes en los últimos 4 partidos. Y sería la gran figura el 18 de mayo en la victoria por 3-2 de River sobre Melgar, en Arequipa (a 2.300 metros). Con esos 3 puntos, River se aseguraba el primer puesto del grupo y estiraba a 14 el invicto en el año (11-3-0). Se había puesto 2-0 (Alario y Mayada), le empataron, y Nacho metió el 3-2 en el segundo tiempo. Fue la noche en que dio positivo Mayada.

Tras el 3-2 le hice a Marcelo un comentario del partido y mostró preocupación: “Nos van a perjudicar con convocatorias en esta etapa decisiva, pero habrá que afrontarlo”. La veía venir. También le escribí a Buján, que se sentó en el banco como ayudante de Marcelo, porque Biscay se había quedado trabajando en Buenos Aires con parte del plantel. Fue su segunda vez como colaborador *in situ* del Míster: la anterior, también en la altura, en los 3.700 metros de Oruro.

—Tengo un dolor de cabeza que no te puedo explicar, pero alargamos la felicidad del domingo —me contestó.

El sábado 20 de mayo, con cuatro cambios (efecto River), Boca le ganó 1-0 a Newell’s de local con gol de Benedetto. Dos días después, el lunes 22 de mayo, en el Bosque, con el once titular, River alargó su racha: 3-0 a Gimnasia, con goles de Driussi (4’ primer tiempo) y del Pity y Auzqui en el segundo. El ex Pincha festejó mostrando 7 dedos, y los hinchas del Lobo creyeron que era una cargada por el 7-0 de 2006, pero en realidad era una dedicatoria a Mora, de quien se empezó a saber que lo aquejaba una lesión complicada.

—¡Qué lindo ver jugar a River! —le escribí vía WhatsApp al DT en los primeros minutos de martes.

—Eso me pone más contento todavía. IDENTIFICACIÓN! Que se sienta eso. Abrazo enorme —respondió al toque.

A esa hora también le mandé un mensaje a Buján, para saber cuándo caducaba el artículo 225 por Alario y Moreira por el regreso del Sub 20, cuándo se jugaba con Atlético Tucumán y cómo harían con los convocados a la Mayor.

—Estamos haciendo malabares con las fechas esas, los partidos suspendidos y el 225. Creo que Marcelo ya rompió 5 planificaciones de lo que queda de mayo y junio. Vamos día a día acá, Diego, lamentablemente no podés hacer otra cosa, entre lo del juvenil, los que se van a la Selección y que

necesitás tres días mínimo para recuperarlos del *jet lag* del viaje —se lamentó el Pollo, justo el rey de la planificación, que sentía que se le quemaban los papeles.

Como si esto fuera poco, Sampaoli, flamante entrenador de la Selección, había citado para su primera gira por Australia y Singapur —acá nomás— a Maidana, Nacho Fernández y Alario, tres columnas del equipo. De Boca, ni uno. Se postergó un fin de semana el campeonato para que no se jugara en fecha FIFA, pero terminó apretándose la definición con 3 jornadas en diez días.

“Sampaoli fue el empleado del mes de Angelici, nos sacó 3 jugadores en plena pelea por el campeonato y después para las Eliminatorias convocó a Benedetto y no a Alario”, me confesó, en estricto *off*, un dirigente de River.

El jueves 25 de mayo, River festejó los 116 años de vida con un modesto show en el campo de juego, antes de enfrentar al DIM en el cierre de la fase de grupos de la Copa. Gallardo pretendía darles descanso a todos los titulares, pero no pudo. Lo limitaron las bajas. Sabía que si ganaban, finalizaban como el mejor primero de todos, con el beneficio de definir siempre de local. Jugaron Maxi Velazco (debut, 22 años); Arzura, Mina, Lollo, Mayada; Domingo, Zacarías Morán Correa (debut, 21 años); Andrade, Nacho, Auzqui; Alario. En el segundo tiempo ingresaron Pity, Driussi y Rojas. River perdió 2-1, y se cortó el invicto del año en 15. Alario erró su primer penal en el club, y Mina descontó a los 37’ del segundo tiempo. Se lució Velazco, y Mora estuvo en el estadio con muletas y fue ovacionado. El que la rompió esa noche fue Juan Fernando Quintero. Tiró más de media docena de chiches —tacos y caños—, pateó todos los tiros libres y córners, metió varios de esos pases-puñalada para dejar solos a sus compañeros con el arquero, hizo amonestar a Lollo y estuvo muy cerca del gol en dos ocasiones, pero Velazco se lo impidió. En el primer tiempo, Gallardo lo vio de cerquita, porque Juanfer jugó bien tirado sobre la derecha, como lo hace habitualmente,

atacando hacia la Sívori —se puede googlear: Juan Fernando Quintero vs River Plate 5.25.2017—. Quedó, también, la foto del saludo con Gallardo. No es la primera vez que ocurre que el Muñeco centra la atención en futbolistas del equipo rival. Con Alario, entre tantos otros, ocurrió algo similar. Y no lo hace solo por lo que ese jugador demuestra en el partido mismo, sino que antes ve un compacto editado de fortalezas y debilidades de los rivales, cuando no mira los partidos completos, que también lo hace.

Bien, ya habrá tiempo para seguir hablando de Juanfer. Lo cierto es que, con esta caída inesperada, River quedó como el 4º mejor primero. Solo definiría de visitante ante Mineiro, Lanús y Gremio. Sí, Lanús. Esta derrota ante el DIM le terminó costando caro.

El sábado 27 de mayo, Huracán le empató 1-1 a Boca, con un penal de Romero Gamarra a los 95’ —Boca sumaba 25 partidos sin penales en contra—. El gol del Kaku retumbó en las entrañas del Monumental, donde el plantel estaba concentrado. El campeonato pasó a depender de River: a 5 puntos de Boca, si vencía a Central el día siguiente y a Atlético Tucumán en el postergado, quedaba primero un punto arriba. Durante 24 horas, la suerte de River dependió de River. El milagro ahora sí era posible.

—Si hay justicia divina, se nos tiene que dar. Después de ver lo mal que juega Boca, el fútbol se merece otro campeón —me escribió esa noche un integrante del cuerpo técnico.

Al día siguiente, River desperdició la segunda gran chance en su asalto a la cima: empató 0-0 con Central en un cruce áspero que el Canalla lo disputó con sed de venganza por la final perdida en 2016. River puso el once titular, pero no jugó bien. La figura estuvo en el visitante: Javier Pinola; Driussi pegó un tiro en el palo y cortó así su racha de 6 partidos seguidos facturando. El Monumental ovacionó a Mora en el minuto 7; Teo tuvo una clarita y dio toda la impresión de que no quiso meterla, y en la conferencia, Gallardo agotó los sinónimos para calificar el partido: “durísimo”, “feo”, “agresivo”,

“intenso”, “friccionado”, “horrible” e “injugable”. Dio la sensación de que no le gustó.

—¿Cómo viene todo? —le escribí a Marcelo, dos días después, antes del viaje a Tucumán.

—Mañana les apretamos la nuca a los de enfrente —fue su respuesta, contundente, a pesar de la desilusión reciente.

El miércoles 31 de mayo, confirmado que seguía vigente el artículo 225 pese al regreso prematuro del Sub 20, River puso toda la artillería en cancha y venció 3-0 al bravísimo Decano, en Tucumán, con goles de Moreira a los 42 segundos de partido, Driussi y Pity (a los 15’ y 18’ del segundo tiempo). El Pity fue otra vez la figura, y también se destacaron Batalla, Ponzio y Moreira. Fue el 10º triunfo consecutivo de visitante —contando ambas competencias—; River quedó a 1 punto de Boca con 4 partidos por delante.

“Ahora se lo vamos a pelear —arrancó un exultante Gallardo, rompiendo su prudencia habitual—. Les dije a los jugadores que, pase lo que pase en el final del campeonato, esto se dio porque todos creímos en una idea. Lo que pase después no va a opacar este semestre” —ya volvería a utilizar el verbo “creer” en una situación crítica—. Conmovido por la recepción que habían tenido en Tucumán —“Nunca habíamos vivido un recibimiento así”—, expresó su enojo por el horario que le habían puesto ante San Lorenzo: domingo a las dos de la tarde. “Nunca jugamos en ese horario. Podrían habernos puesto más tarde, así al menos tendríamos algunas horas más de descanso. ¿Por qué no nos ponían a las nueve de la mañana también? Si nos ponían a las nueve de la mañana íbamos a jugarlo igual. Chau, muchachos”, cerró a lo Ramón, recontra caliente. Jugando a las dos de la tarde, Alario, Maidana y Nacho podían viajar esa misma tardecita rumbo a Australia, donde los esperaba Sampaoli con el resto del plantel.

—¡Qué lindas frases mete el Míster! —me escribió Buján, apenas terminada la conferencia—. No sabés lo que fue salida del hotel esta tarde,

Diego, algo de locos.

—¡Mirá si se da! Por lo menos los asustamos. Este enano es capaz de cualquier milagro —siguió Bombicino.

—Toda de Angelici y compañía fue esa jodita —volvió a poner el dedo en la llaga el mismo dirigente que me habló del “empleado del mes”.

Sin Alario ni Moreira, en la estancia del Nuevo Gasómetro, en un horario inusual, y con otros dos soldados con un pie en Ezeiza para viajar con la Selección, River perdió 2-1 ante San Lorenzo el 4 de junio. Blandi puso el 1-0 a los 12’; Driussi empató a los 18’ de penal y a los 25’ debió salir por lesión. De este modo, River perdía a su dupla letal. A los 10’ del segundo tiempo, Batalla cometió un grave error al rechazar con los puños un centro sencillo: la pelota dio en la espalda de Paulo Díaz y selló el 2-1 definitivo. También falló Auzqui tres minutos después, tirando la pelota bien arriba del travesaño desde el área chica. Y sobre la hora, Alonso cabeceó débil la última bola. Demasiadas ventajas para un equipo que venía caminando por la cornisa, apelando a la heroica. Esa misma tarde, River se despidió del campeonato porque a la noche un aliviado Boca le ganó 3-0 a Independiente y estiró su ventaja a 4 puntos, con 9 por jugarse. Esa tarde, además, Gallardo se convenció definitivamente de que debía traer otro arquero. Los hinchas también le bajaron el pulgar a Batalla; las encuestas que antes le sonreían ahora le daban la espalda.

Le preguntaron al DT si se sentía abatido. “¿Cómo voy a estar abatido? —contraatacó—. Mirá si en un partido se va a opacar nuestro semestre, sería muy estúpido pensar eso. Nosotros ya ganamos en seguir peleando desde atrás cuando estábamos afuera hace mucho, en los méritos que hicimos para encadenar victorias. Y ahora lo vamos a seguir peleando hasta donde nos dé: todavía no está definido esto. No hay nada para reprocharse.”

El 5 de junio trascendió que el Zenit de Rusia pondría los 20 millones de euros por la cláusula de Driussi. El martes 6 de junio se cumplían tres años de

la presentación de Gallardo como DT de River, y se lo recordé con un saludo, por si andaba flojo de efemérides.

—¡Feliz aniversario! Hoy se cumplen tres años de tu asunción en River con ese saco tan particular. Dos títulos por año, no está mal el promedio. Date unos minutos para mirar la obra y disfrutarla.

—Gracias Dieguito. Es reconfortante detenerse un momento y mirar todo lo lindo que ha pasado, pero solo por un momento. Abrazo enorme. (Solo por un momento, no vaya a ser cosa que se empache con el disfrute.)

También lo saludé a Bombicino, que apeló a una visión más empresaria. Experiencia no le falta, ha levantado un impresionante centro de kinesiología y recuperación en Villa Urquiza, y otro en Pilar.

—Si esto fuera una empresa —analizó—, te digo. Área deportiva: 6 títulos y dos nocauts a Boca. Área administrativa: dejás 4 jugadores de 20 palos verdes, como Pity, Driussi, Alario y Martínez Quarta. Área edilicia: nuevo comedor, centro médico reequipado y 7 canchas. Recursos Humanos: gente de trabajo capacitada e idónea. Conclusión: la mejor gestión.

Al día siguiente, 7 de junio, el DT me devolvió gentilezas y me llamó para felicitarme por el día del periodista. Evidentemente, es un hombre informado y atento. El 9 de junio, Argentina le ganó 1-0 el bendito amistoso a Brasil en el debut de Sampaoli con un gol de Gabriel Mercado. A la semana siguiente, y ante el rumor de diversas ofertas por sus jugadores, el Muñeco expresó su postura: “No voy a cortarle la carrera a ningún futbolista que tenga la posibilidad de seguir evolucionando, tanto a nivel deportivo como económico, pero lo que sí les puedo decir a esos jugadores es que, salvo que sean clubes de primera línea en el mundo, no van a tener la posibilidad de estar en un club como este. River es demasiado grande para darse el lujo de ir a cualquier lado. Y si no, pregúntenles a muchos que se han ido y que siguen recordándonos”. El Muñeco es coherente: como jugador fue el último de su camada en irse del club, antes se marcharon Crespo, Almeyda y Ortega, entre

otros. Gallardo no se tiró a la pileta ante la primera oferta y recién se decidió por un club como Mónaco seis años después de su debut. Y volvió en 2003, con 27 años. Valora a River de verdad.

Aquel mismo 16 de junio, el médico Pedro Hansing informó en conferencia que Mora padecía una “necrosis aséptica de la cabeza del fémur, un infarto en el hueso por falta de flujo de sangre”. Anunció que lo operarían, con la intención de que pudiera volver a jugar. A la baja de Mora se sumaron un desgarro de Alonso en el sóleo y una distensión en el recto de Auzqui.

El 17 de junio, Boca goleó 4-0 a Aldosivi en Mar del Plata, y el día siguiente, Racing superó 3-2 a River en el Monumental y lo sacó de la pelea: quedó a 7 puntos de la cima con 6 en juego. Racing se puso 3-0 y descontaron Larrondo y Maidana al final. “Fue el peor partido del semestre, si hubiese tenido la posibilidad de meter ocho cambios, lo habría hecho”, no anduvo con vueltas el Muñeco.

El 20 de junio, Boca se coronó campeón en Bahía Blanca, en el hotel, viendo por TV cómo el escolta Banfield perdía con San Lorenzo. Benedetto, Pavón, Jara, Centurión, Tobio y el dirigente Juan Carlos Crespi —está en todas— salieron a festejar por los pasillos de hotel cubiertos con sábanas, recordando el descenso de River. Ese mismo día se supo que Germán Lux volvería al club a los 35 años, once después de haberse ido.

El miércoles 21 de junio, Boca empató 2-2 con Olimpo, y River le ganó 1-0 a Aldosivi con gol de Martínez Quarta, que un rato antes había sido informado de su *doping* positivo ante Emelec. Con este triunfo, River se aseguraba un cupo para la Libertadores 2018. Batalla fue la figura, y Maidana salió lesionado por un pinchazo —consecuencia del viaje a Australia— y pasó a ser duda para el cruce de ida de octavos ante Guaraní, a disputarse en trece días.

Esa misma noche, adelantándose a la jugada, con la cabeza siempre en diez cosas a la vez, con la sanción que se le venía a MQ, Gallardo suspendió la

conferencia de prensa, algo que no hizo casi nunca, y llamó a Javier Pinola desde el vestuario del Monumental.

—Escuchame, vos que rompés tanto las bolas, ¿querés venir a River, sí o no? —lo apuró el DT al defensor, quien venía haciéndole saber por medio de un conocido en común que se moría de ganas de vestirse con la Banda.

El Muñeco estaba caliente —como contamos páginas atrás— porque a fines de 2015 lo llamó para sumarlo y Pinola se tomó demasiado tiempo para responder. Y luego respondió que no. En 2017, el defensor había vuelto en muy buena forma de la fractura de tibia derecha sufrida el año anterior. El Muñeco lo había visto en vivo hacía muy poco, cuando fue la figura en el 0-0 ante Central que le cortó el envión a River. Hasta este llamado de Gallardo, Pinola deshojaba la margarita entre continuar en Central, ir a Racing o a Boca. El presidente de Racing había hablado con él mientras el de Boca lo había hecho dos veces con su representante (la segunda, para apurar).

Pero había un plus, una llamita del corazón que todavía iluminaba un sentimiento de infancia. Javier Horacio Pinola es hincha de River desde pibe por mandato familiar. Su abuelo paterno, Horacio Pedro Pinola, jugó de 10 en River hasta la cuarta división. Su padre, Jorge Horacio, fue arquero en el ascenso. De chico, en el colegio, Javier le ponía una franja roja a cualquier cosa que dibujara. Eso no lo contó cuando pasó a River, sino que lo hizo en 2004, en la revista *Viva*, en una nota con otros deportistas que repasaban vivencias de colegio. Era de ir al Monumental. Estuvo en la Sívori baja, parado los 90 minutos, viendo de cerca el gol de Crespo de cabeza ante el América, que le dio a River la segunda Libertadores.

Después defendió varias camisetas. Y cada vez que enfrentó a River (con Chacarita, Racing y Central) dejó el pellejo por ganarle, hasta hizo amonestar a Gallardo, exagerando una caída, en un 2-1 a favor de River en el Cilindro por el Clausura 2004 (está en YouTube).

—Claro que me interesa, Marcelo, me hablaron de Boca y Racing, pero

estaba esperando este llamado. Yo quiero ir a River, esta vez no lo dejo pasar —escuchó el DT y se le dibujó una mueca de satisfacción.

Unos minutos después, Marcelo Carracedo —el ex mediocampista de Estudiantes, Platense y Central, entre otros, representante de Pinola— se comunicaba con Angelici para anular la cita que habían pautado para el día siguiente con el objetivo de avanzar con la operación. Luego, el presidente de Boca bromearía con el alto promedio de edad de los refuerzos de River. En síntesis, por un día, o por unas horas, gracias al juego vertical del 10 de River (el Muñeco), Javier Pinola terminó en Núñez y no en la Boca.

El día posterior al 1-0 sobre Aldosivi, y a la noticia sobre MQ, se conoció un nuevo *doping* positivo, el de Camilo Mayada en su partido con Melgar, también por la misma sustancia: hidroclorotiazida, un diurético. Unos cuantos periodistas anunciaron irresponsablemente que en realidad había siete casos positivos, incluso dieron los nombres, y algunos de ellos ni siquiera habían sido sometidos al control. Pero este tipo de pseudoinformaciones se viraliza a la velocidad de la luz, y en un par de horas, el mundo River estaba convulsionado, inmerso en una gran bola de acusaciones, burlas e incertidumbre. Lo hinchas entraron en estado de shock. Un positivo más, y el club quedaba descalificado de la Copa.

Ese jueves 22 de junio, Gallardo, Francescoli y D’Onofrio se reunieron por varias horas en el Monumental para definir los pasos a seguir. Había que tomar muchas decisiones y rápido. Actuar sin titubear. Un rato antes, en el Hospital Italiano, habían operado a Rodrigo Mora. Para el presidente eran días movilizantes: el martes había sido asaltado por motochorros, tirado al piso y amenazado con armas de fuego y ese jueves fallecía su madre. Al mismo tiempo, la Conmebol anunciaba que se pasaba de 3 a 6 el cupo de refuerzos en la lista de la Libertadores para octavos de final. Era la única noticia buena en esos días de locos, en los que, además, Boca acababa de consagrarse campeón.

—¿Cómo están, cómo la ves? —le pregunté a un integrante del *staff* médico, con la condición del *off*.

—Dolido y muy amargado, no somos merecedores de un disgusto así, no se hizo nada fuera de lo normal. Aunque se trate de una contaminación, es muy grande el disgusto por los chicos, por el Míster, por nosotros y por todo River. Es muy grave acusar a un ladrón cuando no roba, a un homicida cuando no mata, y por más que don Julio decía “todo pasa”, para mi forma de vida y como profesional es un golpe bajo y artero muy duro.

—Me imagino. Espero que se aclare todo. Lo más importante es tener la conciencia tranquila.

—Sí, por más conciencia tranquila, el disgusto lo pasás. Dicen que lo que no mata fortalece, así que a seguir.

Tres días después, el mismo colaborador subió la apuesta.

—¡Y pensé que con el gas pimienta había visto todo! ¡Te plantan un muerto y te tenés que hacer cargo! ¿Dónde vivimos?

El viernes 23 de junio, Gallardo y el médico Pedro Hansing se sentaron frente a los periodistas durante 53 minutos en la sala de prensa de Rivercamp. Después de aclarar que solo habían recibido del Comité de Disciplina de Conmebol la información por dos muestras positivas, Hansing aseguró no sentirse culpable: “Tengo la convicción de que no he hecho nada diferente de lo que vengo haciendo en este último tiempo. En veinticinco años en el club no he tenido nunca un inconveniente, y conocemos perfectamente cómo son los procedimientos. No siento culpa, pero si mucha bronca por esta situación. Hay que afrontarla y por todos los medios encontrar una respuesta”.

El Muñeco, otra vez, se calzó el uniforme de líder y transmitió serenidad y confianza. “Quiero llevar calma al hincha, al socio de River y al público en general —fue lo primero que dijo después del “buenas tardes”—, han sido 24 horas bastante difíciles, de mucha preocupación e indignación, no solo por lo que ha sucedido sino por lo que se ha dicho, con muchísima liviandad, y eso

genera que se ponga en duda la integridad no solamente de los futbolistas, sino de todos los que integramos esta institución.” Se incluyó en el paquete, no se lavó las manos. Luego señaló que estaban juntando las pruebas necesarias para explicar lo sucedido y se centró en el perfil humano del conflicto: “Para nosotros es un problema, porque son dos jugadores muy importantes para nuestra conformación de equipo y porque son dos personas extraordinarias, eh, por eso mismo también nos genera esta angustia y dolor. Y nos toma en una posición en la cual la competencia pasa a ser un tema secundario, más allá de que atacaremos ese problema. Debemos proteger la integridad de nuestros jugadores, y en eso yo me quiero detener porque para mí es más importante la persona que cualquier resultado deportivo. Eh… Nada más”.

Clarito el mensaje. Primero, las personas, aunque no iba a dejar la Copa tirada. Gallardo creía que algún dirigente de peso lo acompañaría en la conferencia, pero estaban todos en el entierro de la madre de D’Onofrio, así que blanqueó que existía una propuesta seria para llevarse a Driussi por la cláusula, que había hablado con el jugador y tenía intenciones de aprovecharla. Afirmó que era una posibilidad la llegada de Enzo Pérez y que con Vangioni se había saludado en el vestuario, antes de jugar con Aldosivi, pero que no había chances concretas.

—¡Quiero jugar, necesito jugar! —contó el Muñeco que le respondió Lucas MQ un rato antes del partido ante Aldosivi, cuando le preguntó si estaba en condiciones de salir al campo en ese estado de conmoción por la noticia recibida. El Chino tiene personalidad, no es fácil de arriar y no tuvo ninguna duda. Por supuesto, antes averiguaron si estaban respaldados legalmente. “Opté por darle la chance de jugar, y fue el mejor premio para él, que jugara. Que metiera el único gol fue un momento de felicidad interna más allá de la injusticia que creemos que existe en este caso”, subrayó el Muñeco. Ese gol de MQ terminó sellando la clasificación a la Libertadores 2018. La

del Bernabéu.

En una de sus últimas frases, Gallardo se mostró dolido y esperanzador a la vez. Intentó que el mensaje final —un detalle comunicacional en el que suele reparar— fuera positivo. “Es uno de los días más difíciles para el mundo River —recalcó—, pero nos vamos a enfocar y nos vamos a hacer más fuertes. Estas injusticias nos van a retroalimentar para sacar fuerzas de donde sea, para seguir consolidándonos como grupo y pensar en lo que viene con la misma decisión con la que venimos trabajando hasta ahora.”

Para cerrar, una reflexión: el hilo, en el fútbol y en la vida en general, suele cortarse por lo más delgado. En cualquier otro club, al médico, seguramente, le hubieran sacado la roja, así no haya tenido responsabilidad en el *doping*. Es lo más fácil. En ese momento, o en seis meses, para disimular un poco. Acá, Gallardo no le soltó la mano. Se sentó junto a él en la conferencia, y Hansing hoy sigue siendo el médico del plantel. Lo hizo así porque confía en sus colaboradores. Y porque tiene espíritu de equipo. No piensa en salvarse solo.

Ante las versiones llegadas desde la Argentina y el malestar por la ampliación del cupo de modificaciones en la lista, todo Paraguay, encabezado por José Luis Chilavert, salió a ponerse en el papel de víctima y a reclamar. “River debería ser eliminado, D’Onofrio maneja la Conmebol”, bramó Chila. “Guaraní va a pedir la eliminación de River”, se sumó Marcelo Palau, capitán de Guaraní, que el día anterior había vencido 2-1 a Nacional de su país y finalizado segundo en el campeonato por la victoria de Libertad. “River tuvo este problema, metió presión y se cambió el reglamento para ampliar el cupo. Tenemos cara de tontos”, se sumó Daniel Garnero, DT de Guaraní.

El domingo 25 de junio, Boca festejó el título en su estadio con un 2-1 sobre Unión y, más tarde, River igualó 0-0 con Colón en Santa Fe, con Batalla como figura otra vez. Desde el anuncio de la contratación de Lux, el 1 de River se exhibió en gran nivel, como si se hubiera sacado un peso de encima. “Felicito a Boca, ha sido un justo campeón”, manifestó el Muñeco en

Santa Fe. Por supuesto le consultaron por el tema candente y evitó la disputa mediática: “Tenemos que pasar este momento sin manifestarnos en contra de la gente que quiere dañarnos, porque nos va a desenfocar de lo que tenemos como objetivo. Me da un poquito de tristeza que piensen así (Chilavert y Garnero), no tengo nada más para decir”. Y sobre el cierre, como tantas veces, fijó una postura optimista de cara al futuro: “Hemos salido de momentos difíciles en cuanto a lo extradeportivo (gas pimienta). Esta no será la excepción. Tenemos que buscar energías después de una semana muy difícil. Igual, jugamos dos partidos y no perdimos, más allá de lo golpeados que estábamos”. Por si acaso.

El 26 de junio, Driussi viajó a Italia para cerrar su transferencia al Zenit; Pinola y Lux firmaron su contrato; Scocco y Enzo Pérez quedaron muy cerca, mientras Mayada y MQ viajaron a Asunción con el vice Patanian para realizar el descargo. El viernes 30 de junio se casó Messi con Antonela Roccuzzo en Rosario, y en el Monumental se presentaron Lux, Pinola, Enzo Pérez y Scocco, todos hinchas de River de chiquitos. Cartón lleno.

El sábado 1º de julio se despidió Fernando Cavenaghi en un Monumental repleto. Jugaron Mercado, Vangioni, Demichelis, Kranevitter, Lanzini, Pisculichi, el Chori Domínguez y Saviola, entre otros, dirigidos por Ramón Díaz. Del lado opuesto, Hernán Díaz, Astrada, Aimar, Ortega, Francescoli y Gallardo, con Gallego como DT. Cavenaghi metió 4 goles, y Gallardo la rompió, convirtiendo un penal y clavando otra en el ángulo. Esa tarde, Scocco había sobresalido en su primera práctica, convirtiendo 3 goles para el equipo titular.

El partido homenaje a Cavenaghi, además del merecido adiós a un chico nacido en el club y que no había dudado ni un segundo en pegar la vuelta en el peor momento, sirvió para llenar de afecto y buenas energías al plantel y cuerpo técnico. “Hay que saltar, hay que saltar, nos vamos todos, a Paraguay”, cantó un Monumental colmado. Es decir, se le brindaba todo el

amor al ídolo que terminaba su carrera, pero también se empujaba desde la unión de todos, con esa gran convocatoria de futbolistas de renombre, a ese equipo que debía arrancar los octavos de Copa en unos días.

—Mismo ángulo y mismo arco del gol a Independiente en el 97. ¡Qué hermosa ovación! —le escribí al Muñeco, evocando aquel golazo del Apertura 1997, tras una devolución principesca de Francescoli.

—Gracias Dieguito! Siempre recordando parte de la historia. Abrazo.

Luego le mandé un mensaje por WhatsApp a Biscay sugiriéndole la posibilidad de considerar a Gallardo para la doble función (jugador y DT) y le pregunté cómo estaban de ánimo para el martes.

—Hola, Diego. Estamos bien, hoy una buena práctica con Scocco metiéndose en la dinámica del equipo. Pinola y Scocco parecen jugadores que venían entrenando con nosotros.

Hacemos un stop para referirnos al caso Scocco. En diciembre de 2012 le había hecho una entrevista para *El Gráfico*, en la que confesaba que de pibe era hincha de River, que su ídolo era Francescoli y que incluso lo tenía como póster en la habitación que compartía con su hermano Pablo. Con el tiempo, y defendiendo la camiseta, Nacho se hizo hincha de Newell's.

En enero de 2018 entrevisté otra vez a Scocco para la edición de febrero de *El Gráfico*, ya después de su primer semestre de ensueño en River. Llegué a escribir la nota, incluso. Nunca salió a la luz, porque la revista cerró sus puertas ese mismo mes. Así empezaba…

En 1994, con 9 años, gritó abrazado a su viejo y a su hermano el 1-1 de Gabriel Amato, que le brindó al River de Gallego el primer título invicto en la historia del club. Y disfrutó de su primera vuelta olímpica como hincha en el Monumental.

En 1996, con 11, volvió al mismo escenario, ahora de noche, para sufrir

hasta el último minuto el 1-0 del River de Ramón ante la Universidad de Chile, con aquel gol de Matías Almeyda que significó el pasaporte a la final de la Libertadores y que dos semanas más tarde pasaría a las vitrinas del club. Para la final no consiguió entradas: suele ocurrir cuando uno vive en el interior del interior del país. En este caso, en Hughes, provincia de Santa Fe.

En 1998, con 13, entró por el portón de Figueroa Alcorta con un amigo de la zona, le dieron ropa y se probó en Ciudad Universitaria con otros cientos de chicos: a su amigo le dijeron que volviera; a él, ni mu.

En 1999, con 14, fue uno más de los que lagrimearon con las lágrimas de Francescoli en su partido homenaje, no podía faltar a la cita con el tipo que le robaba suspiros desde el póster de la habitación.

En 2012, con 27, no necesitó sacar entrada: pisó el césped como futbolista profesional de Newell’s y se despachó con dos goles, para transformar un 1-3 ante el River de Almeyda en un 3-3 decepcionante para la multitud.

En 2013, con 28, volvió al Monumental para participar de un partido homenaje, pero esta vez desde adentro, invitado por su ex compañero el Burrito Ortega, mientras el DT de la casa, un tal Ramón, le quemaba las orejas y la cabeza hablándole de lo que significaba vestirse con esa banda roja y jugar con ese estadio a favor y no en contra.

En 2014, con 29, fue pedido al Sunderland inglés por un hombre que ya lo había relojeado como futbolista rival una década atrás y que estaba empezando un ciclo que haría historia en el club de toda su vida, pero en el tironeo con Newell’s salió perdiendo.

En 2015, con 30, no le importó demasiado que el Monumental se vistiera de fiesta para despedir al equipo que en breve partiría hacia Japón y otra vez lo embocó con una volea fenomenal que se clavó en el arco de la Sívori.

En 2016, todavía con 30 porque ocurrió unas semanas después de aquella función como aguafiestas, el DT obstinado y cabezadura volvió a insistir para tenerlo en sus filas. Hablaron por teléfono, se comunicaron sus deseos

mutuos de encontrarse bajo el mismo techo, pero, finalmente, Gallardo volvió a perder con Newell’s.

A mediados de 2017, con 32 años, su relación con el club en el que se formó no daba para más. Tomó una decisión: marcharse. Fue pedido por Independiente y también por San Lorenzo, a instancias de su amigo y ex compañero Belluschi. Debía decidir con cuál de los dos quedarse, pero Ignacio Martín Scocco tenía la convicción de que esa historia de amor y desencuentros con River merecía un final feliz. Había que convencer al DT despechado. Conocidos en común provocaron el acercamiento. Y el DT, que será cabezadura pero no rencoroso, aflojó.

Lo que sucedió después quedó a la vista de todos: fue el fruto de esos amores juveniles que no se concretan por años, ese primer beso que demora una eternidad. Nacho y River se encontraron de grandes, ya maduros, después de tanto histeriqueo y amague, cuando parecía que no había más tiempo para el amor, y echaron chispas en el primer contacto. Tardó 35 minutos en meter su primer gol y redondeó un semestre de 15 tantos en 22 partidos, un promedio demoledor de 0,68, con varios récords incluidos.

Eso escribí, sin entrar en detalles de cómo se provocó el acercamiento entre las partes. Lo dejé para el libro. Para este libro. Ahí va. Resulta que el representante de Scocco se comunicó con Juanito Berros, el abogado de Gallardo, para transmitirle que había tenido reuniones con la dirigencia de San Lorenzo e Independiente pero que Nacho quería jugar en River. Se lo contó a Gallardo; el Muñeco le bajó el pulgar: ya había recibido dos negativas.

A los pocos días, el domingo 11 de junio, Newell’s enfrentaba a Central Norte de Salta por los 32avos de final de la Copa Argentina en cancha de Unión a las 22 horas —la fecha del campeonato había sido postergada por la gira de la Selección—. Ya no estaba Diego Osella como DT de la Lepra, lo reemplazaba el interino Juan Pablo Vojvoda. Ganó Newell’s 4-1 con 2 goles

de Scocco. Al otro día sonó el móvil el Berros.

—¿Viste a Newell’s ayer? —le preguntó Gallardo.

—Sí, yo lo vi, ¿vos lo viste? Porque si lo viste, estás realmente muy mal —contestó Berros, rosarino, siempre muy atento a lo que ocurre en su ciudad, preocupado de que el Muñeco se pusiera a ver ese partido un domingo a las diez de la noche.

—¿Viste cómo cambia un equipo con otro técnico? Puso a varios pibes, jugó 20 metros más adelantado —entró en tema Gallardo, para ir luego al motivo real de su llamada— ¿Viste cómo se tiró Nacho Scocco a los costados, para un lado y para el otro?

Berros, que representa a Gallardo desde muy pibe, habla a diario con él, se junta a comer una vez por semana y le saca la ficha como pocos, captó enseguida el sentido de sus palabras. Parece que al Míster a veces le cuesta meter la marcha atrás. Berros cortó y llamó al representante de Scocco.

—Dame cinco días y te confirmo si Nacho puede llegar a River —le pidió Berros. A los dos días, charlando de fútbol, Berros otra vez volvió con la pregunta que ya le había formulado dos veces.

—¿Te interesa Scocco o no?

—¿Por qué me conocés tanto? —repreguntó el Muñeco.

Pusieron manos a la obra, y así llegó Scocco a River. Se despidió de la Lepra, ante Godoy Cruz, con todo el Parque de la Independencia ovacionándolo en el minuto 32 (su número).

Seguimos. Guaraní llegó al duelo con River con 5 triunfos seguidos en el campeonato paraguayo y sin caer de local en la Copa. El lunes 3 de julio se dispensaron dardos mediáticos los presidentes de ambas instituciones y se suspendieron las habituales cenas de camaradería. En medio de su peor sequía (7 partidos, 47 días), Alario volvía al estadio donde había convertido

su primer gol en River. Acompañaron a la delegación Enzo Pérez, Pipino Cuevas y Manu Lanzini. La noche previa al partido, Diego Benítez, gerente de Guaraní, subió a su cuenta de Twitter una foto con varios dirigentes y la siguiente frase: “Sin ellos brindamos mejor. ¡Los grandes no descienden!”.

El martes 4 de julio, con los debuts de Pinola y Scocco, River le ganó 2-0 a Guaraní en el Defensores del Chaco, con goles de Scocco de tiro libre —con desvío en la barrera— en el mismo arco donde había metido su gol bautismal Alario, a los 36’ del primer tiempo. Larrondo aumentó a los 42’ del segundo. Fue el cuarto triunfo consecutivo de visitante en la Copa, hecho inédito en la historia de River. El equipo: Batalla; Moreira, Lollo, Pinola, Casco; Ponzio; Pity, Nacho, Rojas; Alario y Scocco. Entraron Larrondo, Rossi y Auzqui. Al terminar el partido, la Conmebol mandó a los 18 futbolistas de River a realizar el control *antidoping*. Hubo que comer en los vestuarios y quedarse hasta tarde, incluso el Chino Rojas debió salir a caminar descalzo sobre el piso frío para que le llegara el reflejo y terminara de llenar el tachito dos horas después de finalizado el partido.

La conferencia de prensa posterior a aquel 2-0 fue magistral. Casi todas suelen ser atractivas, pero esta tuvo el plus de la circunstancia y de que algunos periodistas paraguayos lo interpelaron de modo agresivo.

—¿Lo que pasó te impide disfrutar de la victoria? Te noto un poco apagado —fue la pregunta de Gustavo Yarroch, de La Red.

—No —tajante—, porque estoy tranquilo más allá de que incomoda… —piensa— parecería ser una persecuta esto, pero, bueno, es lo que nos ha tocado vivir, por eso trato de darle el significado que merece. Después, claramente estoy muy feliz por el resultado, porque si algunos nos quieren ver claudicar, van a tener que hacer mucho más mérito. Hasta ahora, la fortaleza que hemos mostrado es para destacar. Estoy muy feliz, por ahí no lo manifiesto por fuera, pero por dentro tengo una sensación de tranquilidad y de bienestar, mis jugadores respondieron de la manera en que había que

responder, dentro del campo, con hombría, con carácter, con buena mentalidad.

—Dos preguntas: ¿volviste a hablar con Driussi? La otra: si hablás de reglamento y persecución, ¿creés que la decisión pasa por una cuestión demagógica? —consultó Fabián Godoy, de Radio Mitre.

—La entiendo porque reglamentariamente estaba estipulado, pero… es raro igual. De todas maneras, estamos tranquilos… Y en cuanto a la situación de Driussi, hasta la semana pasada estaba totalmente acordada su venta, pero se demoró, y ya el jugador tenía la cabeza en otro lado, por eso no juega. Yo tengo que ver los jugadores que están claramente eh… —Se queda mirando, hace un silencio, ve a dos periodistas paraguayos hablando, y uno se mete.

—Sí, la pregunta es…

—Estaba hablando —lo cortó Gallardo.

—La pregunta es…

—Estaba hablando, estaba hablando… —Y hace un gesto con la mano, enojado. —Y claramente con el tema de Driussi es una situación que se va a resolver en las próximas horas.

—¿Te hubiese gustado tenerlo esta noche?

—Sí, pero tenerlo bien, con la cabeza acá, no en otro lado, y eso no iba a pasar, porque el jugador ya estaba hacía varias semanas con esta posibilidad de irse —pareció criticarlo, se dio cuenta y entonces le tiró una flor porque realmente lo quiere mucho al Gordo—. Ha sido un jugador extraordinario para nosotros. Para mí, verlo crecer en estos años y que tenga la posibilidad de seguir desarrollándose en otro continente me llena de orgullo, pero su cabeza ya estaba en otro lado. ¿Cómo voy a utilizar a un jugador que ya no tiene la cabeza acá? Para algunos que se creen que esto es tan simple, uno trabaja con los futbolistas todo el tiempo y ve cómo se sienten, cómo están, en qué están pensando, hacia dónde se proyectan, y todo eso lo veo yo, lo hablo con ellos.

—Después de este tsunami, ¿qué te dejó más tranquilo y en qué creés que vas a tener que apuntalar al equipo? —consultó Néstor Sanmartino, de *El más grande*, una histórica audición partidaria.

—Lo que me deja más tranquilo es el temple que tuvimos para afrontar toda esta situación adversa. Estoy comandando un grupo de hombres que, más allá de todo lo que hemos vivido, no se ha quebrado, no ha mostrado debilidad. Vamos a seguir siendo competitivos, vamos a ganar y a perder también, pero con una fuerte personalidad.

—¿Sienten liquidado el pleito? ¿Y qué fue lo que más le molestó de las declaraciones de los dirigentes de Guaraní? —preguntó un colega paraguayo.

—No, yo no pienso responder a ningún tipo de declaración que hayan hecho sus dirigentes, no voy a perder tiempo en eso, sí me enfoco en lo que hemos hecho hasta ahora. Liquidado, no, para nada.

—¿Por qué dejaron a Mora en la lista de buena fe? —le preguntó Gustavo Gallardo, de otra audición partidaria.

—Hola, tocayo —metió un toque de humor—. Es simbólico, sí, es un jugador que ha estado desde el inicio con nosotros, y si podemos mantenerle la plaza, se la vamos a mantener, porque es parte de nuestro espíritu grupal… En este momento difícil que está pasando, está con nosotros —cerró, con ese gesto que sintetiza la fortaleza de los grupos que sabe armar tan bien el Muñeco.

—Felicitaciones, Pollo, ¡qué personalidad tuvo el equipo! ¿Vos también tuviste que mear? Espero no tengan para mucho tiempo más ahí. Abrazo! —le dije vía WhatsApp a Buján, apenas terminada la conferencia.

—Hola, Diego. Lo lindo es que los que llegaron ya se metieron en la mística del grupo, una tarea menos para hacer. Acá tenemos para rato, no sé si podremos volar hoy. Abrazo grande!

El día siguiente, el Chori Domínguez admitió que tenía todo arreglado con la directiva para volver a River pero que Gallardo le había bajado el pulgar.

El cuerpo técnico posee un *software* con el que consigue videos y datos de los jugadores de todas las ligas del mundo, y a los 36 años, el Chori solo había disputado dos partidos completos en la última temporada. El club está por encima de todo. Ese es el lema.

La revancha con Guaraní quedó para después de las vacaciones. Volvían a juntarse el 17 de julio. El día anterior le escribí a Buján para preguntar por novedades y desearle una buena pretemporada.

—Qué hacés Diego, muchas gracias! Aquí aprontando todo, preparando la mochila como si fuese para el colegio con los útiles, ¿viste? Ya con ganas de arrancar mañana el segundo semestre, ahí estamos en contacto cualquier cosa que vaya surgiendo.

Ahí estamos.

Pagarés

Un pagaré es un documento contable que contiene la promesa incondicional de una persona —denominada suscriptora o deudora— de que pagará a otra —llamada beneficiaria o acreedora— una suma determinada de dinero en determinado plazo de tiempo.

Es la definición que uno encuentra en internet con dos clics.

Para los Sub 30, y hasta para los Sub 40, “pagaré” es una palabra utilizada por algunos periodistas cuando el River de Gallardo le gana a un rival al que no vencía hacía mucho. No sabrán que, hace un tiempo, esos papelitos de color por lo general azul servían como resguardo legal de una deuda a cobrar.

El primero en usar el término “pagaré” en el fútbol fue Alberto J. Armando, presidente de Boca en las décadas de 1960 y 1970. En 1963, su equipo le ganó 1-0 a River en el Monumental, con gol de José Sanfilippo, y le arruinó la chance de ser campeón. River e Independiente compartían la cima en la anteúltima fecha, cuando Boca se impuso en el superclásico y el Rojo hizo lo propio con Argentinos. En la fecha final, ambos ganaron sus encuentros, y River, otra vez como en esos años, terminó segundo. “Teníamos un pagaré de hace treinta años y hoy lo cobramos”, se jactó, vengativo, Armando. Recordaba el mal trance que le había hecho pasar su rival de toda la vida en la última fecha del campeonato de 1933, cuando Boca llegaba a la última fecha con un punto de ventaja sobre San Lorenzo: el Xeneize cayó en el viejo estadio de River, de Alvear y Tagle, por 3-1, con 2

goles del gran Bernabé y uno de su tocayo Nolo Ferreira, y el Cuervo superó 1-0 a Chacarita y se coronó campeón por primera vez en el profesionalismo. Treinta años después, el presidente de Boca pagó esa deuda. Ese era el sentido de la frase.

En la última fecha del Nacional 69, Boca igualó 2-2 con River en el Monumental, se coronó campeón y dio la vuelta olímpica. Fue la recordada tarde en que se abrieron los grifos del estadio para que la fiesta del enemigo no se prolongara demasiado. Hugo Santilli era por entonces un joven socio que integraba la Asamblea de Representantes. En diciembre de 1983 sería elegido presidente con tres objetivos futboleros muy firmes en su cabeza: ganar un nuevo campeonato local, dar la vuelta olímpica en la cancha de Boca y conquistar por primera vez la Copa Libertadores de América. Logró las tres y también otra que no se había propuesto: la Copa Intercontinental (hoy Mundial de Clubes), que aún es la única en las vitrinas del club.

—River ya había salido campeón, y nosotros íbamos a dar la vuelta en la Bombonera. Yo dije que había que levantar ese pagaré histórico del 69 —me recuerda Hugo Santilli, hoy, a los 79 años, asiduo concurrente a la platea San Martín—, porque, además, Armando era un tipo que vivía burlándose de los hinchas de River. Una vez entró al Monumental y pateó un penal con el arco vacío y lo gritó de cara a sus hinchas. Esa semana previa al partido del 86, hubo todo tipo de presiones para que no diéramos la vuelta. Primero me llamó Rodolfo O'Reilly. "¿Vos me hablás como secretario de Deporte o como hincha de Boca?", le pregunté. Después, Julio Grondona. Le consulté qué haría él si se tratara de su equipo. "Yo daría la vuelta, pero nunca digas que te lo dije", me respondió. Y por último, el ministro del Interior diciéndome que me hacía responsable si había incidentes. Le contesté que el responsable de la seguridad era el local. Algunos jugadores de nuestro plantel dudaban de dar la vuelta o no. Les dije: "Muchachos, ustedes decidan porque son los que salen… pero les aclaro algo: el que no dé la vuelta olímpica no

juega más en este club. Ah, y la damos antes del partido, porque después no nos van a dejar”.

Lo que ocurrió es conocido: River dio la vuelta, o media vuelta en realidad, porque enseguida empezaron los piedrazos. Luego ganó 2-0 con dos goles de Alonso, el primero de ellos con la famosa pelota naranja.

Cuando, a comienzos de los años 2000, Matías Patanian se sumó a la política de River integrando el espacio de Hugo Santilli, escuchó la frase más de una vez en boca del ex presidente. Y la desempolvó, ya como vice de D’Onofrio, cuando River eliminó por primera vez a Boca en un cruce directo internacional (Sudamericana 2014). Patanian tocó el tema en una de las sobremesas que comparten el cuerpo técnico, Francescoli y un par de dirigentes el día anterior a los partidos, y con el correr del tiempo, la palabra “pagaré” pasó a formar parte habitual de esas tertulias. Luego comenzó a plantearse como un desafío: “Hay que levantar este pagaré”. De hecho, cuando River le ganó a Boca la Supercopa 2018, el propio Gallardo manifestó en conferencia de prensa: “Como dice un amigo, hemos saldado otro pagaré. No sé si queda alguno”.

Más allá de algunos pagarés menores que se le acumulaban al propio Gallardo en su ciclo —ganarle a Patronato en Paraná o a Defensa y Justicia en Varela—, aquí vamos con un repaso de las deudas realmente históricas que se fueron saldando y también con algunos récords del club alcanzados en este ciclo, por orden cronológico.

- Eliminó a Boca por primera vez en un cruce directo internacional, después de haber caído en los 3 únicos hasta entonces: semifinal Supercopa 1994, cuartos de final Libertadores 2000 y semi Libertadores 2004. Lo hizo en la semifinal de la Sudamericana 2014. Luego repitió en octavos de la Libertadores 2015.
- Llevó a River a una final internacional tras once años (de Sudamericana

2003 a Sudamericana 2014).

- Ganó por primera vez la Copa Sudamericana en 2014, después de 9 intentos fallidos (había sido finalista en 2003 y semifinalista en 2007).
- Ganó por primera vez de manera invicta una Copa internacional de más de dos partidos. Fueron 8 triunfos y 2 empates en la Sudamericana 2014.
- Con esa Copa Sudamericana 2014 conquistó un título internacional después de diecisiete años, cifra máxima de sequía para el club desde que ganó su primera Copa (1986).
- Obtuvo por primera vez la Recopa Sudamericana, ante San Lorenzo, en 2015, después de dos intentos frustrados (Vélez en 1997 y Cruzeiro en 1999).
- Primer título internacional ganado de visitante: Recopa 2015, en cancha de San Lorenzo (de los 6 anteriores, 5 los había ganado de local y 1 en Japón, territorio neutral).
- Superó por primera vez a Cruzeiro, su bestia negra en el continente, en un mano a mano. Había caído en 5 series, incluyendo 3 finales (Libertadores 1976, Supercopa 1991 y Recopa 1999). Además había perdido en sus 5 visitas al Mineirão, con 13 goles en contra y solo 1 a favor. Le ganó 3-0 en el Mineirão y clasificó a la semifinal de la Libertadores 2015.
- Primer equipo en la historia en ser campeón de las 3 Copas de Sudamérica al mismo tiempo: Libertadores, Sudamericana y Recopa. Ostentó esa triple corona entre el 5 de agosto (ganó la Libertadores) y el 9 de diciembre de 2015, en que Independiente Santa Fe obtuvo la Sudamericana 2015.
- Ganó la Suruga Bank por primera vez en la historia de River.
- Bicampeón de un torneo internacional por primera vez en la historia del club: Recopa 2015 y 2016.
- Ganó por primera vez la Copa Argentina en 2016, tras cuatro

participaciones fallidas, sin necesidad de una sola definición por penales.

- Logró por primera vez en la historia 4 victorias consecutivas como visitante en la Libertadores: DIM, Emelec, Melgar y Guaraní (2017).
- Por primera vez en la historia un futbolista metió 5 goles en un mata-mata de Copa (Scocco, en el 8-0 a Wilstermann); hacía diecisiete años que no se levantaba un 0-3 en la Libertadores.
- Primer bicampeón de la Copa Argentina (2017), otra vez sin definición por penales.
- Récord de victorias consecutivas en una misma competencia en el profesionalismo: 16, en Copa Argentina.
- Campeón de la Supercopa Argentina por primera vez, tras dos intentos fallidos (2015 y 2017) ante Boca, en 2018.
- Emparejó el historial con Boca en clásicos que definieron un título (Supercopa 2018).
- Récord de partidos sin perder en la historia de River: 32 (24 de febrero a 19 de octubre de 2018, del 0-1 ante Vélez al 0-1 frente a Colón).
- Récord de valla invicta en la historia de River: Franco Armani (965’), superando la marca de Amadeo Carrizo de 1968 (769’) y quedando como la 2ª mejor en la historia del fútbol argentino (la de Barisio, con 1.075’, es la primera).
- Primera vez que vence a Racing en un mano a mano internacional tras haber sido eliminado en la Supercopa 1988, Libertadores 1997 y Sudamericana 2002. Y primera vez que le gana en la Copa Libertadores, tras 7 encuentros sin poder hacerlo. Fue 3-0 en Libertadores 2018.
- Eliminó a todos los grandes en cruces directos de copas internacionales: Boca (2), Independiente, Racing y San Lorenzo (1).
- En 2018 llevó a River al primer puesto de la tabla histórica de la Copa Libertadores: más puntos (588), más partidos ganados (167) y más goles

a favor (561) que el resto de los 207 participantes.

- Ganó dos clásicos consecutivos en la Bombonera después de veinticuatro años (1994). Fueron 3-1 (2017) y 2-0 (2018).
- No necesitó de una sola definición por penales en los 29 mano a mano de los 9 títulos que ganó.
- Ganó la primera Copa Libertadores fuera del Monumental (las de 1986, 1996 y 2015 se definieron de local).
- Máximo DT ganador en la historia de River, con 9 títulos, igualando el récord de Ramón Díaz en el club y de Carlos Bianchi en Boca, solo que en menos tiempo: cuatro años y medio, contra siete de Ramón y seis y medio de Bianchi.
- Con la Libertadores 2018 quedó al frente en el historial con Boca de clásicos que definieron un título: 2-1.
- En 2019 superó los cuatro años y medio del primer mandato de Ramón Díaz en el club, y ahora va por los seis años y medio de Ángel Labruna (1975 a mediados de 1981). Si cumple su contrato (diciembre de 2021), llegará a los siete años y medio, y habría que ir hasta la década de 1950 con José María Minella para encontrar otro ciclo más longevo en el club.

— 5 —
2017
Segundo semestre

Si el final del primer semestre de 2017 tuvo el mazazo por los *dopings* de Mayada y Martínez Quarta, el final del segundo semestre de 2017 no se quedó atrás, con la peor derrota de todo el ciclo Gallardo: el 2-4 ante Lanús que sacó a River de la Libertadores, cuando ya tenía un pie en la final. La conquista de la Copa Argentina en diciembre le permitió a Gallardo cerrar el año con un trofeo más y al mismo tiempo terminó brindándole la posibilidad de una resurrección definitiva en marzo del año siguiente: la Supercopa ante Boca.

El mercado de invierno resultó una bisagra para River. Se sumaron Lux, Scocco, Enzo Pérez, De la Cruz, Saracchi, Santos Borré y Barboza —cuyo pase pertenecía al club—. El Muñeco dejó de contar con Driussi, Alario, Arzura, Mina, Solari, Bertolo, Domingo y Alonso. Un recambio masivo: llegaron 7 y se fueron 8.

El 17 de julio, River arrancó la pretemporada en Ezeiza. Un día después, Ponzio mandó una señal de optimismo: “Marcelo no nos demuestra que este será su último semestre”.

El 19 de julio, el plantel embarcó hacia Orlando para una pretemporada corta. Sampdoria ofreció 5 millones de dólares por MQ, propuesta que fue rechazada. “Gallardo es el plan A, el B y el C”, declaró D’Onofrio para despejar cualquier duda sobre la búsqueda de un sucesor. Del presidente para

abajo tenían una instrucción terminante: no tocarle a Gallardo el tema de su continuidad. Ni en serio ni en broma. Era la mejor estrategia si aspiraban a que siguiera.

En los Estados Unidos, el Muñeco le dio una nota a cada uno de los enviados especiales, un rito que repitió en todas las pretemporadas hasta la de enero de 2018, en que se cansó —y dio una sola—. Dejó conceptos profundos.

- “Creo que la mentalidad es más importante que la táctica. Porque eso es lo que te sostiene en los momentos en que por ahí el juego no fluye con naturalidad. Y es duro, eh, porque cuando claudica uno, claudican dos y claudican tres, y ahí no te sostenés en los difíciles.”
- “Lo más duro que me tocó vivir siendo entrenador de River, lo único que no pude solucionar, fue lidiar con la muerte de mi madre: eso no tenía solución. A todo lo demás le encuentro arreglo, o por lo menos trato de encontrárselo.”
- “El éxito, muchas veces, confunde. Y a mí lo que no me pasó fue confundirme, porque me lo hubieran hecho saber, y yo no me hubiera sentido cómodo.”
- “Nací con esta exigencia y me gusta, es parte de mi personalidad, de mi mentalidad. Tengo el ADN de ganar. Y cuando vos tenés ese ADN, después la derrota es más frustrante todavía, te golpea mucho más.”
- “Como padre me gusta dedicarles a mis hijos el tiempo necesario para poder estar, como estuvieron mis viejos conmigo. Es una conducta de vida. Siempre les voy a agradecer a mis viejos porque, con todas las dificultades, estuvieron ahí al lado, acompañando.”

El 25 de julio le escribí a Marcelo. La maravilla del WhatsApp: une Buenos Aires con Orlando apretando una tecla.

—Hola, ¿todo bien? Se te ve muy relajado a la distancia, me parece que lo estás disfrutando. Ayer me puse a hacer cuentas: llevás dieciocho años y medio de tus 41 en River, o sea el 45% de tu vida. Ahí va mi detalle.

Y le mandé un apunte casero en el que destacaba sus tres etapas como jugador: enero de 1989 a junio de 1999 (diez años y medio), junio de 2003 a diciembre de 2006 (tres años y medio), enero de 2009 a junio de 2010 (un año y medio), y como DT, desde junio de 2014 hasta junio de 2017 (tres años). Es decir, dieciocho años y medio de 41: 45%.

—Jajá! No dejás de sorprenderme con tus datos, Diego. Impresionan! La verdad que estoy disfrutando, con el mismo compromiso de siempre, pero con una cuota de disfrute diferente a los semestres anteriores.

Enseguida le escribí a Buján con el mismo machete de los dieciocho años y medio y para ver qué percepción tenía.

—Hola, Pollo. A Marcelo lo veo disfrutando y relajado como nunca. Los dirigentes lo están mimando como a un bebé y se los ve contentos a ustedes. No pierdo la ilusión de que siga todo. ¿Estoy muy alejado de la realidad?

—En Disney, estamos, Diego. Contentos, el lugar de entrenamiento, el hotel, la comida, está todo espectacular. Respecto al DT, sí, es así, lo único que no le gusta es que le nombres la palabra “relajado”.

Antes de regresar no podía faltar la foto grupal, ya transformada en un rito: 53 personas, entre futbolistas, cuerpo técnico y allegados. “La fuerza del lobo está en su manada”, tuiteó debajo de la foto Sandra Rossi, citando una frase de Rudyard Kipling, autor del legendario *El libro de la selva*, y que Phil Jackson ya había utilizado para explicar el éxito de sus Chicago Bulls. “No se trata de los individuos, este es un juego de equipo. Los lobos tienen que apoyarse en la manada para conseguir lo que necesitan. Esa es la regla de la jungla, tan vieja y verdadera como el cielo”, razonaba en un video el propio Jackson, que por las dudas se había asegurado los servicios del Rey León (Michael Jordan).

En esa sintonía declaró el Muñeco el 5 de agosto en la conferencia de prensa previa al arranque oficial de la temporada: “Lo que no debemos perder es la humildad con la que nos hemos mantenido en estos años, ese ha sido uno de los puntos principales para sostenernos”.

El 8 de agosto, River igualó 1-1 ante Guaraní en el Monumental y se clasificó a cuartos de la Libertadores. No lo pasó bien. Arrancó 0-1 y lo empató Pinola a los 6’ del segundo tiempo, aunque Alario —con 8 partidos sin convertir— lo gritó como propio. Debutaron Enzo Pérez y Germán Lux, quien había defendido por última vez la camiseta en 2006. El Muñeco puso 5 volantes, con el Pity más adelantado, y un solo delantero neto: Lux; Moreira, Maidana, Pinola, Casco; Ponzio, Enzo; Nacho, Pity, Rojas; Alario. Entraron en el segundo tiempo Scocco y Auzqui. Al día siguiente operaron a Larrondo de un síndrome meniscal (séptima lesión).

Con Enzo Pérez habían convenido que jugaría entre 45 y 60 minutos. Salió a los 69’, y tuvieron que darle 5 puntos de sutura debajo de la rodilla derecha por un planchazo de Robert Rojas al inicio del partido. El Sicario, sí. “Debutar en River fue una emoción porque me había tocado vivirlo desde afuera, como hincha. Son momentos muy lindos que uno se va a llevar para siempre”, se emocionó el mendocino.

La historia sobre el origen de su nombre se conocía hacía varios años. Pérez nació el 22 de febrero de 1986, dos sábados después del golazo de chilena de Francescoli a Polonia, y papá Carlos, fana de River y de la pelota bien tratada, le puso Enzo en su honor. En noviembre de 2010 organicé el encuentro entre ambos Enzo para una nota en *El Gráfico*. Se habían cruzado una sola vez, muy rápido, cuando Astrada era el DT de Estudiantes y se lo presentó a la pasada. En esta ocasión, la cita fue en una de las canchitas del Country de City Bell, donde más tarde jugaría Marco Francescoli —hijo del Enzo mayor— en la Reserva. El encuentro duró una hora, y pude observar nítidamente cómo Pérez, de 24 años, miraba y escuchaba embobado a su

mentor. Al final, incluso, le pidió un autógrafo en una lámina de *El Gráfico* que había llevado. Allí mismo me enteré de que el mendocino también le había puesto Enzo a su hijo, nacido justo el día en que ganaron la Libertadores con Estudiantes el año anterior. Enzo se moría por jugar en River. Su sueño terminó concretándose siete años después, con Francescoli como director deportivo.

Volvemos al presente. Tras el partido, le pregunté a Marcelo cómo lo había visto.

—Hola Dieguito! Hay que ajustar la máquina después de un buen laburo, afinar motor y empezar a rodar, pero va a ser un buen auto este. Abrazo! —resumió, con su gusto por los paralelismos.

Buján agregó un par de fundamentos futboleros.

—Partido incómodo, porque jugamos mucho tiempo en campo nuestro y tenemos un equipo para jugar en posesión y en campo rival. En los comienzos de los semestres siempre nos costó ir acomodando las piezas, fijate en los anteriores.

A los dos días, se conoció que el rival en cuartos era Jorge Wilstermann, que había eliminado al Atlético Mineiro, igualando 0-0 en Brasil. Whatsapeé a Buján.

—¡Hola, Pollo! Hace mucho no levantan un pagaré. Ya sabés cuál es el próximo, ¿no? ¿Te suena?

(Y le mandé una foto de Roberto Mosquera, DT de Wilstermann y ex DT de Juan Aurich, al que River no había podido vencer en la Libertadores 2015.)

—Dos jugados, dos empatados —contestó, con certeza.

El 11 de agosto mantuvimos con Marcelo el primer encuentro “informal” para la realización de este libro, aunque debí superar algunos obstáculos durante la charla, como está relatado en la introducción. El texto que sigue fue lo primero que escribí de este libro, un par de semanas después de aquella

cita. Luego le modifiqué algunas cosas, lógicamente.

CUATRO HORAS

Cuando bajé de su departamento, miré el reloj, y noté que eran las seis de la tarde, comprobé que acababa de romper mi récord de charla continuada con Marcelo. Ni cuando le hice la nota de las 100 preguntas para *El Gráfico* (febrero de 2014) ni en ninguna de la docena de encuentros que mantuvimos para la realización de su biografía —que todavía no sabríamos que sería "la primera parte" de su biografía— ni tampoco en el par de ocasiones en que nos juntamos a almorzar o tomar un café sin agenda periodística establecida, habíamos superado ostensiblemente las dos horas de charla. Esta vez duplicamos. Fue una jornada rebosante de apuntes, como me había sugerido Marcelo que encaráramos este segundo libro, más relajados, menos estructurados. Fue el lluvioso viernes 11 de agosto de 2017, tres días después del debut oficial de River en el semestre. Se trató de un particular periplo que se inició a las dos de la tarde en la sobremesa que cotidianamente comparte el cuerpo técnico en Ezeiza, que continuó en su camioneta recorriendo el trayecto hasta su hogar, con una escala en el colegio de su hijo menor Santino, para prolongarse con un café preparado por el propio DT y saboreado en la mesa del living. Concluyó con una charla de pie y con la mochila ya al hombro, recordando un instante crucial de su vida deportiva.

Ya lo estamos repasando.

Marcelo me mira de refilón cuando ingreso al nuevo comedor de Rivercamp y aunque está con la cucharita en la mano, llevándose a la boca unos trozos de su ensalada de frutas, enseguida se levanta para saludar.

—¿Comiste? —me pregunta Biscay.

—Sí, ya piqué algo —miento, un poco porque me da vergüenza y otro

porque todos están terminando el postre y tenía intenciones de tomar apuntes. Y no es sencillo escribir y zamparse el menú de ocasión en quince minutos al mismo tiempo.

—¿Qué picaste? —se mete Marcelo, con las antenitas paradas.

—Algunas galletitas, un alfajor…

—¿Qué tal es el *catering* de prensa? —prosigue indagando el DT.

—Acá bien, hay café, galletitas, agua. Después, en los partidos, debo admitir que el *catering* de Boca es mejor que el de River.

—¿En cantidad o en calidad? —se pone en guardia.

—En ambas.

Se hace un silencio de unos minutos y se inicia una nueva conversación en el otro extremo de la mesa. Marcelo termina la ensalada de frutas, se limpia la boca y de golpe gira la cabeza a su derecha, donde me ubiqué, entre él y Biscay, en el ángulo.

—¿Ayer fuiste a cubrir San Lorenzo-Emelec?

—No.

—¿Y cómo es el *catering* en San Lorenzo, también es mejor que el de River? —me pregunta, con más bronca que ironía, fastidioso de que su club no haga punta también en el servicio gastronómico. Es sabido que un periodista deportivo sería capaz de matar a la madre por un par de sánguches en el entretiempo.

Ya conocido el rival en cuartos, el tema de la altura es inevitable.

—Después de perder 2-0 contra Independiente del Valle, en Quito (2.800), declaraste que la altura los había afectado más ahí que en la Paz (3.600).

—Pude haber dicho eso, pero no fue tanto la altura, sino que no estábamos bien preparados mentalmente para jugar ese partido. Eso falló. Los dos goles de ellos vinieron por errores groseros nuestros. Y por esos mínimos errores te quedás afuera, porque acá después tuvimos 16 situaciones de gol y pudimos embocar una sola. Esa vez en Quito no jugamos con la mentalidad con que lo

hicimos tantas veces, subestimamos el partido, como descontando que de cualquier manera terminaríamos clasificando nosotros. Nos tiene que servir de lección. Ir a jugar ahí con mentalidad —y se toca la sien con el dedo índice, como si todavía le durara la calentura.

—Aquella vez mandaste a Alario al banco y sorprendiste. Se dijo que Lucas había tenido problemas disciplinarios.

—Nada que ver. Lucas estaba en bajo nivel, y además había sufrido mucho la altura contra The Strongest, en la primera fase; en cambio, Alonso se adaptaba bien la altura. Esa vez jugamos con cinco volantes. A ver, déjame pensar: Barovero; Mercado, Maidana, Balanta, Casco; Ponzio, Domingo; Mayada, D'Alessandro, Driussi y Alonso de punta, sí, jugamos así. —Confirmado tras consultar en la web.

—En el Monumental tampoco pusiste a Alario.

—Porque estaba bajo, ya te digo, y esa noche Alonso jugó un partidazo, bajó un montón de pelotas, pero fue un partido increíble, de esos que se dan una vez cada tanto. Así y todo, estuvimos muy cerca de revertirlo.

—El gol igual lo metió Alario.

—Sí, lo metió Alario —me contesta y me clava la mirada.

Repasando postales coperas del pasado, se viene a la mente la Libertadores 1996, al mando de un inexperto Ramón Díaz que recién comenzaba en la profesión. Un comensal, al que le perdonaremos el nombre, acerca una anécdota.

—¿Se acuerdan de aquella vez que Ramón mandó a la cancha a un jugador, ya al final del partido, para hacer tiempo, y el jugador lo miró y le dijo, con el dedito: "No, no, no, yo no entro?" —lanza uno, mientras el resto trata de acordarse quién había sido el rebelde.

—¿A vos te pasó algo así como DT?

—No, no… por ahora no —responde, sonriente, y todos sabemos que no le va a pasar.

La sobremesa se va extinguiendo en un clima de amigos de colegio que se hacen chistes y se ríen por pavadas. Antes de salir, Marcelo —remerita de manga corta que deja ver en el brazo dos tatuajes pequeños de cuando era jugador, jean moderno con agujeros, zapatillas sin cordones— se pone la campera gris, recoge su ataché de cuero y me invita.

—Estás a pata, ¿no? Te acerco.

Y obviamente le contesto que sí: necesito salir de Ezeiza, pero más que nada necesito tiempo de charla a solas para exprimirlo. Al encarar hacia los autos, lo cargan a Biscay, que ha tenido una escala técnica en el baño, y al profe Dolce, por su campera de lana, no muy aggiornada a los dictados de la moda —el profe es de Colonia Barón, un pueblo de 2.800 habitantes de La Pampa—. Cuando abro la puerta del acompañante en la camioneta color negra —el auto anterior también era negro, parece ser su color preferido para los vehículos y para las camisas—, me encuentro con un vaso de plástico tirado en el piso y una bolsa de papel madera, de las que te dan en las casas de comidas rápidas.

—Siempre cuando estoy por mandar a lavar el auto, esto se desordena un poco, tirá todo para atrás —se disculpa enseguida. (¡Que sea la última vez, eh!)

Al salir del predio, baja ambas ventanillas. La derecha —la mía— para saludar a los encargados de seguridad, y por el lado izquierdo asoma una sola persona, una chica de unos 20 años con una foto en la que ella misma ha sido retratada con Gallardo. Le pide la firma. Y también una nueva foto, porque esa que reveló salió movida.

—Dale, pero mejor dame el teléfono que saco la foto yo, que es más fácil —soluciona Marcelo, viendo que la chica no encontraba el ángulo ni la luz para que saliera bien la *selfie* desde afuera hacia adentro, y con la mano derecha, a la altura de la radio, el Muñeco saca la foto, con una dirección aconsejable y de adentro hacia afuera. Luego firma la foto anterior.

—Salió borrosa, me parece que moviste la cámara —le comenta sobre la foto impresa, antes de despedirse, siempre perfeccionista.

—Es que estabas apurado, Marcelo —le contesta, y el DT sonríe con naturalidad. Saluda y se va.

Y esto, vale repetirlo, porque ya lo viví en muchas oportunidades: Gallardo es muy respetuoso con los pedidos de la gente. Responde mirando a los ojos, atento a lo que le dicen, casi siempre ofrece unas palabras, un comentario, no como si fuera víctima de un trámite indeseable. Aunque se trate del hincha más ignoto. He visto a muchos futbolistas y entrenadores menos solicitados que Gallardo firmar una camiseta o sacarse una foto mirando para otro lado, como si prefirieran no estar allí. La actitud del Muñeco es la misma que se le observa al llegar o salir de los aeropuertos u hoteles en el interior y exterior del país: se lo ve saludando o firmando camisetas con una sonrisa. Siempre con una sonrisa.

Después de un par de comentarios sobre la actualidad, saco mi carpeta y mi grabador para comenzar a saciar mi sed de 500 o 600 preguntas, y Marcelo me frena y me dice que no está seguro de hacer el libro —como está contado en la introducción—. Acuso el golpe, pero trato de disimularlo, y al final de la jornada sentiré que pude dar vuelta la taba.

Mientras avanzamos por la General Paz escuchando música de diferentes autores, Gallardo recibe un llamado. “No, en serio, no empecemos con esas cosas”, se lamenta.

—Hubo una amenaza de bomba en River, están desalojando —me pone al tanto. Me pregunta dónde quiero que me deje.

—Vos seguí con lo que tengas que hacer, te acompaño hasta tu casa —le propongo, con la idea de aprovechar el mayor tiempo posible para volver al ataque, apenas se divisen condiciones favorables.

—Bueno, vamos primero a buscar a Santi al cole y después seguimos para casa —me informa.

Santi es Santino, su hijo más pequeño, cosecha 2005. Llegamos, deja el auto en el estacionamiento y me pide que lo espere. Al ratito lo veo venir abrazado a su hijo, como un padre más del colegio.

—¿No te vuelven loco con los autógrafos?

—No, ya están acostumbrados, vengo acá desde que estudiaba Nahuel.

Rumbeamos para su casa, y vuelve a sonar el teléfono. Es Alejandra Geraldine, su mujer. “Hola, sí, sí, ya lo tengo a Santi en el auto, dice que le fue bien en la prueba de inglés”, explica, contento, y pide que le pase con Matías, su hijo del medio, que juega de enganche en la Novena de River y que pasará a ser objeto de cada transmisión de TV en 2018, cuando juegue en la Octava, sea alcanzapelotas al lado del banco de suplentes y reciba el beso de su papá en cada ingreso al campo de juego.

—Hola, Chinote, ¿cómo salieron? —le pregunta de arranque y, luego de la respuesta que no escucho, continúa—. ¿Y cómo jugaron, bien o mal? ¿Como Arsenal? Ah, bueno, entonces muy bien no jugaron.

Marcelo sonríe y después de unos minutos corta y me explica.

—Jugaron contra Temperley y empataron 0-0 en la auxiliar de River. Eso fue por AFA, ahí el Chino es suplente; en el equipo que juega en Liga va de titular. En Liga tienen un 9 colombiano que hace la diferencia y mete muchos goles —detalla, y uno se imagina a ese colombiano en algunos años asomando en la Primera, y a Gallardo sabiendo de su recorrido desde que se inició.

—¿Y por qué juegan en la auxiliar del Monumental y no en Ezeiza? —le consulto.

—Porque todavía queda por terminar la segunda parte de las remodelaciones del predio para que las inferiores puedan jugar ahí los días de semana, cuando nosotros también entrenamos, y no nos mezclemos con los padres e hinchas que van a verlos. Debería tener una entrada independiente a las canchas del fondo, directamente desde la ruta, y listo.

Evidentemente, Gallardo es mucho más que el DT de la Primera y está en todos los detalles, como resaltamos más de una vez. Por sus comentarios sobre las obras me da la sensación de que quiere que se termine esta segunda etapa antes de fin de año, antes del fin de su contrato.

—Bueno, tranquilo, en todo caso te quedás un añito más para que la obra se termine como corresponde —lo chicaneo, para observar, de paso, su reacción, en tiempos en que es una gran incógnita qué hará después de diciembre de 2017.

Marcelo gira la cabeza hacia el lado del acompañante —recordemos que, a todo esto, sigue manejando—, sonríe y vuelve a mirar hacia adelante. O sea, contesta con su silencio. A mí, no me alcanza.

—¿Tenés decidido que vas a hacer a fin de año? —aprovecho que estamos en tema para ir al grano.

—Todavía no. Yo decido con la cabeza y con el corazón, lo veré en su momento. Si considero que profesionalmente me tengo que ir, me iré. Hoy no sé —responde.

Por otro lado, a esta altura, Gallardo es perfectamente consciente de que D'Onofrio y Francescoli están haciendo todo lo posible para tenerlo en una cajita de cristal.

Volviendo al juego en sí, por esos días, se concretó la adquisición de otro joven que aquí nadie conocía: Rafael Santos Borré. "Necesitamos apuestas a futuro arriba, no sabemos si Alario se irá y cuándo, y abajo, en la Reserva, no hay tampoco un 9", analiza, sin saber que ese "cuándo" de Alario será más rápido que lo pensado. Gallardo es consciente del agujero que le hicieron al semillero durante la presidencia de Passarella. Por eso, además de los cuatro futbolistas con experiencia que buscó para ir por la conquista de la Libertadores, apuntó a otros con proyección en el corto plazo: Borré, De la Cruz, Saracchi.

Estamos llegando a su departamento y le sugiero que me deje en la puerta,

antes de bajar al garage, ya que estoy a pocas cuadras de la estación de tren.

—Vení a mear a casa —me dice, no porque le haya surgido de golpe como idea de programa, sino porque en algún momento del trayecto le comenté, al pasar, que estaba con la vejiga llena.

—No, Marcelo, gracias, aguanto hasta llegar a casa —le respondí, cercado un poco por la vergüenza de subir solo para usarle el baño.

—Pero vení a casa a mear, ¡mirá si vas a aguantar hasta tu casa, dejate de hinchar! —insiste, y decido no contradecirlo.

Nos bajamos del auto, y mientras esperamos el ascensor para subir al último piso del edificio, me vienen a la mente los guantes que le regaló Barovero en su emocionante despedida ante Gimnasia.

—¿Tenés museo con camisetas y recuerdos?

—¿Sabés que no? Tenía un lindo lugar cuando vivía en la casa, pero le fui dando cosas a Nahuel, y ya cuando nos vinimos al departamento no lo armé. Mi viejo tiene bastante; por lo demás, no soy de apegarme a las cosas materiales y a los recuerdos, vos ya lo sabés, me gusta mirar hacia adelante. Lo que pasó… ya pasó.

Entro por primera vez al hogar familiar y enfilo directo hacia el baño. Cuando salgo y lo busco para despedirme, el hombre está frente a la cafetera de las capsulitas.

—¿Tomás un café? —afirma más que preguntarme, y esta vez no dudo. Santino ya se preparó su leche y se plantó frente a la tele para jugar a la Play, o a algo similar.

Nos sentamos en la mesa del living, ubicada frente al balcón en ele, con hermosa vista al Río de la Plata, y nos ponemos a hablar de jugadores. En un momento sale el apellido Barboza, y me comenta que él venía siguiendo sus actuaciones en Defensa y Justicia.

—¿El videonalista te pasa unos editados de sus partidos?

—Sí, pero igual yo miro los partidos enteros.

—Pero ¿cuántos partidos ves, Marcelo? No podés ver todos.

—Mirá, sacando los del sábado que se juegan mientras estamos entrenando y los muy pegados al nuestro, el resto los veo todos, no sé, serán 10 u 11 de los 15 por fin de semana. Y los veo enteros, eh. Después, de España o de Inglaterra veo de a ratitos, o los resúmenes, prefiero nuestro campeonato porque me entretiene más y porque me sirve para seguir jugadores y rivales —me sorprende.

—¿Cortás en algún momento?

—Con los partidos sí, a veces me quedo en la oficina después de las prácticas viendo cosas, pero cuando llego acá, corto. Matías (Biscay) por ahí está en su casa a la tarde y se pone a ver detalles del entrenamiento en el iPad, pero yo necesito cortar y compartir con la familia; si no, es imposible.

—Nahuel no debe ver la hora de que te vayas, así tiene más chances de jugar en la Primera.

—Su sueño es jugar en la Primera de River, eso lo tiene claro.

—¿Es verdad que ayer se agarró a piñas en un amistoso con San Martín de Burzaco?

—Nada que ver, enseguida lo llamé a Luigi (Villalba) y me contó que le pegaron a un compañero, Nahuel saltó a defenderlo y hubo un par de empujones, nada más. Suelo decirle a Nahuel que se cuide porque lo van a estar mirando con lupa y cualquier cosa que haga se va a agrandar.

—Vos eras de agarrarte a piñas seguido de pibe, ¿no?

—Me crié a las piñas, en mi época era así, además siempre fui muy sanguíneo.

En medio de la charla aparece Matías, cosecha 2003, una fotocopia del más chiquito. “A los dos les dicen Chino, y los dos juegan de diez”, corrobora Marcelo. Saluda, se prepara su tostada, la unta con abundante dulce de leche y pasa a ocupar el lugar donde estaba su hermano.

Bien, ya la tacita de café está vacía hace rato, es hora de emprender la

retirada. Me levanto, me pongo la campera, agarro mi mochila y justo antes de irme le dejo una pregunta que intentó ser apenas un comentario de despedida, pero que terminará habilitando media hora más de charla, ahora ya de parados. Se trata de una historia que conocía en términos generales, pero que ahora pasará a tener matices singulares.

—¿En ese sillón te tirás a ver los partidos? —fue la pregunta, mochila al hombro, porque al girar hacia la puerta vi ese flor de sillón blanco frente a otro led XL que domina el ambiente, y recordé que Nahuel me había hablado, en el epílogo del libro anterior, de un sillón en el que su papá veía los partidos.

—Sí, ahí me tiré a ver el Mundial de Sudáfrica, creo que vi 60 de los 64 partidos, justo me había tenido que ir de River por tercera vez y no sabía qué hacer de mi vida —me contesta, sin tener que explicar demasiado, porque ya sabemos los dos que Passarella lo había limpiado por segunda vez en cinco años, cuando el deseo de Marcelo era retirarse en River.

—¡Hermosa vista, eh! — le suelto.

El living tiene doble ventanal, balcón en “ele”. En el sector lateral hay un par de silloncitos de mimbre y una mesita, como para aprontarse unos mates y contemplar.

—Acostado en este sillón —retoma Marcelo— y también sentado ahí en el balcón, yo miraba hacia adelante. Estaba por dejar el fútbol, no quería saber más nada. Andaba con dolores, tenía tendinitis en la rodilla y también me sentía mal por haberme tenido que ir de River. Pensaba qué iba a ser de mi vida. Y mirá vos qué loco, ¿no? Porque no solo estaba mirando el horizonte, o sea mi futuro en el sentido figurado, sino también mi futuro en el sentido real de la palabra. Porque del otro lado está Uruguay, y Uruguay fue el destino para cerrar mi carrera como jugador y para iniciarla como técnico. O sea, miraba para allá —señala el río— buscando un futuro, y el futuro se me estaba poniendo frente a mis ojos. Increíble, ¿no?

Genial la metáfora. Y se resolvió de este modo: tirado allí, en ese sillón, un día sonó el teléfono y era su ex compañero Juan Pablo Sorín, que por esos tiempos oficiaba de intermediario. Le acercaba una propuesta para ir a jugar a Uruguay. Lo que pocos saben es que la primera opción fue Peñarol. Pablo Forlán, el Boniato, como lo conocen todos al papá de Diego, gloria de Peñarol en los años sesenta, habló con el Muñeco y lo puso en contacto con Juan Pedro Damiani, el presidente del Carbonero. Querían sumarlo al plantel, pero no andaban con demasiadas ganas de soltar billetes. Y entonces apareció Nacional, con deseo y paga, y se hizo el pase. Marcelo recuerda bien que al llegar al aeropuerto de Carrasco lo esperaba una comitiva importante de dirigentes de Nacional, encabezada por el presidente Ricardo Alarcón, el empresario que impulsó un proyecto destinado a mejorar la imagen institucional del club. Y bajo esa premisa buscaron a Gallardo.

—Ahí mismo, en el Salón VIP del aeropuerto —rememora— el propio presidente dio un discurso resaltando que, más allá de mis condiciones como futbolista, me habían llevado como espejo para los chicos, por mis valores como persona. Que habían averiguado sobre mí, sobre la Fundación que tuve en su momento para ayudar a los chicos más necesitados, y querían que fuera un espejo. Me llamó realmente la atención que me hablaran ahí mismo, y también el discurso que dio.

Al Muñeco, que padecía una tendinitis que lo limitaba, lo agarró Javier Valdecantos, el profe histórico de Griguol y actualmente de los Barros Schelotto y que entonces formaba parte de un cuerpo técnico interino en Nacional. Valdecantos es un profe de los duros, y Marcelo lo pasó muy mal en esas primeras semanas, hasta que en un momento lo encaró.

—Profe, no es que no quiera entrenarme, siempre lo hice con gusto en mi carrera, pero vine acá a retirarme y estoy sufriendo, tengo 35 años, no puedo más —poco menos que le suplicó, y entonces, Valdecantos le bajó la intensidad.

El Muñeco se lesionó en su segundo partido en Nacional, ante Bella Vista. A los 8 minutos de juego frenó, enganchó y se quedó trabado: la tendinitis se transformó en rotura del tendón rotuliano de la rodilla derecha. Lo operaron esa misma noche; los pronósticos estimaban de cuatro a cinco meses de recuperación. Estuvo treinta días en Buenos Aires, atendiéndose en la clínica de su amigo y actual kinesiólogo de River, Jorge Bombicino, con instalaciones y equipamiento de primer mundo.

—Al mes fui a Montevideo a que me revisaran. A pesar de que acá tenía mejor equipamiento, fui a hacer la rehabilitación al club. Recuperarme allá era un modo de corresponder el compromiso que ellos habían mostrado con mi contratación —razona—. Estaba en Los Céspedes, el predio de Nacional ubicado en una zona descampada en las afueras de Montevideo, y básicamente hacía bicicleta, pero aprovechaba para charlar con mis compañeros y compartir cosas con ellos. Había un gimnasio chico, modesto, las bicicletas fijas eran de esas antiguas, entonces yo la sacaba afuera, la ponía al borde del campo de entrenamiento y ahí pedaleaba mirando las prácticas. Estaba tan pero tan mal que no podía ni correr. Lo mío era bici fija y punto.

En aquel momento, el entrenador de Nacional era Juan Ramón Carrasco, aquel 10 de pocas pulgas que llegó a River en 1979 para aportarle juego y temperamento al equipo de Angelito Labruna que venía de perder la final del Nacional 1978 con Independiente. Al asumir en Nacional, Juan Ramón no se mostró enfervorizado por contar con los servicios del pequeño guerrero.

—Si el Muñeco quiere ir a otro club, que vaya —sugirió ante la dirigencia, pero el presidente Alarcón tenía otros planes.

—No, Juan Ramón, acá el único que se queda seguro es Gallardo; el resto, no sé.

La rutina de Marcelo no se modificaba en el día a día: trotaba diez o quince minutos alrededor de la cancha y luego se subía a la bici para pedalear y ver

los picados de sus compañeros, que no se escapaban de un molde fijo y repetido.

Un día faltaba un jugador para completar los 22, y el médico Carlos Suero —parece una joda, pero ese es el apellido del médico—, que lo toreaba siempre a Marcelo diciéndole que era un “cagón”, aprovechó la volada.

—Juan Ramón, ahí lo tenés a Marcelo si te falta uno —le gritó a Carrasco, y al entrenador no le quedó otra que hacerle un lugar. El Muñeco se paró de 5 y entró a distribuir, porque los movimientos ya se los sabía de memoria.

—Eso fue un jueves, el domingo me hizo ir al banco sin una sola práctica seria de fútbol —evoca Marcelo—, en el Centenario, un día de lluvia, contra Bella Vista (el mismo rival que el de la lesión, pero una ronda después, el 27 de febrero de 2011). Vos no me vas a creer, pero me llevaban en el ómnibus la bicicleta fija de Los Céspedes, me la bajaban al vestuario, y yo hacía el precalentamiento así. No podía ni correr, se me iba la rodilla. Así calentaba durante el primer tiempo: haciendo bici fija en el vestuario y a los 15 minutos del segundo salía al campo y terminaba el precalentamiento, moviendo las piernas en el mismo lugar, ni siquiera hacía piques ni trotaba, para no dar lástima. —Y Marcelo acompaña sus palabras con gestos, moviendo brazos y piernas en el lugar. —Juan Ramón me puso faltando 10 minutos, por la derecha, de 8. Lo único que yo quería era no hacer un papelón, no caerme, que no se notara que no podía ni correr porque se me iba la rodilla. Entré y me dije: “Que sea lo que sea”. Hice un par de pases correctos, pases cortitos, eh, y por suerte ganamos y salí ileso.

Con 14 minutos del Muñeco en cancha —ingresó a los 76’ por Bruno Fornaroli—, Nacional conseguía así la primera victoria del año, tras 4 partidos sin ganar. Tres días después no ingresó en la derrota ante Argentinos por la Libertadores y en la fecha siguiente del campeonato se repitió la rutina: levantar la bici de Los Céspedes, subirla al ómnibus como un futbolista más del equipo, esta vez bajarla en Parque Central, calentar en el vestuario arriba

de la bici durante el primer tiempo y en la segunda etapa completar la entrada en calor moviendo las piernas en el mismo lugar. El rival era Miramar Misiones. Nacional perdía 1-0, y a JR le zumbaban los oídos. El ex 10 de River de fines de los años setenta le hizo un gesto al ex 10 de River de los noventa, le pasó el brazo por la cintura y le murmuró al oído:

—Hacé lo que puedas.

O sea, lo mandó a la parrilla, a tratar de salvarse con los restos ilustres del crack. Y en el peor de los casos se llevaba a uno puesto.

Gallardo entró a los 60’ por Walter Peralta, armó la jugada para que Viudez igualara a los 77’, asistió con un centro para que Charquero pusiera el 2-1 a los 83’ y la clavó de tiro libre a los 92’ para el 3-1 definitivo. Fue una bisagra en esa campaña: a partir de allí, Nacional ganó 8 partidos y perdió uno para quedarse con el campeonato uruguayo. Están los que nacen con estrella. Y los estrellados.

—En esa última jugada, el de arriba mandó un mensaje y me dejó ese tiro libre inclinado sobre la izquierda, en mi posición preferida para pegarle por encima de la barrera, y llegó el tercero. Y así como te cuento, sin animarme a trotar demasiado, terminé el campeonato entrando 20 minutos, media hora, y pude retirarme en una cancha, jugando y encima con una vuelta olímpica —se emociona Marcelo con el recuerdo. Eso mismo había pensado para Pablo Aimar en 2015.

El sillón. A partir de una mención al paso, Marcelo se enganchó con aquel particular momento de su vida y lo repasó con entusiasmo, una yapa que salió del contenido estricto de este libro —sus años como DT de River a partir de agosto de 2015—, pero que nos sirve para seguir conociendo al personaje y su modo de manejarse y de actuar, que al fin de cuentas eso queda para siempre. Y así, parados frente al balcón, volvió a señalarme el río, porque le gustó la metáfora para describir ese momento de incertidumbre que lo invadió cuando lo acompañaron hasta la puerta de salida de su querido River.

—Es increíble, pero las circunstancias me llevaban a mirar hacia el horizonte, confundido como estaba, y en el fondo estaba mirando hacia mi futuro, hacia Uruguay, el destino que me permitiría cerrar mi carrera de futbolista y comenzar la de entrenador. Trataba de ver cuál sería mi futuro ¡y lo estaba mirando concretamente, qué loco! Por eso, cada vez que me hablan de Nacional, me emociono.

Bien, ahora sí es la hora de partir, aunque hace tiempo no miro el reloj y no se me hubiera cruzado por la cabeza que ya eran las seis de la tarde. Marcelo me abre la puerta de su hogar —podría hacer una nueva escala en el baño, pero ya me parece un abuso—, aprieto el botón para llamar el ascensor y, todavía entusiasmado por la larga travesía de vivencias y conceptos, le dejo la última estocada.

—¡Ves todas las cosas que tenés para contar, siempre hay buenas historias que surgen en las charlas! Dos años en River da para otro libro de 500 páginas, para que el hincha pueda revivir esta segunda parte de tu ciclo.

Me mira, y advierto que comienza a dibujar una pequeña sonrisa.

—Y una segunda Libertadores, ¿cómo la ves? —me larga.

—Perfecto la veo, siempre te tuve fe, Marcelito, no te olvides que a los dos meses de asumir fui a proponerte que escribamos un libro porque esto iba a quedar en la historia, no te olvides —le contesto, pruebas irrefutables en la mano.

Me estira el brazo, chocamos las palmas y me voy.

Cuatro horas después me voy.

(La Libertadores, mejor, la dejamos para el año que viene.)

*****

Regresamos al repaso cronológico.

—Todos me piden que les ganemos a las gallinas —se entusiasmó Pochi

Chávez, ex Boca, delantero de Jorge Wilstermann.

El 15 de agosto, River arrancó la defensa de la Copa Argentina venciendo 3-0 a Atlas en Salta, con el mismo once que ante Guaraní. El trámite fue más ajustado de lo que indica el resultado: el Pity puso el 1-0 a los 12’ del primer tiempo, Nacho aumentó recién a los 42’ del segundo y cerró sobre la hora el Pity, de penal. Debutó Santos Borré: ingresó faltando 10’, le hicieron un penal y pidió la pelota para patearlo. Un tipo audaz. Fue el mismo inicio que en la Copa Argentina 2016: 3-0, y sellado con un penal sobre la hora. El final también sería similar.

—Muchachos, báñense y pónganse lindos que River los invitó a cenar —le comunicó a su plantel, en el vestuario, el presidente de Atlas. Futbolistas y cuerpo técnico de ambos equipos compartieron mesas mezclados en una especie del viejo y querido tercer tiempo de los deportes amateurs.

Disconforme con el rendimiento, Gallardo metió dos cambios para el segundo cruce por Copa Argentina, ante Instituto: Auzqui y Scocco por Rojas y Enzo. El 20 de agosto, River superó 4-1 a La Gloria en Mar del Plata, con un 4-1-3-2: Lux; Moreira, Maidana, Pinola, Casco; Ponzio; Auzqui, Pity, Nacho; Scocco y Alario (entraron Enzo, Rojas y Borré). A los 38’ expulsaron al Pity por una plancha y, en la última jugada del primer tiempo, Alario se sacó la mufa de más de 10 partidos sin convertir (950 minutos) y puso el 1-0. A los 20’ del segundo aumentó Enzo, a los 36’ descontó Olego, y cuando parecía complicarse, Maidana y Borré lo liquidaron en dos minutos (38’ y 39’) para llegar al 4-1. Enzo Pérez, que no convertía desde el 6 de diciembre de 2014, festejó mirándose el escudo, y Borré gritando “te amo” a la cámara, mensaje destinado a Anita Caicedo, su novia colombiana hincha de River. “Vivió en Buenos Aires durante un año y se enamoró de la ciudad y de River. Ya en España mirábamos los partidos de River. Así que ella es la más feliz con este pase”, contó el colombiano. “Gallardo y Simeone tienen la misma intensidad, la misma agresividad para los entrenamientos”, completó el

ex delantero del Aleti.

El 22 de agosto, a diez días del cierre del libro de pases en Europa, se supo que existía un interés fuerte del Bayer Leverkusen por Alario. El goleador manifestó su deseo de aprovecharlo, a pesar de que River no tenía intenciones de venderlo. Colón, dueño del 40% de la ficha, y el representante del goleador pretendían lo contrario y, por eso, mandaron a Alario a hablar con la prensa. El problema era que River no tenía margen de maniobra para contratar a un reemplazante.

—Esto nos tomó por sorpresa —admitió el Muñeco en conferencia—. El tema es estar convencido. Si pagan la cláusula, y él está firme, yo lo acompaño a Ezeiza. Se enoje quien se enoje, hay que respetar las decisiones de las personas. Puede ser que Alario esté confundido. Si es así, vamos a tratar de orientarlo para que tome la mejor decisión. Después está su entorno, y en su entorno yo no convivo. Que la gente se quede tranquila: nadie es imprescindible, todos estamos de paso.

El 27 de agosto, River arrancó la flamante Superliga ganándole 1-0 a Temperley en el sur, donde no se presentaba hacía treinta años, con gol de Scocco y un par de atajadas salvadoras de Lux. El lunes 28 de agosto, Alario fue a hacerse la revisión médica al Centro Rossi, sin permiso de River, y el club pidió una sanción a la FIFA. River entró en cortocircuito con Alario, con su representante y con la dirigencia de Colón y del Leverkusen. El 29 de agosto, Alario posó con la camiseta de su nuevo club en un hotel porteño. Al día siguiente pidió perdón a la gente de River en una nota con Fox. Se marchó con 41 goles en 82 partidos. En esos días tristes para el hincha, Ponzio reincidió con su mensaje esperanzador: “A nosotros, Marcelo nos exige como si fuera a estar mucho tiempo más acá”.

El sábado 2 de septiembre, Boca venció 1-0 a River en un amistoso en San Juan, con gol de Junior Benítez. Debutaron Nico de la Cruz y Barboza, de floja respuesta en el gol de Boca, en complicidad con Lux. Quedó para la foto

el hermoso caño de Rojas a Peruzzi, similar al de Riquelme a Yepes.

—Puedo adaptarme a ser el 9 —afirmó Scocco el 4 de septiembre, ante la imposibilidad de reemplazar a Alario. Con las salidas de Driussi-Alario, a River se le iban 46 goles de la última temporada.

El 5 de septiembre se supo que Lollo debía pasar por el quirófano, en esta ocasión por problemas crónicos en los dedos gordos del pie. De los 30 integrantes de la lista de la Copa, Gallardo solo podía contar con 20. Estaban *out* Lollo, Larrondo, Mora, Mina, MQ, Mayada, Olivera, Arzura, Alario y Rojas (distensión). Solo contaba con 18 jugadores de campo de los 16 que necesitaba para completar el banco.

El viernes 8 de septiembre, después de una particular conferencia de prensa que el propio protagonista pidió que se extendiera —María Elena Walsh, *El reino del revés*—, nos encontramos con Marcelo para darle un nuevo empujón al libro. Aquí va.

ESPERANDO EN EL PLAYÓN

Seguimos los mismos pasos que en la cita anterior. Esperé a que terminaran de almorzar el plantel y cuerpo técnico y que Matías Ghirlanda me avisara que me podía acercar al comedor. Saludé a todos, Marcelo me preguntó si tomaba algo, pedí un café, participé de lo que quedaba de sobremesa, nos subimos al auto y lo ametrallé a preguntas, todo sin grabador ni libreta. También lo acompañé a buscar a uno de sus hijos al colegio, esta vez a Matías al Instituto River Plate, y por un feliz desencuentro horario, debimos esperar al Chino media hora dentro del auto, estacionados en el playón de prensa del Monumental, sobre la avenida Udaondo.

Le había escrito a Marcelo el día anterior, comentándole que debía ir a Ezeiza para hacer una entrevista a Lux. Y que si podía —y tenía ganas—, nos

veíamos después del almuerzo. Pensé que me diría que no, que andaría de mal humor por la salida inesperada de Alario. Me equivoqué. No solo aceptó el convite, sino que repartió unas cuantas sonrisas durante la conferencia de prensa. Fue aquella en que le preguntaron si Ponzio debía ser convocado a la Selección y se despachó con una de sus divertidas ocurrencias.

—Soy respetuoso y no voy a decir si tiene que estar en la Selección, sí les voy a hablar de lo que significan Ponzio y Maidana para mí y para los hinchas de River. Ponzio está rejuvenecido. Me acuerdo de que cuando llegamos acá hace tres años, eeeeeh, era… ¿cómo se llama el actor de *El náufrago* (risas)? De verdad, vieron lo que es el fútbol… era Tom Hanks en *El náufrago*, barbudo, despeinado, demacrado. ¡Eso es el fútbol! Cuando un jugador toma confianza, ¡cómo se pueden cambiar las cosas!

Pura verdad: recordemos que Ramón Díaz, en su último ciclo, ya no tenía en cuenta a Ponzio. No para el equipo titular, ni siquiera lo llevaba al banco. No lo concentraba. La vuelta olímpica del 17 de mayo de 2014 con Quilmes (5-0 en el Monumental) la dio en jean y remera. Lo más curioso de la conferencia, de todos modos, ocurrió en el final. O en el supuesto final. Por lo general, los protagonistas intentan terminar lo antes posible con este trámite de atención a la prensa. Aquel viernes, Gallardo dio 24 minutos de conferencia, y cuando Ghirlanda pronunció el “gracias a todos” y fue hacia atrás del estrado para apagar el equipo de sonido, el propio DT la prolongó, hablándole al histórico Rubén Sagarzazu: “¿Listo? ¿Ya está? Vos, Flaco, no hiciste ninguna, preguntá si querés”.

Rarísimo. La pista estaba en la respuesta que dio sobre Alario. Nadie la pescó. Terminaría de entenderlo un par de horas después, subido a su auto, en la General Paz.

—¿Qué opinión tenés sobre la salida de Alario? —le preguntaron.

—Para mí ya terminó la novela de Lucas, me debo ocupar de lo que tengo que afrontar inmediatamente. Se sigue hablando porque hay algunas

cuestiones que tienen que ver con lo que ha pasado. River institución defiende una postura, y me parece bien que legalmente la desarrolle como corresponde. Lo que no me parece bien es exponer al jugador. Porque se ha ido, porque ya no forma parte del plantel, pero sí forma parte de nuestros buenos recuerdos. En eso sí estoy con el jugador, que nos ha dado muchísimos buenos momentos en estos dos años. Nuestra película sigue, y la de él también, para mí es un tema terminado. Lamentablemente sucedieron algunas cosas que no me gustaron, pero que no son para nada en contra del jugador.

Con zapatillas juveniles provistas de cierre al costado y campera moderna gris brillosa, se sube al auto, me agradece el libro que le llevé de regalo —una recopilación de la obra futbolera de Eduardo Galeano— y lo deja en el asiento de atrás. Baja las ventanillas, saluda a los empleados de seguridad, firma un par de camisetas, la costumbre de cada día, salimos hacia la derecha y, apenas subimos al puente para retomar en dirección a la Riccheri, lo veo cogotear tratando de encontrar algo.

—Esos van a ser los vestuarios de inferiores, para que jueguen en esa cancha y tengan un lugar independiente para cambiarse —señala.

—¿Cómo está el equipo?

—Bien, estas cosas nos gustan, nos movemos bien cuando hay que competir así —me responde de buen talante, y corroboro que el episodio Alario está cerrado.

Le pregunto si la referencia a Tom Hanks había sido un palito a Ramón Díaz.

—Para nada, era más un pedido de paciencia a la gente, porque recuerdo que, cuando llegué al club, a Ponzio lo puteaban. Me cruzaba con muchos hinchas que me decían: “Ponzio no, Ponzio no”, entonces dije eso pensando un poco en los jóvenes que vienen ahora, que tengan paciencia con ellos.

Claro: De la Cruz, Borré, Saracchi. River estaba en un proceso de

recambio importante, con jóvenes que necesitarían rodaje y adaptación. El Muñeco anticipó la jugada, como hacía con los cortos. Y vaya si tenía razón: con Borré y De la Cruz primó mucha ansiedad. Nada de lo que dice Gallardo es casual, hasta el chiste más simple tiene un porqué, un sentido, un objetivo.

Cómo manejar casos como los de Martínez Quarta y Mayada, imposibilitados de jugar durante seis meses, es una pregunta que me formulé varias veces. Durante esas primeras semanas de la sanción, las más duras, Gallardo intentó hacerlos “sentir parte”, integrándolos a los entrenamientos.

—Les estamos encima, les hablamos, les damos mucha contención —remarca—. A los dos les propuse jugar al golf, para que la situación no les comiera la cabeza. Camilo me agradeció, pero no quiso ni probar, es un poco su carácter también. Al Chino le puse un profesor amigo y lo acompañé. Todavía le cuesta pegarle, porque no es fácil, pero le dije que no se frustre. O mejor dicho: que se frustre, pero que no lo deje, que cuando la pelotita vuele por primera vez, va a sentir una sensación de plenitud impresionante, es hermoso. El golf es para que se enfoque en algo, para que no esté todo el tiempo pensando en lo mismo y para que tenga otro desafío, también, por más que ahora no levante la pelotita. Fue una pena lo que pasó, porque ya estaba asentado en Primera y perdimos mucho con su salida, pero va a volver bien el Chino, y le va a dar muchas satisfacciones al club. Ya le dio, pero le va a dar más. Va a ser el sucesor de Maidana. Y Camilo es una persona excelente, siempre solidario y predispuesto.

Cuando se afirma que un entrenador no solo debe entender de fútbol para elegir a los once mejores en su puesto y diseñar una estrategia para intentar ganarle al rival, sino que tiene que saber más todavía de manejo grupal y relaciones humanas, aquí tenemos un ejemplo clarísimo. Gallardo no solo llamó a Javier Pinola desde el vestuario del Monumental para tener un reemplazante el día que se conoció el positivo de MQ, también se preocupó de que tanto el Chino como Mayada tuvieran una vía de escape y no se

enroscaran las 24 horas con semejante pesadilla. Les propuso algo concreto: jugar al golf. El mismo regalo que Jorge Bombicino le había hecho a él a los 18 años, cuando su carrocería comenzó a dar señales de que no podría aguantar la potencia del motor de Ferrari que llevaba adentro.

—Al Míster, antes sus reiteradas lesiones, como método de concentración y recreativo, le acerqué el golf. Y al Flaco, también, por la cirugía en el hombro. ¡Los dos juegan bien y siguen jugando juntos! Es decir, logré el objetivo: les hice un regalo para toda la vida, y a mí me sirvió para apuntalar mis tratamientos —me contesta, por WhatsApp, Jorge Bombicino, ante la consulta—. El Flaco es Francescoli, claro. No hace falta aclarar que el Muñeco la descose con los palos y la pelota chiquita, como la rompía con la pelota grande y sin los palos. Es competitivo a ultranza, y todo lo que sea jugar le sale con facilidad gracias a su talento innato. También, el Muñeco la rompe con el golf, no podemos obviarlo, porque tuvo mucho tiempo para practicar: las lesiones lo persiguieron desde que empezó.

En relación con la desintegración de su dupla de ataque, el DT sospechaba, en la previa, que Driussi se iba a ir, pero no Alario.

—El Gordo quería irse a jugar a Europa, se notaba, ya me venía diciendo que tenía ese deseo. Sabíamos que íbamos a tener que vender a uno, y lo más probable era que fuera el Gordo, porque tenía cláusula más baja.

En la conferencia de esa mañana, el DT también aprovechó, como hizo con Ponzio, para mandar un mensaje, algo encriptado, cuando le preguntaron cuánto perdía con los goles que se le iban de Driussi. “Pero no se olviden que para meter esos goles estuvo dos años preparándose y recibiendo muchas quejas”, destacó, otra vez resaltando el valor de la paciencia.

—Nos sorprendió su salida, no la esperábamos —me reconoce en relación con Alario—. Ya se había ido el Gordo, faltaba muy poco para el cierre del libro de pases, y Lucas estaba bien, se lo notaba contento, no daba síntomas de estar pensando en irse.

A diferencia del mercado de pases anterior, cuando Alario no le había comentado nada a Gallardo de la propuesta de China, esta vez sí se lo contó. “Me cagó a pedos aquella vez, por eso le dije que existía la chance de ir a Alemania”, declaró el propio delantero en esos días. Al Muñeco le había molestado que Lucas dejara crecer la bola del pase a China, porque le servía, sin contarle en ningún momento cuál era la situación real. Recién lo hizo cuando anunció que se quedaba en River. En esta oportunidad, a la dirigencia y al CT les molestó cómo expusieron al futbolista. La gente del Leverkusen ya sabía que, si quería llevárselo, tenía que pagar la cláusula, porque River no pensaba venderlo. Ofrecieron menos dinero y lo mandaron a hablar públicamente a Alario para meter presión. La revisión médica que se hizo a espaldas de River se debía a una vieja lesión de rodilla, que sale en los estudios, pero que no lo afecta para jugar. Ni Lucas ni su entorno estaban seguros de que pudiera superar la revisión, y por eso debía hacerla antes de concretar la transferencia. Más allá de esas actitudes y de que su salida, con el campeonato empezado, no le dio chance a Gallardo de buscarle un sustituto, la relación se cerró en buenos términos.

—Lucas vino a saludarnos antes de irse y no hubo problemas. Pidió perdón por lo que hizo al final, pero quedó todo bien. Lucas siempre fue un tipo más cerrado, más parco. Con Driussi era otra relación; si se hubiera dado al revés, y al que vendían primero era a Alario, y al Gordo venían a buscarlo sobre el cierre del libro de pases, te puedo asegurar que no se iba. Al Gordo lo ataba a la pata de la mesa y de algún modo lo convencía.

En el medio de los dardos cruzados entre River, Colón, el Leversuken y Pedro Aldave, representante de Alario, D’Onofrio le avisó a Gallardo que no iban a mandar el *transfer* y que actuarían contra el Bayer. Le pidió su opinión. “Me parece muy bien sentar un precedente por la mala actuación de los alemanes”, le dio su parecer el DT. Lo que le pareció de muy mal gusto al Muñeco fue el hecho de que taparan la foto grande de Alario ubicada junto a

la del resto de los jugadores en el anillo interno, frente al vestuario local. Taparon la foto de Alario, pero no la de Nico Domingo, por ejemplo, que también se había ido del club en ese mercado. No había coartada.

—Si por algo nos destacamos en este tiempo, es por la calidad humana, y eso fue una bajeza total y absurda. No sé quién fue el ideólogo, pero le avisé a Rodolfo que iba a declarar que tapar su foto me había parecido pésimo —me reconoció.

—¿Por eso propusiste seguir la conferencia un rato más?

Marcelo gira la cabeza, sonríe y vuelve a mirar hacia el frente, como conductor responsable. Hay silencios que hablan. (Los periodistas nunca llegaron a preguntarle por la foto tapada de Alario.)

Llegando al final de la General Paz, me pregunta adónde voy, porque esta vez no enfilará para su casa sino para River.

—Sigo hasta donde vayas, hasta donde me eches —contesto.

—Cualquier bondi te deja bien, Dieguito —sonríe.

Como tenemos media hora, buscamos un café por Lidoro Quinteros, el histórico boulevard que desemboca en la cabecera Centenario —y al que ya se lo nombrará hasta en los programas de moda—, pero no conseguimos lugar para estacionar. Terminamos sobre el playón del club, esperando a su hijo Matías. Me pregunto si muchos de los socios o alumnos, que pasan por delante y por detrás del auto, sabrán que allí sentado al volante, detrás de los vidrios polarizados, está el hombre al que probablemente idolatren y que espera, como un padre común y silvestre, la salida de su hijo. Cada vez que puede, lo hace. Sin embargo, Matías no aparece.

—¿Cómo seis menos veinte? ¡Tu mamá me dijo cinco menos veinte! Bueno, dale, te espero acá en el playón estacionado —se fastidia un poco, mientras por dentro celebro la confusión, y a los cinco minutos, como si de golpe acabara de caerle una ficha, vuelve a llamarlo.

—¿Y cómo es que te dejan usar el teléfono en clase, Chino?

Aprovechamos y seguimos charlando de fútbol.

—Hasta ahora tenía un delantero de referencia, como Alario, y otro flotante, que salía y bajaba a participar de la jugada, como Driussi. Ahora Scocco tendrá más responsabilidad, pero serán dos delanteros flotantes y punto, como en el comienzo tuve a Teo y a Mora.

—¿Mal no jugaban?

—No, por eso no le tengo miedo a estos cambios, a reformular el equipo, pero hay que acelerar ciertos procesos. Roguemos que se recupere bien Larrondo y podamos tenerlo como opción. Buscamos chances de algún 9 de referencia, pero no hay.

—¿Borré no es una opción?

—Con Rafa tuve que acelerar los tiempos. No es lo mismo ir ganando minutos sin tanta responsabilidad que tener que decirle: “Jugás mañana, y quizás el jueves por la Copa”. En Colombia, y hasta en España, hay más tiempo para recibir la pelota y jugar, acá te matan enseguida.

—Se te vio hablando mucho con él en la práctica.

—Está el carácter también, porque el colombiano es especial, por ahí no tiene ese fuego temperamental del argentino, viste; entonces hay que saltear etapas. (Tenía razón: Borré explotaría a mediados de 2018, tras un año de adaptación al fútbol argentino.)

Más allá de mi incertidumbre lógica como periodista, necesito saber qué hará Gallardo después de diciembre para definir cuándo debo terminar de producir y escribir este libro.

—Marcelo, ya estuve recopilando datos y escribiendo algo de este segundo libro. No sé si te vas a ir a fin de año o no, tampoco quiero sonsacarte información, pero cambia bastante si seguís o si te quedás.

—Mirá —me interrumpe—, ¿hoy estamos a 8 de septiembre? Bueno, de acá a treinta o cuarenta y cinco días, fines de octubre, por ahí voy a anunciar cuál será mi decisión, no quiero que se juegue políticamente con el tema.

Estamos en año de elecciones, y quiero que el que sea presidente pueda moverse libremente. Te digo para que te manejes vos.

—¿De qué depende?

—Más que de un tema deportivo es algo global, a mí no me cambia un título más o menos, quiero terminar y dejar algo para siempre.

—Bueno, ya dejaste el predio, fue insistencia tuya.

—Exacto, algo así. Pasa por una decisión política, hay que cambiar muchas cosas, desde el fútbol profesional hasta el amateur. Crear una secretaría que se dedique a buscar jugadores en serio, con una estructura bien armada y un seguimiento minucioso, que se anticipe. No puede ser que si necesito un 9, no tengamos uno de las inferiores. El problema es que acá se perdieron cuatro años, como lo dijo Gabriel Rodríguez, cuatro años tirados a la basura que se ven reflejados mucho tiempo después.

—¿En qué se perdieron cuatro años, qué se hizo mal?

—¿Me estás cargando, Diego? —se enoja, el típico cruce de cables que se produce en la cabeza de nuestro personaje cada tanto—. ¿Cómo qué se hizo mal? Acá no hubo gestión. ¡Si River terminó en la B es porque no hubo gestión! Se perdieron cuatro años, y eso se ve reflejado ahora. Por eso, la búsqueda que arrancamos es con chicos desde los 10 años, y recién los veremos asomando en Primera en cinco o seis años.

—¿Todos estos cambios ya se los planteaste a D’Onofrio?

—No le dije nada a D’Onofrio, él lo sabe. Y sabe que no me tiene que hablar de la continuidad. Tiene prohibido hablarme del tema.

—¿Te enojaste con D’Onofrio por algo?

—No, no me enojé, pero yo ya sé qué piensa, no necesito que me lo diga todo el tiempo.

—Una cosa que pensaba es qué pasará con tu familia si te vas a dirigir a Europa. Ya no son chicos que los agarrás y te los llevás.

Me clava los ojos como flechas y responde terminante:

—No sé, Diego, no se charló ese tema.

—Vos tenés muchas ganas de ir a Europa, ¿o no?

—Me gustaría, sí, pero no estoy desesperado. Además, sé que este tipo de cosas que aspiro a que queden para River no las voy a pretender en otro lado. O sea, nunca voy a sentir algo así por otro club, el deseo tan fuerte de que algo quede para siempre. Yo llegué a River con 12 años, me formé como persona… Trabajaré con todo mi profesionalismo donde me toque, pero este sentimiento es único.

—¿Entonces, hoy, la agujita está más cerca de seguir o de irte?

—Y… si te digo esto… en la mitad está.

De golpe se asoma una carita achinada por la puerta trasera del auto. Al final esperamos solo media hora, lamentablemente, cuando ya lo tenía contra las cuerdas —o creía tenerlo, que no es lo mismo—. Matías se sube al auto, y el padre le pregunta quién de los dos se confundió con el horario, si él o la madre.

—Bueno, son veinte minutos, papá —la dibuja el Chino.

—¡Bueno, veinte minutos son veinte minutos! —lo reta Marcelo, tranquilo, pero estricto a la vez. Se ve que no solo es exigente con sus futbolistas.

Salimos por Udaondo hacia el Puente Labruna, luego agarra Cantilo y al subir a la General Paz pasamos por arriba del Círculo de la Policía Federal, predio en el que River se entrenó entre 1995 y 1998, años de notables éxitos deportivos (Libertadores, Supercopa, tricampeonato).

—¿Vos llegaste a entrenarte ahí, no?

—Sí, claro. Ahí tenés, ¿ves? —vuelve sobre el tema de su proyecto—. Fijate: año 96, no te digo 1990, cuando asumió Davicce, que los empleados del club estaban en huelga y no había un peso. Te hablo del 96, después de ganar la Libertadores y en el 1 a 1, ¡teníamos que entrenar de prestado en el Círculo Policial, donde había una sola cancha y en estado regular! ¿A vos te

parece? No me entra en la cabeza cómo, en ese momento, River no aprovechó para expandirse, para transformarlo en obras. Eso quiero conseguir ahora.

Clarísimo. Más claro, echale Gallardo.

*****

El domingo 10 de septiembre, River le ganó 3-1 a Banfield en el Monumental, en un campo difícil por la intensa lluvia. El DT reservó a Ponzio, Maidana y Moreira y alistó a Lux; Casco, Montiel, Pinola, Saracchi (debut); Rossi; De la Cruz (debut oficial), Enzo, Pity; Scocco y Borré. Civelli puso el 1-0 al minuto, empató Pinola, aumentó el Pity y cerró Scocco, de penal. Con 7 jugadores nuevos en el once titular y buenos debuts de los uruguayos, el Pity fue la figura y se demostró que había vida después de Alario. Fue el primer gran partido del semestre, recién en el 6º compromiso oficial. Siempre le costaron los arranques al River de Gallardo.

El 14 de septiembre, River se presentaba en los 2.558 metros de Cochabamba por la ida de los cuartos de final de Libertadores. El último triunfo de River en la altura databa de 1982 (1-0 a Wilstermann, con gol de Alzamendi). No pudo ser; con el presidente Evo Morales en las tribunas (cuestión de Estado), perdió 3-0 ante Wilstermann y quedó al borde de la eliminación. Formó con Lux; Moreira, Maidana, Pinola, Casco; Ponzio; Pity, Enzo, Nacho; Scocco y Borré. Solo metió un cambio (Auzqui por Borré), raro en Gallardo. Los goles fueron a los 4’ del primer tiempo y a los 5’ y 36’ del segundo. Scocco se perdió un par de goles, uno de ellos increíble debajo del arco. Fue un resultado exagerado, que poco tenía que ver con el desarrollo del partido.

Aunque uno podría imaginar a un DT abatido tras ese cachetazo, Gallardo otra vez sorprendió, se presentó en la conferencia de prensa seguro, firme,

bien arriba, mandando un mensaje positivo de cara a la revancha, en vez de lamentarse por sucedido. No era un discurso impostado, porque no le sale. Y se le notaría.

—Buenas noches, este es uno de los desafíos más importantes, por lo menos para mí como entrenador, de creer que podemos dar vuelta esta serie —empezó, desafiándose a sí mismo—. Si tenemos convicción en nuestras fortalezas futbolísticas y anímicas, no tengo dudas de que vamos a poder darle pelea a esta serie en el Monumental, con el apoyo de nuestro público. No podemos quedarnos mucho tiempo masticando bronca, pasará esta noche, y mañana ya empezaremos a regenerar esas fibras, esa rebeldía que hay que tener para creer que se puede dar vuelta. Hoy fuimos un equipo que dio muchas ventajas, y nos convirtieron, pero también tuvimos posibilidades de convertir, así que las que no entraron hoy esperemos que entren en el Monumental. Le pido a la gente que nos acompañe, que vaya, porque realmente vamos a tener chances, vamos a someter al rival. Creo en mi equipo y en el espíritu de nuestros jugadores.

Creer. No sería la primera ni la última vez que apelaría a ese verbo. Hay personas que saben revertir ánimos, que contagian su convicción. Es uno de los atributos más destacados de Gallardo. Y le fluye con naturalidad, eso es lo valioso, porque, si no, se trataría de una simple puesta en escena. En el siguiente encuentro con Marcelo hablamos de esto, precisamente.

Antes de la revancha, sin embargo, había que viajar a San Juan por la Superliga. A ese avión no se subieron 8 titulares: Maidana, Pinola, Casco, Ponzio, Enzo, Nacho, el Pity y Scocco.

—Después de perder en Bolivia tuvimos el fin de semana libre, y me fui a Hughes para estar con mi gente, nos comimos un asado con mis amigos —me contó Scocco en enero de 2018—. Hablamos de los goles que me había perdido, ellos no sabían si ir o no al Monumental. Yo les insistí: “Vayan que lo vamos a dar vuelta, vayan que va a ser una linda noche”. No me

equivoqué, parece (risas). Después del 8-0 no sabían cómo agradecerme. Por los goles y por haberles insistido en que fueran. Estuvieron todos: mis amigos, mis viejos, mi mujer, mis hijos, fue una noche única.

Nos adelantamos un poquito, aunque todos ya sabemos el desenlace. Volvemos. El domingo 17 de septiembre, River le ganó 3-1 a San Martín en San Juan con equipo alternativo. Jugaron Batalla; Moreira, Montiel, Barboza (debut), Saracchi; Palacios, Rossi, Rojas; Moya; Auzqui y Borré. Entraron Andrade, Alan Marcel Picazzo y Santiago Vera, estos dos últimos debutantes con 18 años. Picazzo hasta metió un gol. Los otros los metieron Auzqui y Borré. La lista de juveniles que debutaron con Gallardo llegó a 21.

“Venimos a hacer historia”, declaró Edward Zenteno, capitán de Wilstermann, apenas pisó la Argentina, mientras por redes sociales se viralizaba su arenga previa al 3-0: “Vamos muchachos, vamos a meter y vamos a ganar. Me chupan un huevo los gauchos de mierda, vamos a romperles el culo”. Muy fino.

Cuando, en algún tiempo, Gallardo se vaya y se haga una selección de los 10 momentos más emocionantes de este ciclo, no podrá faltar el 8-0 a Jorge Wilstermann del 21 de septiembre de 2017, con 5 goles de Scocco. Algunos números dimensionan la epopeya: fue el 6º mejor resultado en la historia de la Libertadores y quedó a uno del récord de River en la competición (9-0 a Universitario de Bolivia, en 1970). Hacía diecisiete años que no se levantaba un 0-3 en una Libertadores, y nunca un futbolista había metido 5 goles en un mata-mata de Copa. Solo dos hombres en la historia de River habían logrado gritar cinco veces en un partido: José María Rongo, en un 8-0 a Ferro en 1939, y Leopoldo Jacinto Luque, en un 5-1 a San Lorenzo en 1976.

El Muñeco sorprendió a todos —incluso a los periodistas que cubren el día a día— con una defensa de 3, sin sus laterales habituales (Moreira y Casco) y con Auzqui y el Pity bien abiertos. Planteó un inédito 3-3-1-3 con Lux; Montiel, Maidana, Pinola; Enzo, Ponzio, Rojas; Nacho; Auzqui, Scocco,

Pity. Ingresaron Borré, Casco y Andrade. El primer tiempo terminó 4-0 por los goles de Scocco a los 9’, 13’ y 18’ y de Enzo a los 36’. A los 40 segundos del segundo tiempo aumentó Scocco, a los 7’ lo siguió Nacho, a los 12’ Scocco metió su 5º gol y a los 21’ cerró Enzo la cuenta. Tre-men-do.

Gallardo festejó los goles a los saltos, corriendo entre los carteles y la línea lateral, como pocas veces se lo vio; en el quinto revoleó al diablo el vaso de café que tenía en la mano. Cuando salió Scocco, le dio un abrazo mientras le decía al oído: “Entraron todas las que no habían entrado en Bolivia”. Chocó palmas con Enzo y se emocionó con Montiel, que la rompió en su debut en la Libertadores.

Al entrar en el auditorio se sirvió abundante Gatorade y tomó la bebida antes de empezar a hablar, algo que no suele hacer. También se lo notó afónico como casi nunca. Había gritado mucho. A pesar de la felicidad y la emoción por la goleada, no se olvidó del gesto que tuvo el entrenador contrario —Roberto Mosquera, con más de veinte años en la profesión—, un detalle de calidad humana que distingue al Muñeco: “Quiero reconocer el respeto que tuvo el entrenador Mosquera para venir a felicitarnos, para reconocer la labor del equipo, algo que no es normal cuando perdés de la manera que perdés”. Esa misma noche, Lanús pasó a las semifinales tras vencer 2-0 a San Lorenzo e imponerse en los penales (Andrada atajó 2).

Al día siguiente, con Mariano Closs, Gallardo brindó una clara explicación táctica de cómo pensó el partido y por qué armó ese esquema inédito: “La pauta me la dio el partido que Wilstermann jugó en Brasil. Armaron una línea de 5 atrás con muchos volantes, el Mineiro atacó por adentro y no le generó problemas. Decididamente había que abrirlos, hacerlos anchos en el fondo, para luego encontrar los espacios por dentro. Para eso, debíamos sacar gente de atrás porque, además, al atacar ellos con un solo delantero, nos iba a sobrar gente en defensa. La mejor manera era no dar referencias a esa línea de 5 que iban a conformar. En un momento pensamos, con Matías y Hernán,

que tal vez la diferencia de 3 goles les generara confianza para jugar con línea de 4 y hacernos un partido más friccionado en mitad de cancha. Eran las dos alternativas. Yo estaba convencido de que iban a jugar como en Brasil, entonces la idea era sacar gente de la defensa, abrir al Pity y a Auzqui por los costados, y que los dos Nachos (Fernández y Scocco) jugaran sueltos, sin dar referencias, con Enzo y Rojas rompiendo por el medio. Si jugábamos con un atacante de referencia, quizás iba a terminar perdiendo contra los tres centrales. Pero lo más importante fue la determinación y la ambición para jugar el partido que tuvieron los jugadores. Estuvieron fantástico".

Un rato después del partido, le mandé a Marcelo una foto de mis hijas y mi mujer festejando en la Belgrano baja.

—Les conseguí entradas porque sabía que algo histórico iba a ocurrir. ¡No creía que ocho, te digo la verdad! ¿Seguís pensando que no hay cosas para contar? —aproveché la volada para seguir machacando.

—Jajaja! Abrazo para vos y tu familia, Diego! Ah, y gracias por creer siempre! —y cerró con tres pulgares para arriba.

El 24 de septiembre, River cedió sus primeros dos puntos en la Superliga: 1-1 ante Argentinos, de local, tras ir ganando 1-0 por un gol de penal del Pity. Otra vez, el Muñeco puso línea de 3, con Montiel, Barboza y Pinola. Nico González empató a los 36' del primer tiempo, y Pisculichi recibió la ovación del público. En la conferencia de prensa, el Muñeco repitió un par de veces la palabra "resaca". Le gusta siempre sorprender con algo. "No hay excusas, simplemente haber vivido lo que se vivió el jueves, a tan poco tiempo, hizo que estuviéramos todavía con una resaca encima que no la pudimos sacar… y cuando vos estás de resaca, aquellos que hemos participado en alguna fiesta, cuando tomás un poquito te queda al otro día. Erramos muchos pases, no teníamos lucidez ni frescura para resolver", se sinceró, entre risas, apelando a otros dos términos habituales del diccionario gallardista: lucidez y frescura.

"Me sorprendió cómo jugó el otro equipo, parecía amateur", prendió la

mecha Daniel Angelici. El otro equipo era Wilstermann. Le fueron respondiendo de a uno en fila. Primero D'Onofrio: "Un 8-0 duele mucho, los de Boca querían vernos perder". Luego Mosquera: "No pienso responder porque no tengo la ligereza que tiene esa persona para hablar de un equipo humilde". Y, por último, Gallardo, tildándolo indirectamente de mediocre y demagogo: "Todo aquel que se sume al eco de desconfianza y que no quiera reconocer la superioridad de un equipo sobre el otro es de una mediocridad absoluta. Ojalá hubiera más personas como el señor Mosquera, mientras los de afuera opinan con liviandad. Que se sumen los que no estuvieron me parece de una mediocridad tremenda. Fue para hacer un poco de demagogia con el hincha".

El 26 de septiembre, Mora se reincorporó a las prácticas del plantel, en el gimnasio. Al día siguiente, Boca perdió 1-0 con Rosario Central y fue eliminado de la Copa Argentina. El 28 de septiembre se festejó el día internacional del hincha de River: el club presentó su nueva camiseta. Se respiraba un aire de ensueño. Ese día hablé con Bombicino por teléfono para seguir acopiando material y para saber cómo venía la definición de fin de año.

—Es el mejor semestre, el otro día lo felicité —me contó—. Le dije al Míster: "La verdad, enano, que te veo bien. Mirá el lugar que armaste, estás rodeado de la gente que elegiste, no te podés comparar con nadie, porque nadie deja nada en este fútbol. Si esto te hace feliz, Europa te va a esperar y la Selección también".

El 1º de octubre, River empató 1-1 con Tigre en Victoria. Otra vez arrancó ganando con un gol de Scocco de penal, empató Janson —Lux atajó un penal—, y Auzqui desperdició una chance clara de gol para el 2-1. "Lo fui a saludar a Gallardo porque es un crack como técnico. Hace cosas distintas", declaró al cierre del partido el DT de Tigre, Caruso Lombardi, más propenso a tirarles misiles que flores a sus adversarios.

El 5 de octubre se conoció la sanción de Conmebol a MQ y Mayada: siete meses para ambos. Recién podrían volver el 10 y el 18 de diciembre, respectivamente. Estaba cantado que no les permitirían jugar en 2017.

El sábado 7 de octubre, River hizo 5 cambios obligados para enfrentar a Defensa y Justicia en Formosa por la Copa Argentina: afuera Enzo, Casco y Moreira (con sus selecciones), Pity por la roja con Instituto y Nacho por lesión. A los 42’ del primer tiempo, Exequiel Palacios reemplazó a un lastimado De la Cruz, que a esta altura aparecía demasiado blandito ante cualquier roce. River lo liquidó en dos minutos (entre los 10’ y los 12’ del primer tiempo) con un doblete de Scocco, que estrenó festejo Dab: el primero de penal y el segundo tras pasar entre dos rivales y pinchársela al arquero Arias. Golazo. Palacios metió el 3-0 al final y se largó a llorar de la emoción. River alcanzó el récord de 9 victorias consecutivas en esta competición, y Scocco llegó a 11 goles en 11 partidos, solo superado por Bernabé Ferreyra, quien había metido 18 en sus primeros 11 partidos ¡en 1932!

El 10 de octubre, el 10 de la Selección nos devolvió la vida en Quito y con 3 goles clasificó a la Argentina para el Mundial. El 12 de octubre, ante las semis de Libertadores, River fue con todo por Darío Cvitanich, pero Banfield no lo largó. Con Chile *out* de Rusia 2018, otra vez sonó fuerte el nombre de Gallardo para reemplazar a Pizzi. El 13 de octubre llegó la hora de nuestra tercera y última cita del semestre. La idea era centrarnos en la epopeya fresquita del 8-0, pero aquel episodio fue disparando otros temas: su modo de vincularse con los jugadores, su accionar después de los partidos, la exigencia, su relación con la gente. Contenido muy sustancioso. Allí va.

EMBOTELLAMIENTO GLORIOSO

El viernes 13 de octubre salió a la cancha el grabador. Después de su

conferencia habitual de los viernes, esperé a que terminara su almuerzo y brindara una nota pautada para la TV de Mendoza con la colega Marirró Varela. Mientras Marcelo se baña, charlo con Nahuel Hidalgo. El videoanalista filma todas las prácticas, las más formales de fútbol, pero también las de espacios reducidos y ejercicios tácticos. En síntesis: filma todo menos los desafíos de fútbol-tenis. “Llego a casa y subo la práctica de hoy para que la tengan a disposición los jugadores y el cuerpo técnico”, me explica. Nada mejor que verse a uno mismo para corregir errores.

Sale Marcelo del vestuario, abre el auto, me subo y me hace la seña de que me ponga el cinturón de seguridad.

—¿Cómo andás, Dieguito, la familia? —arranca, como casi siempre por la familia, un tema muy importante en su escala de valores.

—Bien, todo bien. Una consulta, ¿te hiciste un toque en el pelo? El otro día en la TV se te notó como un tono rubión —arranco con una pavada, antes de prender el grabador.

—¿Estás loco vos? Es un gel para peinarme, por ahí parece ese efecto, pero nada que ver.

—Ja, tranquilo. Ayer veía por la tele una repetición de River-Santos Laguna de 2004, en el Monumental, ¿te acordás?

—¿Viste lo que fue ese primer tiempo? No dábamos dos pases seguidos. —Efectivamente se acuerda muy bien.

—Astrada te sacó cuando perdían 2-0, se notó tu sorpresa, tu gesto de fastidio, aunque después le diste la mano al salir.

—Sí, sí, me sacó. Estaba muy mal de la rodilla, no me curaba, pero hacía un esfuerzo tremendo por estar, y ese era un partido decisivo para no faltar.

—Ganaron por penales.

—Le cobraron un adelantamiento insólito a Lucchetti, debe ser el penal que menos se adelantó un arquero en la historia (risas).

—¿Qué comías el otro día contra Wilstermann, que sacabas de un vaso? —

sigo con las inquietudes banales en esta entrada en calor.

—Gomitas, empecé a comer gomitas.

—¿Por qué?

—Porque me gustan, ¿por qué va a ser? (elemental, Watson). En la mesa del vestuario hay nueces, almendras, barritas de cereal, gomitas… Las pongo en un vaso y me las llevo al banco, porque tampoco me gusta andar mascando chicle, queda feo.

—Estuve pensando algo del libro.

—¿Qué pensaste?

—Me quedé con lo que charlamos la última vez. Por un lado, el plan para consolidar el proyecto de inferiores, después lo primero que me respondiste cuando te propuse hacer el libro: que dos años era poco tiempo. Y ahora creo entender el porqué. Charlé con gente cercana a vos y me dijeron que te ven feliz. Mi conclusión es que hay un 99% de probabilidades de que sigas. Si eso es así, no tengo que correr para tratar de terminar este libro en diciembre.

Se queda callado, piensa.

—¿99% decís? —Me mira y no dice nada más.

—En ese caso, ya pienso y armo el libro con más calma. No estoy tratando de sacarte información, tampoco tenés que decirme nada, eh, solo te transmito un pensamiento para no enloquecerme.

—Y sí, la verdad, mi ilusión es quedarme, pero también es un laburo muy grande armar un nuevo equipo y un proyecto que abarque todo eso. Hay que ver si tengo esa energía. Hoy creo que la tengo.

—¿Influyen los resultados de estos meses?

—No depende de un triunfo o una derrota, pero influye en el ambiente, en el ánimo de todos, esa es una realidad.

—¿Hay que ver si también te dan todo lo que vos pedís?

—Supongo que no habrá problemas con eso, pero debe ser algo concreto.

—Bueno, entonces me pone muy contento que sigas en River, también

para demostrar que en estos tiempos se puede alcanzar un récord de permanencia —tiro la caña, a ver si lo da por sentado, no para escribir la primicia en redes sociales, porque es parte de nuestro contrato tácito de confianza, sino para poder trabajar con tiempo y hacer el libro más completo posible, como finalmente ocurrirá.

—¿Cuál fue el ciclo más largo? —se interesa, curioso.

—Y, de estos últimos tiempos… Gareca en Vélez con cinco años; Zielinski en Belgrano, por ahí; Ramón Díaz estuvo cuatro años y medio en su primera etapa en River.

Gallardo asiente, busca unos billetes en el parasol mientras va frenando al llegar al peaje de la Riccheri, pero la barrera está levantada. Apenas la cruzamos, entendemos el porqué: una masa de autos detenida, sin moverse ni un centímetro. Una masa voluminosa que cubre todos los carriles. Autos por todos lados, conductores que salen y tratan de ver hasta dónde llega el embotellamiento, que bajan y filman, por el placer de filmar o para tener la prueba irrefutable de la llegada tarde. Me froto las manos.

—Bueno, creo que hoy termino el libro —le pongo un poco de humor, mientras abro la mochila para sacar el grabador—. Lo prendo porque, si no, no me acuerdo nada.

—No te creo cuando decís: “No me acuerdo nada”.

—Bueno, sí me acuerdo, pero quiero tener todo al detalle, no perderme nada. Además, va a ser un viaje largo.

—Parece que sí.

—Nunca te vi gritar los goles como el otro día con Wilstermann.

—Y… porque era en lo que creíamos. Que eso que creíamos se fuera a reconvertir en algo real en tan pocos minutos era emocionante, ¿entendés? Emocionante.

—¿Te ilusionabas con irte 2-0 el primer tiempo, por ejemplo?

—Pensábamos que la cosa iba a funcionar, que el equipo iba a tener esa

respuesta, pero nunca que seríamos tan contundentes, que meteríamos 3 goles en los primeros 20 minutos.

—¿Cómo pensaste la previa, por qué fueron a Cardales?

—Suelo tener esos momentos de cambio. Cuando volvíamos de Bolivia y tenía que armar la semana… Mirá, mirá cómo filman todos. —Se ríe y señala a los que se bajan a filmar a su alrededor. —Bueno, después del 0-3 en Cochabamba volvimos a Santa Cruz de la Sierra, comimos y me fui a la habitación, no tenía ganas de hablar con nadie.

—¿Estabas enojado?

—Estaba reflexivo. Consideraba que habíamos cometido errores, pero que no habíamos jugado un mal partido. Pensaba qué nos había pasado para darles la chance de que nos hicieran tres goles.

—Cuando tenés que ir a una conferencia después de perder tan feo, ¿te pasa que no tenés ganas de ir?

—Después de los partidos suelo irme al vestuario mío, o a la oficina, no voy a ningún lado en caliente, ni siquiera al vestuario de los jugadores, trato de evitarlo. Tampoco voy en la euforia, eh, siempre intento aislarme emocionalmente un poquito. No mucho, cinco o diez minutos, para reflexionar sobre lo que acabo de ver. Muchas veces, en caliente transmitís cosas que por ahí después te arrepentís o que no son tan claras.

—¿Te tomás unos minutos y también ves el resumen del partido?

—No siempre veo el resumen antes de enfrentar a los jugadores, pero sí antes de ir a la conferencia.

—¿Siempre enfrentás a los jugadores?

—Sí. Les hablo a todos juntos, a veces no hace falta decir mucho y a veces hace falta ser mucho más, eh, más… intenso.

—¿Cómo estaba el vestuario del 0-3?

—Y… era un vestuario abatido. La sensación de todos era cómo habíamos perdido así con un equipo inferior. Ahí invadía la angustia, el miedo al

ridículo, esas cosas te pasan como jugador. Esa noche, después de tomarme unos minutos, entré en el vestuario y les hablé. Les hablé tranquilo.

—¿Qué les dijiste?

—Que no habíamos perdido en el juego sino en las áreas, en las oportunidades desperdiciadas y en las oportunidades cedidas, pero que de ninguna manera habíamos sido superados. Que la diferencia de tres goles era injusta, que el equipo rival era mucho más débil que lo que había demostrado. Es muy difícil manejar un partido de visitante, y habíamos tenido más posesión que ellos, aun jugando en la altura, entonces esas cosas me hicieron sentir que, si nos preparábamos mentalmente, la remontada era posible. No digo accesible, pero sí posible. Eso les dije.

—¿Alguno preguntó algo?

—Generalmente no preguntan. Después vi el resumen en el iPad, fui a la conferencia y transmití esto que sentía, más allá del golpe duro de la derrota y de la amargura. Esa noche, en el hotel, nadie hablaba durante la cena. Había algunos dirigentes, yo suelo ser el termómetro de la mesa. A veces no tengo ganas de hablar y parece que la mesa es muda. Todos estaban callados.

—Deben pensar: “Si decimos algo y Marcelo está caliente, se arma”.

—Entonces agarré y le dije a Patanian: “Este es otro pagaré que no sé si existe, pero es otro momento para revertir una situación adversa”. Y me contestó: “Sí, sí” (enfático), y ahí arrancó otra vez la cosa, y en el avión, como veníamos en vuelo de línea, los hinchas de River empezaron a cantar. ¿Viste cuando se siente la energía? Y ahí se fue generando todo.

—La gente sabe que, con vos, todo es posible. El otro día se viralizó el tatuaje de un hincha que decía: “No creo en milagros, creo en Marcelo Gallardo”.

—Se empezó a generar eso. En el vuelo de vuelta armamos con los chicos (Biscay y Buján) la lista de los jugadores que iban a viajar a San Juan para jugar el domingo y cómo seguiría después. Irían muchos suplentes porque

había que tener frescos a los que debían hacer un gran esfuerzo el jueves por la Copa. Ir a Cardales lo tomamos como una salida de aislamiento para enfocarnos. También pensé que era una buena idea volver a estimularlos el día del partido, viniendo desde afuera y no bajando de la concentración, para empezar a sentir todo eso que la gente iba a transmitir.

—Como cuando llegan al interior de país.

—Exacto. Siempre concentramos en el Monumental, y es estimulante cambiar, no estar sometido a la rutina de todos los días. Te resguardás, empezás a enfocarte. Fuimos el martes al mediodía para comer, entrenamos un poquito, pero básicamente ese martes lo utilizamos para descomprimir, para regenerar, hicimos campeonatos de truco y de bowling.

—¿De dónde sacaste esa idea?

—Lo hacemos de vez en cuando, pero no estamos copiando, surge. Mi idea no era refugiarme en un lugar y cargarlos de más presión todavía, pasarles diez horas de videos. No, la intención era descomprimir esa carga emocional de tener que dar vuelta un resultado que todo el mundo hacía creer que era imposible.

—¿Quién ganó al truco?

—Nosotros perdimos en semifinal. Jugamos en equipos de a tres, yo con Matías (Biscay) y Rorro (Sbroglia), porque el Pollo (Buján) estaba trabajando con Nahuel (Hidalgo), eran los únicos que trabajaban ese día (risas). Creo que ganaron Maidana, el Pity y Rossi.

—¿Cuándo empezaste a hablarles del partido?

—El miércoles, un día antes. Hicimos una sesión de video después del almuerzo, una sesión corta, sobre cómo había planteado el partido Wilstermann en Brasil y cómo le había jugado el Mineiro, la mala lectura que habían hecho: todo por adentro. Hicimos una secuencia que en general no dura más de veinte minutos.

—¿Parás las imágenes y preguntás?

—Son charlas participativas: les preguntamos qué ven, qué no ven, si coinciden con lo que uno dice. Después fuimos al campo y desarrollamos la idea de cómo nosotros teníamos que afrontarlo.

—¿Scocco estaba mal por el gol perdido?

—Estaba mal, pero en esos momentos no hay que decirle nada.

—Vamos al partido. ¿Qué les dijiste en el entretiempo, con el 4-0?

—Que la idea era no sacar el pie del acelerador, no darles la posibilidad de que con un gol se pusieran a tiro. Había que mantener el nivel de atención y seguir siendo agresivos en el ataque, no podíamos bajar.

—¿Hubo arenga en el vestuario después del 8-0?

—Fue tranquilo, no hubo grandes gritos, la satisfacción en las caras era tremenda, eso ya te exime de las palabras. Cuando pasa eso, vos decís: “Noooo, disfruten esto”.

—¿Saludaste a uno por uno?

—Sí, sí, los felicité y a algunos les dije alguna palabra más.

—No me contestaste si a veces no tenés ganas de ir a la conferencia después de una derrota.

—Sí, pero en la Copa no podés negarte, ya tengo asumido que hay que ir. Claramente, a veces no tengo ganas de decir nada.

—¿Ves venir las preguntas?

—Claro, ya más o menos cuando les veo la cara me doy cuenta por dónde van a venir las preguntas.

—A pesar de ser muy exigente, generás una gran empatía con los jugadores, ¿de quién lo aprendiste?

—Eso es muy difícil de explicar, no todo se aprende de algún lugar puntual en la vida, hay algunas cosas que salen naturalmente. Si lo hubiera aprendido en los libros, te lo diría; lo leí en tal lugar, o me lo dijo tal persona, pero no, no sé, me sale.

—Pero ¿notás que generás un compromiso fuerte del jugador hacia vos, a

pesar de tu exigencia?

—Reconozco que soy exigente, y que tengo que alejarme un poquito a veces para que ellos no sientan esa intensidad que uno le imprime. Antes era Matías (Biscay) el que me bajaba un poco; ahora, con los años, ya me doy cuenta solo, porque también entendí que uno es la cara visible y es como… el termómetro, y no solamente para los jugadores, sino para los que están conmigo también.

—¿Qué hacés cuando estás mal?

—Cuando hay algo a lo que no le encuentro la vuelta, trato de aislarme un poco para descomprimir.

—La empatía que generás con los jugadores es una de tus grandes virtudes; la otra, para mí, es que le transmitiste tu personalidad al equipo. Jugando bien o mal, el equipo se planta, como eras vos como futbolista: la pedías siempre a pesar de tu fragilidad física.

—Ese es un rasgo marcado de mi personalidad, es cierto, y me siento representando por el equipo en ese sentido. Claramente hay una metodología que lo respalda, porque si nosotros tuviéramos una metodología diferente, por ahí jugaríamos un poquito mejor, pero no resistiríamos sostenernos en la adversidad.

—¿Con “metodología” te referís a los entrenamientos intensos?

—Tiene que ver con un mensaje de base, una cultura instalada dentro del seno de nuestra gestión. Que los jugadores ya lo saben, lo asumieron y no les pesa. A los que vienen les cuesta al principio, pero es ahí donde debés empezar a utilizar los recursos humanos porque no todos tienen la misma posibilidad de absorber esa exigencia.

—Hablás de la intensidad para entrenarse.

—Por la intensidad con que nos preparamos para entrenar y también para jugar, y después para vivir, porque te invitaría a que participes una semana y te des cuenta de que hay una metodología que está fuertemente arraigada.

—¿A qué llamás “metodología”?

—Qué sé yo, hábitos que han adquirido: llegar una hora y media antes de empezar a entrenar, desayunar, charlar entre ellos mientras se cambian. Media hora antes de empezar los entrenamientos los ves a todos en el gimnasio preparándose o corrigiendo déficits. Cada uno tiene una rutina, y eso es contagio. ¿Cómo era antes? Si el entrenamiento era 9:30, llegabas quince minutos antes, tomabas unos mates, ibas a entrenar, arrancaba la sesión, terminaba; el que le dedicaba un poco más de tiempo a su físico se quedaba a elongar o a hacer tratamiento y después se iba a su casa. Hoy, si arrancamos 9:30, a las 8 la mayoría esta desayunando acá, 8:30 están en el vestuario charlando y a las 9 están en el gimnasio haciendo diferentes cosas.

—¿Se trabaja más fuerte que lo normal?

—Adoptamos una idea de trabajo que tiene que ver con cómo nosotros queremos jugar. Conmigo, ningún jugador regula en la semana. Obviamente están las adaptaciones a diferentes físicos, a los jugadores de mayor edad los debo cuidar de una forma especial: se entrenan en menor cantidad, pero con la misma intensidad. La intensidad con la que queremos jugar o con la que nos hemos sostenido es la misma con la que nos entrenamos, y cuando hablamos de una fuerte mentalidad, eso se va consiguiendo con los fuertes entrenamientos. ¿Cómo obtenés la mentalidad vos?

—Yo qué sé.

—Cuando te exigen, cuando te ponés los parámetros de exigencia, vas subiendo la vara. Si vos venís con una exigencia baja, es muy posible que en algunos partidos puedas jugar, pero si hay situaciones que demandan un mayor esfuerzo, que demandan no tener que caerte en determinado momento, te va a sostener lo que vos viniste incorporando. Si no, no te sostenés.

—En estos tres años, River compitió mejor que lo que jugó, ¿eso se consigue con entrenamientos y también hablando mucho?

—Sí, bueno… no es que armás una metodología y la pegás en la pared y

listo. Es también argumentar por qué lo hacemos. En un plantel están los que se animan a preguntar y los que no. O sea, vienen y cumplen una rutina. A mí me gusta los que reflexionan y se preguntan el porqué y el para qué.

—Vos lo hacías como jugador, me contaste, y al entrenador por ahí no le gustaba porque parecía que lo cuestionabas.

—Claro, uno quiere saber cuáles son los argumentos, porque si lo hacés convencido, lo hacés mejor, eso es fundamental.

—¿Te pasó que te preguntaran?

—Sí, hay jugadores, sobre todo los más grandes, a los que les interesa más. O a los más futboleros.

—¿Qué tipo de preguntas te hacen?

—Si determinados ejercicios nos dan la posibilidad de jugar 20 metros más adelantados, o si nos permiten tener que volcar el equipo sobre un sector más que el otro. O por qué estamos haciendo lo que hacemos para enfrentar a determinado rival.

—¿Quiénes son los que más preguntan?

—Leo (Ponzio) pregunta mucho, es curioso. Maidana no es de preguntar, pero sí de absorber. Rojas pregunta, Pinola todavía no se terminó de soltar, pero es un jugador que se compromete, y eso es bueno que pase, Enzo Pérez también. A mí me gusta tener ese tipo de jugadores, contrariamente a otros entrenadores, que prefieren tener jugadores más dóciles. Yo prefiero jugadores que se involucren, que pregunten, que tengan esas inquietudes.

—Hace poco dijiste que en tu época de jugador siempre le faltaba algo a River en las Copas, como si te hubiera quedado ese trauma, ¿qué veías en aquel momento?

—Siempre nos faltó algo. Hace poco lo hablé con Enzo: “¿Cómo puede ser que nosotros, con tantas figuras en el equipo y tantos campeonatos locales, no hayamos podido aprovecharlo en las Copas?”. La mística copera no es propiedad de las instituciones, la mística te la dan los momentos en que vos

generás esa mística, precisamente, y nosotros no pudimos aprovechar esos años increíbles, ganamos solo una Libertadores y una Supercopa.

—¿Qué les faltaba?

—Fijate que quedamos eliminados en situaciones muy… que vos decís… en casa contra Vasco (semifinal Libertadores 1998), o en casa con Atlético Nacional por penales (semi de 1995), o con Racing también en casa (octavos de 1997), con Independiente otra (semifinal Supercopa 1995) eran eliminaciones muy duras, viste, en tu casa, y yo decía: “¿Por qué carajo?”. Lo pensé mucho todo eso.

—¿A qué conclusión llegaste?

—Que más allá del talento faltó algo más, un plus, ahí es donde considero que vos empezás a hacerte respetar, cuando les hacés saber a todos que tenés una mentalidad y que para ganarte van a tener que matarte. Cuando vos generás eso en un equipo, ahí decís: “Che, este equipo es bravo”. Vos lo ves el domingo y decís: “No le ganó a Argentinos Juniors, pero que sepan que llega el miércoles o jueves y lo van a tener que matar, que no van a poder”. Eso se va generando no solo entre los tuyos, cuenta lo que transmitís a los demás.

—Pero ustedes se entrenan igual para una Copa que para el campeonato, ¿o no?

—Sí, pero se ha forjado eso. Vos decís: ¿dónde nosotros fuimos más efectivos? En los mano a mano, ¿no? ¿Y por qué en el campeonato no? Porque en el campeonato baja la tensión. No debería pasar, es una de las grandes broncas que me agarro: nosotros hemos ganado prestigio, pero también hemos perdido prestigio contra equipos muy inferiores al nuestro. ¿Cómo puede pasar? Pasa, ahí yo tengo que tratar de entender, de… no sobredemandar, porque cuando pasa esto, los castigo. Los castigo mucho.

—¿Les gritás?

—No les grito, pero los agarro en la semana y les digo que no podemos

perder con determinados equipos, que no podemos.

—¿Qué te dicen?

—Nada, ¿qué van a decir? Si es la verdad, pero claro, uno sabe que es muy difícil mantener la tensión todo el tiempo.

El vínculo con sus dirigidos es uno de los tesoros más valiosos que posee Gallardo. Una de sus cualidades más sobresalientes. Su rol como líder grupal es intachable. No hubo en cuatro años y medio un futbolista que saliera públicamente a quejarse de su modo de gestionar las relaciones humanas. Y cuatro años y medio en un club como River, con toda la exposición mediática que conlleva, es toda una vida.

El vínculo con el hincha también es superespecial. Unico, agregaría.

—Me llama la atención que estés siempre con una sonrisa en el contacto con la gente.

—Es muy natural, eso pasa. Después, no voy a mentirte: muchas veces no salgo para no tener esa obligación, pero no reniego y considero que tampoco sería justo si yo no tuviera una sonrisa, o no me tomara un momento para sacarme una foto o firmar un autógrafo con la gente que te brinda todo ese cariño. Lo vivo así, no es que me la creo, ¿entendés?

—¿Te sorprendieron los recibimientos en el interior?

—Es tremendo, se ha ido potenciando mucho en estos años. A veces me sorprende hasta dónde puede llegar ese fanatismo. Hay cosas a las que uno no les encuentra explicación: el tipo que viaja y espera cuatro o cinco horas para eh… para verte pasar con el micro o para verte bajar del micro. Como jugador iba al interior, y no había esta locura de hoy ni por cerca.

—Se multiplicó el fanatismo, pero también tu equipo le dio muchas alegrías al hincha.

—Eso de sentirse representado de una manera, viste, es fuerte. Más allá del

amor por la camiseta, tenés un equipo que te representa. En los noventa teníamos un equipo con el que la gente se identificaba, pero no había esta euforia. Nosotros solíamos jugar con el 50 o 60% del estadio ocupado, hoy jugamos Copa y campeonato con no menos de 40 o 50 mil personas siempre.

—¿No te abruma tanto cariño de la gente, cuando andás por la calle, cuando salís a comer?

Piensa, se ríe.

—¿Sabés en qué caso me abrumaría? Si me la creyera, viste, que me confundiera, pero no me pasa eso, será que también siento esa representación tan fuerte. No me abruma ese idilio constante con la gente porque no me confunde para nada.

Después de una hora y nueve minutos, pasamos al lado del accidente que originó el atasco, tres autos magullados, nada grave.

—El famoso “Que la noticia no tape la historia” posterior al 2-4 con Boca, ¿a quién iba dirigido?

—A las críticas. Querían hacer creer cosas. Algunos aprovecharon, estaban esperando…

—¿A quién te referís?

—Al medio en general, y más a ese aparato que responde ciertamente, bueno, ya sabés a quién. Son los mismos que decían que le habíamos regalado un campeonato a Racing. Quedaron envenenados porque los dejamos afuera. Los eliminamos porque nos preparamos para jugar contra ellos de una manera especial. Si hubiera puesto los titulares contra Racing, no habríamos llegado así.

Nos frenamos ante el último peaje. Esta vez me bajo en el centro.

—Hola, Muñe —lo saluda el muchacho de la cabina, como si lo conociera de toda la vida.

Marcelo sonríe, retira el ticket y deja su “muchas gracias” habitual.

—¿Qué fue lo más curioso que te han dicho en el peaje?

—La verdad que no pago casi nunca últimamente, salvo alguno que no me vea.

—¿Los hinchas de Boca?

—No, es más, me sorprende la cantidad de gente de Boca que me dice “soy hincha de Boca”, pero igual me levanta el pulgar, eso me pasa muchísimo.

—En general fuiste un tipo respetuoso.

—Es que no tuve grandes quilombos, salvo ese episodio con Abbondanzieri, pero después nunca hice una declaración fuera de lugar para la gilada, para vender.

—Tal vez valoren tu personalidad. —Me mira, hace silencio…

—Hay cosas que no me gusta decirlas yo, que las digan otros.

—Bueno, Marcelo, espero no haberte aburrido mucho —estoy por bajarme.

—Tranquilo, saludos a la familia —cierra como empezó.

—¡Gracias!

—Pero dales mis saludos a las gallinitas, eh —suelta ya cuando estoy cerrando la puerta.

*****

El domingo 15 de octubre, River hilvanó su tercer empate seguido por Superliga (2-2 con Atlético Tucumán en casa), luego Boca ganó en Paraná y le sacó 6 puntos. Se puso 2-0 por Casco y Borré a los 5’ y 7’ del segundo tiempo, parecía que se venía la goleada, pero el Decano lo empató con el Pulga Rodríguez y Blanco. Barboza anduvo muy flojo, y Batalla evitó la derrota.

El miércoles 18 de octubre, River superó 4-1 a Atlanta en Salta y se clasificó a la semifinal de la Copa Argentina. Le costó en el primer tiempo,

pero lo definió con dos goles en el último minuto de esa etapa: a los 44’ la metió Saracchi, sacaron del medio, River robó la pelota, y Nacho Fernández convirtió el 2-0 cuando aún pasaban en la tele la repetición del 1-0. El Pity y Auzqui aumentaron en el segundo tiempo.

—Felicitaciones! Todos triunfos por 3 goles en esta Copa Argentina. Además, levantaste el pagaré Bercsé, no sé si sabías, pero te ganó las 2 veces que te enfrentó como ayudante de Milito, en Estudiantes e Independiente! —mensajeé por WhatsApp a Marcelo esa noche.

—Jaja! Sí, lo sabía por qué él lo comentó en estos días. Pero bueno, había que hacer la tarea y sacarse este partido de encima y se hizo. Ahora, a pensar en lo más lindo.

A Buján le escribí al día siguiente. Había subido a Twitter una foto de un equipo de la Novena de River en el que jugaba Gallardo y le pedí si me identificaba al resto. Como si se hubiera tragado un Wikipedia, me dio nombres, apodos y equipos en los que jugaron todos menos dos. Impresionante memoria la del Pollo.

El 21 de octubre se desgarró el soldado que no había faltado casi nunca: Jorge Moreira. River se concentró en Cardales otra vez, de cara a la semifinal. Lanús era un hueso duro de roer. Desde que ascendió, en 1992, fue el segundo equipo que más veces le ganó a River después de Boca. Además lo había eliminado en los tres duelos directos hasta aquí: Sudamericana 2009 y 2013 y Supercopa 2017.

El martes 24 de octubre, River le ganó 1-0 al Grana en la ida, con un gol de Scocco a los 36’ del segundo tiempo. River formó con Lux; Montiel, Maidana, Pinola, Saracchi; Pity, Ponzio, Enzo, Rojas; Nacho Fernández, Scocco. River fue muy superior y anuló a su rival, que jugó demasiado contenido; Saracchi se desgarró en la última jugada, y el equipo lo lamentaría. En el final de la conferencia, Gallardo se quejó por un penal no cobrado a Scocco en el descuento. Nadie le prestó mucha atención. Ni

siquiera el VAR, que hacía su estreno. Viendo la reiteración, la falta fue clara, con Scocco saliendo del área.

—¡Así se gritan los goles! —le escribí a Biscay, con una muy linda foto en la que festeja cara a cara con Marcelo.

—Sí. Estoy de acuerdo, ja, ja.

—Qué locura la cancha hoy, ¿no?

—Fue una explosión, Diego, la verdad, fue una explosión el gol, era injusto que nos fuéramos con el 0-0, viste, porque un equipo proponía y el otro defendía y apostaba a las carreras largas. Por suerte, el fútbol le hizo un guiño al equipo que proponía.

El viernes 27, previo al debut de Nahuel Gallardo ante Talleres, con el DT guardando todo para la revancha con Lanús y con Saracchi, el 3 titular, desgarrado, le escribí a Marcelo para saber cómo lo estaba viviendo.

—Hola, ¿preparado para las emociones fuertes de mañana? Supongo que te hubiera gustado hacerlo debutar con más titulares en el equipo, más contenido, pero es lo que toca.

—No sabes lo difícil que es para mí, pero se dio así. Tiene personalidad, así que se la va a bancar, igual que los otros dos pibes que debutan con él. Gran abrazo!

El sábado 28 de octubre, los titulares de River se entrenaron por la mañana pensando en Lanús y, después del almuerzo, Gallardo voló con un equipo juvenil hacia Córdoba, donde a la noche enfrentaría al poderoso Talleres de Kudelka. Formó con Batalla; Augusto Aguirre, Kevin Sibille, Barboza, Nahuel Gallardo; Denis Rodríguez, Palacios, Rossi, Auzqui; De la Cruz y Borré. En el segundo tiempo entraron Cristian Ferreira, Andrade y Moya. Debutaron 3 de los 4 integrantes de la defensa —todos menos Barboza— y Ferreira. River perdió 4-0, se quedó sin invicto y sufrió la peor derrota en el ciclo Gallardo. El River juvenil aguantó bien el primer tiempo hasta el gol de Ramírez a los 43’. En el segundo aumentaron Ramírez a los 24’, Torres a los

30’ y Olaza a los 34’. Nahuel Gallardo jugó con la camiseta 36, fue amonestado a los 25’ del primer tiempo por una entrada dura a Sebastián Palacios y mostró personalidad. No le pesó el debut ni ser el hijo del DT.

El martes 31 de octubre ocurrió la catástrofe en La Fortaleza. River presentó el mismo equipo que en la ida, con Casco por Saracchi. Ganaba 2-0 con goles de Scocco, de penal a los 18’, y de Montiel a los 23’, luego el árbitro colombiano Wilmar Roldán no cobró un penal a los 40’ por una mano grosera de Marcone, que podría haber significado el 3-0. Ni siquiera apeló al VAR. En la última jugada del primer tiempo, descontó Sand. Antes del minuto del segundo tiempo otra vez anotó Sand para el 2-2, luego Lautaro Acosta a los 17’ y Silva a los 24’ de penal —ahora sí apoyándose en el VAR— sellaron el 4-2 definitivo. Lanús necesitaba 4 goles y los metió en 24 minutos. Aunque no en las cifras (2 de diferencia), pero sí por el modo y la instancia, nadie tiene dudas: esta fue la peor derrota de la era Gallardo.

Un día después, Wilson Seneme, presidente de la Comisión Arbitral de Conmebol, afirmó: “La mano (de Marcone) debió ser revisada”. River también reclamaba por una piña de Román Martínez a Rojas en la acción que derivó en el 3-2 (falta y expulsión), por una roja a Braghieri por último recurso —bajó a Scocco cuando River ganaba 2-0— y por un *offside* erróneamente pitado a Scocco, cuando se iba mano a mano. “Un árbitro se puede equivocar; siete no, es mucho. ¿Se puede actuar tan impunemente? Pero River no va a hacer ninguna presentación”, tuiteó un indignado D’Onofrio.

Esa madrugada le mandé un mensaje a Marcelo, pero no respondió. Sí lo hizo Jorge Bombicino con tres palabras: “Tremendo. Estoy liquidado”. Dos días después, el 3 de noviembre, se explayó un poco más: “¿Te digo algo? Son veintidós años entre idas y vueltas en el club y con la enorme suerte de haber estado en el banco o participando en 14 títulos, y esta fue la derrota más dura. Mirá que estuve en todas, eh: el nucazo de Guerra, el gol de

Palermo en la Copa, el día que Iarley fue Maradona, el de la gallinita de Tevez, la final con Cienciano, pero en esta no tengo consuelo. Ganando 2-0 nos dábamos cuenta de que no estábamos bien. Creo que el dolor del pecho se me fue recién hoy. Yo pensaba que esas noches de angustia y amargura que tanto nos costó revertir habían quedado en el recuerdo. ¿Y ahora qué hacemos? Bancar. El mejor acero es aquel que se dobla pero no se parte, y así somos con el Mr. Redoblamos esfuerzo, dignidad y trabajo. Duele el festejo de los mediocres que quieren manchar una gestión tremenda en todas las áreas. Es como querer ocultar el sol con la mano, amigo. Por eso, River es siempre el diferente y el más grande!”.

Cinco días después de la piña de Lanús, River recibía a Boca en el Monumental por la Superliga.

—Dejé pasar estas 48 horas para vivir el dolor y que vaya cicatrizando de a poco, algo que no va a ser fácil, porque va a quedar por lo menos hasta el 29 de noviembre, cuando finalice esta Libertadores y se renueven las expectativas —confesó Gallardo en la conferencia del viernes previa al súper, y luego buscó poner el dolor en contexto—. No estoy golpeado; lo estuve. Las derrotas duelen, pero yo estuve golpeado cuando hace tres años murió mi mamá a los 55 años de un cáncer terminal y yo tenía que enfrentar a un grupo de jugadores para ganarle a Boca a los pocos días. Y sin embargo tuve el coraje y la voluntad para seguir. Esto para mí es un dolor deportivo, no tiene nada que ver con lo otro.

Al mismo tiempo volvió a poner una zanahoria por delante:

—En el corazón se sufre todavía mucho más, porque te pega de lleno. Pero, después, el fútbol te da la posibilidad de poder jugar un partido que representa muchísimo. A partir de hoy nos focalizamos en eso, en que el domingo jugamos un partido que permite aliviarnos el alma. Darle un alivio al alma y al hincha. Lo mejor que nos puede pasar hoy es jugar con Boca. Vamos a intentar aferrarnos a eso.

Ya acercándose a los tiempos de definiciones, no podía faltar la pregunta relacionada a su futuro después de diciembre:

—No tengo definido qué voy a hacer. Hay muchos factores que no vienen al caso, pero quiero que quede claro que estoy en el lugar más lindo del mundo. No voy a estar en un lugar que sienta tanto como este. El día de mañana podré irme, pero no voy a sentir lo mismo. Sí la misma pasión profesional porque vivo de esto. Pero lo otro quizá no lo tenga más. Reconozco dónde estoy. Es un club enorme que exige y que me gusta, porque me gusta exigir.

Boca llegaba con puntaje ideal en Superliga: 7 jugados, 7 ganados. Y oliendo azufre. “El empate no nos sirve —sacó pecho Guillermo—. Tenemos que ganar y poder darles el segundo golpe.”

El domingo 5 de noviembre, Boca le metió otro golpe, nomás, al rival que venía tambaleando: le ganó 2-1 en el Monumental en el clásico 200 del profesionalismo. Le sacó 10 partidos de diferencia en el historial (74-64) y 12 puntos en la tabla. River repitió formación. A los 40’ del primer tiempo, Nacho Fernández quiso rechazar y le dio un patadón en el pecho a Cardona: roja, tiro libre, y el propio Cardona la clavó en el ángulo para el 1-0. A los 15’ del segundo vio la roja Cardona por un supuesto codazo a Enzo (mal expulsado), a los 23’ empató Ponzio con un golazo desde fuera del área y a los 28’ clavó Nández el 2-1 de volea.

“Estos partidos se juegan y se ganan así, con huevos”, declaró Wilmar Barrios. “Huevos no nos faltaron”, se sumó Pablo Pérez. Su tocayo Enzo jugó con el corazón, lesionado, y dejó una frase para la historia, hablándole a Néstor Pitana al terminar el primer tiempo: “Inventaron el VAR, nos sacaron de la Copa”.

Después del partido asomó el petiso calentón que Gallardo lleva adentro. Y habló del anteúltimo partido: “Hemos perdido porque hemos jugado. Llegamos a una semifinal, hay otros que no estaban jugando la Copa

Libertadores y se conforman con el campeonato. Hubiera sido peor no jugarla”.

Luego fue más analítico y, como siempre, se esforzó para transmitir calma. El piloto en medio de la tormenta.

—Ahora habrá que pensar en reponerse porque el golpe esta semana ha sido duro, pero no deja de ser algo que está dentro de las posibilidades deportivas. Hay que mantener la calma y destacar el acompañamiento de la gente: es un termómetro muy importante el apoyo y el aliento después de la desilusión. En un momento triste, eso me llena de orgullo: se identificaron con el equipo. Hay que ponerle el pecho a la derrota y seguir, no queda otra. Es la única manera en la que yo entiendo la vida. Al menos esta vez se equivocó un solo árbitro y no siete —se despidió con su sello, caliente todavía con el VAR de Lanús.

—Acordate que después de los súper perdidos viene una buena! Recopa tras el 0-5 en 2015 y Copa Argentina tras el 2-4 en 2016 —le escribí a Marcelo al terminar la conferencia.

—Hoy la buena me sabe a poco, Dieguito —contestó contundente.

El 7 de noviembre, en medio de fuertes cuestionamientos a Lux por el primer gol de Lanús y el segundo de Boca, Francescoli admitió en una entrevista que la prioridad había sido traer a un arquero de Selección, pero que ni Armani ni Romero ni Guzmán aceptaron. Al otro día, Enzo le pidió disculpas a Lux en el entrenamiento, y el arquero las aceptó. El otro gran apuntado fue Casco.

Aunque estaba casi seguro de que Marcelo iba a seguir después de diciembre, el 9 de noviembre le pregunté a Bombicino cómo la veía.

—Creo que va a seguir. ¿Qué pienso yo? Tiene la edad, la salud y las espaldas suficientes. Pero va a ser difícil el año que viene, con Boca a 12 puntos, hiperreforzado para la Copa y en un contexto político adverso.

El mismo día consulté a Buján cómo estaban para afrontar la semi con

Morón.

—Diego, acá ya con ganas de revancha. Dos pasos complicados para terminar campeones y arrancar el que viene ganándoles la Supercopa. Abrazo grande! —contestó el anticipador del futuro, nombrando tácitamente al rival de toda la vida.

El viernes 10 de noviembre, Gallardo no bajó a dirigir la práctica, la dejó a cargo de sus colaboradores. Llamó primero a D'Onofrio para comunicarle su decisión de continuar en el club y luego hizo lo propio con los otros tres candidatos a presidente. Más tarde lo informó en la conferencia de prensa habitual previa a los partidos, sorprendiendo a los periodistas, quienes no imaginaban que sería mediodía de anuncios tan importantes.

—Lo he evaluado y puse mi disponibilidad y mi continuidad en las manos de los cuatro candidatos a presidente. Es una cuestión de pertenencia. Yo pertenezco a River y tengo deseos, voluntad, energía, desafíos… Soy feliz acá. Si a los hinchas de River les da felicidad, me pone muy contento. Y si alguno tenía la intención de desgastarme para que tomara una decisión contraria, equivocó el camino —cerró con una sonrisa.

En relación con el cruce del domingo con Morón, al único que confirmó como titular fue a Lux, que venía cacheteado, como había hecho Carlos Bianchi en una conferencia con Oscar Córdoba, cuando era cuestionado en sus comienzos. Apenas concluido su anuncio lo felicité por la buena nueva.

—Hola, Diego, muchas gracias, sé que te alegra y es sentido. Acá estamos, vamos a seguir bailando. No podía ser de otra manera, es lo que sentía, vos sabés, te lo dije hace un tiempo, y más en estos momentos. Había que fortalecerse a través de la convicción, y eso fue lo que trajo justamente la derrota, las derrotas, eh, así que estaremos al habla. Abrazo.

Vamos a seguir bailando. El año 2018 sería para poner una cadena de boliches de tanto baile que hubo.

A Biscay le había mandado un mensaje por WhatsApp el día anterior al

anuncio, para que me trasmitiera sus sensaciones. Me contestó al día siguiente, ya hecha pública su determinación. Se debe vivir mejor sin tanto apego al teléfono.

—Hola, Diego. Marcelo no va a encontrar otro lugar, que le permita llevar a cabo todas sus ideas, como River. Más cómodo, más identificado, y con la libertad que le dan los éxitos. Es su lugar en el mundo. Y el desafío que tiene es seguir creciendo. Es difícil encontrar a alguien que le dedique a River tantas energías. Si está en un lugar donde es feliz, ¿por qué dejar de serlo? —concluyó el amigo que tanto lo conoce. Eso, ¿por qué?

El anuncio de la continuidad de Gallardo fue la mejor noticia para el hincha de River después de la peor semana del ciclo. El Muñeco lo hizo otra vez: logró revertir el ánimo y la energía del ambiente. Un ilusionista que en dos movimientos dio vuelta el escenario.

(Al final, Sebastián Srur tenía razón, un año era poco.)

El domingo 12 de noviembre, en Mendoza, River enfrentaba en semifinales de Copa Argentina a un Deportivo Morón que se había impuesto sin recibir ni un gol en sus cuatro presentaciones previas, todas ante equipos de Primera. Gallardo respaldó a los cuestionados Lux y Casco, y con el partido 0-0, el arquero de River sacó una bola muy difícil al Rengo Díaz. River ganó 3-0 con goles de Nacho Fernández a los 39’ —un especialista en meter goles en esta competición—, Maidana a los 42’, ambos en el primer tiempo, y Borré a los 45’ del segundo.

Apenas terminado el partido, Gallardo fue a abrazar a Walter Otta, el DT del Gallito.

—¿Qué te dijo Gallardo? —le preguntaron a Otta.

—Tuvo palabras muy elogiosas para con Morón. Me felicitó por el trabajo, por haber llegado a las semifinales. Es un señor, Marcelo. Le queríamos

ganar, pero siento una admiración muy grande por él.

El sábado 18 de noviembre, River cayó 1-0 ante Independiente en Avellaneda, y Lux fue expulsado tras salir a destiempo a rechazar una pelota fuera del área y tocarla con la mano a los 19’ del primer tiempo. El gol de Independiente lo metió Nico Domingo —que no lo gritó— faltando 10 minutos para el final. Al día siguiente comenzaron a surgir nombres para ocupar el arco de River: Andújar, Muslera, Armani.

El miércoles 22 de noviembre, River venció 2-0 a Unión en el Monumental; durante 15 minutos coincidió con la final de ida de la Libertadores, en la que Gremio le ganó 1-0 a Lanús en Porto Alegre. Los goles de River los metieron Borré y el Pity de penal. El colombiano fue la figura, y los hinchas aplaudieron a Bologna, reemplazante del expulsado Lux.

El 24 de noviembre ocurrió un hecho inédito en este ciclo: Andrade y MQ se fueron a las manos en una práctica, ante las cámaras de TV. El domingo 26 de noviembre, River se despidió del Monumental con una derrota por 3-1 ante Newell’s. El Pity metió el 1-0 a los 21’ del segundo tiempo, pero la Lepra lo dio vuelta con 3 goles de Leal, Sarmiento y Fértoli en 12 minutos. Fue un muy flojo partido de Barboza. “Estaba pensando qué iba a decir —empezó la conferencia, severo, el Muñeco—, y tengo que decir lo que vi: un equipo sin respuestas futbolísticas. Un equipo que hace tres semanas no se puede recuperar. Estamos cometiendo muchos errores, y yo soy el principal responsable. Tengo mucha bronca no solo por el funcionamiento, sino porque nuestra gente no se merecía despedir el año con una actuación así.” Pero enseguida metió un cambio de frente de 50 metros, con su estilo, para que no predominara el pesimismo: “Estamos a diez días de jugar una final, eso nos tiene que incentivar y despertar, para no quedarnos en el dolor de lo que sucedió. No lo podemos permitir. Y ese es un trabajo mío”.

El miércoles 29 de noviembre, Gremio le ganó 2-1 a Lanús en La Fortaleza y se consagró campeón de América. Le mandé a Marcelo una foto desde el

pupitre donde comenté la final para Cadena 3, unos minutos después de finalizada.

—Volví a la escena del crimen —le puse.

—Las finales no son para cualquiera, Diego! Hoy lamenté todavía más el mazazo. Abrazo enorme!

En los días siguientes, tres referentes intentaron despabilar al grupo con declaraciones fuertes, muy autocríticas. “Jugando de esta manera podemos perder la final”, arrancó Scocco. “Nos falta más actitud y compromiso”, lo siguió Pinola. “No estuvimos a la altura de lo que necesita esta camiseta”, agregó Maidana.

El 1º de diciembre, el juez Claudio Bonadio postergó las elecciones en River por denuncias de documentos truchos. El 3 de diciembre, Gallardo intentó recuperar equilibrio en el medio poniendo un doble cinco de marca (Ponzio y Rossi) ante Gimnasia, en La Plata. No funcionó: perdió 2-1. Colazo metió el 1-0; empató Scocco de tiro libre a los 32’ del segundo tiempo, y Aleman clavó el 2-1 en el descuento.

—¿Ves abrumado al equipo? —indagaron al DT.

—Abrumado no. Veo que quiere salir y le está costando. Lo mejor que nos puede pasar es terminar el año con un triunfo en la Copa y hacer un reseteo —sintetizó el Muñeco, con sus clásicas metáforas.

Le envié a Marcelo un mensaje de WhatsApp volviendo de La Plata, ya de madrugada, para ver cómo andaba.

—Hola Diego, muy buen día para vos. Yo acá llegando a Ezeiza, ya con chip de semana de final, así que tranquilo que vamos a cerrar con una sonrisa este final de año. Fuerte abrazo! —devolvió la pared, contagiando optimismo con su naturalidad habitual, como seguramente lo estaría haciendo con sus dirigidos y colaboradores.

El 4 de diciembre, Atlético Tucumán derrotó 2-0 al único invicto que aún había en la Superliga (Colón) y llegó entonado a la final de la Copa

Argentina. El 7 de diciembre, el plantel completo de River embarcó hacia Mendoza. Se enfrentaban los equipos con más partidos disputados en el año: Atlético Tucumán (47) y River (46).

—Déjenme pensar en lo lindo que puede ser ganar esta Copa Argentina para irme a pasar Navidad con mis seres queridos. Y a los hinchas de River los esperamos para poder darles la alegría de fin de año. Vamos a intentar ser lo que fuimos: un equipo fuerte, que sepa que las finales se juegan con mucha entereza, personalidad y entusiasmo —expresó el DT en la previa. Y así fue nomás.

El sábado 9 de diciembre, River ganó 2-1 su segunda final consecutiva de Copa Argentina; fue el séptimo título de Gallardo como DT del club. Alistó a Bologna; Montiel, Maidana, Pinola, Saracchi; Ponzio, Rojas; Nacho, Enzo, Pity; Scocco. Entraron De la Cruz, Auzqui y Borré. Scocco metió el 1-0 a los 9’ primer tiempo; empató a los dos minutos el Pulga Rodríguez, y Nacho Fernández anotó el 2-1 con un zurdazo al ángulo a los 2’ del segundo. Enzo Pérez fue la figura: se recuperó en tiempo récord de un desgarro (trece días), dio la arenga, se corrió todo y aguantó 67 minutos para ganar su primer título con River. Y en su provincia. En el podio de premiación llamaron la atención las ausencias del presidente y del vice de la AFA (Tapia y Angelici) para entregar la Copa. Lo hizo Jorge Miadosqui y el capitán Ponzio se la pasó a Mayada, Martínez Quarta y Mora para que la levantaran, un gesto de calidad humana que identifica a este grupo. Ese mismo día terminaba la sanción de siete meses a MQ.

—Cerrar el año de esta manera, con una alegría, es un alivio después de lo que vivimos en el último tiempo —reconoció el Muñeco—. No iba a ser fácil por un montón de cosas que pasaron, pero había que seguir y no pararse. Nos propusimos objetivos muy marcados y altos. Jugamos dos Copas, nos quedamos en semi en la más importante, y esta la ganamos. El sabor que me queda es que, así como estábamos, cualquiera podría habernos ganado. Pero

también, así como estábamos, volvimos a ganar una final.

El Ruso Zielinski, el verdugo que le dio el empujón definitivo a River para que se fuera a la B como DT de Belgrano, aceptó: “River nos ganó bien”. La campaña fue impecable: todos los partidos, menos el último, los ganó por tres goles de diferencia. Nacho Fernández, con 4, fue el goleador del equipo, seguidos por el Pity y Scocco, con 3. Y Scocco redondeó un semestre de ensueño: 15 goles en 22 partidos. Ni el flaco que tenía en el póster de la habitación había llegado a tanto.

El domingo 17 de diciembre, Rodolfo D’Onofrio arrasó en las elecciones del club: 14.099 votos (75%) contra el 15% de Antonio Caselli, el 7,5 de Carlos Trillo y el 2,5 de Leonardo Barujel. Jamás un candidato había obtenido una adhesión tan alta. “Vamos por más”, anunció el presidente, parafraseando a su DT.

El 21 de diciembre se le extendió el contrato a MQ y se le subió la cláusula de rescisión de 15 a 22 millones de dólares. Se multiplicaban las dudas sobre el futuro de Maidana en el club, pero el caudillo silencioso continuaría por más éxitos. Como el DT.

El semillero

Proyecto infanto-juvenil. La expresión suena pomposa, tiene aroma a propaganda política, pero si nos sumergimos un poco, descubriremos que rebosa de contenido.

En River cayó una bomba atómica durante la presidencia de Daniel Passarella. No solo fue el descenso. También la desidia y la ignorancia para poder ver un poquito más allá de la apremiante actualidad. El viejo y querido semillero riverplatense voló por los aires. Y aquí no hay que confundirse, porque durante su mandato debutaron juveniles formados en el club. El gran problema fue la captación. La edad de los futuros cracks reclutados por los clubes bajó considerablemente. Si hay un pibe que anda bien a los 13 años, ya está fichado. Hoy es imprescindible empezar esa búsqueda lo más pronto posible: a los 7, 8, 10 años. Rastrillar todo el país. Y luego ofrecerles una estructura digna y una metodología clara. Estos chicos saltarán a primera dentro de cinco a diez años. No los van a disfrutar D'Onofrio ni Gallardo. Allí reside aun más la grandeza de este proyecto, que es sembrar para el futuro y no para un beneficio propio e inmediato. Sembrar para River de verdad.

Un par de datos nos grafican con claridad el cambio de paradigma. El club pasó de tener 3 captadores en la era Passarella a 20 hoy, de contar con 14 categorías para entrenar en dos canchas de césped sintético en el club y de prestado en GEBA y en Ciudad Universitaria a que cada división posea una cancha de césped natural, entre Hurlingham y Ezeiza. Pasó de no brindarles

desayuno y merienda a los chicos a dárselas todos los días. Hoy dispone, además, del entrenador de la Primera dispuesto a juntarse periódicamente con todos los DT del fútbol juvenil e infantil para intercambiar ideas, monitorear la línea de trabajo e interesarse por la evolución de los chicos. Casi nada.

Reabrir el semillero no es cuestión de días ni de meses. Lo que se destruye fácil, tarda años en reconstruirse. Vale para todos los ámbitos de la vida. Para reabrir el semillero de verdad es necesaria la interacción de tres patas:

1. La política (el presidente del club, dispuesto a invertir mucho dinero).
2. La pensante que baja la línea (Gallardo).
3. La actuante (Gustavo Grossi).

"Es penoso con lo que nos encontramos, todo está muy por debajo del nivel al que River estaba acostumbrado. Se perdieron cuatro años, y eso se recupera en seis u ocho. 'Mirá que este no es el River que conocemos. No son los pibes que vos tenías', me había alertado Marcelo apenas volví al club, porque él ya lo veía como padre, acompañando a Nahuel. Y tenía razón." El que evaluó el panorama a poco de regresar a River como coordinador de inferiores fue Gabriel Rodríguez, el mismo que le tomó la primera prueba al Muñeco en 1988 y que fue el encargado del semillero durante quince años, en los ochenta y luego durante la segunda presidencia de Aguilar. Passarella lo echó. "Con las infantiles bien armadas tenés el 80% del éxito", razonaba el mismo Gabriel Rodríguez, resaltando cómo se había perdido la captación, en especial en el Baby de FAFI —la Federación más fuerte— y en ligas del conurbano. Cuando hablamos de infantiles nos referimos a chicos menores de 12 años.

Cuando D'Onofrio asumió en diciembre de 2013, el club estaba prendido fuego en lo económico. La prioridad era sacar a River de ese rojo financiero, equilibrar los números mientras se competía en Primera con un equipo

respetable —un equipo que ya fue campeón en el primer semestre de la nueva gestión— y, apenas se despejara un poco el panorama, ir al ataque para recuperar tesoros perdidos como el semillero.

El punto de quiebre, en ese sentido, podríamos explicarlo a partir de tres hechos puntuales, que se retroalimentan. Es una simplificación, pero sirve para comprender el cambio medular que implicó el famoso proyecto infanto-juvenil de River:

1. El involucramiento de Gallardo en el plan general (ideas y presencia).
2. La incorporación de Gustavo Grossi como director integral.
3. La adquisición del predio de Hurlingham y la ampliación de Rivercamp. Todo, por supuesto, avalado por el presidente y el director deportivo del club, Rodolfo D'Onofrio y Enzo Francescoli, respectivamente.

Gustavo Grossi nació en la localidad bonaerense de Merlo, igual que Gallardo, el 12 de abril de 1975. Es ocho meses mayor que el Muñeco. Fueron rivales en el Baby, Grossi jugando para Laureles, el club más grande de la zona, y Marcelo para Nahuel. No eran amigos, simplemente conocidos. Vivían a la vuelta, y los padres de ambos, además, compartían ataque en Once Colegiales: Roberto Grossi era el 7 y Máximo Gallardo, Machu para todos, el 10. "Machu la descosía, para muchos fue el mejor jugador que dio el Parque San Martín a nivel amateur, un enganche con una pegada extraordinaria, salían siempre campeones en una liga muy fuerte como la de Merlo", radiografía Grossi, y uno definitivamente cree que las Leyes de Mendel (transmisión genética) que estudiamos en el colegio no son sanata. "Con Marcelo nos saludábamos y nada más. Tengo una imagen grabada de cuando tendríamos 14 años: Marcelo esperando el 136 en la parada para ir a entrenarse a River, y yo saliendo para el colegio", evoca Grossi, quien pasó por las inferiores de Ferro, Vélez, Argentinos, Platense e Independiente y

llegó a jugar en la Primera de Almirante Brown y de Deportivo Merlo: “Era enganche, jugaba bien, pero no me gustaba entrenar, era vago, por eso pasé por muchos clubes y a los tres partidos se avivaban y me largaban. Mi sueño era jugar con la 10 de Deportivo Merlo y pude cumplirlo un par de veces, en la C. Después me dediqué a estudiar, Marcelo se desarrolló como futbolista, y yo, como director deportivo”.

Grossi es polifacético. Ha hecho cursos de *management* y derecho deportivo, es periodista recibido, fue expositor en congresos y universidades del país y del exterior, director de deportes de América TV, *scouting* del Udinense en Sudamérica, director deportivo de Racing y en 2016 ocupaba en Rosario Central el cargo que pretendía incorporar River: director deportivo del proyecto infanto-juvenil. Después de un par de reuniones con dirigentes de River, un día volvió a verse cara a cara con su viejo vecino.

—¿Sos vos, Gustavito?

—Sí, soy yo.

“Hacía como diez años que no lo veía a Marcelo, la última vez había sido cuando le pedí que viniera a un partido que organicé a beneficio de un comedor de la zona, en Deportivo Merlo. Marcelo ni se cambió, pero gracias a él llenamos la cancha con 5 mil personas”, resalta Grossi. “Es increíble cómo el destino nos volvió a unir a los 40 años, después de tanto tiempo”, completa.

Grossi se sumó a River en marzo de 2016. Ya en ese momento, y recuerdo haberlo charlado con Francescoli en 2015, cuando lo entrevisté para *Gallardo Monumental*, el club buscaba un lugar para que se entrenaran los juveniles. En River solo hay dos canchas de sintético, que compartían, además, con otras actividades, como el fútbol femenino. El sintético, aparte, es nocivo para las articulaciones y no tiene nada que ver con el césped natural. No son deportes distintos, pero más o menos. Los chicos debían entrenarse en la semana en sintético y los fines de semana jugaban en pasto. Tenían que

cruzar a Ciudad Universitaria o ir hasta GEBA, y cuando llovía, era un caos total, se suspendían muchas prácticas; en Ezeiza aún no había suficiente espacio para todos. Estamos hablando de 14 categorías: 6 del fútbol juvenil y 8 entre infantiles y preinfantiles.

El sitio que encontraron en Hurlingham fue una bendición: un predio municipal, con espacio para 7 canchas de once y una conectividad gigante (15 líneas de colectivos, 2 estaciones de tren, autopista). Estaba abandonado, con el pasto que llegaba hasta las rodillas. Ahí entró a jugar la muñeca política de D'Onofrio: firmó una alianza estratégica con el intendente de Hurlingham y, a cambio de poner todo en condiciones y mantenerlo, River pasaba a utilizar 5 de esas canchas y compartía 2 con el municipio. No pagaba alquiler. Firmaron por 2 años, con renovación por 2 más y luego otros 6. Hurlingham, además, se ubica en pleno conurbano oeste bonaerense, un enclave fundamental para captar muchísimos chicos de la zona, que antes tenían la Villa Olímpica de Vélez como única alternativa de la A. Vélez ya no está solo ahora.

Durante todo 2017 hubo que sacar árboles, nivelar, cortar el pasto, sembrar, construir bancos de suplentes, poner alambrados y parapelotas. La idea original era inaugurarlo antes de fin de ese año, es decir, antes de las elecciones en el club. No se llegó. Tampoco le hizo falta a D'Onofrio, que arrasó con el 75% de los votos.

El 31 de enero de 2018 se inauguró el predio con la presencia del presidente del club, del vice Jorge Brito, del intendente de Hurlingham, Juan Zabaleta, de Francescoli, Grossi y, por supuesto, de Marcelo Gallardo. El Muñeco acababa de firmar la renovación de su contrato por 4 años, con el compromiso de involucrarse aun más en el proyecto infanto-juvenil. Y eso mismo estaba haciendo. Después de saludar a los chicos del club que fueron a la inauguración —se puede googlear el video y ver sus caritas al chocar palmas con el DT—, Gallardo se reunió en el auditorio del Monumental,

durante cuatro horas, con los entrenadores y profes de todas las categorías juveniles e infantiles del club para bajarles su idea y lineamiento general. Y presentó a Hernán Díaz como nuevo nexo con las juveniles.

Mientras se trabajaba para tener la infraestructura, se dio un vuelco gigante en la captación, que estaba adormecida. “Había que rediseñar todo, rastrillar el país de punta a punta. Marcelo pretende que todo talento que haya en el país no deje de ser visto por River como punto de partida”, simplifica Grossi.

El encargado de la captación es Daniel Brizuela. Además de mirar en las ligas del Baby del conurbano, durante todo el año se organizan viajes al interior del país. Son recorridas de dos semanas por determinada zona, se toman pruebas en 14 ciudades de ese lugar, una por día durante todo el día. Los mejores que pasan ese filtro van a la prueba final del último día, y allí viaja Grossi, además de los 2 captadores asignados originariamente. Los que superan esa prueba final son convocados para que se entrenen ya en Buenos Aires un par de veces más. River tiene el país dividido en 6 regiones, hay 20 captadores —antes había 3, recalcamos—, incluidos un par en Brasil, Uruguay, Paraguay, Chile y Colombia. En total, hoy River ve unos 70 mil chicos por año de 120 ciudades diferentes. Grossi también viaja tres veces por año a ver juveniles a ligas de Sudamérica. En 2018, por otra parte, River organizó después de 37 años un Mundialito en Hurlingham, con 100 equipos del conurbano durante una semana. Es una vidriera única. Y mientras tanto no se olvidó de la pensión del club, que remodeló a nuevo y pasó a llamarse Casa River “Adolfo Pedernera”. Allí viven 85 chicos. Y allí también, como contamos en el capítulo correspondiente, Gallardo fue a dar una charla en 2016.

Captación, infraestructura y metodología de entrenamiento. Esas eran las tres etapas planteadas para este proyecto. Ya encaminadas las dos primeras, llegó el tiempo de la tercera. Y aquí entra a pisar fuerte, en el día a día, Marcelo Gallardo. Así lo explica Grossi.

- “Una vez que tuvimos a los alumnos (captación) y conseguimos el aula (infraestructura), quedaba por delante la enseñanza (metodología). Para eso, además de la reunión de Marcelo con todos los entrenadores en el arranque, bajaron una serie de ejercicios en los que participaron Hernán (Buján) y Matías (Biscay) para que todas las categorías dispusieran de entrenamientos parecidos a la Primera. Adaptados a la edad, por supuesto. El profe Dolce hace lo mismo con el área física.”
- “Marcelo pretende la profesionalización absoluta de las infantiles y juveniles, desde que entran chiquititos al club hasta la Reserva, en todos los rubros. Área médica, psicológica, entrenamientos y alimentación. Hoy, todos los chicos reciben desayuno y merienda, algo que antes no tenían. Quiere que cada categoría sea la Primera en miniatura. Supervisa mucho el estilo de juego y la forma de priorizar la técnica. Conmigo se reúne cada tres semanas para controlar que todas las áreas estén en lo que él pretende.”
- “El objetivo es que en todas las categorías se respete el mismo estilo de juego que en la Primera. Esa es la línea que baja Marcelo. Más que de táctica, él habla de idea de juego: defensa de cuatro con laterales que pasen mucho al ataque, posesión con intención de ataque, la mayor cantidad de volantes creativos, técnicos y rápidos en mitad de cancha, defensores que jueguen lejos de su arco y estén aptos para el mano a mano y dos puntas. Aunque los sistemas tácticos madre son el 4-3-1-2 y el 4-2-2-2, se hace hincapié en la idea de juego, en las intenciones y no tanto en los esquemas.”
- “Marcelo es el único director técnico que conozco que se reúne con los 10 entrenadores del fútbol infantil y juvenil. Se reúne, en promedio, unas tres veces al año con cada uno, o por ahí los junta en grupos. El club invirtió en tecnología y filma todos los entrenamientos y partidos.

Tenemos un *software* llamado Hudl, por el cual Marcelo puede ver todos los entrenamientos, completos o resumidos, del equipo. Si quiere ver qué hizo la Octava en determinado día, aprieta un botón y lo tiene al instante. Antes de reunirse con cada entrenador, se informa de esa categoría."

- "Cuando un entrenador de la Séptima, o de la 2007, por nombrarte una categoría del fútbol infantil, se reúne con Marcelo, siente una mezcla de emoción, orgullo y una motivación muy grande. Para el entrenador del fútbol juvenil hablar de igual a igual con un técnico del prestigio de Gallardo lo activa de una manera diferente. Además, consiguió algo inédito: que no haya celos ni competencia entre los diferentes técnicos de abajo, o entre los técnicos y el coordinador. Ese es un histórico problema de las inferiores, pero acá nadie aspira a ocupar el puesto de Marcelo o de la gente que él designe, todos quieren que le vaya bien. Es muy difícil lograr ese consenso."
- "Cada tres meses analizamos con Marcelo la línea de sucesión de la Primera. ¿Qué es eso? Puesto por puesto, qué futbolistas de cada categoría tienen proyección y en cuánto tiempo pueden llegar a Primera. Manejamos tres colores para clasificarlos: 1) jugadores en observación o evaluación; 2) jugadores con proyección para que sean sparrings; 3) jugadores con nivel de Selección para su edad. Cada tres meses yo le doy mi línea de sucesión, y él después puede seguir analizándola por el *software*. Eso sirve, por ejemplo, para contratar jugadores cuando a corto plazo no se ve una sucesión de alto nivel."
- "Marcelo conoce a la totalidad de los jugadores, desde la Reserva hasta la 2009. Te puede hablar del marcador central de la 2008 o del enganche de la Sexta. Conoce cada rincón del club, y se nota que le interesa y le gusta. Además, con el tiempo fue sumando categorías a Ezeiza. Hoy, allí entrenan Reserva, Cuarta, Quinta y Sexta. Los tiene al lado. Es una

motivación tremenda para los chicos estar tan cerca de la Primera, ver cómo se relacionan y se entrenan, y es muy importante para él, porque puede ver cómo practican en vivo los chicos que más pronto subirán a trabajar con él."

- "Yo hago una división entre las personas que tienen talento y las que son un prodigio. No es por regalarle nada, pero la verdad es que Marcelo visualiza cosas antes que los demás. Lo hace en la gestión integral de este proyecto, en el cambio que mete durante un partido, o en el estado anímico de un jugador en un entrenamiento. Ve lo que va a suceder cuando aún no sucedió. Así como Messi ve las cosas antes de que las cosas pasen en la cancha, y por eso, Messi es un prodigio, Marcelo es lo mismo como entrenador y líder de grupo, no tengo ninguna duda de eso. Va pensando y viendo cosas que los demás no vemos. Todo esto ha sido diseñado por él."
- "El lunes 12 de noviembre de 2018, un día después del 2-2 con Boca en la final de ida de la Libertadores, en medio de toda esa locura, nos juntamos en su oficina de Ezeiza. Revisamos la grilla de todos los entrenadores y diseñamos los inicios de pretemporada de las diferentes categorías para 2019. Nos habían invitado a un torneo en Miami en enero, pero Marcelo me dijo que no iban a ir a los Estados Unidos sino a Uruguay, porque habría pocas vacaciones. O sea, recién se había jugado la primera final de la Copa, pero él ya tenía en la cabeza que irían al Mundial de Clubes y se acortarían las vacaciones y la pretemporada. Por algo te digo que se anticipa a todo."

— 6 —
2018
Primer semestre

El primer semestre de 2018 será recordado por un hecho sobresaliente: el 2-0 a Boca por la Supercopa, segundo superclásico en la historia que definió un título entre los dos clubes más grandes del país. El arranque del nuevo ciclo de Gallardo —a la par del de D'Onofrio— evidenció un quiebre muy marcado en aquel partido: antes del 14 de marzo, River perdía con casi todos; después del 14 de marzo no perdió con nadie. De los tres objetivos del semestre se cumplieron dos: ganar la Supercopa y clasificar a octavos de la Libertadores. Quedó pendiente subir más en la tabla de la Superliga para obtener un cupo en la Libertadores 2019. Ya se las arreglaría Gallardo con sus muchachos para tomar alguna ruta alternativa que los depositara allí.

—Hola, Marcelo! No estaré hoy en la firma de tu renovación porque debo resolver cosas en la redacción, pero te estaré acompañando a través de la tele. En el fondo siempre pensé que te ibas a quedar mucho tiempo. Ojalá se cumplan los cuatro años. Abrazo! —inauguré el año con un mensaje vía WhatsApp el 3 de enero.

—Hola Diego, ¿cómo estás? La verdad que no podré sorprenderte más si ya leés mis pensamientos. Año tras año, esa será la cuestión. Abrazo enorme!

Luego de posar firmando el contrato junto a una camiseta de River que en el dorso tenía estampado "Gallardo 2021" —el 10 ya le quedaba chico—, dejó un par de frases en conferencia de prensa. "Ha sido un aprendizaje

tremendo, no es fácil ser la cabeza de un equipo como River. Por eso hoy siento que estoy en mi mejor momento, con mucha energía y fuerza para el gran desafío que tenemos por delante —se mostró con ímpetu, y no dudó a la hora de definir dónde ponía el ojo—. El principal desafío a corto plazo es la Supercopa, porque se trata de un título y es una final contra el rival de toda la vida.” Ya sabemos que donde pone el ojo, pone la bala.

También reiteró uno de los motivos principales que lo impulsó a continuar en el club —y que el público en general quizá no valora en su medida— más allá de su insaciable deseo de ganar: “A mí me gusta la competencia, pero creía que había algo más por hacer, por seguir desarrollando, y está enfocado en la formación. Tal vez, D’Onofrio y yo no lo veamos, pero es lo que va a quedar a futuro. Se trata de integrar todo para que salgan jugadores de la casa que nutran al fútbol profesional”. Con el nuevo vínculo se incorporaron dos profes para sumar apoyo a Pablo Dolce, que hasta aquí no podía ni resfriarse: el uruguayo Marcelo Tulbovitz —quien había integrado el CT de Gallardo en Nacional— y Diego Gamalero, ex PF de Racing.

De entrada, el Muñeco les avisó a Andrade, Morán Correa, Denis Rodríguez y Batalla que no serían tenidos en cuenta. Ante las dificultades en la negociación por Franco Armani, River decidió ejecutar la cláusula de salida del arquero por 4 millones de dólares.

El viernes 5 de enero, Armani se despidió de Atlético Nacional de Medellín, entre lágrimas, ante un Atanasio Girardot repleto.

—Puedo decir que trabajé con un profesional ciento por ciento, lleno de humildad, una persona íntegra, de buenos modales y carisma. Como decía mi abuela: “A la gente buena siempre le tienen que pasar cosas buenas”, y eso se aplica en vos —le dedicó esas palabras, en el medio de la pequeña tarima, micrófono en mano, el arquero e ídolo de la primera Copa Libertadores ganada por el club, René Higuita, al arquero e ídolo de la segunda Copa Libertadores ganada por el club, Franco Armani.

“No podía desaprovechar esta oportunidad de atajar en el club más grande de la Argentina. Quiero ir a River a conseguir todo lo que logré acá”, le manifestó a la multitud este tremendo ropero de lágrima fácil, poniendo la vara alta, ya que en el Verde de la Montaña había conquistado 13 títulos, incluidas 6 Ligas y la Copa Libertadores. River apostó fuerte por un arquero al que ya había querido traer a mediados de 2016 para aniquilar las turbulencias generadas por la salida de Barovero. En un año y medio atajaron Batalla (47 partidos, 49 goles recibidos), Lux (16 y 15), Bologna (6 y 8) y el juvenil Velazco (1 y 2). El Chili de Casilda se encargaría de bajar considerablemente los números de esas segundas columnas.

El 8 de enero se concretó la compra más cara en la historia de River. El club le pagó al San Pablo 11,5 millones de euros, que podrían llegar a ser 13 por objetivos, por Lucas David Pratto. El Oso llegó con una carrera de 398 partidos (2 de ellos en Boca) y 128 goles, es decir, con un promedio de 0,3, un gol cada 3 partidos, cifra pobre para un goleador, correcta para un delantero. Por supuesto, el público no le exigiría de acuerdo con esos parámetros, sino a la cifra pagada por él. Nacido en el barrio Los Hornos, en La Plata, con un pasado como repartidor de volantes y cuidador en un salón de fiesta, reconocido hincha de Boca de chico, una de las primeras medidas que tomó fue retirar el emblemático número 12 de su cuenta de Twitter. Más allá de sus simpatías juveniles, no dudó cuando Gallardo golpeó a su puerta. El Muñeco ya lo había buscado en 2014.

El 9 de enero presentaron a Pratto en River, al mismo tiempo que a Tevez en Boca, en su regreso de China. *Olé* los puso en la tapa a los dos, mitad para cada uno, bajo el título: “Los Libertadores”. Y con la siguiente bajada: “Presentación oficial de los refuerzos top de River y Boca con la misma obsesión. ‘Ganar la Copa’, coinciden”. Exactamente once meses después volverían a cruzar sus caminos. Pero en un campo de juego.

El 10 de enero, River goleó 5-0 al Miami FC en su primer amistoso con 3

goles de Borré. Mora jugó 15 minutos y se lo vio con confianza para el roce. Al día siguiente, Mayada y MQ brindaron sus primeras entrevistas tras la sanción. “Estaba desesperado contando los días”, admitió el Chino. “Me dolió que me dijeran falopero, si en mi vida ni siquiera probé un cigarrillo”, se descargó Camilo. Y luego, honestidad brutal, contó una infidencia que parecía relatada por el enemigo.

—El día que saltó el caso de *doping* del Chino, estábamos juntos en el gimnasio, lo llamó el médico para hablar en otro lado y a mí me salió hacer el chiste de gritarle: “¡*Doping* positivo!”. Cuando me enteré lo que había pasado, me quise morir. ¡Nunca me voy a perdonar haber hecho esa broma! Al día siguiente me tocó a mí.

El 14 de enero, River perdió 2-1 con Independiente Santa Fe el segundo amistoso. El gol lo metió Scocco, y el juvenil Benjamín Rollheiser tuvo sus primeros minutos.

“La Supercopa es una final, y ante el clásico rival es un partido en el que no podés perder por nada del mundo. En ese momento no importa la Libertadores, no importa nada”, se sinceró Tevez, el 15 de enero.

En el único mano a mano que dio en la pretemporada, a radio La Red, el 16 de enero, el Muñeco dejó una frase que retumbó en el ambiente: “Tenemos que estar con la guardia más alta”. No tardó en llegar la respuesta de Angelici: “Me suena a lloriqueo, me parece desafortunado”. El mismo día que se expresó el Muñeco también lo hizo Pratto, a quien le alcanzó una semanita de convivencia para definir a su nuevo DT: “Marcelo es un líder nato, lo lleva adentro. Es esa clase de personas que conduce en forma natural”. El Oso también habló de sus metas. “Mi objetivo es hacer entre 20 y 25 goles en el año”, se ilusionó, pero no lo pudo cumplir (llegó a 12). “Obvio que le gritaría un gol a Boca”, se ilusionó, y vaya si lo cumplió (metió 2 y medio).

El 18 de enero, Gallardo cumplió 42 años, y Juanfer Quintero comenzó a

sonar como posible refuerzo —ningún periodista lo había nombrado—. Su traspaso a préstamo por 300 mil dólares se confirmaría el 23 de enero.

—Feliz cumple, Marcelo. Te mando un abrazo grande desde Nueva York con la familia, tratando de disfrutar, aunque el mazazo del cierre de *El Gráfico* me agarró subiendo al avión. Pasala lindo! —le escribí.

—Gracias Dieguito! Me enteré hace un rato lo de *El Gráfico*, imagino el dolor, casi toda una vida. Qué cagada! Pero bueno, ya hablaremos a tu vuelta. Disfrutá mientras tanto de esa tremenda ciudad en familia. Abrazo enorme.

El 21 de enero, River le ganó 1-0 a Boca en Mar del Plata con gol de Borré a los 40’ del primer tiempo, en el puntapié inicial de lo que sería un año implacable ante el rival eterno. Formó con Lux; Montiel, MQ, Pinola, Saracchi; Nacho, Ponzio, Enzo, Pity; Scocco y Borré. Entraron Rojas, Auzqui y De la Cruz. El Pity fue la figura; Tevez mostró un pésimo nivel, y fue expulsado Buffarini.

El 23 de enero se sumó Bruno Zuculini, proveniente del Hellas Verona. “Me sorprendió el llamado de Gallardo, pero escuché River y no di más vueltas. Es la oportunidad de mi vida”, declaró Quintero, amigo de Maluma, con 25 años cumplidos el 18 de enero, es decir, el mismo día que Gallardo y Pisculichi. El zurdo venía con garantía de fábrica. “Hemos podido sumar a cuatro jugadores de los cinco que habíamos pensado”, se mostró conforme el DT con las incorporaciones.

—Rodri, te veo bien. Vos sabés que no le regalo nada a nadie, así que mañana vas a concentrar —le dijo Gallardo a Mora, una de sus debilidades, en vísperas de la reanudación de la Superliga ante Huracán, en el Ducó, el domingo 28 de enero.

Tras una falsa alarma de bomba que postergó el inicio del partido, River cayó 1-0 por un penal polémico que convirtió Pussetto. La figura fue el arquero Marcos Díaz. Jugaron Lux; Montiel, MQ, Pinola, Saracchi; Nacho, Ponzio, Enzo, Pity; Scocco y Borré. Ariel Rojas se desgarró en el

precalentamiento —le costaría volver—, debutó Pratto entrando a los 22’ del segundo tiempo por Borré, y Mora ingresó a los 33’ de esa etapa por Enzo. El uruguayo volvía a jugar después de 260 días. “Cuando me llamó para que entrara, sentía cosquillas en la panza: fue como debutar otra vez”, se emocionó.

El 30 de enero, el Toluca hizo una oferta por Maidana, quien tenía una cláusula de salida baja (1,5 millones) y había arrancado como suplente de MQ. Después de charlarlo con los dirigentes, Joni decidió quedarse porque el club no tenía tiempo para conseguir reemplazante. Otra buena noticia de ese día fue la renovación de Ponzio hasta junio de 2019.

El sábado 3 de febrero, River le ganó 2-0 a Olimpo en el Monumental, con goles de Scocco en el segundo tiempo, uno de tiro libre (a los 10’) y otro digno de Messi, sin exagerar, eludiendo a 7 rivales (a los 37’). Debutó Armani, que recibió aplausos cuando la voz del estadio dio su nombre, sin haber tocado una pelota. Al minuto de juego ya le había tapado un disparo a Villaruel dentro del área. Y a los 9 segundos del complemento debió salir al borde del área chica para salvar un mano a mano ante Telechea, con el partido 0-0. Así sería casi todo el año: un par de intervenciones decisivas por partido. Pratto ingresó a los 19’ del segundo tiempo y desperdició dos situaciones muy claras, y Quintero tuvo su primera vez, entrando a los 19’ por Nacho Fernández. Mora volvió a jugar en el Monumental. “No soy gordo, soy nalgón”, se atajó Quintero tras su debut, en una de esas declaraciones antológicas que van a los libros. “Fue una exquisitez, una obra de arte”, calificó la joya de Scocco el Muñeco, que algunos goles lindos inventaba.

El 8 de febrero, Sampaoli visitó el predio de River y charló una hora con Gallardo. “Sigue a Enzo y Armani, no habló de otros nombres propios”, me confirmaron desde el cuerpo técnico. El 11 de febrero, River volvió a La Fortaleza, escenario de la hecatombe: cayó 1-0 con Lanús y quedó 18º en la

tabla, a 19 puntos de Boca. Encadenaba 7 derrotas en los últimos 9 compromisos por Superliga. Enojado, Gallardo pateó el tablero metiendo dos cambios en el entretiempo: Mora y Quintero por Nacho Fernández y Enzo. Siguió con las declaraciones pospartido. “No fue un partido digno”, fustigó. “Es difícil cuando sabés que no jugás por nada”, admitió y encendió la mecha del debate panelista de la TV.

“River en crisis. La guardia baja”, tituló *Olé* el 13 de febrero. En la encuesta para elegir al responsable, Gallardo encabezaba la lista con el 45% de los votos, seguido por “jugadores” (30%), “todos” (23%) y “dirigentes” (23%). Dos días después le mandé a Marcelo un meme que me había llegado al celu —“Un tropezón no es caída, es penal para Boca”—, un poco para apoyar, otro para sacarle una sonrisa y además para ver cómo andaba.

—Gracias Dieguito! No hay nada que desconozca y no pueda sobrellevar en esta bendita rueda en la que giramos permanentemente. Fuerte abrazo y te espero para el café.

Repetí con Buján, quien hacía unos días había sido papá de una tercera nena; todas bastante seguiditas.

—Tranquilos! No escuchar a nadie y seguir pa’ delante. Somos como la cigarra. Antigua, pero acompaña, eh. Abrazo grande!

El 15 de febrero tanteé el terreno para ver si podía seguir sumando material para este proyecto de libro, aunque con el freno de mano puesto y con cierto pudor para no molestar en un momento supuestamente complicado.

—Hola, Marcelo, ¿cómo venís mañana para café y servicio de remisería posconferencia? Sin compromiso, eh, si no dejamos para la semana que viene. Gracias!

—Hola, señor, ¿cómo le va? Venga tranquilo —me contestó con dos mensajes vía WhatsApp un minuto después, confirmación de que a veces se construye un escenario imaginario de tensión que no es tal.

El 16 de febrero, en la conferencia previa al duelo con Godoy Cruz, el DT

mostró su fastidio por los rumores de peleas en el vestuario y por un posible fin de ciclo en caso de perder la Supercopa con Boca. ¡Fin de ciclo cuando hacía un mes y medio había firmado su renovación tan deseada por todo el mundo River por cuatro años! Sí, aunque parezca ridículo, de eso se hablaba en los medios. Y por eso también se dio su enojo con la prensa y su determinación de no dar más entrevistas individuales y limitarse a cumplir solo con las obligaciones protocolares pre y post partido. "Soy el primer autocrítico del funcionamiento del equipo —prendió motores—. Se debería analizar el juego, pero vamos a inventar cosas, a intentar desestabilizar con miserias que aparecen… No pasa nada, son las reglas del juego, y tampoco me aferro a ese reconocimiento absoluto cuando se gana."

Un rato después concretaría mi cuarta cita con Marcelo para este libro.

"VAMOS A VER CÓMO TERMINA EL AÑO"

Es viernes 16 de febrero, nuestro reencuentro en este 2018. Como casi siempre, cerca de las 14:30 me habilitan el paso al comedor, cuando ya se han marchado todos los futbolistas. Marcelo me presenta a los nuevos profes, me consulta qué tomo y luego indaga por el cierre de *El Gráfico*. Se interesa, se lamenta, me pregunta cómo estoy. En la sobremesa sale el tema de los picados que se juegan el día anterior a los partidos. Es un clásico: detrás del arco de la Sívori, es decir al lado del vestuario local, a lo ancho del campo, un 8 contra 8, cuando termina la última práctica de la semana y antes de la cena y de quedar concentrados. Marcelo le insiste al profe Dolce para que me muestre su lesión. "Hubo sanciones de oficio", me cuenta el Míster, y al mismo tiempo me parece que informa al resto. Pregunto si se juega con árbitro. "Sin árbitro, lo que se cobra se cobra… —explica el Muñeco—, pero no se pueden cobrar pavadas, eh." Por lo que pude averiguar con uno de los

habituales participantes, que prefiere el anonimato para evitar cualquier tipo de represalia, se juega con todo. También es una efectiva vía de exigencia física para descargar tensiones haciendo algo hermoso como jugar a la pelota, y para terminar cansados el día previo a los partidos y poder dormir mejor. Más de uno le agrega algún relajante antes de apoyar la cabeza en la almohada. No faltan los integrantes del cuerpo técnico, dirigentes como Adrián Varela (relaciones públicas), Francescoli, Rivarola y el secretario técnico Mariano Barnao, con un pasado de rudo defensor central en el ascenso. Gallardo demuestra que aquí también es un gran DT, suele elegir como compañero a Enzo, mientras en el equipo contrario equilibran Biscay y Buján, quien conserva su zurda picante, aunque van cambiando con los años.

—¿Marcelo se mata por ganar? —consulto a mi testigo de identidad reservada.

—Sí, quiere ganar siempre, son partidos altamente ardorosos, y si tenés un mal control o no das un pase lo suficientemente firme, te grita, te exige como si fueras un futbolista, ¿viste? Además de lo bien que siempre jugó y sigue jugando, tiene el silbato en una mano y el cronómetro en la otra, así que decide cuándo se termina. No le gusta perder, se va mal si pierde.

A propósito de Barnao, abrimos un paréntesis porque se trata de una persona que llegó a la estructura del club como gerente de fútbol, sin conocer a Gallardo, y en poco tiempo se ganó la confianza del DT, se transformó en su secretario técnico y fue su compañero en los palcos de Porto Alegre y del Bernabéu y también en la concentración del Monumental en la final de ida contra Boca.

Mariano Ezequiel Barnao tiene 39 años e intentó ser futbolista. Hizo inferiores en All Boys y Armenio, en este último llegó a entrenar con la Primera. Terminó en Central Español, en la D, y como ya menos que eso no había, probó suerte en el fútbol universitario de los Estados Unidos. Jugó tres años en una Universidad de Virginia gracias a una beca que obtuvo y salió

con el título de licenciatura en administración. Luego agregó posgrados y, como es un apasionado del fútbol, empezó a trabajar en GolTV, la empresa de Paco Casal y Francescoli, en los Estados Unidos. Allí conoció a Enzo. “Me encantó, era un canal que tenía fútbol las 24 horas, se transmitían partidos de 15 ligas. Viajé mucho, hacía de todo: producción, marketing, programación, actividades relacionadas con los medios. Me tocó estar, por ejemplo, en un Chelsea-Milan en Chicago, de un lado Ancelotti y del otro Mourinho, imaginate lo que era para mí, con 24 años y apasionado por el fútbol. Siempre intenté que mi vida girara alrededor del fútbol”, repasa Barnao, sin saber cuánto iba a girar.

Después de siete años en los Estados Unidos, a Barnao lo mandaron a GolTV en Uruguay. Allí estuvo entre 2010 y 2015, y cuando se enteró de que River buscaba un gerente de fútbol, dejó su CV, luego pasó el filtro de un par de entrevistas, y lo tomaron. Su primer viaje fue a Chapecó, en los cuartos de final de la Sudamericana 2015. Su tarea era administrativa. En febrero de 2016, en el interminable viaje a Venezuela para jugar con Trujillanos, Gallardo vio a Barnao leyendo y no solo le preguntó qué leía (*La pirámide invertida. Historia de las tácticas en el fútbol*, de Jonathan Wilson), sino también sobre su vida. Charlaron como dos horas. A los seis meses de haber entrado, el Muñeco le propuso que hiciera doble turno, que fuera por la mañana a Ezeiza a trabajar con el cuerpo técnico y por la tarde a las oficinas de River. Era un modo de optimizar tiempos y resolver cuestiones de logística. En diciembre de 2017, cuando Gallardo renovó su contrato por 4 años, una de las condiciones que planteó fue que Barnao dejara su cargo de gerente para que estuviera full time con su CT. El presidente puso carita, pero no podía oponerse. Hoy, Barnao sumó otras tareas como las de scouting: observa a los posibles refuerzos en varios partidos, los analiza y le pasa el informe al CT. En diciembre de 2017, por caso, radiografió a Robert Rojas, que terminaría llegando un año después. Improvisación cero.

Cerramos el paréntesis. Finalizado el almuerzo, a diferencia de veces anteriores no encaramos para el auto, sino hacia su oficina, porque le quedan un par de cuestiones por resolver sobre el rival del domingo junto a Buján y Biscay. Después de más de tres años vuelvo a subir por la escalerita blanca de metal, como en aquel primer encuentro del jueves 2 de octubre de 2014 en que le propuse escribir su biografía —tres días antes del 1-1 ante Boca con gol de Pezzella—. El lugar es el mismo, pero la oficina está modernizada: hay una barra y un armario para guardar el café y la yerba Canarias, entre otras cosas, un plasma de buen tamaño frente a la cabecera y una mesa nueva. Colgado de la pared, un organigrama con el semestre dividido en semanas con los 22 partidos que disputará su equipo antes del Mundial, todos en diferentes colores, y también están destacadas las fecha FIFA. Con un golpe de vista uno ve fácilmente el mapa del semestre. Eso sigue igual. También sigue la hoja pegada en la pared con los cumpleaños de todos los jugadores, cuerpo técnico, colaboradores, utileros y hasta mozos y cocineros. Un año después, el 24 de enero de 2019, cuando ingresara por tercera vez a esta oficina para repasar los últimos meses de 2018, encontraría 6 cuadritos con la foto completa del plantel en 6 diferentes pretemporadas, de 2016 a 2018 —la fuerza del lobo es la manada— y también un frasco bastante grande con las gomitas de colores que Marcelo suele comer durante los partidos.

—Me los regaló la Comisión de la Mujer de River para mi cumpleaños —me diría, y yo comprendería que todos en el club lo miman hasta en los mínimos detalles.

El Míster se sienta en la cabecera, como lo hace en el comedor , y como no podía ser de otro modo para un líder de grupo: a su derecha se puede apreciar la cancha 1 del complejo, y a la izquierda, el interior del gimnasio, a través de sendos vidrios. Es decir, en modo lechuza, girando un poco la cabeza para un lado y el otro, abarca un panorama completísimo.

Sobre la mesa hay una generosa picada de fiambres y quesos apenas

atacada.

—Llevale a los muchachos —le comenta el Muñeco a Biscay, pendiente de los mozos y otros empleados, mientras a mí, que no almorcé, se me pianta un lagrimón. Marcelo mira de reojo el partido de Fede Delbonis en el ATP de Buenos Aires. Siempre le gustó pegarle con la raqueta, juega más o menos seguido, pero no va al Lawn Tennis porque no lo atrae ningún tenista en particular.

En un momento se levanta y se sienta al costado de Buján, de espaldas al gimnasio. Mientras el Pollo le entra con ganas al viejo y querido paragüitas de chocolate, le señala a su jefe/amigo un par de movimientos en un video del iPad. Le pregunto si llegó a dirigir al Morro García en Nacional. Me contesta que no, pero que fueron compañeros. El fornido delantero tenía 21 años en ese entonces.

—Parecés de 30, Morro —le soltó Gallardo.

—No me digas eso, Muñeco —le contestó, compungido, el uruguayo.

El Míster se ríe: “Estaba gigante, pero justo cuando asumí como DT lo vendieron en 4 palos al Atlético Paranaense. Para Nacional era una fortuna”. Y ahí nomás Biscay recuerda los últimos meses que vivieron en Uruguay, como si fuera un viaje de colegiales, porque estaban sin sus esposas: se instalaron en Punta del Este, hacían pileta, jugaban al tenis, preparaban el mate temprano y salían en auto los tres hacia Montevideo. A veces se quedaban un par de noches en Los Céspedes, el predio de Nacional, pero hacían base en Punta.

¿Si ve tiras deportivas en TV? Casi nada. No le gustan los programas de debate en que se lo pasan gritando. “¿Falcao puede venir a mitad de año?”, le pregunto, porque sé que tienen muy buena sintonía desde que compartieron equipo, y es un gran sueño del hincha de River. “¿A alguien lo llamó?… A mí no”, sonríe mientras se dirige a sus ayudantes, y confirmo una vez más que si alguien quiere volver al club, lo primero que debe hacer es llamar a

Gallardo. El Muñeco se maneja mucho por intuición, y cuando él pretende sumar a un futbolista, o un futbolista quiere regresar al club, necesita mirarlo a los ojos, o escucharlo si está lejos. Radiografiar su deseo, auscultar su entusiasmo.

—Los llamo para ver si les interesa, es el punto de partida, después se verá el dinero, la negociación y demás, pero primero quiero saber si les interesa venir.

—¿Hubo alguno al que llamaste y te dijo que no?

—Sí, claro.

—¿Quién?

—No te voy a decir.

Insisto un poco y se mantiene en su negativa. Cuando cambiamos de tema, me pincha: "¿Qué, ya te diste por vencido?".

Le gusta jugar a todo. Me da algunas pistas, voy tirando nombres, y aunque me refuta algunos y no me confirma ninguno, terminaré averiguando, después de algunas consultas, que no tuvo éxito con el Patón Guzmán, Guido Pizarro, Papu Gómez y Guido Carrillo. Todos prefirieron continuar donde estaban. A Gallardo le cuesta entender que alguien prefiera jugar en un club de mitad de tabla de Europa antes que en uno top de Sudamérica.

—¿Te pensás quedar los cuatro años de contrato o firmaste eso para coincidir con el mandato de D'Onofrio y luego ir viendo? —le cambio de tema.

—Mi idea es quedarme, siempre evaluando al final de cada temporada cómo me siento y cómo está todo.

—Y ahora que vas a seguir por cuatro años, ¿qué hacemos con el libro?

—Claro, ahora que te quedaste sin *El Gráfico* vas a estar cuatro años encima con esto, ¿no? —se ríe y mira a sus colaboradores.

"Tenés para hacer dos más de acá a que nos vayamos", mete un bocadillo Buján, que ya dejó el palito del paragüitas limpio, sin rastros de chocolate,

sobre la mesa.

Han pasado unos minutos de las cinco de la tarde, me señala el lugar donde se está armando la sala de videoanálisis, que antes era una pequeña habitación ubicada al fondo de su oficina. Bajamos las escaleras y me muestra los techos nuevos de las cocheras.

—¿Cómo estás llevando estas derrotas?

—Y… mal, no me gusta perder, no me gusta para nada, pero a las encuestas y a los medios no les doy bola. El problema es que te la creas cuando te endiosan, pero como yo tampoco nunca me la creí, y los mismos que me endiosaron hoy me critican y dicen que mi ciclo depende de un resultado, no me cambia.

A esta altura, Gallardo sabe que será imposible pelear la punta de la Superliga, aunque resten 12 fechas. Por eso se sinceró en el vestuario de Lanús. También sospecha que, por más que meta una remontada furibunda, no le alcanzará para clasificar a la Libertadores 2019. “Por ahí nos vemos obligados a ganar la Copa Argentina como la otra vez y con la soga al cuello, nos clasificamos”, avizora, y ni se le debe haber ocurrido que lo conseguiría ganando la edición de la Libertadores de este año. Gallardo tiene muy claro que su cuenta pendiente es ganar un campeonato doméstico —¿quién no tiene una cuenta pendiente en su vida, acaso?—. Solo lo peleó hasta el final en dos ocasiones: Transición 2014 y en 2016-2017, y en ambas terminó 2º.

Le pregunto si en la Selección pondría uno o dos 9 al lado de Messi —varios meses antes de que a Sampaoli se le ocurriera la maravillosa idea de no poner a ninguno—, y no duda: va con el Kun y el Pipa, para que Leo tenga más opciones de descarga. Destaca a Otamendi y cree que debería haber dos volantes de marca y uno más libre, con llegada, para acompañar a los dos de arriba. Se lamenta de que Kranevitter no haya tenido continuidad en el último tiempo. Para Gallardo, era el 5 de la Selección.

—Sabés que si le va mal a Sampaoli en el Mundial, seguramente no

seguirá, y es probable que te llamen a vos, ¿no? —afirmo más que preguntarle.

—No me lo planteo, Diego. A Tapia no lo conozco, jamás hablé con él —contesta, y me llama la atención que no sea tajante. No me dice: “Con esta dirigencia no pienso trabajar jamás”.

Durante el viaje le pregunto si Armani le había causado tan buena impresión —solo había disputado hasta aquí dos partidos—. Gira la cabeza, me mira y me responde, con un gesto elocuente, que es una bestia, que es muy difícil hacerle goles en las prácticas.

—Si te doy a elegir entre Copa Libertadores y Supercopa con Boca, ¿qué elegís? —le pregunto, ya casi llegando a destino.

—No se puede, hay mucha diferencia de tiempo entre una y otra. La Supercopa es en un mes, la Libertadores termina a fin de año. Vos me podés preguntar qué elijo entre ganarle a Boca por la Sudamericana y el partido con Racing, como fue en 2014, o el Superclásico y la final con Central, en 2016, pero acá hay mucha diferencia de tiempo.

—Pero si te dicen que vas a ganar una de las dos.

—No, no, son cosas distintas. Solo te digo que esta Supercopa la tenemos que ganar sí o sí, sí o sí la tenemos que ganar —repite un par de veces, convencido y transmitiendo su convencimiento—. Para nosotros es una oportunidad, para ellos puede ser un grano. Ellos ya van directo al campeonato, y perder la Supercopa los puede complicar, tienen más para perder que nosotros. Vamos a ver cómo termina el año, vamos a ver.

Me bajo en Libertador y General Paz, del lado de Capital, porque estoy llegando tarde a la radio, y sin que le pidiera, se tomó la molestia de dejarme enfilando hacia el centro, para que pudiera tomarme un taxi a las corridas, cuando él debía ir para el otro lado.

“Perder la Supercopa los puede complicar, tienen más para perder que nosotros.”

Me quedo pensando en sus palabras finales; terminaré de entenderlo un mes después. Lo anticipó el Muñeco, como anticipaba la jugada en el campo de juego antes de que llegara la patada imprevista sobre su cuerpo de carcaza frágil.

Jamás se me ocurrió, en el momento de formular la pregunta, que terminaría ganando las dos.

Y hoy, cuando releo, corrijo y le agrego algunos detalles a este pasaje del libro que escribí promediando 2018, me da escalofrío releer sus últimas palabras a las que no le había prestado demasiada atención. Juro bajo estos santos evangelios que lo dijo así, textual.

—Vamos a ver cómo termina el año, vamos a ver.

*****

El domingo 18 de febrero, River volvió a utilizar la histórica camiseta tricolor en el 2-2 ante Godoy Cruz, en el Monumental, con un pésimo arbitraje de Baliño, quien no cobró un penal de Abecasis a Pratto, convalidó un gol del Morro García en *offside*, no expulsó a Cardona por un foul violento a Mora e inventó pase al arquero de Maidana cuando había sido un rechazo. El estadio coreó el hit del momento, mentando a la madre del presidente Macri. River presentó 5 cambios: Armani; Montiel, Maidana, MQ, Saracchi; Ponzio, Zuculini; Quintero, De la Cruz; Pratto y Mora. Mayada entró al comienzo del segundo tiempo por Montiel y volvió a jugar tras 242 días. El Tomba se puso 2-0, con goles de Garro y el Morro; descontó Mora a los 37’ tras un taco de Pratto, y el propio Pratto empató a los 5’ del segundo. “No puedo hacer un análisis futbolístico. Ante todo lo que ocurrió es difícil no desenfocarse —arrancó el Muñeco, molesto con el arbitraje—. Nos queda reconocer el esfuerzo de los jugadores para no sentirnos frustrados, para no sentirnos dañados. Espero que esto nos sirva para fortalecernos ante los horrores y que

no haya nada raro. Ese es mi único anhelo. Quiero creer, pero con situaciones como estás se hace difícil. No quiero hablar mucho más.”

El lunes, Horacio Elizondo, director de Formación Arbitral, llamó a D’Onofrio para disculparse. El día siguiente, Guillermo fue nuevamente a almorzar con Macri. “Nos podrán golpear, quebrar jamás”, tuiteó el presidente de River. “El poder del fútbol argentino hoy está manejado por Boca”, tiró un poquito de nafta Tinelli. En los días siguientes, tanto Angelici como D’Onofrio pidieron bajar los decibeles. “La final se va a jugar, hay que disfrutarla”, expresó Angelici ante los rumores de una posible suspensión.

El sábado 24 de febrero, River perdió 1-0 con Vélez en Liniers por un gol de Robertone a los 24’ del segundo tiempo. Nadie hubiera apostado que esa sería la última derrota por casi ocho meses. “Caída libre. Quebrado”, fue la tapa de *Olé*. Zuculini debió haber sido expulsado y salió en el entretiempo —entró Ponzio—, ingresaron Mora (muy bien) y Quintero. MQ fue capitán por primera vez, y Enzo vio la roja a los 21’ del segundo tiempo. “Me hago totalmente responsable de la derrota”, declaró el mendocino. “Me voy con mucha bronca y amargura, estoy preocupado. Soy responsable de que el equipo funcione o no, y seguiré en la búsqueda de respuestas. Hay que ponerle el pecho a la racha negativa y no mentirle a la gente. Tenemos que cambiar, tirar para adelante y mirar los partidos con Flamengo y con Boca”, dio la cara el Muñeco, poniendo la mirada siempre en un objetivo cercano.

Al día siguiente, Boca le ganó 4-2 a San Martín de San Juan y le sacó 24 puntos de diferencia. El 28 de febrero, River rescató un 2-2 ante Flamengo de visitante, a puertas cerradas —por los incidentes en la final de la Sudamericana—, en el arranque de la Copa. Jugaron Armani; Montiel, Maidana, MQ, Saracchi; Enzo, Ponzio, Zuculini; De la Cruz; Mora y Pratto. Entraron Mayada, Quintero y Scocco en el segundo tiempo. De la Cruz perdió un diente, pero siguió jugando. Todos los goles fueron en el complemento: abrió Dourado a los 8’; igualó Mora a los 10’ de cabeza;

Everton puso el 2-1 a los 20’, y empató Mayada a los 41’ con un disparo desde lejos. “El equipo mostró carácter, que era lo que faltaba”, declaró Ponzio. “Sirve para que los jugadores se sientan con la confianza de que esto fue un punto de partida. Ellos necesitaban un partido anímico. Es importante no habernos caído, no haber agachado la cabeza”, evaluó Gallardo, quien no podría suponer que ese “punto de partida” sería el inicio de un invicto de 32 partidos, récord en la historia del club.

Esa tarde, Nacho Fernández había sido la figura en el superclásico de Reserva disputado en el predio de Ezeiza, ya que estaba suspendido en la Copa. River le ganó 2-0 a Boca, con goles de Sibille y Rollheiser. En dos semanas repetiría su gran actuación —y el resultado— frente al mismo rival, pero en un estadio repleto.

El 3 de marzo se juntaron Chiqui Tapia, Horacio Elizondo, Angelici y D’Onofrio en la AFA, para bajar un mensaje de paz (y para la foto).

“Tiene que ser una fiesta para todos, venimos a traer calma”, señaló Angelici. “Hay que vivirlo con pasión, se juega un partido, no la vida”, completó D’Onofrio. Se designó a Patricio Loustau como árbitro principal y a cinco colaboradores, incluyendo dos para detrás de los arcos.

El 4 de marzo, River empató 1-1 con Chacarita en el Monumental. Scocco puso el 1-0, de penal, a los 43’ del primer tiempo, y empató Menéndez dos minutos después. Causó sorpresa que Gallardo sacara a Pratto y a Scocco en el mismo momento (22’ del segundo tiempo). “Los jugadores se ponen y se sacan solos, no hay mucha ciencia en eso —simplificó el Muñeco y luego se mandó una de Nostradamus—. Necesitamos un partido que despegue la confianza, porque el año es largo. Necesitamos eso, un partido fuerte, crucial, y ese es el que vamos a buscar.” En el cierre fue más enfático y explícito cuando le preguntaron por la Supercopa: “Es un regalo que le tenemos que hacer a nuestra gente, que nos vino a alentar sin dejarse llevar por lo que se dice, que empujó al equipo a tratar de ganar el partido al final. Eso lo valoro

muchísimo, de este momento salimos con el apoyo de los hinchas. Y tenemos que intentar darles una alegría el 14”.

El 6 de marzo, el Pity volvió a hacer fútbol, tras la distensión en el sóleo sufrida ante Lanús. “A Armani lo vemos, pero para citar a uno nuevo, debe tener un nivel rutilante”, afirmó Sampaoli el 8 de marzo. Lo tendría.

El 9 de marzo le envié a Marcelo el video de la entrevista que Juan Pablo Varsky le había hecho a Guardiola en la promoción mundialista de DirecTV y de paso le recordé que tenía por delante dos pagarés para levantar en cinco días: ganarle por primera vez a Patronato de visitante (3 jugados, 3 perdidos, 1 en Santa Fe y 2 en Paraná) y vengar la única vez que un River-Boca había definido un título, el Nacional 76, con gol de Suñé. O en realidad le recordé que tenía dos pagarés por levantar en cinco días y de paso le envié la nota de Varsky a Guardiola.

—Hola, Dieguito! No sé por qué estaba esperando esta semana con ansiedad. Será porque me hace sentir más vivo que nunca, deportivamente hablando. Gracias por la nota. Abrazo grande!

El sábado 10 de marzo, Boca y River ganaron sus respectivos partidos en tiempo de descuento. Los dos jugaron el sábado para estar igual de frescos para el miércoles. Boca venció 2-1 a Tigre con gol de Jara, después de que el Matador igualara unos minutos antes. Guillermo se trepó a la ronda de festejo de sus jugadores, les dio una arenga y los mandó a saludar a la gente. “En Mendoza cueste lo que cueste, en Mendoza tenemos que ganar” y “Borombonbón, el que no salta, es un llorón”, se cantó en la Bombonera.

—Tranqui, vamos a ganar —le adelantó Guillermo a Hugo Hernández, de una peña de Boca en Mar del Plata, con el que se había cruzado en la conferencia, medio en broma, medio en serio.

Por su parte, River venció 1-0 a Patronato en Paraná, con un gol de Balboa en contra. Entró el Pity en el segundo tiempo para agarrar ritmo, y Nacho, para no perderlo. Zuculini otra vez zafó de la roja, y Armani fue la figura con

un par de tapadas magistrales. “Fue una victoria de casualidad, pero anímicamente nos viene bien para jugar el miércoles mostrando otra cosa. Esos partidos se juegan con cabeza, con personalidad y determinación, pero también desde lo futbolístico. Tenemos que basarnos en eso para ver si de una vez por todas empezamos a soltarnos y mostrar todas las cualidades que yo creo que tiene este equipo”, señaló el Muñeco.

—Pagaré número 1, levantado! —le mandé al DT en la medianoche.

—La manera más fea de levantarlo, pero levantado al fin —contestó, casi igual que en la conferencia de prensa.

Le escribí lo mismo a Buján, quien me contestó al mediodía siguiente, ya que el plantel volvió en vuelo chárter, durmió en el Monumental, se entrenó el domingo a la mañana, y Gallardo los liberó hasta el lunes, cuando enfilarían para Cardales.

—Acá estamos, volviendo de entrenar. Levantamos el primero ayer, era un cheque sin fondos, estaba bravo, pero sobre la fecha de cierre lo levantamos (metáfora del partido). Ahora estamos haciendo una vaquita, a ver si quién te dice que el miércoles no levantemos el otro, para tristeza de muchos —respondió el Pollo, de buen humor y manifestando su confianza.

El martes 13 de marzo, los presidentes de River y Boca cenaron juntos en la bodega Escorihuela Gascón, y glorias de ambos clubes empataron 3-3 en un partido de papi fútbol. El avión de Boca sufrió desperfectos técnicos y salió con tres horas de demora —martes, no te cases ni te embarques—. Los antecedentes en la Supercopa igualaban a los contendientes, tanto River como Boca habían disputado 2 y perdido ambas: River con Huracán (2015) y Lanús (2017); Boca, con Arsenal (2012) y San Lorenzo (2016). Gallardo afrontaba su décima final en River, de las que solo había perdido 3 (Huracán, Lanús y Barcelona), mientras Guillermo tenía por delante su primera final. De ganarla quedaba como el hombre con más títulos en la historia de Boca. Sumaba 17 (16 como jugador, 1 como DT), igual que Sebastián Battaglia.

Gallardo decidió que viajara todo el plantel (28 jugadores); las dudas en la formación pasaban por el Pity o Juanfer y Mora o Scocco. A MQ, todos lo daban de titular. Scocco no había podido convertirle ningún gol a Boca, salvo dos en una extensa definición por penales en la que Newell's venció al Boca de Bianchi en la Libertadores 2013. En la Superliga, los separaban 23 puntos. El candidato, sin duda, era Boca.

El miércoles 14 de marzo en Mendoza, donde con Gallardo había disputado 4 partidos y ganado los 4, River venció 2-0 a Boca con goles del Pity a los 18' del primer tiempo de penal —por falta de Cardona a Nacho Fernández— y de Scocco a los 24' del segundo, tras una contra iniciada por el propio Scocco al rechazar de cabeza un córner de Boca, conducida magistralmente por Nacho Fernández durante 70 metros —Cardona lo abandonó a los 10— y con una posterior participación estelar del Pity —enganche, un Fabra que pasó de largo, y asistencia—. Scocco había entrado un minuto antes por Pratto, solo debió anticipar a los centrales y poner el botín derecho firme para tocarla y salir con los brazos abiertos a celebrar frente a la cabecera de Boca.

El Muñeco alistó a Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Saracchi; Nacho, Ponzio, Enzo; Pity; Pratto y Mora. Entraron Mayada por Montiel (desgarrado) a los 10' del segundo tiempo; Zuculini por Enzo a los 20', y Scocco por Pratto a los 23'. Armani fue la figura del partido, con cinco intervenciones decisivas, en especial dos en los primeros 4 minutos del complemento —un toque de volea de Pavón que rozó con los dedos y luego dio en el travesaño y un rebote en la espalda de Pratto que manoteó a puro reflejo— y otras dos justo en la acción previa al 2-0 —un mano a mano a Fabra por izquierda y luego una tapada a Nández con los pies en el rebote—. El podio de River lo completaron Nacho Fernández y el Pity, con roles protagónicos en ambos goles. Y Scocco, que lo definió.

Boca alistó a Rossi; Jara, Goltz, Magallán, Fabra; Nández, Barrios, Pablo

Pérez; Cardona; Pavón y Tevez. Entró Wanchope por Jara a los 29’ del segundo tiempo. Solo repetiría 5 de los 11 titulares el 9 de diciembre en Madrid; River, en cambio, pondría de entrada a 9 de los 11 —Saracchi ya no estaba en el club, y Mora a punto de retirarse—. Eso dice algo.

La carta táctica que esta vez el Muñeco sacó del mazo para sorprender a Guillermo fue mandar al Pity sobre Barrios, para impedir la salida limpia del rival y preocuparlo con sus gambetas. Boca tuvo más llegadas, pero después del 2-0 desapareció de la cancha. Fue el octavo título de Gallardo en River, y quedó a uno de Ramón Díaz, dueño del récord. Como apostilla, River utilizó la camiseta con el detalle que requería la organización: nombre de la competencia, fecha y los escudos de los dos clubes, chiquitos, en el medio. Boca no lo hizo. ¿Será que no quiso lucir el escudo de River en su pecho? Pareció eso.

“Nos daban por muertos, y este grupo siempre sale adelante. Es un grupo muy fuerte, ganador, tiene mucho huevo. Nos tocan el culo y respondemos”, no se preocupó por expresarse en tono catedrático el Pity, quien venía de patear su último penal cruzado y, en esta ocasión, abrió el pie y le vendió un buzón a Agustín Rossi, que fue hacia el otro palo. “Nos dieron por muertos en la semana, pero los matamos mentalmente. Ni física ni futbolísticamente, les ganamos mentalmente”, hundió el bisturí Pratto. “Sacamos un plus”, destacó Enzo Pérez, a quien se lo vio cantando como un hincha más en el banco de suplentes, tras ser reemplazado.

Mientras Tevez, en nota con la TV en el campo de juego, criticaba a Cardona por haber cometido el penal y no haber cortado la contra del 2-0, Guillermo exhibió su cara habitual: “No hubo diferencia táctica, nos patearon dos veces y nos ganaron”.

Por uno de esos videos subidos a las redes sociales se conoció que en el vestuario de River se cantó en contra del presidente de la AFA con el clásico: “Chiqui Tapia botón, vos sos hincha de Boca, la p…”. La camiseta preparada

por River para la ocasión —¿dónde irán a parar las que elabora el perdedor?, ¿se quemarán en algún basural para que no queden rastros?— decía: “14 del TRES. Campeones otra vez”, jugando con la rima, la fecha de este nuevo título (14 de marzo) y las tres eliminaciones propinadas a Boca con Gallardo.

El Muñeco dio una conferencia corta. Con su camisa negra preferida, la medalla colgada al cuello y el rostro adusto, no sonrió ni mostró euforia durante los doce minutos de ponencia, como si con esa postura quisiera manifestar su bronca por las críticas dirigidas al equipo en los últimos meses y las versiones de peleas y fin de ciclo.

—Hicimos un partido muy inteligente. Los jugadores entendieron cómo había que jugarlo, hubo determinación, entrega máxima, inteligencia, y fuimos efectivos —empezó, antes de agradecer a Mendoza—. Es una provincia que me encanta, que a mí me sienta muy bien en particular, una provincia netamente riverplatense.

Cuando Sebastián Srur, en la segunda pregunta, le consultó si había salido todo lo planificado, el Muñeco descargó su irritación acumulada, con una respuesta que había masticado bastante.

—Bueno, tengo que sincerarme: estos dos meses en que nosotros veníamos jugando muy mal fue parte de la estrategia. Nosotros sabíamos cómo jugaba Boca, y ellos no sabían cómo jugábamos nosotros, porque si se dejaban llevar por lo que fuimos estos dos meses, claramente no tenían idea de cómo íbamos a jugar este partido. Esa fue la estrategia para ganar el partido más importante que teníamos en el semestre y darnos una alegría inmensa —se despachó circunspecto, sin dibujar ni media sonrisa.

Cuando en el turno siguiente le preguntaron cuáles habían sido los méritos del equipo para ganar el partido, otra vez el Muñeco reiteró el concepto, por si no lo habían captado. “Esconder estos dos meses de mal funcionamiento para ganar hoy de la manera que ganamos, esa fue la estrategia”, insistió. Y más tarde volvió a la carga dos veces más con estas frases: “Nosotros nos

teníamos que guardar para este partido” y “Fue parte de la estrategia no mostrar las cartas”.

Luego resaltó la diferencia de fortaleza mental entre los contendientes: “Era un partido con mucha carga emocional, y esos partidos hay que saber jugarlos”. Y en un momento dejó entrever los motivos del enojo: “Sobre todo hay que tenerle respeto a este equipo que supo ser campeón. Esperábamos tener una zanahoria buena por delante para comer y hoy lo demostramos, y mientras tanto tuvimos que vivir estos momentos de incertidumbre, desconfianza y hasta de falta de respeto con que se hablaba de este equipo”.

En el cierre le hicieron referencia a que River tenía ahora un contrapeso para la final del Nacional 1976 ganada por Boca. “Como dice un amigo, otro pagaré que se ha saldado el día de hoy. No sé si quedan algunos, pero los hemos ido saldando de a poco, buenas noches”, concluyó, hosco como nunca en una victoria. Se levantó y se fue.

—Felicitaciones! Parece que tenías ganas de festejarlo, ¿no? Disfrutalo —le escribí una hora después del partido, acompañando el texto con una de las fotos del final, en la que grita con los dientes apretados, perseguido por un par de colaboradores, y con el saco flameando como si fuera la capa de Superman.

—Gracias Dieguito por creer siempre! —contestó, generoso y atento, a pesar de que a esa hora su celular debería explotar.

Dos días más tarde, su foto de perfil de WhatsApp era el salto desmesurado que había pegado en el festejo de uno de los goles.

También lo felicité a Buján un rato después del partido.

—Segunda vaquita que tuvimos que hacer esta semana, y ahora sí, estamos a mano. Si hay más pagarés dando vueltas, poneme al tanto que les apuntamos. Fuerte abrazo, Diego! —justificó su optimismo previo el Pollo.

A la mañana siguiente, después de ver en Fox que le hacían una nota conjunta a él y a Biscay en el vestuario, le propuse salir a la tarde en Cadena

3. A diferencia de 2016, esta vez no había riesgos de que Gallardo renunciara.

—¿Qué hacés, Diego? Recién vuelvo de buscar a la más grande del jardín. Respecto a la nota, ni el técnico está hablando, no sé si te diste cuenta. Su ida a la conferencia de ayer fue protocolar, no lo vas a ver mucho más en los medios en los próximos días. Ayer nos agarró Benedetto en vivo entrando al vestuario con Matías y no era para hacerle un desaire, pero si el Míster no habla, menos nosotros. Por los próximos cuatro años que dure el mandato de D'Onofrio no creo que vaya a haber notas —me puso en autos, ya que no me había percatado.

—Bueno, tranquilo. Si es así, habrá que esperar. ¿Cómo lo estás viviendo?

—Anoche habremos dormido dos horas, hoy estamos con la familia y mañana arrancamos de nuevo, pero con otros aires, Diego. Estábamos en el rincón, nos sacudían de todos lados y sacamos la mano que nadie esperaba, así que felices, muy felices —graficó el Pollo, apelando a las alegorías, como su amigo.

La derrota en un clásico, como suele ocurrir, detonó conflictos dentro de Boca. El viernes por la mañana, Angelici fue a la práctica, pasó por el vestuario a expresar su calentura al plantel, dialogó a la vista de la prensa con el Flaco Schiavi, DT de la Reserva, e hizo trascender, por medio de los periodistas más cercanos, el contenido de su discurso. Luego le bajaron los decibeles. Tevez, otra vez, aparecía en el centro de los cuestionamientos. Por su bajo nivel y por haber criticado públicamente a Cardona.

—Nos estamos haciendo una panzada! Son como las de Olmedo y Porcel, siempre garpan. Y falta que aparezca Román! —me escribió un integrante del *staff* técnico, viendo el alboroto que habían provocado con el 2-0.

El domingo 18 de marzo, Ponzio entró en el campo de juego del Monumental

sosteniendo la Copa ante el delirio de los hinchas. Luego vencieron 3-1 a Belgrano con un solo cambio: Mayada por el lesionado Montiel. Scocco ingresó a los 20’ del segundo tiempo y definió el partido con goles a los 33’ y 41’ después de que Epifanio García empatara a los 8’. Un rato antes, Boca le había igualado en el descuento a Atlético de Tucumán y evitado la hecatombe. “Ustedes lo saben, muchachos. Muchos estaban esperando que tuviéramos una derrota contra Boca para vernos tirados. Había muchísimo olor, muchísimo… Querían salir a hablar de fin de ciclo —se despachó el Muñeco en conferencia, ahora sin ironía—. Logramos sacarnos la bronca interna que teníamos desde el partido con Lanús, sabíamos que no la íbamos a curar si no era en un partido tan significativo como este. Por suerte ahora podemos volver a funcionar, y ya se vio un fútbol de más vuelo.”

El 21 de marzo me enteré de que estaba Guardiola en la Argentina y se me ocurrió comentarle a Marcelo si quería que hiciera un intento de contactarlo. Me contestó a la media hora.

—Hola, Diego. ¿Cómo andás, loco? Espero que todavía estés disfrutando la victoria de la semana pasada, viste que son de esas que quedan para largo rato. Con respecto a lo otro, tranquilo, gracias por plantearlo, cuando se dé el momento, se dará naturalmente, prefiero que sea de esa forma. Te mando un fuerte abrazo, y disculpá la voz que estoy medio tomado, con angina o algo de eso. —Ja, ja, pide disculpas por la voz.

—Por cómo abriste la boca para festejar los dos goles, ¡cómo no tener la voz tomada! —la seguí, y me respondió con un emoticón.

El 22 de marzo murió René Houseman, y el día siguiente, Argentina le ganó 2-0 a Italia con una gran actuación de Willy Caballero y un lindo gol de Manu Lanzini, que empezaba a ganarse su lugar en la lista mundialista de 23.

El 24 de marzo, River continuó con su envión y derrotó 3-0 a la U de Chile en un amistoso disputado en Santiago, con un doblete de Borré y un gol de penal de De la Cruz —primero en el club—. En el último minuto entró

Mauro Burruchaga, el hijo del campeón del mundo, nieto de Pipo Rossi, quien luego se iría del club. Jugó muy bien Exequiel Palacios.

El 27 de marzo, mientras todos miraban la sandunga de España a la Argentina en Madrid (6-1), Gallardo les daba una charla sobre valores y deporte a los chicos de Villa La Cárcova, en José León Suárez, en la parroquia del padre Pepe Di Paola, uno de los curas villeros más reconocidos del país, adalid en la lucha contra la droga. Lo hizo en absoluto silencio, sin cámaras ni presencia de periodistas. Me enteré de manera casual una semana después.

—Fue una charla que organicé solo para los chicos del Centro Deportivo porque, si no, hubiera sido imposible, no entraba la gente —me contó el padre Pepe, de 56 años—, pero igual se fue corriendo la bola. Los chicos también se sacaban fotos y las subían a redes sociales, y de golpe empezaron a aparecer camisetas de River por todos lados. No lo conocía a Marcelo, llegó a través del padre Eduardo y de Rodolfo D'Onofrio, quien ya había estado algunas veces. Fue una charla extraordinaria porque destacó los valores por encima del éxito deportivo. Los valores de la amistad, de ser una persona de bien, del esfuerzo y la perseverancia para lograr los objetivos. Y eso a nosotros nos sirve mucho, porque se los dice una persona muy famosa a la que tienen como ídolo.

—¿Qué fue lo que más te llamó la atención de Marcelo?

—Su humildad. Cuando alguien llega a tener fama, muchas veces se olvida de sus orígenes, se la cree, y Marcelo mostró todo lo contrario.

Antes de despedirme le pregunté al padre Pepe si era futbolero. "Sí, claro, soy muy futbolero e hincha de Huracán; si no fuera por el Pity, no hubieran ganado todo lo que ganaron", chicaneó. También me dejó su sensación Marcelo Figueroa, pastor protestante, conductor de Radio Cristo de los Villeros, además de amigo del papa Francisco. Y apeló a la misma palabra que el padre Pepe para resumir la impresión que le dejó Gallardo: humildad.

“No sabía que iba a venir y tampoco lo conocía —me contó Figueroa—, y lo que más me impactó fue su humildad, el lugar desde el que se paró a hablar. Arrancó diciendo que había estado en el mismo lugar que ellos y enfatizó que con superación y a través del deporte pudo progresar y salvarse de muchas cosas malas. Me llamó la atención su empatía con los chicos, no se puso arriba, sino en su lugar, y luego abrió un espacio generoso de preguntas y fue respondiendo todas. Acostumbrado a escuchar tantas conferencias, realmente me impresionó su humildad.”

Al día siguiente de esa charla se hizo un minuto de silencio, antes del inicio de la práctica de River, por el fallecimiento de Tatiana, la hermana de Mayada. Camilo estaba en su tierra, lógicamente, con su familia, pero ese comportamiento de empatía a la distancia, lo remarcamos otra vez porque es clave, simboliza el espíritu de grupo que supo moldear Gallardo. Es un rasgo que enorgullece al DT, tanto como los títulos conseguidos.

El domingo 1º de abril, en el turno de las once de la mañana, River superó 3-1 a Defensa y Justicia en Florencio Varela, donde no había podido ganar en sus dos presentaciones anteriores —tampoco cuando lo visitó en La Plata, en el Nacional B—. Gallardo puso el mismo equipo, que arrancó perdiendo 1-0 a los 10’ del primer tiempo (Márquez), lo empató el Pity de penal a los 30’, aumentó Pinola a los 45’ y cerró Pratto con un hermoso gol a los 8’ del segundo tras una gran asistencia del Pity, la figura. “Todo vuelve a fluir. Es lo que buscábamos desde el inicio del año, no se daba, no se daba, pero cuando uno se desbloquea mentalmente, todo se va dando”, declaró Gallardo tras superar a un gran equipo.

—Levantaron otro pagaré! —le escribí a Buján, regresando desde Varela.

—Volvimos a sentirnos nosotros, Diego; sensación rara y difícil de explicar.

A la noche, Boca le ganó al escolta Talleres con un gol en tiempo adicionado de Pablo Pérez, quien se descargó gritándolo —con insultos— a

la platea.

—¿Fue un desahogo? —le preguntaron a Guillermo, en el campo de juego.

—Sí, porque nadie nos supera, un episodio no me va a cambiar, ni perder con River —se defendió.

El 5 de abril, River empató 0-0 de local con Independiente Santa Fe por la Libertadores. En un desarrollo áspero y friccionado, Armani tuvo un atajadón que evitó la derrota. Fue importante el ingreso de Quintero, una situación que se repetiría en el año: bien como revulsivo, flojo como titular. “No hay que perder la calma”, afirmó el Muñeco, tras 2 empates en 2 partidos de Copa.

Antes del partido, yendo de la concentración al vestuario, el Muñeco dio el último mano a mano con un medio. Lo hizo con Fox, dueño de los derechos de la Copa. La charla con Closs y Latorre duró cerca de diez minutos y dejó un par de definiciones jugosas. Lo consultaron por la mala posición en la Superliga.

—Aquí hay una referencia clara: antes de Lanús y después de Lanús. Nos costó salir de ese momento desagradable de falta de confianza y desilusión; perdimos casi todos los partidos. Fue algo general, no de uno o dos jugadores. Había un punto claro que atacar, que era la confianza, la autoestima y el orgullo, y eso lo recuperás con un partido de la misma importancia o más de lo que fue el golpe. Y ese iba a ser el partido contra Boca. Podríamos haber seguido jugando mal todo el año si no nos tocaba ese partido, por eso la importancia que tenía ganar la Copa Argentina, a la cual no se le daba mucho valor. Ganar la Copa Argentina no nos iba a terminar de sanar el alma, pero nos permitiría tener este partido con Boca. Yo hubiese querido que ese partido con Boca fuera mucho más pronto.

—¿Es lógico tener que esperar un partido contra Boca para que vuelva a inspirarse un jugador?

—A veces pasan estas cosas, no hay una lógica, por eso tenés que convivir con los futbolistas en el día a día. Tal vez cuando Diego (Latorre) ejerza, va a

entender algunas cosas que desde ahí es más fácil —cerró el Muñeco, en modo “se me están por cruzar los cables”, haciendo alusión a la posibilidad de que Latorre sea DT en algún momento. Seguro que “desde ahí” (cabina, pupitre de prensa) es más fácil. No se pierde nunca.

El 8 de abril, River venció 2-0 a Racing en Avellaneda. Era el único rival al que Gallardo había enfrentado más de una vez y no había superado (2 derrotas y 1 empate). Armani fue la gran figura con tres atajadas descomunales, estilo Pato Fillol, ante la mirada *in situ* de Sampaoli, que no podía no verlo, vestido de rojo de pies a cabeza como estaba. Exequiel Palacios fue decisivo con su ingreso, lo mismo que Borré: el tucumano asistió al colombiano para el 1-0 a los 31’ del segundo tiempo y metió el 2-0 a los 44’. “Es un trabajo de muchos años para estar en la Selección”, aclaró Armani, para destacar que no había empezado a atajar hacía tres meses —que entrenadores y periodistas no supieran de su tarea era otra cosa—. “Pobre, la verdad es que no tengo nada contra él, pero no quiero verlo más a Armani”, admitió con su habitual espontaneidad Coudet, quien ya lo había padecido como DT de Central en la Libertadores de 2016. Y volvería a padecerlo una vez más en 2018.

—Nos reencontramos el miércoles, muchachos —los liberó Gallardo por dos días, de cara a la seguidilla final del semestre.

Ese es otro proceder que el DT, como conductor de grupo, debe saber utilizar: el equilibrio justo entre apretar y aflojar. Los jugadores miden a su líder a cada instante. Y el Muñeco la lleva muy bien.

El 11 de abril, en la previa del 1-1 que Boca rescataría sobre la hora en Brasil ante Palmeiras, Closs y Latorre charlaban con Guillermo, de cabina a vestuario, como hacía unos días con Gallardo, y en un momento le preguntaron si le había parecido penal el que le había permitido al Real Madrid eliminar a la Juventus ese mismo día, sobre la hora.

—No fue… y el otro tampoco —agregó, sin que nadie le tocara el tema.

Fue tan sorpresiva su acotación que relator y comentarista tardaron unos segundos en entender que se refería al de Cardona a Nacho Fernández de la Supercopa. No sería la primera vez que traería aquel penal al presente.

El 13 de abril, Sampaoli tuvo charlas individuales en el predio de AFA con Enzo Pérez y Armani. “Me sorprende porque me enteré por los futbolistas. No nos han notificado nada”, tiró la bronca Gallardo, mitad contra Sampa, mitad contra la AFA.

En la antesala del cruce con Rosario Central se manifestaron dos conocidos del Muñeco y se sumaron a los elogios que le viene dispensando el ambiente casi sin excepción. Cuando todos hablan bien, no es casualidad ni operativo de prensa. Lo mismo vale para la inversa. “Con Marcelo concentrábamos juntos y compartimos muchos momentos —revivió Paulo Ferrari, con seis años y más de 200 partidos en River—. Es una gran persona, un gran líder. Se notaba que iba a estar ligado a esto por su personalidad, era como un técnico dentro de la cancha. Que le vaya como le va no es casualidad. Cuando uno conoce gente que es buena persona, te pone contento que le vaya así.” Se sumó Leo Fernández, el DT de Central, con un pasado en las inferiores millonarias: “River tiene un plantel de jerarquía, con el mejor DT de la Argentina, que se reinventa constantemente”.

El 15 de abril, River derrotó 2-0 a Central en el Monumental, con goles en el último tramo del partido (Borré a los 29’ y Pratto a los 32’), y entró en zona de Sudamericana. Los colombianos Quintero y Borré fueron los revulsivos desde el banco, y Armani otra vez se lució con un par de atajadas impresionantes. De los 7 goles convertidos por Borré, 6 los anotó entrando desde el banco. El Monumental pidió a Armani para la Selección y, en el segundo gol, las cámaras tomaron el beso de papá Gallardo a su hijo Matías, alcanzapelotas al lado del banco.

—¿Hoy fue la primera vez del Chino? Si es así, coincide con Nahuel, que creo que debutó también contra Central en el 2-0 de tu primera vez en el

Monumental, ¿o me equivoco? —lo consulté por el detalle.

—No, Dieguito, es la segunda del Chino, ya había estado contra Belgrano, pero no lo tenía al lado del banco, así que contento.

—Disfrutalo, me parece que Santino no va a seguir ese camino.

—Es verdad, yo tampoco lo veo, pero quién te dice que te da una sorpresa, viste, porque en casa nunca se sabe; al que más le da lo mismo el fútbol, por ahí sorprende. Mientras tanto disfruto del loquito este que está creciendo y disfrutando al lado del padre.

Ante el viaje a Guayaquil para enfrentar a Emelec por la tercera jornada de la Libertadores, el Pity fue contundente: “Tenemos que empezar a ganar porque, si no, se nos va a complicar”. River dividió el viaje en dos tramos, con una noche en Lima, pero por un desperfecto técnico se complicó la salida de Perú y llegó a destino veintiséis horas después de haber salido del club. Y algunos la quieren comparar con la Champions…

El 19 de abril, River le ganó 1-0 a Emelec en Guayaquil, con un gol de Pinola al final del primer tiempo y otra formidable actuación de Armani. Jugó mal, se defendió como pudo en el segundo tiempo, pero consiguió la primera victoria en la Copa en una noche muy cálida y húmeda. Muchos hinchas lo recordarán porque parecía televisado desde la luna. Fue la victoria número 100 de Gallardo como DT de River.

El 20 de abril se supo que Nico De la Cruz sería operado de su menisco derecho. Para jugar con Arsenal el fin de semana, Gallardo no citó a Maidana, Ponzio, Enzo, Pity, Nacho y Pratto. El 22 de abril, River superó 3-0 a un descendido Arsenal en Sarandí, donde Gallardo nunca había podido ganar en 4 visitas. Eran meses de levantar pagarés a cuatro manos. Integraron el once titular: Lollo, Quintero, Rojas —primer partido del año—, Palacios y Scocco. Entraron Borré, Cristian Ferreira y Auzqui. Los goles fueron todos en el primer tiempo: Palacios, Corvalán en contra —tras un cabezazo de Lollo— y Quintero. La figura fue Palacios; Armani otra vez se lució y llegó a

473 minutos sin recibir goles, superando la marca de Barovero.

El 26 de abril, en su partido 200 como DT de River, su equipo le ganó 2-1 a Emelec de local, con goles en el segundo tiempo de Pratto y del Pity, definiendo con una exquisitez de emboquillada. Descontó Preciado a los 90’. Antes del comienzo, D’Onofrio y Brito le entregaron al DT un cuadrito con una camiseta con el número 200. “Les agradezco a la gente y a los dirigentes por el cariño. Y el regalo no deja de ser un mimo. El tema es que estaba muy enfocado en el partido”, declaró. Chocolate por la noticia.

El 3 de mayo, en los 2.600 metros de Bogotá, con línea de 5 en el fondo, River le ganó 1-0 a Independiente Santa Fe, con un lindo gol de Pratto tras gran asistencia de Juanfer a los 23’ del primer tiempo, y selló su pasaje a octavos. Jugaron Armani; Montiel, MQ, Maidana, Pinola, Saracchi; Ponzio, Enzo; Quintero, Pity; Pratto. Un 5-2-2-1, siempre inventa algo. Entraron en el segundo tiempo Borré, Nacho Fernández y Mayada.

Como venía ocurriendo hacía unos meses desde que le recomendé la publicación, Buján me pidió si le enviaba por e-mail el nuevo número de *The Tactical Room*, una revista digital dirigida por Martí Perarnau —el biógrafo de Guardiola—, con notas muy conceptuales y tácticas, en las que colaboro desde un año atrás.

—Empecé anoche la entrevista a Emery y la seguí esta mañana. Espectacular. Se la recomendé al Míster. Mañana sigo con lo que me falta de esa edición. Y vuelvo a leer esta nota, gracias! —me escribió el Pollo, una muestra más de que son un cuerpo técnico que se interesa y se nutre de material distinto.

“Llegar a River fue la mejor decisión de mi carrera. El profesor es un ganador, y tenerlo a diario me ha hecho aprender muchas cosas, como trabajar con intensidad, tener carácter y responder siempre a las exigencias”, agradeció Juanfer, quien terminaría ganándose un lugar en la lista mundialista, cuando durante 2017 no entraba en las convocatorias de

Pekerman. “No me gusta eso de equipo de memoria porque considero que hay jugadores para determinados partidos o momentos puntuales, y también depende de las necesidades de la competencia y de las características del rival. Me gusta pensar los partidos en los 90 y pico de minutos, no solo desde el arranque. Y también pienso qué jugadores pueden ser fundamentales desde el banco. Es algo que me gusta poder analizar. El jugador determinante puede jugar desde el principio o terminar jugando diez minutos; no importa. Eso no lo hace ni mejor ni peor”, sentó posición en relación, justamente, a Juanfer y Scocco, dos que estaban siendo muy importantes cuando ingresaban desde el banco. Por ese motivo, reaccionó unos días después, cuando en la zona mixta le preguntaron por qué no jugaba Scocco.

—¡¿Cómo que no juega?! Entró en casi todos los partidos —y tenía razón, porque de los 19 encuentros de River hasta allí, había participado en 16 y sido titular en 9.

El lunes 7 de mayo, River empató 0-0 con Colón en Santa Fe —auténtica piedra en el zapato—, cortó su racha de 6 triunfos seguidos en Superliga y perdió la chance de llegar a la Libertadores 2019 —por esta vía—. Scocco fue titular y Juanfer le cambió la cara al equipo ingresando en el segundo tiempo: metió 3 asistencias, pero Scocco se perdió un mano a mano y Borré, otro, y le anularon erróneamente un gol a Mora. Ergo: aún queda un pagaré por levantar en el Cementerio ante Colón (1 derrota y 2 empates).

El 9 de mayo, Boca empató 2-2 con Gimnasia en el Bosque y se coronó bicampeón. Dos días después, River le ganó 2-0 a Estudiantes en el Monumental, con goles de Pinola y Scocco. River llegaba a 9 victorias y 2 empates tras el 2-0 a Boca.

El domingo 13 de mayo, Huracán y Boca empataron 3-3 en el cierre de la Superliga, y por la noche, con la derrota de Belgrano, River se aseguró un lugar en la Sudamericana 2019. En vez de disfrutar de la flamante conquista, Guillermo fue a encarar al juez Fernando Rapallini —quien había sido cuarto

árbitro en la Supercopa— porque supuestamente había insultado a sus jugadores durante el partido. La cámara registró el diálogo subido de tono.

—Echame, sí, echame como hiciste en la Supercopa —lo increpó Guillermo, otra vez trayendo al presente el 2-0 de Mendoza.

—Ah, te quedó grabado —contestó, burlón, Rapallini.

—¡Sí, me quedó grabado porque jugaron para River, no para la ley!

—Ustedes capaz que también (por jugar para River).

—¿Eh? ¡Dos! ¡Dos veces campeón! No te equivoques.

—¡Andate, dale, andá para allá! Ojo lo que decís, tomátelas de acá.

—¡Qué te enfoque la cámara! Vos sos guapo acá adentro.

—¡Andate! ¡Sacámelo! (a la policía).

Como lo había hecho antes del partido con Palmeiras, Guillermo hacía lo que menos le convenía: seguir quejándose, públicamente, por la final perdida ante River. Cualquier amigo le hubiera aconsejado que lo mejor era callarse. No tocar más el tema.

El lunes 14 de mayo, en Núñez, River le ganó 2-0 a San Lorenzo en el último encuentro de la Superliga, con goles de Nacho Fernández —su primer grito en liga en dos años y medio, aunque llevaba 12 en Copas— y de Borré, para completar una remontada de 25 puntos sobre 27 posibles desde el 1-0 en Paraná. Pratto fue la figura, y Armani se anotó con sus dos atajadas de siempre. River finalizó 7º en la Superliga, con 45 puntos, a 13 de Boca.

El 15 de mayo, Armani inauguró su biblioteca futbolera en la Escuela primaria Nº 486 “Manuel Dorrego”, en Casilda, un hermoso proyecto ideado por el escritor Ignacio Irigoyen. Estuve esa tarde en la escuela de la ciudad en la que también había nacido Sampaoli y descubrí que los vecinos y amigos no lo llamaban a Armani de otro modo que por su apodo de la infancia: Chili. Ni el propio Franco sabe bien por qué le dicen así. Almorzamos en el Bar

Sarmiento, sobre el boulevard Lisandro de la Torre, en la esquina de las cuatro plazas principales de la ciudad, junto a Franco, su representante Martín Aráoz y el propio Irigoyen. A pesar de que atravesaba su pico de popularidad en River, a punto de confirmarse su presencia en el Mundial, y de que comíamos en una de las mesas de la vereda, apenas recibió cuatro o cinco pedidos de fotos. Para los lugareños, seguía siendo el Chili de siempre. Se respiraba aire de pueblo, pese a tratarse de una ciudad de 50 mil habitantes.

Le pregunté a Franco cuántas veces había estado en el Monumental antes de este 2018. “Dos”, me contestó. Una, sentado en el banco de la Reserva de Estudiantes y la siguiente en la final de la Sudamericana 2014. Si se revisa ese resumen, se lo verá a Franco con la 30, vestido todo de amarillo, salvando media docena de situaciones de gol en el primer tiempo y luego volando hacia su izquierda sin poder impedir los dos goles calcados de Mercado y de Pezzella, de cabeza, desde el punto del penal, por centros desde la izquierda de Pisculichi. En el 2-0 se lo ve a Armani patear el poste y luego caminar insultando en voz alta, como poseído.

—¿De qué se ríen, no ven que perdimos un título? —increpó a tres compañeros, que sonreían apoyados en los carteles de publicidad, mientras esperaban la premiación. A Armani lo impactaron el marco y la fiesta que se vivió esa noche en el Monumental, el primer título de la era Gallardo.

—Ni Maxi Rodríguez ni Scocco, preguntá por ahí quién es el gran goleador de Rosario —sacó pecho, entre risas, Leandro Armani, Beto, quien ya había sido verdugo de Boca antes que su hermano menor.

Le metió un gol en la Bombonera, en un 2-0 con la camiseta de Newell’s en 2009 y después se cansó de meterla en Central Córdoba y Tiro Federal, ambos de Rosario. Lo conocí a la tarde, cuando se acercó a la escuela para la inauguración de la biblioteca, junto a su madre Analía y a Daniela Rendón, la mujer de Franco. Beto siempre le pegó muy fuerte a la pelota y sometía a su hermano menor, que no tenía otra opción más que resignarse a obedecer al

mayor, en el garage del fondo de la casa. “Entre vidrios rotos y pelotazos en la cara se hizo arquero, perdió el miedo”, me contó Beto, que de chico era hincha de Boca pero que hoy celebra los triunfos de River.

La que desde chiquita es fana de River es la madre de Franco, pasión que logró transmitirle a su hijo menor. Analía fue a Mendoza para ver la final con Boca y al terminar el partido le pidió a Franco si les decía a Ponzio y a Gallardo de sacarse una foto con ella. Aquel día en Casilda me enteré de que Boca se interesó por Armani a comienzos de 2017, incluso el tesorero le preguntó al representante de Franco cuáles eran sus pretensiones de contrato, pero de golpe ese interés se esfumó. Alguien en el club le bajó el pulgar y terminaron comprando a Agustín Rossi.

La inauguración de la biblioteca fue emocionante. Franco leyó con dificultad un texto que había preparado, luego le pasaron un video, se saludó con la directora y con las maestras de su época, se sacó una *selfie* con todos los chicos, que gritaban desaforados en el acceso al patio, en el mismo lugar donde él atajaba con bollos de papel, y por último se quedó una hora y media yendo aula por aula a sacarse la foto con los alumnos de cada clase. Al retirarse, cerca de las 19:30, aún había unos 30 chicos en la puerta, y Franco, paciente, les cumplió a todos. Tardamos más de media hora en hacer las tres cuadras que separaban la escuela de la casa materna, porque Franco se detenía cada 5 metros para recibir un saludo o escuchar un comentario. Chili, Chili, Chili.

Al día siguiente, Boca le ganó 5-0 a Alianza Lima en la Bombonera y se clasificó a octavos de final por la caída de Junior en Brasil ante Palmeiras.

—Hola, Marcelo, ¿todo bien? Visto y considerando lo sucedido ayer, a Boca lo tendrá que eliminar River nuevamente, me parece —le dije por WhatsApp al Muñeco.

—Y bueno, tendrá que ser así nomás. Difícil que quedaran afuera porque Junior, de nuestro querido Teo, era muy poquito para cometer ese crimen.

El 19 de mayo, Gallardo liberó a Quintero a pesar de que a River le quedaba cerrar el grupo ante Flamengo. Juanfer quería hacer buena letra para asegurarse su lugar en el Mundial, y como el Muñeco lo notaba disperso, charló con él y lo dejó ir. El lunes 21 de mayo, Sampaoli dio la lista de 23 con Armani y sin Enzo Pérez. River volvía a tener un representante mundialista después de 3 sin ninguno —Husaín y Ortega en 2002, los últimos—. Se sumarían luego Quintero y Enzo Pérez, por el lesionado Lanzini. Tres en total. Al día siguiente, a Chiquito Romero se le trabó la rodilla, fue desafectado y comenzaron las presiones para que Gallardo liberara a Armani.

El 23 de mayo, River cerró el semestre con un 0-0 de local ante Flamengo, líder en el Brasileirão, con Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Saracchi; Nacho, Ponzio, Enzo; Palacios; Scocco y Pratto. Entraron Rojas —sería su último partido en el club—, Borré y Mora. River jugó mejor y mereció ganar, terminó primero en su grupo, el único de los 6 equipos argentinos invicto en la Copa. Y el único en ganar su grupo. Como entre los segundos habían quedado 5 equipos argentinos, la chance de enfrentar a uno de ellos en octavos era muy alta. Terminaría cruzándose con tres. Con el 0-0, River llegó a 17 partidos sin perder (12 victorias y 5 empates) tras la caída en Liniers. Armani despidió su primer semestre en River con 1 gol recibido en los últimos 11 partidos y 13 vallas invictas sobre 21. Bestial. Fue ovacionado por la gente antes, durante y después del 0-0. Vangioni, Lanzini, Lamela y Driussi estuvieron en el Monumental viendo el partido y pasaron a saludar antes por el vestuario. Sentido de pertenencia y muy buena sintonía con el cuerpo técnico y sus ex compañeros. “Si Boca se cruza, habrá que jugarlo, claramente”, contestó Gallardo, con otro de sus vocablos preferidos —claramente—, cuando lo consultaron por un posible superclásico en octavos.

El jueves 24 de mayo, un día antes del cumpleaños 117 de River, el Muñeco se acercó al auditorio del Museo River y respondió durante más de una hora las inquietudes de 25 socios ganadores del concurso “Conocé a tu

ídolo” —gran parte de la charla está en las páginas siguientes—. Ese mismo 24 de mayo, otro Gallardo firmó un vínculo con River: Nahuel —20 años cumplidos el 9 de mayo— rubricó su primer contrato profesional, al igual que Ezequiel Centurión, Santiago Sosa, Marcel Picazzo y Julián Álvarez. El 30 de mayo, horas antes de partir hacia el Mundial de Rusia con la Selección, River le extendió el contrato a Armani hasta 2022 y le subió la cláusula de rescisión a 20 millones de dólares.

El 5 de junio, conocido el rival de octavos, le recordé a Buján los pagarés pendientes con Racing en torneos internacionales: tres eliminaciones, todas ocurridas en el Monumental.

—Ja, gracias, pero que arranque de una vez el Mundial porque ya están rompiendo que la final es River-Boca en seis meses. Acá tocó un poco de nieve ayer —me contestó desde Villa Carlos Paz, su lugar en el mundo.

El 7 de junio, Marcelo me saludó por el día del periodista.

—Muchas gracias, reapareciste! Imagino que lleno de energía, porque vi que estuviste en el sur. Es genial el sur para desenchufarse. Ojalá haya sido así. Tres pagarés en uno contra Racing, ya te habrás enterado. Cuando tengas tiempo, y ganas, avisame y nos vemos. Abrazo!

—El sur tiene ese encanto que te atrapa. Solo unos días para mí son suficientes. Pero me desenchufé un poco.

Un poco, no vaya a ser cosa. El 27 de junio, tras el triunfo agónico sobre Nigeria en el Mundial, le mandé el video de un programa español de cómo se había vivido en la Argentina esa victoria. Se viralizó, era muy emocionante. Y le agregué un “buen viaje, nos vemos a la vuelta”, porque se iban de pretemporada y no había recibido respuestas a un par de pedidos de encuentro para avanzar con el libro.

A los diez minutos me llamó.

—Perdón, Diego, siempre contesto, corto, pero contesto, y se me pasó.

—Olvidate, Marcelo, no pasa nada, nos vemos a la vuelta. ¿Pudiste

descansar?

—Sí, después del último partido con Flamengo me quedé una semana acá con Mariano (Barnao) para resolver cosas y armar lo que viene. Por más que todos estén de vacaciones, la cabeza tiene que seguir pensando. Si querés, podemos ir hablando por las noches, ahora que estaré tranquilo en los Estados Unidos.

—Mejor en persona, los horarios son complicados. Mi idea, cuando vuelvas, es ponernos al día para que cuando River gane algo importante tenga todo armado para sacar el libro.

Algo importante. ¿Quién podría imaginar que tanto?

Sin pena ni gloria

El 24 de mayo de 2018, un día después de finalizado el primer semestre con el 0-0 ante Flamengo, Gallardo cumplió con su palabra y participó de un ida y vuelta con 25 socios ganadores del concurso “Conocé a tu ídolo” en el auditorio del Museo, organizado por el programa *Somos River*. Es una actividad de cerca de una hora, en que los participantes preguntan y el ídolo responde. A los tres meses se subió al Instagram de River un video de dos minutos de esa charla, en el que Marcelo hablaba de su vínculo con los hinchas. Aquí, después de desgrabar su testimonio completo, seleccionamos los pasajes más salientes. Casi todo. Porque, además, el evento contó con veinticinco minutos extras a pedido del propio protagonista.

El moderador arrancó con una primera pregunta: qué sentía al ser ovacionado en el Monumental antes de cada partido.

- “Antes que nada, buenas tardes para todos —arrancó saludando, un gesto de educación que no suele pasar por alto—, es un honor estar acá. Cuando me lo propusieron, dije: ‘Déjenme ver el momento, porque me gustaría tener ese contacto con el hincha’. Suele ser difícil, por eso era una buena oportunidad.”
- “El cariño y el afecto que me demuestra la gente diariamente es muy difícil de explicar, es muy intenso el sentir. Todo lo que se ha generado en estos años fue un lazo muy fuerte con el hincha genuino de River, más allá de que lo he sentido desde muy chico. Yo nací en este club y

tengo el privilegio de seguir defendiendo esta camiseta, y eso es algo que me llena de orgullo.”

- “Muchos técnicos me han marcado cosas, uno aprende de lo bueno y de lo malo. Siempre recuerdo a mi primer entrenador, Gabriel Rodríguez, con un gran afecto. Hoy sigue estando en el club y mantenemos un lindo vínculo. Tuve a Martín Pando, que era un maestro, un formador, ese tipo que cuando terminaban los entrenamientos, con 3 o 4 pelotas para 70 chicos, siempre tenía un ratito para nosotros, para hacerte entrenar la pegada y mejorar la técnica. Esos son los referentes que te marcan cuando uno se está iniciando. No lo tuve mucho tiempo a Martín, pero sí lo suficiente, y ahora que soy grande entiendo mejor lo que es ser un formador. Después, en mi etapa profesional, debuté con Passarella y Gallego, tuve a Ramón Díaz, Babington, Pellegrini, de todos he aprendido. Y en la Selección tuve a Bielsa, uno de los más capacitados. Bielsa te enseña a ser mejor, está por encima de la media.”
- “La historia de mi prueba en el club la conté muchas veces. A mis amigos los habían hecho jugar a todos y a mí no, y mi papá vino un par de veces a decirme que nos fuéramos. Me acerqué a Gabriel Rodríguez para avisarle que se había olvidado de mí, y me puso a jugar con los chicos del club. Pero los chicos del club no me la pasaban. Yo veía que se terminaba la prueba, me estaba por ir sin pena ni gloria, entonces volví a hablarle a Gabriel para que me cambiara de equipo. Se me quedó mirando, tenía 12 años, eh. Yo estaba con una remera verde y, mientras se hacía de noche y no se veía un carajo, Gabriel empezó a gritar: ‘Dénsela al de verde, dénsela al de verde’, y en 5 minutos me dieron 7 pelotas, y Gabriel vio que el chico de verde más o menos podía hacer algo. Terminó la práctica y le dijo a mi viejo: ‘Tráigalo el jueves que lo vamos a fichar’. Conclusión: uno ayuda a que el destino vaya de la mano. Yo me podría haber ido a mi casa las dos veces que me vino a

buscar mi viejo, y no sé si hubiese tenido ganas de volver otra vez desde Merlo. Posiblemente no estaría hoy acá si le hubiese hecho caso a mi viejo, o con razón hubiera perdido la fe y me iba a mi casa. Me gusta contar esta historia porque creo que no hay que perder la fe ni la esperanza y hay que tener también una cuota de caradurismo, porque si yo hubiese agachado la cabeza, tampoco me habrían dado la pelota y habría pasado sin pena ni gloria por este club."

(Sin pena ni gloria. ¿Se imaginan a Marcelo Gallardo pasando por la historia River sin pena ni gloria?)

- "Siempre he respetado a todos los futbolistas, y ellos saben que no les regalo nada. Los minutos se los tienen que ganar y no solo con un valor futbolístico, sino también con una manera de ser y comportarse. Una de las cosas que rescato de estos cuatro años, uno de los orgullos más grandes, es haber gestionado grupos de jugadores que han sido altamente exitosos y con los que existió una comunión. Nunca hubo un problema, y si quisieron meter un problema adentro, nunca pudieron, y eso se debe a la gran calidad humana que tuvimos en este recorrido. Porque aparte de la calidad futbolística, para poder jugar en este club también tenés que ser buena persona."
- "Soy muy sincero en todas las cuestiones y no me gusta mentirle al hincha. El jugador de fútbol, más allá del vínculo sentimental con la camiseta, juega porque es profesional, ninguno lo hace gratis. Sí le pueden poner el pecho a situaciones delicadas, y eso tiene mucho mérito porque no todos lo hacen. Por ahí se llenan la boca hablando, y cuando hay que accionar se hace muy difícil porque no depende solo del futbolista, sino también de los clubes donde están. Tienen que coincidir los momentos. Pero nadie viene a jugar gratis. Sí puede tener ese lazo de

sentimiento que lo vuelque en la mesa en determinado momento.”

—¿De todos los jugadores que dirigiste a cuál traerías a River? —le preguntaron.

—Es muy difícil. Un jugador que me quedó pendiente dirigir fue Manu Lanzini, porque lo tuve en mi primera pretemporada y lo vendieron apenas empezó el campeonato. Después, no puedo elegir uno de los que se fueron, porque todos se han brindado de una manera espectacular.

- “La psicología es una rama importante en el deporte, más con el nivel de exposición que tienen los futbolistas que deben lidiar con un montón de situaciones, como la opinión pública, que se ha magnificado con las redes sociales. Se ha generado una catarata de opiniones por todos lados, y eso hace que se distorsione todo. Hay que fortalecerse para adentro, tratar de convivir con un espíritu noble y exigirnos al máximo, porque cuando vos te exigís al máximo, después podés soportar todo eso. Todos los días nos entrenamos de una manera en la que nos exigimos muchísimo, porque en algún momento puntual vamos a necesitarlo, y más allá de que esto es un juego, va muy relacionado con lo mental. Más en nuestro país, que es muy pasional y donde es muy difícil mantener el equilibrio. Hemos jugado bien o mal, pero siempre nos hemos sostenido con un fuerte estado mental que nos permitió salir de momentos difíciles.”

—¿Te imaginaste alguna vez que ibas a despertar este sentimiento tan grande en tanta gente, o tenías expectativas más bajas? —le preguntaron, y se despachó con un extenso monólogo que pone la piel de gallina.

—Te agradezco mucho tus palabras. A mí siempre me gustó competir. No me bancaba perder a nada, aun jugando amistosamente. Creo que me hacía

daño, porque cuando te pasan esas cosas, dejás de disfrutar. Esto se los digo a los más jóvenes: no dejen de disfrutar, más allá de la carga emocional y familiar que hay alrededor, porque cuando uno deja de disfrutar, se pierde algo mágico en esto de jugar a la pelota. Yo no digo que dejé de disfrutar, pero me hice muy competitivo, y ahí perdés un poco de vista poder disfrutar. No cambió nada cuando me puse a entrenar, creo que me hice mucho más, eh… me cuesta hablar de obsesión, porque peleo constantemente con esa palabra… Me apasiona lo que hago y me cuesta desprenderme, pero al mismo tiempo intento disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, las que hacen cualquiera de ustedes. Eso me baja del lugar de donde vengo y me saca un poquito de la tensión con la que vivo permanentemente. Ahora, volviendo a tu pregunta, pensaba en esto, posiblemente no en la magnitud que se podía generar. Sí te digo que estuve dos años preparándome. Me tocó dirigir en Nacional ahí nomás de retirarme, y como no había podido hacer el duelo de jugador, después de un año decidí parar, descansar y tomarme un tiempo para prepararme. Mi idea era parar un año, se hicieron dos, y después de tanto prepararme me dije: “Ahora quiero trabajar”. Estaba con todo ese caudal para volcar, y de golpe se dio lo que en ese momento no esperaba, realmente, que se cruzara River en mi camino. Y ahí dije: es el momento para volcar toda esa energía de los dos años de preparación. Después pasó todo lo que pasó. Y todo lo que pasó fue muy fuerte. Y todo lo que se generó fue muy fuerte. Haber caído en el pozo, creo que nos hizo más fuertes. Estoy convencido de que haber vivido ese momento de tanta frustración, de tanta desilusión y tristeza nos hizo ser más fuertes en todo. Tanto hinchas, dirigentes y todo lo que rodea a esta institución, fue como que dijéramos: “Ahora nos tenemos que levantar y ser más fuertes”. Justo caí yo ahí, con toda la energía de dos años de preparación, después de un título en el club, y con esa fuerza que traía, pudimos generar un contagio con los futbolistas. Luego se dio ese ida y vuelta con el público, que termina siendo muy fuerte, porque para mí es muy

lindo entrar cada día en el Monumental, o vivir lo que vivo en la calle.

(Uf, imponente descarga, y si encima uno la escucha con el énfasis y el convencimiento con que la pronunció Marcelo, más todavía.)

- “Cuando hoy me miro al espejo y me veo, parece que pasó una vida. Es tremendo lo que genera esto, son cuatro años y me parece que fueron doce, pero las ganas y las energías siguen estando, así que mientras esté eso, uno va para adelante.”
- “Siempre me genera entusiasmo poder emprender un nuevo desafío, es de lo que me alimento. Uno de mis grandes desafíos, más allá de un nuevo título, tiene que ver con los valores, y creo que está a la vista el sentido de pertenencia de nuestros jugadores para con el club y para con los hinchas. Es algo que no pasa en todos lados. Estamos en condiciones de potenciar a nuestras divisiones inferiores, a aquellos jugadores que tienen el mismo sueño que yo tenía cuando llegué a este club, y de seguir detectando talentos para que nos representen a dos, tres, cinco o diez años. No es algo fácil, y lo disfrutaré desde otro lugar más adelante. Después, no sé si ayer alguno vio que estaban en la cancha Driussi, Lanzini, Lamela, eso es algo muy lindo que ocurre en nuestro club, que pasen a saludar por el vestuario y digan: ‘¡Lo que extraño estar acá!’, entonces uno le responde: ‘¡No te hubieses ido, boludo!’ (risas). Que jugadores que se han sido tengan siempre ganas de volver es muy lindo.”
- “En cuanto a los gustos musicales, soy muy variado. Soy del palo del rock and roll, en mi infancia escuchaba mucho heavy metal, por los amigos con los que me juntaba. Después me fui volcando al rock nacional, me gusta la cumbia también. Me gusta bailar, cuando puedo.”

—¿Te gustaría enfrentar a Boca en octavos de esta Copa?

—Creo que a ellos no les gustaría enfrentarnos. Tengo una percepción, tal vez pueda tocarnos en octavos. Vieron que a esos partidos yo no les escapo, ¿no? Y bueno, si se da, para ganar la Copa hay que ganarles a todos en el momento que sea. Si viene, bienvenido sea.

—¿Cómo se dio vuelta la historia con Boca, ganarle en partidos importantes?

—Cuando llegué, tenía la clara intención de volver a los planos internacionales, que son los que terminan generando el reconocimiento y el prestigio de nuestra institución —piensa unos segundos—, y no sé si será también por un pasado… Cuando a mí me tocó conformar aquellos grandes equipos de los noventa, ganábamos muchos torneos locales y nos quedaba la espina internacional, por más que algo ganamos. Yo pensaba sobre esos tragos amargos: “En algún momento tiene que cambiar esto”. Teníamos que hacernos fuertes desde otras virtudes. Nosotros le pegábamos un baile tremendo a Boca y por alguna razón… Yo pensaba: esto tiene que cambiar. Y empezó a cambiar en la Sudamericana 2014 y siguió en 2015 y en 2018, y espero que siga, porque creo que se ha generado, por lo menos es lo que siento yo, y ustedes también imagino que lo sienten, que ellos estén preocupados cuando tienen que enfrentarnos. Guillermo decía: “Nadie nos ha superado en estos años”, y yo me reía. Nadie los superó, pero han perdido con nosotros. No quería reconocer, pero cuando perdés, tenés que reconocer que te superan. Cuando perdés, perdés. En algún momento tenía que cambiar eso, y estos partidos que fueron muy importantes nos han puesto en el plano internacional, no solo les hemos ganado a ellos, sino que hemos ganado la Copa en las dos oportunidades en que los eliminamos. Y eso es muy importante, porque si le ganás al otro, pero después no levantás el trofeo, te quedás a medias. Esas dos oportunidades fueron completas, y no se las van a olvidar más (risas).

(En realidad, al momento de la charla ya habían sido 3, contando la

Supercopa. Y todavía faltaba Madrid.)

A pesar de que el conductor venía pidiendo al público que cortaran las preguntas “porque Marcelo está de vacaciones”, la ronda se prolongó por pedido del propio Gallardo. “Seguimos, total, ¿qué hora es? ¿Son las 8 y 10? Pedí algo para comer y nos quedamos acá”, simplificó.

Le preguntaron cuál fue su primer gol en River y no se acordó. “Nunca le presté atención a mis estadísticas, sí me quedó la emoción, porque eso no se borra nunca. Lamento decepcionarte”, respondió. Faltaba el biógrafo. Su primer gol en Primera con la camiseta de River se lo hizo a Independiente, en cancha de Vélez, por la Copa Centenario, el 5 de agosto de 1993, en una victoria por 3-0. Por campeonato fue el 20 de noviembre de 1994, en el Monumental, con el 14 en la espalda, al Deportivo Mandiyú dirigido por Maradona (2-2), un remate seco, bajo, desde la puerta del área grande, contra un palo del arco de la Centenario. Un par de semanas más tarde la metería de penal en la Bombonera para sellar un 3-0 histórico, antesala del primer campeonato invicto ganado por River, con Gallego como DT.

- “Para los partidos importantes, los jugadores suelen motivarse por sí solos. Es más difícil prepararse mentalmente para jugar partidos de menor jerarquía. Hay que decir las palabras justas; a mí, como jugador, no me gustaba que me vinieran a romper las bolas con estupideces cuando había que jugar con Boca o en una final. Ya sabía lo que nos estábamos jugando, por eso hay que hablar lo justo y en los momentos oportunos.”
- “¿El título que más disfruté? La respuesta que se espera es que diga la Libertadores, porque es la más significativa, pero sentí más la Sudamericana, porque River venía de diecisiete años de no conseguir nada a nivel internacional. Y uno de los goles que más sentí fue el de Pisculichi a Boca, porque sufrí mucho esos meses por la enfermedad de

mi mamá, que se me fue a tres días del partido contra Boca. Fue muy fuerte lo que sentí en ese momento, un desahogo muy fuerte, pero al mismo tiempo era una sensación tan rara… porque mi vieja venía siempre a la cancha, siempre, ella estaba enferma y quería venir igual, y venía. Me acompañó hasta el partido con Estudiantes, justo antes de Boca, para mí esta Copa siempre va a estar en la memoria porque ella me acompañó a todos lados desde chiquito. Ese título lo viví con ella, para mí siempre va a ser recordado como el título más fuerte por ese motivo. Bueno, cerramos con esta. Gracias a todos, gracias por estar, muchísimas gracias.”

Bajó el telón el propio Gallardo, porque después de abrir su corazón hablando de un tema tan delicado y emocionalmente tan impactante, no tenía sentido explicar si es mejor defensa de 3 que de 4 o introducirse en cualquier otra disquisición futbolera.

— 7 —
2018
Segundo semestre

Es muy difícil que el segundo semestre de 2018 deje de ser en algún momento el más alucinante en la historia del club, no solo porque River ganó su cuarta Copa Libertadores venciendo a Boca en la final, y en un hecho sin precedentes de desventaja deportiva —un partido de visitante y otro en campo neutral—, sino porque antes eliminó al puntero de la Superliga (Racing), al campeón vigente de la Copa Sudamericana (Independiente) y al campeón vigente de la Copa Libertadores (Gremio). Además, si a esos cuatro rivales se les suma Flamengo (primera ronda), River debió superar a 5 equipos campeones de América y del mundo para levantar la Copa. Este semestre también dejó una marca en los 117 años de vida del club: el equipo alcanzó un récord de 32 partidos sin perder. Y todo esto lo consiguió siendo el único plantel de la Superliga sin contratar un solo refuerzo.

El 20 de junio, en pleno Mundial, River volvió a los entrenamientos en Ezeiza sin los 3 mundialistas y sin Marcelo Saracchi, vendido al Leipzig, de Alemania, por 13,5 millones de euros, tras 30 partidos y 1 gol en el club. Gallardo les comunicó a Carlos Auzqui (42 partidos, 18 de titular, 4 goles), Iván Rossi (17 partidos en dos años, 9 como titular, ni un minuto en 2018), Marcelo Larrondo (14 partidos en dos años, un minuto en 2018) y Ariel Rojas (31 partidos en un año y medio, con solo 2 presencias en 2018) que no serían tenidos en cuenta. También se fueron Augusto Batalla y Luis Olivera.

Se sumaron a la pretemporada los juveniles Benjamín Rollheiser, Santiago Sosa, Cristian Ferreira y el uruguayo Pablo García Lafluf.

—Arrancamos la aventura yanqui, estamos entusiasmados con la primera semana de trabajo, ojalá se mantenga —me escribió Buján, desde los Estados Unidos, el 26 de junio, ya vislumbrando un semestre positivo.

El 9 de julio, River ganó su primer amistoso: 1-0 al Saprissa, de Costa Rica, con gol de Nacho Fernández, tras una muy linda combinación. Lo curioso no fue que Nacho —quien ese día confirmó que desechaba una oferta del Santos Laguna para seguir en el club— jugara de enganche, sino el enfado de Gallardo, que fue tomado por la cámara de TyC Sports, debido a la cercanía de las tribunitas. El Muñeco no se dio cuenta de que su bajada de línea se oía nítidamente. Fue como abrir la ventana del vestuario y pispear qué les decía. Escuchar cómo actúa.

—Tenemos que provocar nosotros la jugada —les hablaba con tono enérgico—. Con o sin goles, es un entrenamiento, como un partido oficial de pretemporada. Por eso, reiteración de esfuerzo. ¿No doy más? ¿Estoy cansado? Salgo. Y mañana volvemos a trabajar. La puesta a punto es esta. Si van a trabajar sin esfuerzo, para pasarlo bien, no sirve, prefiero entrenar, porque después, cuando vayamos a jugar los partidos en serio, nos van a pasar por arriba. ¿Por qué? Porque no hacemos los esfuerzos. Vamos a hacerlos ahora.

El 11 de julio, Gallardo volvió a sonar fuerte para reemplazar a Sampaoli, al que iban a despedir en cualquier momento. “Estando en Moscú le escribí un WhatsApp a Tapia, en el que me ponía a disposición por si necesitaba algo, pero evidentemente no necesitaron nada —expresó D’Onofrio en Fox— Si lo quieren, que hablen con Gallardo, yo no soy el dueño. No tiene cláusula ni multa y, si él considera la posibilidad de partir, no puedo retenerlo. Marcelo está muy feliz en River. Lo conozco bien y el día que se vaya a otro lado será porque cree que ahí hay una estructura, un proyecto, un liderazgo,

transparencia, lo que tiene en River.” Más que un mensaje de acercamiento pareció una crítica a la AFA por no tener todo eso que enumeraba al final.

El 13 de julio, River le ganó 4-1 al Millonarios de Miguel Russo con goles de Casco, Pratto, Scocco de tiro libre y Borré. Mientras la gran mayoría de los hinchas prendía fuego las redes sociales pidiendo un reemplazante de Saracchi, el Muñeco decidió devolverle el puesto a Casco.

El 14 de julio, un día antes de la final del Mundial, le pregunté a Marcelo quién quería que ganara, considerando que, en 2003, él había tenido un cruce con Didier Deschamps, entonces DT del Mónaco, lo que derivó en su primer regreso a River.

—La verdad que cero rencor con Deschamps. Nunca me cerró como persona, pero ya pasaron muchos años, me da lo mismo quién gane. Ninguno de los dos me ha generado una gran simpatía futbolística, esperaba un poco más de la France, pero como es un Mundial tan raro y se jugó a muy poca cosa, tal vez pueda ver a un nuevo campeón del mundo. El corazón croata no sé si alcanzará, pero lo intentarán, tampoco tienen nada que perder, y eso tal vez los libere.

El martes 16 de julio, River venció 4-3 por penales al DIM tras empatar 0-0. En la definición erró Scocco, y los metieron Pratto, Maidana, Lollo y Nacho Fernández, al ángulo; Bologna atajó uno.

El 18 de julio, *Olé* comparaba en su tapa los refuerzos de los dos más grandes para tratar de ganar la Copa. Mientras River no sumaba ni uno, Boca terminaría contratando a 5: Andrada, Izquierdoz, Zárate, Olaza y Villa. No solo eso, por una declaración en Colombia, en la que expresaba su deseo de volver a jugar en Europa, Quintero (17 partidos y 1 gol en el primer semestre) debió salir a aclarar la situación: “Gallardo me mandó mensajes a Rusia, me dijo cosas que me sirvieron. Lo admiro. Es mi profesor, el que nos guía día a día. Quiero devolver esta alegría en el campo, darle muchos títulos a River y ser parte de la historia de esta gran institución”. Lo sería.

El que también valoró a Gallardo, en este caso por su franqueza, fue Ariel Rojas, presentado el 19 de julio en San Lorenzo: “Marcelo fue sincero y frontal conmigo. Tenía la intención de seguir en River, pero cuando me comunicó su decisión, no me quedó más que agradecerle por darme tiempo para buscar club”.

El 20 de julio, en la antesala del estreno oficial ante Central Note de Salta, el Muñeco volvió a hablar públicamente tras 57 días. Así se anunció en los medios. Su palabra era muy deseada, sobre todo por el tema Selección. “Los jugadores que vinieron del Mundial están bien, se tomaron unos días de descanso, no muchos como hubieran querido, para cambiar el chip y preparar un semestre muy cargado, porque los necesitaremos con mucha energía”, arrancó, con uno de sus vocablos de cabecera: “energía”, refiriéndose a Armani, Enzo y Juanfer. Haría falta mucha energía para llegar enteros a jugar un 9 de diciembre en la fría Madrid. Los tres resultarían decisivos.

Rápidamente empezaron a caer las preguntas sobre la Selección. “Para mí sería un orgullo dirigirla, pero de ahí a que me postule, no va conmigo. Agradezco que se me nombre, es un reconocimiento, pero de mi boca no va a salir nada porque mi cabeza está en River y no recibí ningún llamado”, aclaró, por si acaso. “El Mundial nos demostró que venimos haciendo las cosas mal hace tiempo. Yo renové mi vínculo con el club hace poco, y respetaré mi contrato hasta que las energías me digan basta”, aprovechó para pegarle un palito a la AFA. Cuando lo apuraron para saber si se sentaría a hablar con Tapia, contestó con absoluta naturalidad: “Por respeto me sentaría a charlar con cualquiera, pero no va a cambiar mi postura”. Y luego sonrió, respaldándose en su habitual sentido común: “Decían que no hablaba hace 57 días, pero ¡si en el medio estuvieron las vacaciones y había un Mundial!”. Al cerrar hablando con nombre propio, 99 de cada 100 hinchas de River habrán pensado que al Muñeco se le había aflojado un tornillo: “A Casco lo vi muy bien, está enfocado, los partidos que jugó lo hizo de manera muy buena,

esperemos poder sostenerlo”.

Ramón Apaza, de profesión cocinero y DT de Central Norte de Salta, resultó ser fana del Millo y del Muñeco. “Para nosotros, jugar contra River es una fiesta. Con Gallardo cambiaría hasta los zapatos, ja ja. Solamente quiero darle la mano, felicitarlo por sus logros y, como hincha de River, agradecerle todo lo que hizo por el club”, admitió Apaza antes del partido.

“El jugador se apoya mucho en Marcelo, y Marcelo le llega mucho al jugador. Se hace respetar, ha estado en vestuarios y sabe manejarlos, que hoy en día es lo más difícil. Eso hace la diferencia. Y en lo futbolístico ve muy bien los partidos”, reconocía Scocco, quien venía de ser relegado en el semestre anterior, justo antes de jugar frente al mismo rival que había posibilitado su llegada a River.

El domingo 22 de julio, River no tuvo piedad con Central Norte (Argentino B): le ganó 7-0 (5-0 el primer tiempo) con 2 goles de Scocco, 2 de Palacios, y uno de Pratto, MQ y Borré. Fue la primera vez que River metió más de 4 goles en Copa Argentina. Otra vez, como en 2017, Scocco fue la figura ante los salteños. River formó con Lux; Montiel, MQ, Pinola, Casco; Ponzio; Palacios, Nacho, Pity; Scocco y Pratto. Entraron en el segundo tiempo Mora, Borré y Ferreira, los tres en el mismo momento. Cuando el Pity parecía salir con mala cara, el Muñeco se acercó, le buscó la mirada y luego le hizo chocar las palmas, un gesto para desactivar cualquier atisbo de conflicto. El Muñeco se mostró muy cálido con sus rivales, como siempre en estas citas con equipos de un par categorías más abajo, fue a darle un abrazo al DT rival y saludó uno por uno a todos los integrantes del banco. Tras el 7-0 se fue abrazado con Apaza, hablando del partido, terrenal, sin creerse un divo. Ese tipo de actitudes lo han hecho una persona querida en el ambiente.

La polémica instalada ese domingo y en días posteriores se centró en si a River le habían faltado códigos por no haber aflojado la máquina. “Yo hubiera jugado hasta que no pudiera más, como hicieron ellos. Respetarnos es

no sobrar el partido, y eso hicieron”, declaró Franco Turús, de Central Norte, en el vestuario.

“D’Onofrio quiere a Gallardo en la Selección porque no le puede pagar su contrato”, se despachó el 25 de julio Juan Carlos Crespi, sin cargo oficial como dirigente de Boca, pero siempre acompañando al plantel, con una de sus habituales provocaciones. No por darle validez a semejante dislate, pero le mandé un mensaje a Buján para tantear el ambiente.

—Ja ja, lo único que te puedo decir, Diego, es que estamos al día por acá! —se lo tomó con humor.

El 27 de julio se cumplieron cuatro años del debut oficial de Gallardo como DT de River, ante Ferro por Copa Argentina (205 partidos, 8 títulos, 1 por semestre en promedio), y al día siguiente su equipo derrotó 3-1 a Villa Dálmine, en Formosa, para alcanzar 14 triunfos consecutivos en esa competencia, récord en el profesionalismo —Racing había ganado 17 seguidos en la era amateur—. Con un solo cambio (Armani por Lux), River no jugó bien, el 1 salvó el arco en un par de ocasiones y se impuso por un penal del Pity a los 15’ y dos goles al comienzo del segundo tiempo de Nacho y de Pratto —la figura—, quien quiso tirar un centro y la clavó en el ángulo. El Oso no tuvo problemas en admitirlo apenas concluyó el partido. Felipe De la Riva, el DT rival, el mismo que había ascendido en 2009 al Nacional B al Deportivo Merlo —los pagos del Muñeco— y le había dado un gran dolor de cabeza a River en 2011 (0-0 en cancha de Independiente), avisó detrás de quién se encolumnaría en la Copa: “Gallardo me dijo: ‘Te estuve buscando mucho tiempo para agradecerte por el ascenso de Merlo y recién te encuentro’. Los jugadores de River son buenas personas y humildes, se merecen que les vaya bien. Ahora en la Libertadores seré un hincha más de ellos”. No es común que se dé este tipo de declaraciones después de una derrota. Y más si es injusta. “Llegamos bien a jugar contra Racing. Este ya fue un partido más real de lo que vamos a enfrentar, se jugó con mucha

intensidad y fricción y se vienen partidos de mucha fricción e intensidad”, predijo, y los 8 partidos de la Copa serían así, cortados por esa tijera.

El viernes 3 de agosto estuve en el microestadio de River, en la gira de la antorcha de los Juegos Olímpicos de la Juventud a desarrollarse en octubre en Buenos Aires. Fueron convocados ex atletas olímpicos de diversas especialidades, entre ellos Gallardo, que había ganado la medalla plateada en Atlanta 1996. También estuvieron diferentes personalidades políticas. Frente a tribunas repletas y un público que no era esencialmente futbolero, el cantito que más resonó fue el “Muñeeeeeco, Muñeeeeeco”, apenas se divisó su silueta. También fue el único que logró silenciar por unos minutos el murmullo permanente —había muchos chicos— cuando dio un breve y sentido discurso, antes de recibir la antorcha y encender el pebetero. No tenía obligación de ir al acto, pero no solo fue, sino que pensó y luego dejó un mensaje lleno de contenido.

“Es un verdadero placer estar acá. A veces uno, en el fútbol profesional, pierde de vista el espíritu por el cual empezamos a hacer deporte, y nos quieren hacer creer que lo único que vale es ganar, y ganar como sea, y a veces eso nos confunde. A nosotros nos tocó quedarnos con la medalla de plata en Atlanta 96, y en ese momento fue una tristeza muy grande por no haber ganado la dorada. En nuestro país no fue tan reconocida esta medalla, y hoy, con los años y viendo el esfuerzo de cada uno de ustedes por participar, me llevó a reflexionar, mientras venía para acá. Venía con mucha emoción, porque sabía que me iba a encontrar con esto, y hoy valoro enormemente aquella medalla de plata, una medalla que hoy tengo en mi corazón. Bueno, ya me explayé demasiado, no quería hacerlo. Ojalá sean unos buenos Juegos. Felicidades para todos” —cerró a lo Carlos Bianchi, ante la ovación general, intentando salir rápido de ese rol de maestro de ceremonias.

El 6 de agosto, River presentó su lista de buena fe para la Libertadores, con 11 de los 30 jugadores nacidos en el club. Cuatro juveniles reemplazaron a los salientes. Julián Álvarez (18), cordobés de Calchín, El Araña, sparring en el Mundial de Rusia, se quedó con la 9 y sería el de ascenso más vertiginoso. Los otros 10 de la casa eran David Martínez (central zurdo de 20 años), Nahuel Gallardo, Kevin Sibille, Cristian Ferreira, Benjamín Rollheiser, Santiago Sosa, Lux, Montiel, MQ y Palacios.

De cara al compromiso copero en Avellaneda, que se disputaría temprano (18:30), y dado que la Subcomisión del Hincha había organizado un banderazo para despedir al equipo, el Muñeco les pidió que no tiraran petardos porque los chicos del Instituto todavía estaban en clase. Cuesta creer que esté pendiente de estos detalles. Pero está.

“No salimos al mercado porque lo que había en el fútbol argentino, según mi opinión, no superaba lo que teníamos. Casco había perdido el lugar con Saracchi, y ahora lo recuperará. Tengo también a Mayada como alternativa, y está Nahuel para llevarlo de a poco. Si me dejara influir por las redes sociales, me tendría que dedicar a otra cosa, porque no sabés quién está detrás, por ahí opina un hincha de Boca. No es mi trabajo complacer a todos los hinchas. Mi trabajo es tratar de hacer el mejor equipo posible para que el hincha se sienta representado. Y nos ha ido bastante bien con eso. Me equivoco, y seguiré cometiendo errores, pero siempre con convicciones”, comenzó en la conferencia previa a Racing, en relación con las críticas a Casco. “Si tengo algo en casa, prefiero ver si podemos potenciar a ese juvenil, porque si traés a alguien, no sabés si se va a adaptar rápido o no. Durante todos estos años, yo también aprendí”, continuó, haciendo autocrítica por algunos refuerzos que no le rindieron.

“Considero que este es el mejor momento de mis cuatro años de gestión, por haber consolidado una estructura. Hacerlo en nuestro fútbol no es cosa de todos los días. Después, ustedes evaluarán de acuerdo con el resultado

deportivo. Eso es mucho más fácil, con el diario del lunes”, evaluó su presente y criticó a la patria resultadista.

El jueves 9 de agosto, River rescató un 0-0 de Avellaneda jugando un tiempo entero con uno menos, y luego Boca superó 2-0 con facilidad a Libertad en la Bombonera. Gallardo se la jugó con Palacios de titular en lugar de Enzo, y el tucumano respondería convirtiéndose en uno de los mejores del semestre. River arrancó con todo, abriendo bien la cancha, con el Pity como centrodelantero retrasado, y tuvo un par de ocasiones para adelantarse en el marcador, en especial un remate fallido de Scocco y un derechazo de Pinola que se fue al lado del palo. En el minuto adicionado de la primera parte, Ponzio fue al piso a marcar, y el juez brasileño Anderson Daronco le sacó la segunda amarilla. Entró Zuculini por Scocco, River aguantó plantado en su campo sin mayores sobresaltos, aunque Armani tuvo sus dos atajadas decisivas de cada partido, sobre todo una palomita a Cristaldo en el tercer minuto de descuento. En el primer tiempo le había sacado un derechazo a Bou. El 1 no pareció afectado por la dedicatoria de la gente de Racing, que le cantó: “Borombombón, te quedó grande la Selección”, antes de empezar el partido, como si hubiera atajado para otro país.

“Si acá hacemos lo que hizo River, nos matan a todos”, descargó su impotencia Coudet, por el segundo tiempo de su rival. “Sacamos esa templanza y personalidad para defender en una cancha difícil. Nos plantamos bien y chau, cerramos el arco, defendimos como leones”, admitió Gallardo. “Estamos mejor perfilados para la revancha, porque ahora jugaremos con 60 mil hinchas en nuestra casa”, vaticinó. La cuestión es que no podría sentarse en el banco, ni entrar al vestuario ni ir a la conferencia por el ingreso tardío de Pratto en el complemento. Primer episodio de una saga de desencuentros del Muñeco con la Conmebol.

El tema en los entretiempos es el siguiente. Buján es el que suele controlar el tiempo: pulsa el cronómetro apenas el árbitro pita el final de la primera

parte, luego los jugadores descansan 5 o 6 minutos, mientras Biscay, Buján y Gallardo charlan lo que vieron en alguna salita contigua para liberar un rato a los futbolistas. Por último, el Muñeco les habla a los jugadores y Buján le avisa al DT a los 13 minutos o 13 y medio, de acuerdo con la distancia que haya del vestuario al túnel en ese estadio —hay que analizar todo—, para no salir tarde. Aquella noche, Pratto pidió unas vendas nuevas, y como en el Cilindro el vestuario está lejísimos del túnel, entraron un minuto tarde, y Gallardo pagó el pato en la revancha. En la Conmebol, si un equipo entra tarde al segundo tiempo, el DT puede dirigirlo en esa segunda parte, luego se eleva un informe disciplinario y queda suspendido para el siguiente partido. En el fútbol local, directamente no puede sentarse en el banco en el segundo tiempo.

—Una pena, Diego, 11 contra 11 se lo ganábamos —me contestó Marcelo después del partido.

—Serie abierta. Nosotros en igualdad numérica llevamos más peligro que ellos con superioridad. Batalla de Copa que nos gusta jugar —siguió Buján.

El domingo 12 de agosto, River arrancó la Superliga con un 0-0 ante Huracán, en el Ducó, en un desarrollo de partido tan horrendo como el estado del campo de juego. Gallardo puso a Zuculini por Ponzio, para darle rodaje de cara a la revancha con Racing, y volvió Maidana por MQ. El Pity erró su primer penal en River tras 6 convertidos, pateándolo por arriba del travesaño —ya compensaría—, y Armani sumó su 15ª valla invicta en 24 presentaciones. “Fue un partido horrible”, analizó sin vueltas el Muñeco, quien había sido saludado muy efusivamente por Gustavo Alfaro al ingresar. “Jugamos 10 o 12 minutos, llegamos al penal, y después se hizo todo feo. Huracán nos hizo jugar mal, y es mérito de Huracán. A los jugadores les dije que no podían resignarse a no jugar, pero cuando te invitan a combatir, tenés que combatir. Tenemos jugadores y equipo para jugar mejor. Nuestra obligación es esa: ser mejores”, cerró.

El miércoles 15 de agosto, Barcelona le ganó 3-0 a Boca por la Copa Joan Gamper, y se viralizó un video del lunes anterior en que se lo veía a Angelici, en una reunión de peñas de Boca en el exterior, cantando como un hincha más: “Quiero la Libertadores, y una gallina matar”. La pregunta a Gallardo no podía faltar, antes del match con Belgrano. “No tengo nada para decir, creo que la imagen habla por sí sola. No solo es el presidente de Boca, es el vicepresidente de la AFA también y nos representa en el fútbol argentino”, contestó. “Le puede pasar a cualquiera, porque todos somos hinchas y en algún momento se nos sale la cadena, eh, pero algunos deben medirse y estar más lúcidos, más fríos, porque, si no, puede ser un quilombo total”, completó sin eufemismos.

A Angelici no le gustaron esas palabras, porque un rato después, a pesar de admitir su error en el cantito, minimizó al DT por su rango jerárquico: “De lo que puedan opinar los empleados de otros clubes no me corresponde decir nada”. Es decir, yo soy jefe, vos empleado, estamos en categorías diferentes. D’Onofrio, que sí estaba a la par, salió a contestar con altura: “Me pasó como empresario y ahora también como presidente. Es al revés. Tenemos que estar al lado hasta del portero, que es el que se encarga de que podamos entrar los días. Ese es tan o más importante que el presidente”.

En cuanto a lo futbolístico, el Muñeco se refirió a Pratto, valorado por su sacrificio, pero alejado del gol —5 gritos en 20 partidos en su primer semestre—: “Hace muchísimo esfuerzo para el equipo y está bien, es reconocido por eso. Pero también debe hacerse los espacios y generarse las situaciones de gol como todo delantero, necesitamos que tenga frescura ahí dentro”, fue claro el DT, y en muy poco tiempo, el Oso se destaparía con un gol decisivo. Y hacia fin de año ni hablar.

En la previa al debut como local en la Superliga ante Belgrano, la enfermería estaba a full: Scocco se había lesionado en el aductor al final de la práctica, y en los dos días anteriores habían caído Mayada y Montiel. El

sábado 18 de agosto, bajo un diluvio, River empató 0-0 ante el Pirata. El DT probó con la fórmula de los cinco volantes: Armani; Moreira —no jugaba desde el 15 de octubre—, Maidana, Pinola, Casco; Nacho, Ponzio, Palacios; Quintero, Pity; Pratto. Entraron Borré, Enzo y De la Cruz —no jugaba desde el 18 de marzo—. River exhibió buen funcionamiento, generó muchas llegadas y transformó a Rigamonti en figura, pero seguía faltando el gol: con este 0-0 alcanzaba 300 minutos sin convertir. El Muñeco sufrió el frío, pidió guantes, se tomó un café y para el complemento se cambió el camperón. Peor lo pasó su hijo Matías, que no podía resguardarse ni un minuto porque alcanzaba pelotas. A la mañana, Gallardo se había hecho una escapada hasta Ezeiza para ver la Reserva donde jugó Nahuel. La cara positiva del 0-0 fue que Armani batió el récord histórico del gran Amadeo en el club: 769 minutos sin que le anotaran. Con el 0-0 ante Belgrano, el Chili llegó a 800’, aunque estuvo muy cerca de no conseguirlo, cuando a los 3’ del segundo tiempo le tapó un mano a mano a Matías Suárez. Ya se lo podría agradecer en persona.

“A mí me deja tranquilo que el juego fluyó. Y lo hicimos en un campo minado de camisetas celestes. Con técnica y creatividad llegamos, y el arquero fue la gran figura. Tuvimos juego por afuera y por adentro. Nos faltó eficacia, pero el gol va a llegar”, intentó llevar calma. Al terminar el partido, no podía faltar el comentario por WhatsApp, a esta altura ya un clásico.

—Noche de agua fría, con buen juego y poca eficacia. Está al llegar, Dieguito, y al Chino lo tengo en la ducha todavía, jajá —se refirió al hijo del medio, por quien le había preguntado.

El miércoles 22 de agosto, en una práctica abierta, llamó la atención la imagen del DT invitando a hacer jueguito con la pelota a un juvenil. Como si lo desafiara: pim, pum, te la paso de aire, te la devuelvo, con la pierna, con la

cabeza, con el pecho. Se trataba de Julián Álvarez, quien unos meses después terminaría entrando para patear el quinto penal por la Copa Argentina ante Gimnasia y unos minutos en Madrid. Gallardo siempre te está semblanteando. Esa tarde le pregunté a Buján si ese chico tenía chances de sumarse entre los concentrados frente a Argentinos y cuál era su estilo.

—Estábamos haciendo un ejercicio en el que salió Enzo lesionado y le pedimos a Luigi (Villalba) que trajera uno, en lo posible que haya trabajado con nosotros, para que no quedaran impares los equipos. Vino este chico y justo lo que se ve en el video es la pausa, entre un bloque y otro. El pibe es interesante, delantero media punta, le gusta tirarse atrás, y ahí se mete, algo que hacía bastante el Gordo Driussi.

“Lo que hizo Gallardo en River es brillante, tiene todas las condiciones para dirigir en Europa”, opinó Manuel Pellegrini, quien fue el DT que recibió al Muñeco en River en 2003 y que de dirigir en Europa algo conoce, ya que lleva 14 temporadas allí —con un recreo de dos años en China—. El sábado 25 de agosto, River encadenó su cuarto 0-0 consecutivo, esta vez de local con Argentinos, haciendo nuevamente figura al arquero rival (Lucas Chaves) mientras Armani llegaba a 890 minutos sin recibir goles por campeonato, pasando a Navarro Montoya (825’) y a Jorge Traverso (842’), para atrapar la segunda marca en la historia del fútbol argentino, solo por detrás de Carlos Barisio (1.075’). Repitió el esquema de 5 volantes y a la lista de averiados se le sumó el Pity. En el segundo tiempo ingresó Enzo por Ponzio, para tenerlo como alternativa de 5 ante Racing.

En la conferencia, para evitar repetir las mismas explicaciones, el Muñeco apeló a una metáfora culinaria: “Hay un sabor agridulce en el aire: hacés los méritos y no podés ganar. Pienso que hoy nos vamos a tener que comer una buena torta de dulce de leche para ver si nos endulzamos”. Y puso la mira en el compromiso del miércoles: “Los jugadores están muy bien y convencidos, y yo le doy mucha importancia a eso. No hay que perder la calma, el gol va a

llegar. Esperemos que todas las que no están entrando ahora las podamos meter después”. El cierre tuvo la impronta del DT: “Cuando todo parece que viene mal y cuesta el doble, es cuando a mí más me gusta estar en este lugar. Porque estos momentos nos hacen estar alerta, con bronca, con ganas de que se corte lo que está pasando. A mí me gusta esto, y a mis jugadores también”.

Eran días agitados porque se conoció la incorrecta inclusión de Zuculini en 7 partidos de la Copa, por una sanción que debía de la Sudamericana 2013. Aunque el presidente de Racing pidió que le dieran por ganado 3-0 el choque de ida —como a Independiente ante el Santos— y luego que eliminaran a River de la competición, el DT mantenía la serenidad. Al menos eso me transmitió cuando le mandé el saludo previo a la revancha y le pregunté cómo estaba todo.

—Vamos con todo, Dieguito! —fue su respuesta unos minutos después, en la noche del martes.

—Hola, Diego, ya en camino al Monumental. Que hablen todos, dejalos. Nosotros, como dicen los mexicanos, calladito es más bonito —se lo notó confiado a Buján, viniendo desde Cardales.

El miércoles 29 de agosto, como se había ilusionado Gallardo, entraron todas las que no venían entrando. River aplastó 3-0 a Racing de un modo inapelable jugando un partidazo. Sin el capitán Ponzio, sin Pity ni siquiera en el banco, sin Zuculini cumpliendo la suspensión, alistó a Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Enzo; Nacho, Quintero, Palacios; Pratto y Borré. A los 5 minutos, Borré fue a marcar a Orban y le metió un topetazo, que sería un indicio del vigor y la actitud con que salió a jugar River. A los 10’ abrió la cuenta Pratto, un gol bien de 9 de área, pegándole de primera, como haría también en Madrid, tras una doble jugada a pura velocidad y precisión por ambas bandas. Primero se lo tapó Arias a Casco, y en la continuidad de esa misma acción, sin que Racing lograra tenerla unos segundos, la tocaron Nacho, Montiel y Borré por derecha, el lateral dio el pase hacia atrás —

fórmula vieja pero siempre letal—, y el Oso rompió el arco. A los 27’ aumentó Palacios, después de recuperar el balón en un tiro libre para Racing cerca del córner y de correr 80 metros. Cerró Borré a los 35’ del segundo tiempo empalmando un tiro de esquina de Nacho. Todo el equipo mostró un nivel altísimo, con Palacios y Borré para 10 puntos. El colombiano ya no era el mismo que un año atrás. La fiereza se le notaba en cómo iba a marcar a cada rival, cómo picaba en todas y cómo festejaba los goles. Ya no saldría del equipo titular. En el segundo tiempo entraron Scocco, Mora y debutó el juvenil Santiago Sosa a los 27’ ingresando por Quintero. El DT se da esos lujitos, hacer debutar a un pibe en octavos de final de la Libertadores. En el final expulsaron a Centurión y a Enzo Pérez por agarrarse como en el potrero. “Pisala ahora”, le hizo el gesto Enzo a Ricky, y ya no hubo modo de frenar el tole tole. Gallardo lo vio desde un palco de la platea San Martín mientras su amigo Matías mantenía el invicto de 5 partidos con otro 3-0 de local —como en la final ante Tigres—. A River se le abrió el arco en el momento indicado. Fue la primera victoria sobre Racing por Copa Libertadores en el 7º partido.

“Estos jugadores están acostumbrados a disputar estos partidos. Se preparan mentalmente como nadie, y eso quedó reflejado. Les gusta competir, les gustan las paradas difíciles… Y ahí es cuando sacan lo mejor de ellos. A nosotros también nos gustan estos partidos de 180 minutos. Porque se prestan a realizar variantes estratégicas, y Marcelo las maneja muy bien”, opinó Biscay en conferencia. Un ratito después felicité a Marcelo por el partido y le recalqué que tenía razón con aquello de que solo faltaba un poco de eficacia arriba.

—Gracias, Diego, otro pagaré levantado, de esos gorditos que te gustan a vos. Estamos muy contentos. La cosa venía bien, había que meterla para empezar a espantar fantasmas, viste, y hoy fue un buen día, loco. Abrazo!

Buján me contestó al día siguiente.

—Diego, vengo atrasado con los mensajes, y eso que no dormí en toda la

noche, pero no te iba a contestar a las cuatro y media, así que aprovecho ahora que voy para Ezeiza. Otra noche de Copa, otro pagaré, espero que el día que nos vayamos quede todo a cero, asegurate eso, que no haya nada más por levantar, así dejamos el corazón del hincha saneado —respondió con su habitual chispa el Pollo, y descubrí que no solo a los futbolistas les cuesta dormir las noches posteriores a los partidos por la coctelera de adrenalina que los sacude.

El día siguiente, Gallardo sí pudo expresar lo que sentía y pensaba. “El hincha sabe que cuando el equipo tiene que aparecer, aparece. Me sentí muy orgulloso por lo que hizo ayer”, agradeció en conferencia.

El sábado 1º de septiembre, a pesar del impulso por el partidazo ante Racing, River no pudo salir de la racha de empates frente a San Lorenzo en el Bajo Flores. Fue el cuarto consecutivo en Superliga, aunque esta vez por 1-1. Quintero abrió la cuenta con un golazo similar a los que metía Messi cuando jugaba de extremo derecho, yendo paralelo al área, de derecha a izquierda, hasta gatillar el zurdazo abajo. Faltando 15’, a la salida de un córner, empató Nico Blandi, quien ya les había convertido antes a Barovero y a Batalla, y ahora hacía caer el invicto de Armani para fijarlo en 965’, a 110’ del récord absoluto de Barisio. River se quedó demasiado en el segundo tiempo, quizá por el cansancio, y el empate fue justo.

“La adaptación me llevó un tiempo. El fútbol argentino es muy físico e intenso. Venía de Europa, donde el ritmo no es tan alto como la eficacia de los pases. Y salí de Colombia, un fútbol bueno, pero con otra velocidad. Marcelo me mejoró mucho la mentalidad, me hizo entender que tengo potencial, pero no debo conformarme con eso. Me volvió a hacer un ganador”, admitió Borré en el sitio Goal, revelando los motivos de su transformación: la intervención decisiva del DT, tal como me lo había anticipado Gallardo hacía un año.

Ya cerca del superclásico, Pratto pisó el palito en una nota con Fox.

Afirmó lo que pensaba en realidad, y lo que terminaría comprobándose en los hechos, pero generó una interferencia que Gallardo ha intentado evitar durante su mandato. “En carácter somos más que Boca”, sacó pecho el Oso. El 8 de septiembre, después de eliminar por 2-0 a San Martín de Tucumán por la Copa Argentina, el primero que le respondió fue Tevez. “Son opiniones. Él tiene la necesidad de decir eso y demostrarle a la gente de River que es hincha. Tenemos más copas que ellos, en quince días nos vemos”, lo toreó el ídolo de Boca, llevando una definición del presente a un registro histórico. “Pratto es un buen chico, no es de provocar, pero fue innecesario, no es nuestro estilo. Hay que demostrar en la cancha”, lo retó en público, porque ya lo había hecho antes en privado, el Muñeco, el 9 de septiembre tras perder 3-1 ante Talleres en un amistoso que se jugó en Córdoba. Esa tarde puso suplentes, una defensa de 5, y River lo pasó mal, entre otras cosas por una expulsión de Lollo a los 33’ del primer tiempo. Gallardo aprovechó para hacer debutar a los cordobeses Julián Álvarez y Lucas Beltrán. El Araña entró por Mora en el arranque del segundo tiempo y metió un lindo gol a los 33’ con un remate desde fuera del área. A Lux le dejaron los palos llenos de moretones.

El miércoles 12 de septiembre, sin sus 4 seleccionados (Armani, Palacios, Pity y Juanfer) y también sin lucirse demasiado, River superó 2-0 a Platense por la tercera ronda de la Copa Argentina en Lanús, territorio hostil, donde dos días antes Independiente había sido eliminado por Brown de Adrogué. Los goles los metieron Pratto y Scocco, ambos de penal. El sábado 15 de septiembre, estrenando camiseta violeta, River ganó su primer partido en la Superliga: 4-1 a San Martín de San Juan, en el Monumental, con dos goles de Mora —algo que no le sucedía desde 2016—, uno del Pity de penal y el otro de Mayada, quien celebró haciendo una T —homenaje a Tatiana, su hermana fallecida— y mirando al cielo. Nacho Fernández recibió una plaqueta por sus 100 partidos en el club. “Nos gusta enfrentarnos a equipos que atacan como

Independiente. Va a ser una serie muy dura y pareja”, apuntó Gallardo al duelo copero. “Gallardo no es jodido de carácter. Es un tipo que escucha cuando los jugadores necesitan un consejo o tienen una inquietud. Hablo mucho con él, siempre le marqué cosas para sumar, porque él me abrió la puerta al diálogo. Nos tiene con la guardia alta, no podemos regalar nada”, ofreció su mirada el capitán Ponzio sobre el DT.

El miércoles 19 de septiembre arrancaron los cuartos de final para los equipos argentinos. Temprano, en Avellaneda, empataron 0-0 Independiente y River, en un partidazo digno de la década del 70, con los arqueros como figuras sobresalientes. Luego, Boca le ganó 2-0 de local a Cruzeiro y puso un pie en las semifinales.

Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Quintero, Palacios, Ponzio, Pity; Pratto y Borré fue el once inicial, por una baja de último momento de Nacho Fernández. En el segundo tiempo entraron Mayada, Mora y Scocco. El partido tuvo un ritmo de locos: River dominó el primer tiempo, con Casco y el Pity haciendo un surco por la izquierda. A los 5’, River ya había llegado tres veces con peligro. Independiente dispuso de las situaciones más claras en el segundo tiempo, con dos tiros en los palos y “la” atajada de la Copa realizada por Armani, quien voló hacia atrás y con un manotazo salvó el gol casi hecho de Gigliotti, que no pudo deshacerse del “estigma River”. En los últimos 5 minutos otra vez lo tuvo la visita con tres claras, en especial la última, a los 48’: un cabezazo de Borré, dentro del área chica, que se fue rozando el palo. Juanfer volvió a tener un flojo rendimiento como titular. “Fue un gran partido de fútbol. Con mucha dinámica, mucho juego y mucho ataque. Me voy satisfecho con lo que se hizo ante un gran rival, con su público. Ahora depende de nosotros”, declaró el Muñeco, como lo había hecho tras el 0-0 con Racing. Sabe que el público en el Monumental se hace

sentir.

Le pregunté a Buján cómo habían recibido el 0-0, porque no convertir de visitante te pone a caminar por la cornisa en tu casa.

—Bien Diego, tranquilos. Por lo que pasó y por lo que viene. Tenemos equipo, y eso nos deja tranquilos. Después, podés ganar y perder, pero hay un montón de cosas que nos marcan que hay equipo, así que tranquilos mirando lo que viene.

El viernes 21 de septiembre, quizá por esa tranquilidad que le brindaba el equipo, o tal vez por los espíritus primaverales, a Gallardo se lo vio distendido y haciendo chistes en la conferencia de prensa previa al partido con Boca por la Superliga. Le dio un tironcito de orejas a Gustavo Yarroch, periodista de La Red, porque le preguntó cómo veía la chance de dos cruces extras con Boca en Copa Argentina y Libertadores y luego se movió mientras él respondía. “Eh, Yarroch, no te terminé de contestar; si te vas, no puedo mirarte a los ojos”, le dijo con una sonrisa. Me pasó más de una vez en las charlas para ambos libros.

“Hay confianza, buena energía en el grupo, tratamos de disfrutar el día a día. Desde mi lugar, lo que trato de transmitir es tranquilidad. Y aunque este partido no define nada, enfrentar al clásico rival es motivo de orgullo, siempre es una atracción tratar de ganar en la Bombonera”, largó de entrada. Le deseó una pronta recuperación a Esteban Andrada, quien había sufrido la fractura del maxilar ante Cruzeiro, y recordó qué sentía cuando jugaba en territorios desfavorables: “A mí me gustaba salir a jugar en canchas donde tenía todo en contra, ante mucha adversidad, y trato de que mi equipo también desee eso. Debe representar un privilegio para ellos disputar estos partidos. Hay que acompañarlos para que jueguen con naturalidad”.

El sábado 22 de septiembre, el mundo River se vistió de luto por el fallecimiento del vicepresidente Guillermo Cascio, secretario en la primera presidencia de D’Onofrio. Un hombre de perfil superbajo, decisivo en el

armado de Rivercamp y muy amigo del presidente, que por esas cuestiones del destino estaba en Zürich, en una reunión de la FIFA. Cascio venía peleando contra un cáncer desde algunos años atrás.

Le escribí a Marcelo el domingo 23 de septiembre a las 10:30 de la mañana.

—Hola, Marcelo, ¿todo bien? Me imagino que te habrá pegado la muerte de Cascio; si no recuerdo mal, interactuaste mucho con él para armar Rivercamp. Suerte mañana, estaré comentando el partido para la radio. Te vi muy tranquilo el viernes en la conferencia, así que supongo que estarás confiado en el equipo. Abrazo!

—Dieguito, buen día! Sí, la verdad que es una pena lo de Guillermo, la peleó el loco, pero es una enfermedad de mierda esa, de las que te liquidan, viste. Un gran tipo, un hombre muy noble. Por el resto, todo bien. Gracias por el saludo, ya nos vamos a ver, eh, te tengo ahí en las gateras —sube el tono, se ríe—, pero ya te voy a ver, vamos a hacer una buena comida tranquilos. Beso a la familia.

—Tranquilo, cuando tenga que apretarte porque me corre el tiempo, lo voy a hacer, no te preocupes.

Por la tarde, River otra vez hizo pata ancha en la Bombonera con Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Ponzio, Enzo; Pratto —como volante-extremo derecho—, Palacios, Pity; Borré. Entraron Juanfer por el Pity a los 22’, por lesión del mendocino, Zuculini por Enzo a los 16’ del segundo tiempo y Scocco por Pratto a los 18’. La cadena de coincidencias con el último duelo entre ambos (Supercopa) y con la última visita a la Bombonera da escalofríos. Como si alguien desde arriba manejara el joystick. River ganó 2-0, como el 14 de marzo por la Supercopa, con los mismos autores de los goles y en el mismo orden —primero el Pity, luego Scocco, apenas después de haber ingresado, además— y casi en los mismos minutos: a los 15’ y 69’ —a los 18’ y 70’ los había metido en Mendoza—. Luego, el gol del Pity fue

un calco del que le había metido allí mismo, en el 3-1 de 2017. En ambos casos sirvió para abrir el marcador, los metió a los 15’ clavados de partido, pegándole de zurda y de volea, en el mismo arco del Riachuelo y frente al mismo arquero. Cosa e’ mandinga. La diferencia fue que, en esta ocasión, al Pity no le llegó la bola por un centro de Driussi, sino gracias a la punta del botín de Palacios, que bloqueó el rechazo de Mas. Y la incrustó cruzada, a diferencia de 2017, que la puso en el primer palo.

A Armani lo recibieron con el hit del momento cuando hizo la entrada en calor y cuando fue a ocupar el arco de la Doce en el primer tiempo. Terminaría siendo una de las figuras, con dos tapadas a Benedetto y descolgando del ángulo un cabezazo de Mas. Pity la rompió en los 22 minutos que estuvo, después del 1-0 hizo pasar de largo a Jara con un caño limpito en la mitad de la cancha, lo bajaron y quedó lesionado por esa acción. Desgarro del bíceps femoral izquierdo. Antes le habían tirado una varilla de metal, como las del córner, justamente cuando estaba por patear uno. De casualidad no lo impactó. No le importó, no hizo teatro, se apuró a reanudar el juego y a otra cosa.

River sufrió en el inicio del segundo tiempo; Boca pidió 3 penales (2 de Ponzio y 1 de Casco), y Benedetto le pegó de tijera por arriba, solo desde el punto del penal. Lo definió Scocco con un zapatazo, después de una muy buena combinación de pases. Fue como si le gritara “correte” a Borré para sacar un misil que le rompió el arco a Rossi. Con la victoria, River estiró a 29 su invicto, y Gallardo por primera vez pasó al frente en el duelo con Guillermo: 3-2, con 2 empates.

“Les transmití a los jugadores que estaba tranquilo y confiado, por la templanza que venimos teniendo. Que no había que sufrir ni estar nerviosos. Y estoy contento por eso: porque no sufrimos. Esto nos permite seguir creciendo. Se nos van a venir partidos importantes”, sintetizó y luego le dedicó la victoria a Guillermo Cascio.

El viernes 28 de septiembre, como todos los años desde 2003, se celebró el día internacional del hincha de River. Se eligió esa fecha porque es el natalicio del máximo símbolo del club: Ángel Amadeo Labruna. Este año, además, no se trataba de un número cualquiera: Angelito hubiera estado soplando 100 velitas, por lo que se armó una muestra especial en el Museo dedicada a él. La mención no es casual: ya lo contaremos en el próximo capítulo.

Cuando ese mismo viernes 28 de septiembre, desde el pupitre de prensa del estadio de Lanús donde me encontraba, vi ingresar al campo de juego a Gallardo con camisa blanca y corbata roja, no tuve ninguna duda de por qué había elegido esa combinación que no utiliza casi nunca. Con Angelito a favor, River aplastó a su Bestia Negra con un fenomenal 5-1 que incluyó varios estrenos. Presentó un equipo suplente: Armani; Moreira, Lollo, MQ, Mayada; Enzo, Zuculini, De la Cruz, Quintero; Scocco y Mora. Arrancó perdiendo, lo empató Scocco —figura del partido— a los 27’, y lo liquidó con 4 goles a los 7’, 12’, 18’ y 25’ del segundo tiempo: en contra de Ibáñez, tras un disparo de Santiago Sosa —reemplazante del lesionado Enzo— que dio en el palo y luego en el arquero, aumentó Lollo de cabeza —primer gol en River—, luego De la Cruz —primer gol en River tras gran acción colectiva y abrazo con el DT—. Y cerró Palacios. A los 42’ del segundo tiempo, en una contra voraz que finalizó con un disparo de Palacios, llegaron 6 jugadores de River al área. Había ganas de seguir metiéndole goles a Lanús; desde 1947 que no le convertía 5 en su estadio.

—¿Cuál es el mensaje para el hincha de River en este día? —le preguntó Nicolás Distasio, notero de TNT, al finalizar la entrevista en el campo de juego.

—Acá está —le contestó, mostrándole la corbata roja y dibujando la sonrisa ancha del que lo tenía todo fríamente calculado.

River había puesto suplentes ese viernes porque el martes 2 de octubre lo

esperaba la revancha contra Independiente. Y el martes se vivió otra de esas jornadas taquicárdicas para guardar en un rincón del corazón.

River salió a comerse crudo al rival desde el arranque, con 3 delanteros, para que jugaran mano a mano con los 3 centrales del Rojo —Gallardo siempre tiene una sorpresa guardada en la recámara—, a tal punto que a los 10 segundos, Borré y Palacios ya habían presionado alto para ganar un lateral. Formó con Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Nacho, Ponzio, Palacios; Pratto, Borré y Scocco. River casi no dejó pasar la mitad de cancha al Rojo en el primer tiempo, pero no generó situaciones de gol claras. Fue beneficiado por el árbitro Daronco, que no cobró un penal de Pinola sobre Benítez, a quien impactó luego de rechazar y deslizarse por el pasto (ni siquiera pidió el VAR).

A los 2’ del segundo tiempo, Scocco coronó un golazo iniciado por él mismo en campo propio, en una contra a pura velocidad que incluyó una muy buena asistencia de Borré. Empató Silvio Romero capturando un rebote a los 8’ tras una gran acción de Gigliotti, que se llevó a la rastra a Pinola y Maidana, y luego de una floja respuesta de Armani, que no pudo retener el disparo del Puma. En ese instante, después de ordenar que Juanfer intensificara la entrada en calor y de pedirles a sus jugadores que mantuvieran la calma, Gallardo comenzó a mover sus brazos enérgicamente hacia arriba para arengar a la gente. Era DT del equipo y de los hinchas. El hombre orquesta.

A los 14’ entró Quintero por Pratto y a los 22’, con algo de fortuna porque recibió el pase de un rival —como ocurrió en el 2-0 frente a Racing—, Juanfer clavó un zurdazo abajo, en el palo izquierdo de un Campaña que se quedó parado. A los 39’ cerró la cuenta Borré, clavándola en el mismo palo que Juanfer, pero más arriba, luego de una buena asistencia de Nico de la Cruz. Al cumplirse trece años exactos del debut goleador de Radamel Falcao, con 2 gritos en un 3-1 a Independiente, dos compatriotas convertían una vez

cada uno ante el mismo rival y para obtener el mismo resultado. Continuaban las coincidencias diabólicas.

La figura de la noche fue Borré, con asistencia y gol, una pesadilla para los defensores rivales. Completaron el podio Scocco y Montiel; Palacios jugó todo el segundo tiempo con una molestia muscular en el aductor, que sería un desgarro. Apenas terminó el partido, en vez de ir a saltar con sus jugadores, el Muñeco se acercó al medio del campo, donde estaba tirado Maxi Meza, que había sido atropellado por un tren llamado Armani en la última bola del partido. Quería saber cómo estaba. Luego abrazó a Holan. Con esta victoria, el River de Gallardo completó el círculo de los 4 grandes eliminados en diferentes Copas Internacionales, alcanzó un récord de 11-1 en series internacionales definidas en el Monumental y estiró el invicto a 31. Igualó así el récord histórico del club, alcanzado en 1922-1923 y en 2014, en esta última ocasión construido en conjunto entre Ramón Díaz (8 sin perder) y el Muñeco (23). Se podría decir que Gallardo se igualó a sí mismo. A él más Ramón, en realidad.

“Hemos dejado en el camino con autoridad a dos rivales muy duros, y veremos si nos da en la próxima serie contra Gremio, pero no tengo ganas de pensar en eso ahora, quiero disfrutar de esta victoria”, se mostró eufórico el DT, quien utilizó los términos “autoridad”, “templanza”, “confianza”, “convicción” y “enorme” para describir la actuación de sus jugadores.

En el pospartido, las cámaras de *Líbero* sorprendieron al pequeño alcanzapelotas de ojos achinados que no cabía del orgullo y que se expresó con la inocencia de un niño de 15 años.

—¿Qué te decía tu papá antes de empezar el partido, con los equipos ya en el campo de juego?

—Es que mañana jugamos contra Boca y me preguntaba si era en Ezeiza de Boca o Ezeiza de River. Te juro que me preguntó eso. Le dije: “Dale, metete en el partido, que ya empieza” (risas).

—¿Qué te dijo en el abrazo de los goles?

—Que me ama. Yo también le dije lo mismo. Mis amigos me mandaron un par de mensajes: “Decile gracias a tu papá”.

—¿Qué le dirías a tu papá en esta cámara?

—Que es lo mejor y lo amo. Que se quede a vivir acá.

Entrada la noche, no podían faltar los mensajes a Marcelo y sus colaboradores.

—Recién por llegar a casa —me contestó Buján—, muy contentos. Montaña rusa el partido, cayó en un bache después del gol de ellos. Lo bueno es que nos empataron rápido y teníamos más de media hora por delante. Es la cagada del gol de visitante cuando no metés en la ida: estás al borde del precipicio permanentemente. Y a la inversa, si no te convirtieron de local, de visitante estás siempre en partido. Así que bueno, a disfrutar ahora, a relajar algunas horitas en casa, mañana empezamos a la tarde. Abrazo grande!

En enero de 2019, en uno de nuestros encuentros finales, le recordé a Marcelo la escena de la arenga tras el empate de Romero.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque estábamos bien, y sentía que la gente no podía golpearse con ese gol. Había que reaccionar, necesitábamos de ellos. La gente fue muy importante en nuestros partidos de local en la Copa.

—¿Influye la gente para vos, entonces?

—Influye, claro que influye, en estos años se generó un ida y vuelta que hace que cuando el equipo transmite, la gente se contagia, y cuando el equipo necesita, la gente también responde. Yo, al menos, lo sentía como jugador, y lo sigo sintiendo ahora, a mí me pasa eso.

—Hiciste un gesto similar de puño apretado arriba, antes del partido con Gremio en Brasil y de las finales con Boca, ¿esas cosas las pensás antes o te salen ahí?

—Me salen en el momento. Vos me conocés. Yo no hago nada preparado, soy espontáneo, se me nota demasiado el aspecto sanguíneo.

El domingo 7 de octubre, con las bajas de Palacios, Pity y Enzo, River derrotó 3-1 a Sarmiento de Resistencia, en Mendoza, y alcanzó la semifinal de la Copa Argentina por tercera vez consecutiva. La tierra del sol y del buen vino, la provincia más gallina según sostienen muchos, se transformaba así en un tesoro para el Muñeco: 7 jugados, 7 ganados, contando dos partidos de Liga (4-0 y 2-1) y uno de Sudamericana (1-0), todos ante Godoy Cruz, 3 por Copa Argentina (semi y final de 2017 y este) y la Supercopa ante Boca. River alistó a Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Nacho, Ponzio, Mayada; Quintero; Scocco y Borré. Ingresaron en el segundo tiempo De la Cruz, Zuculini y Mora. River no jugó bien, padeció el partido, un poco por el calor —arrancó a las 15:30— y otro por las secuelas del esfuerzo físico y emocional del cruce con Independiente. El conjunto chaqueño, verdugo de Racing y de Unión, tuvo la pelota y lo complicó. River se puso 2-0 con goles de Juanfer a los 25’ —dejó despatarrado en el piso al arquero después de un par de amagues— y de Borré a los 33’, tras una deliciosa combinación, y Sarmiento descontó a los 42’ por un penal de Luis Silba. A los 31’ del segundo tiempo, Juanfer, la figura del partido, selló el 3-1 de contra. De este modo, los mediocampistas sumaban 14 de los 33 goles de River en el semestre, un aporte fundamental para cualquier equipo, entre Palacios (4), Quintero (4), Pity (3), Mayada, De la Cruz y Nacho (1). En el semestre anterior, solo habían convertido 9. Y todavía faltaba para cerrar el año.

Para los amantes de los detalles, este fue el partido en que Gallardo estrenó su chomba roja y blanca —un triángulo de cada color—, similar a la camiseta del Mónaco, diseñada por Giorgio Radaelli, con la sigla MG y el birrete de Napoleón bordados en el costado. Para los aficionados a las estadísticas, con este 3-1, River alcanzó un nuevo récord en 117 años de historia del club: 32 partidos consecutivos sin perder, con 21 triunfos y 11 empates, 60 goles a

favor y 11 en contra. Ignacio Scocco, con 13 gritos, fue el goleador de esta serie. “A veces se da en tres o cuatro jugadores, pero hoy el bajón físico-mental fue general. Se hizo muy duro, primero por nosotros y después por el rival, pero lo sacamos adelante. Es un honor haber llegado otra vez a dos semifinales”, desmenuzó el DT, quien encendió una alerta por el arquero: “Armani sufrió una pequeña molestia que terminó preocupándonos, vamos a ver cómo se recupera. Veníamos con lo justo últimamente, estas dos semanas nos vendrán bien para recuperarnos”.

El martes 9 de octubre se realizó en La Rural la quinta Cena Solidaria de la Fundación River. El Muñeco subió al escenario, se puso la pilcha de conductor y dirigió la subasta —este muchacho dirige lo que venga—. Era una réplica de la Supercopa ganada ante Boca, firmada y dedicada por el propio Gallardo. Arrancó en un millón de pesos.

—No, no, por esa plata me la llevo yo. Esto tiene un valor incalculable —aguijoneó a los oferentes, ¿y quién podría contradecirlo? Terminó sacando 3 millones, la cifra más alta de la noche.

También se subastaron los botines zurdo del Pity y derecho de Nacho que convirtieron los goles del último superclásico, en 2,1 millones, y las camisetas de los colombianos del 3-1 a Independiente. Todo el plantel dio el presente y se lo vio participativo en la velada benéfica, con un sentimiento de pertenencia que sabe infundir como nadie el DT. Premio especial para el Pity, que la rompió en el escenario con su desparpajo, ya totalmente liberado por haber dado vuelta la tortilla con la gente, y a punto caramelo para hacer un stand up en la calle Corrientes. En total se recaudaron casi 24 millones de pesos.

“Estoy agradecido a la vida por haber encontrado un DT tan exigente y que te cambia la mentalidad. Gallardo te saca el jugo”, se siguió mostrando muy

agradecido Quintero, antes de sumarse a su Selección para enfrentar a la Argentina en fecha FIFA. A esta altura, ya se había popularizado dentro del plantel, y también entre los hinchas, un término empleado por el colombiano en redes sociales: “melo”. ¿De dónde viene y qué significa? Es la palabra repetida en el hit “Estamos melos”, de Bomby, el Rey del Corrinche, un cantante afrocolombiano de 22 años dedicado a promover la música y la cultura de sus ancestros. En el videoclip se repite una y otra vez: “Estamos melos”. El propio Juanfer lo cantó en la Comuna 13 de Medellín en su regreso del Mundial de Rusia. ¿Qué significa “estar melos”? Lo explica el propio Bomby: “Estar bien, estar sabroso, estar tranquilo con uno mismo y asimismo compartirlo con la gente. Es un estamos listos, en sus marcas”. Juanfer estaba melo. Y lo estaría mucho más aún en dos meses.

“Es un gran técnico y una gran persona. Un estudioso del fútbol que planifica muy bien los partidos. Nos da las herramientas bien claras para saber qué tenemos que hacer, cómo contrarrestar al rival y cómo hacerle daño. Y eso se ve reflejado en la cancha; cuando jugamos, todos sabemos qué tenemos que hacer. Lo que dice Marcelo después sucede. Es como si él jugara antes los partidos”, continuó con las flores Franco Armani en *La Nación*.

“Con el entrenador no tuve ninguna conversación específica durante el tiempo que no me tocó estar, pero sí trabajé para poder volver y valoré que Gallardo me haya tenido en cuenta también cuando no jugaba. Es un técnico que mira todo. Sabe cómo se entrena cada jugador que no está jugando, le presta mucha atención a eso”, agregó Milton Casco, quien, contra todos los pronósticos, terminaría revirtiendo el veredicto popular del pulgar hacia abajo.

“Es un entrenador que tiene todo lo que uno pretende. Su manejo de grupo lo hace diferente a los demás y siempre te deja las cosas muy claras a pesar de que no es de muchas palabras, sino solo de las necesarias. Es un líder que

sabe cuándo presionarte y cuándo mimarte. A mí me apretó varias veces, ja, ja, sobre todo para que intente estar más tiempo dentro del área rival”, se sumó Pratto, quien se esforzaría por cumplirle.

Hagamos un stop. Al jugador de fútbol no le agrada que el DT acapare los méritos mayoritarios en las victorias, que la prensa lo alabe en exceso. Siente que el que entra en la cancha, marca, corre, inventa o mete goles es él. Tampoco está muy bien visto, en los grupos, que un jugador elogie en exceso a su entrenador. De chupamedias y alcahuete para abajo, suelen decirle de todo en la dinámica grupal. Pero con Gallardo ocurre algo diferente. Es lo que estamos intentando explicar en estas más de mil páginas, entre el libro anterior y este.

A pesar de su intensidad laboral, el Muñeco también consigue que predomine la alegría en su equipo de trabajo. “Desde un principio noté a una persona exigente en el laburo, muy detallista —explica Mariano Barnao, de los últimos en sumarse—, con una visión amplia de todo y que busca la mejora constante a través de nuevos desafíos, innovación y renovación para llegar a la excelencia constante. Se preocupa de la táctica, pero también de la comida y de si están bien los aparatos de kinesiología. Y está muy pendiente del aspecto personal de cada uno, es muy humano en el trato, y eso genera un ambiente espectacular de laburo. Uno tiene ganas de ir cada día, porque lo pasa bien, a pesar de que entremos a las siete de la mañana y muchas veces nos vayamos a las ocho de la noche. Tanto Marcelo como Hernán, Matías y el resto tienen muy buen humor, y todo termina siendo una especie de gran familia. Lo charlé con algunos jugadores de experiencia, que han pasado por unos cuantos equipos, y nunca habían estado en grupos en los que se construía desde arriba hacia abajo con tan buena onda. Te digo que a veces nos vamos de vacaciones, pasan cuatro o cinco días y con los del cuerpo técnico nos escribimos por WhatsApp y nos decimos que nos extrañamos. Me dan ganas de volver. Eso es rarísimo, no me había pasado en ningún

laburo, eh.”

El miércoles 17 de octubre se encendieron las alarmas en la conferencia de prensa que Gallardo dio antes del partido con Colón en Santa Fe. Un poco porque su frase, que la dijo, sonaba a despedida, y otro por la necesidad permanente de vender contenidos fuertes en portales y redes sociales. El Muñeco no buscó meterse en el tema, imponer agenda —como sí lo hizo cuando se lo propuso—, simplemente respondió una consulta de Juan Cortese, ya agotados los temas de actualidad: ¿qué situaciones lo harían dejar River?

“Para mí, cada final de año es importante. Más allá de la duración de los contratos, me baso en cómo llego, cuáles son los desafíos que hay por delante. Si tengo energía, ganas y entusiasmo para afrontarlos y si veo que hay comunión entre todas las partes, no tengo por qué cambiar. Ahora, si siento que ya no encuentro todo eso, posiblemente no siga estando. De lo único que estoy seguro es que nada dura para siempre”, expresó, con el mismo discurso repetido en varias oportunidades, aunque esas palabritas del final —“nada dura para siempre”— se salieron del libreto e hicieron ruido.

Le escribí un rato después a Marcelo para saber si había ocurrido algo nuevo, porque con tanta locura cotidiana que nos regala el fútbol de nuestra tierra, flota en el ambiente la sensación de que un día pateará el tablero imprevistamente. Esta vez, en vez de responder por WhatsApp, me llamó y charlamos diez minutos. Lo noté algo preocupado por la repercusión de sus dichos y me recalcó que no había cambiado nada. Me contó que los jugadores estaban bárbaro y que notaba muy fuerte al grupo. Le comenté que me estaba costando dormir más de cuatro horas, por una hipotética final de Libertadores con Boca. “Pero ¿no parás de pensar en fútbol en algún momento?”, me chicaneó. ¡Mirá quién habla!

A la noche salió D’Onofrio en Fox a aclarar que el Muñeco no se iba y, al día siguiente, Gallardo le dio una nota de catorce minutos al sitio oficial del club para aniquilar las dudas, por si aún quedaba alguna. Pantalón beige, camisa celeste, saco azul, reloj blanco, con un look fashion con el que habitualmente no lo vemos, sentado en el Monumental, dejó un par de conceptos jugosos, además de la consabida aclaración sobre su futuro.

- “Los objetivos están al alcance de la mano, ahora viene lo más difícil, pero estamos ahí nomás; el sueño de poder llegar a lo más alto no nos lo va a quitar nadie.”
- “Uno de los grandes méritos de toda esta gestión es haber conformado no solo buenos equipos, sino también buenos grupos humanos. Eso es fundamental para convivir. Nos vemos todos los días y pasamos mucho más tiempo entre nosotros que con la familia. Si no existiera esa armonía, esa comunión de grupo, se haría muy difícil. Podés ganar, eh, pero posiblemente lo pases mal, y la felicidad duraría lo que dura el resultado de un partido o el objetivo en sí, pero el día a día, disfrutar cada entrenamiento, las ganas de venir, es otra cosa. A mí me ha pasado en diferentes lugares donde he jugado, y eso es un gran logro.”
- “Dije que nada dura para siempre, porque creo eso, pero lejos estuve de generar alguna incertidumbre con mi continuidad de fin de año, no quise sembrar dudas. Espero poder seguir con toda esa intensidad y energía para estar a la altura de un club tan exigente como River. Si así es, a fin de año, y esto también lo dije ayer pero no lo tomaron, no tengo ningún motivo para cambiar.”

El viernes 19 de octubre, en el Cementerio de los Elefantes, murió el invicto de River. Quedó clavado en 32. No perdía un partido oficial desde el 24 de febrero, ante Vélez en Liniers, casi ocho meses atrás. Y dejó dos

pagarés abiertos: ganarle a Colón en su estadio (2 derrotas y 2 empates) y superar a Eduardo Domínguez, el yerno de Bianchi y DT representado por Juanito Berros, su mismo agente: 4 empates y 2 derrotas, contando Huracán y Colón. El Muñeco había cuidado a casi todos sus titulares, reservando piernas para el martes, choque de ida ante Gremio: Lux; Moreira, Lollo, MQ, Mayada; Zuculini, Enzo; De la Cruz, Nacho, Mora; Pratto. Luego entraron Ferreira, Palacios y Borré. River no mereció perder: en el primer tiempo, Lux vio cómo la pelota pegó dos veces en los palos, pero en el segundo, Colón no pateó al arco; River también hizo retumbar el travesaño de Burián por un cabezazo de MQ —que suele ganar mucho de arriba en el área rival—, le anularon un gol a Borré por un fino *offside* y generó otras 4 situaciones de gol.

El verdugo fue el uruguayo Gonzalo Bueno, quien había ingresado a los 68’ y recogió ocho minutos más tarde un rebote en el palo y la empujó al gol con su rodilla. Bueno no le hizo honor a su apellido con su ex compañero y DT de Nacional. “Compartí vestuario y cancha con Gallardo cuando era jugador, y me dio la oportunidad de sumar minutos cuando era técnico. Solo tengo palabras de agradecimiento hacia él, fue el entrenador que más me marcó en mi carrera”, declaró el uruguayo, luego de ir a darle un abrazo al Muñeco. A pesar de la calentura, porque no le gusta perder a nada —ya lo sabemos—, el DT puso la mira en el martes: “Vamos a ser avasallantes”.

El martes 23 de octubre se citaron en el Monumental dos de los únicos ocho hombres que en 58 ediciones de Copa Libertadores la habían levantado como jugador y como DT. Un club demasiado selecto integrado por Humberto Maschio (Racing como jugador; Independiente como DT), Roberto “Pipo” Ferreiro (Independiente ambas), Luis Cubilla (Peñarol y Nacional como jugador; Olimpia como DT), Juan Martín Mugica (Nacional ambas), José Omar Pastoriza (Independiente ambas) y Nery Pumpido (River como jugador; Olimpia como DT). Debieron pasar trece años desde el logro

de Pumpido en 2002 para que un nuevo miembro (el Muñeco) golpeara la puerta y fuera aceptado. Dos años más tarde se sumó Renato Gaúcho.

En Europa, los requisitos para ingresar son tan exigentes como en Sudamérica. Apenas son 7 los que ganaron la Champions (antes Copa de Campeones de Europa) como jugador y DT, y en más ediciones (62): Miguel Muñoz (Real Madrid ambas), Giovanni Trapattoni (Milan como jugador; Juventus como DT), Johan Cruyff (Ajax y Barcelona, respectivamente), Carlo Ancelotti (Milan como jugador; Milan y Real Madrid como DT), Frank Rijkaard (Milan y Ajax como jugador; Barcelona como DT), Pep Guardiola (Barcelona ambas) y Zinedine Zidane (Real Madrid ambas). Está clarísimo: no entra cualquiera en este club. Ni en América ni en Europa.

Para esta semifinal había un pagaré de los pesados por levantar: River no había eliminado nunca a un conjunto brasileño en semifinales de Libertadores o instancias superiores. Había sido eliminado tres veces en duelos directos, con Gallardo como jugador en las tres (Vasco da Gama en 1998, Palmeiras en 1999 y San Pablo en 2005), y otras dos con el viejo formato de grupo semifinal de tres integrantes. Además, en 1976 perdió la final con Cruzeiro.

Cuando, ese martes 23 de octubre, el Muñeco se sentó en el banco de suplentes, vio, de frente, cómo todos los hinchas de la Belgrano alta levantaban cartulinas blancas, rojas y negras formando las letras MG y dos corazones a los costados. La TV lo enfocó y se lo notó con un brillo particular en los ojos. Hasta aquí se habían realizado varios mosaicos, pero nunca destinado a una persona, siempre al club.

La idea nació de Sidoni Garín, integrante de la Subcomisión del Hincha y una de las admiradoras más fanáticas del DT. Unos días después se encontró a Marcelo en los pasillos del Monumental.

—Me dio el abrazo más lindo del mundo y me dijo “gracias” dos mil veces. Se puso a ver uno por uno los planos y me los firmó, hasta que metí la pata y le dije que desde allá arriba, ese mosaico tuvo una espectadora de

lujo… Se emocionó y me regaló otro abrazo eterno —me escribió Sidoni, todavía en trance.

En el campo de juego, River perdió 1-0 en un partido áspero, trabado, sin continuidad en el juego por la actitud especulativa de Gremio y el pésimo papel del árbitro peruano Víctor Carillo, quien pitó falta ante cada mínimo roce y compró todos los buzones que le vendieron los brasileños. De hecho, le cobró 25 faltas a River y 17 a la visita. River formó con Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Quintero, Ponzio, Palacios, Pity; Scocco y Borré. Entraron Nacho por Palacios, Pratto por Scocco y Enzo por Ponzio. El gol de Gremio llegó por un cabezazo de Michel a los 16’ del segundo tiempo, un anticipo en el primer palo a la salida de un córner. Aunque se especuló con sus presencias hasta último momento, no jugaron Everton ni Luan, dos de las figuras del campeón de América, el goleador actual y el de la edición anterior. Y eso le permitió ingresar a Michel, quien anotaría el único gol. Casi no hubo situaciones frente a los arcos, apenas un cabezazo de Maidana, que salió cerca del travesaño, y un disparo de lejos de Gomes, que se fue lamiendo el palo y podría haber significado el 0-2.

Ante el congestionamiento de camisetas tricolores cerca del área, River intentó un par de veces con remates de Palacios desde afuera, pero fueron contenidos por el muy buen arquero Marcelo Grohe. “¡Juanfer, vos andá! ¿Al 5 se la das? ¡Ey, vos hacete cargo, vos hacete cargo!”, se pudo escuchar por TV que le pedía a Quintero el DT, contrariado, golpeándose el pecho con las dos manos. Una buena noticia fue la amonestación de Walter Kannemann, que lo privaría de disputar la revancha y terminaría siendo determinante, ya veremos por qué.

Apenas sonó el pitazo final, más de medio equipo de River fue a protestarle al árbitro por la última falta cobrada a Pinola —y por acumulación de impotencia—. Detrás de ellos aparecieron Gallardo y Biscay para sacarlos y evitar sanciones. Cuando todo se había calmado, el Muñeco y Carrillo

tuvieron un intercambio que pareció enojar al DT.

—¿Qué me aclarás si yo no te dije nada? —le repitió un par de veces el Muñeco. Carrillo era un viejo conocido de Gallardo: fue el cuarto árbitro en el fatídico Lanús-River de 2017. A Carrillo le dirigió su reclamo el DT cuando el VAR no revisó, entre otras acciones, la mano de Marcone.

“El análisis es muy fácil de hacer: jugamos contra un equipo con mucho oficio, que venía a cortar nuestros circuitos y ganar en el juego aéreo. Y lo hizo. Era un partido para 0-0, o una mínima diferencia, y se dio ese gol de cabeza, que nosotros también podríamos haber metido. Ellos suelen jugar de otra manera, eso demuestra el respeto que tuvieron por River. Intentamos desactivar esa defensa con el juego por abajo, pero nos faltó creatividad”, escaneó Gallardo y, como hace casi siempre, unos minutos después invirtió la dirección del discurso, dejó de mirar hacia atrás y apuntó hacia adelante. “Somos un equipo fuerte que también puede ganar de visitante, lo hemos demostrado. No nos queda otra que ganar en Brasil: vamos a ir por eso. Nos vamos a sostener en ese deseo y en esa ilusión, y así lo vamos a plantear: nada de especular, no sabemos hacerlo.” Y utilizó una frase que quedó en el registro de este ciclo histórico. Y también en remeras, en banderas y en la piel de unos cuantos fanáticos: “Que la gente crea, porque tiene con qué creer”.

Un ratito después, me llegó su respuesta por WhatsApp con tres mensajes cortitos.

—Hola, Diego. Ahora vamos por la épica! No queda otra.

Le escribí a Buján para saber qué análisis hacía.

—No estábamos, Diego. Ya desde la primera pelota nos dimos cuenta de que no estábamos bien. Hoy lo hablaba con Nahuel (Hidalgo). Sin querer entrar en la comparación optimista de aquel partido con Cruzeiro, tuve la misma sensación de impotencia de aquella vez que también perdimos 1-0 en casa y que no estábamos en partido: la pelota nos quedaba corta o nos quedaba larga. Ojalá tenga el mismo final, pero en esta primera mano de

cartas, las que nos vinieron no eran buenas, y tampoco nosotros estábamos bien. Incluso, sin esos dos jugadores, que de pronto eran más talentosos y les podía cambiar el esquema, hicieron el partido que más les convenía. Les vino bien, al final. Allá va a ser diferente, y si arranca el partido y metemos un gol, estamos de vuelta mano a mano, así que tranquilo. Recién ahora volviendo a casa, cargando las baterías, y ya nos agazapamos de nuevo —me contestó a las cuatro de la tarde del miércoles, después de haber dormido en el Monumental y entrenado a la mañana. Así es el ritmo, “de 7 a 19, todos los días”, como me confirmaron varios integrantes de la mesa chica del DT.

—Contra Gremio en el Monumental imaginé un partido totalmente diferente al que salió —me admitió Marcelo en nuestro primer encuentro de 2019—. Es más, creíamos que iba a ser peligroso, pero por la respuesta futbolística del rival. Sentíamos que ellos tenían jugadores para hacernos daño, y por eso pensé un partido de igual a igual. Después, cuando vi la postura de Gremio, dije: “Bueno, me lo comí”, porque nunca Gremio había mostrado esa faceta tan defensiva, ni en la Copa ganada ni en la posterior. Se ve que había mucho respeto hacia River.

El miércoles 24 de octubre, Boca le ganó 2-0 a Palmeiras en la Bombonera, repitiendo el mismo resultado que en la ida de octavos y cuartos. La tenía difícil, ninguno de los dos había llegado al arco, pero entró Benedetto y pudo convertir sus primeros goles tras la rotura de ligamentos, a los 82’ y 87’ de partido. El público deliraba. Boca estaba con un pie dentro de la final, y River con uno afuera.

En Porto Alegre se hablaba del pésimo estado del campo de juego del Arena do Gremio tras el recital de Shakira y de que los hinchas no confiaban en Bressan como reemplazante de Kannemann. Los compilados de sus yerros aparecían multiplicados en portales y redes sociales. A veces, los hinchas la

tienen clara.

El sábado 27 de octubre, ante Aldosivi en el Monumental, Gallardo decidió poner un equipo alternativo con Pratto, Nacho Fernández y Enzo Pérez de entrada para evaluarlos de cara a la revancha con Gremio. Formó con Armani; Moreira, Lollo, MQ, Mayada; Nacho, Zuculini, Enzo; De la Cruz; Pratto y Mora. A los 30’ del primer tiempo entró Cristian Ferreira por De la Cruz —otra vez con nanas— y a los 18’ del segundo llegó el debut oficial para Julián Álvarez, quien ingresó por Mora. A los 23’ se sumó Santiago Sosa por Nacho. Con la exagerada expulsión de MQ, Sosa debió ir como defensor central. River no jugó bien y ganó 1-0 con un golazo de Ferreira —primer grito de su carrera—: se sacó un rival de encima con un caño y colgó un derechazo desde 30 metros en el ángulo. Se cortó la miniracha de dos caídas consecutivas.

La cabeza de todos estaba en otro lado. Cuando promediaba el partido, la gente comenzó con el clásico “Muñeeeeco, Muñeeeco”; el DT levantó el puño derecho y luego hizo un gestito con la mano de “vamos, vamos”. Lo mismo al terminar el partido, yendo para el vestuario. “Marcelo me dice siempre que no dude, que vaya para adelante. Me tuve confianza y le pegué”, contó Ferreira, el cordobés iniciado en Las Palmas, justo un día antes de cumplirse un año de su debut, en aquel 0-4 ante Talleres. D’Onofrio y Francescoli recibieron al plantel en el vestuario, un modo de brindarles apoyo a los juveniles y les estrecharon la mano, uno por uno. Además del golazo de Ferreira, generó una grata impresión el debutante Álvarez, quien se asoció bien con sus compañeros y, apenas tuvo una, pateó al arco. En Brasil, mientras tanto, un Gremio con 10 suplentes más Kannemann perdía 4-3 de local ante el débil Sport Recife.

“Estamos muy bien. Los veo a todos con mucha ansiedad de jugar ya en Brasil. Hay una buena energía, en ningún momento vi a los jugadores ni a los hinchas con desconfianza en estos días, al contrario. Es muy difícil pero no

imposible”, reforzó su mensaje Gallardo tras el 1-0 a Aldosivi. Cuando le preguntaron por el grito de apoyo de los hinchas, que se hizo sentir fuerte, siguió repartiendo entusiasmo: “Es un efecto contagio. Si la gente apoya de esta manera es porque el equipo ya ha dado muchas respuestas en estas instancias. Después hay que jugar, pero vamos a ir a ganar a Brasil”.

El plantel viajó el domingo 28 de octubre por la tarde y Andrés D’Alessandro —ídolo del Inter, la contra del Gremio— pasó a cenar por el hotel. El lunes 29 de octubre se supo que Gallardo había sido sancionado con una fecha por “reincidencia en el ingreso tarde del equipo en el entretiempo” ante Gremio: no podría ir al vestuario ni al banco. Un golpe de Gonzalo Montiel cuando bajaba hacia el túnel para disputar el segundo tiempo en la ida obligó al médico a atenderlo rápidamente y terminó desatando una novela insólita de enredos.

Ese lunes, River practicó por la tarde en el campo deportivo del Inter. Lo que inicialmente iban a ser veinte minutos de práctica abierta a la prensa, terminó transformándose en un picado en media cancha, que pudo verse en forma completa no solo por los periodistas sino por los hinchas que estaban afuera. No había paredones ni lonas, y el campo de entrenamiento estaba pegado a la calle. Por ese motivo, Gallardo decidió que no tenía sentido cerrar la práctica. Era el sueño de todo hincha, pero lamentablemente había unos 15 o 20 porque muchos llegarían en micro y avión el día siguiente. En ese partido informal atajaron Scocco y Pratto y se lo vio a Gallardo participar activamente. Mostró su reconocida clase para jugar y también se mandó unos cuantos piques para evitar goles rivales. No le gusta perder. Tuve la oportunidad de presenciar la práctica completa, como enviado de Cadena 3, y se respiraba un aire de gran distensión y tranquilidad. El mismo clima percibí un rato después en el hotel Deville Prime, donde se alojaba el plantel.

“No pido ocho goles, con dos me doy por hecho, y que ellos hagan uno”, se ilusionó D’Onofrio, otra que el Brujo Manuel. A propósito de las

cuestiones esotéricas, en el club hay muchos que tildan de mufa la combinación de short y medias blancas. Tipos inteligentes, pensantes, con estudios universitarios, que empuñan los antecedentes como si fueran escrituras sagradas. La última prueba, argumentaban, había sido el nefasto 2-4 ante Lanús. Desde el Museo River nació la inquietud de hacerle la cruz al blanco. Como River no podía utilizar el short negro, porque lo iba a usar Gremio, la propuesta fue short y medias rojas. Se comunicaron con Pichi Quiroga, jefe de la utilería, y después del guiño dirigencial y del visto bueno de Conmebol, a Brasil viajaron las prendas rojas.

En la antesala de la revancha relucían dos antecedentes estadísticos muy favorables a Renato Gaúcho. Uno, es que había eliminado a equipos argentinos cada vez que los enfrentó como DT. Con Fluminense, en 2008, despachó en semifinales al Boca campeón de América. Ya en Gremio, eliminó en la Libertadores 2017 a Godoy Cruz (octavos) y a Lanús (final). En 2018 había puesto en fila a Estudiantes (octavos) y Atlético Tucumán (cuartos), y también le había ganado la Recopa ese año a Independiente. Es decir: 6 de 6. El otro antecedente era que, al igual que el Muñeco, Renato se especializaba en los mano a mano. Desde su asunción en 2016 jamás había perdido una serie tras ganar la ida de visitante. En la Copa de Brasil 2016 liquidó así al Cruzeiro y al Mineiro.

El martes 30 de octubre, un día antes de cumplirse un año de la hecatombe en Lanús, en un Arena do Gremio repleto, River protagonizó la mayor hazaña del ciclo Gallardo: le quedaban 8 minutos para meterle 2 goles al campeón de América si pretendía no despedirse de la Copa. Y los metió. Y más allá de los muchísimos méritos del equipo, una pequeña incidencia en la que pocos repararon terminó por permitir que hubiera justicia.

Podríamos decir que el Muñeco sorprendió con la formación inicial,

aunque a esta altura ya no era sorpresa que sorprendiera, porque casi siempre metía algún batacazo. La mayoría daba al Pity y a Scocco de titulares y a Juanfer y Pratto en el banco. Pues no, adentro Juanfer, adentro Pratto, afuera el Pity. Sí, afuera el Pity. Formó con Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Nacho, Ponzio, Palacios; Quintero; Pratto y Borré.

River funcionó muy bien el primer tiempo y fue dominador absoluto. Se jugó en campo de Gremio, con los centrales en la mediacancha y con Montiel y Casco como extremos bien arriba. Al minuto y medio de juego, Quintero habilitó a Borré por la derecha, lo dejó mano a mano frente al arquero en el vértice del área chica, pero a Rafa le corrieron el arco y pateó muy desviado. Palacios, uno de los mejores de la noche, probó tres veces desde afuera —como en la ida— y estuvo cerca de embocarla, sobre todo en una desde el borde del área grande que se fue rozando el ángulo derecho de Grohe, que no llegaba.

A los 24’ salió Ponzio desgarrado, y entró Enzo Pérez, quien fue amonestado 7 minutos después. Si el panorama ya era complicado —chances desperdiciadas que atentan contra la moral, sin el capitán y con el 5 amonestado—, en la primera llegada a fondo de Gremio, Pinola terminó rechazando al córner y de ese córner mal ejecutado, que dio en el pecho del hombre que hacía de minibarrera (Casco), la pelota le llegó por fortuna a Gomes, quien pateó desde fuera del área. La pelota rozó en Pratto, el primero en tratar de taparlo, y descolocó a Armani. Gremio se ponía 1-0 de manera injusta.

En otros tiempos, ante semejante encadenamiento de adversidades, River se hubiera desmoronado, descontrolado, y hubiera terminado vapuleado y con dos hombres menos. Pero si algo ha distinguido a los equipos de Gallardo en estos cuatro años y medio —más allá de algún traspié circunstancial— es su templanza y personalidad. Su resiliencia. River siguió haciendo su juego y volvió a merodear el gol en lo que quedaba del primer tiempo.

Gallardo miraba el partido desde un palco, ubicado en la tribuna lateral, arriba de los bancos de suplentes, junto a Mariano Barnao, César Zinelli —ex arquero formado en River, integrante multifunción del CT—, el PF Marcelo Tulbovitz, el videoanalista Nahuel Hidalgo y el encargado de seguridad Claudio Fleitas. A través de un handy, Gallardo estaba en contacto permanente con Buján, en el banco de suplentes. En la reunión de Conmebol del mediodía, Barnao había preguntado dos veces si podía haber comunicación de Gallardo con sus ayudantes y le respondieron que sí. Por ese motivo no se preocuparon en camuflar nada: era visible el auricular en la oreja de Buján, quien estaba cableado por dentro —solo le faltaba el zapatófono del Superagente 86— y entonces ni siquiera debía usar un handy para hablar con el DT, tenía un micrófono que iba enganchado en la manga del lado de dentro. El Pollo acercaba la muñeca a su boca, y hablaba.

Aunque River había hecho un gran primer tiempo, el Muñeco sintió que no podía abandonar a sus jugadores. Que necesitaba estar junto a ellos, como ellos también necesitaban estar junto a su líder, escucharlo en el vestuario. El Muñeco ha sabido conformar un excelente grupo de trabajo, es una de sus virtudes. Y aunque se conocen de memoria y tiran paredes con los ojos cerrados, no es lo mismo para los jugadores tener a Gallardo enfrente que no tenerlo. Que les hable Gallardo a que les hable otro. Así como el padre acompaña al hijo hasta la puerta del colegio en un examen o a la puerta del quirófano en una operación, Gallardo sintió en sus entrañas que no podía abandonarlos mientras él se quedaba mirando la repetición de las jugadas en los monitores de su cabina. No se trataba de indicaciones tácticas, sino de respaldo emocional.

Jugado por jugado, con un pie fuera de la Copa, a los 44’ del primer tiempo decidió bajar al vestuario, sacrificando su presencia en una hipotética final. ¿Quién podía pensar en una final en ese momento? “Tengo que bajar, tengo que estar, tengo que hablar”, masculló el Muñeco. El DT se calzó una

gorrita para cubrirse un poco la cara, a ver si zafaba de ojos vigilantes, y bajó con Barnao, Zinelli y Fleitas.

—Sigamos así, muchachos. No nos caigamos por el gol de ellos, porque igual nosotros teníamos que hacer dos goles, es lo mismo. Metámonos otra vez en partido, que entra el primero y entra el segundo. Entra el primero y entra el segundo, es así —les remarcó el DT a los jugadores, que estaban persuadidos de lo mismo, pero si se los decía su líder, más persuadidos estarían aún.

“El énfasis y el convencimiento con que dice las cosas es lo que distingue a Marcelo. Si tiene que hablarte al corazón, ahí sube un poco el tono. Si hay que hacer correcciones, baja, es más tranquilo. En Porto Alegre les habló al corazón, estuvo muy bueno”, lo radiografía un integrante del cuerpo técnico.

La charla, en esta ocasión, fue más corta que otras veces porque existía la amenaza latente de que los sabuesos de la Conmebol entraran en el vestuario en cualquier momento. Parece una joda, pero no lo es: se estaba definiendo el finalista de la competición más importante de América, millones de hinchas de River se comían las uñas, y Gallardo jugaba a las escondidas con los oficiales de la Conmebol en las entrañas del Arena do Gremio. ¡Piedra libre para todos mis compas!

Antes de salir del vestuario le advirtieron que afuera había cámaras. No le importó. Apenas asomó su figura, ya sin gorrita porque no había mucho que disimular, vio a un gerente de comunicación de la Conmebol que le sacaba una foto y salía corriendo. Como si fuera un paparazzi haciéndole guardia a Lady Di.

—Vení, vení, sacame bien la foto, no te vayas, sacámela bien, no te vayas —le espetó el DT al hombre de Conmebol que a esta altura ya se había escapado con la foto testimonial.

Para la segunda parte entró el Pity por Nacho y a los 18’, Scocco por Juanfer. River bajó su nivel, aunque en realidad el segundo tiempo fue una

gran estafa. Si Gremio había hecho tiempo en Buenos Aires y en la primera parte en Brasil, lo del complemento fue bochornoso. Los jugadores se tiraban por nada, y el arquero Grohe fue atendido 5 veces, buscaba el Guinness. En una de esas caídas, tras un choque con Pinola en un centro, a los 30’ del segundo tiempo, estuvo exactamente 2 minutos y medio sin reanudarse el juego. Lo comprobé volviendo a ver el partido completo en la computadora. En una sola jugada, el arquero se había robado 2 minutos y medio de juego. Borré hablaba con Cunha y le hacía la seña del reloj, y el árbitro uruguayo le decía que sí, que iba a adicionar. Pero todos sabemos que no se recupera ni la mitad de ese tiempo.

El chofer del carrito de la sanidad estaba mareado a esa altura, los alcanzapelotas habían desaparecido. Y las pelotas, ni hablar. Extraño en la Conmebol, tan meticulosa para multar a los clubes por tener un parche corrido 2 centímetros en su camiseta o para prohibirle al DT entrar en un vestuario por una demora de un minuto de uno de sus jugadores, pero con vía libre para desnaturalizar el juego con actitudes que nada tienen que ver con el Fair Play. No cuidan demasiado su producto.

A los 2’, Palacios probó de lejos y la pelota salió cerca. Casi no hubo llegadas —porque casi no se jugó— hasta que, a los 23’, Everton, el goleador del equipo en esta Copa, que volvía tras una lesión y había ingresado a los 10’, quedó mano a mano con Armani, con Pinola corriéndolo desde atrás. El arquero, para variar, dio el presente en un instante crucial y salvó con los pies. Hubiese sido una piña de nocaut.

A los 26’ entró Bressan por una lesión muscular de Paulo Miranda, que —recordemos— reemplazaba al suspendido Kannemann. La cadena de desgracias, para Gremio, comenzó con esa amarilla al argentino en el Monumental. Bressan era el del compilado de burradas que los hinchas no querían ver ni en figuritas. Pues bien, Bressan entró y fue amonestado al minuto, junto a Pinola, por agarrase en un centro. Un comienzo prometedor

para el 22. Once minutos después, a los 36’, el propio Bressan bajó a Pratto: el Pity ejecutó la falta fuerte y con rosca, Pratto chocó a su marcador y dejó libre a Borré para que la peinara y empatara el partido. Quedaban 8 minutos.

“Entra el primero y entra el segundo; entra el primero y entra el segundo, es así”, pensaron todos, como lo había anticipado el DT, y con ese impulso, dos minutos después, robó Maidana en el medio, se la pasó a Montiel por la derecha; Cachete tiró el centro; Scocco la paró, giró y remató al arco, pero la pelota se fue alta, demasiado alta, después de un desvío en Bressan.

Y aquí viene la pequeña incidencia a la que hicimos referencia unas páginas atrás y que resultó determinante. Muy pocos vieron el roce en el defensor tras el remate de Scocco. Nacho fue uno de ellos, porque estaba al lado, y con su dedo índice señaló hacia el córner. El Pity fue a buscar una pelota para ejecutarlo. Pero las pelotas estaban escondidas. También los alcanzapelotas. No había a quién pedirle, no había dónde buscar. O sí. Atento a todo, y aun a riesgo de ahorcarse con el cable que llevaba por dentro o de recibir una reprimenda de las autoridades, Buján ya había relojeado que existían dos pelotas debajo del banquito de los veedores de la Conmebol —los hombres trajeados que se sientan entre los dos bancos de suplentes— y se mandó para agarrarlas: le pasó una al Pity, para que pateara el córner, y otra se la guardó en el banco de suplentes de River —para la próxima—. Pero cuando el Pity al fin colocó la pelota para ejecutar el córner, un jugador del Gremio se desplomó sobre el césped en el círculo central acusando un calambre. Era Jael, el 9.

Cunha fue corriendo hacia el mediocampo para apurar el trámite; Montiel, también, y empezó a estirarle la pierna a Jael —se ve que los compañeros del brasileño mucho no le creían— y enseguida le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. A todo esto, en el VAR comenzaron a analizar la jugada por la que ni un solo futbolista de River había protestado, mientras Jael salía del campo y en su lugar entraba Thaciano. Realizado el cambio, en vez de ir

hacia el área, Cunha fue hacia el lateral a ver la jugada en el monitor, porque se lo marcaron desde el VAR: el disparo de Scocco no se había desviado en cualquier parte del cuerpo de Bressan, sino en la mano. Después de tomarse su tiempo y observar varias veces la acción, Cunha hizo la seña del rectangulito, luego indicó el punto del penal y le sacó la segunda amarilla y enseguida la roja a Bressan.

Conclusión: si los alcanzapelotas hubieran cumplido la función para la que habían sido elegidos o el jugador de Gremio no se dejaba caer al piso, el Pity habría tirado el córner, y Cunha no hubiera sancionado penal. Recordemos que una vez que se reanuda el partido no pueden cambiarse decisiones del juego —sí disciplinarias—. Es decir, pateado el córner, prescribía la mano de Bressan. Al fin de cuentas, la trampa que Gremio utilizó sistemáticamente durante toda la serie terminó condenándolo. La leyenda del escorpión que se suicida picándose a sí mismo.

Cunha marcó el punto del penal a los 41’55’’, después se sucedieron el ataque de nervios y llanto de Bressan, la protesta generalizada de sus compañeros, el ingreso de los jueces asistentes para proteger a Cunha, el reclamo de Cunha a los veedores de la Conmebol para que garantizaran su seguridad, ya que ningún policía había entrado a cuidarlo cuando los colaboradores de Renato Gaúcho invadieron el campo. Recién a los 4’43’’ de tiempo adicionado, el Pity inició su carrera hacia el punto del penal. Es decir que el mendocino tuvo 7’48’’ para tomar conciencia de cuánto podía valer el penal que estaba a punto de patear. En estos casos, cuanto uno menos piensa, mejor. Pero el Pity está medio *crazy*. Y tiene jerarquía de verdad.

Lo pateó fuerte, cruzado, a media altura, mientras Grohe iba hacia el otro palo. Salió disparado hacia un costado, golpeándose con su mano derecha el corazón, o el escudo, o las dos cosas —con los locos nunca se sabe—, y ya en el lateral se puso a hacer el jueguito de los dedos girando en los laterales de la cabeza —qué loco que está—, frente a frente, con su coterráneo Enzo. Luego

se sumó el resto. Y más tarde se arrodilló y mostró la 10, y enseguida vinieron los futbolistas de Gremio a levantarlo de prepo para reanudar el juego. Cunha lo amonestó, para compensar un poco, y lo dejó al Pity en capilla de amarillas. De golpe aparecieron las pelotas. Y los alcanzapelotas. Y hasta de a dos, como ocurrió en un saque de arco de Armani. Magia brasileña.

Mientras tanto, los cinco del palco se abrazaron fuerte en un mini *scrum*, con Gallardo en el medio, como en cualquier reunión de amigos mirando el partido por TV. Desde las plateas de abajo les golpeaban el vidrio, hacían gestos. Los torcedores del Gremio tenían muy claro quién se encontraba allí. Así fue durante buena parte del partido. En el final recrudeció. Ninguno de los cinco respondió con gestos. Desenfocaban el plano corto y apuntaban hacia el campo de juego.

Después del 2-1 se jugaron 9 minutos más, y Gremio dispuso de un tiro libre muy cerca del área, inclinado sobre la izquierda. Con River sufriendo muchos goles de pelota parada, algunos millones de hinchas sintieron una especie de presión en el pecho cuando Alisson tomó carrera. Se esfumó cuando Armani tomó el balón con las dos manos con bastante tranquilidad. Hubo dos centros más al área, uno rechazado de chilena, y una última bola que atrapó el gigante de Casilda.

Cuando Cunha marcó el final, desde la cabina de la radio se me hacía difícil definir hacia dónde mirar. Bajo un diluvio no previsto que le dio un matiz épico a los últimos 15 minutos, 4 mil hinchas de River bailaban en la bandeja alta opuesta a donde se habían convertido los goles, los suplentes ingresaron como una tromba, el cuerpo técnico era un puño apretado, diría Víctor Hugo Morales, había jugadores tirados en el pasto, compañeros que llegaban para abrazarlos, un delirio absoluto, propio de una definición electrizante e inesperada. Y 14 militares con casco blanco y escudos, protegiendo en un cerco al equipo arbitral.

Luego de unos minutos, todos los jugadores se dirigieron hacia donde estaban los hinchas y se pusieron a cantar y bailar con ellos. Un año después de que el VAR le quitara la chance de disputar una final de Libertadores, ahora se la devolvía. VAR con VAR se paga.

“Soy un chico que salí del club y además soy hincha. Toda mi familia es gallina, por eso disfruto el doble”, se emocionó Palacios, uno de los mejores de la noche. “Su nivel me llena de orgullo. Siendo un chico se convirtió en hombre”, ponderaría dos días después Gallardo al tucumano de 20 años que, a mediados de 2016, con el arribo de Iván Rossi, había tenido que bajar a la Reserva. “Seguí metiéndole con todo, no te relajes, que te voy a tener en cuenta”, le aseguró entonces el Muñeco. Y cumplió. Un ejemplo más de por qué los jugadores le creen.

Matías Biscay dio la conferencia de prensa y, después, Gallardo se detuvo en la zona mixta a contestar preguntas, algo que no le permitirían hacer en las finales. Se terminó hablando más de su accionar en el entretiempo que del partidazo que había jugado River.

“El resultado final es producto de no bajar nunca los brazos, de creer y creer. Nos perdonaron la vida con esa gran tapada que tuvo Franco y terminamos ganando un partido histórico”, arrancó, feliz, y fue subiendo de temperatura cuando le hicieron notar que había incumplido una regla: “Es injusto que te quiten la libertad de trabajo. Uno es responsable técnico, pero el que tiene un poquito de vestuario sabe que puede haber una demora de un minuto. Hay cosas que pasan dentro de un vestuario, y no digo demorarse cinco o seis minutos, sino uno. Hay tolerancia cero, y por eso te suspenden y le cortan la libertad de trabajo a un entrenador”.

Fue muy clarito y sincero al explicar por qué había hecho lo que hizo: “Me tomé el atrevimiento de bajar y hablar con los jugadores porque creí que lo necesitaban. Yo también lo necesitaba. Incumplí una regla, lo reconozco y lo asumo, pero era lo que sentía que debía hacer y no me arrepiento para nada.

Los jugadores deciden en el campo, y la gente que trabaja conmigo está totalmente preparada, pero es indignante no tener la libertad de poder trabajar. No me importa si no estoy en la final, pero no me iba a privar de estar con mis jugadores en el momento que más lo necesitaban”.

Hacia el final le preguntaron por el penal: “El Pity no entró en el partido de la mejor forma, pero hay que tener huevos, personalidad y templanza para agarrar un penal así, porque un penal de ese calibre no lo patea cualquiera”. La emoción extrema en el rostro de Gallardo mientras abrazaba al Pity en el vestuario fue una de las postales más significativas de la noche, que tan bien registró la lente del Polaco Haliasz, fotógrafo oficial del club.

Después de cerrar la transmisión enfilé hacia el hotel de River para saludar a Gallardo y sus colaboradores. Y de paso sumar elementos para este libro. A las 3:10 de la mañana terminaron de cenar y comenzaron a aparecer por el *lobby* para tomarse el ascensor e ir a sus habitaciones. Adelante venía el Muñeco con una sonrisa pintada en el rostro, y dos pasos atrás lo escoltaban, como siempre, Buján y Biscay. Les di un abrazo a cada uno y lo cargué a Marcelo diciéndole que no se hiciera problemas si lo suspendían, porque igual Matías estaba invicto. “Shhhhh”, me codeó Biscay, para no tentar a las derrotas. El Muñeco resaltó lo mismo que me había dicho para el libro anterior, cuando estaba imposibilitado de entrar en el vestuario en la final contra Tigres: “No podía dejar solos a mis jugadores”. Detrás de ellos aparecieron D’Onofrio con su suéter rojo al hombro y Francescoli. Como en el hotel también había hinchas alojados, apenas divisaron a Gallardo, la multitud entonó el himno de cada domingo: “Muñeeeeeco, Muñeeeeeco”, y lo acompañó hasta el ascensor.

—¿Por qué no lo pusiste al Pity de titular contra Gremio? —le pregunté, ya en 2019.

—No estaba bien el Pity, venía con partidos flojos. Y tampoco ese partido jugó bien, aunque fue decisivo claramente: tiró el centro del empate y pateó

el penal.

—¿Cuando sacás a un titular como el Pity es necesario hablarle?

—No quiero entrar en detalles, pero a veces hace falta hablar, y otras no. El jugador sabe cuándo está bien y cuándo no, interpreta, y sabe cómo pienso yo. Por ejemplo, Pratto no venía bien y necesitaba que yo le confirmara su presencia, entonces antes de la revancha en Brasil le dije: “Vas a jugar este partido y también de acá hasta que terminemos la Copa”. Necesitaba que sintiera la confianza, más allá de que no llegaran los goles, aunque había hecho uno importante contra Racing.

—El día previo, en Porto Alegre, te prendiste en una práctica distendida, ¿ahí no hay riesgo de que se le escape una pierna a alguno o de que te enojes con otro?

—No, es que les estoy dando un mensaje cuando juego con ellos. El mensaje es sacarle tensión al momento. Ya es demasiada la tensión con la que vivimos ante situaciones límites, tanto que se genera en el medio, con el día después de la derrota. Es increíble cómo no disfrutamos el camino, con ese debate de qué va a pasar si perdés, qué va a pasar si ganás, y al final nadie disfruta… Y eso te va llevando a entrar en esa vorágine que es totalmente estresante. El mensaje del picado es: disfrutemos donde estamos, vamos a estar bien, saquémosle tensión, no juguemos el partido desde 24 horas antes. Es bueno entender lo que te estás jugando, pero tampoco jugar el partido mucho tiempo antes.

—¿Cómo imaginabas el partido en Porto Alegre?

—Había dos posibilidades. O hacían el mismo planteo que en Buenos Aires, pero con más decisión para la contra, o acudían a su postura habitual de local, con su gente, sin meterse atrás, jugarlo de igual a igual. Y no fue así. Yo mandé a Casco y Montiel a jugar como wines bien abiertos y con mucha gente en el medio. Creo que se sintieron demasiado confiados con el resultado de la ida.

—¿En la previa pensabas que pasaban, o la veías muy complicada?

—No, yo transmito lo que siento, y antes de ir allá, sentía seguridad.

—Que la gente crea porque tiene con qué creer…

—Sí, sentía seguridad. Si no lo siento, no digo nada. No soy de los que dicen pavadas para quedar bien. Digo lo que siento. Eso no quiere decir que después te salga mal, que te equivoques, como contra Gremio acá, que me recontra equivoqué imaginando un partido que no fue.

—¿Decidiste bajar al vestuario en el momento o lo habías planeado?

—Decidí en el momento. Pensé: “Me estoy quedando fuera de la Copa por una situación injusta”. Entonces dije: “Chau, tengo que estar ahí, tengo que estar ahí con mis jugadores”. ¡Qué me importaba a mí que me sancionaran! Uno ve, siente y transmite. A veces, los jugadores captan y a veces no captan. A veces, los jugadores toman decisiones acertadas, y otras, equivocadas, pero lo que yo hago es observar y comunicar. Esto no quiere decir que se modifica un partido a través de la palabra del entrenador.

Al mediodía siguiente, mientras esperaba mi vuelo en el aeropuerto de Porto Alegre, comencé a sentir un murmullo creciente que se transformó en cantito hecho y derecho unos segundos después: “Muñeeeeeco, Muñeeeeeco”. Pensé que era el eco de la noche anterior que retumbaba en mis oídos. Pero no, el plantel de River estaba embarcando por otro sector, rodeado de hinchas que también retornaban al país y entonaban esa especie de salmo religioso que los guía, así en la malaria como en la prosperidad.

En el avión de regreso se vivió un clima de euforia genuina y se entonó con entusiasmo el cantito creado la noche anterior en las tribunas del Arena do Gremio: “Ya se va la caravana de Porto Alegre/ nos c… a la Academia y a Independiente/ de la mano del Muñeco y de Biscay/ te esperamo’ en la final”. Unos días después se viralizó el video del interior del avión en el que se lo ve a Matías Biscay en primera fila acompañando el cantito tímidamente con las palmas —como si le diera vergüenza— mientras atrás se advierte el clima de

euforia absoluta del resto, con manos aplaudiendo por encima de las cabezas. Había ganas de verdad de enfrentar a Boca, a pesar del estrés que podría llegar a generar. Nadie pensó que tanto.

En la noche de ese miércoles, Boca empató 2-2 con Palmeiras en Brasil y se clasificó a la final de la Copa, con Guillermo mirando el partido desde un palco junto a Juan Carlos Crespi. “Estaba sancionado y cumplió”, metió un poquito de púa Gustavo, comparando el comportamiento de su hermano con el de Gallardo. “Vamos por todo”, se entusiasmó Wanchope.

El jueves 1º de noviembre, Romildo Bolzan, presidente de Gremio, pidió la descalificación de River: “Esperamos que nos den por ganado 3-0 el partido y jugar la final con Boca”. La noche anterior, la Conmebol había subido un tuit en el que expresaba: “Boca Juniors y River Plate se enfrentarán en histórica final de Libertadores”, pero le puso un asterisco abajo: “Sujeto a la decisión de la Unidad Disciplinaria respecto al reclamo de Gremio”. El Coco Basile hubiera vociferado: “Sacame los asteriscos”.

El viernes 2 de noviembre, Gallardo dio una conferencia no prevista en el auditorio del Monumental. Dándose cuenta de que había sonado desafiante aquel “no me arrepiento”, pronunciado en la zona mixta del Arena, mientras se esperaba la resolución de la Conmebol para esa tarde, el Muñeco volvió a expresar qué lo había impulsado a bajar al vestuario, pero en un tono más sereno y conciliador. Hasta pidió disculpas, un aporte a la causa.

“Tres días después, uno se toma el tiempo con más tranquilidad para reflexionar y analizar lo que fue el partido y una clasificación histórica. Eso es lo que valoro y rescato, que tal vez se le dio una importancia no mayor”, arrancó, dejando en claro que lo más importante había sido el triunfo de su equipo. “Quería aclarar que el haber trasgredido una norma reglamentaria tuvo que ver mucho más con lo emocional que con una situación desafiante —se metió rápido en tema—. Cuando uno actúa con el corazón, a veces pierde la razón. Muchos hicieron creer que había tenido una actitud

desafiante y nada que ver. Si fue un acto de indisciplina de mi parte, pido disculpas, como hice en mi descargo en Conmebol, pero no tuvo nada que ver con una postura desafiante de mi parte.” Nombró tres veces la palabra “desafiante” en un minuto. Su objetivo estaba claro.

“Tengo tranquilidad respecto de la sanción, me parece que no hay elementos para invalidar una situación que claramente hemos logrado en la cancha. Es una opinión personal, nada más que eso”, fijó postura, evitando mostrarse altivo con el “me parece” y “es una opinión personal”. Cuando le preguntaron por Boca, expresó su deseo: “Lo que quiero transmitir es un mensaje de paz, más allá del hecho histórico de enfrentarnos al rival de toda la vida. Es un espectáculo único y debemos vivirlo así. Es el mensaje que tendríamos que pasar todos. El que salga vencedor tendrá la gloria absoluta. Y el que no, seguirá peleándola. No es vida o muerte. Ese es un mensaje erróneo para la sociedad”. Unos días antes, el presidente Mauricio Macri había declarado en sentido opuesto, ante la posibilidad de una final River-Boca, que el perdedor tardaría veinte años en recuperarse.

Si ese fue el recado para el ambiente en general, luego expresó lo que en días posteriores bajaría como discurso al plantel: “No se debe tomar como una presión, sino como un privilegio poder jugar este partido. Cualquiera daría un montón de cosas por ser protagonista. Debería tomarse así. ¿Cuántos más podrán jugar una final de Libertadores contra el clásico rival? Es algo hermoso”.

Y no faltó un palito al periodismo: “El mundo futbolero debería disfrutar de este acontecimiento, no preguntarse qué va a pasar con el que pierde. Eso dejémoslo para después, por ahora disfrutemos. Quiero vivirlo así y transmitir eso”. Y acompañó el “qué va a pasar con el que pierde” apretando fuerte los dientes y frunciendo el rostro, expresando con sus gestos la saña con que el medio iba a despedazar al vencido. Esa foto de un Gallardo sacado, fiero y desafiante terminó ocupando media tapa de *Clarín* al día

siguiente, aunque la conferencia había sido distendida y agradable. Era una foto impactante, parecía que el Muñeco quería salir del diario para agarrarte a trompadas. “Gallardo se disculpó, pero igual lo van a suspender”, fue el título, y en la bajada se hablaba de entre cinco y siete meses de sanción. Al Muñeco le agarró flor de calentura al ver esa tapa y debió aclararle un par de cosas al plantel en la primera práctica de la semana. Pero eso lo contaremos en el próximo capítulo.

Cuando Agostina Scalise, la cronista de Fox, hizo el clásico combo de 2x1 en preguntas y se olvidó cuál era la segunda, el Muñeco hizo gala de sus salidas rápidas y ocurrentes y descomprimió con un toque de humor, a la vez que le tiró una soga a la cronista, naturalizando el mareo que sentía: “¿Estás bien?… Esto le va a pasar a mucha gente en estos días”. Retumbaron varias risas.

“Hay situaciones que uno cree poder manejar y otras que no. Somos humanos y nos podemos equivocar, tenemos defectos. Más allá de lo injusta que haya sido la sanción, en toda la competencia no tuve ningún entredicho con ningún árbitro”, se preocupó por mostrarse como hombre falible. En el final, cuando le preguntaron si una derrota ante Boca anularía los 3 cruces eliminatorios ganados por River ante el máximo rival en su ciclo, sentí que alguien me tiraba un centro perfecto: “Lo que se ha hecho hasta acá, nadie lo va a borrar ni nadie se lo va a quitar al hincha. Esta es una historia nueva, otra página más del libro. Estará en nosotros poder seguir siendo parte de la historia”.

Otra página más del libro. Gracias.

Le escribí un mensaje a Marcelo al toque, porque me había parecido excelente la conferencia, por la referencia al libro, y de paso lo chicaneé un poquito por la vestimenta que había elegido: pantalón color ocre, que podía pasar por amarillo, y suéter azul.

—Una nueva página del libro. Lo escuché clarito, ¡gracias por el centro!

Eso sí, ¿quién te asesoró con los colores? Me hiciste acordar a La Volpe cuando debutó en Boca con camisa blanca y corbata roja.

—En todo caso fue un homenaje a Mostaza Merlo. Ese es el color del pantalón. Gracias! —contestó a los dos minutos, definiendo como “mostaza” el color de sus pantalones, lo que confirma sus reflejos.

—Siempre tiene buenas salidas, el Míster, viste? —me contestó Buján, cuando le comenté el intercambio con el DT—. Cuando jugaba era mejor pasador que gambeteador, ahora es como que pulió, agregó algo más a sus características.

Un día después, el sábado 3 de noviembre, River cayó 1-0 ante Estudiantes en el estadio de Quilmes por la tarde, y Boca le ganó 4-1 a Tigre a la noche. Jugaron Lux; Moreira, Lollo, Pinola, Mayada; Zuculini; Sosa, Nacho, Pity; Pratto y Scocco. A los 19’ del primer tiempo, Scocco sintió el gemelo derecho endurecido, se tiró al piso y pidió el cambió. Desde entonces, las tres palabritas “gemelo de Scocco” fueron eje de las noticias cotidianas hasta febrero de 2019. Entró en su lugar Julián Álvarez y en el segundo tiempo ingresaron Quintero y Ferreira. El gol lo metió a los 4’ del complemento, de tiro libre con desvío en la barrera, la Gata Fernández, uno de los niños mimados del Muñeco en sus inicios en River y al que quiso traer dos años atrás. El resto de los jugadores acompañó al equipo desde una cabina pegada a la que transmitíamos el partido. Estaban todos, desde Ponzio, Armani, Maidana y Mora hasta Nahuel Gallardo. Todos. Seguro que había mejores programas que ir un sábado a la tarde a la cancha de Quilmes, pero hay un espíritu de grupo realmente llamativo.

Mientras se demoraba la oficialización de la sanción, le preguntaron al Muñeco, allí en Quilmes, si creía que existía la posibilidad de que a River le dieran por perdido el partido.

—¿Alguien tiene alguna duda de eso? —mostró otra vez los dientes.

Una hora después, en la nochecita del sábado, se conoció la sanción: se

desestimó el pedido de Gremio de que le dieran por ganado el partido y a Gallardo se le impidió concurrir al estadio en el siguiente encuentro, y sentarse en el banco, ir al vestuario y comunicarse con sus colaboradores por otros tres partidos. Y 50 mil dólares de multa para redondear 163 mil en el año. Una máquina de recaudar la Conmebol.

Ahora sí, definitivamente, River estaba en la final de la Libertadores y debía prepararse para disputar el cotejo de ida en siete días.

Ya lo estamos contando.

PD: Matheus Simonete Bressanelli (26 años), más conocido como Bressan, fue separado del plantel del Gremio tras la semifinal con River y no volvió a jugar en el club. El 20 de diciembre firmó con el FC Dallas de la Major League Soccer de los Estados Unidos. Al cierre de este libro, no había disputado ningún partido con su nueva camiseta.

El barrendero

¿Y si el barrendero era hincha de Boca?

En la semana previa a la final de la Libertadores, al DT de River lo robaron. No en el sentido figurado. No fue en un campo de juego, ni en la sala del VAR. Ocurrió en la calle, en pleno Palermo, un día de semana a la noche. Había ido a cenar y, cuando salió del restaurante y se acercó a su camioneta, se encontró con la ingrata escena del vidrio trasero roto y una mujer policía parada al lado. Le habían robado su maletín. Allí tenía, entre otras cosas, su iPad, el pasaporte, y unas carpetitas, de esas blancas con la banda roja que suelen entregar en prensa de River los días de partido. Y las carpetitas, claro, estaban repletas de apuntes relacionados con la final: esquemas, movimientos tácticos, los cinco defensores, Martínez Quarta, los cinco volantes, pelota parada, etcétera, etcétera.

El Muñeco no fue a hacer la denuncia, no quería comerse el garrón de estar un par de horas en la comisaría para irse con las manos vacías y además debía invertir sus energías en unos temitas que tenían en vilo a algunos millones de personas en el país. Al día siguiente, cuando llegó a Rivercamp, el masajista Marcelo Sapienza le preguntó si él había perdido sus documentos.

—No perdí, me robaron mi maletín, eso pasó —le contestó el Muñeco.

—Ah, porque recién me llamó Liliana, de Informes. Esta mañana, apenas entró en el club, se comunicó un señor diciendo que tenía unos documentos tuyos y dejó el teléfono.

La historia concluye con un llamado a este señor, que resultó ser un

muchacho de unos treinta y pico y con el ingreso de este muchacho, su mujer y su hijo a Rivercamp el día siguiente. “El pibe era barrendero, muy gashina —revive el Muñeco, pronunciando así, bien fuerte la sh—, y al acercarse al volquete vio cosas rojas y blancas y le llamaron la atención, porque todo lo que sea de River el loco se lo lleva. Eso me lo contó después. Se puso a revisar las carpetas, encontró mi pasaporte, anotaciones de equipos y se quedó duro. Esperó que se hiciera la primera hora de la mañana y llamó al club para contar lo que había encontrado y al día siguiente le mandamos un remise, creo que vivía en Villa Luzuriaga, y vino con la mujer y el hijo. Me devolvió el pasaporte y los apuntes, el iPad obviamente se lo habían llevado los ladrones. Charlamos un rato, les regalamos camisetas de River y se fue recontento.”

¿Qué hubiera pasado si el barrendero era hincha de Boca y salía corriendo a darle los apuntes a Guillermo Barros Schelotto como si allí estuviera la fórmula de la Coca-Cola?

Nunca lo sabremos. Lo que sí podemos afirmar es que las grandes gestas se construyen con pequeñas historias. Esta es una.

Bienvenidos a la final más increíble de todos los tiempos.

— 8 —
2018
La final

“Sería muy egoísta y muy malo de mi parte hacer una comparación con grandes equipos que tuvo la historia del club. Pero en importancia creo que no hay otro triunfo que tenga un significado mayor a ganar una Copa Libertadores ante el eterno rival de toda la vida. No estaba en los libros. Ahora sí.”

Los periodistas deportivos caemos en la trampa de la exageración con bastante frecuencia. Algunos más que otros. El mejor arquero de la historia, el peor 9 de la historia, el mejor partido de la historia, el peor DT de la historia. Se usa con demasiada liviandad la palabra “historia”. Si hablamos de River, hoy son casi 118 años de vida. No es imprescindible haber visto toda la “historia” para elaborar este tipo de sentencias. Sería imposible, salvo para Highlander. Pero sí al menos haber leído, hacer un repaso, tener en cuenta todas las épocas y no solo los últimos veinte o treinta años, al momento de opinar.

Con la final de la Copa Libertadores 2018 no hay exageración posible. No existían antecedentes en América ni en Europa de dos equipos con semejante peso y rivalidad definiendo un título. Un Argentina-Brasil en una final de Mundial o un Real Madrid-Barcelona en una de Champions League podrían competirle. No mucho más.

“No estaba en los libros. Ahora sí”, como consideró, 24 horas después de

la conquista, aún envuelto en un estado de dulce ensoñación, Marcelo Gallardo, quien tuvo hasta la discreción de utilizar la palabra “creo”.

La final de la Copa Libertadores 2018 entre River y Boca fue única en la historia, y no dudamos en utilizar esa palabrita tan significativa, además de lo escrito, por los inauditos condimentos que la sazonaron:

1. Un partido que se planificó 5 veces, en vez de las 2 normales, y que alteró el estado psíquico de jugadores y entrenadores, pero también de hinchas, dirigentes, ordenanzas, periodistas, vendedores ambulantes, etcétera, etcétera.
2. Una serie a doble partido que se definió sin que uno de los contendientes pudiera ser local y que se jugó durante cuarenta días (del 31 de octubre al 9 de diciembre).
3. Porque se trató de la competición americana de clubes más fuerte que consagró a un campeón… en territorio europeo.

Una final única en la historia merecía un capítulo propio en este libro.

“Final de Libertadores triplica el riesgo de un infarto. Disfrutalo, no lo sufras, y si tuviste un problema cardiológico y con el fútbol no lo pasás bien, no dejés la medicación y consulta a tu médico”, arrancó para llevar calma al ambiente Jorge Tartaglione, presidente de la Fundación Cardiológica Argentina. Una buena noticia para la salud de los hinchas fue que los líderes más importantes del mundo aglutinados en el G20 se reunieran en Buenos Aires a fines de noviembre, con lo cual hubo que adelantar el segundo partido para que no coincidiera con ese *meeting*, y entonces la distancia original de tres semanas entre la final de ida y la de vuelta se redujo a apenas dos. Una semana menos de tensión, pensaron los hinchas. Pero no fueron dos ni tres,

terminaron siendo cuatro.

Sin consultar a la Superliga —que tiene entre viernes y lunes para organizar sus partidos, como en el resto del mundo—, Conmebol decidió que las finales se jugaran dos sábados, y por la tarde, con lo cual mataban de un flechazo la esencia de la Libertadores, que siempre se jugó de noche y en día de semana. Primer gran desencanto. Enseguida, Daniel Angelici propuso que se pasaran ambos cruces a los domingos, para que la comunidad judía disfrutara de su Shabat. Llamativo, cuando en 2018, Boca ya había jugado siete veces los sábados, cuatro de ellas como local. La cuestión de los visitantes sería un tercer elemento disonante. Mauricio Macri se levantó un día con ganas de mostrarle al mundo que éramos un país civilizado y anunció que se jugaría con hinchas visitantes. La ministra de Seguridad lo avaló, D'Onofrio se le plantó sin rebusques —"No me quiero hacer cargo de una muerte"—, y la iniciativa sucumbió a los dos días.

El clima previo entre los hinchas oscilaba entre la cargada, la empatía, la prudencia y el cagazo total, vamos a decirlo. Se empezaron a tejer todo tipo de elucubraciones y pactos. El 5 de octubre, tres días después de que River eliminara a Independiente y uno más tarde de que Boca hiciera lo propio con Cruzeiro, cuando todavía faltaban tres semanas para la semifinal de ida, Nicolás Loza, un cordobés de Villa Allende fanático de River y oyente habitual de Cadena 3, me envió este audio: "Escuchá esto que te voy a contar, Diego, porque ya da la pauta de lo que podemos llegar a vivir. Recién vino a verme un guaso que es tan fanático de Boca como yo de River. Me dijo: 'Loco, te vengo a proponer desde ya una tregua. Pase lo que pase, si llegamos a la final los dos, no nos charlemos, porque yo me voy a morir. Calculá que después de esto no va a haber alegría ni tristeza más grande, si se llega a dar. Juntémonos todos los hinchas de Boca y de River que nos damos maza siempre y dejemos asentado algo de no agredirnos, porque esto nos marca, desaparecemos de la tierra. Después de esto no hay vuelta atrás'. Aparte, no

sé si como sociedad estamos preparados los argentinos para aguantar un evento así, pero qué loco lo que puede llegar a pasar, y eso que todavía no empezaron las semifinales”. Muy loco, sí. No estábamos preparados.

Ya conocidos los finalistas, el que se expresó en la misma dirección fue el músico Iván Noble, hincha de Boca. “Ante la inminente Superfinal, con amigos del alma de ambos bandos nos debatimos entre establecer un protocolo de Caballerosidad a cumplirse a rajatabla o, simplemente, abandonar cualquier interacción social hasta las Navidades. ¿Ustedes?”, planteaba. Unos días después, el propio Iván Noble contestaba con lucidez a los *outsiders* que no podían comprender la carga de insomnio y angustia que estaban padeciendo los hinchas de ambos clubes en esos días esquizofrénicos: “Para quienes gustamos del fútbol, pienso que es el último reducto de infancia que nos queda. Solo la pelota nos permite recordar a los niños que fuimos. Por eso sufrimos estúpidamente por algo que no modifica nuestra vida ‘adulta’ ni dos milímetros”.

El repaso de datos exhibía singularidades. Boca iba por su 7ª Libertadores para igualar la marca de Independiente, el más ganador, y Guillermo por ser el primer hombre en la historia de Boca en ganar la Copa como jugador y como DT. Boca no la levantaba desde 2007 y había disputado su última final en 2012 —derrota con Corinthians—. Tenía un 60% de eficacia en finales: 6 ganadas (1977, 1978, 2000, 2001, 2003 y 2007) y 4 perdidas (1963, 1979, 2004 y 2012). River la había levantado hacía tres años, no perdía una final desde 1976 y poseía el mismo 60% de eficacia que su rival en finales: 3 ganadas (1986, 1996 y 2015) y 2 perdidas (1966 y 1976). Gallardo, quien ya había sido aceptado en el selecto “club de la doble”, iba por ser el primer DT en la historia de River en ganar 2 Libertadores. Y también por igualar la cifra récord de 9 títulos como DT que ostentaba Ramón Díaz.

Para el Muñeco era su final número 12 en River (12, vaya paradoja), con 8 triunfos y 3 derrotas (Huracán, Lanús, Barcelona). Guillermo afrontaba su 2ª

final en Boca: la anterior la había perdido con River ese mismo año. A los hinchas de River supersticiosos les preocupaba una estadística: desde su llegada al club, Gallardo ganaba 2 finales y perdía la siguiente, religiosamente. Y ahora venía de imponerse en 2 (Copa Argentina 2017 y Supercopa 2018), así que tocaba derrota.

Un dato llamativo era que se acumulaban 9 superclásicos consecutivos sin que se impusiera el local, desde el 1-0 de la Libertadores 2015 en Núñez, con el gol de Carlos Sánchez. Con los hechos consumados, habría que sumarle 2, ahora. En sentido opuesto, los optimistas de los números se defendían con un argumento que consideraban irrefutable: sumaban las 7 Libertadores ganadas por Independiente, las 6 de Boca, las 4 de Estudiantes, las 3 de River y las únicas obtenidas por Racing, San Lorenzo, Vélez y Argentinos Juniors y les daba 24. La Copa número 25 ganada por un argentino no podía ser para otro equipo que no fuera River. El 25, en la quiniela, es la Gallina.

Por esos días, una encuesta realizada por los alumnos de la escuela Deportea entre 3.092 personas indicaba que el 67% de los hinchas neutrales —dos de cada tres— quería que ganara River.

“No tengo entradas”, puso D’Onofrio como imagen en su perfil de WhatsApp, cuando faltaban diecisiete días para el partido en el Monumental. Por esos días de especulaciones de todo tipo y color, se viralizó un video en el que se afirmaba que D’Onofrio había vendido la final a Boca, a la Conmebol y a Macri a cambio de que le cedieran los terrenos para la construcción de un nuevo estadio. Que al perder River la final en su casa, la gente no iba a querer saber más nada con su cancha y la demolición del Monumental sería cuestión de días. Un disparate absoluto que el tiempo lo colocó en su merecido lugar, aunque muchos hinchas de River lo pasaron mal y sintieron un escalofrío en esos días, porque en ese video había hechos ciertos, como la flamante incorporación de Qatar Airways como sponsor de la Conmebol. El mismo de Boca.

Durante la vigilia interminable se multiplicaron las declaraciones. Resultó llamativa la agresividad de ciertos protagonistas de Boca y la certeza que intentaron irradiar por un inevitable triunfo. Como si pretendieran aniquilar, con expresiones grandilocuentes, las dudas de un equipo que casi nunca jugó bien y que padecía la paternidad moderna de River. “Esta vez se nos tiene que dar, este culón de Gallardo…”, se le escapó a Macri en una visita a un laboratorio. “Les aseguro que nos vamos a quedar con la Copa”, afirmó Marcelo London, asesor de Angelici. “Siempre vamos a recordarles el descenso” (Márcico). “Gallardo es un llorón, se está atajando por si pierden” (Vicente Pernía). “Les rompemos bien el orto, les ganamos 2-0” (Juan Carlos Crespi). “Si Boca llega a la final, no le gana ni Francia” (Royco Ferrari, vicepresidente). “Hay que romperles la cabeza a las gallinas” (Giunta). “Les diría que sean felices, que jueguen con responsabilidad y… rómpanle el culo a River” (Serna, en una charla cerrada). Mientras Felipe Benedetto, hijo del goleador, aparecía disfrazado de fantasmita en redes sociales —foto subida por su madre—, en la cuenta oficial de Twitter de Boca se reproducía un video en el que hablaba Riquelme y se subtitulaba “Riber”. Aunque el video no había sido editado por el club, este tampoco lo eliminó de su cuenta después del revuelo generado. River respondió con un perfil superbajo. La última frase picante había sido la de Pratto —“River tiene más carácter que Boca”— de hacía más de dos meses y que le valió un chas chas de Gallardo.

Desde la dirigencia de Boca también se intentó imponer un clima hostil. Se le prohibió a River decorar el vestuario visitante de la Bombonera con banderas, como otras veces, con el pretexto de que incitaba a la violencia. También se anunció que se colocarían inhibidores de señal telefónica, para que el Muñeco no pudiera tener contacto con los jugadores y sus colaboradores. Se llegó al límite de la provocación con la requisa que la policía hizo en el vestuario de River antes del partido. Nunca visto en la historia del fútbol: perros y policías buscando quién sabe qué —¿un Gallardo

para armar?— en los baúles de la utilería.

Le escribí a Buján el lunes 5 de noviembre a la mañana, arranque de la semana, para medir la sensación térmica.

—Hola Diego! Acá la vamos llevando, manteniéndonos ocupados para no pensar demasiado —contestó, y corroboré que son tipos de carne y hueso.

Ese lunes, dos días después de conocida su sanción, Gallardo estaba indignadísimo por lo que consideraba una persecución de la Conmebol y de los medios. Quienes lo conocen bien cuentan que el sábado a la noche, al conocer la sanción, estaba destrozado y no pudo pegar un ojo. Se sentía humillado. Pareció una mojada de oreja de la Conmebol por su postura de no viajar a Paraguay a declarar por el *affaire* Porto Alegre —lo hizo por videoconferencia—. El domingo arrancó igual: tirado en la cama, muy mal, sin ganas de salir. Cuesta imaginarlo así, pero así estaba. Lo activó un asado familiar, y ya el lunes era el de siempre. Enojado, pero mostrando los dientes, con ganas de pelear. Empezaba la cuenta regresiva para el partido de ida, tenía que enfrentar al plantel, y ya sabemos que al hombre le cuesta disimular sus emociones.

—Muchachos, ¿ven esta cara de culo? Es porque estoy recaliente con la sanción, que ni siquiera me dejen ir a la cancha de Boca. No lo puedo creer. Les quería avisar para que sepan qué me pasa, pero ya se me va a ir —fue directo con su plantel.

En nuestro primer encuentro de 2019, uno de los temas que charlamos fue justamente cómo se sintió en esos días.

—Estaba muy enojado, venía de esa tapa de *Clarín* en la que decían que me iban a sancionar con más de seis meses, le dieron mucha manija al tema en varios medios. Sentía que no era casual, que el poder bajaba una línea para desgastar, para desestabilizar. Y en esos casos, si vos no estás sólido, te

llevan puesto. Tenía mucha furia, y se lo transmití a los jugadores para que lo supieran. Al otro día ya estaba mejor, enfocado en el partido.

—¿Vos querías jugar contra Boca? Para muchos hinchas de River era arriesgar las 3 eliminaciones anteriores.

—¿Por qué no arriesgarlo? ¿Por qué no? —lo repite otras tres veces—. ¿Cuántas posibilidades tenés en la vida de que te suceda algo así? ¿Y vas a decir “no, porque no quiero perder lo pasado”?

—Pero ¿no tenías miedo a una derrota? ¿No se te cruzó por la cabeza?

—¿Por qué debo tener miedo a la derrota? ¿Por qué tiene que ser más fuerte el miedo a la derrota que el deseo de ganar? ¿Por qué? Decime. Te hago esas preguntas porque así como se piensa en esto, se piensa en la vida.

—Después de pasar a Gremio, ¿quién querías que ganara, Boca o Palmeiras?

—Si perdía Boca, mejor, obvio, pero después, padecer esa final, no. Yo empecé a vivir la final, no a padecerla, no dije: “Uy, la puta madre, mirá si ahora perdemos”. Eso habría sido tremendo. Si yo hubiese pensado eso, ¿qué mensaje les estaría bajando a mis jugadores? Porque además, si lo siento, ¿cómo hago para camuflarlo? ¿Cómo hago para dar un mensaje así a mis jugadores: “Justo esto, qué mala suerte, mirá si llegamos a perder este partido”? Al contrario. Hablé mucho con mis jugadores en esos días. Les dije que lo tomaran como una posibilidad única, no como un “pufff, ¡qué va a pasar el día de mañana si perdemos!”. Aparte, yo notaba que estábamos bien.

—¿En qué lo notabas?

—En los comportamientos, en la convivencia. Nosotros disfrutamos mucho del día a día. Cuando fuimos a la cancha de Boca, sabíamos que algo bueno iba a pasar.

—¿Por qué?

—Porque había seguridad. Bueno, después el resultado puede ser en contra, pero vos vas pisando seguro, viste, vas pisando fuerte, no vas con un

“uy, a ver qué va a pasar”, que esto, que lo otro —otra de las muletillas de Marcelo—. El resultado puede ser negativo, pero lo importante es ir así, ir con esa postura, y no es una postura forzada, eh. A la cancha de Boca fuimos con seguridad y volvimos más fortalecidos todavía. Y eso se notaba. Y por eso las ganas de jugar en nuestra cancha, con nuestro público, ¿viste que ellos se agarraban de “si ganamos allá va a ser algo histórico”? Pero ¡había que ganar en la cancha de River, eh! Se querían agarrar de algo. Quisieron hacer creer que el resultado del primer partido había sido muy bueno para ellos y la verdad que no.

Nos estamos adelantando a los hechos, así que volvemos.

“En casa hay que ganar” y “Personalidad no va a faltar” fueron las frases más salientes de Guillermo en la conferencia del miércoles 7 de noviembre, antes de concentrar en el hotel Intercontinental, el búnker copero de la época gloriosa de Bianchi. El presidente Angelici se concentró junto al plantel como un jugador más.

Del otro lado, River se instaló en Cardales, y Gallardo decidió no hablar. El que sí lo hizo fue D’Onofrio. “¿De dónde sale esto de aplicarle el derecho de admisión a Gallardo? Incumplió un reglamento y debe ser sancionado, pero no llegar a este extremo en el que es tratado casi como un delincuente. Nuestra Constitución Nacional establece que una persona puede transitar libremente por donde quiera. Gallardo no tuvo problemas con un referí y no solo no puede estar en el campo de juego, sino tampoco en el vestuario ni en la cancha. No exageremos ¡Pónganle una multa al club, no al DT! Si fuera Marcelo, me sentiría muy mal”.

El viernes 9 de noviembre, las dudas en la formación de River pasaban por si Zuculini o Nacho Fernández acompañarían a Enzo Pérez en el medio —Ponzio se recuperaba del desgarro de Brasil—. En las horas previas al partido se sumó Mayada como alternativa. Ningún periodista nombró la posibilidad de cinco defensores. A las 22:30 de ese viernes le mandé un mensaje por

WhatsApp a Marcelo para desearle suerte y palpar cómo venía todo.

—Gracias, Dieguito! Todo va a estar bien —respondió con ese mensaje escueto pero lo suficientemente claro para transmitirme su seguridad, tal como me explicaría después, y escribimos líneas arriba.

—Caballo de Troya preparadoooo. Abrazo grande —fue la respuesta de Buján, la contraseña que remitía al 3-1 de 2017. Y enseguida supe que algo habían tramado, como aquella vez en que pusieron al Pity por la izquierda y armaron un desparramo. Nunca, ni en esta ocasión ni en otra, le pregunté a Marcelo, a Buján, a Biscay ni a nadie del cuerpo técnico la formación antes un partido. Si iba a poner a Fulano o si Mengano tenía chances. Con mis mensajes solo intentaba entender, percibir sus sensaciones y sumar para este libro, y no tener el dato para dar una primicia que, además, traicionaría la confianza mutua establecida —y que, por otro lado, tampoco me iban a dar—. Pero cuando el Pollo escribió "Caballo de Troya", imaginé que habían planeado algo especial. Y así fue nomás, porque los 30 minutos iniciales del primer tiempo en la Bombonera, al igual que en 2017, fueron una paliza. Estuve en la Bombonera y me asombraron los 20, 30 o 40 metros libres que a veces tenían Montiel y Casco para recorrer sin marcas a las espaldas de los volantes boquenses.

El sábado 10 de noviembre, el superclásico llegó a la portada del diario español *Marca*, con los escudos de River y Boca y el título: "Decidme qué se siente". TyCSports arrancó con su transmisión en vivo —y en continuado— desde la una de la mañana, ideal para la legión de insomnes que venían arrasando con cargamentos de Rivotril en la farmacia amiga. Cuatro hinchas de Boca que viajaban desde la filial de Trelew murieron en la ruta, y un diluvio bíblico terminó cumpliéndole el deseo a Angelici: que el partido pasara al domingo. Todos coincidieron en que era imposible jugar en esas condiciones, menos Tevez, quien manifestó: "Estaba para jugarse". River le prestó a Boca tres rodillos especiales para sacar el agua más eficientemente

de cara al domingo. Boca agradeció quitándoles el escudo de River antes de utilizarlos. Folclore berreta.

A pesar de que estaba anunciada lluvia para todo el domingo, no cayó una gota y se pudo jugar normalmente. Gallardo sorprendió con la inclusión de Martínez Quarta en una línea de 3 centrales en el fondo, que le permitía al equipo atacar por las bandas con Montiel y Casco sin estar tan pendientes de su regreso. Después del 2-2, Javier Pinola declaró que se habían enterado de la formación en la charla técnica.

—¿No les decís la formación a los jugadores para que no se enteren los demás? —le pregunté a Marcelo, en 2019.

—Pinola sabía algo, porque en la semana yo había armado unos reducidos con línea de 3 y les había dicho a los tres centrales que se observaran y se comunicaran entre ellos porque no descartaba esa posibilidad. Después hicimos un entrenamiento con 14 jugadores a puertas cerradas en un salón de Cardales, para que nadie, ni siquiera los auxiliares y la gente que vive ahí, observara nada.

—¿Armaste una práctica en un salón cerrado?

—Sí, sí, en un salón cerrado. Movimientos tácticos sin pelota, coordinación de movimientos.

—¿Biscay y Buján no lo sabían?

—Ellos sí sabían, te hablé de “auxiliares”.

—¿Por qué 14 jugadores?

—Para que esos 14 jugadores no tuvieran del todo claro cómo podíamos jugar, ya que contábamos con las dos opciones. De todos modos, nosotros les pedimos a los jugadores que no cuenten.

—¿Ese esquema de 5 atrás lo pensaste para tener más cubierto el ancho de la cancha cuando atacaban tus laterales?

—Para controlar el juego por adentro y dañarlos por los costados, porque Boca tenía poder de gol, pero no volumen de juego. Con poco te podía hacer

un gol, y de hecho nos metieron dos. La idea era reforzar la marca en el centro y, a la vez, generar los ataques a partir de la superioridad de los laterales nuestros en mitad de la cancha.

—No siempre línea de 5 es defensivo.

—No, nosotros lo hicimos con la idea de que nuestros laterales jugaran en una posición bien adelantada, y en el primer tiempo se vio.

River tenía 6 jugadores al límite de amarillas; si recibían una más, se perdían la revancha: Maidana, Pinola, Enzo, Pity, Borré y Pratto. Boca contaba solo con 4 en capilla: Olaza, Pérez, Nández y Pavón. Quizá por ese motivo se jugó con bastante prudencia. Casi todos, menos Maidana, que en el minuto final tiró un guadañazo para intentar salvar el gol, poniendo el equipo por encima de su situación personal.

El domingo 11 de noviembre, River formó con Armani; Montiel, MQ, Maidana, Pinola, Casco; Pity, Enzo, Palacios; Borré y Pratto. Ponzio y Scocco, capitán y verdugo de los últimos 2 clásicos, respectivamente, no fueron ni siquiera al banco, a pesar de los rumores de último momento. Allí se sentó Julián Álvarez, con apenas 4 partidos en Primera, uno solo de titular. Boca alistó a Rossi; Jara, Izquierdoz, Magallán, Olaza; Nández, Barrios, Pérez; Villa, Wanchope, Pavón. Guillermo dejó fuera del banco a Cardona, y Zárate no entró. La diferencia de planteles era notoria.

“Nadie nos regala este partido, así que dejemos la vida por el compañero, como siempre, y esperemos lo mejor”, se llegó a escuchar que arengaba el capitán Maidana, todos en ronda abrazados, ya en la manga. Armani se sumó con unas palabras. A los suplentes y al cuerpo técnico de River les tiraron plumas desde los palcos y les mostraron globos con la letra “B”, mientras los titulares iban en filita hacia la platea opuesta, para salir juntos con los de Boca, por detrás del decorado armado. Fue evidente la postura del Pity, quien

nunca dejó de sacar la vista hacia la platea, unos 15 a 20 segundos en que los miró con ganas, como diciéndoles: “Ya los vacuné un par de veces y lo haré de vuelta, no les tengo miedo”. Enzo Pérez hizo algo similar.

En el campo, los dos planteles posaron juntos, bajo un cartel que anunciaba lo que había en juego: #JuntosPorLaGloriaEterna. La gloria eterna, sí.

A los 30 segundos, Boca ya había generado un córner y, a su salida, la pelota le dio entre la cara y la mano a Exequiel Palacios, quien por las dudas se agarró el rostro. A los 5’ presionó River, anticipó como en el gol del 1-0 por la Superliga; Magallán lo bajó al Pity por la derecha —jugó bastante por ese sector—, y Rossi tuvo su primera gran intervención descolgando del ángulo el tiro libre pateado por el 10. De ese córner, MQ cabeceó solo y la pelota se fue afuera. A los 13’, Wanchope enganchó por derecha ante Maidana y se desplomó buscando que le cobraran penal. Primer intento.

A los 15’, bien en ataque, Casco le puso un gran centro a Borré, y su cabezazo concluyó con una magistral atajada de Rossi abajo. Tercera llegada en un cuarto de hora. A los 22’ se produjo el único conato de agresión entre los jugadores, con un par de empujones y manotazos en el rostro: empezaron Casco y Villa, y luego se metieron Jara y Barrios. Quedó en nada.

A los 26’ ingresó Benedetto por el desgarrado Pavón, y a los 33’, en su primera llegada a fondo y después de una gran acción colectiva iniciada en la derecha, Boca anotó el 1-0. Tuvo algo de fortuna porque, al enganchar Wanchope para sacarse de encima a MQ, la pelota pegó justo en el botín izquierdo del defensor y le quedó servida para el derechazo al arco. Armani no llegó a sacar los brazos, la pelota dio en su pecho, y luego del rebote, Wanchope gatilló de zurda, ante la volada clásica con los pies hacia adelante de Maidana para bloquearlo. No llegó por muy poquito. Armani puso las manos, sintió el impactó del balón, pero se le metió por el huequito del primer palo. Gol de Boca.

“Al fin, ahora sí”, pensó seguramente Guillermo, y también Gustavo. Y lo

mismo habrán imaginado jugadores, hinchas, dirigentes, relatores partidarios, todos. Al fin, Boca vulneraba la valla invicta de River en los duelos directos de la era Gallardo. En cinco partidos y medio, Boca no había logrado convertirle un solo gol: 0-0 y 0-1 en Sudamericana; 0-1 y 0-0 en Libertadores; 0-2 por Supercopa. Lo que no pudo Gigliotti de penal ni Calleri mano a mano ni Fabra delante de Armani, lo conseguía al fin Wanchope. Boca había alcanzado lo más difícil: el gol que se negaba. El gol liberador. El gol que cortaba la mufa. El gol que iba a hacer la diferencia en un duelo hipotéticamente muy cerrado, como lo había logrado River en 2014, 2015 y 2018. Ahora solo había que cuidarlo.

El zurdazo de Wanchope traspasó la línea del arco a los 33’12”. A los 34’51” movió Borré para el Pity. El zurdo cruzó la mediacancha y le metió el pase filtrado a Pratto. En el camino, la pelota se encontró con los pies de Izquierdoz que, confundidos, se la llevaron por delante y se la dejaron servida al Oso, en el pasillo que había dejado libre Magallán por salir a apretar a Borré. A los 35 clavados, el derechazo del tambaleante Pratto se metió justito entre el manotazo de Rossi y su palo derecho. Duró más el festejo de Boca (1 minuto y 39 segundos) que el tiempo que le llevó a River empatar (9 segundos). La ilusión del gol que marcaría la diferencia en una serie cerrada, y que se le había negado durante 5 partidos y medio, le duró a Boca 9 segundos. Increíble.

Pratto hizo la mímica de motoneta, enfiló para la platea más cercana y enseguida cambió de rumbo hacia el banco de suplentes. Lo esperaba Poroto Lux dentro del campo, a grito pelado, y lo envolvió entre los brazos —¡hay que envolver al Oso, eh!—. Mientras en el banco de suplentes de River todos se abrazaban con todos, Matías Biscay apretó un poquito los puños y soltó un “bien”. De la escuela de Barovero, parece. “Después de esto, algo más tiene que venir”, había pensado Buján, en la madrugada de Porto Alegre, tras el milagro, sintiendo que esta historia no podía no tener un final feliz. Con ese

empate exprés del Oso fortaleció su creencia.

A los 39’, Villa se tiró en la puerta del área, pero el chileno Roberto Tobar no compró, y a los 40’, Montiel llegó hasta el fondo, levantó la cabeza, tiró el centro atrás y el Pity sacó su clásico latigazo de zurda, que Rossi rechazó con los pies. Hubiese sido un calco de los dos goles anteriores del Pity en la Bombonera —mismo arco, mismo sector, misma zurda—, pero esta vez le pegó después de que la pelota picara. Por muy poquito no se coló entre las piernas de Rossi.

Tobar dio 3 minutos adicionales y le cobró a MQ una falta dudosa sobre Benedetto. Villa tiró un centro llovido, anunciado, y el propio Benedetto la clavó en un ángulo de cabeza, de espaldas, ante la marca de Borré. Todos los goles valen uno, y todos impactan en el equipo que los ha recibido, pero los psicólogos especializados en deporte explican, sosteniéndose en estadísticas, que los goles recibidos al final del primer tiempo o en los comienzos de cada período tienen un efecto psicológico fuerte sobre los protagonistas. De irse igualados o vencedores al vestuario, de golpe deben asumir otra realidad durante 15 minutos. Pero este River tiene una mentalidad granítica. Desafía estadísticas, estudios y lo que venga. Lo demostraría en la Bombonera y en Madrid.

Cuando Guillermo cruzó el campo antes del inicio de la segunda parte, escuchó el “Guilleeeeermo, Guilleeeermo” entonado por el estadio. El Mellizo levantó el puño derecho varias veces, sintiéndose plenamente ganador por primera vez. Tenía a su bestia negra tirada en el piso. Solo faltaba meterle la estocada definitiva.

A los 2’ del segundo tiempo, Wanchope se desplomó dentro del área cuando Pinola lo marcaba de atrás. Desde el césped le hizo a Tobar el gesto del VAR, pero el juez chileno no compró y lo amonestó por simular.

A los 5’, Villa encaró por la izquierda, enganchó para entrar en el área, Maidana le cruzó el brazo y el colombiano se zambulló, intentando otra vez

que le cobraran penal a favor. Parecía una estrategia.

A los 10’, River tuvo su primer avance, con Montiel llegando clarito otra vez al área rival, pero dudó en patear y su remate terminó rebotando en un defensor. A los 12’ entró Nacho Fernández por MQ y, un minuto después, un zurdazo de Casco rozó el ángulo del arco de Rossi. A los 14’, Boca estuvo cerca del 3-1: un nuevo centro frontal de Villa no pudo ser pellizcado por Izquierdoz, después de que el balón sobrara a Pinola, quien estaba más pendiente del hombre que de la pelota.

Tras esa jugada, a los 15’, se produjo el 2-2: Pablo Pérez le cometió una falta innecesaria a Nacho Fernández, quien venía perdiendo el equilibrio y estaba bastante cerca del lateral y lejos del arco. El Pity le pegó fuerte y con rosca, como en Porto Alegre, e Izquierdoz, forzado por Pratto, terminó peinándola y clavándola abajo. Mientras un par de compañeros se tiraba encima de Pratto, quien había aterrizado cerca del córner, Biscay se dio un breve abrazo con Bombicino, metió puños apretados y siguió como si nada.

A los 25’ llamaron a Tevez, y el Apache se sentó en el banco, entre Guillermo y Gustavo. “Es la Copa, la final para la que vos viniste, ganala”, intentó motivarlo el DT, al que se lo veía despatarrado en el banco sin demasiadas energías. Entró a los 27’ por Villa.

A los 31’, Borré bajó a Tevez y fue amonestado. Al darse cuenta de que se perdía la revancha, el colombiano le hizo un gesto al juez con el brazo, acompañándolo con alguna palabrita. Tobar estaba de espaldas y por eso zafó de la roja. A los 32’ entró Juanfer por el Pity, y a los 35’, Casco tiró un buscapiés desde la izquierda, y Pratto la enganchó de taco. Se fue desviada. Si terminaba en gol, los 14 millones de dólares pasaban a ser una promo de La Salada.

A los 37’ entró Buffarini por el lesionado Jara, y a los 44’37”, Armani evitó la derrota, tapando con su muslo izquierdo la definición de primera de Benedetto. La jugada la había iniciado Tevez, y después de una pared con

Wanchope, el Apache pudo sostenerse en pie pese al guadañazo de Maidana: la tocó al medio, y cuando Benedetto levantó la cabeza, ya lo tenía encima al gigante de Casilda. Si Joni lo llegaba a tumbar a Tevez, era roja. Zafó porque el Apache no se cayó. De todos modos debió ser amonestado, ya que el reglamento habla de “dar o intentar dar”. Si lo amonestaban, se perdía la revancha. Tobar, de excelente desempeño, en esta falló.

En los 5 minutos de descuento, Wanchope se tiró por tercera vez a la pileta al intentar entrar en el área por el medio, frente a Pinola. Apenas sonó el pitazo final, Guillermo y Gustavo se acercaron al círculo central para arengar a sus jugadores. Tevez se excedió en el tono: a Izquierdoz lo increpó nítidamente mientras lo miraba a los ojos. El defensor, que se había metido un gol y medio en contra y lucía demacrado, prefirió mirar para otro lado. “¡Hijos de puta, no estamos muertos todavía, con la cabeza arriba la puta madre!”, les gritó el Apache, buscando posicionarse como reserva espiritual del grupo e iniciando una carrera para tratar de ganarse un lugar en la revancha.

—¿Guillermo, primera sensación del partido? —le preguntó Marcelo Benedetto, antes de que se metiera en el túnel.

—Tendríamos que haber ganado.

Todavía en el campo, el Pity no solo se refirió al partido, con Juanky Jurado, de Fox. “Les quiero mandar un abrazo grande a las familias de los chicos de Boca fallecidos. Fue muy triste”, lamentó el Pity, dejando en claro que puede desafiarlos con su mirada, pero que para cuestiones humanas no hay banderas.

“Ataques de pánico y sensación de angustia” fue el diagnóstico de la mayoría de los 100 atendidos ese domingo en postas médicas de la Bombonera, por problemas de presión y descompensación, según detalló Guillermo Bortman, director médico de Boca. La cantidad fue el doble de lo habitual.

“No me siento cómodo, estoy ocupando un lugar que no me corresponde, Marcelo es el que debería estar sentado aquí”, inició su conferencia Biscay, máster en filosofía zen. “Todavía no hablé con Marcelo, creo que había inhibidores de señal. Parece que vino el FBI, y no nos pudimos comunicar aún”, hizo gala de la ironía, por el triste show que se había montado con perros y policías en el vestuario.

“En la cancha de River vamos a ganar y la vuelta… y la vuelta vamo’ a dar.” Enfrentados en todo, hubo un punto en que hinchas de River y Boca coincidieron: en entonar el mismo cantito casi a la misma hora. Los de Boca lo hicieron sin demasiada convicción, retirándose de la Bombonera. Los de River, en el playón de la San Martín, sintiendo que se habían plantado con personalidad ante circunstancias muy adversas, levantado dos veces el resultado y zafando con la última tapada de Armani.

El DT había visto el partido en la concentración del Monumental en compañía de Mariano Barnao. Ellos dos y nadie más. “Muchachos, no se enojan si lo van a ver a otro lado y nos dejan solos”, les pidió Barnao, con la mejor onda, a los dos mozos que ya estaban terminando de trabajar. Antes, el Muñeco había saludado uno por uno a sus jugadores con un choque de palmas en la antesala de la concentración. Es un pequeño *lobby*, decorado con una foto grande del plantel en la consagración de la Libertadores 2015. Luego está el ascensor y la escalera. Bajaron repartidos.

Barnao y Gallardo se sentaron en dos sillas frente al plasma del comedor, en una de las cinco mesas en las que suelen alimentarse los jugadores —también hay una grande, larga, en la que comen los dirigentes e integrantes del cuerpo técnico—. Cada uno con su iPad, unas hojitas en blanco y biromes para buscar datos o anotar situaciones del partido. Vieron la llegada del plantel a la Boca —por reglamento de Conmebol deben estar una hora y

media antes del pitazo inicial—, algo de la previa y, cuando faltaba cerca de una hora, Gallardo le dijo al secretario técnico: “Marian, ¿jugamos un rato al ping pong?”. El Muñeco ganó los dos partidos, luego fue un rato a su habitación —es el único que duerme solo en la concentración— y se preparó para ver el partido.

“Fue horrible, una sensación que no le deseo a ningún entrenador”, confesaría luego el DT, pero más allá de los sentimientos de angustia e injusticia que lo invadían, el partido en sí lo vivió con tranquilidad. No era el Tano Pasman. En los goles gritó un “¡Vamos, carajo!”, se paró y se abrazó con Barnao. Y en el final hicieron lo mismo: un apretón de satisfacción mesurada. No habían pasado ni cinco minutos del final que el playón de la San Martín ya estaba lleno de socios que habían mirado el partido en la confitería. Barnao se asomó a la ventana para tomar un poco de aire y, al ver la multitud, se lo comentó a Marcelo. El DT hizo lo mismo y explotó la gente, que empezó a cantar y a requerir la presencia de su líder. Entonces, ahí, Gallardo decidió salir al balcón, como Perón, alzó el puño, cantó con ellos y agradeció el apoyo. Al volver a ingresar al comedor, el abrazo del Muñeco y su secretario técnico fue con una carga emocional más fuerte.

Le pregunté a Marcelo si había estado conectado con Biscay, Buján u algún otro colaborador durante el partido. Me miró y no emitió palabra. Repregunté, y siguió callado, por lo que decidí no insistir. Conociendo al personaje me cuesta creer que se haya resignado a no comunicarse con su equipo de trabajo, más allá de que los hipotéticos cambios hubieran sido charlados con Biscay y Buján en la previa y que los tres tiran paredes con los ojos cerrados por tantas horas de convivencia y charlas futboleras. Se conocen de memoria.

Un rato después de sellado el 2-2 le escribí a Buján remarcándole que en buena parte del primer tiempo me había acordado de su Caballo de Troya. Y le pasé una foto en la que se lo ve sentado en una heladerita, a lo Bielsa, al

lado de Biscay.

—Qué hacés Diego? Acá saliendo del Monumental. Es que no se veía una mierda, me senté en el banco, cabeceaba para un lado y para el otro, y justo vi la heladera esa, y dije listoooooo, y me clavé todo el partido ahí. Por suerte el cuarto árbitro, muy bien el tipo, en ningún momento me llamó la atención. El partido fue un electrocardiograma, los últimos 5 ni te digo, y la de Armani, para qué te voy a contar. Ahora a llegar a casa, esta noche a tomar un relajante, sacar la energía que quedó adentro, renovarla, y el miércoles, porque volvemos a entrenar el miércoles, ya empezamos a cargar el tanque de nuevo y a preparar lo que viene. Abrazo grande.

El lunes 12 de noviembre se armó el circo mediático del expediente balcón. Que Gallardo cantó porque ya se sentía campeón y que esa actitud había despertado una rabia especial en el plantel de Boca que, ahora sí, se había juramentado ganar la Copa por ese motivo. Desopilante. Mientras el plantel de River disfrutaba de sus dos días libres, el Muñeco se reunía ese lunes en su oficina con Gustavo Grossi, a cargo de la captación del fútbol infantil, para seguir planificando el futuro —como detallamos en el capítulo del Semillero—. Indudablemente le da la cabeza para ocuparse de varios temas a la vez.

En tanto Tevez ganaba adeptos para ser titular en la revancha, en River se preguntaban quién podría reemplazar a Borré. El miércoles 14 de noviembre se supo que el uruguayo Andrés Cunha, el mismo de Gremio-River y Cruzeiro-Boca, arbitraría la finalísima.

La primera pregunta que le formularon a Gallardo el jueves 15 de noviembre, en Ezeiza, era si había convocado a esa conferencia para explicar su festejo. “Yo no convoqué a nada, muchachos, hacía diez días que no me expresaba y me imaginé que iban a querer escucharme”, fue su primera respuesta, entre incrédulo e irónico. Luego explicó qué lo impulsó a salir al balcón: “No fue una explosión de felicidad, sino un desahogo por lo que

había vivido, una expresión natural para compartir con nuestros hinchas, que vinieron dos días a apoyar al equipo emocionalmente. No creo que los jugadores de Boca se sostengan en ese chiquitaje mediocre de que nos consideramos ganadores. Así que lo que quieran inventar, el chiquitaje absurdo, es problema de los demás". Chiquitaje. Me acordé de las pastillas de chiquitolina del Chapulín Colorado.

"Fue muy lindo sentirme representado por los jugadores y por mi equipo de trabajo. No creo que muchos hayan tenido la postura de salir a buscar el partido allí, como hicimos en el primer tiempo. Eso me condujo a un estado de satisfacción", se entusiasmó el Muñeco. También dijo:

- "Lo felicité a Matías (Biscay) porque claramente es un gran profesional, como todo mi equipo de trabajo. Se la ha bancado muy bien, hicieron un trabajo espectacular."
- "Viví los primeros días de la semana pasada con cierta angustia por no poder acompañar a mi equipo, pero después me dije: 'Ahora enfocate y pensá solo en el partido'. Los días previos al partido dormí muy bien, ocho horas, no suele pasarme, ahora ya estoy en las cuatro o cinco horas de siempre."
- "Me parece para remarcar, y fue muy loable, que se ha visto una buena final de fútbol, con dos equipos con intenciones de ganar el partido. Fue lo más sorprendente."
- "Pratto merecía hacer un gol importante." (¿Por qué no dos?)
- "Boca tuvo la oportunidad de jugar con su gente, de ganarlo, y no lo hizo. Hubiese sido injusto irnos sin nada. Ahora tenemos la oportunidad nosotros en nuestra casa. Y vamos a intentarlo."

El viernes 16 de noviembre, Argentina le ganó 2-0 a México el primero de los amistosos de fecha FIFA —siempre tan oportunos estos partidos—, en

Córdoba, con un gol de Ramiro Funes Mori de cabeza. A México lo dirigía interinamente el Tuca Ferreti, DT de Tigres en la Libertadores 2015 perdida ante River. Ese hombre soñará con el Mellizo elevándose.

El sábado 17 de noviembre, mientras que River postergaba su partido ante Unión, Boca eligió jugar con Patronato, ya que Guillermo quería probar a Andrada luego de su fractura. Ganó 1-0 con un gol de Espinoza a los 81’, tras una jugada armada por Tevez. La gente lo ovacionó, y Tevez declaró que, cuando le tocó jugar con Wanchope y Benedetto, se sintió muy cómodo. En criollo: se autopostuló para la revancha.

El lunes 19 de noviembre, el plantel de Boca escuchó la charla motivacional que le brindó Carlitos Páez —sobreviviente del equipo de rugby uruguayo que cayó en la cordillera de los Andes en 1972—, mientras Gallardo participaba de un partido benéfico en el Club Laureles Argentinos, en Merlo, su pago chico. Marcelo nunca había jugado en Laureles, en realidad era su rival, porque él defendió la camiseta de Once Colegiales y de Nahuel. Sin embargo, dio el presente porque el barrio siempre le tira; allí siguen viviendo su padre y sus hermanas. Y porque lo necesitaban para recaudar. Estuve en la canchita esa tarde, con un clima muy especial de cara a la revancha copera. Había una sola tribuna lateral, de 6 escalones, y estaba repleta. El Muñeco llevó camisetas para hacer un sorteo, firmó autógrafos, se sacó fotos, siempre con una sonrisa, recibió el afecto de la gente y la rompió en el partido, con una camiseta que llevaba la leyenda “Transformando realidades” —vaya si transformó la de River—. Metió 4 goles y no se cansó de correr y tocar. “Gracias por estar, es una emoción para mí volver al barrio”, se despidió, cortito y genuino, antes de zambullirse en la salida, de la mano de sus hijos menores. Debido a su presencia se recaudaron 150 mil pesos, una fortuna para un club de barrio, que utilizarían para ayudar a los chicos de la zona.

Le mandé a Buján un video de allí mismo, con hinchas de River tocando el

bombo y cantando de cara al partido ante Boca.

—Lo único que falta es que no seamos locales en Merlo! —me hizo reír con su respuesta.

El martes 20 de noviembre, Argentina le ganó 2-0 a México el segundo amistoso, con goles de Icardi y Dybala, estrenos goleadores para ambos en la Selección. Ese martes, Scocco recibió el alta médica, pero un día después, el miércoles, se resintió y quedó descartado para la revancha. Mientras River casi no contaba con opciones para reemplazarlo, Boca disponía de 7 hombres de ataque para armar la fórmula que deseara: Benedetto, Wanchope, Zárate, Villa, Tevez, Cardona y Espinoza, de buen presente.

El jueves 22 de noviembre, Boca metió 60 mil hinchas en la Bombonera para ver unos minutos de práctica abierta y otros 20 mil se quedaron afuera. Estuve esa tarde en el estadio, cubriéndolo para Cadena 3, y no ocurrió una tragedia de milagro: la gente saltaba los molinetes, y muchos se acomodaron en lugares prohibidos, parados arriba de las cabinas de radio y taponando los accesos. El desborde fue tal que la Bombonera terminó con faja de clausura. “Jugadores, jugadores, no se los decimos más, la Copa Libertadores, de la Boca no se va”, fue uno de los cantitos más entonados. Me llamó la atención: más que de apoyo sonaba amenazante.

Ya sobre la revancha intercambié mensajes con un periodista amigo hincha de Boca, siempre lúcido y certero en sus análisis. Le pregunté cómo la veía. “Opino igual que antes de la ida: hay mucha diferencia entre los equipos y de milagro no se definió el otro día en la primera media hora. No creo que las cosas cambien para la revancha. Para mí no es 50 y 50, por la localía y por el nivel de River. Es triste para mí, como hincha de Boca, que este partido histórico nos haya tocado contra uno de los mejores River de todos los tiempos. Cualquier hincha de Boca con dos dedos de frente tiene muy asumido que nuestro equipo no es tal, que llegó hasta acá por jugadas. Este año no escuché a un solo plateísta hablar bien del equipo. Elogian a un par de

jugadores, pero nadie dijo: ‘Qué equipo tenemos’. Por eso creo que vamos a perder.” Me pidió que lo eximiera de nombrarlo.

Mientras la Subcomisión del hincha de River, siempre muy activa y original, estaba vez avisaba que no habría mosaico y pedía que todos fueran al Monumental con la camiseta titular, florecían en redes sociales numerosas ideas para que el Muñeco pudiera estar con sus jugadores. Desde un Skype al vestuario en pantalla gigante, a 50 mil caretas del Muñeco diseminadas en el estadio para hacer la gran Casa de Papel —todos somos ladrones, todos somos Gallardo— hasta contemplar la posibilidad de mensajes a cargo de la voz del estadio: “Rogamos a los hinchas de la Centenario alta que se bajen del alambrado y a Nacho Fernández que ajuste la marca sobre Nández”. Genial.

El sábado 24 de noviembre, a las cinco de la tarde, con una temperatura muy agradable que rondaba los 24 grados, estaba todo dispuesto para que el Monumental consagrara al campeón de América. Para Marcelo era una fecha muy especial: se cumplían cuatro años del fallecimiento de su madre, Ana, quien lo había tenido a los 17 años. “Los ojos de la madre”, fue el título del prólogo de papá Máximo, en *Gallardo Monumental*, haciendo referencia a su hijo varón. El Muñeco sentía —siente en realidad— devoción por su mamá. Heredó su carácter, su personalidad. “Pasó algo muy loco cuando salieron las fechas de las finales y vi que el 24 de noviembre se jugaba la vuelta, sentí que era una señal de no sé quién, justo el aniversario de mi vieja”, me confesó. El destino, esta vez, terminó haciéndole un guiño: hubiera sido extraño celebrar cada 24 de noviembre un hecho tan triste y otro tan feliz al mismo tiempo.

De lo ocurrido el sábado 24 de noviembre se hicieron múltiples especulaciones. En River están convencidos de que los jugadores de Boca exageraron. Que producida la apedreada, la línea bajada por la dirigencia fue

esa. Tenían en bandeja la posibilidad soñada para cobrarse la deuda del gas pimienta. El secretario Christian Gribaudo, con intención de ser el candidato del oficialismo en las elecciones de fin de año —Angelici no puede presentarse—, buscó sacar rédito populista y agarró esa bandera.

Era raro: antes de entrar en el vestuario, tras bajarse del micro, Pablo Pérez relató en la tele lo que habían vivido, pero dijo que se encontraban bien, un poco irritados y nada más. A las dos horas apareció con un parche gigante en el ojo, de regreso del Sanatorio Otamendi, donde los informes médicos, esa tarde y las siguientes, fueron firmados por Heriberto Marotta, codirector del Servicio de Oftalmología del Otamendi y vocal de la Comisión Directiva Boca. En el vestuario visitante, los jugadores se resistían a ser revisados y mantuvieron entredichos con los médicos de la Conmebol. “Los jugadores del club Boca Juniors sufrieron lesiones de piel superficiales en miembro superior, miembro inferior, facial y tronco, del mismo modo dos jugadores refirieron lesiones en la córnea, las cuales no se pudieron confirmar por nuestro cuerpo médico. Debido a esta situación, consideramos que desde el punto de vista médico no existe una causal para la suspensión del encuentro”, fue la carta dirigida a Alejandro Domínguez, presidente de la Conmebol, firmada por los médicos Osvaldo Pangrazio, Francisco Mateu, Jorge Pagura y José Veloso. La carta fue difundida por ESPN, una señal de prestigio internacional.

Desde un primer momento, Gallardo le dejó en claro a D’Onofrio su postura de no jugar. “Lo dije a las cuatro de la tarde, no a las siete. Me parecía que el partido no tenía que jugarse. No podíamos hacerlo si los jugadores de Boca estaban dañados física o psíquicamente. Me pareció una situación de sentido común: transmití lo que sentía”, explicaría Gallardo, una vez suspendido el partido, en Fox. No quería enfrentar a un rival disminuido, ni tampoco darle a Boca un pretexto para esgrimir ante una posible derrota. Quería ganarle bien, sin excusas. “¡Y no es la final del mundo, muchachos, es

la final de la Copa Libertadores de América!”, aprovechó el DT para pegarles un palito a los periodistas, por la consigna con la que venían machacando al anunciar la final. Al Muñeco no le perdonarían semejante irreverencia y se la facturarían en los días siguientes criticándole todo.

Pero eso ocurrió después. Antes, la dirigencia de ambos clubes, el presidente de la Conmebol y hasta Gianni Infantino, el de la FIFA, se juntaron en las entrañas del Monumental mientras el partido se iba pasando de horario. Gago y Tevez salieron del vestuario para denunciar ante la prensa que ellos no estaban en condiciones de jugar, pero que los obligaban. Cuando Cunha y sus asistentes saltaron al campo del juego para hacer la entrada en calor, las tribunas del Monumental explotaron como si se tratara de un gol de River: era la señal de que el partido se jugaba. Enseguida entró el profe Valdecantos, de Boca, el viejo conocido del Muñeco en Nacional, para poner los conitos y preparar la puesta a punto de sus jugadores. Fueron unos minutos de exaltación furibunda: un estadio repleto hasta el último pasillo cantó y bailó en continuado, porque el hincha sentía, después de tanta incertidumbre, que ese partido soñado se jugaría allí mismo en un rato. Pero no.

A diferencia de la actitud de los jugadores de Boca, que en 2015 se pusieron en posición de metegol —o pizarrón— para reiniciar el segundo tiempo, cuando sus colegas seguían bajo los efectos del gas pimienta; esta vez, River se solidarizó con Boca y pidió que no se jugara, a pesar del énfasis de Conmebol por hacerlo. Lo declaró el propio Domínguez al anunciar la postergación para el día siguiente: uno no podía y el otro no quería. De no ser por la actitud de River, el partido se habría jugado ese sábado a las 19:30 en el Monumental. Y con Pablo Pérez, al que Guillermo ya había llamado al Otamendi para que regresara. Se sacaba el parche y entraba. Por eso sonaron muy desubicadas las declaraciones de Benedetto y Tevez, ya con el partido suspendido, de que le dieran la Copa a River o que River hacía lo que quería

en Conmebol. Era el puntapié inicial de un plan que apuntaba a que la revancha no se jugara nunca y a que Boca levantara la tan anhelada Séptima.

Como en las reuniones en el Monumental, el secretario de Boca ya había mencionado el artículo 18 para que le dieran los puntos a su equipo, D'Onofrio le hizo firmar una carta al presidente de Boca, con Domínguez como garante, de que el partido se jugaría al día siguiente a la misma hora y en igualdad de condiciones. El famoso pacto de caballeros. "Le pedí a Angelici que no haga nada raro, que garantice que se juegue mañana en nuestro estadio y con nuestro público", declararía D'Onofrio, antes de que se difundiera el contenido del pacto, para comprometerlo públicamente. Algo olfateaba.

Ya determinada la postergación, Gallardo bajó de la concentración del primer piso —recordemos que no podía estar en el vestuario— al campo de juego para charlar con Guillermo. Pretendía dejarle en claro que el partido no se había jugado debido a la actitud tomada por River. Que no quisieron sacar ventaja. Como Guillermo no estaba en el campo, el Muñeco se metió desde allí en el acceso al vestuario visitante y pidió que lo llamaran.

—Tano, vos sos testigo de que nosotros no queríamos jugar si no estábamos en igualdad de condiciones. ¿Fue así, o no, lo que planteó D'Onofrio en la reunión? —lo apuró Gallardo a Angelici, con Guillermo presente.

Además, en el campo de juego se dio una situación particular. Apenas lo vieron ingresar a Gallardo, varios jugadores, dirigentes y allegados de Boca hicieron la típica de hablar mal a sus espaldas: "¿Ahora te hacés el solidario y en 2015 fuiste a pedir los puntos a Asunción?"; "Dale, Figuretti, dejá de actuar para las cámaras". Ese tipo de comentarios. Por esas casualidades del destino, uno de los mejores amigos del Muñeco había sido contratado por una de las empresas auspiciantes de la Copa y se encontraba aún dentro del campo de juego. Así, el DT de River se enteró de lo que pensaban varios de

los hombres de Boca, con más fidelidad que si hubiera puesto 200 micrófonos en los rincones del Monumental. Un topo de lujo.

A todo esto, como los equipos habían llegado a entregar sus planillas, nos enteramos que River iba a jugar con 5 volantes —volvía Ponzio y entraba Nacho Fernández; salían MQ y el suspendido Borré—, y que Guillermo ponía a Almendra por Pavón (desgarrado), Tevez iba al banco y Cardona ni eso.

El domingo 25 de noviembre, ante el pedido de renuncia de sus hinchas y la rebelión de los referentes del plantel, Angelici deshizo el pacto de caballeros que había firmado quince horas antes y anunció, en conferencia de prensa, que no jugarían ese día y que irían a fondo con su reclamo por los puntos. Alejandro Domínguez citó a ambos presidentes para el martes en la sede de Conmebol, con el objetivo de fijar fecha y lugar para la revancha.

El lunes 26 de noviembre renunció el ministro de Seguridad porteño, Martín Ocampo, una prueba contundente que desligaba a River de la responsabilidad por el ataque al micro, y el equipo del Muñeco se preparaba para enfrentar el miércoles a Gimnasia, en Mar del Plata, en una de las semifinales de la Copa Argentina. Mientras Maradona pedía que le dieran la Copa a Boca y el presidente de Gremio declaraba que River debía ser penalizado “por dos o tres años”, se viralizaba un video del Beto Márcico asegurando que en Paraguay ya estaba todo cocinado para que le dieran la Copa a Boca en el escritorio. “Decile a Márcico que nos vemos en quince días”, me escribieron del cuerpo técnico de River, evidencia de que en el club tenían la certeza de que el partido se jugaría, mientras los cronistas que cubren Boca aseguraban que existían pruebas de sobra para que le dieran por ganada la Copa. Y que, llegado el caso de que eso no ocurriera, Boca no se iba a presentar a jugar bajo ninguna circunstancia.

El miércoles 28 de noviembre, la Conmebol anunció que la revancha se jugaría el 8 o 9 de diciembre fuera de la Argentina, *ad referendum* de lo que

decidiera el Tribunal de Disciplina en relación con el reclamo de Boca. Comenzaron a mencionarse diferentes sedes: Asunción, Miami y Medellín, pero la ciudad que más espacio ganó fue Doha (Qatar). “Si es necesario, recurriremos al TAS”, declaró Angelici, ante un posible revés en el Tribunal de Conmebol.

Esa mañana del miércoles 28, D’Onofrio habló con la prensa en el hotel Costa Galana, donde se alojaba River, y en un momento el tano calentón que lleva adentro saltó a escena para hablarle directo al otro Tano: “Lo pido encarecidamente: Angelici, vení a jugar. No somos tan buenos, jueguen, nos pueden ganar. Basta de presentar carillas, no inventes más nada. Hay que tener valores”. A la noche pediría disculpas. Más allá de las formas, estaba claro cuál era el pensamiento predominante en todo River: que Boca no quería jugar el partido.

Cerca del mediodía pasé por el Costa Galana, mientras el plantel realizaba la clásica activación de los días de partido nocturno. Y charlé con un integrante del *staff* técnico que tenía más de 15 visitas a la cancha de Boca. “¿Vos sabés cómo nos teníamos que volver todos los partidos después de jugar en la Bombonera? Tirados en el medio del pasillo del micro, y con las cortinas corridas. Nos cagaban a piedrazos. Está pésimo, pero es así. Y nunca nos quejamos. En el 96 nos tiraron desde la tribuna una barra de hielo que hundió el techo, con el micro estacionado en el playón de la Bombonera. Ni te digo en Brasil. Si se suspendieran los partidos por las piedras, no se podría jugar nunca más la Copa Libertadores, ¡no jodan!”, graficó este colaborador la impotencia que sentía todo River.

En la noche de ese miércoles, en un Minella repleto en el que no estuvieron Los Borrachos y los hinchas cantaron: “Vení a jugarlo, la puta que te parió”, River perdió por penales ante Gimnasia, después de igualar 2-2, y se abortó la chance de que disputara por tercera vez consecutiva la final de la Copa Argentina, a la vez que se quedó con una sola vía para llegar a la Libertadores

2019: ganar la edición de la Libertadores 2018. También se terminó su racha de 16 victorias consecutivas en la competición.

El Muñeco presentó el mismo once que iba a poner ante Boca, para aceitar el funcionamiento, aunque tuviera a Borré disponible. Formó con Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Enzo, Ponzio, Palacios; Nacho, Pity; Pratto. En el segundo tiempo entraron Borré por Nacho a los 19’ y Julián Álvarez por Palacios a los 45’, para patear un penal de la serie. River jugó mejor que Gimnasia, estuvo dos veces en ventaja, dispuso de un jugador de más durante 10 minutos y tuvo dos chances clarísimas para convertir el 3-1 y sellar el resultado (Nacho y Palacios), pero no lo hizo, y el Lobo lo llevó a los penales. El Pity puso el 1-0 a los 29’, empató Faravelli a los 33’. A los 39’ vio la roja Bonifacio, a los 2’ del segundo tiempo Pratto continuó con su racha goleadora, a los 5’ expulsaron a Pinola por un codazo y, a los 15’, el verdugo Silva (10 goles con 6 camisetas diferentes) puso el 2-2. El uruguayo arrancó con los penales y metió el 1-0, y luego Pratto la pinchó y su remate dio en el travesaño. Los cuatro siguientes de River fueron gol: Ponzio, Pity, Borré y Álvarez, quien tuvo la responsabilidad de ejecutar el quinto y decisivo. Si lo erraba, eliminación. Lo metió con gran calidad, abriendo el pie y colocándola contra el palo. Armani le atajó el cuarto a Ayala; fueron al uno por uno y, allí, Maidana erró el 6º, tirándola por arriba del travesaño.

“Hoy quiero hablar de este partido y no de otra cosa. Fue muy duro abstraerse de todo, pero creo que jugamos un buen partido. Se presentó favorable, pero nunca lo terminamos de cerrar. Hay que felicitar a Gimnasia”, arrancó Gallardo en la zona mixta, a un día de que se definiera el destino de la final.

Los cronistas insistieron con preguntas indirectas, y el DT expresó algo de lo que pensaba. “Creo que la final de la Copa Libertadores se va a jugar, no sabemos cuándo ni dónde, esperaremos a ver qué pasa mañana, pero tengo seguridad de que el partido se va a jugar —pasó en diez segundos del ‘creo’

moderado a la ‘seguridad’, lo que realmente sentía—. A partir de mañana empezaremos a preparar el partido, después veremos dónde jugamos. Yo lo juego en cualquier lado, pero bueno… hay que ver si Boca, o si el fallo de Conmebol primero hace que el partido se juegue y después si Boca se presenta.” En el final les hablaba, con cierta sorna, a los periodistas que cubren Boca en el día a día.

“Lo que sucedió no es un hecho aislado, sucede siempre. En todo partido de Copa sucede siempre, pero, bueno, se dio en un contexto muy particular”, dio señales de lo que pensaba, sin decirlo tan explícitamente. Lo que me había manifestado uno de sus colaboradores: que toda la vida se apedrearon micros y nunca se suspendió un partido por eso.

—¿Tenés que preparar el partido? —lo pincharon.

—Sí, obvio, con total seguridad que lo voy a preparar, porque yo estoy convencido de que lo vamos a jugar —pasó del “creo” al “seguro” y luego al “total seguridad”. Con el correr de los minutos, el Muñeco iba subiendo la temperatura y sus palabras se acercaban cada vez más a su verdadero sentir.

Cuando lo consultaron por el ingreso de Álvarez, aquel al que había semblanteado hacía tres meses haciendo jueguitos en Ezeiza, reveló: “Es un chico que viene evolucionando bien, lo quiero tener cerca y que vaya viviendo estas experiencias, lo hice patear el penal porque es un jugador que tiene jerarquía… y porque hace una semana me ganó un campeonato de penales, así que tenía fe en que no tendría ningún problema en agarrar esa responsabilidad. Y lo pateó muy bien”.

Ya en el cierre le preguntaron otra vez por el choque con Boca. “No quiero decir cosas que pienso y siento, prefiero esperar”, concluyó y se despidió con un “buenas noches”.

El jueves 29 de noviembre, la Conmebol decidió que la final se disputaría el

domingo 9 de diciembre en el estadio del Real Madrid, con hinchas de ambas parcialidades. “Copa Conquistadores de América” fue el meme que picó en punta. A River le aplicaron el máximo de multa posible (400 mil dólares) y 2 partidos sin público en 2019. Boca pataleó porque no fue escuchado su reclamo y anunció que apelaría, además de contratar a un prestigioso estudio jurídico europeo para continuar su reclamo ante el TAS (Tribunal de Arbitraje Deportivo). River explotó de bronca porque perdía la localía: había ganado los cinco partidos de las finales disputadas en su estadio (1966, 1976, 1986, 1996, 2015), pero esta vez no tendría la chance de revalidarlo.

Fueron días muy duros para la comunidad riverplatense. Para los hinchas que habían hecho dos veces un gran esfuerzo por estar en el Monumental y se perdían esa chance —ni hablar de los que habían viajado desde el interior del país e incluso desde afuera— y también para la conducción. El domingo, además, River debía enfrentar nuevamente a Gimnasia, esta vez por la Superliga. Gallardo decidió que el entrenamiento se hiciera en el Monumental, para estar al pie del cañón en el lugar donde se cocinaban las decisiones. Había que definir la logística del viaje, y el ambiente era de pesadumbre. A D’Onofrio, al borde del nocaut, su médico le había recetado reposo, y lo mandó unos días a Córdoba a desconectarse. La Conmebol entregaba 35 pasajes a Madrid, y había que dividir el grupo en dos si se viajaba en vuelo de línea. La otra chance que proponía Conmebol era que ambos equipos compartieran un chárter. Ja, ja. Barnao conocía una empresa inglesa muy buena, en la que se había trasladado el Arsenal y la selección de Brasil en Rusia 2018, y pidió cotización por la ruta Buenos Aires-Madrid-Abu Dhabi-Buenos Aires. Había que pensar en grande, tener en cuenta todas las variantes. El chárter costaba cerca de 1.400.000 dólares, y había que pedir permisos de ruta y otros detalles administrativos con tiempo. Gallardo se juntó con Barnao, D’Onofrio no aparecía, y consultaron al vice Jorge Brito, pero en casos de erogaciones tan grandes deben contar con la validación del

presidente. Había que tomar una decisión urgente porque, si no se definía ese jueves, River ya no podría salir el miércoles siguiente, como estaba planeado, y llegar un día más tarde hubiera complicado todo. En medio de esa indefinición, tal como hacía de jugador, el Muñeco se puso el equipo al hombro. “Mariano, contratemos este chárter y después vemos cómo se paga”, se la jugó, y a otra cosa. Ir en dos grupos, con el partido tan cerca, y con lo que había en juego, era ofrecer ventajas. Gallardo es bastante más que el DT de la Primera de River. Este ejemplo vuelve a ratificarlo. Además, entre ese viernes y sábado, el Muñeco dio otra muestra de su liderazgo. Fue el que se encargó de cambiar el chip en un ambiente derrotista y apesadumbrado. “Basta de llorar, basta de quejarnos, basta de victimizarnos, de que nos durmieron, basta de ¡uh, qué cagada! No. ¡Qué suerte que tenemos la chance de jugar esta final, vamos a aprovecharla, vamos a Madrid!”, empezó a arengar a todos, poniéndolos en fila: jugadores, colaboradores, dirigentes, utileros, Enzo, a todos.

Como los familiares de los jugadores estaban preocupados por conseguir pasajes, y sobraban lugares en el chárter, les ofrecieron plazas para sacarles un problema de la cabeza a los futbolistas. Que solo pensaran en el partido. Pagando cada uno lo suyo, obviamente. De los Gallardo viajaron su papá, su mujer y sus dos hijos menores (Nahuel lo hizo como integrante del plantel), pero lo hicieron por su cuenta, no en el chárter.

Ese mismo viernes 30 de noviembre, Gallardo dio la lista de concentrados para jugar con Gimnasia, con 13 de los 18 futbolistas surgidos de las inferiores. El día siguiente, el club mandó una carta a la Conmebol considerando “una decisión desigual, inequitativa y perjudicial” la quita de la localía.

El domingo 2 de diciembre, Boca le ganó 1-0 a Independiente en Avellaneda con un gol de Cardona y un polémico arbitraje de Darío Herrera. Luego, River venció 3-1 a Gimnasia en el Monumental, con Julián Álvarez

como titular por primera vez y con los estrenos oficiales de Héctor David Martínez (capitán de la Reserva) y Lucas Beltrán, ambos ingresantes en el segundo tiempo. La lista de debutantes con el Muñeco se estiró a 28. Lux; Moreira, Sibille, MQ, Gallardo; De la Cruz, Zuculini, Mayada; Ferreira; Álvarez y Borré formaron el once; ingresaron en el segundo tiempo Martínez por Nahuel a los 12’ —problema muscular, ¿causa de los nervios por su primera vez en el Monumental?—, Moya por Ferreira a los 27’ y Beltrán por Mayada a los 36’. Borré metió dos goles en el primer tiempo, descontó Matías Gómez en el inicio del segundo y, sobre el final, Moya redondeó el 3-1. Fue un muy buen partido de Álvarez, quien mostró sus dotes de delantero que sabe armar jugadas, como hizo en el 1-0 con una gran asistencia a Borré. Durante unos minutos del segundo tiempo, toda la banda izquierda del campo de juego fue gallardesca: Nahuel marcando, Matías alcanzando pelotas y el DT al lado dando indicaciones. Se vivió un clima extraño esa noche en Núñez: banderas dadas vueltas y cantitos de los hinchas contra la barra. Cuando caminaba hacia el vestuario, abrazando a Sibille, le gritaron el clásico “Muñeeeeco, Muñeeeeco”, y el DT se tocó el corazón y movió el puño derecho con un par de “¡vamos, vamos!”.

—¿Sensaciones del triunfo? —le preguntó Benedetto.

—Muy contento con los chicos y, bueno, esto nos da energía.

—Te ovaciona la gente, ¿qué le decís en la previa del partido en Madrid?

—Se merecen todo, que se merecen todo, ojalá les podamos dar una alegría el domingo porque se lo merecen.

Tres veces “merecen” en una frase de diecinueve palabras. Clarito lo que pretendía transmitir. Unos minutos después brindó una conferencia de prensa genial, en la que se vio a un Gallardo sanguíneo, recontra auténtico, que al principio se mordió la lengua, que después avisó que no hablaría más del tema y que terminó volviendo por su cuenta y orden un par de veces.

“Después de lo que tuvimos que masticar esta semana, no es fácil. Primero

porque, si digo todo lo que tengo que decir, seguro que se hablará de lo que dije, y prefiero poner las energías en la preparación del equipo. ¿Para qué gastarme en mostrar mi indignación, la misma que sienten los genuinos hinchas de River, a quienes le quitaron la posibilidad de ver a su equipo jugar en su estadio en las mismas condiciones en las que fuimos nosotros a jugar a la Boca? Tengo que enfocarme en el partido, es la única manera en que podemos defender al hincha, que sintió que le robaron una posibilidad única. Los vamos a defender donde nosotros nos sentimos mejor, dentro del campo", arrancó, dejando en evidencia su calentura.

Al ratito le preguntaron si, por el incumplimiento de la palabra de Angelici, se arrepentía de la actitud solidaria que habían tenido con Boca. "No, no —se anticipó—, ¿cómo me voy a arrepentir de eso? Estaría faltando a mi forma de ser, sentir y actuar. No me arrepiento, más allá de que los demás hayan reaccionado para sacar ventaja."

—¿Tenías la esperanza de que se pudiera jugar en la cancha de River? —insistió Juan Cortese.

—¿Ustedes quieren hacerme decir cosas que no voy a decir, no? —se rio—. Porque si van a generar todas las preguntas en torno a la decisión que ya tomó Conmebol y que no se puede cambiar, por más absurda que sea, no lo voy a hacer. ¿Ustedes quieren que conteste todo lo que pienso y siento? No lo voy a hacer. Prefiero enfocarme en lo que viene.

—¿Cambia la preparación?

—¡¿Cómo no va a cambiar la preparación?! —subió el tono, se le están por cruzar los cables, va a hablar de lo que había dicho que no pensaba seguir hablando—. ¿Cómo no va a cambiar? ¡Estamos yendo a jugar a 10 mil kilómetros! ¡La Copa Libertadores de América, muchachos…! A 10 mil kilómetros. Voy a decir algo, ya que me estás buscando —vuelve a reírse, se da cuenta de que ha entrado como un caballo—. Alguna vez nos vamos a replantear lo que acaba de suceder y tal vez vamos a recordar esto como

una… como una vergüenza total. Hoy no podemos hacer nada porque tenemos que jugar el partido, pero le robaron al hincha de River. Ya está, no contesto más preguntas de eso, solo con lo que viene de ahora en más. —Aunque de entrada dijo que no quería hablar del tema, ya habló de “decisión absurda” y de “robar”.

—¿Álvarez puede ser la carta de recambio en ataque? —le preguntó Juan Patricio Balbi, de *La Nación*.

—Es una alternativa, es un chico que viene haciendo las cosas bien pero, bueno, hemos perdido tantas cosas últimamente que… lo que menos… perdimos la localía, muchachos, perdimos la localía —vuelve otra vez, ahora sin que nadie lo provoque—, así que con el panorama como está, la fuerza interior que tiene este plantel va a resurgir el domingo. Hemos perdido mucho, y ahora tenemos para ganar mucho, así que de esa manera nos vamos a preparar.

—¿La bronca se va a usar el domingo?

—Sí, todo lo que sea desilusión, decepción y bronca, todo eso ha existido, no lo voy a negar, y va a seguir existiendo, pero la única manera en que puedo reemplazar todo eso es con la energía de focalizarme en el trabajo y los jugadores, en este partido. Y lo vamos a hacer, es lo único sincero que va a tener este partido. A todos nos han dañado el espíritu, pero eso nos va a dar más fuerza. Siempre ha sido así, siempre que hemos sufrido un golpe duro nos hemos recuperado. Y este ha sido uno de los más duros, así que vamos a ir por eso.

—Hablás de enfocarse, ¿cómo se hace, cómo le transmitís…? —arrancó otro colega.

Lo corta:

—Boca, Boca, Boca… Boca, Boca es el enfoque —textual.

—Perfecto, gracias.

—¿Te parece poco?

—No, me parece perfecto.

—¿Cómo se hace para que los jugadores logren transformar esa frustración y esa bronca en entusiasmo, sin que gane la primera sensación? —cerró Germán Balcarce, de *La Página Millonaria*, quien suele formular la última pregunta en las conferencias.

—No va a ganar la primera sensación. Buenas noches —concluyó tajante, comunicando con sus palabras, pero también con su rostro y su actitud corporal, una seguridad pasmosa.

“Me ilusionaba con que Boca sea campeón en la cancha de River”, declaró Riquelme el lunes 3 de diciembre, para recordar que Boca también había perdido algo con la mudanza. Muchos hinchas de River estaban preocupados por las palabras recientes de Román, porque el ex 10 solía acertar. “Si a Boca le vuelve a tocar jugar con River, creo que Guillermo le va a encontrar la vuelta. Ojalá podamos llegar a la final de la Copa, y mejor que sea contra River. Si tenemos esa suerte, esta vez le vamos a ganar”, había expresado el 28 de septiembre, tras el 2-0 de River en la Superliga.

El 3 de diciembre también habló el presidente de la Nación, aclarando cuál había sido la causa real que motivó la mudanza a Madrid: “Me parece mucho peor que unos violentos que tiran piedras, los violentos que escupen a otra persona que tienen al lado. Es inaceptable lo que pasó en la confitería de River con las autoridades del fútbol mundial. Y eso tiene mucho más que ver con la decisión de castigarnos”. En realidad no había sido en la confitería, sino en el trayecto que une el estacionamiento con el ingreso a la San Martín: allí iban caminando juntos Infantino, Domínguez y también Chiqui Tapia. La gente identificó al titular de la AFA, le gritó por su pasado boquense y volaron escupitajos. Los recibieron todos. Parece que lastiman más los salivazos a dirigentes que las piedrazos a jugadores.

El martes 4 de diciembre, Boca fue despedido a la noche por una multitudinaria caravana dirigida por Rafael Di Zeo y Mauro Martín, líderes de la Doce, quienes se exhibieron sin pudores ante las cámaras de TV.

River se concentró ese martes por la noche en el Monumental, para entrenarse el miércoles a la mañana, almorzar y salir a las 14 rumbo a Madrid. De este modo no desperdiciaba ningún día de entrenamiento —Boca se perdió el del miércoles—. Le mandé un audio a Marcelo deseándole un final feliz a esta travesía disparatada y preguntándole si había jugado alguna vez en el Bernabéu. En el 1-3 de River ante el Real Madrid, amistoso del 23 de septiembre de 2003, él integraba el plantel de Manuel Pellegrini, pero estaba lesionado (para variar).

—¡Gracias, Dieguito! Ya no hay palabras para describir este mamarracho, así que vamos a poner las energías en jugar, ganar esta Copa, y a la mierda. No jugué nunca en el Bernabéu, sí vi un partido Real Madrid-Granada, si no recuerdo mal, y sí jugué en el Vicente Calderón.

Me quedé pensando qué habría querido decir con el “a la mierda”. Le pregunté, no me contestó y me invadió cierta inquietud.

Pasada la medianoche le mandé un feliz cumpleaños a Buján, quien pasaría medio cumple de 44 en tierra firme y medio volando.

—Muchas gracias Diego! Acá en la concentración, tranquilos por ahora. Ya va a haber tiempo para ponerse nerviosos.

Por último le pregunté a Juanito Berros si recordaba con precisión cuál era el partido que su representado había visto en el Bernabéu, porque Marcelo me había dicho “creo”. Y le deseé buen viaje.

—Ni la menor idea, Diego. Gracias, todo va a salir bien! —contestó, ratificando la gran confianza que predominaba en el Muñeco y su entorno.

Ese miércoles por la mañana, Quintero y Mora recibieron el alta médica y practicaron a la par de sus compañeros. Y se estableció que a Boca le tocaría utilizar el vestuario local del Bernabéu, más grande y mejor decorado, porque

el banco de suplentes local estaba del lado donde se iban a ubicar sus hinchas. River no solo había perdido la localía; también el vestuario local.

El jueves 6 de diciembre, Rosario Central se consagró campeón de la Copa Argentina al vencer por penales a Gimnasia, y Darío Benedetto le agregó un eslabón a su cadena de desatinos verbales: declaró ante la prensa internacional que si a Rafa Di Zeo lo dejaban viajar sería bienvenido, porque era un líder histórico de la barra. Lamentable. Ese jueves, también, la Cámara de Apelaciones de la Conmebol rechazó el reclamo de Boca. Angelici se jugó su última ficha ante el TAS.

“El equipo lo voy a tener solo yo”, aseguró Guillermo en conferencia el viernes 7 de diciembre, en un duelo ajedrecístico que mantenía con Gallardo. De hecho, según pude constar la semana siguiente con un ex compañero de Wanchope, el DT les dijo en el propio vestuario, una hora antes de iniciarse el partido, que Benedetto sería titular y Ábila suplente. El Muñeco no habló en la previa.

El sábado 8 de diciembre, en una linda nota con Pablo Chiapetta, de *Olé*, el ex árbitro y padre de Matías, Juan Carlos Biscay, quien conoce a Gallardo desde muy pibe, ya que solía quedarse a dormir en su hogar, antes de instalarse en Olivos, lo retrataba con calidez. “Cuando empezaron a trabajar en Nacional —recordó—, el primer amistoso lo jugaron en Carmelo. Me tomé la lancha y fui a verlo. Al terminar, vino Matías y me dijo: ‘Viejo, ¿qué viste?’. Le respondí: ‘La verdad, ¡qué lindo equipo de oficinistas tienen!’. Empezaron a laburar y, te juro, fue sorprendente. Salieron campeones. A Recoba lo motivaron, lo contuvieron, detalles que mucha gente no ve. Porque no es solamente pegarle bien a la pelota. Acá el cerebro es Marcelo, que fue un jugador extraordinario que nunca se la creyó. Se lo digo siempre, y él me contesta: ‘Vos sos un exagerado, Juan Carlos’.” ¿Más? “Marcelo es un distinto. La personalidad que tiene y el poder de convencimiento con sus jugadores son fantásticos. El futbolista ve que el hombre sabe, que todos

hablen bien de él no es porque esté buscando la caricia. Marcelo siempre quiso ganar. Con el físico que tiene puso la cara desde chico, no se achicó jamás con nadie. Para mí fue una suerte extraordinaria que mi hijo pudiera estar cerca suyo y que sean complementarios.”

En la noche de aquel sábado cenaron en el Bernabéu el presidente del Real Madrid (Florentino Pérez), el de la Real Federación Española (Luis Rubiales) y los de la Conmebol, River y Boca. Antes, D’Onofrio y Angelici se abrazaron en el programa de Jorge Lanata, seguramente para dar un mensaje de paz y evitar el caos que podría vivirse en las calles de la Argentina tras el partido. La realidad es que la desconfianza entre ambos había subido más que el riesgo país.

Mientras los hinchas de Boca hacían su banderazo en la puerta del hotel donde se alojaba el plantel, los de River coparon Puerta del Sol, y el TAS rechazó el pedido de Boca. No había otra: el partido tenía que jugarse.

—¿Caballo de Troya en modo Bernabéu? —le escribí a Buján el sábado a la noche.

—Todo listo, Diego, a desplegar fútbol en la Casa Blanca esta vez. Abrazo grande! —me contestó el domingo. Confianza total en las fortalezas del equipo.

También le escribí a Bombicino, quien era el único que se había sentado en ese banco de suplentes: como kinesiólogo en el CT de Pellegrini en aquel Real Madrid-River de 2003, también con el Ingeniero en el Villarreal y como invitado, en la platea, en la final de la Champions 2010 que ganó el Inter y en la de Copa del Rey Espanyol-Zaragoza.

—¿Cómo están? —consulté.

—¿Cómo estamos? Muy biennnn. Excelente —y completó con unos emoticones de caritas sonrientes y pulgar arriba, un clásico de Bombicino.

Enero de 2019, oficina del cuerpo técnico en Ezeiza, 15:30 horas.

—¿Para la revancha dudaste entre poner 5 defensores o 5 volantes?

—No tuve dudas para ninguno de los dos partidos.

—¿Qué cambiaba en la revancha para que usaras los 5 volantes?

—Ante la falta de Borré, claramente teníamos que sumar un volante en la mitad de la cancha para poder controlar la pelota. En nuestra cancha, el ataque hubiera sido mucho más agresivo que lo que fue en el Bernabéu. El retroceso de los volantes nos podía partir mucho el equipo, si jugábamos con un solo delantero. Si no teníamos esa posibilidad de achicar las líneas, se hubiera complicado. Lo que no esperaba es que la postura de Boca fuera pararse tan atrás. Sí la esperaba en el Monumental, pero en Madrid no. También noté que había un nivel de nervios y tensión muy grande en los dos equipos.

—¿A Julián Álvarez lo usaste porque te quedaste sin delanteros?

—Porque no teníamos más delanteros y porque el pibe tiene cualidades y mostró desparpajo, ¿viste cuando uno no es consciente de la situación? Después, cuando por ahí sos consciente, empezás a pensar en un montón de cosas, y ya no es lo mismo, empezás a cargar con kilos en la espalda.

—¿En qué notaste su desparpajo?

—En el comportamiento diario, en cómo se relacionó con el grupo, en los entrenamientos, en cuando te acercás e intercambiás un par de palabras.

—¿Mora tenía chances de jugar?

—Rodrigo siempre hizo esfuerzos para tener una chance y yo valoré mucho eso, pero no estaba en condiciones.

No lo estaba, sin duda. Al regreso de sus vacaciones, en enero de 2019, el uruguayo anunciaría su retiro del fútbol. El Muñeco perdía a uno de sus soldados originales, pero sobre todo a un ser querible, una de sus debilidades. En los primeros tiempos del ciclo en River, muchos compañeros lo cargaban. “¿Dónde está tu papá?”, le decían. “Rodrigo es un chico al que adoro, al que valoro como futbolista y más como persona. Esto que le pasó ha sido muy triste, pero no es de ahora. En estos momentos tomó la decisión porque no

podía soportar más lo que estaba viviendo. Nosotros ya entendíamos que esto en algún momento iba a suceder. Hace un año, cuando volvió a jugar, se logró una especie de milagro por sus características físicas y por su capacidad mental. Pero sabíamos que tenía fecha de vencimiento. Ahora lo quiero apoyar en lo humano, quiero estar cerca de él", reconoció el 10 de enero de este año, en nota con el diario uruguayo *El País*, al recibir el premio como mejor DT de América.

Pero volvamos a Madrid. "Hubo un momento en el que tuvimos que hacer un clic. O nos dejábamos invadir por la bronca o nos fortalecíamos con las cosas que estaban pasando. Y eso fue lo que hicimos. Estábamos convencidos de que le podíamos ganar a Boca en cualquier lugar. Estábamos convencidos de que llegábamos mejor futbolísticamente que Boca", admitió con los hechos consumados. Es lo que transmitían los mensajes de WhatsApp de Marcelo y sus ayudantes en la previa. Y agregó: "No quiero sonar demagogo, pero recibí cartas y mensajes de hinchas de diferentes lugares del país. Gente que con mucho esfuerzo y humildad había pagado su viaje, su entrada y su estadía para sentir lo que pudieron sentir los hinchas de Boca en la primera final. Me dio mucha bronca y una gran sensación de injusticia".

—¿Cómo fue el tema de las cartas? —le pregunté.

—Te van llegando, y también me había metido a escuchar lo que decía la gente. Yo no uso redes sociales, pero pedí que me bajaran testimonios, para saber lo que estaba sintiendo la gente. Y después cosas que me llegaban directamente a mí, como cartas.

—¿Qué fue lo que más te impactó?

—Lo que te moviliza, claramente, es que a veces uno pierde de vista el esfuerzo que hace la gente para ir a ver un partido de fútbol en este país. Todos los pasos: desde conseguir la entrada, viajar, gente de pocos recursos que deja un montón de cosas para darse esa posibilidad de estar en una final y de golpe se la quitan y le dañan el sentimiento. Eso es lo que más me

movilizó a mí.

—Lo único que podemos hacer es defenderlos en la cancha, declaraste.

—Tal cual, porque claramente habíamos sido perjudicados. A todos los niveles, eh. Se había generado una situación de operar para poner en el mismo plano lo sucedido esa tarde fuera del estadio y lo que nosotros habíamos vivido en cancha de Boca con el gas pimienta. Hubo un operativo muy fuerte de cierto poder mediático para darle manija a esa comparación, y eso nos generó una gran impotencia. No se remarcaba que nosotros, como profesionales y colegas de los jugadores de Boca, habíamos tenido el gesto solidario de pedir que no se jugara el partido. Sentí lo mismo que cuando se esperaba el fallo de Conmebol contra mí y se quería posicionar fuertemente que me iban a dar entre seis meses y un año. Toda esa situación que querían hacer creer genera un desgaste tremendo. Había un operativo de desgaste muy grande.

También resultaron desgastantes para Gallardo las dos horas previas al partido en Madrid. Viajó en el micro con todos —siempre al lado de Biscay, primera fila abajo, con Buján del otro lado del pasillo—, y al llegar al Bernabéu se bifurcaron los caminos: el DT fue saludando uno por uno a sus dirigidos, como antes de ir a la Bombonera. El plantel se dirigió al vestuario, y el DT subió hasta el palco asignado, junto a Barnao y a Diego Moreno, el Chino, encargado de seguridad, también apodado La Roca por su parecido con el actor americano y múltiple campeón de lucha libre Dwayne Johnson (The Rock). Era un palco grande, para doce personas, vidriado, ubicado muy cerca de la cabecera donde estaban los hinchas de River, cerca del córner. Allí los esperaba el oficial de la Conmebol, que no le sacó la vista de encima al Muñeco durante todo el partido. Apenas los hinchas de las plateas cercanas divisaron al Muñeco, empezaron a golpear el blindex, a pedirle fotos,

autógrafos, volaban camisetas. Imaginen.

—No podía estar así una hora y media, con la gente enloquecida apareciendo por todos lados, así que saludé un poco y me fui para otra zona del palco que no tenía contacto con el exterior. Había cosas para comer y tomar.

—¿Comiste algo?

—¡Qué voy a comer si no me entraba nada! —se ríe el Muñeco, en esta tarde soleada de enero, en su oficina de Ezeiza.

—¿Estabas muy nervioso?

—Tenía esa mezcla de sensaciones raras de todo el contexto, de haber pasado por lo que pasé, de saber si le había transmitido lo necesario a los jugadores en la charla que di antes de salir del hotel o si me faltó algo. Te quedás maquinando esas cosas. Estaba con nervios, y el no poder vivirlo, no poder sacarlo de adentro, era complicado. Porque una cosa es cuando ves algo desde el banco, lo transmitís, te lo sacás y ya te quedás tranquilo, pero ahí arriba es diferente, se te hace una bola, claramente.

Miguel Russo y Ramón Díaz, campeones de la Libertadores con Boca y River en 2007 y 1996, respectivamente, posaron con la Copa mientras en los palcos del Bernabéu la alta alcurnia del fútbol europeo se preparaba para ver la final: Messi, Jordi Alba, James Rodríguez, Griezmann, Icardi, Zanetti y Simeone, entre otros. No faltaron, ya en modo hinchas en la tribuna, ex jugadores de River que fueron a alentar: Cavenaghi, Lanzini, Ramiro Funes Mori, Demichelis, el Chori Domínguez, Cuchu Cambiasso y Chichizola.

River saltó al campo de juego con Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Enzo, Ponzio, Palacios; Nacho, Pity; Pratto. Boca apeló a los nombres de siempre, pero con un esquema más conservador, un 4-5-1 con Villa y Pavón parándose como volantes e intentando llegar al fondo por las bandas: Andrada; Buffarini, Izquierdoz, Magallán, Olaza; Villa, Nández, Barrios,

Pérez, Pavón; Benedetto.

En el primer centro al área, Maidana quiso rechazar un centro que no llevaba peligro, la agarró mordida y casi la metió en contra, por arriba de Armani. A los 10’, de ese córner, la pelota le quedó a Pablo Pérez, quien le pegó de tijera en el borde del área chica, y Armani la detuvo en la línea, muy bien ubicado. Jugada muy peligrosa.

A los 19’, Nacho Fernández recibió solo dentro del área un córner desde la izquierda y la tiró muy alta de primera. Es un defecto que se repite en Nacho el de pegarle por arriba del arco desde dentro del área. Debería corregirlo, con lo bien que juega.

A los 26’ se le escapó a Ponzio el balón como último y lo presionó Nández; el capitán despejó, pero el árbitro cobró falta en el borde del área —no pareció— y amonestó al de River. En ese instante la transmisión mostró a Guillermo diciéndole algo al cuarto árbitro, el peruano Carrillo, y un segundo después entró en cuadro Buján, asomando su cabecita por detrás. No fue casual; el ayudante de Biscay estuvo siempre alerta, monitoreando los pedidos persistentes de ambos Mellizos, en especial con el uso del VAR. En el CT del Muñeco sabían que era una estrategia de los Schelotto. El tiro libre de Benedetto desde la medialuna rebotó en la barrera, y la pelota le cayó otra vez a Pérez, ahora sobre la derecha, también entrando en el área chica. De no ser por la rapidísima reacción de Casco, que se tiró al piso y logró desviar el remate, era gol, porque Armani no llegaba. La pelota cruzó el arco cerca de la línea, y Nández no pudo cabecearla. Se salvó River por un pelito. Cunha tampoco vio el córner.

A los 28’, Villa enganchó por derecha y lanzó un buen centro que Armani despejó justo con los puños cuando acechaba Benedetto. A los 42’, Pablo Pérez le dejó los tapones en la canilla a su tocayo Enzo, que venía de comerse un terrible codazo de Cardona en la ida —sin expulsión—. Cunha le mostró la amarilla al Pérez de Boca. Era anaranjada.

A los 44’ despejó mal Andrada, y River tuvo dos oportunidades propicias en la misma acción por la presión alta, pero no pudo concretarlas, y a la salida se la llevó Nández, le metió un pase vertical a Benedetto, Pinola falló en el cálculo de su culopatín, el 9 de Boca apenas la tocó para que Maidana pasara de largo y esta vez, con más tiempo que en la Bombonera, eligió el rincón y puso el 1-0. Cuando salía hacia el costado para festejar, Montiel no pudo detener su pique y se lo llevó puesto. Benedetto, que ya venía sacando la lengua, lo miró fiero y dejó la foto para siempre. El gol se celebró de manera alocada al lado del córner, con todos los suplentes y parte de los colaboradores trepándose a la montonera. Como si hubiera sido un gol en el último minuto de partido. Un gol que definía el partido. Pero faltaba un tiempo. Nuevamente, River recibía el famoso gol psicológico, el que te cambia los planes cuando estabas por irte al vestuario 0-0. Boca se ponía en ventaja por tercera vez en la serie.

“Ya está, lo más difícil lo hicimos”, escucharon algunos jugadores de River que comentaban los de Boca, en la entrada en común hacia el vestuario. El pensamiento de Boca era, por lo que percibieron jugadores y CT de River: partido de hace gol gana.

—¿Qué fuiste sintiendo durante el partido? —volvemos a Ezeiza, 2019.

—Mi pico más bajo fue en los primeros minutos: veía que estábamos muy tensos, y ellos, expectantes, esperando nuestro error. Esa tensión era el resultado de un mes de final. ¿Cuántos partidos jugaron los muchachos en su cabeza en todo ese tiempo? Costaba dársela a un compañero. Ellos no propusieron un partido en igualdad de condiciones, y al no estar nosotros bien con la pelota, al no estar lúcidos, con ellos agazapados, me daba una fea sensación. Y el gol vino de esa manera. Después del gol me solté. Estuve más nervioso antes del gol de Boca que después.

—¿En el entretiempo llegaste a verla negra?

—Veía que, si no metíamos un giro, podíamos padecerla.

—¿Si Boca metía el 2-0 eran boleta?

—Y… hubiera sido bravo. El cambio de Juanfer por Ponzio podría haber ido de entrada, pero era necesario saber qué hacían ellos. Al Boca seguir igual, estaba claro que había que hacerlo.

—Si Boca hubiera movido algo…

—Si vos tenés la obligación de ir a empatar, yo te salgo unos metros más adelante. Te quito la pelota, te ataco y te meto otro gol. Pero Boca no hizo eso, tomó decididamente la misma postura que en el primer tiempo, menos agresiva incluso, así que, a los pocos minutos, el cambio por Leo estaba cantado.

—Si Ponzio no hubiera estado amonestado, ¿salía igual? Esas cosas supongo que estaban habladas con Biscay y Buján…

—Sí, salía igual. Leo no estaba bien, algo normal para un tipo de su edad con tanto trajín. Y amonestado es peor, ya nos había pasado en cancha de Racing.

Al tiempo que en Madrid los futbolistas reponían energías, en todo el país —y en otros países también— millones de hinchas intentaban preparar sus corazones para el desenlace que se acercaba. La confitería del Museo River estaba repleta, razón por la cual debieron cerrar la puerta. También había mucha gente sentada en la vereda, sobre Figueroa Alcorta, o apoyada contra las paredes del estadio, sin entrar. “Aunque no se pueda creer, mucha mucha gente fue a vivir el partido al Monumental. No a verlo, a vivirlo. Yo me asomaba cada tanto y veía a muchos hinchas sentados en la calle, con camiseta, gorrito, una especie de peregrinación, no sabría cómo definirlo. Me impactó realmente”, describe Patricio Nogueira, vicepresidente del Museo River, quien a instancias de Rodrigo Daskal, el presidente, vio el partido en el auditorio del primer piso, en súper HD y con los parlantes al taco, junto a unos 25 colaboradores y allegados a la organización que resguarda la memoria del club. “Los días previos estuve muy tranquilo, pero a tres horas

del partido no daba más y me empastillé”, se sincera Nogueira, quien al terminar el primer tiempo decidió salir en busca de ayuda divina. Dejó el auditorio, caminó unos pasos y se paró delante de la corbata de Ángel Labruna, prenda que formaba parte de la muestra organizada por el centenario de su natalicio. Detrás estaban la camisa y el busto del Feo.

—¡Angelito, ayudanos, por favor te lo pido! Angelito, son 100 años, nos tenés que ayudar —le rogó Nogueira a la corbata, a la camisa y al busto, por las dudas, con las lágrimas a punto de saltarle de los ojos.

En Madrid, Marcelo, Mariano y la Roca salieron del palco para ir al baño. El *stopper* de la Conmebol tuvo el tino de esperarlos afuera.

Desde el inicio del segundo tiempo se notó a un River que manejaba la pelota con mayor fluidez y precisión en campo contrario. A los 3’, Nacho se la pasó a Pratto; el Oso la devolvió de espaldas, y el remate del ex Gimnasia se fue rozando el palo. A los 10’, Pratto se le fue a Izquierdoz, punteó la pelota en el área, y Andrada lo embistió. Era penal, pero tras unos segundos de incertidumbre, Cunha cobró falta en ataque, sin recurrir al VAR.

A los 13’, Quintero entró por Ponzio, y a los 16’, Wanchope por Benedetto, el goleador en estado de gracia que venía de convertir goles en ambas semifinales y finales. River volcó definitivamente el juego hacia su derecha, con los zurdos Juanfer y Nacho iniciando las jugadas, más las incesantes subidas de Montiel, y luego Mayada.

A los 21’, Boca dejó escapar la chance de cerrar el partido: Pavón se fue por izquierda, frenó y, en vez de dársela a Villa, que entraba solo por la derecha, pateó al arco. El colombiano se quedó protestando con los brazos en alto.

A los 22’ empató River: Nacho se la dio a Juanfer, y Juanfer a Nacho; luego Nacho tiró la pared con Palacios, quien se la devolvió de primera y por

entre las piernas de Magallán, y por último, Nacho dio el pase hacia atrás para que Pratto la empalmara de una. Ni siquiera necesitó patear fuerte, se trató del clásico pase a la red, porque la jugada fue tan rápida —devolver de primera acelera y clarifica el panorama— que hasta Andrada quedó fuera de cuadro, mal ubicado. Antes de pegarle, Pratto ya sabía que era gol. En su carrera hacia el banco, el Oso se acordó que le debía un festejo a su hija Pía, la misma que había impulsado su regreso al país: frenó de golpe y se cruzó de brazos en el medio del campo, a lo Mbappé, congelado.

A los 28’ entró Mayada por Montiel (lesionado), y a los 32’, Cunha le cobró jugada peligrosa a Pinola sobre Nández dentro del área de River. Los hinchas rezaban. Pavón tocó para Olaza, y el uruguayo la dejó en la barrera. A los 42’ ingresó Gago por Pérez, quien arrojó la cinta al piso de la calentura. En los 4 minutos de descuento no pasó gran cosa.

—Dale, salí de ahí, no hagas la de siempre, vení con el grupo —escuchó un colaborador del CT de River, sentado en la platea apenas cinco metros arriba de los bancos, que un futbolista de Boca dentro del campo le espetaba a un compañero sentado en el banco. No alcanzó a ver quién era el destinatario.

Al minuto y medio de iniciarse el suplementario, Wilmar Barrios fue a trabar abajo a Palacios y recibió la segunda amarilla y, por ende, la roja. A los 6’ entró Jara por Villa, y Guillermo les marcó clarito con los dedos a sus jugadores: 4-4-1. A los 8’, Gallardo hizo debutar en la Libertadores a Julián Álvarez y a los 2 minutos ya había pateado al arco tras un centro del Pity. Antes del final de un primer tiempo que se jugó poco por las interrupciones, el Pity empalmó con una volea de zurda un córner desde la derecha, pero se fue desviado. Seguían insistiendo con la fórmula “volea del Pity desde la izquierda”.

El partido se destrabó a los 3’ del segundo tiempo suplementario. Como en el primer gol, la jugada se tejió por la derecha. Nació tras un centro del Pity

desde la izquierda que Andrada rechazó con los puños hacia el medio. Allí estaba Enzo, quien la tocó de primera para Juanfer; Juanfer de primera para Álvarez; Álvarez de primera para Mayada, todo sobre la derecha. El uruguayo la paró, se tomó un segundo y se la dio a Juanfer. El control orientado de Quintero fue perfecto: la dominó de zurda y le quedó para gatillar con su pierna más hábil, con la distancia justa. Lo hizo desde el límite de la medialuna. El largo Andrada no le pasó ni cerca. La pelota dio en la cara interna del travesaño y picó en el fondo del arco. Golazo con sello riverplatense. Mientras Nacho, Mayada y el Pity tumbaron a Juanfer en el piso, Pratto pegaba saltitos de alegría, solo en la medialuna. Al volver caminando hacia el centro del campo, el Pity alzó a Juanfer, como diciendo: “No lo piensen más, este es mi sucesor, a este le voy a dejar la 10”. Por primera vez en 198 minutos de serie, River se ponía arriba en el marcador.

A los 5’, Mayada cabeceó hacia atrás en el borde del área chica y, si no fuera por la ubicación y los reflejos de Armani, era el 2-2. La contuvo en la línea. A los 6’ entraron Tevez por Buffarini —fin de la especulación— y Zuculini por Nacho —a marcar—. A los 8’, Pratto desperdició la primera contra clara de 4 contra 2. A los 9’, cuando todavía faltaba bastante, Andrada fue a cabecear en dos córners. A los 10’, Mayada cerró justo en el área, y el rebote lo tomó Gago, quien pateó desde lejos: Armani la embolsó en la línea.

A los 11’26”, Gago se rompió el tendón de Aquiles y se cayó al piso. Álvarez tomó la pelota y pateó desviado, solo ante Andrada. A los 12’, Pratto le tiró un sombrero a Andrada tras gran pase de Juanfer, pero se le fue larga y salvó Magallán como último. A los 13’29”, Zuculini intentó sorprender pateando desde mitad de cancha. A los 14’ la perdió Pratto y luego Nández levantó la pierna muy alto sobre la cabeza del Pity. Era jugada peligrosa, pero el juez no cobró. Saltó el banco de River, Nández se la llevó y tiró el centro. La bajó Wanchope de cabeza, y Jara la empalmó de media vuelta. Tras rozar en Pinola, la pelota dio en el palo, con Armani llegando tarde. Fue a los

14’57”. Los hinchas de River que no se infartaron en ese instante saben que no deben consultar al cardiólogo, al menos por un tiempo.

Cunha dio 2 minutos, y Pavón debió tirar tres veces el córner, porque el juez lo frenó en dos oportunidades cuando estaba ejecutando. La primera para advertir, y la segunda para amonestar a Tevez y a Casco, que forcejeaban en la línea del arco. A los 16’03”, Pavón tiró el centro; Armani metió el puñetazo; Juanfer intentó el taco, luego giró, acomodó su botín zurdo para darle el efecto justo a la pelota y se la dejó al Pity pasando la mitad de cancha. El Pity debió tocarla solo dos veces: la primera para controlar y la segunda para meterla en el arco desde el punto del penal. Nunca, en sus más de veinte años jugando a la pelota, habrá tenido servido un gol tan pero tan fácil de concretar: sin defensores, sin arquero, con el rival más cercano corriéndolo de atrás a 5 metros, sin nadie por delante más que hinchas de Boca observando con caras de pánico la consumación de la catástrofe que está por arruinarles sus vidas (futboleras) para siempre.

“Se me hizo larguísimo, estaba todo acalambrado, no llegaba más al arco. Cuando la tiré larga, fueron dos segundos en los que perdí la consciencia. Estaba aturdido por el griterío de la gente, se me vino a la cabeza mi hija”, confesaría en días posteriores el Pity, quien apenas vio ingresar la pelota al arco, llegó a hacer la letra “P” con dos dedos —Pilar, su hija— por encima de la cabeza y se desplomó, como si fuera un animal al que acaban de acertarle un tiro en la pierna. Pinola fue el primero en llegar al festejo —corría más rápido que Izquierdoz— y al toque se sumó Mayada, el más veloz del plantel. Armani salió del arco corriendo hacia el banco, desencajado, y se topó en el camino con Mora, quien arrancaba en la misma dirección, pero en sentido opuesto, y se chocaron en tremendo abrazo. Entró Buján y lo mismo con Casco. Locura.

Mientras Guillermo, con el saco sostenido en el hueco formado entre el cuerpo y su brazo izquierdo, se tocaba un ojo con la mano derecha, como

sacándose una basurita, Nández evacuaba la zona de jugadores de River. Les pidió que se levantaran y se fueran. Pero ya no había tiempo para más.

En ese mismo instante, Marcelo Gallardo se sentía tan aturdido como el Pity. El partido lo había visto con bastante más efusividad que el de ida, similar a cómo los vive en el banco. Estuvo parado los 120 minutos. En los goles de Pratto y Juanfer, gritó y se abrazó con Barnao, y luego completaron con La Roca, que estaba más al fondo. Ya en el suplementario, el DT notaba que River estaba mejor futbolísticamente y más entero en lo físico que su rival. La Roca les avisó que faltaban cinco minutos y comenzaron a bajar hacia el vestuario. La idea es hacerlo siempre unos minutos antes del final, por seguridad, para no cruzarse con demasiada gente. Iban viendo flashes de jugadas en los pisos intermedios —el Bernabéu es alto—. En unas de esas paradas observaron cómo el tiro de Jara daba en el palo.

Llegaron a la antesala de los dos vestuarios. Allí hay una escalera que comunica al campo de juego, y desde arriba podían verse recortes de personas. Marcelo esperó el final en uno de esos escalones y escuchó un clamor. No había monitores, tampoco daban la orden para entrar. Según el reloj de La Roca, el partido ya debía haber terminado, no se enteraron que el árbitro había adicionado dos minutos. Una cosa de locos: el padre de la criatura sufría como un condenado porque no sabía si ese griterío que le llegaba desde lejos era el final del partido, gol de River, gol de Boca, un penal o andá a saber qué otra cosa.

“Fueron unos minutos de oscuridad absoluta, no sabía qué había pasado, unos me decían gol del Pity, por momentos pensé que era gol de Boca, porque me parecía que los gritos venían de ese lado. Fue como en Porto Alegre, que bajé antes del final sin tener idea qué pasaba, solo quería que corriera el tiempo y se terminara el partido, hasta que Mónica, la mujer que organiza los viajes y estaba justo en la puerta, me dijo: ‘Gol de River, gol del Pity’, y enseguida me informaron que podía entrar a la cancha”, me detalló

Marcelo, todavía conmovido, el 31 de diciembre en su casa. O sea, el DT de River se enteró que era otra vez campeón de América gracias a las palabras de la organizadora de los viajes del plantel. Año parejito para la Conmebol.

Y ahora se relata en tiempo presente, porque se revive mejor, como si uno pudiera estar mirando desde el interior del Bernabéu. El primer abrazo de Gallardo es con Biscay y Buján, apenas ingresa al campo. Sigue con Quintero, luego con Maidana, más tarde se aprieta fuerte y por varios segundos con Montiel, porque a Cachete le tiene un afecto especial, quizá porque la remó desde demasiado abajo o porque tiene esa actitud de primer soldado para jugar y para entrenarse. Con Montiel se le llenan los ojos de lágrimas. Luego viene Armani y lo levanta como un muñequito de torta peso pluma, mientras el DT choca los dientes y lo acogota, los ojos inyectados de sangre y felicidad, con las patitas en el aire.

—¿Qué les fuiste diciendo en esos abrazos?

—No me acuerdo, se pone la mente en blanco, es mucha emoción, era demasiada injusticia la que habíamos pasado.

Pratto se acerca a darle una explicación a Guillermo y le acaricia la cabeza. El Pity va a estrechar a Wanchope. Pablo Pérez llora y recibe el consuelo de todos, en especial de Scocco y Casco, quienes le dan un beso y le rodean la cabeza con sus brazos mientras le hablan al oído. No es un *acting*, es sentido. Borré va de aquí para allá, con la batería supercargada por no haber jugado, repartiendo abrazos como caramelos. Enzo no puede ocultar la sonrisa, se besa el escudo y hace con el dedito el gesto de dar la vuelta, con sus hijos al lado. En unos minutos subirá al podio de premiación agitando los dos brazos como si estuviera en pleno festival carioca de un casamiento, y pese a la formalidad del momento, les chocará rapidito las palmas a los hombres trajeados que lo felicitan, para salir rápido de ahí y cantar con sus

compañeros en la tarima donde recibirán la Copa. El Muñeco los saludará con más compostura, uno por uno. Chiqui Tapia está en esa fila: Marcelo le tiende la mano, y el presidente de AFA inclina el cuerpo para darle un abrazo. El DT de River es muy educado, jamás le hubiera hecho un ooooooso.

Una hermosa postal es la del Muñeco y sus amigos de las inferiores, Biscay y Buján, apretadas las tres cabezas en el centro, en una ronda pequeña de emoción gigante. Esto ocurre un rato después de su ingreso al campo. Solo ellos saben las horas que le dedican a su trabajo. Y el sentimiento de pertenencia riverplatense que han mamado y que transmiten tan bien a los jugadores: el Pollo entró en el club a los 6 años, el Grandote a los 8, el Muñeco a los 12. Laburar y triunfar con amigos no tiene precio. Para lo demás, está la tarjeta.

—Se terminaron los clásicos, chicos, se terminaron, desde hoy no hay más clásicos —exclama Buján, y no como una reacción irracional del momento, sino porque lo ha venido pensando en los últimos cuarenta días, que esta final será un hachazo en la historia de los clásicos, una alteración en la línea de tiempo. Como en *Volver al futuro*.

—Después de esto no hay más nada, no hay más nada —se suma el Muñeco, como lo captará la tele un rato después.

—Te dije que lo definías vos, te dije —lo zamarrea D'Onofrio a Juanfer, para que caiga de que ha convertido, quizás, el gol más importante en la historia de River. El de la victoria.

El Muñeco y Guillermo terminan hablando abrazados, y luego se suma D'Onofrio. No parece haber concluido hace minutos la madre de todas las batallas, por el tono cordial y risueño de la charla. Pratto llora como un niño al que acaban de robarle su juguete favorito. Visto desde arriba, hay camisetas de River y camperas violetas como hormigas a la salida de un hormiguero. Se chocan unas con otras. Una sucesión interminable de abrazos, apretones y besos. Todos con todos. "Cada uno sabía con quién se había

saludado, y si te había quedado uno colgado, entonces una hora después, en el vestuario, si te lo cruzabas, los dos sabíamos que nos quedaba pendiente el abrazo y nos lo dábamos. Así es también en la semana. Yo por ahí a la mañana no lo veo a Zuculini cuando llega, pero me lo cruzo antes del almuerzo y nos damos un abrazo de buen día", me explicará Matías Ghirlanda, encargado de prensa. Así funciona este grupo.

Después de recibir las medallas, Maidana y Ponzio invitan a Gallardo a levantar la Copa con ellos. No es habitual que los jugadores tengan ese tipo de gestos con su entrenador, porque son ellos los que se sienten forjadores principales de los éxitos.

Buján salta con su medalla atrapada en un puño, no vaya a ser cosa que se la manoteen, como a Francescoli en 1996. Y hablando del Enzo original, por ahí anda, perfil superbajo, con su timidez a cuestas, trajeado después de ver el partido desde el palco con las figuras top de Europa. ¡Qué honor y qué orgullo es para River que lo represente un crack como Francescoli en el palco de autoridades! Esa foto es una síntesis perfecta del River de estos años. "Dios me iluminó al pensar en Gallardo", reconocería, en clave mística, unos días después. Era imposible creer que cualquier cosa que Enzo hiciera después de retirado pudiera valer un décimo del legado que dejó como futbolista. ¿Cuánto vale haber elegido a Gallardo?

Una cámara de ESPN le pone zoom al Muñeco y le lee los labios, mientras habla con el profe Dolce, otro integrante de fierro de la mesa chica, compañero de habitación de Biscay y Buján en la concentración del Monumental. "No puedo más, no puedo más, no puedo más", repite, y parece que se largará a llorar en cualquier momento. Y en la siguiente toma comenta con Barnao lo mismo que en aquel mini *scrum* con los BB: "No hay nada más que esto, no hay nada más que esto, no hay nada más…". Era una jornada para decir las cosas por triplicado.

"Marcelo repetía esas palabras, y yo asentía, era un momento increíble. A

mí se me vino a la cabeza todo lo que debí luchar para llegar a este lugar, mi viaje al exterior, todo lo que sucedió en los cuarenta días de estas finales, las horas que pasamos laburando juntos en Ezeiza, más que con nuestras familias, y entonces, ahí en el medio del Bernabéu, todo pasa a tener sentido y encajan las piezas”, me relata por teléfono un sábado de febrero Mariano Barnao, mientras escucho cómo comienza a distorsionársele la voz. Está puchereando. Más de dos meses después recuerda ese momento, y la emoción lo supera.

“El ‘no puedo más’ era haber sufrido tanto desgaste en esos cuarenta días —explicaría Marcelo, ya más calmo, en Emiratos—, desde no poder estar en la cancha de Boca a toda esa persecuta que sentí. Luego, muchos decían que la revancha no se iba a jugar, vino el cambio de sede, tener que jugar con ambas parcialidades después de haberlo hecho de visitante. Había que prepararse y focalizar a un equipo para que no perdiera de vista el objetivo, no dejar que nos desestabilizaran. Entonces, cuando llegó el momento del disfrute, no podía más, tenía ganas de tirarme en un sillón o en la cama y dormir. El ‘no hay nada más que esto’ es la felicidad plena, una felicidad tan intensa dentro del cuerpo que te hace terminar de cama.”

Marcelo se pone la camiseta de River, sin leyendas agresivas seguramente por un pacto para evitar una espiral de violencia, y se acerca a un costado para hacer entrar a Matías y a Santino. Un agente de seguridad le advierte que no se puede. “Está bien, está bien”, acepta, sin ponerse en nene caprichoso, aunque unos segundos después vuelve sobre sus pasos y le dice, con una sonrisa —pero calentito—: “El problema es que ya pasaron algunos”.

—¿Qué podés decirles a los hinchas de River? —le pregunta un cronista.

Antes de responderle que estaba en veda y no podía hablar, justo ve a Marta Patricia Infante, fotógrafa de Relaciones Públicas de River, a la que conoció en 2014.

—Hola, Flaquita —la saluda como siempre y le da un beso.

—Gracias por todo, te amo —le susurra al oído Marta.

En un momento, Gallardo se dirige hacia la cabecera donde los hinchas de River aún no salen de su perplejidad, la del arco que no recibió goles. “Lo vi clarito con mis propios ojos trepado a la última bandeja del Bernabéu —me cuenta Diego Aburgeily, un loco de esos que la pelean acá, pero con ayuda de amigos y comprometiéndose a devolver 100 dólares por mes llegó hasta allá —. Estaban todos los jugadores y colaboradores saltando en el borde del área grande, y de golpe, el Muñeco agarró la Copa, traspasó la línea de los jugadores, llegó al punto penal, la apoyó en el pasto y estirando los brazos dijo: ‘Es de ustedes’. Se dio media vuelta y se fue. Se la ofreció a la gente, ¿entendés? Te lo cuento hoy, dos meses después, y se me quiebra la voz. ¡Por favor, qué monstruo es este pibe!”

El Pity, motor del grupo por su espíritu jodón, siempre con la broma a flor de piel, pucherea frente a las cámaras, confirmando su salida: “Pasar estos momentos en este club es lo más lindo del mundo. A la gente le digo muchas gracias, y los voy a extrañar”. No pueden faltar unas palabras para su DT: “Gallardo ha sido un profesor en esta etapa de mi carrera, me enseñó a entender bien el juego. Espero que me dé la revancha de volver a dirigirme”. A la media hora es el mismo de siempre: van con ese balde/heladera gigante de Gatorade a bañarlo al Muñeco, total ya se va del club. El DT llega a verlo por el rabillo del ojo —como en sus tiempos de jugador para evitar la patada —, esgrime un “no, no, no” pero igual es alcanzado por algo del líquido amarillo.

En el primer piso del Museo River, mientras tanto, los guardianes de la historia festejan enajenados. “El gol de Juanfer fue una explosión —retoma Nogueira—, y mucha gente, que se había parado, se mantuvo así. Osvaldo Gorgazzi, historiador, un tipo muy mesurado de 68 pirulos, cuando arrancó el Pity para el tercero se arrodilló frente al parlante y allí se quedó gritando el gol. Jamás pensé que iba a ver así a Osvaldo. Juani, mi hijo de 17, gritó el

tercero y se fue a un rincón a llorar. Se sentó y lo abracé, y así estuvimos varios minutos sin despegarnos.”

—Felicitaciones tricampeón de América! —le escribí a Marcelo en la noche de Argentina.

—Abrazo enorme lleno de felicidad Dieguito!!!!!!! —contestó en el mediodía madrileño, así, con el dedo pegado al signo de admiración.

Seguí con Buján.

—¡Felicitaciones, campeón! Pensá que entraste a River con 6 años, jugaste solo 14 minutos en la Primera para llegar un día a sentarte en el banco de Bernabéu en una final de Libertadores contra Boca. Y encima ganarla. ¿Vos te das cuenta? —le escribí, agregándole un audio del gol de Pity relatado por el Turco Wehbe, una de las voces más hermosas de la radiofonía deportiva y que, por su apego a todo lo cordobés, el Pollo conocía muy bien.

—¡Qué lindo relato, Diego! Algún día sabremos si todo esto es verdad o solo un sueño.

En febrero de 2019, ya sobre el gong del cierre, le pregunté a Buján por algunos detalles de ese momento en el césped del Bernabéu: “Fue emoción violenta, Diego, así que hay cosas que voy recopilando con el tiempo y a través de imágenes. Nunca pude llorar esa final como hubiese querido ni como había pensado. Quizás el día que no estemos más, lo haga”.

Ya en la medianoche española, cuando el querido Pichi Quiroga, jefe de utilería, salga del vestuario para empezar a sacar los baúles, verá a Daniel Angelici enfilar hacia el micro de Boca. Tiene los ojos rojos. Atrás camina Juan Carlos Crespi, fumando un habano y con lágrimas visibles en el rostro. Les estrecha la mano a ambos. “Disfrutala”, le dice Crespi.

Después de las emociones, algunos datos para equilibrar.

- River no daba vuelta un superclásico desde 1987, cuando perdía 2-0 y ganó 3-2 (en el Monumental). Pasaron 31 años y 49 clásicos.
- Fue una Libertadores de dificultad máxima para River: jugó un tiempo con 10 en la ida de octavos contra Racing. Estuvo 14 minutos eliminado ante Independiente en el segundo tiempo (gol de Romero). Contra Gremio debía meter 2 goles en 8 minutos. Y ante Boca estuvo 3 veces abajo y solo pasó al frente en 12 minutos de los 210.
- Pratto (5), Borré (3) y Pity (3) fueron los máximos goleadores de River en la Copa.
- La campaña constó de 7 victorias (2 más que en 2015), 6 empates y 1 derrota (con Gremio, de local).
- Armani no recibió goles en 7 de los 14 partidos.
- Enzo Pérez fue el jugador con más quites (35) y mayor precisión de pases (88,5%) en toda la Copa. Completó 95 pases en la segunda final. Fuente: Opta estadísticas.
- Armani fue el único que jugó todos los minutos de la Copa (1.290). Montiel y Pratto, los únicos jugadores de campo presentes en los 14 partidos; Cachete, el único titular en los 14 y el que más minutos sumó: 1.243 (solo salió en Madrid). Maidana y Pinola siguen con 13; Ponzio, Enzo, Nacho y Quintero, con 12. Saracchi jugó 6 partidos y estuvo en el Bernabéu recibiendo su medalla.
- Ponzio llegó a 12 títulos e igualó a Astrada como el más ganador en la historia del club.
- Gallardo obtuvo su 9º título, igualando a Ramón Díaz, el más ganador en River.
- Como en sus 8 conquistas anteriores, el River de Gallardo no necesitó de una sola definición por penales para superar a un rival. En total fueron 29 series mano a mano para ganar esos 9 títulos.
- Tras este título, River quedó 1º en la tabla histórica de la Copa

Libertadores: el de más puntos (586), más partidos ganados (166), más goles convertidos (558) y mayor diferencia de gol (+200).

- Con 4 Libertadores ganadas, solo quedó en el historial por detrás de Independiente (7), Boca (6) y Peñarol (5) y a la par de Estudiantes (4).
- Boca igualó a Peñarol como el equipo con más finales perdidas de Libertadores (5). A pedir del Muñeco.

Para comprender la siguiente analogía, sobre todo para los más jóvenes, vale volver un instante al pasado.

El 9 de diciembre de 1962, Boca recibía a River en la Bombonera en la anteúltima fecha del campeonato. Los dos tenían 39 puntos y enfrentaban a los equipos de La Plata en el cierre. En caso de igualdad de puntos, era campeón el que sumaba más unidades en los duelos ante los cuatro mejor ubicados. Es decir, en caso de empatar en la Bombonera, ganándole a Gimnasia en la última fecha, River era campeón. De hecho, en el cierre, River venció 4-1 al Lobo, y Boca, 4-0 a Estudiantes. En los hechos era una final, aunque se tratara de un campeonato por puntos.

Aquel 9 de diciembre, Boca se puso 1-0 con un gol de penal de Paulo Valentim en el primer tiempo, y faltando 5 minutos, el que tuvo la misma chance para River fue el brasileño Delem, el 10 del equipo. Era un gol de campeonato. El final de la historia es conocido: Antonio Roma se adelantó tres pasos y desvió el remate, casi en el borde del área chica. Hay filmaciones en las que se ve a Delem, encorvado, mirando al piso tras la ejecución fallida, y a los jugadores de Boca que se lo llevan por delante al ir a abrazar a Roma. Lo dejaron en el piso. Los jugadores de River le protestaron al árbitro por el adelantamiento. “Aire, aire, que penal bien pateado es gol”, respondió Nai Foino. El público terminó invadiendo la cancha y llevando en andas a Roma. River, por su parte, que ya llevaba cinco años sin ser campeón, debería esperar otros trece para terminar con la malaria.

Regreso del pasado. Pertenezco a un foro de historiadores de River que cada tanto nos expresamos en una cadena de e-mails. El que lo reactivó después de más de un año fue Osvaldo Gorgazzi, quien en algún momento dejó de estar arrodillado frente al parlante del auditorio del Museo gritando el gol del Pity y continuó con su vida normal. Y escribió esta analogía.

“9 de diciembre de 1962-9 de diciembre de 2018. Un 10 nuestro abrió el ciclo, un 10 nuestro lo cerró. Uno puso la pelota en el punto del penal; el otro tocó la bocha por última vez a centímetros de ahí. El arquero, esta vez, estaba tan pero tan adelantado que ni siquiera salió en la foto.” Genial.

La primera respuesta fue de Raúl Ramírez: “Lo del 9 de diciembre fue muy especial para mí, porque tenía 7 años en 1962 y era el primer campeonato que seguía. Como pasa con grandes calamidades, recuerdo exactamente dónde estaba cuando Roma le atajó el penal a Delem. Ahora se cerró un ciclo. Son etapas, pero yo me doy por bien pagado. Si nada más recibiera del fútbol y de River, no podría quejarme”. Enseguida se prendió Ricardo Mase: “Raúl, ¿vos sabés que a mí me pasa lo mismo? Al igual que vos, tenía 7 años con lo de Delem, y recuerdo como si fuera hoy que estaba al lado de mi vieja que me estaba arreglando algo en la máquina de coser y con mi difunto viejo escuchando el partido. Solo recuerdo la amargura de todos cuando Delem no lo pudo convertir”. Oscar César Corletti: “Veo a River desde 1963 y creí que nada superaba lo del 75, pero esto supera todo, porque no solo ganamos el partido que siempre queremos ganar, remontamos tres veces un resultado adverso y fuimos superiores ¡jugando al fútbol! Y creo importante destacar que ganamos copas internacionales jugando al fútbol —mal o bien— pero ¡nunca por penales!”.

Me quedé pensando un rato después de leer los e-mails y tuve la certeza de que, dentro de diez, veinte, treinta o cincuenta años, todos aquellos que vieron esta final sabrán exactamente qué hacían y con quiénes se abrazaron en el gol del Pity Martínez.

El lunes 10 de diciembre a la noche, tarde, Gallardo salió a dar una vuelta por las calles de Madrid, junto a César Zinelli, una costumbre que al Muñeco le gusta ejercitar cuando puede. En Buenos Aires le cuesta, pero igual se las rebusca.

—Debe ser un placer para vos poder caminar sin que te reconozcan, ¿no? —le pregunté, como copiloto, rumbo a la práctica de la tarde, el 24 de enero de 2019.

—Sí, claro, salí a caminar por la calle en Emiratos y las dos veces que fuimos a Japón. Las tres veces me pasó lo mismo: por ahí eran las dos de la mañana, no podía dormirme, y salía a caminar. Antes que quedarme en mi habitación, salgo y me despejo un poco. En los viajes, por lo general, suelo estar todo el día en la habitación, no soy de salir, entonces cuando lo puedo hacer, agarro y lo hago. O también salgo a andar en bicicleta a la noche.

—¡¿En Buenos Aires?!

—Sí, acá, agarro Libertador y le doy. A las once de la noche, tarde.

—Hay que avisarles a los hinchas que estén atentos: te pueden encontrar andando en bici cualquier noche.

—Es que me pongo casco y me camuflo un poco, ¿viste?

—¿Le metés o paseás tipo turista?

—Noooo, no, le meto, le meto fuerte.

—Es un momento especial…

—Es como que salgo un poco, salgo a hacer cosas normales que no se pueden hacer de día.

Ese mismo lunes por la noche, el Muñeco ya había terminado la veda y dio dos rondas de notas. La primera, a radios y TV en vivo, de parado. Y más tarde, más relajado, se sentó a una mesa con los enviados de *Clarín*, *Olé*, *La Nación* y Radio Mitre. Y dijo:

- “Este es un logro extraordinario que no sé si se volverá a repetir y quedará en la gloria eterna. No creo que algo pueda superar esto. Es muy fuerte todo lo que se vivió en estos años, pero esta final, por cómo se dio y por la desorientación por la cual fuimos caminando, fue más reconfortante.”
- “Aquí hay reglas y conceptos claros. No me tiene por qué temblar el pulso para tomar una decisión —un cambio— si veo que va a ser beneficiosa para el equipo. Los jugadores son leales y lo entienden perfectamente. Ponzio y Maidana son el espejo. Acá no juega nadie por el nombre o por el peso de la historia. Ellos lo saben y son los abanderados de la exigencia que uno reclama. Esa es una de las razones principales de por qué este equipo sigue siendo competitivo.”
- “Si nos damos el lujo de relajarnos, uno tiene el temor de que a partir de eso venga el efecto tobogán. Y eso no me lo permito. No quiero relajarme porque sé que sería empezar a perder. Por eso cuando digo que reflexiono cada fin de temporada, es porque tengo que ver cuál es mi energía para exigirme y exigir al resto del plantel.”
- “Nunca le tuve temor a renovar los equipos. Es parte de lo que me gusta como entrenador: gestionar grupos que vuelvan a estar en la competencia. Me apasiona, está dentro de mis desafíos y necesidades, porque el entrenador se tiene que ir probando todo el tiempo. Si no, sería muy fácil. A mí no me gusta sentarme en la silla y mirar cómo se desarrolla todo con facilidad.”
- “No me sorprendió lo que hizo Quintero, es uno de los futbolistas con mayor talento que tenemos. A veces me enoja que todo ese potencial no lo pueda explotar. Juanfer venía de sufrir una molestia que nos tenía preocupados, pero en los días previos lo vi con sensaciones lindas. Con los años, uno se da cuenta de esos pequeños mensajes que se suelen dar

en un ida y vuelta con el jugador, poder sentir eso es extraordinario, me encanta palpar cómo están. Es una de las sensaciones más lindas que puede tener un entrenador.”

- “A mí me une un gran idilio con jugadores talentosos, con una identidad muy cercana a la que yo tenía. Me pasó con Pisculichi, con el Pity, ahora con Quintero, con Scocco, me pasa con esos jugadores que tienen talento natural. Uno necesita acompañarlos para que ese talento lo utilicen en momentos importantes, en partidos cerrados, que se hagan cargo del talento que tienen.”
- “Los hinchas de River nos dimos un baño de humildad tremendo con los que nos pasó para poder hoy estar viviendo esto. No me gustó vivirlo, pero para estar hoy acá tuvimos que haber tocado fondo. River tuvo una lección muy grande con eso (descenso).”
- “Después de todas las injusticias que pasamos, fue alucinante ver la satisfacción de los hinchas en la tribuna.”

El martes 12 de diciembre, River aterrizó en Emiratos Árabes Unidos, y Boca no pudo celebrar su día del hincha en la Bombonera porque no se autorizó su apertura. Riquelme habló en Fox y, a diferencia de otras ocasiones en las que elogiaba a River y criticaba a Boca, esta vez agarró la bandera azul y oro. “Tampoco es que nos ganó Guardiola, no nos cagaron a baile, eh”, minimizó el juego de River, lo chicaneó con el descenso y elogió a Nacho Fernández. Destacó que para Boca había sido muy importante haber llegado a la final.

“Marcelo es un chico que conoce el club mejor que otros y siempre fue muy positivo. Los que jugamos con él conocemos las lesiones que tuvo. Y siendo un jugador de su calidad, siempre buscó salir adelante. Eso me generó decir: ‘Uh, este tipo sí que tiene un plus’. Y no me equivoqué”, lo describió Francescoli.

“Fue la Copa que siempre quise ganar —reconoció el Oso Pratto, gigante como el Búfalo Funes y autor de un gol en cada una de las finales, como el puntano en 1986—. Cuando me llamaron, incluso, se los dije a todos: yo quería ganar la Libertadores. Y tenía muchas ganar de trabajar con este cuerpo técnico, con el que había tenido algunos contactos. Parece mentira, y lo recordamos en estas horas con Marcelo: de lo primero que charlamos cuando nos juntamos por primera vez fue de lograr este título.”

Jorge Valdano, testigo presencial en la final, siempre lúcido en sus observaciones, tampoco escatimó elogios para Gallardo: “Admiro su inteligencia, su sensibilidad y su discreción. No es fácil mantenerse leal a una manera de entender el juego ni sobrevivir a una polémica colosal como esta, saliendo indemne, resolviendo en las ruedas de prensa con dignidad. Y hasta es difícil festejar con la serenidad con que lo hizo él. Es señal de que se siente dueño de la situación. De que se siente River. Y eso tiene mucho valor en un fútbol que está perdiendo identidad cada vez a más velocidad”.

Omar Labruna, que mamó como nadie el sentimiento riverplatense en su hogar, por ser hijo del máximo símbolo de la historia, y por su rol como ayudante de Ramón Díaz, no dejó ninguna duda en charla con Emiliano Nunia, de Radio Villa Trinidad, Santa Fe: “Hay que ir fabricando un lugar para hacerle una estatua al lado de la de mi viejo. Vos llegás al Monumental y escuchás la ovación a Gallardo, antes, durante y después del partido. Me hace acordar a mi papá, que, cuando tenía muchas ofertas de los mejores del mundo, siempre decidía quedarse en River. Marcelo es igual”.

Por esos días se presentó la biografía de Alejandro Sabella. “Si quieren saber lo que es el fútbol, ábranle la cabeza a Gallardo, y van a encontrar el Larousse ilustrado del fútbol; era un placer verlo jugar”, sintetizó el DT que una mañana de diciembre de 1991 fue a decirle al chiquilín que la rompía en la Octava, que no se cambiara porque ese miércoles iba a ir al banco en la Reserva.

“Hay que felicitar a River, a su cuerpo técnico y a sus jugadores. Nos ganaron dentro de la cancha, nos ganaron bien”, al fin pegó una Tevez con sus declaraciones. Su patrón, Angelici, de todos modos, no pensaba lo mismo y siguió con su reclamo en el TAS. Ese jueves 13 de diciembre, Guillermo dejó de ser el DT de Boca y se despidió en una conferencia de prensa —sin preguntas— al lado del presidente.

El viernes 14, invitado al brindis de fin de año de *No Todo Pasa*, programa de TyCSports al que había sido invitado un par de veces, me puse a charlar con Juan Amador Sánchez, ex defensor de River en los años noventa, y entonces mánager de Platense. “Hace dos años me acerqué al predio de Ezeiza porque los tres hijos de mi pareja son hinchas de River —me contó Juan Amador, un tipo muy querido en el ambiente—. Era una práctica cerrada, así que no me dejaban pasar. ‘¡Qué pena, yo jugué en este club!’, le hice el comentario a un muchacho de seguridad. Consultó adentro y me hicieron pasar. No sabés lo bien que nos recibió Marcelo. Les contaba a sus colaboradores que yo había sido su primer compañero de habitación en la concentración junto al Mencho (Medina Bello). Era ‘Juancito esto, Juancito lo otro’. Y eso que hacía mil años que no lo veía. Yo había ido para mostrarles el entrenamiento, y cuando nos íbamos, una de las hijas de mi pareja me dijo: ‘¿Viste cómo te trató el técnico de River?’. No lo podían creer. Enzo igual, se portó bárbaro. Le estaba pegando una tremenda cagada a pedos a D’Alessandro.” Claro, fue después de aquel desplante del Cabezón ante Banfield. “Ojalá no se repita lo de Andrés”, había declarado públicamente Enzo. Puertas adentro, el tono es otro. ¡De cuántas cosas no nos enteramos los periodistas!

—Acá te esperamos, Diego, desvelados como todas las noches, así que preparate. Buen viaje! —me escribió Buján el 15 de diciembre, cuando le

conté que viajaba para Emiratos.

Marcelo lo pasó verdaderamente mal esos días en Al Ain. La excitación por la final ganada en Madrid, la tensión liberada por cuarenta días taquicárdicos, el *jet lag*, el cambio de hábitat y la autoexigencia de preparar al equipo para un Mundial fue un combo demoledor. “Estuve seis días con migraña, me acostaba a las once de la noche, me levantaba a las dos de la mañana, bajaba al gimnasio, salía a caminar, iba a desayunar muy temprano, me cruzaba con otros chicos del cuerpo técnico y me tenía que tirar a dormir antes del almuerzo, era todo muy raro”, me detalló Marcelo.

El martes 18 de diciembre, River perdió 5-4 por penales ante Al Ain, de Emiratos, en la semifinal del Mundial de clubes tras igualar 2-2 en los 120 minutos. Los penales no son para Gallardo: en menos de un mes se despidió de dos competencias por esa vía. Jugaron los de siempre: Armani; Montiel, Maidana, Pinola, Casco; Nacho, Ponzio, Palacios; Pity; Pratto y Borré. En el segundo tiempo entraron Enzo, Juanfer y De la Cruz. Y Scocco lo hizo por el Pity en el suplementario. Berg anotó el 1-0 a los 2’ a la salida de un córner —cada envío desde allí era un penal—, lo dio vuelta Borré con goles a los 10’ y a los 15’, y empató el brasileño Caio a los 5’ del segundo tiempo. A los 23’, el Pity estrelló un penal en el travesaño. En la definición, arrancaron los locales y convirtieron los 5 disparos —Armani arañó dos—. Por River convirtieron Scocco, Quintero, Pratto, Borré, y el arquero le atajó el último a Enzo Pérez.

Salí del estadio entre los hinchas. En silencio y con caras de desilusión casi todos. Era lógico, pensaban en la fortuna gastada, en las ilusiones ahora rotas de hacer cartón lleno ante el Real Madrid, en las burlas por perder con un equipo emiratí, en que hasta el sábado no se daría esa adrenalínica cuenta regresiva. Pero al día siguiente ya andaban todos cantando por las calles y el desierto con sus camisetas y banderas de River. Ese mismo clic hizo Gallardo.

“Esta derrota no mancha nada. Tuvo mucho que ver todo lo que venimos viviendo. Esa era una de las peleas internas que teníamos, traté de encararlo de la mejor manera, aunque hasta era difícil para uno también. Más allá de todo, nuestro entorno tiene que seguir de festejo. Hace poco más de una semana se logró algo histórico”, señaló Gallardo en conferencia.

Muy caliente, porque no le gusta perder, se tomó un rato para reflexionar y darse cuenta de que no podía castigar a sus dirigidos, que nunca habían escatimado el esfuerzo, ni exigirles más. El DT se paró frente al grupo, con el piñazo de la derrota todavía marcado en el rostro y les agradeció. Les remarcó que estaba orgulloso de ellos y que de las derrotas siempre se aprende. Y decidió darles un día y medio libre. Que se fueran a pasear a donde quisieran. El Muñeco también hizo su clic interno y cambió la foto de perfil de WhatsApp, puso una en la que se lo veía con una sonrisa que le ocupaba toda la cara. Decidió quedarse en Abu Dhabi con el cuerpo técnico y fue a conocer la gran Mezquita Sheik Zayed. A la noche le mandé a Buján un video de los hinchas de River cantando, felices, en el desierto.

—Muy bueno! Hoy tendrías que haber visto la estampida que se produjo en la Mezquita cuando lo vieron a Marcelo. Muy llamativo, Diego, ni te digo para la gente de acá, pero nos llamaba la atención a nosotros. Escuchar a la gente decir simplemente “gracias”, “gracias”, era muy lindo, para dar un pasito atrás y mirar lo que ocurría. Cuando estemos llegando el 23 a Buenos Aires, se cumplirán diecinueve días desde que nos fuimos de casa, más todo lo vivido anteriormente, hizo que el desgaste que se vio en la cancha haya sido normal. No fue solo llegar acá y jugar, sino todo lo que se vivió antes: las 5 previas, mucho desgaste. El objetivo más importante del año se cumplió. Abrazo grande!

El viernes 21 de diciembre, en la conferencia oficial del día previo al partido por el tercer puesto, a la que suelen concurrir cronistas de todo el mundo, a Gallardo le preguntaron tres veces por la derrota con Al Ain.

Respondió: “No es tan fácil sacar un chip y poner otro. Los jugadores no son robots, son humanos que sufren, que viven, que sienten. Trabajaron duro, fueron respetuosos y nobles en este camino, no se han desenfocado nunca. Y cuando tengo esos futbolistas, quiero retribuirles el cariño”. Se encargó de remarcar cuáles habían sido las prioridades de 2018 cuando le hicieron referencia otra vez a la derrota allí: “Hemos vivido un año largo con dos objetivos muy claros: en marzo fue la Supercopa con la victoria frente a Boca y el segundo fue la Libertadores, con el plus que fue ganársela a Boca”. Cuando escuchó si no había sido una “vergüenza” la caída con Al Ain, el hombrecito ya contestó con cierto fastidio.

Un rato después, el Muñeco sentía que algo le hacía ruido. No le gustaba que como última imagen del año quedara esa conferencia algo accidentada. Le preocupa la comunicación, el mensaje.

—¿Quedaste conforme con la conferencia, Matías? —le preguntó Gallado a Ghirlanda.

—La verdad que no, ¿y vos? —retrucó el encargado de prensa.

—Yo tampoco. Armá algo con los medios argentinos para hoy.

—Bueno, voy a ver si de acuerdo a las actividades…

—No me entendiste —lo interrumpió Marcelo—, armá una rueda de prensa para hoy en el hotel con los medios argentinos, por favor.

Y Ghirlanda entendió. Un par de horas más tarde, a la nochecita, muy relajado, con la gran Mezquita de fondo, charló con los enviados argentinos durante casi una hora sin ningún apuro y hasta que los periodistas dijeran “basta”, algo que no suele ocurrir. Se lo notó relajado, abierto, feliz, a diferencia del Gallardo molesto del mediodía. Habló de su madre, del gol del Pity que no había llegado a ver, de todo… Y, como pretendía, dejó un mensaje final acorde con el año espectacular que había vivido todo River. Luego sumaría un par de palabras tras la victoria por el tercer puesto y en el apoteótico recibimiento en el Monumental.

“Lamentablemente no pudimos dar ese pasito más para jugar esta final, que era el deseo de todos, y me pareció que venía bien recordar que por algo estábamos acá, y que el principal objetivo de este año era la Copa Libertadores, que para nosotros fue un logro increíble a todo nivel”, empezó, para justificar la convocatoria. Y luego dijo, entre otras cosas:

- “Viví la final con muchísima adrenalina, con la sensación de que el partido iba a tener momentos duros y cuando pasamos a perder fue uno de esos, pero ya habíamos pasado por situaciones parecidas y este es un equipo que siempre ha mostrado respuestas mentales en los peores momentos. Quiero destacar la fortaleza anímica de los jugadores.”
- “Es un título que va a ser recordado por siempre, pero debemos regenerarnos para volver a empezar. Hay un proyecto en el medio, creo que el próximo año habrá un envión fundamental para seguir consolidando la base de juveniles, eso también requiere atención. Hay gente que trabaja por detrás para el bienestar y el futuro del club, y estar con ellos y formar parte de ese proyecto me conmueve. Siempre hay algo para seguir alimentándose; cuando sienta que ya está todo hecho y que aporté lo que tenía que aportar, será el momento de decir: hasta acá llegamos.”
- “En 2019 van a ver al mismo insoportable de los últimos años. Con más canas, más ojeras, esperando seguir creciendo como DT y gestionando buenos grupos de jugadores y buenas personas.”

El sábado 22 de diciembre, River le ganó 4-0 al Kashima Antlers y finalizó 3º en el Mundial. Jugaron Lux; Moreira, MQ, Pinola, Casco; Zuculini; De la Cruz, Palacios, Mayada; Borré y Álvarez. Entraron Nacho, Juanfer y el Pity. Los goles los metieron Zuculini a los 24’ del primer tiempo, y en el segundo completaron el Pity, a los 27’ y a los 48’, y Borré, de penal, a los 43’.

Jugaron muy bien Borré, Julián Álvarez y Lux. El Pity se robó la noche: entró a los 23’ del segundo tiempo para despedirse en cancha —como no pudo hacer el Muñeco en 2010 con Cappa—, metió su primer gol cuatro minutos después, tras una linda asistencia de Álvarez, y cerró la noche con su sello, picándola al segundo palo. No podía bajar el telón de sus cuatro años en River con un golcito cualquiera. Así alcanzó los 35 gritos (2º en el ciclo, detrás de los 41 de Alario, hasta ahora, con Scocco acechando), 35 asistencias (1º en el ciclo) y 163 partidos (1º también) y 8 títulos. Borré finalizó como goleador del Mundial junto a Gareth Bale, ambos con 3, y obtuvo el Balón de Bronce, detrás del galés (oro) y Caio (plata).

“Esta victoria nos deja un sabor dulce, porque así era como el equipo merecía terminar el año. No nos alcanzó en el primer partido y hoy jugamos más sueltos —arrancó el Muñeco su última conferencia, mientras el Real Madrid jugaba la final en ese mismo estadio—. Esperamos con ansias volver a casa y reencontrarnos con nuestra gente. Va a ser muy emotivo, voy a tratar de disfrutar.”

Tras el 4-1 del Real Madrid al Al Ain, mientras armaban el podio de la premiación, el Muñeco se quedó charlando unos quince minutos con Santiago Solari, ex compañero de River, con el que mantiene una afectuosa relación. De hecho, el Indiecito le abrió las puertas de la Ciudad Deportiva de Valdebebas, siendo DT de los Cadetes del Real Madrid, cuando el Muñeco viajó a conocer métodos de entrenamientos. Conversaban ajenos a todo lo que ocurría alrededor, como si estuvieran en la utilería del Monumental tomando mate con Pichi. Solari acababa de ganar su primer título en el Madrid.

El plantel de River subió al podio, fue recibiendo la medalla por el tercer puesto entregada por Gianni Infantino, presidente de la FIFA, luego tocaba el saludo de un par de jeques y, en la otra punta, cerraban Florentino Pérez y Rodolfo D’Onofrio. Gallardo fue el último en subir, Infantino lo palmeó en la

espalda como si lo conociera de los picados en Merlo y con el presidente del Real Madrid mantuvo un intercambio apenas más extenso que con el resto. Incluso, cuando ya estaba por recibir el abrazo de D'Onofrio, Florentino volvió a dirigirse al Muñeco y le soltó unas palabras más.

—¿Qué te dijo en ese momento?

—"En nuestra casa, yo quería que ganaran ustedes, eh." Eso me dijo. Supongo que por la historia de Di Stéfano.

Esa misma noche, el plantel embarcó rumbo a Buenos Aires, ansiando ese reencuentro con la gran masa de hinchas riverplatenses con los que no habían podido celebrar. La caravana por la Riccheri fue un infierno, el micro incluso debió cambiar su recorrido para que no se hiciera tan tarde. El Monumental reventaba de gente. A lo largo de una alfombra roja flanqueada por chicos del club fueron ingresando jugadores e integrantes del cuerpo técnico, que chocaban las palmas con los chicos que les hacían el pasillo. El Muñeco cerró el desfile, entrando de la mano de sus hijos menores. Luego levantaron la Copa y hablaron Ponzio, Maidana, el Pity y el DT. "Esto no tiene precio, aquí fui muy feliz", se despidió por enésima vez el Pity, cada vez con más ganas de quedarse.

Alina Moine, conductora del evento junto a Sergio Goycochea, presentó al padre de la criatura y le cedió el micrófono para que dijera lo que tuviera ganas. La gente estalló con el clásico "Muñeeeeeco, Muñeeeeeco", él respondió levantando sus brazos y tocándose el corazón. Y habló durante 2 minutos 40 segundos.

—Buenas noches a todos —arrancó, siempre educado—, gracias por estar acá, gracias por sostenernos, gracias por aguantarnos, gracias por alentarnos, gracias por todo el amor recibido en todos estos años —se toma unos segundos, el silencio es absoluto—. Es una gran emoción sentir lo que siento yo en este momento, es una gran emoción compartir con todo este grupo de jugadores, unos enormes jugadores, pero unas grandísimas personas a

quienes realmente valoro de corazón. Agradecer a todo mi cuerpo técnico, a los auxiliares, a toda la gente que trabaja día y noche para que nosotros podamos ser mejores. Agradecer a la dirigencia por haber confiado en mí, a su presidente, Rodolfo D'Onofrio —aplausos—, a Enzo Francescoli… —más aplausos, después de unos segundos se escucha el "Enzoooo, Enzoooo", y Marcelo hace que sí con la cabeza, que hay que cantarle, no siente celos—. Hace tres años, cuando ganamos la Libertadores de 2015, parecía mentira, ¿no? Pero fue un sueño hecho realidad. Y me acuerdo de las últimas palabras que pronuncié en este mismo estadio: les dije de corazón que agradecía y que íbamos por más, ¿se acuerdan? No solamente fuimos por más, sino que ganamos la final más soñada del mundo —comienza a quebrarse, la gente aplaude—. Y no la vamos a olvidar jamás. Va a quedar eterna para siempre en nuestros corazones. Así que gracias a todos, y se lo tienen merecido, porque ustedes se lo tienen merecido, gracias —más fuerte, y se le vienen los jugadores a saltar.

Escuchando otra vez ese discurso, calmo frente a la compu, y conociendo al personaje, decodifiqué su mensaje de este modo: "Así como en 2015 ustedes no podían creer que ganáramos la Copa, y yo les dije que íbamos a ir por más —o sea, por otra—; ahora que ganamos esta, vamos por la quinta el año que viene. Después hay que jugar, están los rivales y los imponderables. Pero no me quedo con esta Copa a dormirme en los laureles. Sepan que no. Y que vamos por la quinta".

Tras el discurso del Míster, el Pity hizo el simulacro de su corrida histórica, pero antes de introducir la pelota en el arco, el hijo de Milton Casco, que parece ser más rápido aún el padre, se la robó llegando al área y lo convirtió él. Luego, todos dieron la vuelta olímpica subidos al micro descapotable y hubo fuegos artificiales. El Muñeco lo disfrutó abrazado a sus dos hijos menores, relajado; en 2015, subido a un micro similar, lo hizo bajo un diluvio, llorando sobre el hombro de Bombicino, porque la muerte de su

madre aún estaba demasiado fresca (nueve meses).

El 30 de diciembre, para coronar un año perfecto, Gallardo fue elegido mejor DT de América, en la prestigiosa encuesta del diario uruguayo *El País*. Votaron en esta ocasión 320 periodistas de todo el continente, y el Muñeco recibió el 90% de las adhesiones (287), récord desde que se comenzó con esta encuesta en 1986. Lo siguieron en el podio, ahí nomás, Gareca (16 votos) y Martino (11). Gallardo había terminado 3º en 2014 (ganó Pekerman), 2º en 2015 (ganó Sampaoli), 5º en 2016 (Rueda) y 9º en 2017 (Tité).

—Ahora que han pasado algunos años, ¿qué es lo mejor que tenés como técnico? —le preguntaron, en Ovación, el suplemento deportivo de *El País*, cuando le entregaron el premio el 8 de enero de 2019.

—No me gusta hablar de mí porque creo que tengo algunas virtudes y algunos defectos. Siempre intento no hablar de mí porque no me sale.

Adiviné la respuesta mientras iba leyendo la pregunta. Y me reía solo. Unas cuantas veces me topé con esa carita de “ya sabés que no me gusta hablar de mí”. Lindo desafío. Pero aquí estamos. Algo pudimos contar.

La última charla

“Vamos que ya estamos, te prometo que es la última y te sacás a este plomo de encima”, le escribí a Marcelo, con algo de humor, pero sin faltar a la verdad, ya divisando la bandera a cuadros de la editorial a la salida de la última curva. Nos encontramos en su departamento el miércoles 20 de febrero de 2019 a las diez y media de la mañana, uno de esos días en que sensación térmica y dólar se peleaban por ver cuál llegaría más alto en la jornada, tres días después del corte de luz en Banfield. Marcelo le había dado dos días y medio libre al plantel, así que cerca de la una del mediodía debía enfilar hacia Ezeiza para el entrenamiento de la tarde. Teníamos dos horas para charlar y hacer una especie de balance de estos casi tres años y medio que abarca el libro. Y, como en toda conversación con el Míster, aparecen circunstancias del pasado que explican el presente y que desconocía, a pesar de la cantidad de horas y horas de conversación que llevamos acumuladas desde 2014. En esta ocasión, la vinculada a la guardia alta me pareció sensacional.

—El otro día llevé a uno de los chicos a clase particular, y mientras esperaba, me puse a leer los capítulos que me mandaste y me dieron ganas de seguir leyendo, eso debe ser una buena señal, ¿no? —me comenta después del saludo inicial y no iba a andar contradiciéndolo. Ya sabemos, entonces, que además de todas las cuestiones vinculadas a River que tanto lo absorben, se hace un tiempo para cumplir con su rol de padre y llevar a uno de sus hijos al maestro. Y que lo espera. Y que no regala ninguna hora: las aprovecha.

Marcelo está solo en el departamento esta mañana. Sentado en la cabecera de una mesa larga —siempre en la cabecera— de frente al río, me pide si lo puedo esperar unos minutos porque debe terminar de hacer algo. De reojo veo que desliza su dedo por el iPad que tiene frente a sí. A un costado hay un estuche con 6 marcadores, una libretita verde de la editorial Librofutbol, en cuya tapa se lee “scouting de jugadores”, un mate y el termo de River que ya he visto en su oficina de Ezeiza y también en su casa de fin de semana. ¿Será siempre el mismo o tendrá una docena de termos todos iguales?

Sobre la pared hay colgados dos cuadros con camisetas de River enmarcadas. Ninguna tiene ese 10 que tan bien lo retrataba como jugador. Son otros tiempos, claro. Una camiseta lleva impreso el número 200 —homenaje de River de cuando llegó a esa cantidad de partidos como DT del club— y otra, el 2021, de la firma de su última renovación de contrato. En la mesita de salida, al lado de las llaves del auto, hay dos paquetes de las viejas y queridas gomitas Mogul y un frasco de chicles, que agarrará —después de ofrecerme— cuando terminemos la charla y enfile hacia Ezeiza. También llego a ver en un estante un casco negro de bici y en otro un par de libros apilados, dentro de los cuales distingo “Liderazgo”, de Alex Ferguson.

—¿Cambiaste algo en estos últimos tres años? ¿Puede ser que disfrutes más, que estés más relajado?

—Eh… sí, fui mejorando en la manera de ir viendo las cosas y resolver los problemas, manejo ese tipo de momentos con más calma. En eso siento que progresé, que disfruto un poco más. La semana de trabajo es un momento de disfrute para mí, las sobremesas con mi grupo de gente en Ezeiza después del almuerzo, también. Ahí se habla de la vida misma, salen disparadores de temas permanentemente. Lo disfruto mucho.

—¿Hubo algún clic para que disfrutes más o se fue dando?

—El hecho de comprometerme todavía más en el corazón de la institución hace que si uno no está dispuesto a vivir los procesos, eh… es un problema.

Acá las cosas no se resuelven de un día para el otro, entonces al decidir involucrarme en otras áreas del club tuve que tomarme tiempos diferentes.

—Si no ibas a explotar.

—Tal cual. Un amigo me dice: “Lo que no tenemos derecho es a enfermarnos”. Es algo que suelo tener presente y por eso ahora disfruto más el camino, porque, si no, el hecho de estar permanentemente en ebullición, ¿viste?, es complicado, hay que bajar un poco el fuego.

—¿Fuiste al psicólogo a alguna vez?

—Cuando tenía 19 o 20 años.

—¿Por qué?

—Porque di los pasos muy rápidos apenas empezó mi carrera profesional y de repente empecé a recibir los primeros golpes y me di cuenta de que no iba a ser un camino de rosas. Me pasaron cosas fuertes a los 17, 18 años, y uno no está preparado. Habré ido un año más o menos.

—¿Como técnico no necesitaste volver?

—No.

—Siempre te veo transmitiendo la imagen de ser dueño de la situación, ¿en algún momento te bajoneás o sentís que perdés el control?

—Soy yo, no es una imagen, así soy yo en mi vida.

—Sí, sí, tal vez me expresé mal, la pregunta sería si estás mal en algún momento, si sentís que se te van las cosas de las manos alguna vez.

—Soy un ser humano como todos y tengo momentos en los que estoy triste y otros en los que estoy más relajado. Parte de la vida es pasar por momentos de felicidad, de tristeza, de desilusión…

—Parecería que siempre tenés todo bajo control.

—Creo que la vida te pone a prueba todo el tiempo. Yo me levanto cada día, salgo a la calle y sé que estoy a prueba, sé que hay algo que puede suceder y que por eso uno debe estar alerta. Mi vida fue siempre así. Cuando se hizo todo el mambo de la guardia alta, que muchos opinadores quisieron

llevarlo para el lado que les convenía, te puedo asegurar que durante toda mi vida estuve con la guardia alta. De eso se trata, al menos para mí. Yo sé de dónde vengo y sé todas las cosas que debimos pasar. A mí nada me resultó fácil, eh. Aquella vez se hizo una mala interpretación de lo que dije, se intentó instalar otra cosa. Lo que no entienden es que yo salgo a la calle y estoy con la guardia alta, soy un tipo alerta.

—¿Por algo en especial?

—Mirá, cuando tenía 15 años a mí me robaron dos veces en diez días, y eso me marcó mucho. Una vez fue en Riccheri y General Paz, esperando el micro de la Selección para ir al predio de Ezeiza, en aquel sub 17 que dirigía Mostaza Merlo. Los chicos que vivíamos en la zona oeste, en vez de ir hasta Viamonte para salir desde ahí, nos juntábamos en Liniers y nos tomábamos un colectivo hasta General Paz y Riccheri. Teníamos que caminar unos 200 metros hasta la parada y ahí nos levantaba el micro de AFA. Éramos 5 o 6 pibes que íbamos siempre juntos. Bueno, una vuelta nos desencontramos en Liniers y fui solo. Y en esa caminata entre los árboles de la Riccheri, con mi bolsito, en el que llevaba un par de botines, una toalla, un shampoo y creo que un par de ojotas, me aparecieron dos tipos de atrás, me tiraron al piso, me metieron un cuchillo y me robaron. A mí me dabas vuelta y no se me caía una moneda, así que plata no se llevaron. Me robaron el bolso y también me sacaron las zapatillas y la remera que llevaba puestas. Quedé solo con el jean.

—¿Qué hiciste?

—Así como estaba, en cueros, descalzo, blanco y temblando, me subí al micro de la Selección, todavía hoy algunos se acuerdan cómo llegué ese día al predio. A la semana siguiente me pasó de nuevo en la estación de Haedo: me robaron un reloj y una cadenita de oro que me habían regalado cuando me retiré del Baby. A partir de ahí, lo mío fue estar en alerta permanente, salía a la calle y miraba para todos lados. Hasta llegué a tener una especie de TOC, ¿se dice así no? —TOC: Trastorno obsesivo-compulsivo—. O sea, yo entraba

a cualquier lugar y en un abrir y cerrar de ojos ya tenía un pantallazo de la gente que había ahí, ya tenía el mapa en la cabeza. Así entrené mi visión periférica, de manera forzada. Siempre le digo a Sandra —Rossi, especialista en neurociencias del plantel—: “Escuchame, yo veo el trabajo que hacés para mejorar la visión periférica, pero ¿qué me decís si yo te cuento que ese entrenamiento lo hice en la vida solito, caminando por la calle? ¿En qué punto lo metés a eso? Bueno, hay cosas que son naturales, parece (risas).

—Pero vos hiciste esas declaraciones de “guardia alta”, unos meses después de la polémica semifinal con Lanús…

—Cada uno lo agarró para el lado que más le convenía. Yo te digo que, en el fútbol, como en la vida, hay que estar alerta siempre. Y más después de lo que nos había pasado en ese partido con Lanús, que fue un papelón, para mí fue un papelón. Creo que el VAR puede ayudar, pero todavía no están muy claras las interpretaciones de quienes aplican esa tecnología. Me costó dormir durante mucho tiempo después de esa derrota. Fue un golpe durísimo, el más duro que sufrí como entrenador. Daba vueltas y vueltas preguntándome cómo nos podía haber pasado lo que nos pasó. Me quedé enganchado hasta la Supercopa con Boca, o sea, casi cinco meses. Y nos dejó un aprendizaje tremendo.

—¿Cuál?

—Nosotros siempre fuimos muy fuertes en lo mental y creo que aquella vez, al encontrarnos con un resultado tan positivo, inconscientemente nos hizo mal, nos relajamos, y hubo fallas en la disputa de cada pelota. Veo las jugadas de los goles y encuentro razones futbolísticas, pero no quiero hacer referencias puntuales, sí digo que faltó fervor para disputar, determinación.

—Nombraste la Supercopa, ¿por qué mandaste al Pity sobre Barrios aquella vez?

—Creíamos que ahí iba a estar la clave del partido. Barrios era una clara referencia para Boca en la mitad de la cancha, era el primer pase y el que le

daba equilibrio al funcionamiento en cuanto a recuperación y juego, entonces para ese partido pensé que Barrios se preocupara por el Pity y no que fuera el jugador que se destacara en el partido.

—¿Cómo hiciste para que se preocupara por el Pity?

—Mandándolo a jugar a sus espaldas, o a los costados, ahí cerquita. Y después, que cuando Barrios agarrara la pelota, el Pity lo hiciera sentir incómodo, encimándolo, algo que Barrios no sufría habitualmente, él no sabía entonces lo que era jugar incómodo. Lo que pasaba con Boca en ese momento era que todos los equipos lo esperaban y lo dejaban jugar, y el juego surgía a partir de la simplicidad de Barrios para distribuir la pelota. Apuntamos a cortar eso.

—¿Algo similar a lo que hizo Ponzio con Gago en la Copa de 2015?

—Eso fue diferente, porque ahí mandamos a Leo a presionar bien alto sobre Gago, entonces nuestra recuperación estuvo allá arriba. En Mendoza mandamos al Pity para que Barrios se preocupara por él y que ante esa amenaza no se sintiera con tiempo y espacio para manejar la pelota cuando la tuviera.

—Siempre sacaste a relucir una sorpresita en cada partido con Boca.

—Nosotros analizamos virtudes y defectos del rival, pero nos basamos más en los defectos que en las virtudes para poder lastimarlo. Eso corre para todos los partidos.

—Me llamó la atención tu declaración después de ganarle esa vez a Boca, que venían jugando mal a propósito. Sonó soberbio, vos no sos así…

—Escuchá, nosotros comimos mierda durante todos esos meses desde la derrota con Lanús. Ganamos la Copa Argentina en diciembre, pero seguíamos sin poder cicatrizar la herida abierta. Veníamos jugando mal, es cierto, y nos atacaban, algunas veces con razón y otras con mala intención. Eran ataques, ataques y ataques, entonces vos masticás todo eso, y cuando ganás, ¿qué hacés? Tenés tres posibilidades: lo vivís con naturalidad, algo

difícil cuando llegás a una situación de tanta adrenalina como una final que le ganás a Boca, o te parás de macho ahí en la conferencia y sacás toda la bronca. La tercera era ser un poco irónico. Y bueno, yo elegí ser un poco irónico.

—¿Con quién era la bronca?

—Era en general, no contra Boca. No te olvides que muchos hablaban de fin de ciclo, ¿no te acordás de que hablaban de fin de ciclo cuando yo acababa de renovar mi contrato por cuatro años? Que si perdía se terminaba mi ciclo, decían, ¿o te olvidás? Ahí hay mucha maldad. Entonces, ¿cómo me paraba frente a eso después de masticar toda esa bronca? Algunos dijeron que esa declaración mía fue un acto de soberbia. No. Soberbio hubiera sido ir a la conferencia de prensa y decir: “A ver, a ver, vengan de a uno todos los que hablaban de fin de ciclo. ¿Por qué no se van bien a la m…?”. Eso hubiera sido un acto de soberbia. Yo elegí ser un poco irónico y nada más.

—En ese momento dejaste de dar notas mano a mano.

—Así es, porque pensé: “¿Para qué me voy a prestar a hablar y explicar si después, a la primera de cambio, inventan que hay fin de ciclo?”. Encima, si le das nota a uno, se ofende el otro, ¿viste? Entonces tenés que hablar con todos y gastar un montón de tiempo y energía dando notas. Prefiero que se ofendan porque no hablo con nadie, a que se ofenda uno porque hablo con el otro. Mirá, si en estos días hubiera tenido que salir a explicar lo de la luz en Banfield, no termino más, entonces dejo que hablen y listo, si yo sé que esto es un gran show.

Primer stop: el termo se ha quedado sin agua. Marcelo va hacia la cocina, pone agua en la pava y, mientras esperamos que se caliente, charlamos informalmente, con rock nacional como telón de fondo. Marcelo mira hacia el río con sus manos en los bolsillos, una pose que repite con frecuencia, aun

en los partidos (¿un tic, otro toc?).

—¿Te acordás de aquel apretón de manos que se dieron con Quintero en River-DIM de 2017?

—Sí, claro, ¿cómo no me voy a acordar? Fue en medio del partido, en el primer tiempo. El estaba jugando por la derecha, cerca del banco, la pelota se fue al lateral y me vino a saludar. ¿Cómo fue que me dijo? —Piensa.

—¡Llevame a River el año que viene!

—No, no, ¿cómo le va maestro? O, ¿cómo le va profe? Algo así.

—¿Te sorprendió?

—Ahí creo que ya había cierta… —Sonríe. —Nosotros habíamos revisado los últimos partidos del DIM antes de enfrentarlo en la ida, hacía dos meses. Y ahí ya me había sorprendido su talento.

—¿Viste los partidos completos del DIM o un editado?

—Veo los partidos completos la mayoría de las veces, y ahí se notaba claramente que el juego ofensivo del DIM pasaba por él. Era muy marcado eso. Después, también se veía que cuando perdía la pelota, jugaban con uno menos, porque se quedaba aislado en el retroceso. Concluimos que debíamos tener mucho cuidado con Quintero porque, cuando se la daban, pasaba algo.

—¿En esos casos vos agendás al jugador y les pedís a tus colaboradores que lo sigan y averigüen cosas?

—Hay jugadores que me llaman la atención y otros que me impresionan. Quintero me impresionó, veía un talento natural increíble, un diamante en bruto. Después hay que pulirlo y darle continuidad, convencerlo de que es un desperdicio si interviene solo esporádicamente. Luego uno se pone a averiguar: cómo fue su desarrollo, para dónde disparó su carrera y ahí es cuando empezás a encontrar cosas. ¿Por qué este chico estaba jugando en el DIM después de haber pasado por el Porto, o por qué había estado yirando por tantos clubes sin afianzarse? Eso uno también lo observa, viste que a veces la madurez de los futbolistas depende también de un montón de cosas.

—Lo que declaró Maturana, que había encontrado en voz al entrenador justo.

—Coincido con ese concepto. Hay algunos futbolistas que son para determinados lugares, para determinados momentos, para determinados técnicos y para determinados equipos. Si no, sería todo muy fácil; este juega bien acá y va a jugar bien allá. No, no es así, porque los contextos son otros, las culturas son otras.

—¿Cuándo pediste por Juanfer, entonces?

—Un mes después, en el receso de invierno, buceé un poco en su entorno para ver cómo era su situación, y no era del todo clara. Se terminó dando un semestre después, a comienzos de 2018.

—¿Qué otro jugador te impresionó como Quintero?

—Bueno, el Pity también. Apenas llegamos al club lo pedimos, se veía que no había jugadores de esas características en el fútbol argentino.

—¿Te sorprendió Armani en el día a día?

—En Armani vi a un arquero que no le gusta que le hagan goles nunca, ni en los reducidos y ni siquiera cuando le estás pateando. Eso es muy positivo. A ningún arquero le gusta que le hagan goles, pero que tenga ese enojo, que trabaje con esa conducta para tratar de evitar los goles en cualquier circunstancia, lo hace diferente.

—¿Le metés menos goles que a otros arqueros cuando le pateás vos?

—No. Les hago goles a todos por igual (risas).

—Armani, Scocco, Pinola, Enzo Pérez, ¿que los refuerzos sean hinchas de River te suma algo o se dio así?

—A mí me gusta que los jugadores se identifiquen con el lugar en el que están en ese momento, con el club, esos jugadores que se identifican con el lugar que les brinda la posibilidad de hacer lo que les gusta y trata de facilitarles todo. Cuando uno reconoce eso y está a gusto, y encima se brinda, hay una empatía, un enroque que hace que todo sea mucho más llevadero.

—¿Qué viste en Pratto para que el club gastara esa fortuna en traerlo?

—Un jugador positivo para el equipo, un jugador con cualidades funcionales.

—¿Qué sería eso?

—Un jugador que se pone al servicio del equipo y que va a ser positivo por su personalidad y por sus características. Muchas veces vamos a buscar características puntuales de un futbolista: el que tiene uno contra uno, el de buen remate o buena calidad de centro. Para un delantero, por ejemplo, te preguntás: ¿tiene buen cabezazo? ¿Se perfila bien? ¿Se autoabastece o es un jugador que necesita del equipo? Bueno, Pratto tiene un poquito de cada cosa. Alario, por nombrarte otro caso, era definidor, un terminador de jugadas. Un terminador excepcional, porque te definía de zurda, de derecha, de cabeza. Pratto, no. Pratto era un delantero funcional para el equipo.

—Que al llegar al club haya declarado que hacía tiempo tenía ganas de ser dirigido por vos fue un lindo mimo, ¿o no?

—Lucas sabía que nosotros lo habíamos querido traer cuando llegamos al club, e imagino que se habrá quedado con esa espina. En diciembre de 2017, cuando ya estábamos decididos a traerlo, tuvimos una charla en casa. Yo quería escuchar de su boca cuántas ganas tenía de venir. Y ahí terminé de convencerme de que sería un jugador muy positivo para nosotros. El tipo tenía muy claro su objetivo: ganar la Copa Libertadores. Y sabía que en River iba a tener esa posibilidad.

—¿Cómo lográs la empatía con el jugador, una de tus mayores virtudes?

—Es una pregunta para otra persona. —Se ríe, ya imaginaba su respuesta.

—¿Cómo conseguís armar buenos grupos?

—Los buenos grupos se arman con buenas personas. Necesitás una estructura y bajar mensajes claros, para que después no haya malentendidos. Entonces, si hay una estructura, mensajes claros y buenas personas, es muy difícil que la cosa vaya mal. Después, hay que ganar, claro, pero mismo si no

ganás y la estructura es sólida y los mensajes son claros y hay buenas personas, siempre será más llevadero.

—¿Cuáles serían los mensajes claros?

—Trabajo, compromiso, respeto hacia las personas y hacia el lugar donde estás. Son los valores básicos de la vida.

—Casi no tuviste conflictos con jugadores en todo tu ciclo, es raro.

—Una de las cosas en las que nos basamos es que nunca nadie acá va a estar por encima del equipo, ni siquiera aquellos jugadores que puedan ser de mayor importancia. Por otro lado, eso es muy simple de modificar: si no cumplís con esto, te vas. Puede ser un costo alto, si el jugador se destaca mucho, pero es saludable para todos. Yo siempre prefiero mejor salud a tener que pagar un costo alto que determine pasarlo mal. Vos me decís: tengo un revoltoso, un talentoso; dámelo, a ese lo quiero y veo si lo puedo controlar. Si puede ser un revoltoso positivo, lo acepto. Ahora, un revoltoso negativo, no.

—¿Cuál fue el rival de la última Libertadores que te preocupó más en la previa?

—Eh… no… —Piensa. —Pasa que tuvimos cuatro cruces muy duros. Sí supe cuando nos tocó Racing de entrada que esa llave nos iba a marcar el camino, porque era un rival muy intenso y porque cuando te enfrentás a un equipo argentino, lo externo también juega, se genera un gran desgaste. Veía ese cruce como una prueba importante, y al pasarlo con la autoridad tremenda con que lo pasamos, sentí que íbamos muy bien.

—El 1-0 de Pratto contra Racing fue impresionante.

—Fue un golazo, ¡un golazo! Ese gol es para poner en un cuadro. Son esos momentos en que como entrenador uno siente la gran satisfacción interna de ver reflejado el laburo de tantas horas. Hay algunos aspectos del juego más vistosos, como ese gol, y otros que no se ven tanto, pero que nosotros entendemos que son de igual importancia.

—¿Cuáles?

—Aspectos más opacos del funcionamiento, características, detalles. A veces hay un montón de pequeñas cosas que van de la mano a cómo vos te imponés sobre un rival, desde una preparación mental para plantarte, para anticiparte, o cuando tenés una concentración alta para disputar una pelota, hasta la frescura mental para resolver diferentes situaciones del juego. Hay un montón de pequeños detalles que hacen que un equipo nos represente, que sintamos eso. Después está la belleza del juego; hacés una triangulación por izquierda, tiraste un centro atrás y no fue gol, ves que el equipo está adelantado para recuperar rápido la pelota y volvés a triangular por derecha para que Pratto la meta de primera… eso es la belleza.

—El Pity le metió dos goles de volea muy parecidos a Boca, casi mete un tercero en la final de ida y hasta lo intentó en el Bernabéu en un córner, ¿ustedes lo estimulaban en esa búsqueda?

—La primera volea le surgió a él; la segunda le cayó justo tras un rebote y resolvió así. Lo que insistíamos con Gonzalo era que necesitábamos más presencia en el área, se lo decíamos siempre: que ante todo desborde por derecha, él tenía que llegar por el segundo palo, siempre tenía que ser una opción para el equipo. Pero la manera de definir es natural de él, toda de él.

—En Madrid lo intentaron desde un córner, ¿eso estuvo ensayado?

—Nosotros les decimos: “Los recursos y las herramientas son estas”, y después ellos deciden en la cancha cuándo, cómo o en qué momento.

—¿Qué pensaste durante los ocho minutos en los que el Pity tenía la pelota debajo del brazo para patear el penal en Porto Alegre? ¿Tenías miedo, confiabas en el Pity, qué llegaste a sentir?

—Me puse en su lugar y pensaba lo que podía llegar a estar pasando por su cabeza en esa espera interminable. No es nada fácil estar en esa situación frente a un penal tan decisivo.

—Cuanto más pensás, peor.

—Sí, salvo que tengas un grado de inconciencia muy grande… y el Pity

algo de eso tenía (risas). Mirá, siempre recuerdo el penal que pateé contra Inglaterra en el Mundial 98. Tenía 22 años, había entrado en el segundo tiempo, era un pibe. ¡No sabés lo que fue esa caminata desde la mitad de la cancha hasta el punto del penal! Querés llegar lo más rápido posible, patear y que se termine cuanto antes, porque si en esa caminata te ponés a pensar en lo que está en juego y todo lo que hay detrás, se hace dificilísimo. Algunos dicen: “Tiene que estar acostumbrado”. Y no, algunas cosas que te pasan en la vida no están en los libros, no podés hacer un máster y estudiarlas, las tenés que vivir.

—¿Qué pensabas vos en esa caminata contra Inglaterra?

—En patearlo decidido, traté de no pensar en otra cosa. Que no se te crucen cosas negativas… ¿vos no creés que antes de esta final de Libertadores a nadie se le cruzó “qué va a pasar si perdemos este partido”?

—Obvio que sí.

—Bueno, yo creo que ahí está la clave, en aquellos que pueden apagar esas vocecitas internas, los que consiguen que el pensamiento positivo las opaque tremendamente. Los miedos existen, y está bien, es normal el cagazo bien entendido. Ahora el miedo que paraliza no, ese es una porquería. El miedo que te bloquea es una cagada, pero el miedo que te moviliza, el que te hace accionar, ese está perfecto. Ahora eso de decir “che, pero qué pasaría si llegamos a perder…”, no, no, aborrezco a las personas que dicen “qué pasaría si perdemos”, es un mensaje tan negativo que no lo quiero cerca. Esas energías negativas son las que yo trato de anular y evitar.

—Volvamos a la inconsciencia del Pity.

—Sí, tiene esa inconsciencia, pero un poco nada más, eh, porque hay una parte del Pity que es muy consciente: él era el primer autocrítico cuando no le salían las cosas, ahí hay conciencia.

—¿El balde de Gatorade que te tiró en el Bernabéu lo hizo esa parte inconsciente del Pity o porque sabía que se iba del club?

—Hacía un frío… (risas). Lo llegué a ver justito, pero no pude zafar del chapuzón.

—Cambio de frente: ¿lográs desconectarte en algún momento?

—Sí, en algunos momentos sí, ahora más que antes… un poco más que antes. (Un poco, no vaya a ser cosa.)

—¿Hiciste alguna promesa por ganar la Copa, como los jugadores y algún integrante del cuerpo técnico?

—No.

—¿Seguís sin tener cábalas o alguna se coló?

—No tengo ninguna cábala.

—¿Como te llevás con el avión en los viajes?

—Si tengo algún libro para leer o películas para ver no me aburro y lo paso bien. Si es un viaje largo, puedo ver películas o series hasta que me venza el sueño por sí solo. Después, siempre llevo un par de libros encima.

Nos estamos acercando al final. Marcelo ahora va a la cocina a cambiar la yerba. Seguramente comerá algo en Rivercamp, como lo hizo en nuestro anterior encuentro, el 24 de enero: me levantó en su auto en Libertador y General Paz, llegamos cerca de las 15:30 al predio y recién a esa hora picó unos sánguches. Alguna comida se le puede pasar; las debilidades del rival de turno, seguramente no. Lo que me facilitó muchísimo la tarea fue que, durante las dos horas y monedas de esta última conversación que cierra el libro —a esta altura con el grabador sobre la mesa, ya reconocido oficialmente como invitado—, en ningún momento le prestó atención a su celular, una señal de consideración y respeto hacia la otra persona. Una costumbre, por otra parte, en la que casi nadie se detiene en estos tiempos de ultraconectividad.

—¿Qué tan cerca estuviste de irte cuando le ganaron a Central la Copa

Argentina?

—Hasta me resulta difícil ubicarme en ese momento, pero lo que sentía indicaba que sí, que me iba.

—Suerte que no te fuiste, mirá lo que te hubieras perdido…

Silencio largo.

—Mirá, ¿vos creés en el destino? Yo creo que el destino es uno mismo y las decisiones que toma, porque estamos todo el tiempo tomando decisiones, así que esa fue una decisión más que tomé en ese momento de mi vida. Yo no vivo pensando: ¿qué hubiera pasado si yo hacía tal o cual cosa? No. Uno sale de su casa y está tomando decisiones permanentemente.

—Bueno, pero estás contento de haberte quedado, imagino.

—¡Y sí, cómo no voy a estar contento! Fue una decisión claramente acertada.

—Después de ganarle la final a Boca, ¿no se te pasó por la cabeza irte? Un pensamiento del estilo: “¿Para qué me voy a quedar, si más que esto no hay?”, como dijiste vos mismo en el Bernabéu.

—Tal vez hubiese sido el cierre, eh… —piensa—, la resolución más fácil, digamos. ¿Qué otra situación puede igualar lo que ganamos? Con todos los matices que se generaron, además. Nada lo va a igualar, pero sigue habiendo desafíos deportivos y me pareció que este año será muy importante para la consolidación del proyecto de los juveniles.

—¿Se te pasó por la cabeza irte o no?

—No —terminante—, no, justamente porque sigo pensando que hay cosas por hacer que no dan ningún título trascendental, no es ninguna victoria épica. Todo esto no lo va a disfrutar esta gestión ni tampoco yo como entrenador, pero es algo importantísimo para el futuro. Sé que el hincha vive del resultado del domingo y que esto quizá no lo vea, pero es fundamental, es algo muy fuerte.

—¿Por qué lo hacés?

—Porque soy de la casa, y a mí me hubiera encantado que en mi época, más allá de los formadores, delegados y toda la gente que se desvive ahí abajo para que los chicos estén bien, existiera una estructura que lo sostuviera. Mismo para los entrenadores, que tuvieran un espacio más grande y mejor, poder darles más herramientas para trabajar. Ahora se armó un programa del área psicosocial para estudiar el contexto familiar de 140 chicos de las inferiores de los 300 y pico que hay, para saber dónde estamos parados. Está claro que más del 90% de los jugadores de fútbol viene de muy abajo, y estamos pendientes de esa problemática social. Por ahí vos tenés un chico de 10 años que la rompe, pero no tiene para viajar o para comer. ¿Cuántos grandes proyectos de futbolista quedan en el camino? Alguno dice: "No, este pibe la rompía, pero no tuvo un contexto familiar que lo acompañara o no le daba la cabeza". La idea es tener un panorama claro para luego darles contención.

—Vos venías de muy abajo y sin embargo llegaste sin esa contención.

—Pero no todos por ahí tienen esa voluntad, esa perseverancia.

—Eso lo sacaste de tu mamá, ¿no?

—Sí, creo que sí, mi vieja tenía esa personalidad de ir siempre para adelante.

—¿Te sorprendió el recibimiento que les hicieron al llegar de Emiratos?

—Imaginaba cierta locura por todo lo que nos llegaba allá. Teníamos muy claro lo significativo del logro, pero nos faltaba verlo en vivo.

—¿Te pusiste nervioso al hablar ante 80 mil personas?

—No, no, porque dije lo que sentía. Ni sabía que se iba a dar así. Es más, nunca preparo nada. Fue un momento tre-men-do —separa las sílabas para acentuar la fuerza de su palabra—, yo creo que fue uno de los momentos… —piensa— uno de los momentos de mayor sentimiento.

—De mayor sentimiento tuyo.

—Sí, sí, de sacar un sentimiento contenido después de todo lo vivido, fue

como un desahogo, viste, lo había expresado en el Bernabéu, pero transmitirlo así ante toda la gente fue tre-men-do. Lo mismo que todos los hinchas que ese día esperaron cinco o seis horas en el Monumental y los que se volcaron a la calle, una locura.

—Pasaron más de dos meses del 9 de diciembre, ¿te cayó la ficha un poco más, te enganchás con los memes, ves de nuevo la final cada tanto?

—El tema de las cargadas es parte del folclore. Que la gente se divierta y disfrute de esa manera es lo más sano, ¿no? Me parece muy bien. Yo no me engancho con eso. Hoy no me engancho. Será por mi modo de vivir con intensidad el día a día, ya pensando en el próximo partido. Si estoy mirando la tele y pasan la final, no me la pongo a ver de nuevo. Después, hay momentos en que cierro los ojos o que recuerdo algo puntual de esos días, y ahí sí, ahí es como que me baja, cómo decirte, como que tengo una sensación por dentro que es linda, muy linda, una sensación hermosa. O por ahí viene alguien y me hace un comentario de cómo lo vivió o cómo se sigue sintiendo, o me cuenta algún detalle puntual de las finales, ya sea alguno de mis colaboradores o una persona externa, o algún hincha que se acerca, ¿viste?, y eso sí para mí tiene un sentimiento especial. El testimonio y el sentir de la gente me lleva a conectarme con una empatía especial, y ahí se me viene y me baja todo eso. Algunos relatos, qué sé yo, que te ponés a pensar y que son muy fuertes…

—¿Sentís que ese estado de felicidad del hincha no se terminará más?

—Lo que pasó queda para siempre, no nos lo saca nadie, de eso no tengo ninguna duda. Viste cuando vos hablás de cosas eternas, que ya están en la historia, bueno, siento que con esta Copa ocurre eso. Y además que, con el paso de los años, todo será cada vez más fuerte.

Reflexiones finales

Después de mantener conversaciones con el personaje central de esta obra durante tres años, que se suman al año y medio del libro anterior, e indagar con gente que trabaja a su alrededor, y observarlo en diferentes circunstancias y ámbitos, para tratar de entender —y luego contar— los secretos de una época irrepetible en la historia del club, me pregunto: ¿qué es Marcelo Gallardo para River Plate?

¿Es el estratega genial capaz de saber qué va a suceder en un partido antes de que suceda? ¿O el que ganó más títulos en menor cantidad de tiempo que nadie en 118 años? ¿Es el que impulsó las reformas de Ezeiza o el que aniquiló el estigma Boca? ¿Es el que se reúne mensualmente con los entrenadores del semillero para sembrar algo que nunca llegará a cosechar o el que ganó la final más importante de la historia? ¿Es el que se va de Ezeiza diez o doce horas después de haber llegado o el que forma grupos de jugadores que después terminan vacacionando juntos? ¿Es el fantasma que Boca implora que se vaya de una vez por todas a dirigir a donde sea o el DT que en todos y cada uno de los partidos disputados en el Monumental, desde que lo hizo por primera vez en 2014 ante Rosario Central, recibe la ovación más grande de todas? ¿Es el que le dio al equipo una personalidad de hierro para plantarse en territorios hostiles como casi nunca había ocurrido o el entrenador elogiado por sus colegas a diario y cada vez más frecuentemente? ¿Es el hombre que aprieta y exige a fondo o el que empatiza con el jugador como ningún otro? ¿Es el que va a la villa a darles a los chicos una charla sobre valores como si fuera uno más de ellos o el que ha sabido instalar en

sus futbolistas un sentido de pertenencia como no se había visto nunca antes?

Muy fácil. Todas esas preguntas se responden de la misma manera: sí y sí. A pesar de todos esos Gallardos que levantarían la mano como en el emoticón del WhatsApp, me gustaría detenerme en una imagen que subió la cuenta oficial de Twitter de River el 9 de febrero de este año. Es la de una chica rubia, con rodete, que sonríe un mediodía soleado con el Monumental de fondo y que muestra en primer plano su brazo izquierdo flexionado. En ese brazo se aprecia la cinta de capitana. Y dentro de la cinta, la foto de Marcelo Gallardo apretando los puños y los dientes en un festejo de gol. La chica rubia se llama Andrea López Lajterman y es la capitana del equipo femenino de River, que esa mañana acababa de vencer 3-1 a Boca, justo en el segundo aniversario de la final en el Bernabéu, para deleite de los fabricantes de memes. Apreciar la sonrisa de Andrea y el orgullo con que luce la cinta ante la cámara de fotos me hizo pensar en todo lo que representa Gallardo para el club. No solo para los jugadores de la Primera o de la Séptima, para los socios o para los hinchas, sino también para las chicas que practican vóley o las que hacen el curso de corte y confección.

Gallardo es un emblema de toda la comunidad riverplatense. Es la bandera. Por lo que consiguió como entrenador, pero también por su manera de expresarse en las conferencias, por su comportamiento, por su sonrisa natural y genuina cada vez que entra en contacto con la gente, por los mensajes que transmite cada vez que habla. Es algo que nace en los títulos —porque tampoco seremos tan hipócritas de minimizar el valor de los éxitos—, pero que va mucho más allá de los títulos. Es su carisma, su forma de ser, su espontaneidad, su dedicación. Si a cualquier hincha de River le preguntaran quién le gustaría que lo representara, quién querría que fuera la cara de ese sentimiento en un campeonato de identidad entre todos los clubes del mundo, no tengo dudas de que más del 90 o 95% respondería: el Muñeco.

Se han hecho encuestas en estos años preguntando si Gallardo es el DT

más importante en la historia de River. Como está escrito en estas páginas, la palabra “historia” es muy pesada para responder livianamente solo considerando los últimos treinta, cuarenta o cincuenta años. Marcelo hace tiempo se sentó a la mesa de los más trascendentes, de eso no hay dudas, junto a José María Minella, Ángel Labruna, el Bambino Veira y Ramón Díaz. Lo desmenucé en una nota de enero de 2017 que fue tapa de *El Gráfico* con el título “Va por más” y su imagen con el brazo levantado saludando a la gente. En los números, se sabe, está primero a la par de Ramón: 9 títulos cada uno, y con chances de mirar solito a todos desde arriba conquistando un trofeo más. Hay una diferencia. Ramón los ganó en siete años, sumando sus tres mandatos, y el Muñeco los logró en cuatro años y medio. Y si la estadística es más amplia y abarca la etapa como jugador, el Muñeco ya pica en punta, pero esta vez en solitario, ya que acumula 17 títulos en River (8 como jugador y 9 como DT), superando a Labruna (9 y 6) y a Ramón (5 y 9). Luego, si se analiza la calidad de los títulos, ya se ha escrito que Gallardo es el único en la historia de River que ganó la Copa Libertadores como jugador y como DT. Y también es el único en ganarla 2 veces como DT.

Al seguir con el enfoque resultadista es imposible obviar el flechazo más fuerte que distingue a este ciclo: los cruces eliminatorios con Boca. River no había podido hacerlo nunca, y con Gallardo lo hizo 4 veces de 4. Ciento por ciento de eficacia. Y esas 4 veces, además, fue campeón. Y 2 de esas 4 veces se dieron en el marco de la competición más deseada: la Copa Libertadores de América.

Si por un ratito nos corremos del resultado propiamente dicho, no encontraremos otro personaje en la historia del club que haya influido tanto y dejado un legado tan impactante. El legado, como ya explicamos, es Rivercamp ampliado, el vestuario del Monumental a nuevo, los chicos de infantiles e inferiores con su desayuno y merienda, etcétera, etcétera.

¿Alguien conoce más a fondo el club que Marcelo Gallardo? Cuando me

puse a hacer las cuentas de qué porcentaje de su vida había estado vinculado a River (45%) y se lo mandé por WhatsApp, la cifra me sorprendió a mí mismo. Se besan tantas camisetas, se versea tanto sobre el amor a un club a la hora de declarar, es tan grande la hipocresía en este ambiente, que encontrar un caso como el de Gallardo es una auténtica rareza. Se formó en el club, fue el último en irse de su camada y lo hizo seis años después de su debut (1999-2003), estuvo cuatro años en Mónaco, y cuando vio que la cosa no andaba, no se fue a facturar a ninguna liga emergente, sino que decidió volver a River. A los 27 años. Se hubiera retirado en el club, pero le abrieron la puerta de salida y le dieron un empujoncito. A pesar de ese mazazo, otra vez volvió cuando vio la oportunidad.

Hace poco me puse a ver la última despedida de Marcelo del club. La de su tercera etapa como futbolista, dos días antes de que Ángel Cappa lo dejara sentado en el banco de suplentes contra Tigre. Un año después se retiraría en Nacional de Montevideo. Fue el jueves 13 de mayo de 2010. Se puede googlear como “Marcelo Gallardo se va de River 2010”. El simple encadenamiento de esas palabras provoca escalofríos. La conferencia, subida por *La Página Millonaria*, dura diez minutos. Allí se ve a un Gallardo con el pelo largo, estilo Pato Toranzo, que durante buena parte de su exposición hace fuerza por no llorar. No es necesario ser un especialista en expresiones gestuales o máster en psicología para darse cuenta. Con voz temblorosa arranca diciendo: “La verdad que me llena de angustia saber que he vivido muchísimos años en el club, que me he ido dos veces y que he vuelto, pero hoy se termina el ciclo con esta camiseta… Acepto algunas preguntas, pero no quiero que sean muchas por la nostalgia que me da hablar de lo que he vivido a lo largo de tantos años en el club”. Cuando un periodista le hace notar que se lo ve “emocionado, quebrado y muy dolido”, Gallardo va pensando con unos segundos de *delay* y lo frena: “No, no estoy dolido, estoy emocionado, obviamente, porque he vivido la mayor cantidad de tiempo en

este lugar. Y emocionado porque las dos veces que me he ido anteriormente sabía que tenía posibilidades de volver, y hoy sé que no. Entonces ¡cómo no voy a estar emocionado después de que River ha sido mi casa, mi segunda casa después de tantos años! Llegué al club a los 12 años —inspira profundo, se toca el flequillo, parece a punto de quebrarse—, o sea que entiendo mejor que muchos lo que significa esta camiseta, y por eso la emoción que tengo en este momento de saber que a pocos días estoy de vestir por última vez la camiseta de River".

Eso fue lo que dijo el último Gallardo como jugador del club. Pensar que alguna vez anunciará lo mismo como entrenador genera nostalgia anticipada. Más allá de la tristeza y la angustia por su partida, que algún día ocurrirá, porque "nada dura para siempre", como lo expresó el mismo Gallardo a fines de 2018, el hincha al menos deberá confiar en el criterio de su DT todopoderoso. Cuando tome esa decisión será porque es la mejor para él y para el club. Costará asumirlo, pero será así.

La historia del club continuará, miles y miles de chicos seguirán eligiendo estos colores, festejando victorias, sufriendo derrotas, deslumbrándose con nuevos cracks, ilusionándose con nuevos procesos. Como dice la canción: "Los técnicos se van, los jugadores pasarán…". Pasarán, es cierto, pero como Marcelo Gallardo no habrá otro igual.

Diego Haliasz

El Lobo y su manada. El plantel escucha atentamente a su líder en Rivercamp.

Diego Haliasz

Alta sociedad. Gallardo y D’Onofrio celebrando la Supercopa ganada a Boca en Mendoza.

Diego Haliasz

Biscay y Buján, los amigos de la adolescencia y colaboradores más cercanos, en la histórica noche de Porto Alegre.

Diego Haliasz

Antesala del vestuario visitante de la Bombonera, decorado para la ocasión (2018).

Diego Haliasz

Así se festeja en el vestuario de la Bombonera tras el 2-0 por la Superliga en 2018.

Diego Haliasz

GRANDE
G. MARTI

El emocionante abrazo del DT al Pity Martínez, en el Arena do Gremio.

Diego Haliasz

ARMANI

Uno de los abrazos interminables en el césped del Bernabéu: con el gigante Armani.

Diego Haliasz

Ponzio y Maidana invitan al DT a levantar la Copa en el Bernabéu.
Éxtasis.

MarPato Infante

Gallardo le ofrenda la Copa a los hinchas de River. La llevó hasta allí y la apoyó en el piso.

Diego Haliasz

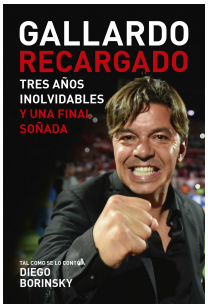
El otro equipo del Muñeco: integrantes del cuerpo técnico, colaboradores, dirigentes y el manager Francescoli.

MarPato Infante

Santino y Matías, los hijos menores de Gallardo, en el increíble recibimiento del Monumental.

Federico Peretti

Para el bronce. El saludo a la gente a la vuelta de Emiratos. Postal final de un 2018 irrepetible.



GALLARDO RECARGADO es un repaso minucioso y emocionante de los últimos tres años de River, desde octubre de 2015 hasta diciembre de 2018. A través de horas y horas de charlas, más de quince encuentros y cientos de mensajes intercambiados con el autor durante este lapso, además de la mirada complementaria de jugadores, colaboradores e hinchas, el libro nos permite recorrer de la mano de este auténtico líder una época inigualable, descubriendo historias desconocidas, modos de plantear partidos, gestionar situaciones extremas y dejar un legado institucional, con infraestructura europea y un proyecto revolucionario para los juveniles. **GALLARDO RECARGADO** no es una actualización de **GALLARDO MONUMENTAL** sino su continuidad: el segundo episodio de una saga que promete seguir sumando contenido premium en años venideros y que contiene, como no podía ser de otro modo, un desarrollo exhaustivo e íntimo de la memorable final en el Bernabéu.

DIEGO BORINSKY

Nació en Buenos Aires en 1967. Es licenciado en Ciencias Biológicas (UBA, 1992) y periodista deportivo (DeporTEA, 1992). Trabajó durante veintiséis años en la revista **El Gráfico**, además de colaborar con medios audiovisuales y escritos. Actualmente es comentarista en la radio Cadena 3, escribe en la revista **The Tactical Room** de Martí Perarnau y continúa con sus entrevistas de las 100 preguntas en el diario **La Nación**. Es autor de la biografía autorizada de Matías Almeyda (**Alma y vida**, Sudamericana, 2012), **Grandes reportajes 100 x 100** a ídolos de River y de Boca (El Gráfico, 2013) y **Así jugamos**. **Los 25 partidos más trascendentes de la Argentina en los Mundiales, relatados por sus protagonistas** (Sudamericana, 2014). Vio su primer partido en el Monumental en 1975 de la mano de su padre, le hizo la primera entrevista a Marcelo Gallardo en 1993 y en 2015 publicó su biografía autorizada, **Gallardo Monumental**, que va por su cuarta edición.

El autor y Gallardo, en su oficina de Ezeiza, en uno de los tantos encuentros para este libro.

Otro título del autor en megustaleer.com.ar

Borinsky, Diego
Gallardo recargado / Diego Borinsky. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Aguilar, 2019.
(Aguilar)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-735-227-6

1. Investigación Periodística. I. Título.
CDD 070.44

Foto de cubierta: © Diego Haliasz
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: mayo de 2019
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-735-227-6

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Gallardo recargado
Dedicatoria
Agradecimientos
Conociendo (más) a Gallardo
¿Hay algo malo en una buena racha?
Estratega full time
1. 2015 (agosto-diciembre)
2. 2016. Primer semestre
   La Muñe, de 15 a 15
3. 2016. Segundo semestre
   Método, herramientas y conceptos
4. 2017. Primer semestre
   Pagarés
5. 2017. Segundo semestre
   El semillero
6. 2018. Primer semestre
   Sin pena ni gloria
7. 2018. Segundo semestre
   El barrendero
8. 2018. La final
   La última charla

Reflexiones finales
Álbum de imágenes
Sobre este libro
Sobre el autor
Otro título del autor
Créditos